AGATHA CHRISTIE

AUTOBIOGRAFÍA

La sorprendente carrera de Agatha Christie es de sobra conocida.

Sus cifras de venta sólo han sido superadas por la Biblia y por las obras de Shakespeare. Los films basados en sus libros —el más famoso *Asesinato en el Orient Express*— han batido innumerables récords de taquilla. La obra teatral *La ratonera*, representada por primera vez en 1952, continúa aún hoy, registrando llenos diarios, batiendo el récord mundial de permanencia en cartel.

Sus novelas han alcanzado los primeros puestos en las listas de libros más vendidos, no sólo en los países de habla inglesa, sino prácticamente en todo el mundo.

En 1971, como reconocimiento a su labor, se le concedió el título de Dama del Imperio británico.

A pasar de sus éxitos, ha sido una persona muy celosa de su intimidad, que ha llegado a extremos casi extravagantes en su afán de eludir las apariciones en público. Rodeó su vida con un manto de misterio casi tan impenetrable como el de sus novelas.

Esta obra nos cuenta, por fin, su vida, los años felices de la infancia pasados en el extranjero y en Torquay; los devaneos amorosos de la juventud; su primer matrimonio con el coronel Christie, celebrado bajo el impacto de la primera guerra mundial, feliz durante muchos años pero que al final fracasó; los contratiempos sufridos al comenzar la carrera de escritora y la consecución gradual de su éxito sorprendente; su segundo y felicísimo matrimonio con el famoso arqueólogo Max Mallowan y las satisfacciones que la profesión le proporcionó; su segunda carrera, el teatro, en la que también obtuvo un éxito increíble; sus casas y jardines; su familia. Todo ello figura en este libro, relatado con una honradez y lucidez absolutas, sin tomarse en serio a sí misma, indiscreta con sus debilidades, generosa con los demás. Es un libro regocijante; la autobiografía de alguien que ha sabido disfrutar plenamente de la vida y, al mismo tiempo, el estudio de una profesional consciente, de una escritora que sabía perfectamente cuál era su trabajo y que nos cuenta cómo lo realizo. «Estoy satisfecha —escribió al terminar este libro— he hecho lo que pretendía». En realidad ésta es la

historia de alguien que sabía lo que quería hacer y lo hizo magníficamente.

Agatha Christie

Autobiografía

ePub r1.0
Hechadelluvia 29.11.14

Título original: *An Autobiography*
Agatha Christie, 1977
Traducción: DIORKI
Diseño de cubierta: Retrato de la autora realizado por Olive Snell

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.2

Prólogo

Nimrud, Iraq. 2 de abril de 1950.

Nimrud es el nombre moderno de la antigua ciudad de Calah, la capital militar de los asirios. Nuestro cuartel general es de adobes. Se asienta sobre la parte este de un montículo; tiene cocina, salón-comedor, una pequeña oficina, taller, sala de dibujo, una gran despensa y un cuarto oscuro (todos dormimos en tiendas). Pero este año se ha añadido un cuarto de unos tres metros cuadrados con el suelo de yeso, cubierto con esteras de juncos y un par de alegres y toscas alfombras. En la pared, un cuadro de un joven artista iraquí que representa a dos burros atravesando un mercado árabe, pintado a base de cubos de vivos colores. A la derecha, una ventana permite ver los picos nevados de las montañas del Kurdistán. Afuera, colgado de la puerta, hay un letrero cuadrado que dice en caracteres cuneiformes «Beit Agatha» (Casa de Agatha).

Ésa es mi «casa». Mi propósito es estar completamente aislada en ella para escribir. A medida que avancen las excavaciones, no me quedará tiempo. Habrá que limpiar y reparar objetos, fotografiarlos, catalogarlos y embalarlos. Pero, durante una semana o diez días, estaré libre.

De todos modos, es difícil concentrarse. En el tejado, sobre mi cabeza, los obreros árabes se mueven alegremente, cambiando de sitio las inseguras escaleras. Los perros ladran y los pavos gluglutean, El caballo del policía sacude la cadena, y la puerta y la ventana no paran de abrirse y cerrarse ruidosamente. Trabajo sobre una mesa de madera bastante firme, y junto a mí tengo una caja de lata pintada, como las que utilizan les árabes en sus viajes, en la que guardaré las hojas que vaya mecanografiando.

Debería inventar una novela policíaca, pero, con la urgencia

natural que tiene todo escritor de escribir lo que no debe, siento deseos inesperados de redactar mi autobiografía. Me han dicho que les ocurre a todos, antes o después. Parece que me ha tocado el turno. Pensándolo bien, «autobiografía» es una palabra demasiado solemne, que sugiere un estudio serio de la propia vida con nombres, fechas y lugares en orden cronológico; lo único que yo pretendo es meter la mano en el baúl de los recuerdos y sacar un puñado escogido de ellos.

Me parece que la vida se divide en tres partes: el presente absorbente, por lo general feliz, y que vuela con velocidad fatal; el futuro oscuro e incierto, para el que se pueden planear muchas cosas, cuanto más extrañas mejor; no se realizarán, pero resulta divertido; en tercer lugar, el pasado, los recuerdos y realidades que son la base del presente, evocados de pronto por un olor, la forma de una colina, una canción antigua o cualquier trivialidad que nos hace decir: «Recuerdo que…» con un placer peculiar bastante inexplicable.

Recordar es una de las compensaciones placenteras de la edad. Pero, por desgracia, muchas veces no nos basta con ello y pretendemos también contar los recuerdos; entonces hay que tener cuidado no aburrir a los demás. ¿Por qué habrían de interesarse en lo que, después de todo, es tu vida y no la suya? De vez en cuando, no obstante, los jóvenes te escuchan con cierta curiosidad histórica.

—Supongo —dice con interés una chica bien educada— que recordará todo lo referente a la guerra de Crimea.

Algo ofendida, le contesto que no soy tan vieja. Niego asimismo toda participación en el motín de la India, pero admito que recuerdo la guerra de los Boers, pues mi hermano luchó en ella.

Mi primer recuerdo es una imagen clara de mí misma paseando con mi madre por las calles de Dinar en día de mercado. Un muchacho con un gran cesto lleno de chismes choca violentamente conmigo, agarrándome del brazo hasta el punto de tirarme al suelo. Me duele; comienzo a llorar. Tengo unos siete años.

Mi madre, partidaria del comportamiento estoico en lugares públicos, me regaña.

—Piensa en nuestros valientes soldados que luchan en Sudáfrica.

—No quiero ser soldado valiente, sino cobarde —contesto yo.

¿De qué depende la elección de los recuerdos? La vida es como

sentarse en el cine. Ahora se me ve comiendo pastelillos el día de mi cumpleaños. De pronto, han transcurrido dos años; estoy en el regazo de mi abuela, atada ceremoniosamente como una gallina recién traída de la tienda de Mr. Whiteley, y muy excitada por la gracia del juego. Se recuerdan momentos concretos y, en medio, largos espacios vacíos de meses e incluso años. ¿Dónde estábamos entonces? Como pregunta Peer Gynt: «¿Dónde estaba yo, todo el hombre, el verdadero hombre?»

Nunca conocemos al hombre total, aunque a veces, iluminados repentinamente, conocemos al verdadero hombre. Creo que las propias memorias representan los momentos que, por insignificantes que parezcan, descubren con verismo nuestra interioridad.

Soy todavía aquella niña formal con tirabuzones. La casa en que habita el espíritu crece, surgen en ella instintos, gustos, emociones y capacidades intelectuales, pero yo, la verdadera Agatha, soy la misma. No me conozco totalmente; sólo Dios conoce así.

Todas nosotras, la pequeña Agatha Miller, la Agatha Miller adulta, Agatha Christie y Agatha Mallowan, recorremos nuestro camino… ¿Hacia dónde? Como no se sabe, la vida resulta más interesante. Siempre me ha parecido así.

Puesto que se conoce tan poco de ella, sólo una diminuta parte personal, somos como el actor que no tiene más que unas pocas palabras en el primer acto; se las dan por escrito con algunas anotaciones e ignora el resto; no lee la obra, ¿para qué? No tiene que decir más que: «El teléfono está estropeado, señora», y se retira de la escena. Pero al levantarse el telón el día del estreno, seguirá toda la función con los demás, listo para intervenir cuando le toque.

Participar de algo que no se entiende en absoluto es una de las cosas más intrigantes de la vida.

Me gusta vivir. He pasado momentos de mucha desesperación, sintiéndome desgraciada y muy afligida, sin olvidar a pesar de todo que el solo hecho de vivir es algo grandioso.

Así que pienso disfrutar de los placeres de la memoria, sin prisas, escribiendo de vez en cuando unas cuantas líneas. Es una tarea que requerirá años. Pero ¿por qué llamarla *tarea*? Es un placer. Una vez vi un pergamino chino que me encantó. Representaba a un anciano sentado bajo un árbol, haciendo una

cunita con una cuerda entre los dedos. Se titulaba «Anciano disfrutando de los placeres del ocio». Nunca lo he olvidado.

Aclarado que lo que pretendo es divertirme, comenzaré. Aunque no pienso ser fiel a la cronología, por lo menos empezaré por el principio.

PARTE I. ASHFIELD

O! ma chère maison; mon nid, mon gîte
Le passé l'habite… O! ma chère maison
¡Oh! mi querida casa; mi nido, mi madriguera.
El pasado te llena… ¡Oh! mi querida casa

I

Una de las mejores cosas que le pueden tocar a uno en la vida es una infancia feliz. La mía lo fue. Tenía una casa y un jardín que me gustaban mucho, una juiciosa y paciente nodriza, y por padres dos personas que se amaban tiernamente y cuyo matrimonio y paternidad fueron todo un éxito.

Mirando hacia atrás, veo que el nuestro era un hogar feliz, gracias, en gran parte, a mi padre que era un hombre muy complaciente. En nuestros días no se da mucha importancia a esta cualidad. Se suele preguntar si un hombre es inteligente e industrioso, si contribuye al bienestar común, si tiene influencias. En cambio, Charles Dickens centró la cuestión magníficamente en *David Copperfield*:

«¿Tu hermano es un hombre complaciente, Pegotty? —inquirí con cautela.

—Sí, es un hombre sumamente complaciente —exclamó Pegotty».

Hazte tú esa pregunta con relación a la mayoría de tus amigos y conocidos; quizá te sorprendas de lo difícil que resulta dar una respuesta como la de Pegotty.

Según los juicios de valor actuales, mi padre no merecería aprobación. Era un hombre bastante vago. Corrían los tiempos en que había rentas que bastaban para vivir, y si uno gozaba de una así, no trabajaba ni nadie esperaba que lo hiciera. De cualquier modo, sospecho que mi padre no habría sido un buen trabajador.

Todos los días salía por la mañana de nuestra casa de Torquay para ir al club; pagaba un coche para regresar a la hora de comer, y por la tarde otra vez al club a jugar a las cartas hasta que volvía a casa a cambiarse con el tiempo justo para la cena. Durante la

temporada de cricket, se pasaba los días en el club del que era presidente. De vez en cuando organizaba también representaciones de aficionados. Tenía muchos amigos y le encantaba invitarles a casa. Todas las semanas daba un banquete, y solía comer fuera con mi madre cada dos o tres días.

Sólo más tarde me di cuenta de cuánto le quería la gente. Después de su muerte llegaron cartas de todo el mundo y, en nuestra ciudad, comerciantes, taxistas, antiguos empleados o algún anciano, se me acercaban sin cesar para decirme: «¡Ah, recuerdo muy bien al señor Miller! Nunca le olvidaré. Ya no quedan muchos como él».

Sin embargo, carecía de cualidades extraordinarias. No era muy inteligente. Creo que poseía un corazón sencillo y amable y que se preocupaba realmente del prójimo. Tenía un gran sentido del humor y gran facilidad para hacer reír. No había en él mezquindad alguna, ni envidia; era generoso casi hasta la exageración y de un natural alegre y sereno.

Mi madre era completamente distinta, de una personalidad enigmática y llamativa, más fuerte que la de mi padre; muy original en sus ideas, tímida poco segura de sí y, en el fondo, algo melancólica.

Se había conquistado a la servidumbre y a los niños, que la obedecían siempre a la menor insinuación. Hubiera sido una educadora magistral. Todo lo que decía cobraba en seguida interés e importancia. Le aburría la monotonía y pasaba de un tema a otro de tal modo que a veces su conversación resultaba desconcertante. Mi padre solía decirle que no tenía sentido del humor, a lo que respondía con tono ofendido: «Sólo porque no le veo la gracia a tus tonterías, Fred…» Y mi padre soltaba la carcajada.

Tenía unos diez años menos que él, y desde que era una cría le había amado apasionadamente. Mientras él derrochaba su juventud en incesantes correrías entre Nueva York y el sur de Francia, mi madre, que era una niña tímida y silenciosa, permanecía sentada en casa pensando en él, escribiendo alguna que otra poesía en su álbum y recamando un billetero que mi padre conservaría toda la vida.

Un noviazgo típicamente victoriano, pero con la riqueza de un sentimiento profundo.

Me intereso por mis padres no sólo porque lo fueran, sino porque consiguieron algo rarísimo: un matrimonio feliz. Hasta la fecha, sólo he conocido cuatro matrimonios totalmente acertados. ¿Existe alguna fórmula para el acierto? Me parece difícil. De los cuatro casos, uno es el de una chica de diecisiete años que se casó con un hombre que le llevaba quince. El marido había objetado que todavía no podía saber bien lo que hacía; ella replicó que lo sabía perfectamente y que había decidido casarse con él hacía unos tres años. Su vida matrimonial se complicó cuando primero una suegra y después la otra fueron a vivir en su casa, lo que es suficiente para echar a perder a la mayoría de las alianzas. La esposa es sosegada, pero tiene una profunda vitalidad. Me recuerda algo a mi madre, aunque carezca de su inteligencia, inquietudes intelectuales. Tienen tres hijos, que desde hace mucho viven por su cuenta. Su unión perdura desde hace más de treinta años y todavía lo son todo el uno para el otro.

Otro caso es el de un joven y una viuda que le llevaba quince años. Durante mucho tiempo ella le rechazó; al fin, consintió y vivieron muy felices hasta que murió ella, treinta y cinco años más tarde.

Mi madre, Clara Boehmer, tuvo una infancia desdichada. Su padre, oficial de los Argyll Highlanders, se cayó del caballo y resultó mortalmente herido, dejando viuda a mi abuela, joven y encantadora con cuatro hijos a la edad de veintisiete años, sin más sustento que la pensión de viudedad. Entonces, la hermana mayor que se acababa de casar en segundas nupcias con un rico norteamericano, se ofreció a adoptar a uno de los niños para criarlo como si fuera suyo.

La joven y afligida viuda que se pasaba el día cosiendo para sacar adelante a los hijos, no podía rechazar el ofrecimiento. De los tres niños y una niña, eligió a ésta, bien porque le pareció que los muchachos se abrirían paso en la vida por su cuenta, mientras que la niña necesitaba las ventajas de una vida regalada, o bien, como creyó siempre mi madre, porque quería más a los niños. Lo cierto es que mi madre dejó Jersey para ir al norte de Inglaterra a un hogar extraño. Creo que el resentimiento, la herida profunda de sentirse indeseada, la marcó para toda la vida. La hizo desconfiada de sí misma y del afecto de los demás. Su tía era una mujer bondadosa,

de buen carácter y generosa, pero incapaz de percibir los sentimientos de la niña. Mi madre gozaba de todas las comodidades y de una buena educación; pero lo que perdió y nada podía reemplazar, era una vida despreocupada con sus hermanos en su *propio hogar*. Con bastante frecuencia he leído en las secciones de correspondencia con los lectores, cómo algunos padres afligidos preguntan si deben dejar que su hija vaya a vivir con alguien que pueda ofrecerle lo que ellos no pueden, como es una educación de primera clase. Y siempre me han entrado ganas de gritar: No la dejéis marchar. ¿De qué vale la mejor educación del mundo comparada con el propio hogar, la propia familia y la seguridad de sentirse en su sitio?

Mi madre fue profundamente desdichada en su nueva vida. De noche lloraba hasta quedarse dormida; adelgazó y, finalmente, se puso tan mala, que su tía tuvo que llamar al médico, un hombre mayor de mucha experiencia, quien, después de hablar con la criatura, sentenció:

—La niña tiene nostalgia de su casa.

La tía se mostró sorprendida e incrédula.

—No, no puede ser —dijo—. Clara es una niña buena y tranquila, no causa ninguna molestia y es muy feliz.

Pero el anciano doctor habló de nuevo con la niña:

—Tienes hermanos, ¿verdad? ¿Cuántos? ¿Cómo se llaman? Entonces ella rompió a llorar y se descubrió la verdad.

Al desahogarse disminuyó la tensión, pero tuvo siempre el sentimiento de «ser rechazada». Creo que no se lo perdonó a mi abuela hasta el día de su muerte. Le tomó mucho cariño a su tío americano. Por entonces era un hombre enfermo, que le tenía un gran afecto a la tranquila Clarita, quien solía leerle el libro que más le gustaba a ella, *The King of the Golden River*. Pero el verdadero solaz de su vida lo constituían las visitas periódicas del hijastro de su tía, Fred Miller, «su primo» Fred, quien tenía entonces veinte años y siempre se mostraba amabilísimo con su «prima». Un día, teniendo ella unos once años, Fred le dijo a su madrastra:

—¡Qué ojos tan bonitos tiene Clara!

Ésta, que siempre se había considerado terriblemente ordinaria, subió a contemplarse en el gran espejo del tocador de su tía. «Quizá sus ojos no eran tan feos…». Se sintió inmensamente animada.

Desde entonces su corazón se entregó a Fred irrevocablemente.

Allá en los Estados Unidos, un viejo amigo de la familia le dijo al despreocupado joven:

—Freddie, un día te casarás con tu prima la inglesita. Asombrado, respondió:

—¿Con Clara? Si es una niña.

Pero siempre le había profesado un afecto especial a la cariñosa cría. Conservaba sus cartas infantiles y las poesías que le escribía; tras una larga serie de galanteos con bellas chicas de la alta sociedad y alegres muchachas de Nueva York (entre ellas, Jenny Jerome, quien más tarde sería Lady Randolph Churchill) volvió a su casa de Inglaterra a pedir la mano de la sobrinita.

Es muy propio de mi madre que le rechazara con firmeza.

—¿Por qué? —le pregunté una vez.

—Porque yo era regordeta.

Un motivo extraordinario, pero válido para ella.

Pero mi padre no se dio por vencido. A la segunda intentona, mi madre superó sus dudas y, aunque de forma poco clara, consintió casarse con él, con grave temor de decepcionarle.

De modo que se casaron y el retrato que tengo de ella con su vestido de novia muestra una encantadora cara seria de pelo moreno y grandes ojos castaños.

Antes de que naciera mi hermana se fueron a Torquay, un lugar de moda para residencia invernal, con la fama de que gozaría luego la Riviera, y alquilaron unas habitaciones amuebladas. Mi padre, a quien le apasionaba el mar, quedó encantado con Torquay. Vivían allí varios de sus amigos, y otros, americanos, pasaban el invierno. Mi hermana Madge nació en aquel pueblecito, y poco después mis padres se fueron a los Estados Unidos donde pensaban establecerse de forma permanente. Vivían aún los abuelos de mi padre, que se habían hecho cargo de él en la apacible campiña de Nueva Inglaterra al morir su madre en Florida. Se sentía muy unido a ellos, quienes por su parte ansiaban ver a su esposa y a su hijita. Allá nació mi hermano. Algún tiempo después mi padre decidió regresar a Inglaterra. Pero, apenas llegado, algunos problemas financieros le obligaron a volver a Nueva York, tras sugerir a mi madre que tomara una casa amueblada en Torquay y se estableciera en ella hasta su regreso.

Mi madre partió, pues, a Torquay en busca de una casa amueblada.

Regresó con una noticia triunfante: «Fred, he comprado una casa». Poco le faltó a mi padre para caerse de espaldas. Pensaba seguir viviendo en Norteamérica.

—Pero ¿por qué la has comprado? —preguntó.

—Porque me gustó —explicó mi madre.

Resultó que había visto unas treinta y cinco casas, pero sólo una le había llenado, y precisamente ésa estaba en venta; los dueños no querían alquilarla. De modo que, habiéndole dejado dos mil libras el esposo de mi tía, acudió a ésta que era su administradora y sin más compraron la casa.

—Pero sólo estaremos allí un año —gruñó mi padre; como mucho. Mi madre que, según nosotros, era clarividente, le contestó que siempre estarían a tiempo de venderla. Tal vez vislumbraba que viviríamos en ella muchos años.

—Me encantó la casa apenas entré en ella —insistía—. Tiene un aire maravillosamente apacible.

Los dueños eran unos cuáqueros de apellido Brown; cuando mi madre, titubeando, se compadeció de la señora Brown por tener que abandonar la casa en la que había vivido tantos años, la anciana le dijo amablemente:

—Soy feliz pensando que usted y sus hijos vivirán aquí, hija mía. Fue, decía mi madre, como una bendición.

Creo en serio que la casa tenía una bendición. Era una villa bastante ordinaria, que no se hallaba en una zona elegante como Warberrys o Lincombes, sino al otro extremo de la ciudad en la parte más antigua de Tor Mohun. En aquella época la calzada a cuya vera estaba situada conducía casi de inmediato a la rica campiña de Devon con sus caminos y sus campos. La casa se llamaba Ashfield y ha sido mi hogar de manera irregular durante casi toda mi vida.

Porque, después de todo, mi padre no se estableció en Norteamérica. Le gustó tanto Torquay, que decidió quedarse. Se apegó a su club, a las cartas y a sus amigos. A mi madre no le gustaba vivir junto al mar, le desagradaban las reuniones sociales y era incapaz de jugar a las cartas. Pero se sentía feliz en Ashfield, daba grandes banquetes, frecuentaba los actos sociales, y en las

tranquilas noches hogareñas le preguntaba a mi padre con ansiosa impaciencia por los sucesos locales y lo ocurrido en el club durante el día.

—Nada —respondía mi padre tranquilamente.

—Pero, Fred, *alguien* habrá dicho algo interesante.

Mi padre, para complacerla, se estrujaba el cerebro sin conseguirlo. Por fin, le contaba que fulano era tan tacaño, que no compraba el diario, pero que, después de leerlo en el club, quería revendérselo a los otros socios. «Oíd, compañeros, ¿habéis visto que en la frontera noroccidental…?» A todos les fastidiaba mucho pues era uno de los más ricos.

Mi madre, que se lo había oído ya otras veces, no quedaba satisfecha. Mi padre volvía a caer en un estado de satisfacción silenciosa. Se reclinaba en la silla, estiraba las piernas hacia el fuego y se rascaba suavemente la cabeza (un pasatiempo prohibido).

—¿En qué estás pensando, Fred? —preguntaba mi madre.

—En nada —contestaba con absoluta veracidad.

—¡Es *imposible* que no pienses en *nada*!

Una y otra vez esa respuesta llenaba de contrariedad a mi madre.

No le cabía en la cabeza, aunque sus propios sentimientos volaban raudos como golondrinas. Lejos de no pensar en nada, solía estar pensando en tres o cuatro cosas al mismo tiempo.

Como comprendí mucho más tarde sus ideas siempre se alejaban algo de la realidad. Para ella, el universo era de un color más vivo del que tenía, y la gente mejor o peor de lo que era. Quizá, porque durante su niñez se había mantenido silenciosa, reprimida, escondiendo en lo más profundo sus emociones, solía ver el mundo en términos dramáticos, incluso a veces melodramáticos. Tenía una imaginación tan creativa, que nunca veía las cosas monótonas u ordinarias. Le daban, además, curiosos golpes de intuición, como saber de repente qué estaban pensando otras personas. Siendo mi hermano un joven soldado y teniendo dificultades económicas que pretendía ocultar a sus padres, le dejó sorprendido una noche, cuando, al verle algo preocupado, le dijo:

—Oye, Monty, te has liado con los prestamistas, ¿eh? ¿Has pedido dinero con la garantía del testamento de tu abuelo? No deberías hacerlo. Es mejor que se lo cuentes a tu padre.

Su capacidad de adivinación maravillaba continuamente a la familia. Mi hermana decía una vez:

—Lo que no deseo que conozca mi madre, ni siquiera lo *pienso* si está ella presente.

II

Es difícil saber cuál es el primer recuerdo que una conserva. Me acuerdo con claridad del día en que cumplí los tres años. Nació en mí la sensación de ser importante. Estábamos tomando el té en el jardín, en el lugar donde más adelante se mecería una hamaca entre dos árboles.

Había una mesa de té cubierta de pasteles, con mi tarta de cumpleaños toda bañada en azúcar y con velitas en el medio. Tres velitas. Y luego un hecho significativo: una minúscula araña roja, tan pequeña que apenas podía verla, recorrió el mantel; mi madre exclamó:

—Es la araña de la suerte, Agatha, la araña de la suerte para tu cumpleaños…

Luego la memoria se desvanece, salvo el vago recuerdo de una porfía interminable de mi hermano sobre la cantidad de pastelillos que podía comer.

¡Estupendo y emocionante mundo de la niñez! Quizá lo que más me interesaba era el jardín. Año tras año fue cobrando mayor importancia para mí. Llegué a conocer y dar a cada uno de los árboles un significado especial. Desde muy temprano mi mente lo dividió entres partes distintas.

Había un huerto rodeado por un muro alto que daba a la calzada.

Sólo me interesaba porque me proveía de frambuesas y manzanas verdes. No era más que el huerto. No tenía ningún encanto.

Luego estaba el jardín propiamente dicho, una extensión de césped en declive con algunos seres interesantes: el acebo, el cedro, la wellingtonia (tremendamente alta) y dos abetos, que asociaba

con mis hermanos, no sé por qué. Se podía trepar al árbol de Monty (es decir, subir con cuidado hasta la tercera rama). El árbol de Magde, penetrando a gatas en el tronco, ofrecía un asiento: una gruesa rama doblada de forma incitante, donde uno podía sentarse y mirar al exterior sin ser visto. Estaba también «el árbol de la trementina», que exudaba una goma pegajosa de olor penetrante, que yo recogía cuidadosamente en unas hojas, porque era un «bálsamo muy precioso». Finalmente, lo mejor, el haya, el árbol más grande del jardín, con su grata lluvia de hayucos que me hartaba de comer. Había un haya cobriza, pero no sé por qué motivo, nunca perteneció al mundo de mis árboles.

En tercer lugar, había un bosque. Me parecía, y aún me lo parece, tan grande como New Forest. Estaba formado por fresnos y lo atravesaba una senda retorcida. Tenía todo lo que se suele relacionar con bosques: misterio, terror, deleite secreto, inaccesibilidad y distancia…

—La senda conducía a las pistas de tenis y de croquet que estaban en un alto, frente a la ventana del comedor. Al llegar allí se acababa el encanto. Uno se encontraba de nuevo en el mundo cotidiano, donde señoras con las faldas recogidas con una mano y tocadas con sombreros paja jugaban al croquet o al tenis.

Cuando había agotado «las delicias del jardín», volvía al aposento niños donde estaba Nursie, la nodriza, como algo fijo e inmutable. Quizá porque era una señora mayor y reumática, jugaba a su alrededor o junto a ella más que con ella. Recuerdo que siempre me rodeaba de compañeros imaginarios. Del primer grupo, sólo recuerdo el nombre: «Los Gatitos». Ya no sé quiénes eran, ni si yo misma era uno de ellos, pero me acuerdo bien de sus nombres: Trébol, Negrito y otros tres. Su madre era la señora Benson.

Nursie era demasiado lista para comentar nada o para intervenir los murmullos que se oían a su alrededor. Probablemente estaba muy contenta de que me divirtiera sola tan fácilmente.

Pero un día recibí un golpe muy duro; regresando del jardín para merendar, al subir la escalera, oí que Susan, la criada, decía:

—No le gustan mucho los juguetes, ¿verdad? ¿Con qué juega?

Nursie respondió:

—Juega a ser un gatito con otros gatitos.

¿Por qué habrá esa exigencia innata de secreto en la mente de

un niño? Saber que *alguien*, aunque fuera Nursie, conocía lo de los Gatitos, me afectó en lo más hondo. Desde aquel día procuré que no se oyeran mis murmullos cuando jugaba. Los Gatitos eran *míos* y de nadie más.

Supongo que tendría juguetes; seguro que tuve muchos, siendo una niña mimada y consentida, pero no recuerdo ninguno excepto, algo vagamente, una caja de cuentas multicolores con las que hacía collares. Recuerdo también que una prima ya mayor, muy pesada, me quiso tomar el pelo diciéndome que las cuentas azules eran verdes y las verdes azules. Mis sentimientos eran como los de Euclides: «Esto es absurdo», pero, por educación, no la contradije. La broma cesó inmediatamente.

Me acuerdo de algunas muñecas: Phoebe, que no me hacía mucha gracia, y otra llamada Rosalinda o Rosita; ésta tenía pelo largo y muy rubio; la admiraba muchísimo, pero jugaba poco con ella. Prefería a los Gatitos. La señora Benson era muy pobre y estaba muy triste. Su padre, el capitán Benson, había sido marino, pero su barco se había ido a pique, dejando a la familia sumida en la miseria. Ésa era la saga de los Gatitos. Tenía un final feliz ya borroso en mi mente: el capitán no había muerto; un día reapareció con una riqueza inmensa, precisamente cuando la situación de los suyos se había vuelto desesperada.

De ahí pasé a la señora Green. Tenía cien hijos; los más importantes eran Lanudo, Ardilla y Árbol. Me acompañaban en todas las expediciones por el jardín. No eran propiamente ni niños ni perros, sino criaturas intermedias.

Una vez al día, como todos los niños bien educados, «daba un paseo». No me gustaba nada, y menos aún tenerme que calzar, preliminar absolutamente necesario. Caminaba despacio, arrastrando los pies; lo único que me atraía eran los cuentos de Nursie. Su repertorio se componía de seis, centrados todos en los niños que había conocido. No los recuerdo, sólo sé que uno trataba de un tigre de la India; otro, de unos monos, y un tercero de una serpiente. Todos eran muy bonitos y cada vez escogía el que quería oír. Me los repetía una y otra vez sin mostrar señales de fastidio.

A veces, como un gran regalo, me dejaba que le quitara el blanquísimo gorro plisado. Sin él, en cierto modo, perdía el aire oficial. Entonces, con sumo cuidado, yo ceñía alrededor de su

cabeza una gran cinta azul de raso, con enorme dificultad y sin respirar, pues para una niña de cuatro años no es fácil hacer una lazada. Después daba unos pasos hacia atrás y exclamaba como arrobada:

—Oh, qué guapa que estás.

Ella, sonriendo, contestaba con dulzura:

—¿De verdad, cariño?

Después del té, vestida de percal almidonado, bajaba al salón para entretenerme con mi madre.

Si el encanto de los cuentos de Nursie residía en que eran siempre los mismos, de forma que ella representaba en mi vida la roca de la estabilidad, el de mi madre estaba en que sus narraciones eran siempre distintas y en que nunca jugábamos dos veces a lo mismo. Recuerdo que uno de los cuentos era sobre un ratón llamado Ojos Brillantes. El ratoncito corrió varias aventuras, pero de repente un día, para mi desesperación, mi madre declaró que ya se había terminado la historia. Estaba a punto de llorar, cuando añadió: «Pero te contaré una sobre una Vela Curiosa». Sólo recuerdo dos capítulos de esta especie de novela policíaca, interrumpida por alguien que vino a quedarse; nuestros juegos privados y nuestros cuentos tuvieron que aguardar. Cuando se fue la visita y quise conocer el final del cuento, cortado en el momento más emocionante, cuando el malo estaba instilando veneno en la vela, mi madre se quedó cortada y no supo continuar. Todavía me obsesiona aquel serial inacabado. Otro juego estupendo consistía en reunir las toallas de baño de toda la casa y cubrir con ellas las sillas y las mesas para hacernos casitas de las que salíamos a gatas.

Recuerdo poco de mis hermanos; quizá porque estaban en la escuela; mi hermano en Harrow, y mi hermana en Brighton, en la escuela Miss Lawrence, que sería más tarde Roedean. Mi madre tenía fama de progresista por mandar a su hija a un internado, y mi padre liberal por permitirlo. Pero a mi madre le encantaban los experimentos.

Los experimentos consigo misma tuvieron lugar, sobre todo, en el campo religioso. Creo que era algo inclinada a la mística; tenía el don de la oración y la contemplación, pero su fe ardiente y su devoción no acertaban con la forma más conveniente de culto. Mi paciente padre se dejaba llevar de un lugar de culto y a otro.

La mayoría de estas veleidades religiosas se produjeron antes de que naciera yo. Apenas se había convertido al catolicismo, cuando ya se hizo unitaria (por lo que mi hermano nunca fue bautizado); luego teósofa en ciernes, pero comenzó a caerle mal la señora Besant cuando echaba sus sermones. Después de breve pero vivo interés por el zoroastrismo volvió, para consuelo de mi padre, al puerto seguro de la Iglesia de Inglaterra, pero con cierta preferencia por las iglesias «altas[1]». Tenía un cuadro de san Francisco a la cabecera de la cama y leía día y noche la *Imitación de Cristo*. Tengo el mismo libro junto a mi lecho.

Mi padre era un hombre de corazón sencillo, un cristiano ortodoxo.

Recitaba sus oraciones todas las noches y frecuentaba la iglesia todos los domingos. Su religiosidad era espontánea, sin necesidad de revisiones; pero si a mi madre le gustaban él no tenía nada que objetar. Como ya dije, era un hombre complaciente.

Creo que se alegró cuando mi madre volvió a la Iglesia de Inglaterra a tiempo para que me bautizaran. Me pusieron María como mi abuela, Clara como mi madre, y Agatha por una ocurrencia que tuvo un amigo de la familia; camino ya de la iglesia, asegurando que era un nombre muy bonito.

Mis ideas religiosas procedían especialmente de Nursie que era evangelista. No iba a la iglesia, pero leía la Biblia en casa. Era muy importante observar el sábado y ser mundana era falta grave a los ojos del Todopoderoso. Yo presumía, hasta resultar insoportable, de pertenecer a los «salvados». Me negaba a jugar, a cantar o tocar el piano los domingos y temía terriblemente por la salvación definitiva de mi padre, que no respetaba el descanso dominical y contaba chistes picantes sobre los curas, e incluso una vez sobre un obispo.

Mi madre, que se había entusiasmado mucho con la educación de las niñas, se había pasado, siguiendo su costumbre, al extremo opuesto. No debían aprender a leer hasta los ocho años; era mejor para los ojos y para el cerebro.

Pero en este punto sus planes no se cumplieron. Cuando me leían un cuento bonito pedía el libro y estudiaba las páginas hasta que se hacían inteligibles y cobraban sentido gradualmente. Estando fuera con Nursie, le preguntaba qué significaban las palabras escritas sobre las puertas de las tiendas y en las vallas. Como

resultado, un día me di cuenta de que podía leer un libro titulado *El ángel de amor* y proseguí en voz alta para que me oyera.

Al día siguiente, Nursie le dijo a mi madre, como pidiendo disculpas:

—Lo siento, señora, pero la señorita Agatha sabe leer.

Mi madre quedó muy afligida, pero ya no tenía remedio. Sin haber cumplido los cinco años, el mundo de los libros se abría ante mí. Desde entonces, pedía cuentos en Navidad y en mis cumpleaños.

Mi padre dijo que, ya que sabía leer, convenía que aprendiera a escribir. No resultó tan agradable, ni mucho menos. Aparecen aún por los cajones cuadernos llenos de palotes y garabatos o líneas de bes y pes temblorosas, que distinguía con dificultad, pues había aprendido a leer por la apariencia de las palabras y no por las letras.

Luego mi padre dijo que también podía aprender aritmética, y todas mañanas después del desayuno, me sentaba junto a la ventana del comedor entreteniéndome mucho con los números, que eran menos recalcitrantes que las letras del alfabeto.

Mi padre estaba muy orgulloso y complacido con mis progresos. Me trajo un librito marrón de «Problemas». Me encantaban los problemas. Aunque se trataba sólo de números disfrazados, tenían un sabor que intrigaba. «Juan tiene cinco manzanas, Jorge tiene seis; si Juan le quita dos manzanas a Jorge, ¿cuántas tendrá Jorge al cabo del día?», etcétera. Hoy, pensando en el problema, me dan ganas de responder: «Depende de lo que le gusten a Jorge las manzanas». Pero entonces escribí 4, con la sensación del que acaba de resolver una cuestión espinosa, y añadí, por decisión propia, «y Juan tendrá 7». A mi madre le pareció raro que me gustara la aritmética; reconocía que ella nunca había utilizado los números, y le resultaban tan fastidiosas las cuentas domésticas que era mi padre quien las llevaba.

La siguiente emoción de mi vida fue el regalo de un canario. Se llamaba Doradín, y se volvió tan manso que saltaba por todo el aposento de los niños, posándose algunas veces sobre el gorro de Nursie o mi dedo cuando le llamaba. No sólo era mi pájaro, sino el inicio una nueva saga secreta. Los personajes principales eran Dickie y su amada. Cabalgaban en briosos corceles por todo el país

(el jardín) y corrían grandes aventuras, escapando a duras penas de las garras de los bandidos.

Un día ocurrió la catástrofe suprema. Doradín desapareció. La ventana estaba abierta y la puerta de la jaula sin el pasador. Lo más probable era que se hubiera escapado. Recuerdo aún lo terriblemente largo y lento que fue aquel día. Se alargaba más y más. Yo lloraba y lloraba y lloraba. Pusieron la jaula fuera de la ventana con un terrón de azúcar entre las barras. Mi madre y yo recorrimos el jardín llamándole: «Doradín, Doradín, Doradín». Mi madre amenazó a la criada con despedirla por comentar con ligereza: «Seguro que se lo ha zampado un gato», con lo que me hizo llorar de nuevo.

Cuando, en la cama ya, seguía sollozando espasmódicamente mientras apretaba la mano de mi madre, se oyó un débil pero alegre gorjeo. Desde lo alto de la barra de las cortinas descendió Doradín; revoloteó una vez por la estancia y entró en seguida en la jaula. ¡Qué maravilla! Se había pasado todo aquel día, interminable y aciago, allá arriba en la barra de las cortinas.

Mi madre aprovechó la ocasión para decirme:

—¿Ves lo tonta que has sido? ¿Ves qué inútil ha sido llorar tanto? Nunca llores por nada hasta que no estés segura de lo ocurrido.

Le aseguré que no lo haría nunca más.

Además de recuperar a Doradín, recibí entonces algo más: la fuerza del amor y la comprensión de mi madre en la hora del sinsabor. En el oscuro abismo de la aflicción, el único consuelo había sido aferrar con fuerza su mano. Tenía algo magnético y curativo en su tacto. En los momentos de enfermedad, no había nadie como ella. Transmitía su propio vigor y vitalidad.

III

La figura relevante de mis primeros años fue Nursie. Y en torno a nosotras dos se encontraba nuestro mundo especial, el aposento de los niños.

Estoy viendo aun las paredes empapeladas con flores de lis de color malva que trepaban siguiendo un dibujo sin fin. Por las noches, acostada en la cama, solía mirarlas a la pálida luz de la lámpara de aceite de Nursie, que estaba sobre la mesa. Me gustaban. Toda la vida he tenido pasión por el color malva.

Nursie cosía o remendaba. Un biombo la separaba de la cama donde yo debía dormir, aunque solía estar despierta, admirando las flores de lis, tratando de ver cómo se entrelazaban e imaginando nuevas aventuras para los Gatitos. A las nueve y media, Susan, la criada, traía la cena de Nursie en una bandeja. Era una muchacha grande y fuerte, atolondrada y de movimientos torpes, capaz de ponerlo todo patas arriba. Solían charlar un poco en voz baja; después de marcharse Susan, Nursie se asomaba por un lado del biombo.

—Suponía que estabas despierta. ¿Querrás probar algo, no?

—Sí, gracias, Nursie.

Me ponía en la boca un delicioso trozo de filete. Realmente no creo que cenara filetes todas las noches, pero es lo único que recuerdo.

Otra persona de peso en la casa era Jane, la cocinera, que dirigía la cocina con la autoridad de una reina. Se vino con mi madre siendo una muchacha delgadita de diecinueve años, que trabajaba como ayudante de cocina. Permaneció con nosotros cuarenta años, y se fue pesando como poco, cien kilos. Nunca había manifestado emoción alguna pero cuando, cediendo a las presiones de su

hermano, se fue a vivir con él a Cornwall, las lágrimas resbalaban silenciosamente por mejillas. Se llevó un baúl, probablemente el que había traído al llegar. En todos aquellos años no había acumulado nada. Era, según lo que se entiende hoy, una buena cocinera; pero mi madre se quejaba alguna que otra vez de que le faltaba imaginación.

Ay, hija, ¿qué vamos a cenar esta noche? Sugiere algo, Jane.

¿Qué le parece un budín de piedra, señora?

El budín de piedra fue la única sugerencia que hizo jamás, pero, por alguna razón, mi madre era alérgica a la idea y dijo que no, que comeríamos otra cosa. No me he enterado aún de lo que es; mi madre tampoco lo sabía, sólo dijo que sonaba raro.

Cuando conocí a Jane era enorme, una de las mujeres más gordas que he visto. Tenía el rostro sereno, el pelo bonito, peinado con raya en el medio, oscuro, rizado y recogido en un moño sobre el cuello. Sus mandíbulas se movían rítmicamente sin parar, pues siempre estaba comiendo algo, un pedacito de tarta, una rosquilla recién hecha o una torta; era como una gran vaca mansa que no deja de rumiar.

En la cocina se comía espléndidamente. Además de un buen desayuno, a los once en punto se tomaba un delicioso chocolate con un plato de pastas y rosquillas recién hechas, o bien pastel caliente con mermelada. La comida tenía lugar después de la nuestra y, según las normas, hasta después de las tres la cocina era tabú. Mi madre me dijo que no debía ir nunca allí a las horas de sus comidas: «Es su tiempo y no debemos interrumpirlo».

Si, por algún motivo imprevisto, como el anuncio de que unos invitados no vendrían a comer, había que darles un mensaje, mi madre se disculpaba por la molestia y, por una ley no escrita ninguna de las criadas se levantaba de la mesa cuando entraba.

Las sirvientas trabajaban muchísimo. Jane preparaba habitualmente comidas de cinco platos para siete u ocho personas. En caso de banquetes importantes de diez o más personas, cada plato ofrecía alternativas: dos tipos de sopa, dos platos de pescado, etc. La chica de servicio limpiaba marcos de fotografías y servicios de plata a discreción; vaciaba una tinaja de baño (teníamos un cuarto de baño, pero madre no soportaba la idea de lavarse en una bañera usada por otros), llevaba agua caliente a los cuartos cuatro

veces al día, encendía chimeneas en invierno y remendaba la ropa blanca, etc., todas las tardes. La camarera también limpiaba la plata y lavaba la vajilla con sumo cuidado en un recipiente de *papier maché*[2], además de servir perfectamente a la mesa.

A pesar de estos arduos deberes, se sentían muy felices, sobre todo, creo yo, porque sabían que las apreciábamos como *expertas* entregadas a una tarea especializada. Como tales disfrutaban de ese algo misterioso llamado prestigio; miraban con desdén a dependientas y gente semejante.

Una de las cosas que más añoraría hoy, si fuera pequeña, sería la falta de las sirvientas. Para una niña constituían la parte más pintoresca de la vida diaria. Las nodrizas ponían lo ordinario; las sirvientas, el drama, la diversión y toda clase de conocimientos no específicos pero interesantes. Lejos de ser esclavas, eran tiranas muchas veces. «Sabían cuál era su puesto», como se decía, lo que no significaba sometimiento, sino orgullo, orgullo profesional. Las sirvientas de principios de siglo estaban muy dotadas. Las camareras tenían que ser altas, bien parecidas, bien entrenadas, tener la voz justa para susurrar: «¿Coñac o jerez?» Hacían milagros para atender a los caballeros.

Dudo que hoy exista una *verdadera* sirvienta. Posiblemente quedarán algunas de unos setenta u ochenta años, renqueando por ahí; aparte de éstas, ahora no hay más que las externas, las asistentas, ayudantas, empleadas de hogar y encantadoras señoras jóvenes que quieren ganar algo de dinero, reservando unas horas para sí y para las necesidades de sus hijos. Son aficionadas amables, que con frecuencia se hacen amigas nuestras, pero que rara vez inspiran el respeto con el que mirábamos a nuestra servidumbre.

Por cierto que no era un lujo especial reservado sólo a los ricos; la única diferencia era que éstos tenían más. Había mayordomos, criados, sirvientas, camareras, asistentas, ayudantes de cocina, etc. Según se desciende por los escalones de la opulencia, se llega por último a lo que aparece tan bien descrito en los deliciosos libros de Barry Pain, *Eliza y Eliza's Husband*, como «la chica».

Nuestras sirvientas me parecen mucho más reales que las amigas de mi madre y mis parientes lejanos. No tengo más que cerrar los ojos para ver a Jane moviéndose majestuosamente por la cocina con su amplio busto, sus colosales caderas y una faja almidonada a la

cintura, nunca le preocupó la gordura, nunca sufrió de los pies, o de los tobillos, y si tenía la tensión alta no lo sabía. Por lo que consta, nunca estuvo enferma. Era como una diosa del Olimpo. Si tenía emociones nunca las mostró; no prodigaba ni cariño ni mal humor; sólo se agitaba un poco cuando tenía que preparar un banquete. La calma profunda de su personalidad estaba entonces «Iigeramente fruncida»: el rostro un poco más rojo, los labios bien apretados y el ceño fruncido imperceptiblemente. Eran los días en que se me echaba de la cocina con decisión: «Señorita Agatha, hoy no tengo tiempo, tengo un montón de cosas que hacer. Le daré un puñado de pasas para que se vaya al jardín y no vuelva a molestarme». Me marchaba inmediatamente, impresionada por las exclamaciones de Jane.

Sus características principales eran la reticencia y la reserva. De su familia sólo sabíamos que tenía un hermano. Nunca hablaba de ello. Era de Cornualles. La llamaban «señora Rowe», pero era un título de cortesía. Como todas las buenas sirvientas, sabía cuál era su puesto, un puesto de mando, y así se lo hacía entender a todos los que trabajaban en casa.

Seguramente estaba orgullosa de los espléndidos platos que cocinaba, pero no lo demostró nunca ni habló de ello. Recibía las felicitaciones sin señales de gratitud, aunque creo que se sentía muy lisonjeada cuando mi padre iba a la cocina para darle la enhorabuena por alguna comida.

Estaba también Barker, una sirvienta que me enseñó otro aspecto la vida. Su padre era un Hermano de Plymouth muy estricto, y ella tenía un gran sentido del pecado y de sus propias faltas en algunos terrenos. «Me condenaré para toda la eternidad, sin duda alguna», decía con una especie de alegre fruición. «No sé qué diría mi padre si supiera que he ido al culto de la Iglesia de Inglaterra y que me ha gustado. Me agradó el sermón del vicario el domingo pasado, y los cantos también».

A una niña que estaba invitada en casa, le oyó un día mi madre decir con desprecio a una camarera: «Bah, tú no eres más que una criada»; la riñó en seguida: «No vuelvas a decir eso a una sirvienta. Al servicio hay que tratarlo con suma cortesía. Hacen un trabajo que requiere tanta destreza, que tú no lo podrías hacer seguramente sin una larga preparación. Y recuerda que no pueden replicar. Sé

siempre educada con las personas cuyo cargo les prohíbe ser maleducadas contigo. Si tú lo eres, te despreciarán con razón por no comportarte como una dama».

«Comportarse como una damita» en aquel tiempo era algo muy complicado. Incluía ciertos detalles curiosos.

Comenzando por la cortesía con las sirvientas, llegaba a cosas tales como: «Deja siempre algo en el plato para la dama Educación»; «No bebas nunca con la boca llena»; «Acuérdate de no poner dos sellos de medio penique en una carta, a no ser que se trate de la cuenta a un comerciante[3]». Y por supuesto, «Ponte una muda limpia cuando hagas un viaje en tren, por si ocurre un accidente».

La hora del té en la cocina era con frecuencia una reunión social. Jane tenía innumerables amigas y casi todos los días se presentaban una o dos. Del horno salían bandejas de rosquillas calientes. Nunca he vuelto a comer otras tan ricas como las de Jane, Eran crujientes, suaves, con pasas, y calientes sabían a gloria. Jane, con su aire de vaca mansa, era una verdadera tirana; si una de las otras se levantaba de la mesa se oía una voz que decía: «Yo no he terminado todavía, Florencia». Y Florencia, sonrojada, se sentaba de nuevo musitando: «Discúlpeme, señora Rowe».

Las cocineras de cierta antigüedad eran siempre «señoras». Las sirvientas y camareras debían tener nombres apropiados, por ejemplo, Jane, María, Edith, etc. Nombres como Violeta, Muriel, Rosamunda y semejantes no eran considerados tales, y se le decía con firmeza a la chica: «Mientras estés a mi servido, te llamarás María». A las camareras con suficiente antigüedad se las llamaba muchas veces por el apellido.

No eran raras las fricciones entre la nodriza y la cocinera, pero Nursie, sin ceder en sus derechos, era una persona pacifica, respetada y consultada por las sirvientas jóvenes.

¡Mi querida Nursie! Tengo su retrato en mi casa de Devon. Es del mismo artista que pintó al resto de la familia, un pintor muy conocido entonces, N. H. J. Baird. Mi madre adoptaba una actitud algo crítica ante sus cuadros:

«Parecemos unos sucios —se lamentaba—. Parece que no os habéis lavado desde hace varias semanas».

Tenía algo de razón. El azul cargado y las sombras verdes en la tez de mi hermano sugerían que no era un apasionado del agua y

del jabón y en mi retrato de cuando tenía dieciséis años se adivina un incipiente bigote, mácula de la que nunca he padecido. En cambio, el retrato de mi padre tiene unos tintes tan rosados, blancos y resplandecientes, que parece un anuncio. Sospecho que lo pintó algo a disgusto y que, por el contrario, mi madre conquistó al pobre señor con la sola fuerza de su personalidad. Los retratos de mis hermanos se parecían mucho a ellos, mientras que el de mi padre era su viva imagen, aunque menos interesante.

Estoy segura de que el retrato de Nursie lo pintó con cariño. La batista transparente de su ribeteado gorro y del delantal es precioso y constituye un marco perfecto para el noble rostro arrugado, de ojos profundos, que recordaba la obra de algún viejo maestro flamenco.

No sé qué edad tendría Nursie cuando se vino con nosotros, ni por qué escogió mi madre a una mujer ya mayor, pero solía decir: «Desde el instante en que llegó nunca tuve que preocuparme de ti; sabía que estabas en buenas manos». Por ellas habían pasado muchísimos niños. Yo fui la última.

Con motivo del censo, mi padre tuvo que anotar el nombre y la de cuantos vivíamos en casa.

—Un trabajo ingrato —dijo compungido—. A los servidores no les gusta que les pregunten la edad. Y, ¿qué voy a hacer con Nursie?

La llamó; estaba de pie delante de él, con las manos juntas sobre su blanquísimo delantal y los ojos fijos con expresión inquisitiva.

—Mire —le explicó mi padre, tras hacer una breve síntesis de lo que era un censo—, tengo que escribir la edad de todos. Esto…, ¿qué debo escribir en su caso?

—Lo que usted quiera, señor —respondió ella educadamente.

—Si, pero, ejem, tengo que saberlo.

—Lo que a usted le parezca mejor, señor.

Nursie no estaba dispuesta a dejarse amilanar. Calculando que tendría, por lo menos, setenta y cinco años, se aventuró a decir algo nervioso:

—Ejem, ejem…, ¿cincuenta y cinco? ¿Algo así?

Una expresión de dolor cruzó el arrugado rostro.

—¿Parezco de verdad tan vieja, señor? —preguntó Nursie con ansia.

—No, no… Bueno, ¿qué debo poner?

Ella volvió a su juego.

—Lo que le parezca justo, señor —dijo con dignidad.

Entonces mi padre escribió sesenta y cuatro.

La actitud de Nursie aún se da en los tiempos modernos. Cuando mi marido Max tuvo que vérselas con pilotos polacos y yugoslavos durante la segunda guerra mundial, tropezó con la misma reacción.

—¿Edad?

El piloto hace un gesto con las manos y dice amablemente:

—Lo que usted guste, veinte, treinta, cuarenta, no importa.

—¿Y dónde nadó usted?

—Donde más le guste. Cracovia, Varsovia, Belgrado, Zagreb, como quiera.

Es la mejor manera de subrayar claramente la poca importancia de este tipo de detalles.

Los árabes son iguales.

—¿Está bien su padre?

—Sí, pero es muy viejo.

—¿Qué edad tiene?

—Oh, es muy anciano…; noventa años, noventa y cinco.

Y resulta que tiene apenas cincuenta.

Pero así se ve la vida. Cuando se es joven, se es joven; cuando uno tiene vigor, se es un «hombre muy fuerte»; cuando éste comienza a faltar, se es muy viejo. Y si uno es viejo, puede serlo tanto como sea posible.

Cuando cumplí los cinco años, me regalaron un perro. Fue lo más fantástico que me ha ocurrido jamás; me dio tanta alegría que no pude decir ni una palabra. Cuando leo la frase: «se quedó mudo», lo comprendo perfectamente. Me quedé muda, no pude decir ni gracias. Apenas si miré al precioso animal. Me alejé de él. Necesitaba urgentemente estar sola para asimilar esa increíble felicidad. (He hecho lo mismo con frecuencia durante mi vida. ¿Por qué seré tan tonta?) Creo que me encerré en el servicio, un lugar perfecto para meditar con tranquilidad, a donde posiblemente nadie me seguiría. Los servicios, en aquel tiempo, eran confortables, casi como apartamentos residenciales. Bajé la pesada tapadera rectangular de caoba, me senté en ella y, con la mirada perdida frente a un mapa de Torquay colgado de la pared, me puse a considerar lo que significaba aquello. «Tengo un perro un perro Es

mío… mi propio perro… un terrier de Yorkshire…, mi perro…, mi propio perro…»

Más tarde me dijo mi madre que mi padre se había quedado muy decepcionado por la acogida que le había dispensado a su regalo.

Creí que le encantaría —dijo—. Parece que no le ha hecho ninguna gracia.

Pero mi madre, siempre comprensiva, dijo que yo necesitaba algo de tiempo.

—No puede asimilarlo de golpe.

Mientras tanto, el cachorro de cuatro meses había vagado desconsoladamente por el jardín hasta que se arrimó a nuestro jardinero, un hombre huraño llamado Davey. Lo había criado uno que trabajaba por horas en los parques y, probablemente, al ver una azada que penetraba en la tierra, se sentiría como en su casa. Se sentó en el camino, contemplando atentamente la operación.

Le encontré en aquel lugar y nos dimos a conocer. Ambos nos mostramos tímidos, limitándonos a algunas señales de cortesía. Pero al cabo de la semana, Tony y yo éramos inseparables. Su nombre oficial, debido a mi padre, era Jorge Washington; el de Tony se lo puse yo para abreviar. Era un perro admirable, de buen talante, cariñoso y dispuesto a todas mis fantasías. Nursie se liberó de muchas pruebas. Le ponía lazos y otros adornos, lo que aceptaba como señales de afecto, y de vez en cuando se comía alguno como suplemento de su «ración de zapatillas». Tuvo el privilegio de compartir mi nueva saga secreta. A Dickie (el canario Doradín) y su amada (yo) se les unió Lord Tony.

Recuerdo menos cosas de mi hermana que de mi hermano. Ella era amable conmigo, en cambio él me llamaba renacuajo y se sentía superior; por eso, naturalmente, me iba con él siempre que me lo permitía. Lo que recuerdo mejor, es que tenía ratones blancos. Me presentó al señor y a la señora Bigotes. A Nursie no le pareció bien. Dijo que olían mal; era cierto, por supuesto.

Ya teníamos un perro en casa, un viejo Dandy Dinmont llamado Scotty, que era de mi hermano. Éste, que se llamaba Luis Montant, como el mejor amigo que tenía mi padre en los Estados Unidos, y le llamaban siempre Monty, era inseparable de Scotty. Mi madre le decía con frecuencia: «No inclines la cabeza para que te lama el

perro, Monty». Él, echado en el suelo junto a la cesta de Scotty, rodeando con un brazo cariñosamente el cuello del perro, no prestaba atención. Mi padre decía: «¡Cómo huele ese perro!» Scotty tenía entonces 15 años y sólo un enamorado del animal podía negar la acusación. «¡A rosas! —protestaba Monty con ternura—, ¡a rosas! A eso es a lo que huele, ¡a rosas!»

Scotty acabó trágicamente. Lento y ciego, nos acompañaba a Nursie y a mí, cuando al atravesar la calzada el carro de un comerciante que doblaba la esquina velozmente lo atropelló. Lo llevamos a casa en coche y llamamos al veterinario, pero murió unas horas después. Monty se había ido a navegar con unos amigos. Mi madre estaba preocupada pensando cómo darle la noticia. Mandó que dejaran el cadáver en la lavandería y esperó ansiosamente su regreso. Por desgracia, en lugar de venir derecho a casa como de costumbre, dio la vuelta por el patio y entró en la lavandería en busca de algunos instrumentos que necesitaba. Y se encontró con el perro muerto. Salió de nuevo y debió pasarse muchas horas dando vueltas. Por fin regresó a casa, cerca de la medianoche. Mis padres fueron lo bastante comprensivos como para no mencionarle la muerte de Scotty, Él mismo cavó su tumba en el cementerio de animales que había en una esquina del jardín, donde cada perro de la familia tenía su nombre grabado en una lápida.

Mi hermano, a quien como ya dije le gustaba molestarme sin piedad, me llamaba «gallina flaca». Y yo le complacía echándome a llorar siempre. No sé por qué me ponía tan furiosa aquel mote. Como era una llorona, iba corriendo a decírselo a mi madre, sollozando:

—No soy una gallina flaca, ¿verdad, mami? Ella, sin inmutarse, se limitaba a decir:

—Si no quieres que te moleste, ¿por qué andas siempre corriendo detrás de Monty?

La pregunta no tenía contestación; mi hermano me fascinaba tanto que no podía alejarme de él. Estaba en una edad en que se mofaba mucho de sus hermanas y a mí me consideraba un auténtico latazo. A veces estaba más amable y me permitía entrar en su «taller», en el que tenía una mesa de carpintero, y me dejaba pasarle piezas de madera y herramientas. Pero tarde o temprano soltaba lo de la gallina flaca para que me largara.

Una vez fue tan bueno conmigo que me invitó a ir con él en su bote. Tenía un velero pequeño con el que iba a Torbay. Para sorpresa de todos, me permitió acompañarle. Nursie, que estaba aún con nosotros, era totalmente contraria a la expedición, pensando que me ensuciaría, me rompería el vestido, me pillaría los dedos y casi seguro que ahogaría. «Los jóvenes no saben cuidar a una niña».

Mi madre dijo que era bastante mayorcita como para no caerme la borda y que seria una buena experiencia. Creo que también deseaba manifestar su aprobación ante la generosa y desacostumbrada actitud de Monty. Así que fuimos andando por la población hasta Monty colocó el bote junto a las gradas y Nursie me confió a él desde arriba. En el último momento mi madre se preocupó.

—Debes tener cuidado, Monty. Mucho cuidado. Y no tardes mucho. La cuidarás, ¿eh?

Mi hermano, que ya estaba, supongo yo, arrepentido de su amable ofrecimiento, contestó:

—No le pasará nada. —Y a mí me dijo—: Quédate sentada donde estás, quietecita y, por lo que más quieras, no toques nada. Luego empezó a manipular con las sogas. El bote se inclinó de tal modo que me resultaba prácticamente imposible seguir sentada y permanecer quieta, como se me había ordenado, y además estaba bastante asustada; pero a medida que surcábamos las aguas, me fui reanimando y me llené de felicidad.

Mi madre y Nursie permanecieron en el muelle, siguiéndonos con la mirada como dos figuras del teatro griego, la segunda, llorosa, previendo un desastre, y la primera tratando de disipar sus temores y añadiendo finalmente, al recordar quizá lo poco que la atraía la navegación:

—No creo que le queden ganas de ir otra vez. El mar está bastante picado.

Su predicción se cumplió. Poco después, mi hermano tuvo que regresar; yo estaba amarilla y, como dijo él, había «dado comer los peces» tres veces. Me desembarcó muy disgustado, comentando que las mujeres eran todas iguales.

IV

La primera vez que tuve miedo estaba a punto de cumplir los cinco años. Hacía un día estupendo y Nursie y yo habíamos ido a coger primaveras; atravesamos la vía férrea para subir por el camino de Shiphay donde había muchas de estas florecillas.

Penetramos por una verja abierta y seguimos cogiendo flores. Nuestra cesta se estaba llenando, cuando una voz colérica y ruda nos gritó:

—¿Qué hacen ustedes ahí?

Me pareció un gigante todo rojo de ira. Nursie respondió que no estábamos haciendo daño a nadie, que sólo cogíamos primaveras.

—Violando la propiedad ajena, eso es lo que están haciendo. ¡Fuera! Si dentro de un minuto no han salido de aquí las cuezo vivas, ¿entendido?

Tiré desesperadamente de la mano de Nursie, quien no podía ir de prisa ni lo intentaba. Al llegar al camino sanas y salvas, casi me desplomo de alivio. Me quedé pálida y mareada; Nursie lo notó de repente.

—Cariño —me dijo con ternura—, no habrás creído que decía en serio eso de cocerte o lo que fuera, ¿verdad?

Indiqué con la cabeza que sí. Hasta había visto la escena. Una olla enorme, echando vapor, sobre una hoguera. Mis gritos de agonía. Todo era tremendamente real para mí.

Trató de calmarme. Era una forma de hablar que tenía la gente. Como una especie de broma. No era un hombre amable, más bien era bruto y antipático, pero no había hablado en serio. Era una broma.

Para mí no lo había sido y todavía ahora, cuando entro en un campo, un ligero estremecimiento me recorre la espina dorsal.

Desde entonces hasta hoy, no he vuelto a experimentar un terror tan real.

Sin embargo, no he revivido esta experiencia en pesadillas. Todos los niños tienen pesadillas y dudo que se deban a que las nodrizas o algún suceso de la vida real les asusten. Mi pesadilla particular se centraba en uno que yo llamaba «el Pistolero». Nunca había leído nada acerca de esos tipos. Le llamaba el Pistolero porque llevaba un arma, no porque tuviera miedo de que me disparara. Ésta era parte de su apariencia que, según creo recordar, era la de un francés de uniforme azul grisáceo con el pelo empolvado, coleta, los ojos azules, una especie de sombrero de tres picos y un mosquete anticuado. Su misma presencia era aterradora. El sueño era bastante simple: una reunión a la hora del té o un paseo con varias personas, normalmente un festejo sencillo. De repente sentía desazón. Había alguien que no debía estar allí, una sensación horrible de temor; y luego le veía; sentado a la mesa, caminando hacia la playa, tomando parte en el juego. Su mirada se encontraba con la mía y me despertaba gritando: «¡El Pistolero, el Pistolero!»

—La señorita Agatha ha tenido anoche uno de sus sueños sobre el pistolero —enunciaba Nursie con su pausada voz.

—¿Por qué te asusta tanto, cariño? —me preguntaba mi madre —. ¿Qué crees que te va a hacer?

No sabía por qué me asustaba. Más adelante, el sueño varió. El Pistolero ya no aparecía siempre de uniforme. A veces, estábamos sentados a la mesa; yo dirigía la mirada a un amigo o a un miembro de la familia y me daba cuenta de repente de que no era Dorothy, Phyllis, Monty, mi madre o el que debía ser. Los pálidos ojos azules me miraban desde un rostro familiar. Era en realidad el Pistolero.

A los cuatro años me enamoré. Fue una experiencia desconcertante y maravillosa. El objeto de mi pasión era un cadete de Dartmouth, amigo de mi hermano. Con el pelo muy rubio y los ojos azules, despertó mi romanticismo. Seguro que él nunca supo las emociones que suscitaba en mí. Sin preocuparse de la hermanita de su amigo Monty, si se lo hubieran preguntado habría dicho probablemente que le caía mal. Un exceso de emoción me empujaba en dirección contraria, cuando le venía venir, y si estaba sentado en la mesa del comedor volvía la cabeza para otro lado. Mi madre me

riñó.

—Sé que eres tímida, cariño, pero debes comportarte. Está muy mal que no mires siquiera a Philip, y que si te habla te limites a musitar alguna palabra. Aunque te disguste, debes ser educada con él. ¡Disgustarme! ¡Qué poco enterados estaban! Cuando pienso ahora lo enormemente satisfactorio que puede ser un amor precoz. No exige nada, ni una mirada, ni una palabra. Es simple adoración. Sostenido por él, uno puede caminar por los aires, creando en la mente ocasiones heroicas en que poder servir a la persona amada. Yendo de un campo de apestados a curarlo, salvándole del fuego, sirviéndole de escudo contra una bala mortífera. En realidad, todo lo que ha impresionado la imaginación en un cuento. En estas fantasías, no hay nunca un final feliz. Uno muere en el fuego o a causa del disparo o sucumbiendo a la peste. El héroe ni siquiera se entera del sacrificio supremo que hace. Yo permanecía sentada en el aposento de los niños jugando con Tony con aire solemne y afectado, mientras en mi cabeza una exaltación gloriosa creaba un torbellino de extravagantes fantasías.

Transcurrió el tiempo. Philip pasó a guardiamarina y dejó el Britannia. Durante algunos meses siguió grabada en mí su imagen y después se borró. El amor se desvaneció para reaparecer tres años más tarde, en la persona de un joven capitán del ejército, alto y moreno, que cortejaba a mi hermana.

Ashfield era el hogar y se aceptaba como tal; Ealing, sin embargo, era la emoción. Poseía todo el romanticismo de un país extranjero. Una de sus mejores cosas era el servido. Su asiento de caoba era muy grande. Sentada en él, me sentía como una reina en su trono y rápidamente convertí a la amada de Dickie en la reina Margarita; y a él, sentado a su derecha en el circulito que formaba la hermosa asa del tapón de madera, en su hijo el príncipe Doradín, heredero del trono. Me solía retirar allí por las mañanas para sentarme con una reverencia, dar audiencia y extender mi mano para que la besaran, hasta que otros que querían entrar me conminaban enfadados a que saliera. En la pared, estaba colgado un plano en colores de la ciudad de Nueva York, lo que también llamaba mi atención. Había varias láminas norteamericanas en casa.

En el cuarto de huéspedes había una serie de fotos por las que sentía mucho cariño. Una, titulada «Deportes de invierno», representaba a un hombre con mucho frío sobre una capa de hielo, sacando un pez a través de un agujerito. Me parecía un deporte un tanto melancólico. Otra era la de Gray Eddy, un caballo de carreras tan brioso que fascinaba.

Como mi padre se había casado con la sobrina de su madrastra (la segunda esposa inglesa de su padre americano), y como él la llamaba madre, mientras su mujer seguía llamándola tía, se la conocía oficialmente como tía-abuela. Mi abuelo se había pasado los últimos años de la vida de acá para allá entre su empresa de Nueva York y la sucursal inglesa de Manchester. Su vida había sido una de esas historias típicamente americanas de alguien que con un solo real se hace millonario. Había nacido en una familia humilde de Massachussets; llegado a Nueva York, se colocó en una oficina y logró ser socio de la compañía. «De botones a jefe en tres generaciones» era lo que había sucedido en nuestra familia. Mi abuelo hizo una gran fortuna. Mi padre, debido sobre todo a su confianza en el prójimo, la mermó mucho, y mi hermano derrochó lo que había quedado en un santiamén. Poco antes de morir, mi abuelo había comprado una casa grande en Cheshire. Era por entonces un hombre enfermo y su segunda esposa quedó viuda siendo aún relativamente joven. Siguió viviendo allí por algún tiempo, pero al fin compró una casa en Ealing, cuando aún estaba prácticamente en el campo. Como solía decir ella, estaba rodeada de prados. En cambio, cuando llegué a visitarla, parecía imposible pero filas de hermosas casas se extendían en todas las direcciones.

La casa y el jardín de la abuela me fascinaban. Dividía el aposento de los niños en varios «territorios». La parte delantera tenía un ventanal semicircular, y en el suelo una pesada alfombra, alegre y con rayas. Bauticé a esta parte con el nombre de cuarto de Muriel (probablemente porque me había impresionado el nombre de ventana de Oriel[4]).

La parte de atrás, cubierta con una alfombra de Bruselas, era la sala-comedor. Coloqué varias alfombrillas y piezas de linóleo en distinto lugares. Pasaba de una pieza a otra de «mi casa» con aire atareado e importante, hablando conmigo misma. Nursie, sentada, cosía tan plácidamente como siempre.

Otra cosa fascinante era la inmensa cama de caoba de mi tía-abuela, con un baldaquín de cortinas rojas de damasco; el colchón era de plumas. Por la mañana temprano, antes de vestirme, llegaba yo y saltaba sobre ella. La abuelita estaba despierta desde las seis de la mañana y siempre me daba la bienvenida. Abajo estaba el salón, repleto de muebles de marquetería y porcelana de Dresden, sumido siempre en la oscuridad a causa del invernadero que se elevaba fuera. Sólo se usaba para dar fiestas. Junto a él había el cuarto de costura, donde casi invariablemente estaba instalada una costurera. Ahora que lo pienso, las costureras eran algo imprescindible en la familia. Todas tenían cierto parecido entre sí: solían ser muy refinadas y desdichadas. Eran tratadas con mucha cortesía por la señora de la casa y por la familia, pero sin ninguna por las sirvientas; se les nevaba la comida en una bandeja; por lo que recuerdo, eran incapaces de hacer nada que sentara bien. Todo quedaba o demasiado justo o bailaba. La respuesta a cualquier queja solía ser: «Ah, sí, pero Miss James ha tenido una vida tan desgraciada…»

Así pues, en el cuarto de coser estaba sentada Miss James, cosiendo delante de la máquina, rodeada de patrones.

En el comedor, la abuelita llevaba una vida placentera de estilo victoriano. El mobiliario era de pesada caoba con una mesa central y varias sillas. Las ventanas estaban cubiertas con espeso encaje de Nottingham. Se sentaba a la mesa en una gran silla de cuero para escribir cartas o bien junto a la chimenea, en un sillón tapizado de terciopelo. Las mesas, el sofá y algunas sillas estaban repletas de libros, puestos allí adrede, y otros sobresaliendo de paquetes mal atados. Compraba siempre libros para ella y para regalos y luego le resultaban más de la cuenta, olvidaba a quién había pensado mandarlos o descubría que el querido hijito del señor Bennett había cumplido dieciocho años y ya no eran apropiados para él *Los muchachos de San Guldred* o *Las aventuras de Timothy Tiger*.

Como complaciente compañera de juego, la abuela dejaba a un lado la larga carta llena de tachaduras (para ahorrar papel) y se prestaba al delicioso pasatiempo de «la gallina del señor Whiteley». Ni que decir tiene que la gallina era yo. Escogida por abuelita, tras encarecer al pollero que le diera una realmente joven y tierna, traída a casa, unidas las alas, ensartada (con gritos de placer por mi

parte), metida en el horno y colocada sobre la mesa en una fuente. Entonces se afilaba el cuchillo de cocina con mucho teatro y, de pronto, la gallina vuelve a la vida y, momento cumbre, grita a discreción: «Soy yo».

Por la mañana, era todo un acontecimiento la visita que efectuaba la abuela a la despensa, situada en el jardín junto a la puerta lateral. Yo aparecía inmediatamente y ella exclamaba: «Vamos a ver, ¿qué hace aquí una niña tan pequeña como tú?» La niña aguardaba con esperanza, escrutando las fascinantes estanterías. Filas de botes de mermelada y conservas. Cajas de dátiles, fruta en conserva, higos, ciruelas francesas, cerezas, bolsas de pasas, mantequilla y paquetes de azúcar, té y harina. Todos los comestibles de la mansión estaban allí y eran entregados solemnemente para las necesidades del día. Se realizaba también una investigación sobre el uso exacto de la ración del día anterior. La abuelita ofrecía una mesa abundante a todos, pero temía que se malgastara algo. Una vez satisfechas las necesidades de la casa y constatado el buen uso de la provisión precedente, abría un bote de ciruelas francesas y yo me iba contenta al jardín con las manos llenas.

Es raro que, cuando uno recuerda los primeros años, el clima parece constante en ciertos lugares. En el aposento de los niños de Torquay siempre hace una tarde otoñal o invernal. Hay fuego en la chimenea, ropa a secar sobre la alta parrilla, y, fuera, hojas que se caen o, a veces, para entusiasmo mío, nieve. En el jardín de Ealing siempre es verano, verano caluroso. Siento las bocanadas de aire caliente y seco y el perfume de las rosas, nada más salir por la puerta lateral. Aquel pedazo de tierra cubierto de hierba verde, rodeado de rosales, no me parece pequeño. Era todo un mundo. Primero las rosas, muy importantes; se cortaban a diario los capullos marchitos; con el resto, se preparaban algunos floreros. La abuela estaba muy orgullosa de sus rosas, atribuyendo su tamaño y belleza a «las aguas sucias de los desagües, querida, El abono líquido…, no hay nada como él. ¡Nadie tiene rosas como las mías!».

Los domingos venían a comer, casi siempre, la otra abuela y dos tíos míos. Resultaba un espléndido día victoriano. La abuela Boehmer, como abuelita B, que era la madre de mi madre, llegaba hacia las once, resoplando un poco porque era muy gorda, más

gorda aun que la tía-abuela. Después de venir en una serie de trenes y autobuses desde Londres, lo primero que hacía era quitarse las botas. Solía acompañarla su sirvienta Harriet, quien se arrodillaba para quitárselas y sustituidas por un par de cómodas babuchas de lana. Entonces un gran suspiro de alivio, se acercaba a su hermana junto mesa del comedor y las dos se dedicaban a sus negocios de las mañanas dominicales, que consistían en largas y complicadas cuentas. La abuela B compraba en el economato del Ejército y la Marina, en la calle Victoria, que era para ellas el ombligo del mundo. Se entretenían y disfrutaban mucho con listas, números y cuentas. Discutían sobre los bienes adquiridos: «No deberías haber comprado eso, Margarita. No es un buen género, es poco fino, muy distinto del último terciopelo color ciruela». Después la tía-abuela sacaba su grande y abultado monedero, al que yo miraba siempre con asombro, y consideraba como signo visible de una inmensa riqueza. Estaba repleto de medias coronas y monedas de seis peniques, así como a veces de monedas cinco chelines. Las cuentas por reparaciones y pequeñas compras se habían saldado. Por supuesto, tenía una cuenta en el economato y creo que la tía-abuela siempre añadía un regalo para abuelita B por el tiempo que empleaba y las molestias que se tomaba. Las dos hermanas se querían mucho, pero, a veces, nacía entre ellas algún brote de envidia y de pelusilla. Les gustaba molestarse mutuamente salir ganando. Según la abuelita B ella había sido la guapa de la familia. La otra lo solía negar:

—María (o Polly, como la llamaba) era mona, sí —decía—, pero, desde luego, no tenía tan buen tipo como yo. A los caballeros les gustaba que una tuviera buen tipo.

A pesar de que Polly no tuviera buen tipo (luego haría grandes progresos; nunca he visto un busto semejante), a los dieciséis años, ya se había enamorado de ella un capitán del BIack Watch. Aunque la familia decía que era demasiado joven para casarse, él indicó que se iba al extranjero con su regimiento y que posiblemente no volvería a Inglaterra hasta después de mucho tiempo, por lo que deseaba contraer matrimonio en seguida. De modo que a los dieciséis años mi abuela estaba casada. Ése fue, probablemente el primer motivo de envidia. Fue un matrimonio de amor. Ella era joven y hermosa, y su capitán el más guapo del regimiento, según

se decía.

Pronto tuvieron cinco hijos; uno murió, Se quedó viuda a los veintisiete años, al morir él como consecuencia de una caída de caballo. La tía-abuela se casó mucho más tarde. Se había enamorado de un joven oficial de la marina, pero eran demasiado pobres para casarse y él la dejó por una viuda rica. Ella, a su vez, se casó con un rico americano que tenía un hijo. Se quedó algo frustrada, pero nunca perdió el buen humor y el amor a la vida. No tuvo hijos y se quedó viuda con muchas riquezas. En cambio Polly, cuando murió su esposo, apenas podía alimentar y vestir a los suyos. No disponía más que de una minúscula pensión. La recuerdo todo el día sentada a la ventana de su casa cosiendo, haciendo elegantes acericos y bordando a bastidor. Hacía maravillas con la aguja y trabajaba sin cesar; creo que mucho más de ocho horas diarias. Así pues, cada una envidiaba a la otra por lo que le faltaba a ella. Me parece que las dos disfrutaban peleándose puntillosamente, aunque se rompían a gritos los tímpanos.

«Tonterías, Margarita; en toda mi vida, no he oído semejante tontería». «Desde luego, María, déjame que te diga…», etc. A Polly le habían salido pretendientes entre los oficiales compañeros de su difunto esposo y había rechazado con firmeza varías proposiciones de matrimonio. No quería reemplazar a su esposo, sino que la enterraran a su lado en la tumba de Jersey, cuando llegara su hora.

Echadas las cuentas dominicales y anotados los encargos para la semana siguiente, llegaban los tíos. Tío Ernesto trabajaba en el Ministerio del Interior y tío Harry era secretario del economato del Ejército y la Marina. Tío Fred, que era el mayor, estaba en la India con su regimiento. Entonces se ponía la mesa y se servía la comida: un enorme plato combinado, luego tarta de cerezas y crema generalmente, una buena ración de queso y para terminar fruta, en los preciosos platos de postre dominicales; eran muy bonitos y lo son todavía, ya que de las dos docenas conservo unos dieciocho, lo que no está nada mal, después de sesenta años de llevarlos de aquí para allá. No sé si eran de porcelana de Coalport o francesa; tenían el borde verde brillante y oro, y en el centro una fruta distinta en cada uno. Mi favorito era y sigue siendo el del higo, un jugoso higo morado; el de mi hija Rosalinda sido siempre el de la grosella. Otros tenían un hermoso melocotón, uvas blancas o rojas, frambuesas,

fresas y muchas otras frutas. El momento culminante de la comida llegaba cuando los colocaban en la mesa cubiertos con finas servilletas de postre y con lavafrutas. Entonces todos, por turno, tratábamos de adivinar qué fruta nos había tocado. No sé por qué nos gustaba tanto, pero siempre resultaba un momento emocionante, y cuando acertaba sentía que había logrado algo digno de aprecio.

Después de una comida pantagruélica, venía la siesta. La tía-abuela se echaba junto a la chimenea en su segunda silla, grande y más bien baja: la abuelita B ocupaba el sofá, un diván de cuero rojo oscuro, tachonado de botones, y se echaba encima una manta de Afganistán. No sé que harían los tíos, tal vez se daban un paseo o iban al salón, aunque éste se usaba poco. Era imposible ir al cuarto de costura, pues tenía la exclusiva la señorita Grant, que ocupaba entonces el cargo de modista. «Hija, que caso más triste —susurraba la abuelita a sus amigas—. Pobre criatura, tan deforme, con un *sólo pasaje como las gallinas*». Esa frase me intrigaba mucho porque no sabía lo que quería decir ¿A qué venía lo que yo tomaba por un corredor?

Después de que todos habían dormido por lo menos una hora, menos yo que solía columpiarme en la mecedora, jugábamos al «maestro» los tíos lo hacían estupendamente. Nos sentábamos en fila, y el que hacía de maestro, armado con un periódico enrollado, se paseaba haciendo preguntas con voz amedrentadora: «¿Cuándo se inventó la aguja? ¿Cómo se llamaba la tercera esposa de Enrique VIII? ¿Cómo murió Guillermo Rufus? ¿Qué enfermedades atacan al trigo?» El que daba una respuesta correcta pasaba hacia delante y el que, por el contrario se equivocaba, hacia atrás. Podría considerarse como el antecedente victoriano de los concursos de preguntas que tanto nos gustan hoy en día. Después, creo que los tíos desaparecían, cumplido ya el deber para con su madre y tía. La abuelita B se quedaba a tomar el té con tarta de Madeira. Luego llegaba el terrible instante en que le traían las botas y Harriet comenzaba la operación de ponérselas de nuevo. Era angustioso verlo y tenía que ser una agonía soportarlo. Los pobres tobillos de la abuela estaban hinchados, al final del día, como un flan. Pasar los cordones por los agujeros con la ayuda de un ganchillo suponía muchos pinchazos, que le arrancaban chillidos agudos. ¡Dichosas

botas! ¿Por qué las llevaba todo el mundo? ¿Las recomendaban los médicos? ¿Eran el precio de la esclavitud de la moda? Sé que decían que eran buenas para robustecer los tobillos de los niños, pero ése no era el caso de una anciana de setenta años. Terminada al fin la operación la abuela, pálida aún por el dolor, emprendía el regreso a su residencia de Bayswater.

En aquel tiempo, Ealing tenía las mismas características que Cheltenham o Leamington. Muchísimos militares y marinos jubilados iban allí a respirar aire puro, con la ventaja de estar muy cerca de Londres. A la abuelita le gustaba mucho la vida de sociedad (siempre fue una mujer muy sociable). Su casa estaba siempre llena de ex coroneles y ex generales a los que bordaba chalequillos y tejía medias de dormir. «Espero que no se disguste su *esposa*, —decía al presentárselos—. No quiero crear *problemas*». Los ancianos caballeros respondían con galantería y se marchaban sintiéndose tremendamente atractivos y orgullosos de sus encantos masculinos. Su galantería era algo tímida. Las bromas que me gastaban no me parecían divertidas y sus modales socarrones me ponían nerviosa.

—¿Qué va a tomar de postre la señorita? Dulces para la dulce damita. ¿Un melocotón? ¿O una de esas doradas ciruelas que hacen juego con sus dorados rizos?

Llena de sonrojo, susurraba que me gustaría un melocotón.

—¿Qué melocotón? Vamos a ver, escoge.

—El más grande y el mejor —musitaba yo.

Carcajadas. Sin pretenderlo, parece que me había salido una gracia.

—Nunca debes pedir lo más grande —me dijo luego Nursie—. Eso es gula.

Admití que lo fuera, pero ¿por qué era gracioso? Como maestra de urbanidad, Nursie se encontraba en su elemento.

—Acaba la comida más de prisa. Suponte que eres mayor y estás comiendo en casa de un duque.

Nada me parecía tan improbable, pero acepté la suposición.

—Habrá un mayordomo y varios lacayos y, cuando llegue el momento, te retirarán el plato, *hayas o no terminado*.

Me puse pálida ante esa perspectiva y le entré con decisión al cordero asado.

Con frecuencia Nursie me contaba anécdotas sobre la aristocracia que me llenaban de ambición. Deseaba, más que nada en el mundo, llegar a ser Lady Agatha. Pero la sabiduría de Nursie fue inexorable.

—Nunca lo serás.

—¿Nunca? —me quedé horrorizada.

—Nunca —repitió con firme realismo—. Para ser Lady Agatha, deberías haber nacido tal. Tendrías que ser hija de un duque, de un marqués o de un conde. Si te casas con un duque, serás duquesa, pero sólo por el título de tu esposo, no por nacimiento.

Fue mi primer encuentro con lo inevitable. Hay cosas que lo son. Es importante y conveniente reconocerlas pronto. Hay cosas que no pueden tener, como un cabello rizado natural, ojos negros si los de una son azules, o el título de Lady Agatha. En conjunto, la pretensión de mi niñez, es decir, la de la cuna, es más aceptable que otras, como la de la riqueza o la intelectual. Parece que las pretensiones intelectuales alimentan hoy día cierta forma de envidia y rencor. Los padres quieren a toda costa que sus retoños triunfen. «Hemos hecho grandes sacrificios por ti para que tengas una buena educación», dicen. Si no satisface sus esperanzas, el hijo tiene que cargar con un sentimiento de culpa. Todos están convencidos de que sólo es cuestión de oportunidades y no de aptitud.

Creo que los padres del final de la época victoriana eran más realistas, tenía mayor consideración con sus hijos y comprendían mejor lo que les procuraría una vida feliz y coronada por el éxito. Tenían menos miedo de quedarse atrás con respecto a los García. Con frecuencia, tengo la impresión de que ahora se quiere que triunfen los hijos para gloria propia. Los victorianos miraban a sus retoños desapasionadamente y se hacían una idea de sus aptitudes. Uno sería, obviamente, el guapo de la familia; otro el inteligente, y un tercero mediocre y poco dotado para los estudios: lo que más le convenía era una buena fábrica. Y así los demás. Por supuesto, a veces se equivocaban; pero en general no era así. Se tiene un alivio enorme cuando nadie espera que uno logre lo que no puede.

En contraste con la mayoría de nuestros amigos, no nadábamos en la abundancia. A mi padre, por el mero hecho de ser americano,

se le consideraba rico. En realidad, sólo era medianamente acomodado. No teníamos mayordomo, ni lacayos; carecíamos de coche, caballos y cochero. Teníamos tres sirvientas, que era lo mínimo entonces. En días de lluvia, si ibas a tomar el té a casa de tus amigos, tenías que andar un buen trecho bajo la lluvia con el impermeable y los chanclos. Nunca se pedía un coche para una chica, a menos que tuviera que ir a una verdadera fiesta, y eso para que no se le estropeara el vestido.

En cambio, la comida que se ofrecía a los huéspedes era increíblemente fastuosa, comparada con el nivel actual; se necesitaría la labor de un chef y de su ayudante para prepararla. El otro día encontré por casualidad el menú de uno de nuestros primeros banquetes para diez personas. Comenzaba por una sopa o un caldo, a gusto del comensal. Luego rodaballo cocido o solomillo. Venía después un refresco de fruta. A continuación, algo inesperado: langosta a la mayonesa. Como postre, flan, tarta rusa y fruta. Todo preparado únicamente por Jane.

En la actualidad, desde luego, una familia con ingresos equivalentes tendría coche y, tal vez, un par de empleadas de hogar, pero cualquier comida importante se haría en un restaurante o correría por cuenta de la mujer.

En mi familia, mi hermana era la lista. La directora de su colegio de Brighton presionó para que la mandaran cuanto antes a Girton. Mi padre, preocupado, dijo: «No podemos permitir que Madge se convierta en una sabihonda. Es mejor que la enviemos a París». Así pues, se fue allá muy satisfecha, pues no tenía ningunas ganas de ir a Girton. Era el cerebro de la familia; aguda, muy graciosa, de respuesta pronta y capaz de conseguir todo lo que se proponía. Mi hermano, un año menor, tenía mucho atractivo personal y gusto por la literatura, pero no era demasiado inteligente. Creo que tanto mi padre como mi madre se dieron cuenta de que iba a ser el «problemático». Era muy aficionado a la ingeniería práctica. A mi padre le hubiera gustado que se dedicara a la banca, pero comprendió que carecía de las dotes necesarias. Comenzó la carrera de ingeniería, pero fracasó porque le fallaron las matemáticas.

A mí me consideraron siempre la «lenta» de la familia. Las reacciones de mi madre y de mi hermana eran extraordinariamente rápidas; era incapaz de seguirlas. Además me costaba expresarme;

me resultaba difícil hallar las palabras justas. El lamento habitual era:

«Agatha es tan terriblemente lenta…» Era Verdad: lo sabía y lo aceptaba; ni me preocupaba, ni me afligía. Me había resignado a ser siempre la «lenta». Sólo cuando cumplí los veinte años, comprendí que el nivel de mi familia había sido más alto de lo normal y que, en realidad, era tan rápida o más que el promedio de la gente. Siempre me ha costado expresarme. Probablemente ésta es una de las causas que me han convertido en una escritora.

La primera aflicción auténtica de mi vida fue la separación de Nursie. Durante algún tiempo, una antigua niña a la que había cuidado, y que ahora tenía una hacienda en Somerset, le había insistido para se jubilara, ofreciéndole una casita de campo en su misma propiedad, donde podría vivir con su hermana hasta el fin de sus días. Al final se decidió. Había llegado la hora de dejar el trabajo.

La echaba muchísimo de menos. Le escribía todos los días unas líneas con mala caligrafía y peor ortografía, dos cosas que me resultaban siempre muy difíciles. Mis cartas carecían de originalidad; prácticamente eran todas iguales: «Queridísima Nursie: Te echo mucho de menos, Espero que estés muy bien. Tony tiene una pulga. Un millón besos y abrazos de Agatha».

Mi madre les ponía el sello, pero al cabo de algún tiempo empezó a protestar con suavidad:

—No creo que tengas que escribir todos los días. ¿Qué te parece escribes dos veces por semana?

Me quedé espantada.

—Pero pienso en ella todos los días. Tengo que escribirle.

Suspiró, pero no objetó nada; no obstante, siguió insistiendo amablemente. Pasaron algunos meses antes de que redujera la correspondencia a dos cartas semanales. Por su parte Nursie no era muy aficionada a escribir y, además, me imagino que era demasiado lista como para animarme en mi obstinada fidelidad. Me escribía dos veces al mes, cartas amables y breves. Creo que mi madre se inquietó al ver que me costaba tanto olvidarla. Más adelante, me dijo que había comentado el asunto con mi padre, quien había respondido con una salida inesperada:

—Bueno, también te acordabas tú de mí, siendo niña, cuando

me fui a Norteamérica.

Mi madre le contestó que eso era muy distinto.

—¿Pensabas que volvería un día a casarme contigo cuando fueras mayor? —preguntó él.

—Por supuesto que no —dijo ella.

Luego admitió que lo *había* soñado despierta. Un típico sueño victoriano: Mi padre contraía un matrimonio sonado, pero era desgraciado. Al quedar viudo volvía en busca de su callada prima Clara. Desgraciadamente, ésta yacía en un sofá sin esperanza de curación y acabó bendiciéndole al exhalar el último suspiro.

Mi madre se echó a reír al decirle:

—Ya ves, pensaba que no estaría mal echada en un sofá y tapada con una preciosa y suave manta de lana.

La muerte prematura y la invalidez aumentaban el atractivo, como al parecer ocurre hoy con la fortaleza. Creo que ninguna joven confesaría que tenía una salud fuerte. Mi tía-abuela me contaba con gran complacencia que había sido muy delicada en su niñez, por lo que nunca esperó llegar a la mayoría de edad; un ligero contratiempo en el juego bastaba para que perdiera el conocimiento. Por su parte, la abuelita B decía de su hermana: «Margarita siempre fue muy fuerte. Yo era la delicada».

La primera llegó a los noventa y dos años y la segunda a los ochenta y seis, y dudo que jamás hayan estado delicadas. Pero estaba de moda la extrema debilidad, los desmayos constantes y consumirse prematuramente.

La tía-abuela estaba tan imbuida de estas ideas, que llamaba aparte a mis pretendientes para contarles en tono misterioso lo delicada y frágil que era yo, por lo que resultaba improbable que llegara a la vejez. Cuando tenía dieciocho años, uno de mis enamorados me dijo preocupado:

—Tu abuela me ha dicho que tienes una salud muy delicada. Protesté asegurando que siempre la había tenido estupenda, y el rostro se le serenó.

—Pero ¿por qué dice eso tu abuela?

Tuve que explicarle que hacía todo lo posible para que yo le resultara interesante.

—Cuando era joven —me contaba ella— las señoritas no eran capaces de comer más que un bocado si había caballeros presentes.

Pero luego mandaban que les subieran al cuarto bandejas bien llenas. La enfermedad y la muerte temprana invadían incluso los libros infantiles. Uno de mis favoritos era *Nuestra blanca Violeta*. La pequeña Violeta aparecía como una santita inválida en la primera página y moría en la última de forma edificante, rodeada de su familia deshecha en llanto. Suavizaban la tragedia sus dos traviesos hermanos Punny y Firkin, que siempre andaban haciendo de las suyas. *Mujercitas*, relato alegre en conjunto, sacrifica a la sonrosada Beth. La muerte Little Nell en *La tienda de antigüedades*, me deja fría y ligeramente asqueada, pero en tiempo de Dickens hizo derramar copiosas lágrimas a familias enteras.

El sofá o diván se asocia ahora sobre todo con el psiquiatra, pero en la época victoriana simbolizaba la muerte prematura, el desgaste y el romance con R mayúscula. Me inclino a creer que la mujer y la madre victorianas lo aprovecharon bien, pues les excusaba de muchas fatigas. Era frecuente que se adueñaran de él, apenas cumplidos los cuarenta, y que llevaran una vida placentera, servidas como reinas, recibiendo atenciones afectuosas de sus enamorados esposos y el servido indiscutido de las hijas. Todas las amistades que acudían solícitas a visitarlas, admiraban la dulzura que conservaban en medio del dolor. ¿Les ocurría algo en realidad? Probablemente, no. Tendrían dolores espalda y sufrirían de los pies como la mayoría de nosotros a medida que avanza la vida. Su remedio era el sofá.

Otro de mis libros favoritos trataba de una niña alemana, por supuesto inválida y tullida, que yacía todo el día mirando a través de la ventana. Su enfermera, una joven egoísta y amante del placer, se marchó un día a ver un desfile. La inválida se asomó demasiado, cayó y se mató, para remordimiento obsesivo de su asistenta, pálida y afligida ya de por vida. Leía con mucha fruición estos libros tan morbosos.

Me recreaba también, desde temprana edad, en los relatos del Antiguo Testamento. Uno de los momentos cumbres de la semana era cuando íbamos a la iglesia. La parroquia de Tor Mohun era la iglesia vieja de Torquay, lugar moderno de playa del que Tor Mohun era el núcleo primitivo. Como era pequeña, se construyó otra más grande precisamente cuando nací. Mi padre ofreció una suma de dinero en mi nombre, para que yo fuera uno de los

fundadores: Cuando me lo explicó, me sentí muy orgullosa. «¿Cuándo puedo ir a la iglesia?», preguntaba sin cesar. Por fin llegó el gran día. Me senté junto a mi padre en un banco delantero y seguí la ceremonia en su gran libro de oraciones. Me había dicho que podía marcharme a la hora del sermón, si lo deseaba, y al llegar ese momento me susurró: «¿Quieres irte?» Meneé la cabeza con decisión y me quedé. Me tomó la mano y me senté contenta, esforzándome para no moverme.

Me gustaban mucho los servidos litúrgicos dominicales. En casa teníamos libros que no se podían leer más que el domingo, por lo que eran una tentación, y otros de relatos bíblicos que me eran familiares. No cabe duda de que las narraciones del Antiguo Testamento eran, para los niños, cuentos de primera categoría: tienen la causa y el efecto dramático que exige la mente infantil. José y sus hermanos con la túnica multicolor, la subida al poder en Egipto y el dramático final con el perdón de sus hermanos. Moisés y la zarza ardiente era otro de mis relatos preferidos. El de David y Goliat también me resultaba atractivo.

No hace más de un año o dos que, estando en Nimrud, contemplaba al espantapájaros local, un viejo árabe con un puñado de piedras y una honda, que defendía la cosecha contra las bandadas de pájaros depredadores. Viendo su puntería y la mortal efectividad de su arma, me di cuenta de pronto de que Goliat siempre había tenido las de perder. David jugaba con ventaja desde el principio por tener un arma de largo alcance, mientras el otro no la tenía; David no era un pobre diablo luchando contra un gigante, ni era la astucia contra la fuerza.

Muchas personas importantes nos visitaron durante mi niñez; es una pena que no me acuerde de ninguna. Lo único que recuerdo de Henry James es que mi madre se quejaba porque siempre quería un terrón de azúcar partido en dos para darse importancia, pues con un terrón pequeño se obtenía el mismo resultado. Vino también Rudyard Kipling, Tampoco recuerdo más que una discusión entre mi madre y una amiga sobre el motivo de su matrimonio. La amiga de mi madre acabó diciendo:

—Sé el motivo: son un complemento perfecto el uno para el otro. Creyendo que había dicho «cumplido» en lugar de complemento[5], pensé que era una observación muy rara, pero, al

explicarme Nursie un día que el mayor cumplido que puede hacerle a una un caballero es pedirle la mano, comencé a entenderlo.

Aunque muchas veces tomé el té con invitados, vestida de blanca muselina y con una faja amarilla de raso, apenas recuerdo a ninguno.

Las personas que imaginaba eran siempre más reales para mí que las carne y hueso con quienes me encontraba. Pero me acuerdo de una amiga íntima de mi madre; la señorita Tower, sobre todo porque pasaba el día evitándola. Tenía cejas negras y enormes dientes blancos; me parecía exactamente como un lobo. Tenía la costumbre echárseme encima, besándome con vehemencia y exclamando: «¡Te comería!» Me daba miedo de que lo hiciera. A lo largo de mi vida he procurado no besar a los niños sin más ni más. ¡Pobrecillos! ¿Qué defensa tienen? Pobre señorita Tower, tan buena, tan amable y tan amante de los niños, pero con tan poco conocimiento de su sensibilidad.

La señora MacGregor era una de las cabecillas de la vida social Torquay. Nos entendíamos a las mil maravillas. Estando todavía mi cochecillo, se me acercó y me preguntó si sabía quién era. Dije que no.

—Di a tu mamá —me dijo— que hoy te has encontrado con la señora Snooks.

Apenas se fue, Nursie me llamó la atención:

—Es la señora MacGregor y tú la conoces muy bien.

En adelante, siempre la llamaba señora Snooks; era un secreto en las dos.

Mi padrino, Lord Lífford, más tarde capitán Hewitt, era un hombre alegre. Llegó un día a casa y, enterándose de que los señores Miller estaban fuera, dijo tranquilamente:

—Está bien. Entraré y los esperaré.

Trató de pasar, pero la doncella, de acuerdo con su deber, le dio la puerta en las narices y subió al cuarto de baño para hablar con él desde la ventana. Al fin logró convencerla de que era un amigo de la familia, sobre todo al decirle:

—Sé que me está hablando desde la ventana del W.C

Esta prueba de topografía la convenció y le dejó entrar, retirándose avergonzada de que supiera desde dónde le había hablado.

Por aquel entonces, se tenían muchos remilgos respecto a los servicios. Era inadmisible que nos vieran entrando o saliendo de uno, a ser que fuera algún miembro íntimo de la familia, lo que resulta muy difícil en nuestra casa pues estaba a mitad de la escalera y totalmente visible desde el vestíbulo. Lo peor, por supuesto, era encontrarse dentro y oír voces abajo. No se podía salir; había que permanecer emparedada hasta que ya no hubiera moros en la costa.

De mis amigas de infancia, no recuerdo mucho. Dorothy y Dulcie eran más pequeñas que yo; niñas flemáticas y gangosas, que parecían tontas. Tomábamos el té en el jardín y corríamos alrededor de un roble grande, comiendo crema de Devon sobre «tarta seca» (el buñuelo local). No sabría decir por qué nos gustaba. Su padre, el señor B., era muy amigo del mío. Poco después de que llegáramos a Torquay, le dijo que se iba a casar.

—Es una mujer maravillosa —le dijo— y me asusta, Joe (así le llamaban a mi padre sus amigos), me asusta de veras que me ame tanto.

Algún tiempo más tarde vino una amiga de mi madre. Estaba muy turbada porque, acompañando a alguien en un hotel del norte de Devon, se había encontrado con una joven bastante guapa que charlaba en voz alta con una amiga en el salón del hotel.

—He cazado a mi pajarito, Dora —dijo en tono triunfal—. Por fin conseguí que comiera en mi mano.

Dora la felicitó y comentaron tranquilamente los detalles de la boda, mencionando el nombre del novio; era el señor B. Mis padres estudiaron qué se podía hacer. ¿Podían permitir que al pobre le pescaran sólo por su dinero de manera tan vergonzosa? ¿Sería demasiado tarde? ¿Les creería si le contaban lo que habían oído? Por fin, mi padre tomó una decisión. No decirle nada. No era bueno andar con chismes y B. no era tonto; había elegido con los ojos abiertos.

Sea que la señora B. se casara con él por dinero o por otro motivo, el caso es que resultó una excelente esposa y vivían juntos tan felices como dos tortolillos. Tuvieron tres hijos, eran prácticamente inseparables y no había una familia mejor. El pobre señor B. murió de cáncer en la lengua, atendido con total abnegación por su mujer durante la larga y dolorosa prueba. Mi

madre comentaba una vez que era una lección: nunca sabe uno lo que más le conviene a otro.

Cuando se iba a casa de los señores B. a comer o a tomar té, no se hablaba más que de comida.

—Percival, cariño —exclamaba la señora—, toma un poco más de cordero que está excelente y es muy tierno.

—Como tú digas, Edith, querida. Sólo una tajada más. Toma la salsa de alcaparras, está muy rica. Dorothy, amor mío, ¿un poco más de cordero?

—No, gracias, papá.

—Dulcie, sólo un trocito de pierna, que está muy tierna.

—No, gracias, mamá.

Tenía otra amiga llamada Margarita. Era lo que se podía llamar una amistad servicial. No íbamos a vernos a nuestras casas (su madre tenía el pelo de color naranja claro y mejillas muy coloradas; sospecho que era demasiado amiga de fiestas y que mi padre no quería que mi madre la visitara), pero íbamos juntas de paseo. Por lo visto, nuestras nodrizas eran amigas. Era muy charlatana y me metía en tremendos apuros. Había perdido los dientes, por lo que no hablaba claro y apenas la entendía. Me parecía poco delicado decírselo, de modo que, desesperada, le contestaba al azar. Un día se ofreció a contarme un cuento. Trataba de «unoz carameloz envenenadoz», pero nunca sabré lo que pasó con ellos. Siguió adelante de forma ininteligible durante mucho tiempo hasta que, con tono triunfal, acabó preguntando:

—¿No creez que ez un cuento muy hermozo?

Asentí con entusiasmo.

—¿Creez que realmente debían…?

Me pareció que un interrogatorio sobre el relato era demasiado para mí y la interrumpí con decisión:

—Ahora te vaya contar uno yo a ti.

Me miró indecisa. Estaba claro que había algún punto intrincado en el cuento de los, caramelos envenenados que quería comentar, pero yo estaba desesperada.

—Es sobre una pepita de melocotón —improvisé bruscamente—. Sobre… un hada que vivía en la pepita de un melocotón.

—Sigue —dijo Margarita.

Proseguí hilando cosas hasta que llegamos a la puerta de su

casa.

—Ez un cuento muy bonito —me dijo con admiración—. ¿En qué libro de hadaz lo haz leído?

No procedía de ningún libro, sino de mi cabeza. No creo que fuera nada especial, pero me había librado de una situación realmente embarazosa. Respondí que no me acordaba.

Tenía yo cinco años cuando volvió mi hermana de París. Recuerdo mi entusiasmo al verla apearse del carruaje en Ealing. Traía un alegre sombrerito de paja y un velo blanco con lunares negros; parecía una persona totalmente distinta. Era muy amable conmigo y me contaba cuentos. Se tomó la tarea también de enseñarme francés con un manual llamado *Le Petit Précepteur*. Creo que no era una buena maestra y le cogí mucha rabia al libro. Lo escondí dos veces en la estantería, pero tardaron poco en encontrarlo. Comprendí que debía hacerlo mejor. En un rincón de la sala había una enorme vitrina que guardaba un águila con la cabeza pelada que era el orgullo y la gloria de mi padre. Introduje el libro en el ángulo más oculto detrás del ave. Fue un éxito total. Después de varios días, la búsqueda seguía siendo infructuosa. Pero mi madre echó a perder mis esfuerzos con toda facilidad. Ofreció como premio un chocolate delicioso a quien lo encontrara. Me perdió la gula y caí en la trampa; busqué minuciosamente por toda la sala; al final me subí a una silla, miré detrás del águila y exclamé con sorpresa: «Mira, aquí está». Siguió la retribución: me regañaron y enviaron a la cama por el resto del día. Me pareció justo. Menos justo me pareció que no me dieran el chocolate. Se lo habían prometido al que hallara el libro y yo lo había hecho.

Mi hermana sabía un juego que me fascinaba y me aterraba al mismo tiempo: el de «la hermana mayor». El argumento era que en la familia había una hermana mayor que estaba loca; vivía en una cueva en Corbin's Head, pero a veces venía a casa. Tenía la misma apariencia que ella, pero la voz era distinta, melosamente aterradora.

—Sabes quién soy yo, ¿verdad, cariño? Soy Madge. No creerás que soy otra, ¿eh? No pienses *eso*.

Sentía un horror indescriptible. Claro que sabía que se trataba de Madge, pero ¿estaba segura? Aquella voz, aquellas miradas de reojo… ¡Era la hermana mayor!

Mi madre se enfadaba:

—No quiero verte asustando a la niña con ese estúpido juego, Madge.

—Pero si es ella la que me lo *pide* —replicaba mi hermana.

Era verdad. A veces le decía:

—¿Va a venir pronto la hermana mayor?

—No sé. ¿Quieres que venga?

—Sí, sí; lo quiero.

¿Lo quería? Supongo que sí.

Nunca satisfacía mi petición inmediatamente. Unos dos días después, se oía un golpe en la puerta de mi aposento y una voz que decía:

—¿Puedo entrar, querida? Soy tu hermana mayor…

Muchos años más tarde, Madge no tenía más que usar aquella voz para que yo sintiera escalofríos.

¿Por qué me gustaba que me asustaran? ¿Qué necesidad instintiva satisface el terror? ¿Por qué les gusta tanto a los niños los relatos sobre osos, lobos y brujas? ¿Es porque en cierto modo nos rebelamos contra la vida demasiado segura? ¿Necesitan los seres humanos cierta dosis de peligro? ¿Se debe atribuir buena parte de la delincuencia juvenil de hoy día a una excesiva seguridad? ¿Se necesita algo que combatir, que vencer, para probarse a sí mismo? Quitemos el lobo del cuento de Caperucita. ¿Le gustaría a algún niño? Sin embargo, como ocurre con la mayoría de las cosas, a uno le gusta que le asusten, pero no demasiado.

Mi hermana debía contar muy bien los cuentos. Siendo pequeño mi hermano le rogaba insistentemente:

—Cuéntamelo otra vez.

—No quiero.

—Sí, sí.

—No, que no tengo ganas.

—Por favor, haré cualquier cosa si me lo cuentas.

—¿Me dejarás que te muerda un dedo?

—Sí.

—Mira que te lo voy a morder muy fuerte y tal vez te lo arranque de un mordisco.

—No me importa.

Madge empezaba otra vez el cuento. Luego le cogía el dedo y se

lo mordía. Monty gritaba.

Llegaba mamá y la castigaba.

—Pero si fue por mutuo acuerdo… —decía ella sin arrepentirse.

Me acuerdo muy bien del primer relato que escribí, una especie de melodrama, muy corto, porque me costaba demasiado escribir bien. Trataba de la noble dama Madge, la buena, de la sanguinaria dama Agatha, la mala, y de la conspiración para apoderarse de la herencia de un castillo.

Se lo enseñé a mi hermana, que sugirió la idea de representarlo, pero añadió inmediatamente que quería ser la sanguinaria y que fuera yo la bondadosa.

—Pero ¿no quieres ser la buena? —pregunté asombrada.

Dijo que no, que resultaría mucho más divertido hacer de malvada.

Quedé encantada, pues le había asignado el· papel de noble sólo por cortesía.

Recuerdo que mi padre se rió mucho de mi esfuerzo, pero con delicadeza. Mi madre comentó que era mejor no usar la palabra «sanguinaria», pues no era fina.

—Pero si era sanguinaria —expliqué yo—. Mató a un montón de gente. Fue como María, la que mandó quemar a tanta gente.

Los cuentos de hadas tuvieron gran importancia en mi vida. Mi tía-abuela me los regalaba por mi cumpleaños y en Navidad. *El libro amarillo de cuentos de hadas, El libro azul de cuentos de hadas*, etcétera. Me encantaban todos ellos y los leía una y otra vez. Además, tenía una colección de cuentos de animales escritos por Andrés Lang, que incluía uno sobre Androcles y el león. Ésos también me gustaban mucho.

Debió ser por entonces cuando me dediqué a leer a la señora Molesworth, importante autora de narraciones infantiles. Me duraron muchos años, y cuando vuelvo a leerlos ahora me parece que son estupendos. Desde luego, a los chicos de hoy les parecerían anticuados pero la redacción es buena y los personajes están bien caracterizados. Entre otros, estaban *Zanahorias, Apenas un muchacho* y *Señor Bebé*, para niños muy pequeños, y otros de hadas. Aún leo con gusto *El reloj de cucú y El cuarto de los tapices. La hacienda de los cuatro vientos*, que era mi favorito, lo encuentro soso ahora y me extraña que me gustara tanto.

Leer cuentos era algo demasiado placentero para ser realmente virtuoso. Nada de lectura hasta después de comer. Por la mañana, tenía que hacer algo «útil». Todavía ahora, si me siento a leer una novela después del desayuno tengo un sentimiento de culpabilidad. Lo mismo ocurría los domingos con los juegos de cartas. He superado las condenas de Nursie que las consideraba como «las imágenes del diablo», pero «no jugar a las cartas los domingos» era un regla en la familia y durante muchos años al jugar al bridge un domingo no podía evitar la sensación de estar haciendo algo malo.

Poco antes de que Nursie nos dejara mis padres se fueron a los Estados Unidos, donde permanecieron algún tiempo. Mi nodriza y yo fuimos a Ealing. Me quedé allí varios meses muy a gusto. El brazo derecho de la abuelita era Hannah, la vieja y arrugada cocinera. Todo lo que tenía Jane de gorda, lo tenía ella de flaca; era un puro hueso, con surcos profundos en la cara y toda encorvada. Cocinaba estupendamente. Tres veces a la semana hacía pan y me permitía presenciar la operación, e incluso que hiciera algunos panecillos y rosquillas. Sólo tuve problemas con ella una vez que le pregunté qué eran las criadillas. Por lo visto, era algo que no debían preguntar las niñas bien educadas. Me puse a hacerla rabiar, corriendo de un lado para otro de la cocina y diciendo:

—Hannah, ¿qué son las criadillas? Hanna, por tercera vez, ¿qué son las criadillas?

Por fin, Nursie me sacó de allí y me regañó. La cocinera no me habló en dos días. Después de lo ocurrido, lo pensaba dos veces antes de transgredir sus normas.

Durante mi estancia en Ealing, debieron llevarme al *Diamond Jubilee*[6], pues he hallado una carta de mi padre escrita desde Norteamérica, que según el estilo de la época estaba llena de fórmulas hechas.

«Debes ser muy buena con la abuelita, Agatha, por lo buena que ha sido ella contigo y los mimos que te da. Me he enterado de que vas a ver un espectáculo maravilloso, que no olvidarás nunca; es algo que se ve una vez en la vida. Debes decirle cuánto se lo agradeces. Qué suerte tienes. Desearía estar ahí y lo mismo tu madre. Estoy seguro de que nunca lo olvidarás».

Le faltaba el don de la profecía, pues lo he olvidado. Los niños son como para volver loco a cualquiera. Cuando miro hacia atrás,

¿qué es lo que recuerdo? Pequeñas tonterías sobre costureras, rosquillas que hice yo misma en la cocina y el mal aliento del coronel F. ¿Y de qué me olvido? De un espectáculo por el que alguien pagó muchísimo dinero para que yo lo viera. Me siento disgustada conmigo misma. ¡Qué niña tan mala y tan desagradecida!

Esto me trae a la memoria algo que fue una coincidencia tan asombrosa, que casi parece imposible. Creo que fue con ocasión del funeral de la reina Victoria. Las dos abuelas querían verlo. Se habían asegurado una ventana en una casa cerca de Paddington y habían quedado en encontrarse allí el gran día. A las cinco de la mañana, para no llegar tarde, se levantó la abuela de Ealing y se fue a la estación de Paddington, calculando que tardaría unas tres horas en llegar a su lugar privilegiado; llevaba consigo alguna labor, comida y otras cosas necesarias para entretener la espera cuando llegara allí. Las calles estaban abarrotadas. Poco después de dejar Paddington, era incapaz de dar un paso más. Fue rescatada de en medio de la multitud por el personal de una ambulancia, quienes le aseguraron que no se podía seguir adelante.

—¡Pero debo seguir! —gritaba ella mientras le corrían las lágrimas por las mejillas—. Tengo un cuarto y un asiento; los dos primeros asientos de la segunda ventana del segundo piso; puedo verlo todo; tengo que seguir.

—Es imposible, señora, las calles están abarrotadas, y desde hace media hora nadie ha logrado pasar.

Siguió llorando. Un enfermero le dijo amablemente:

Siento que no pueda ver nada, señora, pero la llevaré a nuestra ambulancia; allí podrá sentarse y tomar una buena taza de té.

Se fue con ellos llorando aún. En la ambulancia, estaba sentada otra figura muy parecida, que lloraba también; una figura fúnebre, vestida de terciopelo negro con abalorios. Levantó la vista y se oyeron dos gritos lastimeros: «¡María!», «¡Margarita!», y dos gigantescos bustos con temblorosos abalorios se estrecharon.

V

Si tuviera que determinar qué fue lo que más me divirtió siendo niña, colocaría, en primer lugar, con mucho, a mi aro, algo muy simple que costaría… ¿cuánto? ¿Seis peniques? ¿Un chelín? Seguro que no más.

Y qué inestimable favor para padres, niñeras y sirvientas. Cuando hace bueno, Agatha se va al jardín con su aro y no da la lata a nadie hasta la hora de comer o, más exactamente, hasta que comienza a sentir hambre.

El aro era para mí, sucesivamente, un caballo, un monstruo marino, un tren. Corriendo con él por los senderos del jardín, me convertía en un caballero armado en busca de aventuras, en una dama de la corte entrenando a un blanco caballo, en Trébol (el de los Gatitos) escapando de la prisión, o en algo menos romántico, en maquinista, Jefe de tren o pasajero de tres ferrocarriles proyectados por mí misma.

Eran de tres sistemas distintos: el tubular, con ocho estaciones que se extendía por las tres cuartas partes del jardín; el metro, una línea corta, que cubría sólo el huerto, partiendo de una gran tubería de agua con un grifo debajo de un pino; y el ferrocarril de la terraza, que iba alrededor de la casa. Hace poco encontré en un viejo armario una cartulina en la que, sesenta años atrás, había trazado un plano aproximado de todos estos trenes.

No comprendo por qué disfrutaba tanto corriendo con el aro, deteniéndome, gritando: «Lirio del Valle del Lecho. Cambio para el tren tubular. Metro. Final de recorrido. Aquí cambian todos». Y así durante horas y horas. Debía ser un óptimo ejercido. Practicaba también el arte de soltar el aro de forma que volviera hacia mí, como me había enseñado uno de nuestros amigos, oficial de marina,

cierta vez que vino a vemos. Al principio no lo conseguía, pero, tras larga y penosa práctica, conseguí adquirir la maña necesaria, estando muy orgullosa de mí misma.

Para los días de lluvia tenía a Matilde, un caballo de madera que les habían regalado a mis hermanos en Norteamérica cuando eran niños, y que habían traído a Inglaterra. Muy estropeado, sin crines, sin pintura, sin cola, estaba en un pequeño invernadero, llamado no sé por qué K.K. (o quizá Kai Kai), anexo a un extremo de la casa, muy distinto del gran invernadero en el que había macetas de begonias, geranios, repisas escalonadas con toda clase de helechos y varias palmeras grandes. El invernadero pequeño no tenía plantas, y en cambio estaba lleno de bastones de croquet, aros, pelotas, sillas de jardín rotas, viejas mesas de hierro pintadas, una red de tenis deteriorada y Matilde.

Se movía mejor que cualquier caballo similar inglés que haya visto jamás: hacia delante, hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, y cabalgándolo a todo gas era capaz de arrojarte de la grupa. Sus muelles, faltos de aceite, chirriaban espantosamente, añadiendo mayor placer y peligro. Éste también era un magnífico ejercicio; era lógico que yo estuviera cómo un fideo.

Un compañero de Matilde en Kai Kai era Truelove, también precedente del otro lado del Atlántico. Era un caballito pintado, que tiraba de un carro con pedales, que ya no funcionaban. Con mucho aceite, tal vez se hubiera arreglado, pero había un método más fácil de utilizarlo. Como todos los de Devon, nuestro jardín tenía una pendiente. Mi sistema era llevarlo hasta el punto más alto, sentarme con cuidado, lanzar un grito de animación, y lanzarme abajo; primero iba despacio, luego cogía velocidad y al final, frenándolo con el pie, se detenía bajo un pino. Entonces lo arrastraba de nuevo a la cima y me lanzaba una vez más. Años más tarde me enteré de que mi futuro cuñado se había entretenido muchísimo viéndome hacer esta maniobra una y otra vez durante horas, siempre con perfecta solemnidad.

Cuando se fue Nursie me quedé sin compañera de juego. Vagaba sin consuelo hasta que el aro resolvió mi problema. Como todos los niños trataba de convencer a la gente, primero a mi madre y luego a las sirvientas, de que jugaran conmigo. Pero en aquellos días, si no había nadie encargado de jugar con los niños, éstos debían jugar

solos. Las sirvientas eran buenas, pero tenían otras muchas cosas que hacer, y contestaban:

—Vamos, señorita Agatha, váyase de aquí, que tengo que seguir haciendo esto.

La generosidad de Jane la llevaba a darme un puñado de pasas o una rodaja de queso, pero me invitaba con firmeza a que fuera al jardín a comerlas.

Por eso creé mi propio mundo y mis compañeros de juego. Creo que fue muy positivo. A lo largo de mi vida, nunca he sufrido por no tener «nada que hacer». Un número ingente de mujeres padecen de soledad y aburrimiento. Tener tiempo libre es para ellas una pesadilla y no un placer. Si uno se entretiene siempre a costa de los demás, cuando se queda sólo se siente perdido.

Supongo que los niños parecen tan desamparados e incapaces de tener ideas propias en vacaciones porque en la escuela les dan todo hecho. Me quedo siempre asombrada cuando se me acerca uno y me dice:

—Por favor, no sé qué hacer.

En tono impaciente, le hago observar:

—Pero tienes un montón de juguetes, ¿no?

—No tantos.

—Pero si tienes dos trenes, camiones, un estuche de pinturas y un mecano. ¿No puedes jugar con algo de eso?

—No puedo jugar yo solo.

—¿Por qué no? Ya sé lo que puedes hacer. Pintas un pajarito, luego haces una jaula con el mecano, recortas el pajarito y lo metes en la jaula.

Cesa la oscuridad y hay paz durante diez minutos.

Cada vez me convenzo más de que he conservado prácticamente los mismos gustos. Toda la vida me ha gustado jugar con las mismas cosas que cuando era pequeña. Por ejemplo, con las casas.

Creo que tenía una cantidad considerable de juguetes: una cuna para las muñecas con sábanas auténticas y mantas y los mecanos de la familia heredados de mis hermanos. Muchos los hacía yo misma. Recortaba imágenes de viejas revistas ilustradas y las pegaba en un álbum de papel marrón. Cortaba pedazos sobrantes de papel de empapelar y los pegaba en cajas. Era algo muy entretenido.

Pero mi principal diversión era sin duda la casa de muñecas.

Era una de esas cajas sin parte delantera, con la cocina, la sala y la entrada en la planta baja, y los dormitorios y el cuarto de baño, arriba. Bueno, ése era el comienzo. El mobiliario se adquiría pieza a pieza. En aquella época existía una enorme variedad de muebles para las casitas de muñecas, bastante baratos. Por aquel entonces, disponía de mucho dinero: todas las monedas de cobre que traía mi padre por la mañana. Iba a mi habitación, le daba los buenos días y miraba en la mesa para ver lo que el destino me había deparado aquel día.

¿Dos peniques? ¿Cinco? ¡Una moneda de once peniques una vez! Algunos días, nada. Resultaba emocionante por la incertidumbre.

Casi siempre compraba lo mismo: caramelos (caramelos hervidos, los únicos queme dejaba mi madre) en la tienda que el señor Wylie tenía en Tor. Los hacían allí mismo, de modo que, al cruzar el umbral de la puerta, ya se sabía de qué eran los de aquel día: el rico olor de toffee hirviendo, el olor penetrante del caramelo de menta, el aroma ligero de la piña, el de un dulce (pesado) que casi no olía nada o el casi insoportable de las lágrimas de pera.

Todos costaban a ocho peniques la libra. Me gastaba cuatro a la semana, un penique de cada clase. Luego se echaba un penique para los huérfanos y vagabundos, en el cepillo que había a la entrada sobre una mesa. Desde septiembre, ahorraba para los regalos de Navidad.

El resto era para el mobiliario y el equipo de la casa de muñecas. Recuerdo muy bien el encanto de todo lo que se podía comprar. Por ejemplo, la comida: bandejas de cartón con pollo asado, huevos y jamón, tarta de boda, pierna de cordero, manzanas y naranjas, pescado, merengues, flan de ciruelas. Había cestas planas con cuchillos, tenedores, cucharas y vajillas minúsculas. Luego, los muebles: el salón tenía un juego de sillas de raso azul, a las que fui añadiendo un sofá y un sillón dorado. Había tocadores con sus espejos, mesas de comedor redondas con una horrible mantelería; lámparas, fruteros y floreros. Además, todos los utensilios de un hogar: cepillos y recogedores, escobas, baldes y baterías de cocina.

Pronto, la casa de muñecas pareció un almacén de muebles.

¿Podría… sería posible tener otra?

Mamá pensaba que ninguna niña debía tener dos. Pero sugirió, inspirada, que por qué no usar un armario. Me hice con uno y fue

un gran éxito. Había un cuarto grande en lo más alto de la casa, construido por mi padre con la idea de tener dos habitaciones más, en el que se habían divertido tanto mis hermanos, que se había convertido en sala de recreo. Había libros y armarios en las paredes y la parte central estaba vacía. Me concedieron cuatro repisas de una alacena. Mi madre encontró varios trozos de papel de empapelar muy bonito, para que las cubriera. La primera casa de muñecas la puse en la parte superior, de modo que ahora disponía de seis pisos.

Necesitaba, por supuesto, una familia que la habitara. El padre, la madre, los dos hijos y la criada que compré tenían la cabeza y el busto de porcelana y los miembros de trapo, rellenos de serrín. Mi madre les hizo unos vestiditos de retales, e incluso le puso barba al padre. Padre, madre, dos niños y una criada. Era perfecto. No recuerdo que tuvieran una personalidad definida; para mí, no eran personas, sólo ocupaban la casa. Recuerdo cuando los senté a la mesa del comedor por primera vez y coloqué platos, vasos, pollo asado y un flan de color rosa para que comieran: fue fantástico. Los cambios de domicilio me procuraban una diversión más. Una fuerte caja de cartón era el camión de las mudanzas. Cargaba en él los muebles, lo arrastraba con una cuerda, dando varias vueltas alrededor del cuarto, y por fin, a la «nueva casa». Lo hacía por lo menos una vez a la semana.

Ahora me doy cuenta de que siempre he jugado a lo mismo. He examinado innumerables casas, las he comprado y las he cambiado por otras, las he amueblado, decorado y reformado. ¡Las casas! ¡Qué Dios las bendiga!

Pero volvamos a los recuerdos. Son realmente extraños, pero juntándolos, se revive de verdad todo el pasado. Se recuerdan los momentos felices y, de manera muy viva, el miedo, creo yo. Lo curioso es que resulta difícil rememorar el dolor y la infelicidad. No quiero decir que no me acuerde de ellos, lo hago, pero sin sentirlos. Me coloco en primer plano: «Agatha estaba muy triste, Agatha tenía dolor de muelas». Pero no siento ni tristeza, ni dolor. En cambio, de pronto, el olor de los limoneros me hace revivir el pasado; recuerdo un día en que pasé cerca de unos, el placer con que me eché en el

suelo, el olor de la hierba y la encantadora impresión del verano; un cedro cercano y, más allá el río Me siento identificada con la vida, que se hace presente en ese momento. No lo repaso sólo mentalmente, lo vuelvo a vivir.

Recuerdo muy bien un campo de ranúnculos. Debía tener menos de cinco años, pues estaba paseando con Nursie durante mi estancia en Ealing con la abuelita. Subimos un montecillo, más allá de la iglesia de San Esteban. Entonces no había más que prados. Llegamos a uno especial, completamente tapizado de flores amarillas, al que íbamos con frecuencia. No puedo precisar si la imagen que tengo es de la primera vez que fuimos allí o de otra posterior, pero lo recuerdo bien y siento su encanto. Me parece que, después de tantos años, no he vuelto a ver un prado entero de ranúnculos; no he visto más que algunos diseminados en el campo. Un gran prado cubierto de estas flores doradas al comienzo del verano, no es ninguna tontería. Pues bien, no sólo lo viví entonces, sino que es algo real todavía ahora.

¿Con qué se ha disfrutado más en la vida? Depende de cada uno. Por mi parte, haciendo memoria y reflexionando un poco, me parece que con las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Cuando adornaba la cabeza gris de la anciana Nursie con cinta azules, cuando jugaba con Tony, dividiendo con un peine su ancho lomo, cuando cabalgaba en lo que yo consideraba caballos reales, cruzando el río que mi fantasía había hecho fluir por el jardín, cuando corría detrás de mi aro por las estaciones del ferrocarril tubular, cuando jugaba, feliz, con mi madre y cuando me leía a Dickens con las gafas sobre la punta de la nariz, cabeceando sobre mí. «Mamá, que te duermes». Siempre me respondía con dignidad, poco antes de quedarse dormida: «Qué va, hijita, no tengo sueño en absoluto». Me acuerdo de lo ridículo que estaba con las gafas a medio caer y de cuánto la quería yo en aquel momento.

Es una reacción curiosa, pero sólo cuando uno ve en ridículo a las personas, se da cuenta de lo mucho que las quiere. Si puede admirar a alguien por ser guapo, divertido, lleno de encanto pero esa burbuja se deshace, en el momento en que penetra en ella una pizca de ridículo. A cualquier chica a punto de casarse, le daría este consejo: «Mira, imagínate que tiene un terrible resfriado; que habla por la nariz, estornuda y tiene los ojos llorosos. ¿Qué sentirías por

él?» Es una buena prueba, en serio. Lo que se debe sentir por un esposo es el amor tierno y afectuoso que abarca los constipados y las pequeñas mantas. La pasión es más fácil de asegurar.

El matrimonio supone algo más que ser una buena amante; hago mía una opinión pasada de moda, según la cual es necesario el respeto, que no debe confundirse con la admiración. Sentir admiración por un hombre toda la vida sería excesivamente tedioso provocaría tortícolis mental. Pero el respeto es algo que debe estar presente siempre, sin necesidad de pensado. Como decía de su marido la vieja irlandesa: «Él piensa en mí». Creo que eso es lo que necesita una mujer; sentir que su compañero es íntegro, que puede confiar en él y respetar sus criterios y que, cuando haya que tomar una decisión difícil puede dormir tranquila dejándolo todo en sus manos.

Es curioso echar una ojeada a la vida pasada, a todos los diversos incidentes y escenas, a esa multitud de retazos. Fuera de ellos, ¿qué interesa? ¿qué queda tras la selección que ha hecho la memoria? ¿qué nos hace escoger los recuerdos que conservamos? Es como si uno abriera un gran baúl lleno de trastos viejos metiera las manos en él y dijera: «Tomaré esto… esto… y esto».

Pregunta a tres o cuatro personas diferentes lo que recuerdan, pongamos, de un viaje por el extranjero y te quedarás sorprendido de las respuestas tan diferentes que obtendrás. Me acuerdo de un muchacho de quince años, hijo de unos amigos nuestros, a quien llevaron a París durante sus vacaciones de primavera. Al regresar un amigo de la familia algo simple, le preguntó en el tono jovial acostumbrado:

—Bueno, Jovencito, ¿qué es lo que más te ha impresionado de París? ¿Qué recuerdas mejor?

Él replicó:

—Las chimeneas son muy distintas de las inglesas.

Desde su punto de vista, era una buena observación. Años más tarde, se puso a estudiar arte. Sólo un detalle le había llamado la atención: lo que diferenciaba a París de Londres.

Otro caso parecido. Cuando mi hermano volvió enfermo de África Oriental, trajo consigo como criado a un nativo llamado Shebani. Deseando mostrar a este africano simple las glorias de Londres, alquiló un coche y le llevó por toda la ciudad; puso ante

sus ojos la Abadía de Westminster, el Palacio de Buckingham, el Parlamento, el Guildhall, Hyde Park, etc. De vuelta a casa, le preguntó:

—¿Qué te ha parecido Londres?

Shebani, con ojos extasiados, respondió:

—Maravillosa, Bwana, es un lugar fantástico. Nunca pensé ver nada semejante.

Mi hermano quedó muy complacido.

—Y, ¿qué es lo que te ha impresionado más?

La respuesta no se hizo esperar ni un instante:

—Oh, Bwana, las tiendas llenas de carne. Esas tiendas tan maravillosas con la carne colgada por todas partes; y nadie roba, nadie va corriendo a cogerla; al contrario, pasan junto a ella con mucho orden. ¡Qué rico y qué grande tiene que ser un país con tanta carne! De verdad, Inglaterra es fantástica, y Londres una ciudad maravillosa.

Es un punto de vista, el punto de vista del niño. Fue el nuestro hace tiempo, pero nos hemos alejado tanto de él, que es difícil volver atrás de nuevo. Recuerdo que una vez observaba, desde lo alto de la escalera, a mi nieto Mateo, que tendría unos dos años y medio, sin que él se diera cuenta. Había logrado algo que le llenaba de orgullo y se decía a sí mismo en voz baja: «Éste es Mateo que está bajando las escaleras. Éste es Mateo. Mateo baja las escaleras. Éste es Mateo que está bajando las escaleras».

Me pregunto si todos nosotros, en cuanto podemos pensar, comenzamos la vida considerándonos como una persona distinta de la que observa. ¿Me decía a mí misma: «Ésta es Agatha con su vestidito de fiesta, que baja al comedor»? Es como si el cuerpo en el que se aloja nuestro espíritu, nos resultara extraño al principio; como una entidad cuyo nombre conocemos, con la que nos entendemos, pero con la que todavía no nos identificamos plenamente. Somos Agatha que va de paseo, Mateo que baja por la escalera. Más que sentirnos, nos vemos.

Y luego, un día, comienza una nueva etapa de la vida. De repente, ya no es «Mareo el que baja las escaleras», sino yo. El descubrimiento del «yo» es el primer paso hacia el desarrollo de una vida personal.

PARTE II. COMPAÑEROS Y COMPAÑERAS DE JUEGO

I

Hasta que uno no se pone a considerar su propio pasado, no se da cuenta de la visión tan extraordinaria del mundo que tiene el niño. Su ángulo visual es totalmente distinto del que emplea el adulto; todo carece de relación.

Los niños pueden apreciar con sagacidad lo que ocurre a su alrededor y juzgar bastante bien a la gente. Pero parece que no se les ocurre nunca el cómo y el porqué.

Tendría yo unos cinco años, cuando mi padre comenzó a preocuparse por la situación financiera. Era hijo de un hombre rico y había supuesto que nunca le faltarían unos buenos ingresos. Mi abuelo había planeado un complicado sistema para la administración de su herencia, confiándola a cuatro depositarios. Uno, que era muy viejo, se retiró del negocio; poco después, otro ingresó en un manicomio; los otros dos, de edad parecida, murieron. A uno de ellos le sucedió su hijo en el cargo. No sé si por incapacidad o porque alguien se aprovechaba mientras se reemplazaba a los administradores, el caso es que las cosas iban de mal en peor.

Mi padre estaba aturdido y deprimido, y como no era un hombre de negocios, no sabía qué hacer. Escribió a sus queridos tíos fulano y mengano, quienes le contestaron dándole ánimos o echando la culpa a la situación del mercado, a la devaluación y a otros motivos. Por aquel entonces recibió la herencia de una tía anciana y me imagino que eso le ayudó a mantenerse a flote uno o dos años, mientras las rentas que esperaba y debía cobrar no llegaban nunca.

En aquella época comenzó a deteriorarse también su salud. En varias ocasiones sufrió lo que suponíamos que eran ataques de corazón un término vago que abarcaba casi todo. Creo que le

preocupación económica minó su salud. El remedio inmediato era economizar. El sistema clásico de entonces era vivir en el extranjero durante cierto período, no por los impuestos que suponían, me imagino, un chelín por libra, sino porque el coste de la vida era muy inferior. El procedimiento era alquilar a buen precio la casa, con servidumbre y todo, e instalarse en un hotel económico del sur de Francia.

Emigramos, por lo que recuerdo, cuando teníamos seis años. Alquilamos Ashfield a unos americanos que pagaron un buen precio, y nos marchamos. Íbamos a ir a Pau, en el sur de Francia. Por supuesto, me entusiasmaba la idea. Según me dijo mi madre, allá había montañas. Le hice muchas preguntas: «¿Son muy altas? ¿Más que la torre del campanario de la iglesia de Santa María?» Lo pregunté con mucha emoción, pues era lo más alto que conocía, Si, eran muchísimo más altas. Se elevaban centenares y millares de pies. Me fui al jardín con Tony y, mordisqueando una enorme corteza de pan seco que me había dado Jane en la cocina, me puse a pensar, tratando de imaginármelas. Eché la cabeza hacia atrás y mis ojos contemplaron el firmamento. Así serían las montañas, se elevarían hacia arriba hacia arriba, hasta perderse en las nubes. Era un pensamiento sobrecogedor. A mi madre no le gustaba el mar, pero le apasionaba el monte. Estaba segura de que las montañas serían una de las cosas más grandes de mi vida.

Lo que me entristeció más de la ida al extranjero fue separarme de Tony, que no se quedó en casa, sino que se le confió a una antigua camarera nuestra llamada Froudie, casada con un carpintero, y muy dispuesta a tener al perro. Le di un montón de besos y él me pagó lamiéndome frenéticamente en la cara, el cuello, los brazos y las manos.

Las condiciones del viaje fueron extraordinarias. No hacían falta pasaportes ni impresos. Sólo había que comprar los billetes y sacar las reservas del coche-cama. Sencillísimo. Pero ¡la preparación del equipaje! (Habría que escribirlo con mayúscula). No sé de qué constaría el del resto de la familia, pero tengo bien presente lo que llevó consigo mi madre. Para empezar, tres baúles de tapa convexa. El mayor tenía casi metro y medio de altura, con tres niveles. Tenía también cajas de sombreros, grandes maletas de cuero, tres baúles de los llamados de cabina y otros de tipo americano, que entonces

se veían mucho por los hoteles. Eran grandes y supongo que excesivamente pesados.

Al menos durante una semana, antes de partir, mi madre se vio rodeada de baúles por todas partes. Como no éramos muy ricos, de acuerdo al nivel de entonces, no tenía doncella y tuvo que preparar el equipaje ella misma. Lo primero era elegir. Tenía todos los armarios y cómodas abiertos, mientras escogía entre flores artificiales y miles de bártulos que exigían, al parecer, horas, antes de ser colocados en los baúles.

El joyero no consistía, como hoy día, en unas pocas alhajas auténticas y una gran cantidad de objetos de fantasía. Éstos se, consideraban de mal gusto, a excepción de algún que otro broche de falsas piedras preciosas. Las valiosas joyas de mi madre consistían en una hebilla, una media luna y el anillo de compromiso, los tres de diamantes. Las demás también eran auténticas, pero, en comparación, poco caras: el collar de la India, el conjunto florentino, el collar veneciano, los camafeos, etc. Además, tenía seis broches que nos interesaban vivamente a mi hermana y a mí: los «peces», cinco pececitos de diamante; «el muérdago», con un diamante diminuto y una perla; «la violeta de Parma», una violeta esmaltada; «el escaramujo», una flor encarnada, esmaltada, con ramos de hojas de diamantes a su alrededor; el «burro», muy apreciado, que era una perla barroca, montada sobre diamantes en forma de cabeza de burro. Ya nos los habíamos repartido para el día en que muriera mi madre. Madge se quedaría con la violeta, que era su flor favorita, la media luna de diamantes y el burro. A mí me tocaría la rosa, la hebilla y el muérdago. La familia toleraba esta distribución con liberalidad. No inspiraba sentimientos tristes acerca de la muerte, más bien una cálida apreciación de sus beneficios.

En Ashfield, toda la casa estaba repleta de cuadros comprados por mi padre, pues estaba de moda cubrir lo más posible las paredes. Ya había elegido uno para mí: una enorme marina en la que había una mujer con cara de boba que pescaba a un niño con una red. Era la idea que tenía yo de la belleza; es triste pensar en lo poco que los valoré cuando tuve que vender estos cuadros; ni siquiera por motivos sentimentales conservé ninguno. No tengo más remedio que admitir que el gusto artístico de mi padre era muy

malo. En cambio, los muebles que compró eran auténticas joyas. Le apasionaban los muebles antiguos, las mesas Sheraton y las sillas Chippendale; adquiridas con frecuencia a un precio irrisorio por llevarse muchísimo entonces el bambú. Da gusto vivir con ellas y poseerlas; se valoran tanto que, al morir mi padre, mi madre consiguió alejar el fantasma del hambre vendiendo las mejores.

Mis padres y mi abuela tenían la pasión de coleccionar porcelanas. Cuando, más adelante, la tía-abuela vino a vivir con nosotros, a Ashfield, se trajo su colección de Dresden y Capo di Monte con la que se llenaron innumerables armarios. Es más, hubo que hacer otros nuevos para colocarlo todo. No hay duda de que éramos una familia de coleccionistas y yo he heredado esa afición. Lo malo es que si uno hereda una buena colección de porcelanas o de muebles, no tiene ya la excusa para comenzar una colección propia. No obstante, hay que satisfacer la pasión de coleccionista; en mi caso, acumulé una buena cantidad de muebles de papier maché y de pequeños objetos que no habían figurado en las colecciones de mis padres.

Cuando llegó el día de la partida, estaba tan emocionada que me sentía mal y me quedé como muda. Cuando me emociono de verdad, parece que siempre que quedo privada del habla. Lo primero que recuerdo con claridad de este viaje, es el momento de poner el pie en el barco en FoIkestone. Mi madre y Magde se tomaron con la mayor seriedad la travesía del Canal. Se mareaban fácilmente, por lo que se retiraron en seguida al salón de las damas para echarse, cerrar los ojos y esperar la llegada a Francia a través de las aguas sin que ocurriera lo peor. A pesar de mi experiencia en el bote de mi hermano estaba convencida de que no me marearía. Mi padre me confirmó en esta creencia, de modo que permanecí con él en cubierta. Imagino que debimos cruzar el Canal con toda suavidad, pero yo lo atribuí a mi fuerza para resistir el balanceo. Llegamos a Boulogne y me encanto oír a mi padre:

—Agatha está hecha una estupenda marinera.

La siguiente emoción fue el tren. Ocupé un compartimento con mi madre y nos tumbamos sobre las literas. A mamá le encantaba el aire fresco y el vapor del coche-cama le supuso un auténtico martirio. Creo que estuve despierta toda la noche, viendo cómo abría la ventanilla y sacaba la cabeza para respirar aire limpio a

pleno pulmón.

Por la mañana temprano, llegamos a Pau. Nos estaba esperando el autocar del Hotel Beausejour, montamos en él y, a su debido tiempo, llegamos al hotel (nuestros dieciocho bultos iban aparte). Había una terraza grande que daba a los Pirineos.

—Mira —dijo mi madre. ¿Ves? Son los Pirineos. Las montañas nevadas.

Miré. Fue una de las mayores desilusiones de mi vida; no la he olvidado nunca. ¿Dónde estaba la encumbrada altura que subía hacia arriba, hacia arriba, hasta el cielo, mucho más arriba de mi cabeza, superior a toda contemplación o comprensión? En su lugar, se veía allá a lo lejos, en el horizonte, una fila de dientes, que no parecían elevarse más que dos o tres centímetros. ¿Aquéllas? ¿Eran aquéllas las montañas? No dije nada, pero hoy aún puedo volver a sentir la terrible desilusión.

II

Permanecimos en Pau unos seis meses. Para mí, fue una vida totalmente nueva. Mis padres y Madge comenzaron en seguida una gran actividad. Papá se encontró con varios amigos norteamericanos e hizo muchas amistades nuevas; habíamos llevado también varias cartas de presentación para distintos hoteles y pensiones.

Para cuidarme, mamá contrató a una especie de niñera externa, una chica inglesa que había pasado toda su vida en Pau y que hablaba el francés tan bien como el inglés, si no mejor. Esperaba que me enseñara francés, pero no resultó.

La señorita Markham venía a buscarme por las mañanas para que diéramos un paseo. Durante el recorrido, me enseñaba cosas diversas y repetía sus nombres en francés: un chien, une maison, un gendarme, *le boulanger*[7]. Yo los repetía con interés, pero, claro, cuando tenía que preguntar algo lo hacía en inglés y ella respondía en la misma lengua. Por lo que puedo recordar, me pasaba el día aburrida con aquellos paseos interminables en compañía de la niñera, tan buena, amable, concienzuda y sosa.

Mi madre se convenció pronto de que nunca aprendería francés con la señorita Markham y decidió que me lo enseñara, en clases regulares, una francesa que vendría todas las tardes. La nueva adquisición se llamaba Mademoiselle Mauhourat; era grande y rolliza, vestida con muchas capitas marrones.

Mi madre, vestida de novia, alrededor de 1877.

En aquel período, las habitaciones estaban demasiado llenas; había muebles; objetos decorativos, etc. La señorita Mauhourat era un puro nervio; se movía por todo el cuarto agitando los hombros, gesticulaba con manos y codos y, tarde o temprano, terminaba por tirar y romper algo. Se convirtió en un motivo de chanza en la familia. Mi padre comentaba:

—Me trae a la memoria a Daphne, aquel pajarito que tenías tú, Agatha; que era grande y torpe y no hacía más que volcar el alpiste.

La señorita Mauhourat era excesivamente cariñosa, lo que me cohibía mucho. Me resultaba cada vez más difícil responder a sus gritos de arrullo:

—*Oh, la chére mignonne! Quelle est gentille, cette petite! Oh, la chère mignonne! Nous allons prendre des leçons très amusantes, n'est ce pas*[8]?

Yo la miraba educada, pero fríamente. Después de recibir una mirada severa de mi madre, musitaba sin convencimiento:

—Oui, merci —que era casi todo el francés que sabía entonces. Las lecciones de francés siguieron adelante. Yo era dócil como de costumbre, pero también testaruda al parecer. Mamá, a quien gustaban los resultados rápidos, no estaba contenta de mis progresos.

—No avanza como debería, Fred —se quejaba a mi padre.

Él, siempre afable, decía:

—Dale tiempo, mujer, dale tiempo. Sólo hace diez días que viene esa mujer.

Pero mi madre no era de las que dan tiempo a nadie. El punto culminante llegó cuando contraje una ligera enfermedad. Comenzó, me parece, con un simple resfriado y se convirtió en catarro con algo de fiebre y desgana; en tales circunstancias, no soportaba a la maestra.

—Por favor —supliqué—, por favor, que hoy no haya clase. No quiero.

Mamá, que era suficientemente benigna cuando había un motivo real, consintió. A la hora acostumbrada, llegó la señorita con sus capas y todo. Mi madre le explicó que tenía fiebre y debía permanecer tranquila; que sería mejor no tener clase aquel día. Se echó inmediatamente sobre mí, acariciándome, moviendo los codos, menando sus capas, resoplando junto a mi cuello:

—*Oh, la pauvre mignonne, la pauvre petite mignonne*[9]!.

Dijo que me leería algo, que me contaría cuentos, que divertiría a *la pauvre petite*.

Lancé una mirada suplicante a mi madre. No podía soportarlo, no podía resistir ni un momento más. La señorita seguía hablando en tono alto y con voz chillona (lo que más me desagradaba de una

voz). Mi ojos imploraban: «Llévensela, por favor, llévensela de aquí». Mi madre la arrastró hacia la puerta con firmeza.

—Creo que es mejor que Agatha esté tranquila esta tarde —dijo.

La acompañó afuera; luego volvió y me dijo meneando la cabeza:

—Está bien, pero no debes hacer esas muecas.

—¿Muecas? —dije yo.

—Sí; todas esas muecas y miradas que me lanzabas. Podía darse perfecta cuenta de que querías que se fuera.

Me quedé turbada. No había pretendido molestarla.

—Pero, mamá —dije—, no hacía muecas *francesas* sino *inglesas*.

Encontró muy graciosa mi salida; me explicó que las muecas eran una especie de lenguaje internacional comprendido por la gente de todos los países. Pero comunicó a mi padre que la maestra de francés no tenía éxito y que iba a buscar a otra. Mi padre contestó que estaba bien, y que así no perderíamos tantos objetos de porcelana. Y añadió:

—Si yo estuviera en el lugar de Agatha, me resultaría imposible soportar a esa mujer.

Libre de las atenciones de Miss Markham y Mademoiselle Mauhourat, comencé a divertirme. En el hotel se quedaba la señora Selwyn, viuda o quizá nuera del obispo Selwyn, con sus dos hijas Dorotea y María. Dorotea (Dar) tenía un año más que yo, y María uno menos.

Muy pronto nos hicimos inseparables.

Estando sola era una niña buena y obediente, pero en compañía de otras niñas estaba siempre dispuesta a tomar parte en cualquier travesura. Nos convertimos en una plaga para los pobres camareros que atendían la table d'hôte[10]. Una noche cambiamos por azúcar la sal de todos los saleros. Otra vez hicimos cerditos con cáscaras de naranjas y los pusimos en todos los platos un instante antes de que sonara el timbre del comedor.

Los camareros eran los hombres más amables que conoceré jamás, sobre todo Víctor, que era el nuestro. Era un hombre bajo y robusto de nariz respingona. En mi opinión, olía que apestaba (fue mi primer encuentro con el ajo). A pesar de todas nuestras diabluras no se enfadaba, antes bien dejaba sus cosas para atendernos amablemente; solía hacernos magníficos ratoncillos con rábanos. Si

nunca tuvimos serios problemas por nuestras travesuras, fue gracias a Víctor, quien no se quejó ni a la dirección ni a nuestros padres.

La amistad con Dar y María significó para mí mucho más que las anteriores. Posiblemente, me encontraba en una edad en que la actividad con otras niñas era más interesante que jugar sola. Hicimos juntas muchas travesuras y nos divertimos la mar durante aquellos meses invernales. Por supuesto, nuestras picardías nos metieron en apuros con frecuencia, pero sólo una vez sentimos justa indignación ante una reprimenda.

Mi madre y la señora Selwyn estaban sentadas hablando tranquilamente, cuando la doncella les llevó un mensaje:

Con los respetos de la señora belga que vive en la otra ala del hotel. ¿Saben ustedes que sus niñas están sobre la cornisa del cuarto piso?

Imagínense la impresión de las dos madres al salir al patio mirar hacia arriba y ver tres figuras que se balanceaban alegremente sobre un saliente de unos doce centímetros de ancho, andando por él en fila india. No teníamos idea de que estuviéramos corriendo peligro alguno. Habíamos tomado el pelo más de la cuenta a una de las chicas de la limpieza, quien nos había encerrado con llave en una alacena. Nos quedamos muy indignadas. ¿Qué podíamos hacer? Había una ventana minúscula. Dar se asomó y nos dijo que podíamos escapar por allí y andar luego por la cornisa, para entrar por otra ventana, que estaba a la vuelta de la casa. Dicho y hecho; Dar se deslizó la primera, luego yo, seguida por María. Vimos con alegría que era fácil caminar sobre el muro. No sé si miramos abajo, pero supongo que si lo hicimos no sentimos vértigo. Siempre me ha impresionado ver cómo los niños son capaces de mantenerse en el borde de un despeñadero, mirando hacia abajo de puntillas, sin tener la sensación de vértigo que tienen los adultos.

No fuimos muy lejos. Recuerdo que las tres primeras habitaciones estaban cerradas, pero la siguiente que daba a uno de los servicios públicos estaba abierta y que, nada más entrar, nos dijeron que fuéramos inmediatamente a la sala de la señora Selwyn. Nuestras madres estaban excesivamente enfadadas. No podíamos entender por qué. Nos mandaron a la cama para el resto del día. De nada nos valió defendernos, aunque teníamos razón:

—Pero si nunca nos han prohibido andar por las cornisas…

Nos fuimos a la cama comprendiendo lo que es la injusticia.

Entretanto, mi madre seguía pensando en mi educación. A ella y a mi hermana les estaban haciendo unos vestidos en la ciudad. Un día le llamó la atención la chica que ayudaba a las clientes a probarse y que pasaba los alfileres a la modista principal, mujer de mediana edad y de un temperamento brusco. Mi madre, viendo la paciencia y buen humor de la chica, decidió conocerla más a fondo. Se fijó las otras dos o tres veces que fue a probarse y, finalmente, entabló una conversación con ella. Se llamaba Marie Sijé y tenía veinte años. Su padre, era propietario de un pequeño café; tenía una, hermana mayor, que también era modista, dos hermanos y una hermanita. Mi madre la dejó sin aliento al preguntarle, como el que no quiere la cosa, si le importaría ir a Inglaterra. Marie apenas pudo expresar la sorpresa y el gozo que sentía.

—Bueno, claro, tengo que hablar con tu madre —dijo la mía—. Quizá no quiera que su hija se vaya tan lejos.

Fijaron una entrevista, se encontraron y discutieron el asunto a conciencia. Hasta entonces no tanteó a mi padre.

—Pero, Clara; esa chica no es institutriz ni nada parecido —protestó él.

Mi madre replicó que, según ella, Marie era la persona que necesitaban.

—No sabe nada de inglés, ni una palabra. Agatha tendrá que aprender francés. Es una chica muy dulce y bondadosa, de familia respetable. Está dispuesta a ir a Inglaterra y podrá confeccionar y coser nuestra ropa.

—¿Estás segura, Clara? —preguntó él todavía dudoso.

Mi madre siempre lo estaba.

—Es la mejor solución —dijo.

Como solía ocurrir con sus antojos más descabellados, estaba en lo cierto.

Cerrando los ojos, puedo ver a mi querida Marie como era entonces. De cara redonda y sonrosada, chata, pelo oscuro recogido en un moño. Aterrorizada, según me contó luego, entró en mi cuarto la primera mañana después de haber ensayado mil veces la frase inglesa con la que quería saludarme: «Buenos días, señorita. Espero que esté usted bien». Desgraciadamente, no entendí ni palabra. La miré con desconfianza. El primer día fuimos como dos

perros que se acaban de encontrar. Hablamos muy poco y nos mirábamos llenas de aprensión. Marie me peinó, con tirabuzones, como siempre, y estaba tan asustada, que apenas tocaba el cabello con el peine. Le hubiera dicho que me peinara con mayor fuerza, pero, claro está, me era imposible, pues no conocía las palabras necesarias.

No me explico cómo, al cabo de una semana, lográbamos conversar en francés. Una palabra aquí y otra allí, y me daba a entender. Más aún, al término de esa semana, nos habíamos hecho buenas amigas. Era muy divertido ir de paseo con ella. Cualquier cosa en su compañía lo era. Fue el comienzo de una unión feliz.

Al comenzar el verano llegó el calor a Pau, y nos marchamos una semana a Argeles, otra a Lourdes y luego a Cauterets, que está en los Pirineos. Era un lugar delicioso, al pie mismo de las montañas (había superado ya la desilusión que me causaron al principio, pero, aunque la posición de Cauterets era más satisfactoria, no se podía mirar demasiado arriba). Por la mañana, paseábamos por una senda montañosa que nos conducía al balneario, donde todos bebíamos vasos de agua de sabor desagradable, que por lo visto mejoraban la salud; comprábamos un *sucre d'orge*[11]. El favorito de mi madre era el anisado, que yo no podía ni ver. En los caminos zigzagueantes que había cerca del hotel, descubrí pronto un deporte estupendo. Bajaba entre los pinos como si estuviese en un tobogán, deslizándome sobre los pantalones. No le hacía mucha gracia a Marie, pero siento decir que desde el principio nunca ejerció ninguna autoridad sobre mí. Éramos amigas y compañeras de juego, pero jamás se me ocurrió hacer lo que me decía.

La autoridad es algo extraordinario. Mi madre la tenía. Rara vez se mostraba contrariada y le costaba levantar la voz. Le parecía raro que los demás no tuvieran el mismo don. Estando en mi casa, cuando ya me había casado por primera vez y tenía un hijo, me quejé de lo insoportables que eran los niños de los vecinos que no hacían más que pasar a través del seto y, aunque yo les ordenara que se fueran, no me hacían caso.

—¡Qué raro! —dijo ella—. ¿Por qué no les dices simplemente que se vayan?

—Inténtelo usted —repliqué.

En ese momento, llegaban los dos niños dispuestos, como siempre, al decir: «No nos da la gana irnos», y a tirar piedras sobre la hierba. Uno empezó a tirar piedras a un árbol. Mi madre volvió la cabeza y dijo:

—Ronald, te llamas así, ¿verdad? —él se vio obligado a admitirlo.

Por favor, no juegues tan cerca de aquí. No me gusta que me molesten; vete un poco más lejos.

Ronald la miró, silbó a su hermano y se marchó sin rechistar.

—¿Ves, hija? Es muy sencillo —comentó ella.

Para ella sí era. Estoy segura de que habría dominado a cualquier clase de delincuentes juveniles sin la menor dificultad.

Había una niña mayor en el hotel de Cauterets, llamada Sybil Patterson, cuya madre era amiga de los Selwyn. La adoraba. Me parecía guapa, pero lo que más admiraba eran sus formas incipientes. Los bustos estaban muy de moda entonces. Casi todas las mujeres tenían unos buenos pechos. Los de mi abuela y de mi tía-abuela eran enormes; les resultaba muy difícil besarse sin chocar. Aunque en las adultas me parecían la cosa más natural, los de Sybil suscitaban mi envidia. Ella tenía catorce años; ¿cuánto tendría que esperar yo para alcanzar ese espléndido desarrollo? ¿Ocho años de flacura? Anhelaba esas señales de madurez femenina. Bueno, el único remedio era la paciencia. Debía ser paciente y tras ocho años de espera, o tal vez siete si tenía suerte; brotarían milagrosamente dos grandes bultos redondos en mi flaca estructura, Sólo tenía que esperar.

Los Selwyn no permanecieron en Cauterets tanto como nosotros. Cuando se fueron, tuve que elegir entre dos amigas: Marguerite Prestley, una niña estadounidense, y Margaret Home, una inglesa. Mis padres eran amigos de los de Margaret y naturalmente esperaban que nos hiciéramos buenas amigas. Pero, como suele ocurrir en estos casos, preferí la compañía de Marguerite, que, según me parecía, empleaba frases extraordinarias y palabras extrañas que jamás había oído. Nos contábamos muchísimos cuentos; uno de los suyos, que trataba de los peligros ocasionados por el encuentro con un *scarrapin*, me apasionó.

—Pero ¿qué es un *scarrapin*? —pregunté yo insistentemente.

Marguerite, que tenía una niñera llamada Fanny con tal acento

sudamericano que no lograba entender lo que decía, me hizo una breve descripción del horrible bicho. Acudí a Marie, pero nunca había oído hablar de él. Por fin, consulté a mi padre. También a él le costó al principio, pero luego comprendió y me dijo:

—Creo que quieres decir escorpión.

De alguna manera, había desaparecido el encanto. Un escorpión no resultaba tan horroroso como el terrible *scarrapin* que yo había imaginado.

Marguerite y yo tuvimos una seria discusión sobre cómo vienen los niños. Yo aseguraba que los traían los ángeles como me había contado Nursie. En cambio, ella sostenía que eran parte de la profesión de doctor y que los traían en un maletín negro. Cuando ya nos habíamos acalorado demasiado, Fanny con mucho tacto zanjó la cuestión definitivamente:

—Es así, cariño, los niños norteamericanos vienen en el maletín negro de un doctor y los ingleses son traídos por los ángeles. ¿Ves qué sencillo? Satisfechas las dos, cesaron las hostilidades.

Papá y Madge hacían muchas excursiones a caballo. Un día, respondiendo a mis súplicas, me dijeron que podía acompañarles al día siguiente. Estaba entusiasmada. Mi madre puso algunas objeciones, pero mi padre la convenció fácilmente:

—Llevamos con nosotros un guía que está muy acostumbrado a los niños y tendrá mucho cuidado de que no se caiga.

Al día siguiente, llegaron los tres caballos y nos fuimos. Cabalgamos zigzagueando por senderos peligrosos; me lo pasé muy bien encaramada sobre lo que entonces me pareció un inmenso caballo. El guía lo conducía cuesta arriba y, de vez en cuando, cogía ramilletes de florecillas y me los daba para que los pusiera en la cinta del sombrero. Hasta allí, todo había resultado muy bien, pero cuando llegamos a la cima y nos dispusimos a comer, el guía se superó a sí mismo, Volvió corriendo hacia nosotros con una magnífica mariposa que había atrapado. «*Pour la petite mademoiselle*!», gritó. Tomando un alfiler de su solapa, atravesó a la mariposa y la fijó en mi sombrero. ¡Qué horror al sentir que la pobre mariposa agitaba las alas, luchando contra el alfiler! ¡Qué agonía padecí viendo aletear a la mariposa sin poder decir nada, naturalmente! Tenía sentimientos contrapuestos. Se trataba de una gentileza por parte del guía que me la había traído como un regalo

especial. ¿Cómo herir su sensibilidad diciendo que no me gustaba? ¡Cuánto deseaba que me la quitara de encima! Y durante todo el tiempo la mariposa muriéndose, revoloteando, agitándose contra mi sombrero. En tales circunstancias, a una niña no le queda más que una alternativa: echarse a llorar.

Cuanto más me preguntaban, tanto más me costaba responder.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi padre—. ¿Te duele algo?

Mi hermana comentó:

—Tal vez le asuste ir a caballo.

Yo decía que no y que no. Que no tenía miedo y que no me dolía nada.

—¿Estás cansada? —insistió mi padre.

—No —contesté yo.

—Bueno, entonces, ¿qué te pasa?

No podía decido. El guía estaba allí, mirándome desconcertado. Mi padre exclamó algo enfadado:

—Es una niña demasiado pequeña, Agatha. No debimos traerla con nosotros.

Redoblé el llanto. Sabía que iba a echarles a perder el día, pero no podía evitarlo. Sólo esperaba que él o mi hermana adivinaran lo que ocurría. Seguramente mirarían a la mariposa, comprenderían y dirían: «Quizá no le guste la mariposa que tiene en el sombrero». Que lo dijeran ellos, no importaba, pero yo no podía hacerlo. Fue un día terrible. Me negué a comer. Me quedé sentada allí, llorando, mientras la mariposa seguía agitándose en el sombrero. Por fin, se paró. Debería haberme aliviado, pero había llegado ya a tal estado de ánimo, que nada podía alegrarme.

Cabalgamos hacia abajo; mi padre estaba muy enfadado, y mi hermana molesta; el guía seguía bondadoso y amable, pero estaba confuso todavía. Menos mal que no se le ocurrió traerme otra mariposa para darme ánimos. Llegamos con caras largas a la sala donde estaba mi madre.

—Pero ¿qué ha pasado? —Dijo—: ¿Se ha hecho daño Agatha?

—No sé —dijo mi padre enfadado—. No sé qué le pasa a la niña.

Supongo que le duele algo. Ha estado llorando desde la hora de comer y no ha probado bocado.

—¿Qué te pasa, Agatha? —me preguntó mi madre.

No podía decírselo. Me limité a mirarla sin decir nada, mientras

las lágrimas seguían corriendo por mis mejillas. Me observó pensativamente durante unos minutos; luego dijo:

—¿Quién ha puesto esa mariposa en su sombrero?

Mi hermana contestó que había sido el guía.

Ya comprendo —dijo ella—. No te gustaba, ¿verdad? Estaba viva y pensabas que sufría.

¡Qué alivio tan maravilloso cuando alguien sabe lo que estás pensando y te lo dice, de modo que al fin te liberas de ese lazo de silencio! Me lancé sobre ella con una especie de frenesí, le eché los brazos al cuello y exclamé:

—Sí, sí; ha estado agitándose, pero como el guía pensaba que me agradaría, no podía decírselo.

Lo comprendió todo y me dio unas suaves palmaditas. De pronto todo me pareció lejano.

—Entiendo muy bien lo que sentías —me dijo. Pero ya ha pasado; así que no volveremos a hablar de ello.

En aquel tiempo me di cuenta de que mi hermana volvía locos a los jóvenes de los alrededores. Era muy atractiva y guapa, sin ser una belleza en sentido estricto, y había heredado de mi padre la rapidez de ingenio y la gracia. Además, poseía una gran dosis de atracción sexual. Los jóvenes caían ante ella como moscas. Marie y yo no tardamos mucho en hacer pronósticos sobre los diferentes admiradores, discutiendo sus posibilidades.

—Creo que Mr. Palmer está bien. ¿Qué te parece, Marie?

—*C'est possible. Mais il est trop jeune*[12].

Yo replicaba que era más o menos de la misma edad que Madge, pero Marie me aseguró que, precisamente por eso, era *beaucoup trop jeune*.

—Yo —decía ella— creo que Sir Ambrose.

Protesté diciendo:

—Es muy mayor, Marie.

Me contestó que tal vez, pero que convenía a la estabilidad matrimonial que el marido fuera mayor que su mujer, añadiendo que Sir Ambrose sería un estupendo partido, uno de los que aprobaría cualquier familia.

—Ayer —apuntaba yo— colocó una flor en el ojal de la chaqueta de Bernard.

Pero a Marie no le gustaba demasiado. Dijo que no era un *garçon*

sérieux[13].

Llegué a saber muchas cosas sobre la familia de Marie: las costumbres de su gato y cómo podía andar y echarse a dormir entre los vasos hecho un ovillo y sin romper nunca ninguno; que su hermana la mayor, Berta, era una chica seria; que su hermanita Angelines era la preferida de la familia; conocía las travesuras que hacían sus hermanos y los líos en que se metían. Me confió también el orgullo secreto de la familia: que en otro tiempo su apellido era Shije y no lo Sijé. Aunque no comprendí el origen de este orgullo que sigo sin lo entender, colaboré plenamente con ella, felicitándola por tener semejantes antepasados.

Alguna vez me leía libros franceses, como mi madre. Me sentí feliz el día en que, tomando en mis manos las *Mémoires d' un Âne*, me di cuenta al hojearlas que podía leer yo sola tan bien como cualquiera. Me llovieron felicitaciones, sobre todo de mi madre. Por fin, después lo de tantas tribulaciones, sabía francés. A veces, necesitaba que me explicaran los pasajes difíciles, pero en general me las arreglaba sola.

A finales de agosto, fuimos de Cauterets a París. Lo recuerdo lo como uno de los veranos más felices de mi vida. Para una niña de mi lo edad no faltó nada: la emoción de la novedad, los árboles (factor constante de disfrute durante toda mi vida; ¿será tal vez significativo lo que uno de mis primeros compañeros imaginarios se llamara Árbol?), una nueva y encantadora compañera, mi querida chata Marie; excursiones en mula por sendas empinadas, diversiones en familia, mi amiga Margarita, el encanto exótico de un país extranjero. «Algo raro y extraño…»: qué bien lo sabía Shakespeare. Pero no son los detalles unidos y sumados los que están aún en mi mente, sino Cauterets, el lugar mismo, el largo valle con su pequeño ferrocarril, sus pendientes pobladas de árboles y las altas colinas.

Nunca he vuelto y me alegro. Hace un año o dos planeábamos pasar allí las vacaciones de verano. Lo dije sin pensar:

—*Me gustaría volver*.

Era verdad. Pero luego me di cuenta de que no podía. No se puede volver al lugar que existe en la memoria. No se vería con los mismos ojos, aun suponiendo, cosa muy improbable, que hubieran permanecido igual. Lo que se ha vivido, se ha vivido. «Los felices

caminos que recorrí no volverán más…»

No vuelvas nunca a un lugar donde hayas ido feliz. Mientras no lo hagas, seguirá vivo en ti. Si vuelves, se destruirá.

Hay otros lugares a los que me he resistido a volver. Uno es el santuario de Sheikh Adi en el norte del Iraq. Fuimos allá con ocasión de mi primera visita a Mosul. Para llegar hubo que vencer varias dificultades; se necesitaba un permiso especial y había que detenerse en el puesto de policía de Ain Sifni, bajo las rocas del Jebl Maclub.

Desde allí, acompañados por un policía, recorrimos a pie un camino tortuoso. Era una primavera fresca y verde, con flores silvestres a lo largo del trayecto; había aún un torrente. Nos encontramos con algunas cabras y niños. Luego llegamos al santuario Yezidi. Revivo su paz, contemplo el atrio enlosado y la serpiente negra grabada en la pared; también, el paso que di al entrar en el pequeño y oscuro santuario, sin tocar el umbral. Nos sentamos allí en el atrio, bajo un árbol que gemía suavemente. Uno de los celadores nos sirvió café extendiendo antes cuidadosamente un mantel sucio (con orgullo, como dando a entender que estaba al tanto de los refinamientos de los europeos). Permanecimos sentados mucho tiempo. Nadie trató de sonsacarnos nada. Sabía que adoraban al diablo y que Lucifer, el Ángel Soberbio, era el objeto de su culto. Parece extraño que los adoradores de Satán sean los más pacíficos entre todas las sectas religiosas de aquella parte del mundo. Nos fuimos cuando el sol comenzaba ya a ponerse. Habíamos experimentado una profunda paz.

Tengo entendido que ahora se organizan expediciones turísticas y que el «Festival de Primavera» es una buena atracción. Pero yo lo conocí en sus días de inocencia. No olvidaré.

III

De los Pirineos pasamos a París y luego a Dinard. Me da rabia no recordar de París más que la habitación del hotel que tenía las paredes pintadas de color chocolate, que hacía casi imposible distinguir los mosquitos.

Había millares de ellos. Estuvieron zumbando toda la noche y nos dejaron la cara y los brazos cubiertos de picaduras (muy humillante para mi hermana, tan preocupada entonces de su cutis). Nos quedamos en París sólo una semana y todos mis recuerdos son como si no hubiéramos hecho otra cosa que matar mosquitos, untándonos con varias clases de aceite de un olor peculiar, quemando incienso junto a la cama, rascándonos y poniendo sobre las picaduras cera caliente de velas. Por fin, tras muchas protestas ante la dirección del hotel (que se empeñaba en decir que no había ni uno) conseguimos —importante novedad— dormir bajo un mosquitero. Estábamos en agosto y el calor agudizó aún más con éste.

Supongo que me llevaron a ver muchos de los sitios importantes de París, pero no me han dejado huella alguna. Como algo muy especial, me enseñaron la torre Eiffel e, igual que me ocurrió con las montañas, no llenó mis esperanzas. De hecho, lo único que recuerdo de nuestra estancia es el nuevo apodo de Moustique que me pusieron y que estaba bien justificado.

No; me equivoco: durante esta visita, conocí por primera vez a los predecesores de la gran era mecánica. Las calles estaban llenas de unos nuevos vehículos que llamaban automóviles. Corrían como locos (muy lentamente comparados con los de ahora, pero entonces sólo el caballo les hacía la competencia) despidiendo olores, dando bocinazos, conducidos por hombres con viseras, gafas grandes y un

enorme equipo mecánico. Eran impresionantes. Mi padre dijo que pronto se verían por todas partes. No despertaron mi interés, manteniéndome fiel a toda clase de trenes. Mi madre exclamó con tristeza:

—¡Qué pena que no esté aquí Monty, le habrían encantado!

Se me hace raro volver a esta etapa de mi vida. Mi hermano desaparece por completo de ella. Estaba allí, seguramente, para pasar las vacaciones pero ya no era una figura para mí. La explicación probable es que apenas me hacía caso. Más tarde supe que mi padre estaba preocupado por él. Le echaron de Harrow por no aprobar los exámenes. Creo que se fue primero a unos astilleros de Dart y luego hacia el norte, al condado de Lincoln. Los informes sobre sus progresos eran decepcionantes. A mi padre le dijeron sin rodeos:

—No conseguirá nada, no puede con las matemáticas, Se le enseña algo practico y no tiene dificultad; es un buen obrero. Es lo único que puede hacer en el campo de la ingeniería.

En toda familia suele haber un miembro que es fuente de problemas y preocupaciones; en la nuestra, lo fue mi hermano. Se pasó toda la vida dando dolores de cabeza a alguien. Me pregunto si habrá encontrado la horma de su zapato. Le habría ido bien ser Luis II de Baviera. Me lo imagino sentado en un teatro vacío, disfrutando de una ópera cantada para él solo. Estaba dotado para la música; tenía una buena voz de bajo y tocaba de oído varios instrumentos, desde silbatos de un penique al piccolo y la flauta, pero nunca se habría esforzado para ser un profesional de ninguna clase, ni creo que se le pasara la idea por la cabeza. Era educado y muy atractivo y siempre había alguien dispuesto a prestarle dinero y a hacer cualquier cosa por él. Siendo un niño de seis años, cuando mi hermana y él recibían la propina, siempre pasaba lo mismo: Monty se gastaba todo el primer día; luego empujaba de repente a mi hermana a entrar en una tienda, pedía tres peniques de sus caramelos favoritos y luego se quedaba mirando a Madge, desafiándola a que no pagara. Ella, que tenía mucho respeto humano, pagaba siempre. Naturalmente, después se ponía furiosa y discutía acaloradamente. Monty se limitaba a sonreír y a ofrecerle un caramelo.

Fue una de las actitudes que adoptó durante la vida. Parecía que

había un acuerdo general para servirle. Con frecuencia me dijeron varias mujeres:

—¡No entendéis a vuestro hermano! ¡Lo que necesita es comprensión!

La verdad es que le entendíamos muy bien. Era imposible no sentir afecto por él. Reconocía sus faltas con absoluta franqueza y estaba seguro de que todo iba a cambiar en el futuro. Creo que fue el único muchacho a quien se le permitió tener ratones blancos en Harrow.

El director le explicaba a mi padre:

—Mire, tiene una pasión tan grande por la Historia Natural, que pensé que debíamos concederle este privilegio.

Nosotros opinábamos que la Historia Natural le importaba un bledo: lo único que quería era tener ratones blancos.

Creo que Monty era una persona interesante; con una ligera modificación genética hubiera sido quizás un gran hombre. Sólo le faltaba algo. ¿Proporción? ¿Equilibrio? ¿Integración? No lo sé.

No tuvo que escoger una profesión; estalló la guerra de los Boers y casi todos los jóvenes que conocíamos se fueron como voluntarios, entre ellos, naturalmente, Monty (alguna vez había condescendido a jugar conmigo con los soldados de juguete, colocándolos en orden de batalla y poniendo el nombre de capitán Dashwood al oficial que los mandaba. Más tarde, para romper la rutina, decapitó al capitán por traidor, a pesar de mi llanto). En cierto sentido, mi padre debió sentir alivio; el ejército le ofrecía una profesión, precisamente cuando sus perspectivas en el campo de la ingeniería eran bastante dudosas.

Aquella guerra fue, supongo yo, la última de las llamadas «guerras antiguas»: que no afectaban a la vida personal o a la del país. Eran gestas heroicas de libros de aventuras, realizadas por soldados valientes y jóvenes intrépidos. Si los mataban, morían gloriosamente en la batalla; con mayor frecuencia, volvían a casa condecorados por la heroicidad desplegada en la lucha. Quedaban ligados a las avanzadas del imperio, a los poemas de Kipling y a los pedazos de Inglaterra pintados de rojo en el mapa. Hoy parece extraño pensar que la gente, sobre todo las chicas, fueran por ahí distribuyendo plumas blancas[14] a los jóvenes que no se apresuraban a cumplir con el deber de morir por la patria.

Recuerdo poco del estallido de la guerra de Sudáfrica. No se pensaba que fuera una guerra importante, se trataba de «dar una lección a Kruger». Con el acostumbrado optimismo inglés, «en pocos meses acabaría». Lo mismo oímos en 1914: «Para Navidad, todo habrá terminado». En 1940, cuando el Almirantazgo ocupó mi casa, me dijeron: «No hace falta que guarde las alfombras con naftalina: no nos quedaremos aquí todo el invierno».

Por eso lo que recuerdo es un ambiente alegre, una canción melodiosa. El mendigo distraído y muchachos joviales que venían de Plymouth para disfrutar unos días de permiso. Me acuerdo de una escena que se desarrolló en mi casa, unos días antes de que el tercer batallón del regimiento real de Gales zarpara para Sudáfrica. Monty había venido de Plymouth, donde estaban acampados entonces, trayendo consigo a un amigo que se llamaba Ernesto Mackintosh, pero al que le llamaban Billy, no sé por qué, y quien durante toda la vida sería para mí un verdadero amigo y hermano. Era un muchacho muy jovial y atractivo: como la mayoría de los chicos de los alrededores, estaba enamorado de mi hermana. Acababan de recibir los uniformes y estaban muy intrigados por las polainas que no habían visto nunca. Se las liaron al cuello, se vendaron la cabeza y se divirtieron disfrazándose de muchas maneras. Tengo una foto suya con las polainas alrededor del cuello, sentado en el invernadero. Billy se convirtió en el nuevo héroe de mi culto infantil; junto a mi cama tenía una foto suya que me había dedicado.

Desde París nos fuimos a Dinard, en la Bretaña.

Mi principal recuerdo de entonces es que aprendí a nadar. Revivo en mí aún el orgullo y el incrédulo gozo al ver que podía chapotear un poco sin hundirme.

Otra cosa que tengo presente son unas moras grandes y jugosas. Solía ir a recogerlas con Marie, mientras comía sin parar. Había muchas, porque la gente del campo creía que eran muy venenosas.

—*Ils ne mangent pas des mûres* —decía Marie extrañada o me dicen: *Vous allez vous empoisonner*[15].

Nosotros estábamos libres de ese temor y nos «envenenábamos» felices todas las tardes.

En Dinard comencé la vida teatral. Mis padres tenían una gran habitación doble con una enorme galería semicircular que era en

realidad una alcoba con cortinas. Resultaba un escenario natural. Entusiasmada con una opereta cómica que había visto en la Navidad pasada, convencí a Marie y nos dedicamos a representar cuentos de hadas todas las noches. Yo escogía mis papeles y ella tenía que hacer el de todos los demás.

Me siento llena de gratitud hacía mis padres al pensar lo buenos que fueron conmigo. No puedo imaginar nada más aburrido que subir todas las noches después de la cena y sentarse durante media hora a mirar y aplaudir, mientras nosotras gesticulábamos con un vestuario improvisado. Representamos *La bella durmiente del bosque, La Cenicienta, La Bella y la Bestia*, etc. El papel que más me gustaba era el del chico protagonista; me ponía las medias de mi hermana a modo de calzas y declamaba moviéndome de un lado para otro. La representación era siempre en francés, desde luego, ya que Marie no sabía inglés. Qué buena chica era. Sólo una vez puso dificultades y por algo que no me imaginaba. Debía hacer de Cenicienta e insistí en que se soltara el pelo; no podía imaginarme a Cenicienta con moño pero ella, que había hecho el papel de la Bestia sin rechistar y de la abuela de Robin Hood y de hada buena y de mala y de vieja malvada, que había realizado una escena callejera en la que escupía en el suelo de la forma más realista, diciendo en argot: *Et bien, crache*[16]!, que, entre paréntesis, hacía morir de risa a mi padre se negaba a hacer la Cenicienta.

—Mais, pourquoi pas, Marie[17]? —le pregunté. Es un papel muy bonito, la protagonista de la obra.

Imposible, decía, imposible que ella hiciera ese papel. Soltarse la cabellera, presentarse con el pelo suelto sobre los hombros delante de ¡Monsieur! Ahí estaba el problema; sólo de pensado se estremecía. Cedí perpleja. Nos apañamos para hacer una especie de capucha que tapara el moño de Cenicienta y todo arreglado.

Qué extraordinarios son los tabús. Me acuerdo de la hijita de unos amigos, una niña muy simpática y amable de unos cuatro años. Contrataron una niñera francesa para que la cuidara. Les inquietaba si la niña estaría bien con ella o no, pero todo pareció resultar a las mil maravillas. Se fue con ella de paseo, charló mucho y enseñó los juguetes a Madeleine. Pero, cuando llegó la hora de prepararse para ir a la cama, Joan terminó llorando al negarse a que la bañara la niñera. El primer día, su madre cedió perpleja,

comprendiendo que no se sintiera a gusto todavía con una extraña. Pero la actitud se prolongó dos o tres días; todo era paz, felicidad y amistad, hasta la hora del baño. Por fin, el cuarto día, Joan, llorando amargamente y escondiendo la cabeza en el cuello de su madre, dijo:

—No me entiendes, mami; parece que no entiendes. ¿Cómo puedo enseñar mi cuerpo a una extranjera?

Lo mismo le pasaba a Marie. Podía pasearse en pantalones, enseñar bastante las piernas en algunos papeles, pero no podía soltarse el pelo delante de Monsieur.

Al principio, nuestras funciones teatrales fueron muy graciosas, al menos mi padre disfrutó mucho con ellas, pero luego supongo que se harían aburridísimas. No obstante, mis padres fueron tan amables, que jamás me dijeron con franqueza que era una molestia presenciarlas todas las noches. A veces se disculpaban por tener invitados a cenar, pero generalmente no faltaban, y por lo menos yo me divertía mucho actuando delante de ellos.

Permanecimos allí todo el mes de septiembre; a mi padre le encantó encontrarse con sus viejos amigos Martín Pirie, su esposa y sus hijos, que estaban terminando las vacaciones. Habían sido compañeros de escuela en Vevey y, desde entonces, se profesaban una gran amistad. Sigo pensando que Lilian, su mujer, era una de las personalidades más extraordinarias que he conocido. Me choca lo mucho que se parecía al personaje que describiera tan bien Sackwille West en *All Passion Spent*. Tenía algo ligeramente distante que infundía respeto. Su voz era bella y clara, sus rasgos delicados, sus ojos muy azules y sus ademanes siempre agraciados. Creo que la conocí en Dinard, pero, a partir de entonces, volví a verla e intervalos frecuentes hasta que murió a la edad de ochenta años. La admiración y el respeto que sentía por ella siempre fue en aumento.

Era una de las pocas personas que he conocido que tenía una mente realmente interesante. Decoraba sus casas de forma llamativa y original. Bordaba muy bien y no había un libro que no hubiera leído o un teatro que no hubiera visto, teniendo siempre algo interesante que comentar. Supongo que hoy en día habría estudiado alguna carrera, pero no sé si en ese caso el impacto de su personalidad habría sido tan grande.

La gente joven acudía con frecuencia a su casa para hablar con

ella. Acompañarla una tarde, aun después de que cumplió los setenta, era un maravilloso entretenimiento. Dominaba el arte de la ociosidad mejor que ninguna persona de las que he conocido. Solía estar sentada en una silla de respaldo alto, entretenida con alguna labor diseñada por ella misma o con algún libro interesante. Parecía que tuviera todo el tiempo del mundo para hablar con sus visitas sin parar. Sus críticas eran cáusticas y claras. Estaba siempre dispuesta a tratar sobre cualquier tema abstracto; en cambio, rara vez hablaba de una persona en concreto. Pero lo que más me atraía era su hermosa voz, algo muy difícil de encontrar. Siempre he sido muy sensible a las voces. Una voz fea me repugna, mientras que no me ocurre lo mismo con los rostros.

A mi padre, le encantó volver a ver al señor Pirie. Mi madre y la señora Pirie tenían mucho en común y entablaron en seguida una animada conversación sobre el arte japonés, si no recuerdo mal. Estaban allí también sus dos chicos: Harold, habitualmente en Eton, y Wilfred, que habría venido de Darmouth, pues era marino; más adelante sería uno de mis mejores amigos, pero de nuestro primer encuentro sólo recuerdo que se decía que soltaba la carcajada hasta cuando veía un plátano. Aquello hacía que le prestara mucha atención. Naturalmente, ninguno de los dos se fijó en mí en absoluto. Un estudiante de Eton y un cadete de marina no se iban a rebajar fijándose en una niña de siete años.

De Dinard pasamos a Guernsey, donde permanecimos la mayor parte del invierno. Como regalo de Navidad, recibí con sorpresa tres pájaros de plumaje y color exóticos. Les pusimos los nombres de Kiki, Tou-Tou y Bebé. Poco después de llegar a Guernsey murió Kiki, que era el más delicado de los tres. No me había pertenecido lo suficiente como para apenarme mucho (mi favorito era Bebé, un pajarito encantador), pero disfruté mucho con el funeral. Lo metí en una caja de cartón con una cinta de raso que me dio mi madre. El cortejo salió de la ciudad de St. Peter Port para dirigirse a una zona alta; donde escogimos el lugar para las exequias; enterramos la caja convenientemente y colocamos sobre ella una corona de flores.

Todo eso estaba muy bien, pero no acabó ahí: «*Visiter la tombe de Kiki*» se convirtió en una de mis aficiones favoritas.

En St. Peter Port, lo más interesante era el mercado de flores. Las había preciosas, de todas las clases y baratas. Según Marie, eran

precisamente los días más fríos y de mayor viento cuando, al preguntarme: «¿A dónde vamos de paseo hoy, señorita?», respondía con entusiasmo: «*Nous allons visiter la tombe de Kiki*». Suspiraba pensando en las dos millas que había que recorrer a pie con aquel viento tan frío. Sin embargo, yo era inconmovible. La arrastraba al mercado para comprar camelias u otras flores y recorríamos el camino azotadas por el viento y, con frecuencia, por la lluvia; una vez allí, colocábamos el ramo de flores sobre la tumba con el debido ceremonial. Quizá sea innata esa afición por los funerales y las ceremonias fúnebres. ¿Qué sería de la arqueología si no fuera por esa tendencia de la naturaleza humana? Si por cualquier motivo, durante mi niñez, no salía de paseo con la niñera sino con otra persona, una sirvienta, por ejemplo, íbamos invariablemente al cementerio.

¡Qué bonitas son esas escenas en Pere Lachaise de París, con familias enteras que el día de los difuntos van a visitar sus mausoleos y los adornan! Honrar a los muertos es un culto santo. ¿Será en el fondo una forma instintiva de evitar la pena prestar mucha atención a los ritos y ceremonias, para que se olvide un poco al querido difunto? Lo único que sé, es que, por muy pobre que sea una familia, sus ahorros los destina, en primer lugar, a los funerales. Una querida viejecita que trabajó para mí hace tiempo, decía:

—Vivimos tiempos difíciles, querida. Pero, a pesar de las muchas privaciones que hemos soportado, he ahorrado para que me entierren decentemente, y esos ahorros no los tocaré nunca, aunque tenga que pasar hambre varios días.

IV

A veces se me ocurre que, si la teoría de la reencarnación es correcta, yo he debido ser un perro anteriormente. Cuando alguien va a hacer algo o va a ir a alguna parte, me encanta acompañarle. Del mismo modo, cuando volví a casa después de tan larga ausencia, me porté como los perros que lo examinan todo, olfatean aquí y allá para averiguar que ha pasado, y recorrer sus lugares predilectos. Lo mismo hice yo: recorrí toda la casa, luego fui al jardín, visité mis sitios preferidos: el estanque, el árbol del columpio, el lugar secreto junto al muro desde donde podía ver sin e ser vista. Tomé mi aro y lo probé; tardé una hora en convencerme de que todo estaba tal como lo había dejado.

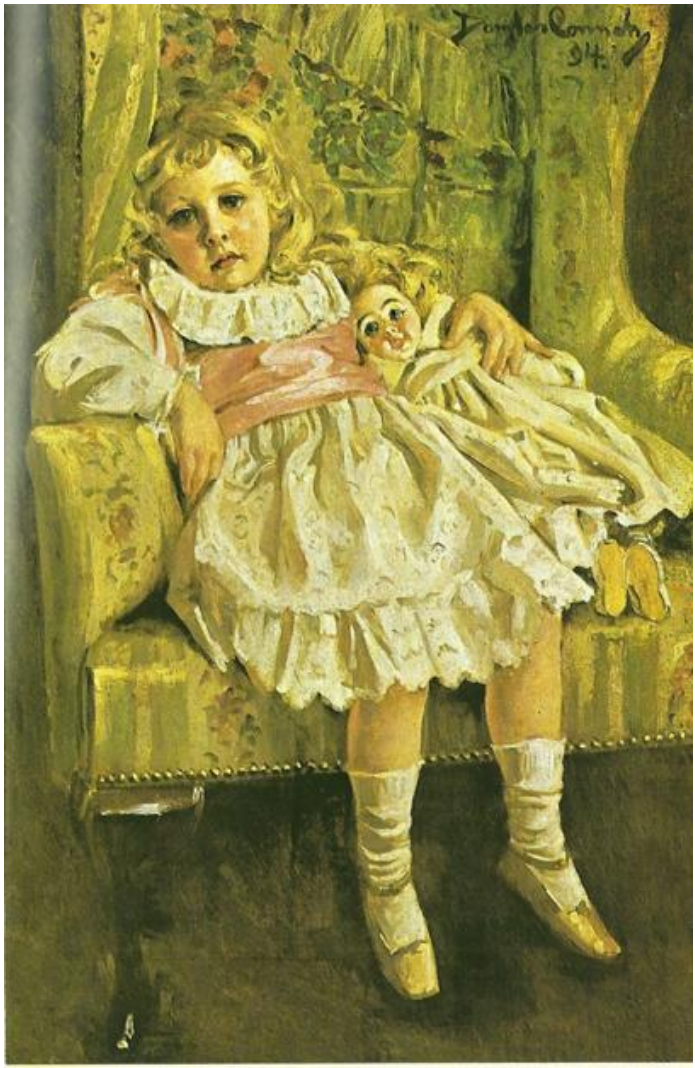
El que más había cambiado era Tony. Cuando lo dejé, era un pequeño terrier-yorkshire. Se había puesto como un globo de gordo, gracias a los cuidados primorosos de Froudie, que se había convertido en su esclava. Cuando fuimos a buscarle mi madre y yo, nos explicó exhaustivamente como le gustaba dormir, con qué se le tapaba en el cesto, lo que le gustaba comer y a qué hora daba el paseo. De vez en cuando interrumpía la conversación para hablar con él cariñosamente, como una madre, mientras el animal la escuchaba atentamente pero sin darle excesiva importancia.

—Y no prueba bocado —decía con orgullo—, si no se le da en la boca: he tenido que darle yo misma en la boca todo lo que ha comido.

En el rostro de mi madre leí que no recibiría el mismo trato en casa. Nos lo llevamos en su camita y el resto de sus posesiones en un coche que habíamos conseguido para aquella ocasión. Tony se mostró contento de vernos y me cubrió de besos. Cuando le presentaron la comida, resulto que Froudie estaba en lo cierto: se

quedó mirándola, nos echo una mirada a mi madre y a mí, se apartó un poco y se sentó esperando, como un *grand seigneur*[18], a que se la dieran bocado a bocado. Le ofrecí uno, que aceptó gustosamente, pero mi madre se opuso.

—No está bien —dijo—. Tiene que aprender a comer como es debido, como hacía antes. Déjaselo en el suelo, ya verás cómo se lo ame ahora mismo.



Yo cuando era pequeña, pintada por Connah.

Pero Tony se quedó sentado, sin hacer el menor esfuerzo por tomar nada. Nunca he visto un perro más lleno de justa indignación; sus enormes ojos tristes de color castaño lanzaron una mirada a la familia reunida y luego, otra al plato, como diciendo: «Lo quiero, ¿no os dais cuenta? Quiero mi comida; dádmela». Pero mi madre se mantuvo firme.

—Si no come hoy —dijo—, ya comerá mañana.

—¿No pasará mucha hambre? —pregunté yo.

Echó un vistazo a su enorme lomo y respondió:

—Un poco le vendrá bien.

Hasta el día siguiente por la noche Tony no capituló; para salvar su orgullo, comió cuando no había nadie presente. Luego desaparecieron los problemas. Los días en que se le había tratado como un gran duque no volverían y tenía que aceptarlo. Sin embargo, no olvidó que en otro lugar le habían mimado durante todo un año. Apenas recibía una palabra de reproche o se metía en jaleos, salía disparado hacia la casa de Froudie, costumbre que le duró mucho tiempo.

Marie, además de sus deberes habituales, tuvo que encargarse del perro. Cuando estábamos jugando abajo por la noche, resultaba divertido verla llegar con un delantal ceñido a la cintura y decir cortésmente: «*Monsieur Tony por le bain*[19]». De inmediato el perro pegaba el vientre en el suelo y se deslizaba debajo del sofá; no le hacía ninguna gracia el baño semanal, Había que sacarlo a la fuerza y llevarlo con la cola y las orejas gachas. Luego Marie informaba con orgullo de la cantidad de pulgas que habían quedado flotando en la espuma.

Tengo que decir que, según parece hoy día, los perros no tienen ni la mitad de pulgas que entonces. A pesar de bañarlos, cepillarlos, peinarlos y desinfectarlos, siempre estaban llenos de pulgas. Quizás iban más que ahora a los establos o se juntaban con otros perros menos higiénicos. Por otra parte, recibían menos mimos y menos cuidados veterinarios. No recuerdo que el nuestro estuviera nunca enfermo; tenía siempre el pelo en buen estado, comía lo que nos sobraba y apenas nos ocupábamos de su salud.

Ahora también se presta mucha más atención a los niños. Entonces, si la temperatura no era alta, nadie se preocupaba: si una fiebre de 38 grados persistía durante veinticuatro horas, se llamaba al médico; pero, por debajo de ella, nadie se preocupaba. A veces, después de un atracón de manzanas verdes, una podía sufrir un cólico biliar; con veinticuatro horas de cama y dieta absoluta, todo quedaba arreglado. La comida era buena y variada, Creo que se mantenía a los niños a base de leche y fécula durante demasiado tiempo, pero desde muy pronto pude probar el filete que llevaban a

Nursie para cenar, y uno de mis platos favoritos era la carne ligeramente asada. Se comía también nata de Devonshire en grandes cantidades, mucho más rica que el aceite de hígado de «bacalado», como solía decir mi madre. Unas veces la comíamos extendida sobre pan y otras con cuchara. Desgraciadamente ya no se encuentra aquella nata, al menos como era antes, cuando se quitaba en capas de la leche caliente y se ponía en un tazón de loza con su lado amarillo arriba. No hay duda de que la nata es lo que más me ha gustado, me gusta y me gustará.

Mamá, que era amante de la variedad en la comida, como en todo, tenía de vez en cuando sus manías; unas veces, por eso de que «hay muchísimo alimento en un huevo», los comíamos en casi todas las comidas, hasta que mi padre se rebelaba. Otras veces no se comía más que pescado para bien del cerebro. Pero, después de pasar por todas las dietas, mi madre volvía a lo normal, como cuando después de arrastrar a mi padre al teosofismo, a la Iglesia unitaria, a un paso del catolicismo y a un coqueteo con el budismo, volvió finalmente a la Iglesia de Inglaterra.

Daba gusto volver a casa y encontrarlo todo como siempre. No había más que un cambio y era para bien: la solícita Marie estaba conmigo.

Creo que hasta que no he metido la mano en el baúl de los recuerdos nunca había pensado en ella; era sencillamente Marie, una parte de mi vida. Para un niño, la vida es lo que le ocurre a él, incluyendo en ello a las personas, las que ama y las que aborrece, lo que le hace feliz o desdichado. Marie, lozana, alegre, sonriente, siempre dispuesta, era un miembro muy querido de la familia.

No sé qué pensaría ella. Creo que fue muy feliz durante el otoño y el invierno, viajando con nosotros por Francia y por las Islas del Canal. Conoció muchos sitios, la vida de hotel era agradable y, cosa rara, estaba encantada con la niña que tenía a su cargo. Me agradaría pensar que era por ser yo, pero le encantaban los niños y le habría gustado cualquiera, salvo uno de esos monstruos infantiles que se suelen encontrar. No le obedecía mucho; me parece que los franceses no son capaces de hacerse obedecer. Me portaba mal, sobre todo me costaba mucho acostarme, por lo que inventé el magnífico juego de saltar de un mueble a otro, subirme a los armarios y tirarme de las cómodas, completando el circuito sin

tocar el suelo. Marie, quieta junto a la puerta, se lamentaba: «¡Señorita!» *Madame votre mére ne serait pas contente*[20]!. Desde luego, *Madame ma mére*[21] no estaba al corriente de lo que pasaba. Si hubiera aparecido inesperadamente, habría fruncido el entrecejo diciendo: «¡Agatha! ¿por qué no estás en la cama?» Y al instante me hubiera metido en la cama, sin necesidad de que me dijeran una palabra más. Pero Marie nunca me denunció a la autoridad; suplicaba, suspiraba, pero jamás me delató. Por otra parte, aunque no la obedecía, la quería muchísimo.

Sólo me acuerdo de una ocasión en la que la afligí sin pretenderlo en absoluto. Sucedió después de regresar a Inglaterra, durante una discusión que habíamos entablado, bastante amigablemente por otra parte; al final, exasperada y queriendo probar mi opinión, le dije: «*Mais, ma pauvre fille, vous ne savez done pas les chemins de fer sont*…»[22]. En ese momento, con gran asombro por mi parte, se echó a llorar. Me quedé mirándola, sin saber qué le pasaba. Por fin dijo algunas palabras entre sollozos. Sí, era una *pauvre fille*; sus padres eran pobres y no ricos como los de la señorita. Tenían un café en el que trabajaban todos los hijos. Pero no era *gentille*, no era *bien élevée*[23] por parte de la señorita echárselo en cara.

—Pero, Marie —suplicaba y—, no quise decir *eso*.

Era imposible explicarle que no había sido mi intención herirla, que *ma pauvre fille* era una simple expresión de impaciencia. La había herido en sus sentimientos y tardé media hora para calmarla a base de disculpas, caricias y reiteradas muestras de afecto. Luego se olvidó todo. Pero en el futuro tuve muchísimo cuidado de no volver a emplear esa expresión.

No sintió nostalgia de su familia hasta que nos establecimos en nuestra casa de Torquay; en los hoteles donde habíamos estado había otras doncellas, niñeras, institutrices, etc., procedentes de todo el mundo, y no había echado de menos a los suyos. Aquí en Inglaterra entró en contacto con chicas de su edad o no mucho mayores. Si no me equivoco, teníamos entonces una doncella muy joven y una camarera de unos treinta años. Pero su forma de pensar era tan diferente de la de Marie, que ésta se sentía totalmente extraña. Criticaban la sencillez de sus vestidos y el hecho de que no se gastara nada en atavíos, cintos, guantes y todo lo demás.

Ganaba lo que consideraba un salario fantástico. Todos los meses rogaba a Monsieur que fuera tan amable de enviar casi todo a su madre, quedándose con una cantidad insignificante que consideraba justa; estaba ahorrando para la dote, esa preciosa suma de dinero que acumulaban todas las chicas francesas de aquella época (no sé si lo hacen todavía) ya que sin ella era muy posible que no se casaran. Equivalía, creo, a lo que llamamos en Inglaterra «*my bottom drawer*[24]», pero mucho más serio. Era una buena idea, que ahora está en boga aquí, pues la gente joven quiere tener una casa propia y ahorran los dos para conseguirlo. Pero entonces, las chicas no guardaban nada para el matrimonio; eso le tocaba al novio, quien debía poner lo necesario para alimentar, vestir y cuidar a su mujer y la casa. De ahí que las sirvientas y dependientas gastaran en frivolidades todo lo que ganaban. Se compraban sombreros, blusas de colores, collares y broches. Se puede decir que el salario les servía para coquetear, para echarse el novio que les convenía. Pero llegó Marie con su chaqueta y falda negras, su toquilla y su blusa lisa, sin añadir nada a su guardarropa ni comprar nada innecesario y la despreciaron. No querían ser descorteses, creo yo, pero se reían de ella y eso la hacía desdichada.

Mi madre la ayudó a superar los primeros cuatro o cinco meses con perspicacia y bondad. Tenía nostalgia, se quería ir a su casa. Le habló, la consoló, diciéndole que era una chica lista, que estaba haciendo lo que debía y que las muchachas inglesas no eran tan previsoras y prudentes como las francesas. Además, creo que les dijo a las otras y a Jane que la estaban haciendo sufrir y que qué sentirían si se encontraran lejos de casa en un país extranjero. De modo que, al cabo de uno o dos meses, consiguió animarla.

Quien haya tenido la paciencia de llegar hasta aquí, se preguntará: «Pero ¿no tenía nada que estudiar?» La respuesta es negativa. Había cumplido nueve años y la mayoría de las niñas de mi edad tenían institutriz, sobre todo, para cuidarlas y vigilarlas. Lo que enseñaban en forma de lecciones, dependía de cada una.

Recuerdo vagamente a una o dos institutrices de mis amigas. Una profesaba fe ciega en la *Guía infantil del conocimiento* del doctor Brewer, equivalente a nuestro Quiz. Conservo algunas migajas de conocimientos adquiridos así: «¿Cuáles son las tres enfermedades del trigo? Añublo, mildiu y tizón». No las he olvidado en toda la

vida, aunque desgraciadamente no me han servido para nada. «¿Cuál es el producto principal de Redditcht? Las agujas. ¿Cuándo tuvo lugar la batalla de Hastings? En 1066».

Recuerdo a otra institutriz que preparaba a los alumnos en Historia Natural y poco más. Les hacía recoger muchas hojas, semillas y flores silvestres para que hicieran la disección. Era increíblemente aburrido, Una amiguita me confiaba: «Me fastidia tener que cortar las cosas en pedacitos». Yo estaba totalmente de acuerdo; a lo largo de mi vida, la palabra «botánica» siempre me ha puesto inquieta como un caballo nervioso.

Siendo niña, mi madre frecuentó la escuela en un centro de Cheshire, y a mi hermana la mandó a un internado; pero, de pronto, empezó a pensar que la mejor forma de educar a las niñas era dejarlas lo más libres posible, darles buen alimento, aire fresco y no forzar su mente de ningún modo (por supuesto, nada de esto se aplicaba a los niños, que debían recibir una educación convencional).

Como ya he dicho, sostenía la teoría de que los niños no debían leer hasta que no tuvieran ocho años. Como no resultó así conmigo, leí todo lo que quise y aproveché bien todas las oportunidades. La clase, como se la llamaba, era una habitación grande que estaba en la parte superior de la casa, cubierta casi por completo de libros. Había estanterías de Cuentos infantiles: *Alicia en el país de las maravillas y A través del espejo*; las primeras leyendas sentimentales victorianas que ya he mencionado, como *Nuestra blanca Violeta*; libros de Charlotte Yonge, entre ellos *The Daisy Chain*; una serie completa de Henty y, además, toda clase de libros escolares, novelas, etc. Leía de todo, eligiendo lo que me interesaba, tragándome un montón de cosas que no entendía, pero que no obstante atraían mi atención.

Una vez encontré una obra de teatro francesa y me sorprendió mi padre leyéndola.

—¿De dónde has sacado eso? —me dijo quitándomela horrorizado. Pertenecía a una serie de novelas y obras dramáticas francesas que tenía cuidadosamente guardadas en el salón de fumar para uso exclusivo de los adultos.

—Estaba en la clase —repliqué.

—No debería estar allí —dijo él—. Su sitio está, en mi armario.

La dejé con gusto. A decir verdad, me resultaba difícil de seguir.

Volví contenta a leer *Memorias de un asno, Sin familia* y otros libros francesas inocuos.

Posiblemente recibí clases de algún tipo, pero no tuve institutriz.

Seguí estudiando aritmética con mi padre, pasando con orgullo de los quebrados a los decimales. Llegué luego al punto en que tantas vacas se comen tanta hierba y los depósitos de agua se llenan en tantas horas. Me hechizaba.

Por entonces, mi hermana había hecho su entrada oficial en sociedad, lo que le daba derecho a fiestas, vestidos, viajes a Londres, etcétera. Esto mantenía ocupada a mi madre, quien tenía menos tiempo ahora para atenderme a mí. A veces me sentía celosa de que todas las atenciones fueran para Madge. Mamá había tenido una juventud muy aburrida; aunque su tía era rica y la había llevado de acá para allá, a ambos lados del Atlántico, nunca creyó necesario introducirla en Sociedad. No me parece que le atrajera mucho esa vida, pero como cualquier chica, anhelaba tener muchos más vestidos elegantes de los que tenía. La tía-abuela le encargaba vestidos muy caros y vistosos en la mejor sastrería de París, pero siempre creyó que su sobrina era una niña y la vestía como tal. ¡Y de nuevo las horribles costureras! Por eso había decidido que sus hijas tendrían lo más bonito y todas las frivolidades que le habían faltado a ella. De ahí su interés y satisfacción por los vestidos de Madge y, más tarde, por los míos.

¡Aquéllos sí que eran vestidos! Había muchísimos y muy lujosos tanto por la tela como por la confección: volantes, cenefas, flecos, lazos, costuras y pliegues complicados; tan largos que barrían el suelo y había que recogerlos elegantemente con una mano al andar; además se llevaban esclavinas, abrigos y echarpes de piel.

Añádase el peinado, que eran de verdad peinados y no simplemente pasar un poco el peine. Se hacían tirabuzones, rizos, se marcaban ondas, se dormía con rulos toda la noche, se ondulaba el pelo con tenacillas calientes. Si una chica tenía que ir a un baile, comenzaba a peinarse con dos horas de antelación, por lo menos, para acabar una media hora antes; entonces se ponía el vestido, las medias, etc.

No era mi mundo, claro, sino el de los adultos, y del que yo no participaba, aunque sufría sus influencias. Comentaba con Marie

cómo se arreglaban las señoritas y quiénes nos parecían mejor acicaladas.

En nuestra calle no había vecinos con niños de mi edad. Así que, como había hecho de pequeña, me inventé de nuevo un grupo de amigas y conocidas, que sucedieran a Lanudo, Ardilla y Árbol y a los famosos Gatitos. Esta vez imaginé una escuela, no porque tuviera ganas de frecuentar una, sino porque era el único escenario apropiado para siete niñas de distintas edades y apariencias con diferentes orígenes familiares, ya que no quería que fueran hermanas. No tenía nombre, era simplemente La Escuela.

Las primeras niñas en llegar fueron Ethel Smith y Anita Gray. La primera tenía once años y la segunda nueve. Ethel era morena, con abundante cabellera, lista, hábil en el juego, de voz grave y apariencia más bien masculina. Su gran amiga Anita era todo lo contrario: de pelo ralo, descolorido y fino, y ojos azules; tímida, nerviosa y llorona. No se separaba de la otra, que la defendía siempre. Me gustaban las dos, pero prefería a la atrevida y vigorosa Ethel.

Luego añadí a otras dos: Isabel Sullivan, que era rica, con el pelo dorado, ojos castaños y guapa; tenía once años. No me gustaba, más bien le tenía antipatía; era «mundana» (una palabra importante en los libros de cuentos de aquel tiempo: varias páginas de *The Daisy Chain* exponen las, preocupaciones de la familia May por la mundana Flora). Era la esencia misma de la mundanidad: se daba mucho tono, se las daba de rica y llevaba vestidos demasiado caros y demasiado llamativos para una niña de su edad. Elsie parecía irlandesa: de pelo negro y rizado y ojos azules; siempre estaba riéndose alegremente. Se llevaba bastante bien con Isabel, pero a veces la mandaba a paseo. Era pobre; usaba los vestidos viejos de Isabel, lo que en ocasiones la molestaba, aunque no mucho, pues era bastante despreocupada.

Durante algún tiempo me fue bien con las cuatro. Viajaban en el ferrocarril tubular, montaban a caballo, trabajaban en el jardín y jugaban al croquet. Organizaba con frecuencia torneos y partidos especiales. Mi gran esperanza era que perdiera Isabel. Hacía todo lo posible, menos trampas, para que no ganara; es decir, cogía su bastón con descuido, jugaba con precipitación y casi sin, apuntar; y, sin embargo, no sé por qué, cuanto menos empeño ponía, más

suerte parecía tener. Pasaba a través de aros inverosímiles, golpeaba las bolas desde el otro extremo del campo y casi siempre terminara en primera o segunda posición. Me daba mucha rabia.

Al cabo de unos meses pensé que sería bonito tener en la escuela niñas más pequeñas. Añadí dos de seis años, Ella White y Sue de Verte. La primera era minuciosa, industriosa y flemática. Tenía el pelo espeso, marchaba bien en clase con la *Guía del conocimiento* y era una buena jugadora de croquet. Sue era bastante descolorida no sólo externamente, rubia y de pálidos ojos azules, sino también como personalidad. Por algún motivo, no lograba verla ni sentirla. Las dos se llevaban muy bien; aunque llegué a conocer a Ella como a la palma de mi mano, Sue se me esfumaba siempre. Pienso que, en realidad, era yo misma. Cuando hablaba con las demás, yo era Sue, no Agatha; por eso, ambas se convirtieron en dos facetas de la misma persona y Sue era una espectadora, no uno de los personajes. La séptima niña fue Vera de Verte, medio hermana de Sue. Había cumplido ya trece años; no era guapa aún, pero sería de una belleza cautivadora. Había algo misterioso en sus orígenes. Tenía en mente varios planes románticos para su futuro. Era rubia paniza y con unos ojos azules, inolvidables.

Me ayudaron bastante unas copias encuadernadas de imágenes de la Academia Real que tenía mi abuela en Ealing. Había prometido que un día me las daría y en días de lluvia me pasaba horas mirándolas, no por interés artístico, sino en busca de figuras adecuadas para mis «chicas». Un libro que me habían regalado en Navidad con ilustraciones de Walter Crane, *The Feast of Flora*, contenía imágenes de flores con forma humana. Había una que me encantaba, con una guirnalda preciosa alrededor de una figura, que no podía ser otra que Vera de Verte. La Margarita de Chaucer era Ella y la corona imperial que estaba paseando era Ethel.

«Las chicas» se quedaron conmigo muchos años, cambiando naturalmente a medida que yo iba madurando. Tocaban instrumentos musicales, actuaban en la ópera, en el teatro y en comedias musicales. Aun siendo mayor, les dedicaba algún tiempo de vez en cuando y les asignaba los diversos vestidos de mi guardarropa. Recuerdo que a Ethel le sentaba bien un vestido de tul azul oscuro con lirios de oro blancos en el hombro. La pobre Anita nunca, recibía gran cosa. En cambio, me portaba noblemente con

Isabel; le daba batas muy bonitas, por lo general, de brocados recamados y raso. Todavía ahora, al dejar un vestido en el armario, me digo a mí misma: «Sí, eso le sentaría bien a Elsie; el verde fue siempre su color». «Ella estaría muy guapa con ese vestido de lana». Me hace gracia, pero aún siguen ahí las «chicas» que no se han hecho viejas como yo; nunca las he imaginado mayores de veintitrés años.

Con el correr del tiempo, añadí otros cuatro personajes: Adelaida, la mayor de todas, alta, rubia y orgullosa; Beatriz, la más joven, una alegre bailarina, pequeña hada; y dos hermanas, Rosa e Iris Reed. Me volví algo romántica con estas dos: la segunda tenía un novio que le mandaba poesías y la llamaba «Lirio de los pantanos», y la primera era muy pícara, se la jugaba a cualquiera y coqueteaba alocadamente con todos los jóvenes. Las «chicas» se casaron con el tiempo, claro está, o se quedaron solteras, como Ethel, que vivía en una casita de campo con la dulce Anita; me parece bien, probablemente es lo que habrían hecho en la vida real.

Poco después de que regresáramos del extranjero, Fräulein Uder me descubrió las delicias del mundo de la música. Era una mujercita alemana, pequeña, nervuda, formidable. No sé por qué enseñaba música en Torquay; nunca supe nada de su vida privada. Un día se presento con mi madre en la clase, y cuando mamá le comentó que me gustaría estudiar piano sugirió:

—¡Ach! —dijo con mucho acento alemán, aunque hablaba inglés perfectamente—. Entonces, vamos al piano inmediatamente.

No fuimos al del salón, desde luego, sino al de la clase.

—Quédate ahí me ordenó. Me quedé a la izquierda del piano, como me había ordenado. Ésta —dijo golpeando la nota con tanta fuerza que pensé que la había roto—, es do mayor, ¿entiendes? Do. Ésta es la escala en do mayor —dijo tocándola—. Ahora vamos a tocar otra vez el do, así. Y ahora, otra vez la escala: Las notas son do, re, mi, fa, sol, la, si, do. ¿Entendido?

Dije que sí. En realidad ya lo sabía.

Ahora —siguió—, te pondrás ahí, para que no puedas ver las notas; tocaré primero el do y luego, otra nota, y tú dirás cuál es.

Golpeó el do y luego otra nota con la misma fuerza.

—¿Qué nota es ésa?

—Mi —dije.

—Muy bien, exacto. Ahora haremos otra prueba. Golpeó de nuevo el do y, a continuación, otra nota. ¿Y ésa?

—La —dije al azar.

—Ach, qué maravilla. Muy bien, esta niña tiene muy buen oído.

—Ach, nos haremos famosas:

El comienzo fue realmente bueno. Para ser sincera, no tenía la menor idea de las demás notas que siguió tocando. De todos modos, después de empezar tan bien, seguimos adelante con muy buena voluntad por ambas partes. Sin que transcurriera mucho tiempo, resonaban por la casa escalas, arpegios, y luego la melodía de *The Merry Peasant*. Me gustaban mucho las clases de piano. Tanto papá como mamá sabían tocar. Mamá tocaba *Canciones sin palabras* de Mendelssohn y otras piezas que habla aprendido en su juventud; tocaba bien, pero tenía poca afición. En cambio papá era un superdotado para la música; tocaba de oído cualquier cosa, como preciosas canciones norteamericanas y espirituales negros. A *The Merry Peasant*, la profesora y yo añadimos *Träumerei* y otras delicadas melodías de Schumann. Practicaba con entusiasmo una o dos horas diarias. De Schumann, pasé a Grieg, que me apasionaba, sobre todo con sus piezas *Erótica* y *Primer susurro de primavera*. Cuando pude tocar *Morgen* de *Peer Gynt*, me volví loca de alegría. Mi profesora, como la mayoría de las alemanas, era una excelente maestra; no me enseñaba sólo melodías agradables, tenía que hacer también muchísimos ejercicios de Czerny, que no me gustaban tanto; pero con ella no valían las tonterías:

—Lo que cuenta, lo que hace falta, son estos ejercicios. Sí, las melodías son preciosos bordados, son como flores que se abren y se marchitan, pero debes echar fuertes raíces y hojas.

Así que me daba un montón de raíces y hojas y alguna que otra flor. Los resultados me compensaban, pero los demás habitantes de la casa estaban hartos de tantos ejercicios.

Además, iba a clases de baile una vez por semana a un sitio llamado pomposamente Athenaeum Rooms, situado sobre una pastelería. Probablemente comencé muy pronto, tal vez con cinco o seis años, pues recuerdo que Nursie estaba aún con nosotros y me llevaba a clase. Las principiantes comenzaban por la polca, golpeando tres veces en el suelo: derecha, izquierda, derecha; derecha, izquierda, derecha; pam, pam, pam; pam, pam, pam. Tenía

que ser una lata para los que tomaran el té abajo. Al volver a casa, Madge me molestó un poco al decirme que la polca no se bailaba así.

—Se saca un pie y luego se juntan los dos así —me dijo.

Me quedé perpleja; por lo visto, Miss Hickey seguía el método de enseñar primero el ritmo y luego los pasos. Tenía una maravillosa pero sobrecogedora personalidad: alta, de imponente cabellera gris, con un peinado precioso y faldas largas con mucho vuelo. Bailar con ella, como tuve que hacer más adelante, era una experiencia impresionante. La ayudaba una alumna de dieciocho años y otra de trece llamada Aileen que era muy dulce, trabajaba con seriedad y nos gustaba mucho a todas. La otra, Helen, nos metía algo de miedo y sólo se fijaba en las que bailaban bien.

Las clases se desarrollaban así: se comenzaba con ejercicios de pecho y brazos por medio de una especie de faja azul elástica con asas. Había que estirarlas con fuerza durante media hora. Seguía la polca para todas las que se hubieran graduado en el pam, pam, pam, mezclándose las mayores con las pequeñas. «¿Ha visto cómo bailo la polca? ¿Cómo meneo los vuelos?» Era ligera y poco atractiva. Seguía la majestuosa marcha en la que avanzábamos por parejas al centro de la sala, dábamos la vuelta hacia los lados, y formábamos figuras de ocho, delante las mayores y detrás las pequeñas. Cada cual escogía a su pareja para la marcha, lo que ocasionaba no pocos disgustos. Naturalmente, todas querían tener por compañera a Eileen o a Helen, pero Miss Hickey procuraba que variaran las parejas. Después, las pequeñas pasaban a la sala de las principiantes a practicar los pasos de la polca y, más tarde, el vals o los bailes en que se mostraban más torpes. Las más adelantadas aprendían bailes típicos en la sala grande, bajo la dirección de Miss Hickey; solían acompañarse con panderetas, con castañuelas en las danzas españolas, o con abanicos.

A propósito, una vez comenté a mi hija Rosalinda y a su amiga Susana, cuando tenían unos dieciocho años que, en mi juventud, participaba con frecuencia en bailes con abanico. Sus impúdicas carcajadas me dejaron perpleja.

—¿Qué dices, mamá? ¿En serio? ¡Un baile con abanico! ¡Susana, mi madre bailó con abanico!

—¡Oh! —exclamó Susana. Siempre he pensado que las

victorianas eran muy especiales.

Pronto comprendí que la expresión «baile con abanico» no significaba lo mismo para ellas.

Luego se sentaban las mayores y las pequeñas bailaban la Sailor's *Hornpipe* o alguna danza folklórica no demasiado fácil. Por último, venían las complicaciones de los Lanceros. También aprendimos *Swedish Country Dance* y *Sir Roger de Coverly*, que resultaban muy útiles para no quedar avergonzadas en las fiestas por desconocer esos juegos de sociedad.

En Torquay éramos casi todas chicas. Cuando fui a clase de baile a Ealing había bastantes chicos; entonces tendría unos nueve años, era tímida y aún no me había soltado. Un muchacho muy majo, probablemente un año o dos mayor que yo, me invitó a que fuera su pareja en los Lanceros. Afligida y avergonzada, le dije que no sabía bailarlo. Me resultó duro; nunca había visto un chico tan atractivo: tenía pelo negro y ojos vivarachos; me di cuenta en seguida de que estábamos hechos el uno para el otro. Me sentía muy triste cuando empezó el baile y, casi inmediatamente, la señora Wordsworth se me acercó.

—Vamos, Agatha; nadie tiene que estar sentado.

—Es que no sé bailar esto, señora Wordsworth.

—Bueno, pero puedes aprenderlo en seguida. Te vamos a buscar un compañero.

Tomó a un chico pecoso, chato, gangoso y con el pelo de color de arena.

—Mira, éste es Guillermo.

Durante las evoluciones de baile, me encontré con mi primer amor y su compañera. Me susurró indignado:

—No has querido bailar conmigo y bailas con otro. ¡Maleducada! Quise explicarle que no había podido evitarlo, que creía que no sabía bailar, que me habían obligado, pero no pude. Hasta el final de la clase, siguió mirándome ofendido. Esperaba verle la semana siguiente, pero desgraciadamente no volvió; una de las tristes historias de amor que pasan. El vals fue lo único que me sirvió luego en la vida, pero nunca me ha gustado su ritmo. Siempre acababa aturdida, sobre todo cuando me honraba Miss Hickey. Tenía una forma fantástica de moverse, levantándote casi en volandas de forma que, al terminar, la cabeza te daba vueltas y no

podías tenerte en pie. Pero debo admitir que daba gusto verla.

Fräulein Uder desapareció sin que sepa dónde ni cómo. Quizá volviera a Alemania. Poco después, la sustituyó un hombrecito que se llamaba, si no recuerdo mal, Mr. Trotter. Era organista de una de las Iglesias: resultó ser un maestro bastante pesado, que me enseñó un método totalmente distinto. Tenía que sentarme casi en el suelo, elevar mucho las manos para alcanzar el teclado y tocar todo a base de muñeca. Creo que el método anterior consistía, en cambio, en estar en alto y hacer juego de codos. Te encontrabas más o menos suspendida sobre el piano de forma que caías sobre las notas con todas sus fuerzas. "¡Era mucho mejor!

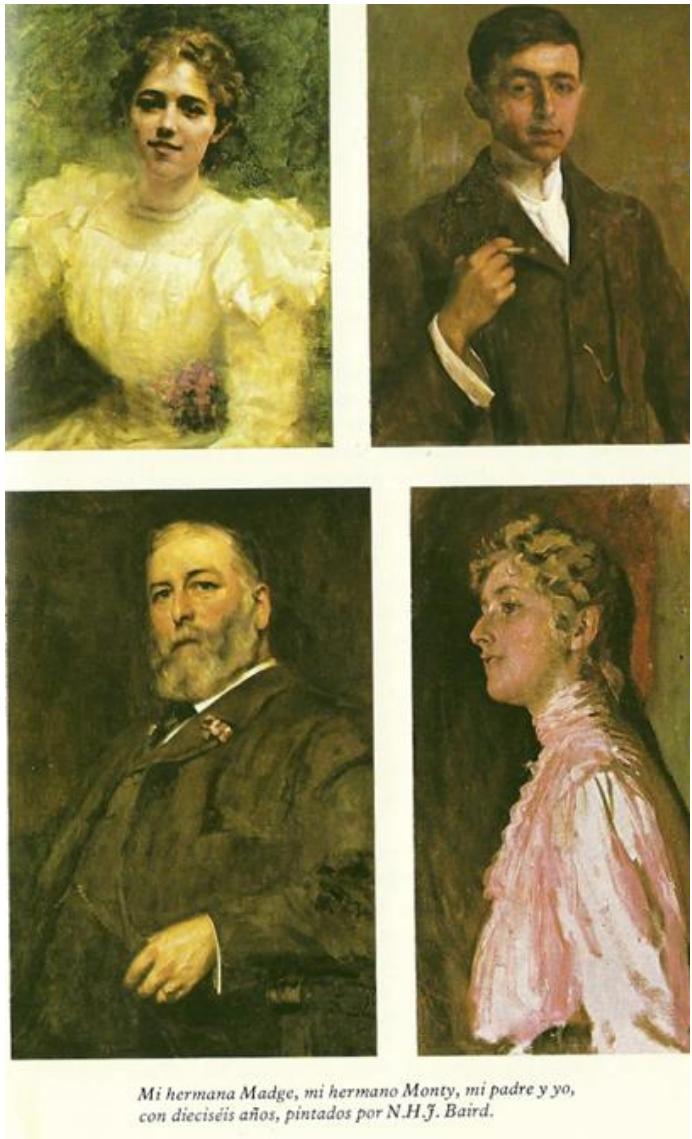
V

Poco después de volver de las Islas del Canal, la sombra de la enfermedad de mi padre se dejó sentir. Se había sentido mal en el extranjero y había tenido que ir dos veces al médico. El segundo nos dijo algo alarmante: sufría del riñón. Al volver a Inglaterra consultó a nuestro médico, quien le mandó a un especialista. Luego apareció una sombra pálida, sentida sólo por los niños, como una de esas perturbaciones atmosféricas que en el mundo psíquico equivalen a una estruendosa tormenta que se avecina en el mundo físico.

De nada servía la ciencia médica. Consultó a dos o tres especialistas. El primero dijo que se trataba del corazón. No tengo presente los detalles; sólo recuerdo que mi madre y mi hermana hablaban de «una inflamación de los nervios que rodean al corazón», y me asusté. Otro doctor diagnosticó problemas gástricos.

A intervalos cada vez más frecuentes sufría ataques de dolor y dificultad de respiración por la noche; entonces mi madre se sentaba con él, cambiándole de posición y dándole las medicinas prescritas por el último médico.

Como siempre, se confiaba desesperadamente en el último médico consultado y en el último tratamiento. La fe hace mucho; la fe, la novedad, una personalidad dinámica en el doctor, etc.; pero no puede con el auténtico mal orgánico.



Mi hermana Madge, mi hermano Monty, mi padre y yo, con dieciséis años, pintados por N.H.J. Baird.

Mi padre conservaba casi siempre su natural alegre, pero la atmósfera de la casa cambió. Iba aún al club, pasaba los días del verano en el campo de cricket, volvía con historietas divertidas y seguía siendo amable. Nunca se mostraba contrariado o irritado, pero no le dejaba la sombra de la aprensión, sentida también, desde luego, por mi madre, que hacía lo posible para darle ánimos

diciéndole que tenía mejor aspecto y que se notaba cierta mejoría.

Al mismo tiempo la preocupación económica se acentuó. El dinero heredado de mi abuelo estaba invertido en casas de renta limitada en Nueva York. En aquel entonces, se encontraban en una parte de la ciudad donde el terreno valía mucho, mientras que las construcciones no tenían ningún valor. El terreno era propiedad de una anciana de setenta años, que no cooperaba en absoluto, según tengo entendido, impidiendo cualquier mejora o desarrollo. Parece que las rentas no cubrían más que las reparaciones y los impuestos.

Recuerdo que oí unas palabras sueltas de cierta conversación, que me parecieron de una importancia dramática, y fui corriendo arriba a decide a Marie, en el mejor estilo de las historias victorianas, que estábamos arruinados. No se afligió tanto como yo esperaba, pero probablemente trató de consolar a mi madre, quien, a su vez, me llamó la atención algo molesta.

—Oye, Agatha, no debes repetir las cosas exagerándolas. No estamos arruinados. De momento sólo andamos algo mal y tendremos que economizar.

—¿No estamos arruinados? —dije, muy apesadumbrada.

Me, sentí desilusionada. Había leído en muchos libros que la ruina era algo frecuente y que había que afrontada con seriedad. Surgirían amenazas de saltarse la tapa de los sesos, una heroína que abandona la rica mansión cubierta de harapos, etc.

—Ni siquiera me di cuenta de que estabas presente —siguió—. Pero comprenderás que no debes repetir las cosas que escuchas.

Prometí no hacerlo más, pero me sentí ofendida, pues poco antes me habían llamado la atención por no haber contado algo que había oído hacía tiempo.

Tony yo estábamos metidos debajo de la mesa del comedor una noche, momentos antes de la cena. Era uno de nuestros lugares favoritos, muy apropiado para aventuras de sótanos, mazmorras y sitios parecidos.

No nos atrevíamos ni a respirar, por miedo a que nos oyeran los bandidos que nos tenían prisioneros (bueno, Tony estaba tan gordo que respiraba afanosamente) cuando Barter, la doncella que ayudaba a la camarera a servir la cena, entró con la sopera y la colocó sobre un plato caliente del aparador. Quitó la tapadera y metió dentro el cazo, Io sacó lleno y tomó varios sorbos.

Lewis, la camarera, entró y dijo:

—Voy a tocar el gong… —se cortó y exclamó—: Pero, Louie, ¿qué estás haciendo?

—Probándolo —contestó Barter con una alegre carcajada—. Mmm, no está nada mal la sopa —y tomó otro sorbo.

—Deja eso en su sitio y pon la tapadera —dijo Lewis asustada.

—¡Hay que ver!

Barter soltó de nuevo su risa bonachona, coloco el cazo en su, sitio, puso la tapadera y se disponía a ir a la cocina en busca de los platos, cuando Tony y yo aparecimos.

—¿Está buena la sopa? —pregunté con interés, mientras salía.

—¡Ay, señorita Agatha, qué susto me ha pegado!

Me quedé un poco sorprendida, pero no dije nada hasta un par de años más tarde. Hablando con Madge, mi madre mencionó a Barter, nuestra anterior doncella; interrumpí la conversación diciendo:

—Me acuerdo de Barter. Solía probar la sopa antes de que vosotras entrarais en el comedor.

Desperté el interés de las dos.

—Pero ¿por qué no lo habías dicho antes? —pregunto mi madre.

Me quedé mirándola sin comprender a donde iba a parar.

—Es que —dijo—; me parecía… —dudé un poco, reuní toda mi dignidad y exclamé—: Es que no me gusta andar con chismes.

La gracia se volvió contra mí: «A Agatha no le gusta andar con chismes». Era verdad, no me gustaba. A menos que me chocara por ser ocurrente o interesante, recogía todas las migajas de información que llegaban a mí y las encerraba en la cabeza como en un fichero. Resultaba incomprensible para el resto de la familia, ya que eran muy extrovertidos; si les pedían que guardaran secreto, nunca se acordaban de hacerlo ni por casualidad. Eso les hacía más divertidos que yo.

Si Madge iba al baile o a una fiesta, volvía con un montón de cosas que contar. Era una persona muy graciosa en todos los sentidos; siempre presenciaba algo interesante. Aun luego, durante el resto de su vida, cuando regresaba de hacer alguna compra en la ciudad, tenía que contar algo especial que había ocurrido o que habla dicho alguien. No eran mentiras, siempre había una buena base de verdad, pero elaborada para que resultara más interesante.

Por el contrario, yo, siguiendo probablemente a mi padre cuando me preguntaban si había ocurrido algo, respondía sin pensar:

—Nada.

—¿Cómo iba vestida fulana?

—No me acuerdo.

—He oído que la señora X ha pintado otra vez el salón. ¿De qué color es ahora? No me fijé.

—Siempre eres la misma, no te fijas en nada.

En general, seguí siempre con la misma actitud, No es que quisiera tener secretos. Es que me parecía que la mayoría de las cosas carecían de importancia y, por tanto, ¿para qué hablar de ellas? O bien estaba tan ocupada dirigiendo las conversaciones y disputas de las «chicas» e ideando nuevas aventuras para Tony y para mí, que no podía prestar atención a cosas insignificantes. Era sin duda una niña callada, con perspectivas de convertirse en esa clase de personas a las que les resulta difícil integrarse en una reunión social.

Nunca he sido una «chica de fiestas», ni me he divertido mucho en ellas. Supongo que habría fiestas infantiles, pero no tantas como ahora. Me acuerdo de haber ido a tomar el té con las amigas y de que vinieran a tomarlo conmigo. Eso sí me gustaba y me gusta todavía. En mi niñez, sólo se celebraban fiestas de sociedad en Navidad. Recuerdo una de disfraces y otra en la que había un ilusionista.

Mi madre era contraria a ellas, opinando que los niños se acaloran, se excitan y comen demasiado y, por los tres motivos, suelen volver enfermos a casa. Probablemente tenía razón. En todas las fiestas infantiles a las que he asistido, he llegado a la conclusión de que por lo menos un tercio de los niños se están aburriendo.

Una fiesta se controla bien cuando hay menos de veinte personas; de lo contrario, los servicios son los que dominan: los que quieren ir, los que no quieren decir que tienen ganas, los que aguardan hasta el último momento, etc. Si no hay suficientes para los numerosos chicos que querrán usarlos al mismo tiempo, sigue el caos y algunos incidentes lamentables. Recuerdo a una niña de dos años, a cuya madre la habían persuadido, contra el parecer de la experimentada nodriza, de que la llevara a una fiesta. «Anette es tan

buena… debe venir. Estoy segura de que lo pasará muy bien. Todos cuidaremos mucho de ella». Nada más llegar, su madre para prevenir la llevó a un servicio. La niña, que se encontraba sobreexcitada, no logró hacer nada. «Bueno, quizá no tengas necesidad realmente», auguró la madre. Bajaron a la sala y, cuando un ilusionista estaba sacando cosas de todas clases de las orejas y narices haciendo reír a los niños, mientras todos gritaban a su alrededor y aplaudían, sucedió lo peor.

—Querida —decía una anciana al contárselo a mi madre—. ¡Nunca he visto una cosa igual, pobre criatura! Justo en medio de la sala. ¡Como si fuera un *caballo*!

Marie debió marcharse al poco tiempo de morir mi padre, quizás un año o dos después. Tenía un contrato por dos años, pero se quedó por lo menos otro más. Sentía mucha nostalgia de su familia y, como era sensata y práctica, creo que también se había dado cuenta de que ya era hora de pensar con seriedad en el matrimonio. Había ahorrado una buena dote y así, llorando, después de besar repetidas veces a su querida «señorita», se fue dejándome muy triste.

Sin embargo, antes de que se fuera, llegamos a un acuerdo sobre el asunto del futuro esposo de mi hermana. Como ya dije, ésa había sido para nosotras una fuente de continua especulación. Marie había elegido sin vacilar a «*Monsieur blond*».

En la época en que mi madre vivía con su tía en Cheshire, tenía una compañera de clase a la que estaba muy apegada. Cuando Anita Browne se casó con James Browne y mi madre con Frederick Miller, las dos prometieron no olvidarse y escribirse con asiduidad. Aunque mi abuela dejó Cheshire para irse a Londres, siguieron en contacto. Anita tuvo cinco hijos, cuatro niños y una niña; mamá, tres. Se intercambiaban fotos de sus hijos y se enviaban regalos en Navidad.

Así, cuando mi hermana decidió visitar Irlanda para ver si se prometía a un joven que ansiaba casarse con ella, mi madre se lo comunicó a Annie Witts, quien invitó a Madge a que se quedara en Abney Hall (Cheshire) al volver de Holyhead, pues tenía muchas ganas de conocer a uno de los hijos de Clara.

De este modo, Madge, después de divertirse mucho en Irlanda y de rechazar a Charlie P., interrumpió el viaje de regreso y se quedó con la familia Watts. El hijo mayor, James, que tenía entonces

veintiún o veintidós años y estudiaba todavía en Oxford, era un chico tranquilo, rubio. Tenía la voz baja y suave y no hablaba mucho, de modo que prestó mucha más atención a mi hermana que la mayoría de los jóvenes. A ella le pareció eso tan extraordinario, que suscitó su interés. Trató de conquistarlo pero no estaba segura de la sensación que le había causado. Cuando volvió a casa, entablaron una correspondencia epistolar irregular.

De hecho, James se había sentido deslumbrado desde el primer instante, pero no era propio de su temperamento manifestar esa emoción; era tímido y reservado. Estuvo con nosotros el verano siguiente; se ganó mi simpatía en seguida; era amable conmigo, tomándome siempre en serio y le cobré mucho afecto. También a Marie le cayó bien. Así que hablábamos mucho de «*Monsieur blond*» entre nosotras.

—No me parece que estén realmente interesados el uno en el otro, Marie.

—Ah, *mais oui*. Él piensa en Madge muchísimo, y la mira cuando ella no le ve. Ah, *sí, il est bien épris*[25]. Va a resultar un buen matrimonio, es muy juicioso. Dicen que tiene un buen futuro y es *tout a foil un garçon serieux*[26]. Será un excelente marido. Y mademoiselle es alegre, viva, muy graciosa y sonriente. Le conviene un esposo tranquilo y formal y él la apreciará mucho por ser tan diferente.

Al que no le gustaba era a mi padre, pero creo que ocurre igual con todos los padres de muchachas simpáticas y alegres. Las madres sienten lo mismo respecto a las esposas de sus hijos. Como mi hermano no llegó a casarse, mi madre no lo experimentó.

Debo decir que mamá nunca consideró a los esposos de sus hijas lo suficientemente buenos para ellas, pero pensaba que era más un fallo propio que de ellos.

—Desde luego —decía, no creo que haya ningún hombre lo bastante bueno para mis hijas.

Una de las cosas que más nos alegraba era el teatro local. Todos éramos aficionados al teatro, Madge y Monty iban casi todas las semanas y con frecuencia me dejaban ir con ellos. A medida que crecía, me llevaban con más asiduidad. Nos poníamos siempre en el

patio de butacas, cerca del gallinero (que se consideraba «inculto»), donde se pagaba un chelín. La familia Miller, que se sentaba, unas dos filas delante y tenía otras diez delante de sí, disfrutaba de toda clase de espectáculos teatrales.

No sé si fue la primera obra que vi, pero entre las primeras recuerdo a *Hearts are Trumps*, un vulgar melodrama de la peor clase. Había en él una villana, una malvada mujer llamada Lady Winifred y una bella muchacha a quien habían despojado de su fortuna. Recuerdo disparos de revólver, y la última escena en la que un joven cortó la cuerda con la que escalaba los Alpes y murió para salvar a la joven que amaba, o al hombre del que ésta estaba enamorada. Repasé el hilo narrativo: «Supongo —pensé— que los verdaderamente malos eran espadas (siendo mi padre jugador de cartas, oía hablar mucho de ellas), y los que no eran malos del todo bastos. Creo que Lady Winifred era de los bastos, pues se arrepintió como el hombre que cortó la cuerda y los otros… —me quedé pensativa— "sólo mundanos", —dije con el tono victoriano de desaprobación».

Uno de los sucesos importantes del año eran las regatas de Torquay que se celebraban el último lunes y martes de agosto. Yo comenzaba a ahorrar en mayo. Al decir regatas, no pienso tanto en la competición en sí como en la feria. Madge iba con papá a Haldon Pier para presenciar las regatas y teníamos invitados que se quedaban para el baile de la noche. Papá, mamá y mi hermana iban por la tarde a tomar el té al club náutico y a las diversas actividades relacionadas con la vela. Madge nunca navegaba si lo podía evitar, pues se mareaba. Sin embargo, se interesaba apasionadamente en el yate de nuestros amigos. Había meriendas y fiestas, pero a mí se me excluía de este aspecto social de la fiesta.

La ilusión de mi vida era la feria: el tiovivo con caballitos de largas crines en los que se podía cabalgar sin fin, y la montaña rusa. Dos aparatos emitían música ensordecedora, que se combinaba en una horrible cacofonía. Había, además, toda clase de espectáculo: la Mujer Gorda, madame Arensky que predecía el futuro, la Araña Humana que causaba terror con sólo mirarla, el tiro al blanco en el que Monty y Madge empleaban mucho tiempo y dinero. Además, lanzamientos a los cocos; Monty conseguía muchos y me los llevaba a casa; me encantaban. Yo también tiraba algo a los cocos; el

encargado me permitía acercarme tanto, que alguna vez lograba tirar uno. Entonces los lanzamientos eran auténticos; hoy también, pero los cocos están colocados en una especie de platillo de tal forma que hace falta mucha suerte y fuerza para tirarlos. En aquella época era posible demostrar la puntería; de seis tiros, se atinaba, por lo general, uno; Monty tiró cinco una vez.

Las anillas los muñecos de Kewpie, las ruletas y todas esas cosas no habían llegado todavía. Lo que más me gustaba eran los monos de penique, manitas de pelusa con un alfiler grande que se ponían en la solapa. Todos los años compraba seis u ocho, para aumentar la colección: rosa, verde, marrón, rojo, amarillo. A medida que pasaban lo años, resultaba más difícil conseguir uno de un color o modelo nuevos.

Había también un famoso turrón que no se veía más que en la feria. Detrás de una mesa, un hombre partía trozos de un enorme bloque blanco y rosa que tenía delante. Gritaba, ofreciéndolos en subasta.

—Vamos a ver, amigos, seis peniques por este magnífico pedazo.

Bueno, querida, pártelo en dos. A ver ahora, ¿quién lo quiere por cuatro peniques?

Tenía paquetes preparados de dos peniques, pero lo divertido era participar en la subasta.

—¿Cuánto para la señorita? Muy bien, aquí tiene dos peniques y medio.

Los peces dorados no llegaron hasta que yo había cumplido los doce años; causaron mucha emoción. Todo el mostrador estaba cubierto de peceras con un pez. Había que introducir en ellas una bola de ping pong y el que lo conseguía, se llevaba el pez. Como con los cocos, al principio era bastante fácil. La primera vez que aparecieron conseguimos once entre todos y los llevamos orgullosos al estanque. Pero pronto subió el precio de la bola de uno a seis peniques.

Por la noche había fuegos de artificio. Como no los podíamos ver desde casa, a excepción de las tracas que se elevaban más, pasábamos la velada con unos amigos que vivían junto a la bahía. A las nueve tomábamos algo en el jardín: limonada, helados, bizcochos. Estas tertulias son otra de las delicias de aquellos días que echo de menos. Las anteriores a 1914 eran dignas de

recordarse. Las mujeres se vestían de punta en blanco, con zapatos de tacón alto, blusa de muselina con faja azul y grandes sombreros de paja adornados con rosas. Se ofrecían ricos helados de fresa, vainilla, pistacho, naranja y frambuesa con toda clase de pasteles de crema, bocadillos, petifús, melocotones, uvas de moscatel, albérchigos, etc. Deduzco que se celebraban en agosto, pues no recuerdo que hubieran fresas ni crema.

Había que tomarse alguna molestia para asistir, claro. Los que no tenían coche, alquilaban uno para las personas mayores o enfermas, pero los jóvenes hacían a pie una milla y media o dos desde donde vivían; algunos tenían la suerte de estar cerca, pero otros no lo estaban pues la ciudad se eleva sobre siete colinas. No cabe duda de que subir las cuestas con zapatos de tacón alto, recogiendo la larga falda con la mano izquierda y llevando la sombrilla en la derecha, era una verdadera prueba. Pero valía la pena.

Mi padre murió cuando yo tenía once años. Su salud se había ido deteriorando lentamente, sin que nadie diagnosticara con exactitud la enfermedad. Sin lugar a dudas, las constantes preocupaciones financieras minaron su resistencia y le acarrearon una enfermedad de no sé qué tipo.

Había estado en Ealing una semana con su madrastra, y visitado a varios amigos de Londres para ver si le buscaban un trabajo, cosa nada fácil entonces. Había que ser abogado o doctor, o administrar una hacienda, pertenecer a algún sector administrativo o ser fiscal; en cambio el gran mundo de los negocios no ofrecía lo que se espera hoy de él. Existían grandes entidades bancarias como la Pierpont Morgan y otras donde mi padre tenía amigos, pero todos eran profesionales, claro está; había que pertenecer a una de ellas y haber estado toda la vida trabajando allí, o si no, todo era inútil. Mi padre, como la mayoría de sus contemporáneos, carecía de preparación. Desempeñaba una gran labor de caridad y otras funciones que ahora le harían acreedor a un salario, pero entonces era distinto. Su situación financiera le dejaba perplejo, como les pasó a sus albaceas cuando murió. ¿A dónde había ido a parar el capital del abuelo? Mi padre había vivido bien, conforme a las

rentas que creía tener, que constaban en el papel, pero que nunca fueron reales; siempre había alguna explicación para mostrar que el fallo era transitorio, que bastaban algunos arreglos ligeros.

Seguro que la hacienda fue mal administrada por los depositarios y sus sucesores, pero era demasiado tarde para remediarlo.

Estaba preocupado, hacía mucho frío, pescó un fuerte resfriado que degeneró en neumonía doble. Se requirió la presencia de mi madre en Ealing y la seguimos Madge y yo. Estaba ya muy mal. Mamá no le abandonaba ni de día ni de noche. Teníamos en casa dos enfermeras. Yo vagaba por allí, triste y asustada, rogando por su curación. Se me ha quedado grabada una escena. Era por la tarde. Me encontraba en el descansillo. De pronto se abrió la puerta del cuarto de mis padres. Salió mi madre precipitadamente, llevándose las manos a la cabeza, y corrió a la habitación contigua. Salió una enfermera y se dirigió a la abuelita, que estaba subiendo por la escalera: «Se acabó». Entonces comprendí que había muerto.

Los niños no asistían a los funerales, por supuesto. Vagué por la casa en un estado de extraña turbación. Había ocurrido algo terrible, que nunca había imaginado que sucedería. Bajaron las persianas y encendieron las lámparas. En el comedor, sentada en su gran silla, la abuela escribía cartas interminables con su estilo peculiar. De vez en cuando, meneaba la cabeza con tristeza.

Hasta que se levantó para ir al funeral, mi madre permaneció echada en su cuarto sin probar bocado durante dos días, según oí contar a Hannah, a quien recuerdo con gratitud. La buena viejecita de rostro afilado y arrugado, me invitó a ir con ella a la cocina, diciéndome que necesitaba que le echaran una mano para amasar la pasta.

—Se querían muchísimo —repetía una y otra vez—, era un buen matrimonio.

Sí, lo era. Entre algunas cosas viejas, he hallado una carta que escribió mi padre a mi madre, sólo tres o cuatro días antes de morir. Decía cuánto anhelaba volver a Torquay, que no había conseguido arreglar nada en Londres, pero que sentía que lo iba a olvidar todo cuando estuviera otra vez con su amadísima Clara. Decía además que, aunque ya se lo había repetido muchas veces, quería decirle de nuevo cuánto representaba para él: «Has transformado mi vida.

Ningún hombre ha tenido una esposa como tú. Cada año que pasa, te amo más. Te agradezco tu afecto, tu amor y tu comprensión. Que Dios te bendiga, amada mía; pronto estaremos juntos de nuevo».

La encontré en un billetero recamado; el que le había bordado mi madre siendo una niña y enviado a Estados Unidos. Lo había conservado, y guardado dentro dos poesías que le dedicó ella, a las que mi madre unió la carta.

La casa de Ealing presentaba un aspecto horrible aquellos días. Estaba llena de parientes que cuchicheaban; la abuelita, los tíos y sus consortes, las tías postizas, los íntimos de la abuelita; todos susurraban suspiraban, sacudían la cabeza y vestían de luto riguroso como yo. Debo decir que mi único consuelo era el vestido negro; con él me sentía importante, indispensable, tenida muy en cuenta.

Oí susurrar:

—Realmente, Clara tiene que sobreponerse.

De vez en cuando la abuelita le decía:

—¿No quieres leer esta carta que he recibido de la señora X o de la señora Y? Es un pésame tan bonito que te conmoverá. Mi madre respondía con fiereza:

—No quiero verla.

Abría sus propias cartas, pero las dejaba de lado casi de inmediato. Sólo una le mereció otro trato.

—¿Es de Cassie? —preguntó la abuela.

—Si tía, es de Cassie —dijo doblándola y poniéndola en el bolso —. Ella me entiende —añadió y salió de la habitación.

Cassie era mi madrina norteamericana, la señora Sullivan, La había visto probablemente siendo muy pequeña, pero sólo la recuerdo de cuando vino a Londres un año y medio más tarde. Era una persona fantástica: pequeña, con el rostro más jovial y más dulce que se pueda imaginar, llena de vitalidad y de gozo aunque su vida había sido tristísima. Había tenido dos hijos encantadores que quedaron huérfanos de padre cuando éste era joven, y que murieron de parálisis.

—Alguna niñera los dejaría sentarse en la hierba mojada —decía mi abuela.

Supongo que en realidad sería poliomielitis, pues no se conocía entonces sino por el nombre de fiebre romántica, resultado de la humedad y que terminaba en parálisis. De cualquier modo, sus dos

hijos habían muerto. Uno de sus sobrinos mayores que vivía con ella, también había sufrido una parálisis y quedado inútil de por vida. Sin embargo, a pesar de tan pérdida y de todo, tía Cassie era alegre, ocurrente y con más comprensión humana que nadie. Era la única persona a quien deseaba ver mi madre en aquellas circunstancias. «Ella me entiende; de nada sirven las palabras bonitas».

Recuerdo que los familiares me tomaban como emisario; alguien, la abuela o una de mis tías, me llamó aparte y me cuchicheó que debía consolar a mamá, que debía entrar a su cuarto y decirle que papá era feliz que estaba en el cielo, que había hallado la paz. Yo estaba dispuesta, era lo que creía, lo que pensaban todos seguramente. Entré algo acobardada con esa sensación vaga que experimentaban los niños cuando están haciendo lo que otros les han dicho que deben hacer y que ellos mismos creen que es justo, pero temerosos de equivocarse, por un motivo u otro desconocidos.

De pronto mi madre se alzó en el lecho con un gesto violento que me hizo saltar hacia atrás de la sorpresa.

—SÍ, lo haría; haría cualquier cosa por hacerle volver, cualquier cosa —gritó con voz grave—. Le obligaría a volver, si pudiera. Quiero que este otra vez conmigo, aquí, ahora, en este mundo.

Me mantuve apartada, algo asustada. Mi madre dijo rápidamente:

—No tengas miedo hija, es que no estoy bien… Gracias por haber venido a verme.

Me besó y marché consolada.

PARTE III. ME ESTOY HACIENDO MAYOR

I

Tras la muerte de mi padre, la vida cobró un color muy distinto. Salí del mundo de la infancia, un mundo de seguridad y despreocupación, para cruzar el umbral de la realidad. Creo que no hay duda de que la estabilidad del hogar procede del cabeza de familia. Todos nos reímos al oír la frase: «Tu padre lo sabe mejor», pero representa una nota muy característica del final de la época victoriana: el padre es la roca en la que se funda el hogar. A papá le gusta comer puntualmente; quiere que toques a cuatro manos con él. Todo se acepta sin rechistar. Es el que procura el alimento, se preocupa de la buena marcha de la casa, te paga las clases de música.

Papá se sentía cada vez más orgulloso y contento en compañía de Madge a medida que crecía. Disfrutaba con su ingenio y con lo atractiva que era; se llevaban muy bien. Pienso que encontraba en ella la jovialidad y el humor que le faltaban a mi madre; pero, en el fondo, tenía una gran debilidad por su hijita, la pequeña Agatha. Teníamos unos versos favoritos:

Agatha-Pagatha, mi gallina negra,
que pone huevos para los señores,
puso seis, puso siete,
y un día puso once.

Mi padre y yo estábamos orgullosos de este chiste.

Nursie, pintada por N.H.J. Baird, en 1895.

No obstante, creo que el preferido era Monty. El amor hacia su hijo era mayor que el que sentía por sus hijas. Mi hermano era un chico cariñoso y quería mucho a mi padre. Por desgracia, le tenía muy preocupado por miedo de que no triunfara en la vida. Le dio una enorme alegría cuando, después de la guerra de Sudáfrica, le asignaron a un regimiento regular, el East Surreys, y fue enviado

directamente desde Sudáfrica a la India. Daba la impresión de que le iban bien las cosas y que se había asentado en la vida militar. En medio de las preocupaciones financieras, al menos el problema de Monty estaba resuelto de momento.

Madge se casó con James Watts nueve meses después de la muerte de mi padre, aunque le costó dejar a mamá, quien los había animado a casarse cuanto antes, sin retrasar más la boda. Decía con razón que le sería más duro separarse de ella a medida que pasara el tiempo y se unieran más estrechamente. El padre de James también lo deseaba. El hijo estaba a punto de dejar Oxford para dedicarse a los negocios, de modo que se sentiría más feliz si se casaba con Madge y se establecían en la casa que iba a construirles en un terreno de su propiedad. Así se decidió.

El albacea norteamericano de mi padre, Auguste Montant, vino de Nueva York y se quedó con nosotros una semana. Era un hombre grande y corpulento, simpático y muy majo; nadie podía haber tratado con más delicadeza a mi madre. Dijo con franqueza que los asuntos de mi padre andaban mal, por haber seguido malos consejos de abogados y otras personas que simulaban buscar su bien. Había malgastado mucho dinero tratando de mejorar la propiedad de Nueva York con medidas desacertadas. Era mejor abandonar una buena parte de la propiedad para verse libre de los impuestos. La renta que quedaría, sería muy pequeña. La gran hacienda del abuelo se había esfumado. H. B. Chaflin y Co., la compañía de la que había sido socio, seguiría pasando una pensión a la abuelita por ser viuda de un socio, y también cierta cantidad no muy grande a mi madre; los tres hijos, conforme al testamento de mi abuelo, recibiríamos cien libras anuales. El resto de la vasta cantidad de dólares que nos correspondían se había perdido o malgastado.

Lo primero era pensar si podíamos seguir viviendo en Ashfield. Creo que en esto el juicio de mi madre fue mejor que el de los demás. No quiso quedarse allí. La casa necesitaba reparaciones que era difícil afrontar con una pequeña renta, aunque no imposible. Era mejor venderla y comprar otra más pequeña en alguna parte del condado de Devon, tal vez cerca de Exeter; él mantenimiento costaría menos y se añadiría a la renta cierta cantidad por el cambio. Aunque no entendía de negocios, tenía sentido común.

Pero en este punto tropezó con la oposición de sus hijos. Tanto Madge como yo y mi hermano, que escribió desde la India, protestamos violentamente contra la idea de vender Ashfield y suplicamos que la conservara. Decíamos que era nuestro hogar y que no soportábamos la idea de separamos de él. El esposo de Magde añadió que ayudaría un poco a aumentar los ingresos, y que si pasaban allí los veranos colaborarían con los gastos. Finalmente, conmovida por mi apasionado amor a la casa, mamá cedió, diciendo que ya se vería en cada momento cómo tirar adelante.

Sospecho que nunca le había gustado mucho vivir en Torquay. Le gustaban más las ciudades que tenían catedral, especialmente Exeter. A veces, para complacerla, mi padre la acompañaba en una gira para visitar las ciudades catedralicias, y creo que de siempre acariciaba la idea de vivir en una casa mucho más pequeña, cerca de Exeter. Pero era desprendida y le gustaba Ashfield, de modo que éste siguió siendo nuestro hogar y yo sigo adorándolo.

Comprendo ahora que no fue un acierto conservarla. Podíamos haberla vendido y comprado otra más fácil de mantener. Pero, aunque mi madre lo comprendió así entonces y tuvo que admitirlo más aún después, creo que estaba contenta con la decisión, pues Ashfield significaba mucho par mí: mi entorno, mi cobijo, el lugar al que realmente pertenecía. Jamás he sufrido por falta de raíces. A pesar de que posiblemente fue una locura conservarla, me dio algo que estimo mucho, un tesoro de recuerdos. Me ha causado también un montón de jaleos, preocupaciones, gastos y dificultades, pero ya se sabe que hay que pagar por todo lo que uno ama.

Mi padre murió en noviembre y la boda de mi hermana se celebró en setiembre del año siguiente. Fue sencilla, sin bullicio ni recepción, debido al luto. Resultó muy bonita y tuvo lugar en la iglesia vieja de Tor. Como fui la primera dama de la novia, me sentí muy importante y disfruté de lo lindo. Todas las damas de la novia íbamos vestidas de blanco con coronas de flores blancas en la cabeza.

Se casaron a las once de la mañana y el banquete fue en Ashfield. La pareja, se vio agasajada, no sólo con muchísimos regalos preciosos, sino también con todas las diabluras que pudimos idear mi primo Gerald y yo. Llenamos de arroz toda la ropa que llevaban para la luna de miel. Atamos varios zapatos a la carroza en

la que partieron y, a pesar de la vigilancia, logramos escribir con tiza en la parte de atrás, lo siguiente: «Señora de Jimmy Watts es un nombre de primera categoría». Así salieron para Italia.

Mi madre se retiró a su cuarto exhausta y llorosa, y los señores Watts a su hotel —seguramente la señora Watts también lloró—. A todas las madres les ocurre lo mismo en las bodas. Los jóvenes Watts, mi primo Gerald y yo nos quedamos mirándonos con la desconfianza de los perros que se desconocen, tratando, de decidir si caernos bien o mal. Al principio, había mucho antagonismo entre Nan Watts y yo; desgraciadamente, pero según la costumbre de la época, ambas habíamos tenido que aguantar los elogios de nuestras respectivas familias acerca de la otra. A ella, que era muy alegre, bulliciosa y revoltosa, le habían repetido lo bien que se portaba siempre Agatha «tan silenciosa y educada». Mientras tanto, a mí me habían comentado que Nan «nunca se mostraba tímida, siempre respondía a lo que le preguntaban, no se ponía colorada, ni hablaba entre dientes ni permanecía callada». Por eso nos miramos con una buena dosis de enemistad.

Transcurrió una media hora muy pesada y luego las cosas comenzaron a animarse. Terminamos organizando una especie de carrera de obstáculos por la clase, saltando como locas desde un montón de sillas para aterrizar siempre sobre un sofá grande y algo viejo. Reíamos, gritábamos, chillábamos y lo pasamos estupendamente. Nan cambió su opinión sobre mí, pues, en vez de estar silenciosa, gritaba con todas mis fuerzas. Yo rechacé la idea de que fuera pretenciosa, parlanchina y familiarizada con los adultos. Nos divertimos la mar, simpatizamos y rompimos los muelles del sofá. Luego merendamos y fuimos al teatro a ver *The Pirates of Penzance*. Desde entonces no cesó nuestra amistad, que siguió intermitentemente durante toda la vida. La descuidábamos alguna vez y la reanudábamos de nuevo, como si hubiéramos estado siempre juntas. Nan es una de las amigas que más echo en falta. Con ella, como con pocos, podía hablar de Abney y Ashfield y de los viejos tiempos, de los perros, de las travesuras que hicimos, de nuestros novios y de las representaciones que montábamos.

Cuando se marchó Madge, comenzó la segunda etapa de mi vida. Era una cría aún, pero había terminado la primera fase de la niñez. La intensidad del gozo, la desesperación del dolor, la

tremenda importancia de cada día: ésas, son las notas de la niñez, acompañadas por la seguridad y la falta completa de preocupación por el mañana. Ya no éramos los Miller, una familia, sino sólo dos persona que vivían juntas: una mujer de mediana edad y una inexperta e ingenua niña. Las cosa parecían iguales, pero el clima era muy diferente.

Desde la muerte de mi padre, mamá sufría de ataques al corazón. Llegaron sin previo aviso y de nada valieron las medicinas. Supe por primera vez lo que era preocuparse por otras personas, sin dejar de ser una niña, de forma que mi ansiedad era exagerada. Me solía despertar de noche con el corazón latiéndome fuertemente, segura de que mi madre estaba muerta. Los doce o trece años es la edad natural de la ansiedad. Sabía que me estaba comportando como una tonta y consintiendo sentimientos exagerados, pero no podía remediarlo. Me levantaba, me arrastraba por el corredor, me arrodillaba junto a la puerta del cuarto de mi madre y apoyaba la cabeza en el dintel para oír su respiración. Con mucha frecuencia, un ronquido de bienvenida me tranquilizaba inmediatamente. Roncaba con un estilo especial: comenzaba casi de forma imperceptible, *pianissimo*, y aumentaba hasta una terrible explosión, después de la cual se daba media vuelta y no volvía a roncar, al menos, por unos tres cuartos de hora.

Así pues, si oía un ronquido, volvía a la cama muy contenta y me quedaba dormida; pero si no, permanecía agachada, muerta de aprensión. Lo normal hubiera sido abrir la puerta y cerciorarme de que todo iba bien, pero no se me ocurrió o quizá mi madre la cerraba con llave por la noche.

No le conté estos terribles ataques de ansiedad ni creo que los adivinara. Cuando se iba a la ciudad, temía que la atropellaran. Ahora todo esto me parece estúpido e inútil. Gradualmente fue desapareciendo: duró un año o dos. Después dormí en la alcoba de mi padre, no en el dormitorio, dejando la puerta entreabierta para entrar con facilidad si le daba un ataque durante la noche, levantar su cabeza, darle brandy y acercarle sales aromáticas. Cuando me veía cerca de ella, desaparecía mi ansiedad. Probablemente tenía la imaginación muy calenturienta. Me ha sido muy útil en mi profesión, pues es quizá la base del talento novelístico, pero hace pasar muy malos ratos.

Nuestra forma de vivir cambió con la muerte de mi padre. Cesaron casi por completo las actividades sociales. Mi madre se relacionaba con pocas amistades. Andábamos muy mal económicamente y había que ahorrar todos los días; era lo único que podíamos hacer para conservar Ashfield. Cesaron los banquetes y las fiestas; nos quedamos sólo con dos sirvientes en vez de tres. Mi madre le dijo a Jane que estábamos pasando grandes apuros y que nos apañaríamos con dos criadas que pidieran poco; que ella, con lo bien que cocinaba, podía y debía ganar un buen salario; que le buscaría un sitio donde se lo pagaran y donde tuviera una ayudante pues se lo merecía. Jane no manifestó ninguna emoción. Asintió con un lento movimiento de cabeza y luego dijo:

—Muy bien, señora, como usted diga. Usted sabe lo que hace. Pero al día siguiente se presentó de nuevo.

Quisiera decide una cosa, señora. He reflexionado y estoy dispuesta a recibir un salario más bajo. He permanecido aquí muchísimo tiempo y mi hermano insiste en que vaya con él para hacerme cargo de la casa; le he prometido ir cuando se jubile, que será dentro de unos cuatro o cinco años. Hasta que llegue ese momento, me gustaría quedarme aquí.

—¡Qué buena eres! —dijo mi madre emocionada.

Jane, a quien le horrorizaban las emociones, dijo:

—Es lo mejor —y salió majestuosamente del cuarto.

Sólo había un inconveniente. Después de tantos años cocinando de una forma determinada, no podía dejar su estilo. Si nos daba un plato combinado, tenía que ser un enorme asado; nos ponía en la mesa filetes colosales, tartas enormes, flanes pantagruélicos. Mi madre decía: «Sólo lo suficiente para dos, Jane», o «Sólo lo suficiente para cuatro», pero no lo entendía. Su hospitalidad suponía un gasto tremendo para la casa; todos los días llegaban a tomar el té siete u ocho amigas que comían pastas, rosquillas, pastelillos, bizcochos y tartas de mermelada. Por fin, viendo con desesperación que las cuentas subían, mi madre le dijo amablemente que las cosas habían cambiado y que las invitara una vez a la semana; de esa forma se evitarían las sobras en caso de que cocinara mucho y la gente no acudiera. Desde entonces daba la recepción los miércoles.

Nuestras comidas cambiaron mucho. Se suprimieron las cenas;

por la noche tomábamos macarrones, arroz o algo así, lo que entristeció mucho a Jane. Además, poco a poco, mi madre logró controlar los pedidos, hasta entonces en manos de la cocinera. Recuerdo que a un amigo de mi padre le encantaba oír a Jane hacerlos por teléfono con su voz grave de Devonshire:

—Y quiero seis langostas, no langostinos, ¿eh?, y camarones, no menos de…

Era una frase clásica de la familia, «no menos de»; la usaba también una cocinera que tuvimos más tarde, la señora Rotter. ¡Qué espléndidos días para los comerciantes!

—Pero siempre he ordenado doce filetes de solomillo, señora decía Jane con aire afligido.

No le entraba en la cabeza que no hubiera suficientes bocas para comerlos ni contando las dos de la cocina.

Apenas me daba cuenta de ninguno de estos cambios. El lujo y el ahorro significan poco cuando se es niño. Si se compra un pirulí en lugar de un bombón, la diferencia no es notable. Siempre había preferido la caballa al lenguado, y el romero, con la cola en la boca, me parecía muy gracioso.

Mi vida personal no se alteró mucho. Leía muchos libros: seguí con el resto de Henty y comencé a leer a Stanley Weyman (qué novelas históricas más interesantes. Hace unos días volví a leer *The Castle Inn* y me pareció muy buena).

El prisionero de Zenda fue mi primer encuentro con la novela. La leí una y otra vez. Me enamoré perdidamente, no de Rudolph Rassendyll como era de suponer, sino del verdadero rey que estaba prisionero y suspiraba en una mazmorra. Ansiaba socorrerle, liberarle, asegurarle de que yo (Flavia, naturalmente) le amaba a él y no a Rudolph. Leí también todas las novelas de Julio Verne en francés; durante mucho meses, mi preferida fue *Viaje al centro de la Tierra*. Me encantaba el contraste entre el sobrino prudente y el tío presuntuoso. Todos los libros que me llenaban los volvía a leer al cabo de un mes; luego, después de un año, me cansaba y escogía otro favorito.

Tenía también los libros de L. T. Meade para niños, que no le gustaban a mi madre porque decía que las niñas que describía eran ordinarias y no pensaban más que en ser ricas y tener vestidos elegantes. A mí, en secreto; me gustaban, pero con un vago

sentimiento de culpabilidad por tener gustos vulgares. Mamá me leía algunos de Henty, aunque ligeramente exasperada por las prolijas descripciones. Me leyó también *The last days of Bruce*; a las dos nos gusto mucho. Como libro de estudio me dieron *Great Events of History*, del que tenía que leer un capítulo y responder a las preguntas que señalaba al final.

Era muy bueno. Enseñaba los principales hechos acaecidos en Europa y en otros lugares, que se relacionaban con la historia de los reyes de Inglaterra, desde el rey Arturo en adelante. Cuánto me satisfacía que dijera fulano fue un rey malo, con sabor a sentencia bíblica. Me sabía de memoria las fechas de los reyes de Inglaterra y los nombres de sus esposas, lo que no me ha servido para nada.

Todos los días debía aprender la ortografía de páginas enteras de palabras. Supongo que algo me ayudaría, pero, a pesar de todo, aún hago muchas faltas.

Mis placeres principales eran la música y otras actividades en las que me introdujo la familia Huxley. El doctor Huxley tenía una mujer inteligente y cinco hijos: Mildred, Sybil, Muriel, Phyllis y Enid. Yo estaba entre Muriel y Phyllis; la primera se hizo muy amiga mía. Era de cara alargada con hoyitos en las mejillas, cosa rara en este tipo de rostro, de cabello dorado claro y se reía continuamente. Las conocí en la clase de canto semanal. Unas diez niñas cantaban música polifónica y oratorios bajo la dirección del maestro Mr. Crow; había también una «orquesta»: Muriel y yo tocábamos la mandolina, Sybil y una niña llamada Connie Stevens el violín, y Mildred el violoncelo.

Recordando aquello, pienso que los Huxley formaban una familia muy emprendedora. Las viejas gruñonas de Torquay miraban con un poco de recelo a «esas chicas de los Huxley», sobre todo porque tenían la costumbre de pasearse por la Playa, que era el centro comercial de la ciudad, entre las doce y la una; delante iban tres cogidas del brazo, seguidas por las otras dos más la institutriz; hacían gestos, iban de un lado para otro, se reían y bromeaban y, pecado mortal, no llevaban guantes. Todo esto constituía entonces un delito social; sin embargo, como el doctor Huxley era con mucho el médico más en boga y su mujer estaba bien relacionada, se las aceptaba en sociedad.

El modelo social era curioso y algo cursi, aunque se despreciaba

cierto tipo de cursilería: la gente se reía de los que no hacían más que hablar de la aristocracia. Durante el ciclo de mi vida se han sucedido tres fases distintas; en la primera se preguntaba: «¿Quién se habrá creído que es? ¿A qué familia pertenece? ¿Es una de los Yorkshire Twiddledos? Desde luego andan muy mal, pero ella es una Wilmot». Más adelante se comentaba en cambio: «Sí, es, verdad que son terribles, pero son muy ricos. ¿Son los que han proporcionado el dinero a los Larches? Ah, entonces conviene que vayamos a hacerles una visita». La tercera fase: «Bueno, querida, pero ¿son entretenidos?» «Sí, es verdad que no nadan en la abundancia y nadie sabe de dónde han salido, pero son muy entretenidos». Tras este paréntesis sobre la vida social, conviene que vuelva a la orquesta.

No sé si sólo hacíamos ruido; es probable. De cualquier forma, nos divertíamos mucho y aumentaban nuestros conocimientos musicales. Nos llevó nada menos que a representar obras de Gilbert y Sullivan.

Las Huxley y sus amigas ya habían representado *Patience*, antes de que yo me uniera a ellas. El siguiente espectáculo en vistas era *The Yeomen of the Guard*, un proyecto algo ambicioso. De hecho me asombra que sus padres no las desanimaran. Pero su madre era un modelo de condescendencia, algo admirable, pues no abundaba entre los padres. Animaba a sus hijas a montar lo que se les antojaba. La representamos según lo programado. Yo, qué tenía buena voz, era la única soprano, y me sentí en el séptimo cielo cuando me escogieron para hacer de coronel Fairfax. Tuve alguna dificultad con mi madre, que estaba algo anticuada sobre lo que las chicas podían o no podían llevar en las piernas cuando aparecían en público. Las piernas eran piernas, algo decididamente indecoroso. Pensaba que exhibirme en calzón o algo semejante era poco decente. Creo que tenía unos trece o catorce años y medía ya 1,60. Por desgracia, aún no tenía el busto que había soñado en Cauterets. Si se hubiera tratado de un uniforme de alabardero, aunque llevaba unos calzones anchísimos, no habría importado, pero un caballero isabelino presentaba mayores dificultades. Ahora me parece una tontería, pero entonces era un problema serio. Lo resolvió mi madre diciendo que estaba bien, pero que me pusiera un manto sobre los hombros. Así que nos apañamos para preparar una capa con una

pieza de terciopelo azul turquesa que pertenecía a la abuelita (sus piezas estaban guardadas en diversos baúles y armarios; tenía toda clase de género bueno y bonito, de retales que había comprado en rebajas durante los últimos veinticinco años y que había olvidado). No es tan fácil actuar con un manto colgado de un hombro y echado sobre el otro, de forma que los espectadores no te vean las piernas.

No, sentí miedo en el escenario. Es bastante extraño que una persona tan tímida como yo, que con frecuencia no se atreve a entrar en una tienda y que suda de nerviosismo antes de llegar a una tertulia numerosa, nunca me pusiera nerviosa al cantar. Más tarde, cuando estudiaba piano y canto en París, temblaba como una hoja cuando tenía que tocar en el concierto del colegio; en cambio me desaparecían totalmente los nervios cuando cantaba. ¿Se debería al entrenamiento temprano en «¿Es la vida un favor?» y en el resto del repertorio del coronel Fairfax? No cabe duda de que *The Yeomen of the Guard* ha sido uno de los acontecimientos importantes de mi vida, probablemente porque no hicimos más óperas; una experiencia en que se ha disfrutado de verdad, no debería repetirse nunca.

Es curioso que, mientras se recuerda cómo ocurrieron las cosas, nunca se sabe cómo o por qué desaparecieron o se detuvieron. No tengo presente ningún otro encuentro con las Huxley, sin embargo estoy segura de que no se Interrumpió nuestra amistad. Por algún motivo, nos veíamos a diario; luego me encontré escribiendo a Lully a Escocia. ¿Se fue su padre a ejercer a otro sitio o se jubiló? No recuerdo ninguna despedida. Me acuerdo, sin embargo, de que los términos de la amistad de Lully eran bien definidos.

—No puedes ser mi mejor amiga —me explicaba—, porque están las niñas escocesas, las McCrackers, que siempre lo han sido. Mi favorita es Brenda y la de Phyllis; Janet; pero puedes ser mi segunda mejor amiga.

Me contenté y las cosas marchaban muy bien, pues la escocesa no se dejaba ver más que cada dos años.

II

Hacia el mes de marzo mi madre comentó que Madge esperaba un hijo. Me quedé mirándola sin poder hablar.

—¿Madge va a tener un *hijo*?

No sé por qué me parecía raro, si sucedía a diario a nuestro alrededor; pero todo resulta sorprendente cuando ocurre en la propia familia. Había aceptado con entusiasmo a James, o Jimmy como le solía llamar, y le tenía cariño. Pero ahora se trataba de algo muy distinto. Como me sucedía con frecuencia, pasó un poco de tiempo antes de que me recobrara. Me quedé con la boca abierta dos minutos o más, luego dije:

—Oh, *qué fantástico*. ¿Cuándo será? ¿La próxima semana?

—No tan pronto —dijo mi madre. Será en octubre.

¡Octubre! Qué desilusión. Esperar tanto… No sé con exactitud qué idea tenía del sexo a mis doce o trece años, pero creo que ya no aceptaba las teorías sobre los doctores o los visitantes celestiales con alas. Me había dado cuenta ya de que era un proceso físico, pero sin sentir mayor curiosidad o excesivo interés. No obstante, había hecho algunas deducciones. La *criatura* estaba primero dentro del vientre y luego fuera. Reflexioné sobre el mecanismo y me centré en el ombligo. No entendía para qué servía aquel agujero redondo en medio del estómago; no podía ser para otra cosa, así que algo tendría que ver con el nacimiento del bebé. Años más tarde, mi hermana me dijo que había tenido unas ideas muy definidas: el ombligo era una cerradura, cuya llave tenía guardada la madre y se la daba al esposo, quien la abría en la noche de bodas. Era una teoría tan sensata, que no me maravilla que me aferrara a ella con firmeza.

Me fui al jardín y rumié la idea por mucho tiempo. Madge iba a

tener un niño. Era maravilloso y cuanto más lo pensaba, más lo aprobaba. Me iba a convertir en tía; eso me hacía una persona mayor e importante. Le compraría juguetes, le dejaría jugar con mi casa de muñecas y evitaría que mi gatito le arañara sin querer.

Al cabo de una semana aproximadamente, lo olvidé, absorta en los acontecimientos de la vida diaria. Faltaba mucho tiempo para octubre.

En agosto, mi madre recibió un telegrama que la hizo marchar.

Dijo que tenía que quedarse con mi hermana en Cheshire. Por aquel entonces estaba con nosotras la tía-abuela. No me sorprendió mucho su partida y no busqué ninguna explicación, pues todo lo hacía de improviso sin una aparente previsión o preparación. Recuerdo que estaba en el jardín, en la pista de tenis, mirando a los perales con la esperanza de encontrar una pera madura, cuando salió a buscarme Alice.

—Ya es casi la hora de comer; debe entrar, señorita Agatha. Le aguarda una noticia.

—¿En serio? ¿Qué noticia? —Tiene un sobrinito— dijo ella.

—¿Un sobrino? Si no lo esperaba hasta octubre.

—Sí, pero las cosas no salen siempre como una quiere —contestó.

Entré y me encontré a la abuela en la cocina con un telegrama en la mano. La bombardeé a preguntas. ¿Cómo era el niño? ¿Por qué había llegado ahora y no en octubre? Respondía a mis preguntas, defendiéndose con el tan conocido arte de los victorianos. Creo que cuando entré, estaba en plena conversación ginecológica con Jane, pues bajaron la voz y susurraron algo así como: «El otro doctor decía que el embarazo seguiría quizá su curso, pero el especialista se mantuvo firme». Todo era misterioso e interesante. Mi mente se centró por completo en mí sobrino. Mientras la abuela limpiaba un hueso de cordero, dije:

—Pero ¿cómo es? ¿De qué color tiene el pelo?

—Probablemente es calvo. Al principio no tienen pelo.

—Calvo —repetí desilusionada—. ¿Tendrá la cara muy colorada?

—Casi seguro.

—¿Es grande?

Se quedó pensativa, dejó de raspar y midió en el cuchillo.

—Así —dijo con la certeza del que está enterado.

Me parecía que era algo pequeño. De todas formas me produjo tal impresión que si un psiquiatra me hubiera hecho una pregunta asociativa dándome por clave la palabra «niño», habría respondido de inmediato con la palabra «cuchillo». Me pregunto qué clase de complejo freudiano habría descubierto en esa respuesta.

Estaba encantada con mi sobrino. Madge lo trajo a Ashfield un mes más tarde y cuando cumplió dos meses fue bautizado en la iglesia vieja de Tor. Como la madrina, Norah Hewitt, no pudo llegar, la sustituí yo, cogiendo al niño en brazos. Junto a la pila me sentía una persona importante, mientras mi hermana no se despegaba de mí por miedo de que le dejara caer. Mr. Jacob, nuestro vicario, al que conocía bien porque me estaba preparando par la confirmación, tenía buena mano para los niños que bautizaba, echando y quitando el agua sobre su frente con todo cuidado y meciéndolos suavemente para que no lloraran. Le pusieron James Watts como su padre y su abuelo, y en la familia le llamaríamos Jack. Tenía ganas de que creciera y pudiera jugar conmigo, pues su ocupación principal era entonces la de dormir.

Era estupendo que Madge se quedara con nosotras mucho tiempo. Contaba con ella para que me relatara cuentos y me entretuviera. Me contó mí primera historia de Sherlock Holmes *El carbunclo azul*, y desde entonces no la dejé en paz para que me contara otras. Aunque me gustaban todas, mis preferidas eran *El carbunclo azul, La liga de los pelirrojos* y *Las cinco semillas de naranja*. Narraba estupendamente.

Antes de casarse, había escrito varios cuentos; muchos de los cuales fueron aceptados por Vanity Fair, lo que se consideraba un buen logro literario, y mi padre se puso muy orgulloso. Escribió una serie de narraciones sobre el deporte: *The Sixth Ball of the Over, A Rub of the Creen, Cassie plays Croquet* y otras llenas de gracia y de ingenio. Las volví a leer hace unos veinte años y me quedé impresionada por lo bien que escribía. No, sé si habría escrito más si no se hubiera casado, pero, de cualquier forma, creo que hubiera preferido dedicarse a la pintura. Era de esa clase de personas que pueden hacer casi todo lo que se proponen. No recuerdo que escribiera cuentos después de casarse, pero unos diez o quince años después se convirtió en autora teatral. *The Claimant* fue

representada por Basil Dean del Royal Theatre con los actores Leon Quartermayne y Fay Compton. Escribió luego una o dos obras más que no se representaron en Londres. Era también una buena actriz aficionada y actuó con la Manchester Amateur Dramatic. No cabe duda, era la más dotada de la familia.

Yo no tenía ambición personal. Sabía que no destacaba en nada. Me gustaba jugar al tenis y al croquet, pero lo hacía mal. Habría sido mucho más interesante decir que anhelaba ser escritora, decidida a triunfar algún día, pero sinceramente nunca se me ocurrió tal idea. Sin embargo, a los once años ya había publicado algo. Coincidió con la llegada de los tranvías a Ealing. Provocaron una tremenda oposición. ¡Qué desastre para una zona residencial tan maravillosa, con calles anchas y casas tan bonitas, tener tranvías que daban campanillazos arriba y abajo! Se vociferó contra la palabra progreso. Todo el mundo escribía a la prensa, a los parlamentarios, lo primero que se les ocurría. Los tranvías armaban mucho ruido; seguro que perjudicarían a nuestra salud. Existía un excelente servicio de autobuses rojos que llevaban escrito el nombre de la ciudad en grandes caracteres e iban de Ealing Broadway a Shepherds Bush; y otro autobús muy útil, aunque de apariencia más humilde, que hacía el recorrido de Hanwell a Acton. Además, el bueno aunque anticuado Great Western Railway, para no mencionar al District Railway.

No necesitábamos tranvías, pero llegaron inexorablemente. Hubo llanto y crujir de dientes y Agatha vio publicado su primer esfuerzo literario, una poesía que escribí el primer día que circularon. Tenía cuatro estrofas. Uno de los caballeretes de la abuelita, de aquel galante cuerpo de generales, tenientes coroneles y almirantes, se dejó convencer de que fuera a los oficinas del periódico local a pedir que lo publicaran. Así fue y todavía lo recuerdo, al menos esta estrofa:

Cuando pasó el primer tranvía,
luciendo de esplendor,
¡qué bien!, pero al concluir, el día,
otro era el cantar, señor.

Después me mofaba de una «zapata que aprieta» (había ocurrido

un fallo eléctrico en una «zapata» o lo que fuera, que llevaba electricidad a los tranvías, de modo que, después de funcionar durante algunas horas, se pararon). Me alegró mucho verme en la prensa, pero no puedo decir que me inclinara a la carrera literaria.

En realidad, lo único que anhelaba era un matrimonio feliz. De eso estaba segura, como todas mis amigas. Presentíamos la felicidad que nos aguardaba; ansiábamos amar, ser protegidas, queridas y admiradas, sin tener que variar nuestras costumbres, pero anteponiendo vida, profesión y éxito de nuestro marido, como era nuestro deber. No necesitábamos píldoras ni sedantes, teníamos esperanza y disfrutábamos de la vida. Había desilusiones y momentos de tristeza, pero, en conjunto, la vida era divertida. Tal vez lo sea también para las chicas de hoy día, aunque no lo parece. Sin embargo, quizá disfruten con la melancolía; hay quien lo hace. Tal vez gocen con las crisis emocionales que las asaltan continuamente; puede que, incluso, saboreen la angustia tan frecuente en la actualidad. Mis coetáneas pasaban con frecuencias grandes apuros económicos y no tenían ni la cuarta parte de lo que deseaban. ¿Por qué, pues, disfrutábamos tanto? ¿Era una especie de savia que ha dejado de circular? ¿La hemos estrangulado o secado con la educación o, peor, con la angustia sobre la educación, la angustia acerca de lo que espera uno de la vida? Éramos como flores silvestres (hierbas malas tal vez, pero exuberantes) que luchábamos por salir a través de las grietas de los pavimentos, decididas a vivir y gozar plenamente, abriéndonos a la luz del sol hasta que alguien nos pisaba, Aunque doloridas durante algún tiempo, levantábamos pronto la cabeza de nuevo. Hoy en día, desgraciadamente, no tenemos derecho a levantarla. Dicen que existen muchos que «no merecen vivir». Nadie nos habría dicho eso a nosotras, y si lo hubieran hecho no les habríamos creído. Sólo un asesino no lo merece, y hoy es la única persona de la que no se *debe* decir.

Lo más fascinante para una chica, es decir para un embrión de mujer, era que la vida fuese un juego tan maravilloso. ¿Qué pasaría en el futuro? Eso es lo que hacía tan interesante ser mujer. No había que preocuparse por lo que se iba a hacer o ser; decidiría la biología. Esperábamos al hombre que cambiaría nuestra existencia. ¿Qué pasará? «Quizá me case con uno del cuerpo diplomático… me

gustará ir al extranjero y ver tantos, sitios…» O bien: «No me agradaría casarme con un marinero; pasaría mucho tiempo esperándole en las pensiones a orillas del mar…» «Tal vez me case con un ingeniero de puentes o un explorador». Cualquiera podía ser; dependía del destino. Podíamos casarnos con cualquiera, incluso con un borracho y ser muy desgraciadas, pero esa posibilidad no hacía más que avivar la sensación de expectativa. Una no se casaba con una profesión, sino con un hombre; en palabras de antiguas niñeras, nodrizas, cocineras y doncellas: «Un día se presentará el señor Adecuado».

Me acuerdo de cuando, siendo niña, vi cómo Hannah, la cocinera de la abuelita, ayudaba a una de las amigas más guapas de mi madre a vestirse para el baile. Le ataba un corsé muy ajustado.

—A ver, Miss Phyllis —decía Hannah, apoye el pie contra la cama y échese hacia atrás. Voy a tirar. Contenga la respiración.

—Oh, Hannah, no lo soporto, no lo soporto, en serio. No puedo *respirar*.

—No tenga miedo, querida, puede respirar perfectamente. No podrá comer demasiado, y eso es bueno, pues las señoritas no deben comer mucho, no es decoroso. Tiene que comportarse como una joven dama. Está bien. Voy a tomar el metro. A ver… cuarenta y siete y medio. Podría bajar a cuarenta y siete…

—Cuarenta y siete y medio está bien —suspiraba la atormentada.

—Luego se alegrará. Suponga que ésta sea la noche en que llega el señor Adecuado. No le gustaría tener una cintura ancha, ¿verdad, señorita?

A veces se aludía a él en forma más elegante llamándole Tu Destino.

—No sé si tengo muchas ganas de ir.

—Sí que las tiene, querida. Piense que puede encontrarse con Tu Destino.

Y, por supuesto, eso es lo que ocurre efectivamente. Las chicas van, queriendo o sin querer, a un sitio cualquiera y allí está él.

Desde luego, siempre había chicas que no querían casarse, normalmente por una razón doble, para ser monjas o enfermeras en una leprosería o hacer algo grandioso e importante como una inmolación personal. Creo que era casi una fase necesaria. El

ardiente deseo de ser monja es mucho más frecuente entre las protestantes que entre las católicas. En éstas es sin duda más vocacional, pues se reconoce como un estado de vida, mientras que entre las protestantes es el aroma de misterio religioso lo que lo hace apetecible. Ser enfermera se consideraba algo heroico con todo el prestigio dado por Miss Nightingale. Pero el matrimonio era el tema principal y con quién se casaría una era el interrogante de la vida.

Cuando tenía trece o catorce años, me sentía muy avanzada en edad y experiencia. Ya no me sentía protegida por otra persona tenía más bien, mis propios sentimientos protectores: era responsable de mi madre. Comencé también a tratar de conocerme: qué clase de persona era, qué podía intentar con éxito y para qué cosas no estaba hecha y era inútil luchar por conseguirlas. Sabía que no tenía un ingenio rápido; necesitaba tiempo para considerar cuidadosamente un problema antes de decidir cómo tenía que resolverlo.

Empecé a apreciar el tiempo. No hay nada más precioso en la vida. Me parece que la gente lo desaprovecha bastante hoy día. Yo tenía mucho. Fui excesivamente afortunada en la infancia y la juventud, precisamente porque tenía mucho tiempo. Se despierta una por la mañana y, medio dormida aún, se pregunta: ¿qué voy a hacer hoy? Se puede elegir; el día está ahí, delante, y se puede programar a placer. Con esto no quiero decir que no tuviera nada que hacer (deberes los llamábamos), desde luego que sí; había algunos trabajos en casa: unos días había que limpiar los marcos de plata de los retratos, remendar las medias o aprender un capítulo de *Great Events in History*, y otro había que bajar a la ciudad a pagar los recibos de los comerciantes. Cartas y notas que leer y escribir, sistemas de medidas y ejercicios, bordado, etc. Pero podía programar el día como quisiera y decir: «Voy a dejar las medias para esta tarde, por la mañana iré a la ciudad y regresaré por el otro camino para ver si aquel árbol ha florecido ya».

Siempre, al despertar, siento lo que supongo que es natural en todos, la alegría de estar viva. No de una manera consciente, pero ahí estoy, viva; abro los ojos y allí está el nuevo día, un paso más en el viaje hacia desconocido, ese estupendo viaje que es la propia vida que no será quizás estupenda en sí, pero lo es por ser propia. Ése es

uno de los secretos de la existencia: gozar del don de la vida que se ha recibido.

Todos los días no son necesariamente agradables. Después de la primera sensación deliciosa —¡otro día!, ¡qué maravilloso!—, recordamos que tenemos que ir al dentista a las 10.30. Pero la primera sensación al despertar, ya no hay quien nos la quite y nos servirá como un primer impulso muy útil. Claro está que mucho depende del temperamento: se es alegre o melancólico; no creo que se pueda hacer nada en este punto, es algo congénito. Uno está contento hasta que algo le pone triste y otro está melancólico hasta que algo le distrae. Naturalmente, las personas alegres pueden estar tristes, y las tristes alegres; pero si pudiera regalar a un niño que yo quisiera el día de su bautizo, este regalo sería una estructura mental feliz.

Existe la suposición de que el trabajo es algo meritorio. ¿Por qué? En la época primitiva, el hombre iba a cazar animales para alimentarse y sobrevivir. Luego se dedicó a cultivar la tierra, a sembrar y arar por idéntico motivo. Ahora se levanta temprano; toma el autobús de las ocho y cuarto y se pasa el día sentado en la oficina también por la misma razón: para alimentarse, tener un techo sobre la cabeza, y, si es inteligente y tiene suerte, para ir algo más allá y lograr comodidad y diversión.

Es rentable y necesario. Pero ¿por qué meritorio? El viejo adagio de las niñeras solía ser: «El diablo da incluso a las manos ociosas algún desaguisado que hacer». Parece que Georgie Stephenson estaba entregado a la ociosidad cuando observó que la tapadera de la tetera de su madre subía y bajaba. Como no tenía nada que hacer, se puso a reflexionar[27]…

La necesidad no es la madre de la invención, que, en mi opinión, procede directamente del ocio e incluso de la pereza: para evitarse molestias. Ése es el secreto que nos ha llevado, durante centenares de millares de años, de arrancar astillas del sílex a apretar el botón de la lavadora.

La situación de las mujeres ha empeorado con el correr del tiempo; nos hemos comportado como unas tontas. Hemos gritado que nos dejen trabajar como a los hombres, quienes han aceptado de mil amores, pues no son tontos. ¿Por qué sustentar a la esposa? ¿Por qué no se sustenta ella sola? Quiere hacerlo, pues que haga. Es

triste que, después de haber creado nuestra imagen de «sexo débil», nos hayamos colocado al mismo nivel que las mujeres de tribus primitivas que trabajan todo el día en los campos, andan kilómetros en busca de matas secas para hacer fuego y, en los desplazamientos, llevan sobre la cabeza los bártulos de cocina y otros objetos del hogar, mientras el suntuoso y ornamental varón abre la marcha sin más carga que un arma mortal para defenderlas.

Teníais que ver a las de la época victoriana; hacían de los hombres lo que querían. Dejaban bien sentado que eran frágiles, delicadas y sensibles, necesitadas de protección y de mimos. ¿Llevaban una vida miserable, servil, pisoteadas u oprimidas? No es eso lo que yo recuerdo. Me parece que todas las amigas de mis abuelas vivían a sus anchas y lograban hacerlo todo a su manera casi siempre. Eran duras, independientes, cultas y bien informadas.

Hasta admiraban a sus maridos. Pensaban que eran chicos estupendos, fogosos, propensos a descarriarse. En la vida diaria, la mujer se salía con la suya, mientras que, de palabra, tributaba homenaje a la superioridad masculina para que él no se sintiera humillado.

«Tu padre sabe lo mejor» era la fórmula pública. Pero la actitud real en privado era diferente: «Estoy segura de que tienes toda la razón, John, pero no sé si has considerado…».

El hombre era superior en un aspecto: era el cabeza de familia. Una mujer, al casarse, aceptaba el lugar que le tocaba y el modo de vida que le estaba destinado. Opino que es lógico y que es el fundamento de la felicidad. Si no aceptas la forma de vivir del hombre, no te cases con él. Pongamos como ejemplo que se trate de un vendedor de telas, católico, que prefiere vivir en los suburbios, que juega al golf y le gusta pasar las vacaciones en el mar. Con ése te vas a casar. Métetelo en la cabeza y procura que te guste, que no será tan difícil.

Es sorprendente lo que se puede disfrutar con casi todo. Hay pocas cosas tan apetecibles como aceptar todo y disfrutar de todo, gozar de toda clase de alimentos o de formas de vivir: la vida del campo con los perros y los caminos enlodados; la vida de las ciudades con el ruido, la gente, el alboroto. En una hay reposo, tranquilidad, tiempo para leer, tejer, bordar y el placer de cultivar algo. En la otra, teatros, pinacotecas, buenos conciertos y la

posibilidad de ver a los amigos. Me siento feliz al poder decir que disfruto con casi todo.

Una vez, viajando en tren hacia Siria, me lo pasé muy bien con una compañera de viaje que disertaba sobre el estómago.

—Hija —decía—, nunca cedas al estómago. Si algo no te va, di a ti misma: ¿quién manda, el estómago o yo?

—Pero ¿cómo actúa usted en concreto? —pregunté con curiosidad.

—Todo estómago puede entrenarse con dosis pequeñas primero, no importa de qué se trate. Por ejemplo, a mí me ponían mala los huevos y el queso me producía terribles dolores. Pero comencé con una o dos cucharadas de huevo pasado por agua dos o tres veces por semana, y luego un poco más de huevo revuelto, etc., y ahora puedo comer cualquier cantidad. Lo mismo me ha pasado con el queso. Recuerde esto: «El estómago es un buen siervo, pero un mal amo».

Me dejó impresionada y prometí seguir su consejo; lo he seguido sin grandes dificultades, pues mi estómago es muy servicial.

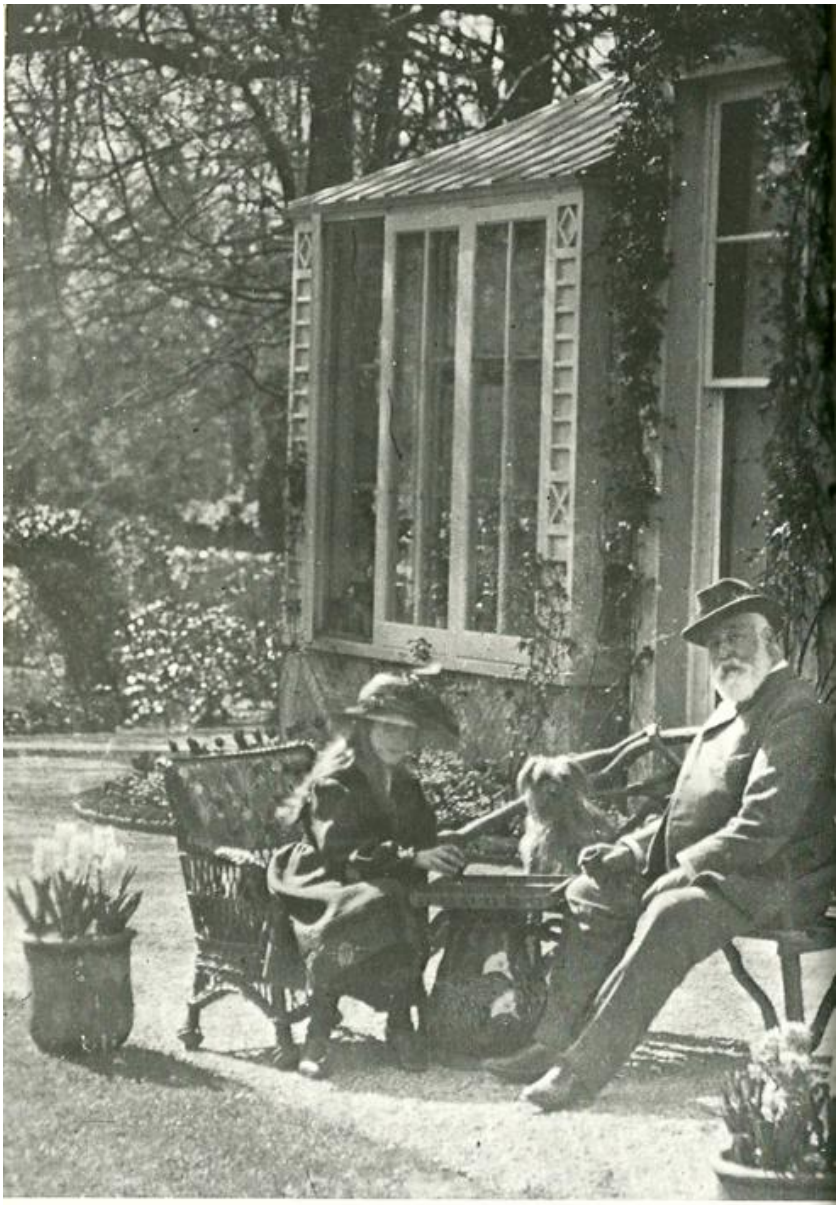
III

Cuando mi madre se fue con Madge al sur de Francia después de la muerte de mi padre, quedé sola en Ashfield durante tres semanas bajo la mirada serena de Jane. Entonces descubrí un nuevo deporte y nuevas amigas.

Patinar por el muelle era un pasatiempo muy en boga. El suelo era muy áspero y las caídas frecuentes, pero era una gran diversión. Al fondo del muelle había una especie de sala de conciertos que no se usaba en invierno y servía en cambio de pista cubierta. Se podía patinar también en lo que se llamaba pomposamente las Salas de la Asamblea o los Salones de Baño, donde se celebraban los bailes importantes. Aunque era de menos categoría, la mayoría prefería el muelle. Cada cual llevaba sus propios patines, se pagaban dos peniques de entrada y a patinar se ha dicho. Las Huxley no venían conmigo porque se pasaban las mañanas con la institutriz, igual que Audrey. Me encontraba a menudo, en cambio, con las Lucy. Aunque eran mayores, se mostraban muy amables conmigo, sabiendo que estaba sola en Ashfield porque el doctor había prescrito a mi madre una temporada en el extranjero para cambiar de aires y descansar.

Mi tía-abuela cuando era anciana.

Mi madre, poco antes de la primera guerra mundial, en la casa de Torquay.



Con mi padre y mi perro Toby.

Aunque me sentía ya mayor, a veces me cansaba de esa sensación. Me encantaba ordenar la comida o pensar que lo hacía. En realidad, comíamos siempre lo que Jane había decidido de antemano, pero fingía muy bien que tomaba nota de mis extrañas sugerencia «¿Podemos comer pato asado y merengues?», le preguntaba y decía que sí, pero que no estaba segura de que tuviéramos pato y clara huevo para los merengues y que tal vez convenía esperar a que hubiéramos empleado las yemas en otra cosa. En resumidas cuentas, comíamos lo que ya estaba listo en la cocina. Pero era muy diplomática, me llamaba siempre señorita Agatha y me hacía sentir importante.

Fue entonces cuando las Lucy me invitaron a ir al muelle a patinar. Me enseñaron a mantenerme más o menos sobre los patines, lo que me alegró mucho. Era una de las familias más buenas que he conocido. Eran de Warwickshire y su hermosa casa, CharIecote, había pertenecido al tío de Berkeley Lucy. Siempre pensó que debía haberle tocado a él; en cambio le tocó a la hija de su tío, cuyo marido tomó el nombre de Fairfax-Lucy. Probablemente les sentó muy mal a todos. Pero nunca lo comentaron. La hija mayor, Blanche, era una chica guapísima un poco mayor que mi hermana y se había casado antes. Reggie, el mayor de los muchachos, estaba en el ejército; el segundo hijo, que era aproximadamente de la edad de mi hermano, estaba en casa con sus dos hermanas Marguerite y MurieI, conocidas por Margie y Noonie, que también eran mayores. Me resultaba muy atractiva su forma lenta y ligada de hablar. Para ellas, el tiempo no contaba. Después de patinar un rato, Noonie miraba al reloj y decía:

—¿Te has fijado qué hora es? Ya es la una y media.

—Pobre de mí —decía yo—. Tardaré veinte minutos por lo menos en llegar a casa.

—Es mejor que no vayas a casa, Agge. Te vienes con nosotras a comer y telefoneamos a Ashfield.

Iba con ellas, pues, y llegábamos a su casa hacia las dos y media; recibíamos el saludo de su perro Sam (con el cuerpo como un tonel y respiración como la de un desagüe, solía decir Noonie) y dábamos buena cuenta de la comida caliente que les habían guardado en algún sitio. Luego decían que era una lástima que Aggie se fuera a casa, y que teníamos que ir a su clase, tocar el piano y cantar algo. A veces íbamos de excursión al páramo. Decidíamos encontrarnos en la estación Torre para tomar un tren determinado. Llegaban siempre tarde y perdíamos el tren. Perdían trenes, tranvías y todo, pero no perdían la calma. «Bueno —decían—, ¿qué importa? Pronto llegará otro. No se adelanta nada con preocuparse, ¿verdad?» Era estupendo.

Los mejores momentos de mi vida eran las visitas de Madge. Venía con nosotras en agosto; Jimmy la acompañaba unos días, después volvía a los negocios, pero ella se quedaba hasta finales de septiembre con Jack.

Mi sobrino era desde luego una fuente constante de entretenimiento, para mí. Era un niño precioso con las mejillas sonrosadas y el pelo muy rubio; daban ganas de comérselo y, de hecho, solíamos llamarle «*le petit brioche*[28]». No se cohibía por nada e ignoraba lo que significaba estar en silencio. No había que hacerle hablar, el problema era que se callará. Tenía un temperamento muy vivo y solía estallar; como decíamos nosotras; primero se ponía muy colorado, luego morado, después contenía la respiración y a continuación explotaba. Tuvo varias nodrizas, cada cual con su peculiaridad. Había una que tenía mucho ingenio. Era vieja, de pelo canoso y desaliñado. Tenía mucha experiencia y era casi la única que le dominaba cuando estaba en pie de guerra. Un día que había estado bastante turbulento, iba de una a otro gritando: «Idiota, idiota, idiota», sin motivo alguno. Por fin, la nodriza le riñó, diciéndole que, si volvía a repetido, le castigaría.

—Cuando me muera, iré al cielo, me presentaré en seguida a Dios y le diré: «Idiota, idiota, idiota». Hizo una pausa para ver qué efecto había causado la blasfemia. La nodriza dejó su labor, le miró por encima de las gafas y le contestó tranquilamente:

—¿Y supones que el Todopoderoso va a fijarse en lo que dice un

mocoso como tú?

Se quedó totalmente desinflado.

La siguiente fue una jovencita llamada Isabel. Por algún motivo, estaba acostumbrada a tirar las cosas por la ventana.

—¡Malditas tijeras! —murmuraba de repente y las tiraba al jardín. A veces Jack intentaba ayudada.

—¿Quieres que tire esto por la ventana, Isabel? —preguntaba con entusiasmo.

Como todos los niños, adoraba a mi madre. Se metía con frecuencia en su cama por las mañanas temprano, y les oía a través de la pared de mi cuarto. Algunas veces hablaban de cosas de la vida y otras, mi madre le contaba un cuento, una especie de serial sobre sus propios pulgares; uno se llamaba Betsy Jane y el otro Sary Anne; uno era bueno y el otro malo. Lo que decían y hacían, le hacía morir de risa a Jack. A veces trataba de intervenir en el diálogo. Un día en que vino a comer el vicario, dejó a todos en suspenso al saltar de pronto: «Sé un chiste muy gracioso sobre un obispo». Entre todos conseguimos que se callara, pues no sabíamos qué es lo que habría oído.

Solíamos pasar las Navidades en Cheshire en casa de los Watts. Jimmy cogía entonces una parte de las vacaciones para pasar tres semanas en St. Moritz con Madge. Esquiaba muy bien y era el tipo de vacaciones que más le gustaba. Mamá y yo nos íbamos a Cheadle y, como aún no estaba lista la casa llamada Manor Lodge, celebrábamos la Navidad en Abney Hall con los padres de Jimmy, sus cuatro hijos y Jack. Era una casa fantástica para un niño. Era grande, de estilo gótico victoriano, con numerosísimos cuartos, corredores, gradas insospechadas, escaleras delanteras y traseras, alcobas, nichos, en fin, todo lo que podía desear un pequeño y, además, tres pianos y un órgano. Lo único que le faltaba era la luz del sol; era muy oscura, salvo el gran salón con sus paredes tapizadas de raso verde y con grandes ventanales.

Por entonces, Nan y yo éramos ya buenas amigas y compañeras de bebida; a las dos nos gustaba la misma: crema natural y pura. Aunque yo había tomado mucha crema de Devonshire, la natural era todo un regalo. Cuando Nan estuvo en Torquay, íbamos a menudo a una lechería de la ciudad para beber un vaso de leche con crema. Estando en Abney, nos marchábamos a su granja a

tomar una jarra de crema. Conservamos esta afición durante toda la vida; me acuerdo todavía de cuando comprábamos crema en Sunningdale y la bebíamos yendo hacia el campo de golf o sentadas en espera de que nuestros maridos acabaran de jugar.

Abney era el paraíso del glotón. La señora Watts tenía afuera lo que llamaba su despensa. No era, como la de la abuela, una especie de tesoro bien seguro, del que se iban sacando cosas; se podía entrar libremente. Tenía las paredes cubiertas de estanterías repletas de toda clase de golosinas. De un lado, los chocolates: cajas enteras, todas diferentes con sus etiquetas. Había también galletas, mazapanes, fruta en conserva, mermelada, etc.

Navidad era el festín supremo, algo inolvidable. Medias navideñas en la cama. Al despertar, la silla cubierta de regalos. Luego a la iglesia, para volver en seguida a seguir abriendo regalos. A las dos, el banquete con las persianas echadas y las luces y adornos brillando. Primero sopa de ostras (que no me hacía mucha gracia), rodaballo, pavo guisado, asado y una porción grande de solomillo. Seguía budín de ciruela, pasteles y una tarta llena de monedas de seis peniques, cerditos, anillos y muchas otras cosas. A continuación, innumerables clases de trufa. En un relato que escribí una vez, *El pudding de Navidad*, no hice más que describir aquella fiesta. Es algo que no volverá a verse en esta generación; dudo, por otra parte, que hoy día haya quien pueda digerir todo eso; nosotras, sin embargo, no teníamos problemas. Rivalizaba en proezas gástricas con Humphrey Watts, el que seguía a James, que tendría unos veintiuno o veintidós años, mientras yo tenía sólo doce o trece. Era un joven guapo, buen actor y maravilloso anfitrión y narrador de cuentos. Me resulta sorprendente que, siendo yo tan dada a enamorarme de todos, no me enamorara de él. Atravesaba todavía la edad en que mis amores tenían que ser imposibles, relacionados con personajes públicos como el obispo de Londres, el rey Alfonso de España y, por supuesto, con varios actores. Me enamoré locamente de Henry Ainley cuando le vi en *The Bondman*, y estaba dispuesta a un «funeral con plañideras[29]», que era lo que necesitaba una chica enamorada de Lewis Waller en su papel de *Monsieur Beaucaire*.

Humphrey y yo comíamos a dos carrillos en el banquete navideño. Él me ganó en la sopa de ostras; en el resto estuvimos a la

par. Primero comimos las dos clases de pavo y luego cuatro o cinco tajadas de solomillo. Quizá los mayores se limitaran a una sola clase de pavo, pero Mr. Watts comió también solomillo. Luego tomamos budín, pastel, tarta (no comí mucha porque no me gustaba el sabor a vino). Siguieron las pastas, las uvas, naranjas, ciruelas de varias clases y fruta seca. Finalmente, por la tarde, sacaron de la despensa varios puñados de chocolatinas para darnos gusto. No recuerdo haberme puesto mala o tener un cólico al día siguiente; los únicos cólicos que recuerdo son los que me daban al comer manzanas verdes en septiembre; me las comía todos los días, pero alguna vez me excedía.

Lo que tengo bien presente es la vez que comí setas teniendo seis o siete años. Un dolor me despertó a las once de la noche, bajé corriendo al salón donde mis padres estaban con algunos invitados, y anuncié dramáticamente: «¡Me muero! ¡He comido setas!» Mi madre me calmó rápidamente, me dio una dosis de ipecacuana[30], que no faltaba nunca en el botiquín, y me aseguró que no me moriría.

Me parece que nunca me puse enferma en Navidad. Nan Watts tenía un estómago a toda prueba como el mío. Bueno, por lo que recuerdo, nadie lo tenía mal. Supongo que alguno habría con úlcera gástrica o duodenal, pero no tengo presente a nadie que se alimentara a base de leche y pescado. ¿Una época de glotones? Sí, pero de mucho entusiasmo y alegría. Teniendo en cuenta lo que comía cuando era niña (siempre tenía hambre) no comprendo cómo estaba siempre como una gallina flaca.

Después de la placentera inercia de la tarde de Navidad (para los mayores; los pequeños leíamos libros, mirábamos los regalos, comíamos chocolatinas, etc.) venía una tremenda merienda con té, tarta helada y todo lo demás; y para terminar cena con pavo frío y pastel de carne. Hacia las nueve, el árbol de Navidad con más regalos colgados de él. Un día extraordinario que aún se recordaba en la Navidad siguiente.

Iba a Abney con mi madre en otras épocas del año y siempre me encantaba. Había un túnel bajo el camino del jardín, que era muy práctico para cualquier romance o drama histórico que estuviera

representando. Me paseaba por allí hablando entre dientes y gesticulando. Seguramente los jardineros me tomaban por loca, pues me identificaba mucho con el papel. Nunca se me ocurrió escribir nada y no me importaba lo que pensaran. Todavía ahora hablo conmigo misma, cuando planeo un capítulo que no acaba de salir.

Mis aptitudes creativas se ejercitaban también bordando cojines, que eran muy importantes entonces. En otoño bordaba muchísimo. Al principio compraba los dibujos, los calcaba en piezas de raso y comenzaba a bordarlos en seda. Luego me cansé de ellos porque eran todos iguales y comencé a copiar los dibujos de las porcelanas. Teníamos jarrones grandes de Berlín y de Dresden con hermosos ramos de flores; procuraba calcarlos, dibujarlos y copiar los colores tan bien como me fuera posible. La abuelita B se puso muy contenta al enterarse; había pasado gran parte de su vida bordando y le hacía ilusión pensar que una nieta le seguía los pasos. No logré, sin embargo, un bordado tan fino como el suyo; nunca bordé paisajes y figuras como ella. Conservo dos de sus tapices para la chimenea, uno con una pastora, el otro con un pastor y una pastora juntos bajo un árbol, grabando un corazón en el tronco, magníficamente hechos. Cuánto se entretendrían las grandes damas de la tapicería Bayeux en los largos meses invernales.

Mr. Watts me cohibía indeciblemente. Me llamaba «niña soñadora», lo que me turbaba muchísimo. «¿En qué está pensando nuestra niña soñadora?» Me ponía como un tomate. A veces, me hacía tocar y cantarle canciones sentimentales. Yo leía música bastante bien; así que me llevaba al piano y me indicaba sus canciones preferidas. No me agradaban mucho, pero al menos era mejor que hablar con él. Le gustaba el arte, pintaba paisajes de marismas y puestas de sol. Era también gran coleccionista de muebles, sobre todo de roble antiguo. Además, junto con su amigo Fletcher Moss, hacía buenas fotografías y publicó varios libros de fotos de casas famosas. Me hubiera gustado ser menos tímida, pero estaba en la edad del pavo.

Prefería con mucho a la señora Watts, que era vivaz, jovial y práctica. Nan, que tenía dos años más que yo, pasaba por un *enfant terrible*; le gustaba gritar, mostrarse maleducada y emplear palabrotas. Cuando soltaba tacos, afligía mucho a su madre, lo

mismo que cuando le decía: «No seas tonta, mamá». No era lo que se esperaba de una hija, pero el mundo estaba entrando en la época del lenguaje llano y Nan se rebelaba de acuerdo con el papel que le había tocado; no obstante, creo que en el fondo adoraba a su madre. En realidad, la mayoría de las madres pasan por un período en el que sus hijas las hacen sufrir de uno u otro modo.

El día laboral después de Navidad, nos llevaban siempre a Manchester a ver la opereta cómica (¡qué buenas eran!). Volvíamos cantando en el tren todas las canciones traducidas por los Watts a la forma de hablar de Lancashire. Aún me parece oír nuestros gritos: «Nací un viernes, nací un viernes, nací un viernes cuando (crescendo) mi madre no estaba en casa». Y «Viendo a los trenes que llegan, viendo a los trenes que marchan, cuando vimos llegar a los trenes, vimos a los trenes marchar». El preferido lo cantaba Humphrey como un solo melancólico: «La ventana, la ventana, lo empujé por la ventana. Ya no siento dolor, madre, lo empujé por la ventana».

Las de Manchester no eran las primeras operetas cómicas que había visto; la primera fue en Drury Lane a donde me llevó la abuelita. Dan Leno hacía de Madre Gansa. Todavía le recuerdo; soñé con él durante varias semanas, pensando que era la persona más maravillosa del mundo. Aquella noche ocurrió un incidente emocionante: arriba, en el palco real, estaban dos principitos. Al príncipe Eddy, como se le conocía popularmente, se le cayeron los gemelos y el programa por encima del muro del palco, yendo a parar al patio de butacas, muy cerca de donde nosotras estábamos sentadas y, ¡qué delicia!, no vino el paje, sino el príncipe en persona; se disculpó cortésmente, diciendo que esperaba no haber hecho daño a nadie.

Me quedé dormida aquella noche fantaseando que un día me casaría con él. Posiblemente, le salvaría primero de morir ahogado… La reina, agradecida, daría el consentimiento real. O quizás ocurriría un accidente, se desangraría mortalmente y yo le daría mi propia sangre. Me nombrarían condesa, como la condesa Torby, y celebraríamos un matrimonio morganático. Pero, aun para una niña de seis años, era algo demasiado fantástico para durar mucho.

Mi sobrino Jack ideó un matrimonio a su manera cuando tenía

cuatro años:

—Suponte, mamá, que te casaras con el rey Eduardo. Yo sería alteza.

Mi hermana le dijo que para esto habría que contar con la reina y con papá.

—Suponte que muera la reina —se apresuró a arreglar las cosas. Hizo una pausa para hablar con tacto—; suponte que papá… ejem… no estuviera y que el rey te viera…

Se detuvo dejando el final a la imaginación de cada cual; evidentemente sería como un flechazo para el rey y en un abrir y cerrar de ojos, Jack sería su hijastro.

—He estado hojeando el devocionario durante el sermón —me dijo un año más tarde—. Había pensado casarme contigo cuando fuera mayor, Ange, pero he consultado el devocionario y hay muchos obstáculos por medio; creo que el Señor no me dejaría —y suspiró.

Le dije que a pesar de todo me sentía muy halagada.

Es asombroso que las predilecciones de uno no cambien. A mi sobrino Jack, desde que era un crío le obsesionaban las cosas eclesiásticas. Si de pronto desaparecía de la vista, con frecuencia se le encontraba en una iglesia mirando al altar con admiración. Le fascinaban sobre todo las iglesias católicas. Si le daban plastilina de colores, hacía trípticos, crucifijos o algún tipo de ornamento eclesiástico. Sus gustos nunca cambiaron; sabía más que nadie sobre la historia de la Iglesia. Cuando tema unos treinta años, entró en la Iglesia católica. Fue un duro golpe para mi cuñado, que era lo que se puede llamar un protestante «negro». Decía con su voz amable:

—No es que tenga prejuicios, no los tengo en serio. Es que me resulta inevitable ver que todos los católicos son unos terribles embusteros. No es que tenga prejuicios, es sólo eso.

La abuela era también un buen ejemplo de protestante «negra» y disfrutaba muchísimo metiéndose con los papistas. Bajaba la voz para decir:

Todas esas hermosas jóvenes que desaparecen en los conventos y *nunca se vuelven a ver*…

Estoy segura de que pensaba que los curas escogían sus amantes en conventos especiales de chicas guapas.

Los Watts eran no conformistas, creo que metodistas, lo que

quizás explique su tendencia a considerar a los católicos como representantes de la «mujer roja de Babilonia». No sé de dónde le vino a Jack la pasión por la Iglesia católica. No la heredó de ninguno de la familia, pero la tuvo desde los primeros años. Cuando yo era pequeña, todos daban mucha importancia a la religión. Las discusiones religiosas eran interesantes, llenas de colorido y, a veces, acaloradas. Uno de los amigos de mi sobrino le diría más adelante:

—Jack, me resulta increíble que no puedas ser un alegre hereje como los demás; serías un tipo mucho más tranquilo.

Eso sería lo último que se le ocurriría a Jack, ser tranquilo. Como dijo su niñera una vez, después de haber estado buscándole un rato:

—No comprendo por qué el señorito Jack quiere ir a las iglesias. Es algo tan raro en un niño…

Personalmente opino que era la reencarnación de un eclesiástico del medioevo. De mayor tenía cara de eclesiástico; no de monje ni de visionario; de eclesiástico versado en las prácticas de la iglesia y capaz de desenvolverse bien en el concilio de Trento y de saber con exactitud el número de ángeles que pueden bailar sobre la punta de una aguja.

IV

Una de las cosas con las que más he disfrutado, casi hasta hoy día, ha sido el baño; todavía me gustaría bañarme si no fuera por las dificultades que encuentra una persona reumática para meterse en el agua, y más para salir de ella.

Cuando tenía trece años tuvo lugar un gran cambio social. Antes se daba a las playas una segregación estricta. Había una pequeña ensenada donde se bañaban las mujeres, una playa pequeña y pedregosa, hacia la izquierda de los Salones de Baño, que tenía una pendiente pronunciada. Allí había ocho casetas de baño a cargo de un anciano de temperamento irascible, cuyo trabajo consistía en acercar las casetas al agua y volverlas a sacar. Había que entrar en ellas (un receptáculo pintado con rayas alegres), comprobar que las dos puertas tenían echado el pasador y comenzar a desnudarse con precaución, pues en cualquier momento el anciano podía ponerlas en marcha. Entonces comenzaba un tremendo balanceo y la caseta recorría trabajosamente su camino sobre las piedras, lanzando a la bañista de un lado a otro. Era algo muy parecido al movimiento del jeep o del Land Rover cuando atraviesa las partes más pedregosas del desierto.

Se detenía tan bruscamente como había arrancado. Una seguía desnudándose y poniéndose el bañador, que era muy feo, generalmente de alpaca azul oscuro o negro, con mucho vuelo, pliegues y flecos, y que llegaba mucho más abajo de la rodilla y de los codos. Una vez lista, se abría la puerta que daba al mar. Si el hombre había sido amable, el peldaño superior estaba a nivel del mar. Se descendía un poco hasta que el agua llegara decorosamente a la cintura y a nadar se ha dicho. No muy lejos, había una balsa, a la que se llegaba nadando cuando se quería descansar. Si la marea

estaba baja quedaba cerca, pero si estaba alta, había un buen trecho y tenías que apañártelas más o menos sola. Después de un rato de baño, que a mí siempre me parecía demasiado corto, recibía la señal de volver a la orilla pero, como era difícil de alcanzarme estando en la balsa, me ponía a nadar en dirección contraria y lograba quedarme un rato más.

Nada de tomar el sol en la playa, por supuesto. Una vez fuera del agua, había que entrar en la caseta, que se arrastraba hacia arriba tan bruscamente como antes, y al final salías de allí con la cara amoratada, temblando de pies a cabeza y con las manos y las mejillas entumecidas. Nunca tuvo consecuencias en mí; al cabo de tres cuartos de hora tenía más calor que una tostada recién hecha, Entonces me sentaba en la playa y comía un bollo mientras me echaban una reprimenda por no haber salido antes. La abuela, que contaba con una magnífica serie de leyendas instructivas, me explicaba cómo el hijito de la señora Fax («una criatura tan maravillosa») había muerto de neumonía por quedarse demasiado tiempo en el agua. Sin parar de comer el bollo, le contestaba:

—No, abuelita. La próxima vez no me quedaré tanto tiempo. Pero es que el agua estaba muy caliente.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué estás temblando y tienes los dedos amoratados?

La ventaja de ir con un adulto, sobre todo con la abuela, era que volvíamos a casa en coche en vez de andar una milla y media. El Club Náutico de Torbay se encontraba en Beacon Terrace; justo encima de donde se bañaban las mujeres. Aunque no se veía la playa desde las ventanas, no sucedía lo mismo con la balsa y, según mi padre; muchísimos caballeros se pasaban el tiempo disfrutando con los gemelos de teatro de lo que consideraban figuras femeninas casi desnudas. No creo que fuéramos tan atractivas en aquellos atuendos sin forma ni figura.

La playa de los hombres estaba situada más allá, y podían exhibirse cuanto quisieran en sus exiguos bañadores sin que los viera mujer alguna. Sin embargo, los tiempos estaban cambiando: en toda Inglaterra comenzaba a imperar el baño mixto.

La primera consecuencia era que había que ponerse más tela. Las francesas se bañaban incluso con medias, de modo que no pudiera verse ninguna pierna pecadora. Seguramente, con su

habitual elegancia, se cubrirían del cuello a las muñecas y, acentuando la belleza de sus piernas con finas medias de seda, resultarían más provocativas que vestidas con un viejo y corto bañador inglés de alpaca con volantes. No veo por qué se consideraban tan indecentes las piernas; en toda la obra de Dickens se pone el grito en el cielo cada vez que a una señora se le han visto los tobillos; hasta la misma palabra se considera atrevida. Una de las primeras sentencias que soltaban las niñeras cuando una mencionaba esa parte de la anatomía, era:

—Recuerda que la reina de España no tiene piernas.

—¿Qué tiene en su lugar, Nursie?

—Miembros, querida, así es como se llaman; los brazos y las piernas son miembros.

Pero creo que sonaría raro si se dijera: «Me está saliendo un lunar en uno de los miembros, más abajo de la rodilla».

Eso me trae a la memoria a una amiga de mi sobrino, describiendo una experiencia que había vivido cuando era pequeña. Le habían dicho que vendría a verla su padrino. Como nunca había oído hablar de tal personaje, le ilusionó mucho la idea. Se despertó por la noche, se detuvo un momento a reflexionar y luego elevó su voz en la oscuridad:

—Chacha, tengo un padrino.

—Ummm —contestó un sonido indescriptible.

—Chacha —un poco más fuerte—, tengo un padrino.

—Sí, querida, sí; es muy bueno.

—Pero, chacha —muy fuerte—, tengo un padrino.

—Sí, sí; date la vuelta y duerme.

—Pero, chacha —fortísimo— ¡tengo un padrino!

—Bueno, *ráscatelo*, querida, *ráscatelo*.

Los bañadores siguieron siendo muy tapados hasta que me casé.

Por aquel entonces ya se aceptaba el baño mixto, aunque aún lo condenaban algunas señoras mayores y familias conservadoras. De todos modos, el progreso avanzaba con demasiado rapidez incluso para mi madre.

Íbamos con frecuencia a las playas en las que se permitía la mezcla, primero a las de Tor Abbey y Corbins Head, que eran las principales de la ciudad. Pero no nos bañábamos allí, porque había demasiada gente. Luego se permitió en la más aristocrática de

Meadfoot, que estaba otra media milla más lejos, lo que suponía un buen paseo antes del baño, unas dos millas, pero era mucho más atractiva que la de las mujeres; más grande y con una roca a la que se llegaba fácilmente si se nadaba bien. En la playa de las mujeres se mantuvo la segregación y se dejó en paz a los hombres con sus lucidos triángulos, quienes tampoco tenían mayores ansias de gozar del baño mixto, apegados rígidamente a su reserva privada, Algunos de los que llegaban a Meadfoot se turbaban al ver a las amigas de sus hermanas en lo que aún consideraban muy próximo a la desnudez.

Primero me obligaban a bañarme con medias. No sé cómo se las arreglarían las chicas francesas; yo era incapaz de conservarlas; tres o cuatro pataleos vigorosos y adiós medias. Cuando salía, o las había perdido o las tenía enrolladas en los tobillos. Creo que las francesas que se veían en las láminas de la moda no nadaban; se limitaban a entrar andando y volver a salir para posar en la playa.

Se contaba una historia patética sobre la reunión del consejo municipal en la que se discutió la aprobación definitiva de los baños mixtos. Un consejero muy viejo que se oponía con vehemencia, al verse derrotado, soltó su último alegato, con voz temblorosa:

—Lo único que digo, señor alcalde, es que si se aprueban los baños mixtos, se pongan divisiones decentes en las casetas, aunque sean bajas.

Cuando en el verano venía Madge a Torquay, con Jack, nos bañábamos a diario aunque hiciera malo; de hecho, yo disfrutaba aún más del mar en los días malos. Cuando llegó la innovación de los tranvías, se podía tomar uno al fondo de la calle Burton y llegar hasta el puerto, desde donde sólo se empleaban veinte minutos a pie hasta Meadfoot. Un día, Jack —que tenía unos cinco años— comenzó a quejarse.

—¿Por qué no vamos en coche desde el tranvía a la playa?

—Ni hablar —decía mi hermana horrorizada. Hemos hecho todo este trayecto en tranvía, ¿no? Ahora, a pie.

Mi sobrino suspiraba y decía entre dientes:

—Mamá tan avara como siempre.

Como desquite, según subíamos la colina en medio de villas a la italiana, él, que por entonces no paraba de hablar, entonaba una especie de canto gregoriano propio, repitiendo los nombres de todas

las casas que encontrábamos a nuestro paso:

—Latika, Pentreave, Los Olmos, Villa Marguerita, Hartly St. George.

Según pasaba el tiempo, añadía los nombres de los ocupantes que conocía:

—Lanka, doctor G. Wreford; Pentreave, doctor Quick; Villa Marguerita, Madam Cavallen; Los Laureles, no sé…

Al final, enfurecidas, Madge o yo le decíamos que: cerrara el pico.

—¿Por qué?

—Porque queremos hablar y no podemos; hablas sin parar y nos interrumpes.

—Ah, muy bien.

Jack se callaba. Pero sus labios se movían y emitían un susurro muy tenue: Lanka, Pentreave, The Priory, Torbay Hall… Nosotros mirábamos y procurábamos no hacerle caso.

Un verano estuvimos a punto de ahogarnos Jack y yo. Hacía mal tiempo; no habíamos ido a Meadfoot, sino a la playa de las mujeres donde Jack, como no era lo suficientemente mayor, no provoca temblor alguno en los pechos femeninos. No sabía nadar todavía, sólo un poquito, por lo que solía sacarlo de la balsa sobre mis hombros. Aquella mañana la abandonamos como de costumbre pero el mar estaba raro, muy picado, y con el sobrepeso me era casi imposible mantener la boca y la nariz por encima del agua. Nadaba, pero apenas respiraba. La marea estaba baja y la balsa cerca, pero yo avanzaba poco y no podía respirar más que cada tres brazas.

De pronto me di cuenta de que no podía más. Me iba a asfixiar cualquier momento.

—Jack —suspiré, baja y nada hacia la balsa, que está más cerca que la playa.

—¿Por qué? —dijo él.

—No quiero.

—Por favor, hazlo, —dije echando burbujas.

Se me hundió la cabeza. Afortunadamente, aunque siguió aferrado al principio, se desprendió y siguió solo, alcanzando la balsa sin dificultad. Perdí la noción de lo que hacía con un sentimiento de indignación. Me habían dicho que cuando uno se está ahogando le pasaba delante de los ojos toda la vida pasada y

que se escuchaba música bonita. Ni oía música, ni pensaba en el pasado, sino en cómo mandar aire a los pulmones. Perdí el sentido y no me enteré de nada hasta que sentí violentos golpes y dolores mientras me echaban sobre un bote. El viejo lobo marino, estrambótico e inútil, como siempre le habíamos creído, había tenido vista suficiente para darse cuenta de que alguien se estaba ahogando y había salido a socorrerme con el bote que tenía para tales circunstancias. Después de salvarme, remó un poco más hasta la balsa y agarró a Jack, que se resistía gritando:

—No me quiero ir aún, si acabo de llegar. Quiero jugar en la balsa; no voy.

Cuando llegó a la orilla, mi hermana bajó a la playa, riéndose con ganas y diciendo:

—¿Qué estabais haciendo? ¿A qué se debe todo este jaleo?

—Su hermana casi se ahoga —respondió el hombre, molesto. Venga, llévese a su hijo. Vamos a ponerla boca abajo, a ver si necesita que le saquemos el agua.

Supongo que me darían buenos masajes, aunque no debí perder totalmente el conocimiento.

—No sé cómo se dio cuenta de que se estaba ahogando. ¿Por qué no pidió socorro?

—Mantengo los ojos abiertos. Cuando uno se hunde, no puede gritar, se tragaría el agua.

Desde entonces le tuvimos mucha estima.

Estábamos más apartadas del mundo exterior que cuando vivía mi padre. Salía con mis amigas y mi madre, con una o dos íntimas, pero manteníamos pocas relaciones sociales, porque andábamos mal de dinero como para organizar fiestas o, incluso, para pagar un coche con el que salir. Mamá nunca había sido muy andarina y, ahora con sus ataques de corazón, salía poco, pues era imposible ir a ninguna parte sin tener que subir y bajar cuestas. Yo nadaba en verano, patinaba en invierno y tenía un montón de libros que leer, haciendo continuos descubrimientos. Mi madre me leía a Dickens en voz alta y disfrutábamos las dos.

Comenzábamos leyendo a sir Walter Scott; me gustaba mucho *El Talismán*; leí también *Marmion* y *La dama del lago*, pero las dos pasábamos con gusto a Dickens.

Impaciente como era, mi madre no dudaba en saltar algo cuando

se le antojaba.

—Todas estas descripciones —decía cuando leíamos al primero —, son bastante buenas, desde luego, pero demasiado prolijas.

Creo que también omitía bastante material melodramático de Dickens sobre todo lo relativo a la pequeña Nell.

Lo primero que leímos de Dickens fue *Nicholas Nickleby*; mi personaje preferido era el viejo caballero que cortejaba a la senara Nickleby tirando calabazas por encima del muro. ¿Será ésta una de las razones por las que, al jubilar a Hércules Poirot, le puse a cultivar calabazas? ¿Quién sabe? La que más me gustaba era *Bleak House* y todavía lo es.

A veces pasábamos a Thackeray para cambiar. Leímos entera *La Feria de las Vanidades*, pero nos estancamos en *Los Newcombes*.

—Nos tiene que gustar —decía mi madre—, todos dicen que es la mejor.

La que más le gustaba a mi hermana era *Esmond*, pero a nosotras nos parecía prolija y difícil. En realidad, no he logrado apreciar a Thackeray como debiera.

Como lectura personal me extasiaban las obras de Alejandro Dumas en francés: *Los tres mosqueteros, Veinte años después* y, sobre todo, *El conde de Montecristo*. Aunque prefería el primer volumen, *El castillo de If*, y encontraba algo pesado el resto de los otros cinco tomos, me encantaba el colorido de todo el relato. Además, me apegué románticamente a Maurice Hewlett: *The Forest Lovers, The Queens Quair y Richard Yea-and-Nay*, que son novelas históricas muy buenas.

De vez en cuando, a mi madre se le ocurría una idea repentina. Recuerdo que un día estaba recogiendo unas manzanas que había tirado el viento, cuando salió de casa como una exhalación.

—De prisa —me dijo, nos vamos a Exeter.

—¿A Exeter? —pregunté con sorpresa. ¿A qué?

—Sir Henry Irving está representando Becket. Ya no va a vivir mucho y tienes que verle, es un gran actor. Apenas tenemos tiempo de coger el tren. He reservado una habitación en el hotel.

Fuimos, en efecto, y resultó una maravillosa representación, que aún no he olvidado.

El teatro siempre ha estado presente en mi vida. Estando en Ealing, la abuela me llevaba al menos una vez a la semana y en

ocasiones dos, íbamos a todas las comedias musicales y luego me compraba la partitura. ¡Cómo me gustaba tocarlas! El piano estaba en el salón, de modo que podía tocar cuanto quisiera sin molestar a nadie.

El salón era una estupenda pieza de la época. No quedaba casi espacio para moverse. Había una espléndida alfombra turca y miles de sillas tapizadas, todas incómodas. Tenía dos o tres vitrinas de marquetería para objetos de porcelana, un enorme candelabro central, lámparas de aceite, infinidad de casitas, mesas aquí y allá, y muebles imperio francés. Un invernadero, símbolo prestigioso que no podía faltar en ninguna casa victoriana respetable, quitaba la luz natural. Era muy frío; no se encendía la chimenea salvo en las recepciones, y nadie entraba allí excepto yo. Encendía los candelabros del piano, colocaba el asiento, me soplaba bien los dedos y comenzaba con *The Country Girl* o *Our Miss Gibbs*. A veces, distribuía los papeles a mis «chicas», otras, era yo quien los hacía, como una nueva y desconocida estrella.

Cuando volvimos a Ashfield, tocaba por las noches en la clase, que también era muy fría en invierno. Tocaba y cantaba. Mi madre se acostaba pronto, hacia las ocho, después de una cena ligera; al cabo de unas dos horas y media de oírme aporrear el teclado y desgañitarme, no aguantaba más, cogía un palo grande que servía para subir y bajar las ventanas, y golpeaba repetidas veces en el techo. Con pena, me veía obligada a dejar el piano.

Inventé también una opereta llamada *Marjorie*. No la compuse exactamente, sino que canté algunos trozos en el jardín para ver qué tal sonaba. Suponía vagamente que algún día compondría música. Me quedé en el libreto. No recuerdo bien toda la trama, pero creo que era algo trágica. Un joven apuesto con una estupenda voz de tenor amaba desesperadamente a una chica llamada Marjorie, quien no le correspondía. Al final se casó con otra; pero, al día siguiente de la boda, recibió una carta de Marjorie desde un lejano país, en la que le decía que estaba muriéndose y que, por fin, se había dado cuenta de que le amaba. Dejó a su esposa y partió en su busca. Cuando llegó, la encontró viva, lo suficiente para cantarle una estupenda y romántica canción de moribunda. El padre de la esposa abandonada llegó clamando venganza para su hija, pero le afectó tanto el dolor de los amantes, que unió su voz de barítono a

las suyas, y la ópera concluía con uno de los mejores tríos que se hubieran escrito jamás.

Acariciaba también la idea de escribir una novela llamada *Agnes*, de la que aún recuerdo menos. Entre sus personajes, había cuatro hermanas: Queenie, la mayor, guapa y de pelo rubio; dos gemelas agraciadas y morenas, y finalmente Agries, ordinaria, tímida y (por descontado) enferma en un sofá. No sé qué más seguía, sólo que la valía de Agnes fue reconocida al final por un hombre maravilloso de bigotes negros, al que ella amaba en secreto desde hacía años.

Otra de las ideas repentinas de mi madre fue que, después de todo, yo no estaba recibiendo una educación suficiente y que me convenía ir a un colegio. Había uno en Torquay regentado por una tal Miss Guyer, y mi madre acordó con ella que fuese unos dos días a la semana para estudiar algunas materias, creo que aritmética, gramática y composición. Me gustó la aritmética, como siempre, y quizás empecé también el álgebra. Lo que no entendía era la gramática: no comprendía por qué a unas cosas les llaman preposiciones y cuál era la función de los verbos, y para mí no había más que una lengua extranjera. Me entregaba con gusto a la composición, pero sin obtener buenos resultados. La crítica era siempre la misma: demasiada fantasía, no me atenía al tema. Recuerdo en particular el del «otoño». Comencé bien, con hojas doradas y ocres, pero de improviso, no sé cómo, se metió un cerdo que posiblemente estaba comiendo bellotas en el bosque. Total, me centré en el cerdo, me olvidé por completo del otoño y la composición terminó con las bulliciosas aventuras de Rabito el Cerdito y el fantástico banquete de hayucos que mi personaje ofreció a sus amigos.

Recuerdo muy bien a una maestra, que no sé cómo se llamaba: pequeña, enjuta, de barbilla alargada y autoritaria. Inesperadamente un día (creo que en mitad de una clase de aritmética) comenzó a disertar sobre la vida y la religión:

—Todas y cada una de vosotras pasaréis un día por un período de desesperación. Si nunca afrontáis la desesperación, jamás seréis auténticas cristianas ni conoceréis la vida cristiana. Para serlo, debéis afrontar y aceptar la vida que Cristo afrontó y vivió; tenéis que gozar de las cosas como Él; ser felices como lo fue Él en las bodas de Caná, conocer la paz y la felicidad que supone estar en

armonía con Dios y con su voluntad. Pero también deberéis conocer, como Él, lo que es encontrarse a solas en el huerto de Getsemaní, sentir que os han dejado todos vuestros amigos, que los que amáis y en quienes confiáis, os han traicionado y que Dios mismo os ha abandonado. Aferraos entonces a la creencia de que no es el fin. Si amáis, sufriréis; y si no amáis, no conoceréis el sentido de la vida cristiana.

Volvió luego a los problemas del interés compuesto con su acostumbrada energía. Es extraño, pero aquellas palabras se grabaron en mí más que cualquier sermón y, años más tarde, al recordarlas, me devolvieron la esperanza cuando la desesperación me tenía entre sus garras. Era una persona dinámica y una buena maestra. Me hubiera gustado tenerla durante más tiempo.

A veces me pregunto qué habría sido de mí si hubiera prolongado los estudios. Supongo que me habrían apresado las matemáticas que tanto me gustaban. En ese caso, mi vida habría sido muy distinta; quizá sería una matemática de tercera o cuarta categoría y habría pasado por el mundo sin pena ni gloria, y, probablemente, sin haber escrito ningún libro. Las matemáticas y la música me habrían llenado lo suficiente, cerrándome las puertas de la imaginación.

Sin embargo, después de reflexionar un poco, creo que soy lo que tenía que ser. Me gusta pensar «si hubiera sucedido esto y lo otro, yo habría hecho esto o aquello» o «si me hubiera casado con fulano, habría tenido una vida muy diferente». Pero de una forma o de otra, todo el mundo sigue su camino. Se puede embellecer o descuidar, pero es el propio camino y, si se sigue, se tendrá armonía y paz.

No frecuenté aquel centro más que un año y medio; luego se le ocurrió otra idea a mi madre. Con su seriedad habitual, me explicó que nos íbamos al extranjero. Pensaba alquilar Ashfield durante el invierno y nos iríamos a París; para empezar, me marcharía al pensionado en el que había estado Madge a ver si me gustaba. Todo lo que programaba mi madre se realizaba tal cual con la mayor eficiencia, plegándonos todos a su voluntad. Alquiló la casa estupendamente, preparados los baúles (no tantos como cuando fuimos al sur de Francia, pero bastantes) y al poco tiempo estábamos instaladas en el Hotel d'Iéna, en la Avenida Iéna de París.

Se había cargado de cartas de presentación y de direcciones de varios pensionnats y colegios, profesores y asesores de todas clases, pero no tardó mucho en escoger… Había oído que el pensionnat de Madge, con el correr del tiempo, había cambiado y estaba de capa caída (Mademoiselle T. se había jubilado o estaba para hacerlo); de todos modos dijo que probaríamos un poco para ver si nos gustaba. Esta actitud respecto a los estudios no concuerda con la de hoy día, pero para mi madre probar un centro de estudios, era como probar un restaurante. Con una sola ojeada no se sabía qué tal era; había que probar y, si no era satisfactorio se abandonaba lo antes posible. Por supuesto, entonces no le preocupaban a nadie los certificados, diplomas, sobresalientes ni el porvenir.

Comencé y me quedé allí unos dos meses hasta que acabó el trimestre. Tenía quince años. Mi hermana se distinguió al llegar, cuando otras chicas la retaron a saltar por una ventana. Lo hizo en seguida, cayendo directamente en medio de una mesa de té, a la que estaba sentada Mademoiselle T. y varios distinguidos padres. Con gran desagrado, ésta exclamó:

—¡Qué tormento son estas inglesas!

Las chicas que la habían animado se alegraron maliciosamente de la regañina, pero la admiraron por su hazaña.

Mi entrada no fue nada sensacional; era una mosquita muerta. Al tercer día tenía mucha morriña. En los últimos cuatro o cinco años había estado tan unida a mi madre, sin dejarla para nada, que no era raro que, la primera vez que me alejaba de casa sintiera melancolía. Lo curioso es que no sabía qué me ocurría, sólo que no tenía ganas de comer. Cada vez que me acordaba de mi madre, se me saltaban las lágrimas. Al ver una blusa que me había hecho ella y que me quedaba mal —las tablas no eran iguales—, lloré desconsoladamente. No obstante, oculté mi estado de ánimo a los demás, desahogándome sólo por la noche. Cuando vino a buscarme mi madre, al domingo siguiente, la saludé como de costumbre, pero al llegar al hotel le eché los brazos al cuello llorando. Me alegro de no haberle pedido que me sacara de allí; sabía muy bien que no debía hacerlo; además, después de verla, sentí que no volvería a entristecerme: ya sabía lo que me pasaba.

No me volvió a dar. Es más, lo pasé muy bien; había chicas francesas, americanas, muchas españolas e italianas y unas pocas

inglesas. Me gustaba, sobre todo, la compañía de las americanas. Me resultaba interesante su forma desenvuelta de hablar y me recordaban a mi amiga de Cauterets, Marguerite Prestley.

No sé qué estudiamos exactamente, no debía ser muy interesante. En Historia, vimos el período del Fronde, que conocía bastante bien por la lectura de novelas históricas; y en Geografía, me lié definitivamente al aprender las provincias francesas de la época del Fronde, en vez de las vigentes. Aprendí también los nombres de los meses en tiempos de la Revolución Francesa. Mis faltas de ortografía en francés horrorizaban a la maestra de forma tal que le costaba dar crédito a sus ojos.

—*Vraiment, c'est impossible* —decía—. *Vous, qui parlez si bien le francais, vous avez fait vingt-cinq fautes en dictée, vingt-cinq*[31]!.

Nadie había sacado más de cinco faltas; llamaba la atención por mi fracaso. Era bastante natural, si se tiene en cuenta que había aprendido el francés verbalmente. Lo hablaba con fluidez, pero de oído y las palabras été y était me sonaban igual; las escribía al azar de un modo o de otro con la esperanza de acertar. En algunas asignaturas como literatura, declamación, etc., estaba a la cabeza; en gramática y ortografía en la cola. Eso complicaba las cosas a las profesoras y suponía una vergüenza para mí, si me hubiera importado.

Mi profesora de piano era una señora ya mayor, Madame Legrand, que estaba allí desde hacía muchísimos años. Su método era tocar *a quatre mains* con la alumna. Insistía en que había que aprender solfeo. Pero eso no era lo peor; tocar con ella, era un verdadero tormento. Como era muy ancha, ocupaba buena parte del asiento y me desplazaba del centro del plano. Tocaba con gran energía, levantando mucho los codos de tal forma que la pobre que la acompañaba, tenía que tocar con un brazo pegado al cuerpo. Con cierta maña, me las arreglaba para tocar casi siempre los bajos. Madame Legrand caía en la trampa fácilmente, porque se ensimismaba mucho cuando tocaba y los altos le daban mayor oportunidad de vaciar su alma en las notas. A veces, por tocar tan fuerte y por abstraerse, tardaba bastante en darse cuenta de que me había perdido. Antes o después yo dudaba en un compás, me quedaba atrasada, no estaba segura de por donde íbamos y procuraba tocar sin desentonar. Pero, como seguíamos una

partitura, no siempre acertaba. De repente, al notar el desafinamiento, se detenía, echaba los brazos al aire y exclamaba:

—*Mais qu'est ce que vous jouez là, petite? Que c'est horrible*[32]!. No podía estar más de acuerdo con ello, era horrible. Entonces volvíamos a empezar. Claro que si yo tocaba los altos, notaba en seguida la falta de coordinación. Pero en general íbamos al unísono. Jadeaba y resoplaba, le subía y bajaba el busto y a veces se le escapaban gemidos; era alarmante y fascinador; más lo habría sido, si no fuera porque olía mal.

Estaba programado un concierto de final de curso yo tenía que tocar dos piezas: el tercer movimiento de la *Sonata Patética de Beethoven* y *Serenade d'Aragona* o algo así; no se por qué le cogí manía a la última y me resultaba muy difícil, aunque era más fácil que la otra que me salía bien. La repetía una y otra vez, pero no conseguía más que aumentar el nerviosismo. Me despertaba por la noche pensando que estaba tocando y que ocurría de todo: las notas se quedaban pegadas, tocaba el órgano en vez del piano, o llegaba tarde al concierto, que se había celebrado el día anterior. ¡Qué estupidez me parece ahora!

Dos días antes me asaltó una fiebre tan alta que tuvieron que llamar a mi madre. El médico no supo dar una explicación. Sin embargo, opinó que no debía tocar en el concierto y que me retiraran del colegio hasta que se me pasara. Que alivio experimente, aunque al mismo tiempo me sentía como el que ha fallado en algo que se le ha encomendado.

Recuerdo que en un examen de aritmética salí de las peores, aunque había sido de las primeras la semana anterior. No sé por qué al leer las preguntas, se me embotó la mente y fui incapaz de pensar.

Hay quien aprueba brillantemente un examen, siendo de los últimos de la clase, hay quien actúa mejor en público que en privado; a otras personas, como a mí, les ocurre lo contrario. Está claro que escogí la profesión justa. Lo mejor de ser autora es que se trabaja en privado y al ritmo que se quiere. Te puedes preocupar, tener dolor de cabeza, volverte loca tratando de urdir la trama como es debido, como sabes que puedes hacerla, pero no tienes que presentarte en público y hacer el ridículo.

—Volví al pensionado muy aliviada y de buen humor.

Inmediatamente intenté tocar la Serenade d'Arágona; me salió mejor, pero sin brillantez. Seguía estudiando la serenata de Beethoven con Madame Legrand, quien, aunque decepcionada de mí por no haber aumentado su prestigio, se mostró amable, me animó y me dijo que tenía dotes musicales.

Los dos inviernos y el verano que pasé en París fueron de los mejores de mi vida. Continuamente ocurrían cosas estupendas. Vivían allí algunos amigos americanos de mi abuelo, cuya hija cantaba en la Grand Opera; fui a oírla interpretar el papel de Margarita en *Fausto*. En el pensionado no llevaban a las chicas a verlo, pues el argumento no era *convenable para les jeunes filles*[33]. Creo que la gente era demasiado optimista; necesitábamos más conocimientos de los que teníamos para saber que se desarrollaba algo malo en la ventana de Margarita. No entendí en absoluto por qué se encontraba de repente en la cárcel: me preguntaba si habría robado las joyas.

Desde luego, no se me ocurrió lo del embarazo y la muerte de la criatura.

Nos llevaban sobre todo a la Opera Comique: *Thäis, Werther, Carmen, La Boheme, Manon*. Mi favorita era *Werther*. En la Opera vi *Tannhauser* además de *Fausto*.

Mi madre me encargó varios vestidos y, por primera vez los aprecié. Me hicieron uno de noche de crépe de China gris claro, que me lleno de alegría; nunca había tenido nada tan propio de persona mayor. Me daba rabia que mi busto no cooperara; tuve que rellenar precipitadamente el corpiño con retales de crépe de China pero conservaba la esperanza de tener un par de pechos de mujer firmes, redondos y grandes. Menos mal que no podemos ver el futuro, de otro modo me habría visto a los treinta y cinco años, con un busto de mujer bien desarrollado, cuando todas las demás estaban como una tabla y, si tenían la desgracia de tener pechos, los aplastaban hasta hacerlos desaparecer.

Con las presentaciones que había llevado mi madre, entramos en la sociedad francesa. Las chicas americanas eran bien acogidas en el Faubourg St. Germain y, si eran ricas, se consideraban un buen partido para los jóvenes de la aristocracia francesa. Aunque yo distaba de serlo, se sabía que mi padre había sido norteamericano y se creía que todos los norteamericanos tenían dinero. Era una

sociedad curiosa, decorosa, típica del viejo mundo. Los franceses que conocí, eran corteses, muy *comme il faut*[34]; demasiado aburridos para una chica, pero aprendí la fraseología francesa más refinada. Estudié también baile y compostura con uno que se llamaba Washington Lob, aunque parezca mentira. Era lo más parecido a Mr. Turveydrop que yo haya conocido. Me dio a conocer el Washington Post, el Boston y unas cuantas cosas más, así como las diversas costumbres de la sociedad cosmopolita.

—Suponga que tiene que sentarse junto a una señora mayor. ¿Cómo lo haría?

—Me sentaría… —me quedé mirándole perpleja—. A ver cómo.

Tenía varias sillas doradas; me senté en una de ellas, tratando de esconder las piernas debajo lo más posible.

—No, no; eso no se debe hacer nunca —dijo él—. Hay que ponerse un poco de lado así, y, al sentarse, se hace una inclinación hacia la derecha a modo de reverencia.

Tuve que practicarlo muchísimo.

Lo único que no tragaba eran las clases de dibujo y pintura. Mamá era inflexible: las chicas tenían que pintar con acuarelas.

Contra mi voluntad, dos veces por semana venía a buscarme una señora joven (las chicas no podían ir solas por París) y me llevaba en metro o en autobús a un estudio cercano al mercado de las flores, donde un grupo de señoritas pintaba violetas en vasos de agua, lirios en jarras y azucenas en floreros. Cuando se me acercaba la profesora, lanzaba tremendos suspiros.

—*Mais vous ne voyez ríen*[35] —me decía. Primero hay que hacer las sombras. ¿No ves? Aquí, aquí y aquí hay sombras.

No, no veía más que violetas en un vaso de agua. Eran de color malva; a lo más que llegaba era a poner la pintura en la paleta y a pintar las violetas sin contraste. Debo decir que no se parecía nada a la realidad, pero jamás he sabido manejar las sombras. Algunos días, para animarme un poco, dibujaba patas de mesas y sillas con una perspectiva que no entusiasmaba a la profesora.

A pesar de encontrarme con muchos franceses simpáticos, no me enamoré de ninguno. Me hacía tilín el recepcionista del hotel, Mr. Strie. Era alto y delgado como un palillo, de pelo rubio claro y algo pecoso. No me explico qué es lo que vi en él. No llegué a dirigirle la palabra, aunque, a veces, me decía «*bonjour, Mademoiselle*» al pasar

yo por el vestíbulo. No me resultaba fácil fantasear con él; alguna vez me vi curándole de una plaga en Indochina, pero me costó seguir. Cuando exhalaba el último suspiro, murmuraba:

—Mademoiselle, siempre la he adorado desde que la vi en el hotel. Pero, al verle al día siguiente escribiendo en recepción, me parecía imposible que llegara a decirlo, ni siquiera en el lecho de muerte.

Pasamos las vacaciones de Pascua realizando excursiones a Versalles, Fontainebleau y otros lugares; luego, tan de improviso como siempre, mi madre me anunció que no volvería al pensionado de Mademoiselle T.

—No vale mucho —me dijo—; lo que enseñan no es interesante.

Ya no es lo mismo que cuando estudiaba Madge. Regreso a Inglaterra, pero he arreglado todo para que ingreses en la escuela de Miss Hogg.

Recuerdo que sólo me quedé ligeramente sorprendida. Estaba contenta con la escuela, pero no tenía demasiadas ganas de volver. Al revés, me parecía muy interesante ir a otro sitio. No sé si era estupidez (espero que fuera conformidad), el caso es que siempre estaba dispuesta a aceptar lo que se presentara.

Me fui a Les Marroniers, que era un buen centro pero muy inglés. Me gustó. El profesor de música era bastante bueno. En general, no obstante, era algo aburrido, no había tantas diversiones como en el otro. A pesar de que estaba estrictamente prohibido, todas hablaban inglés y nadie aprendía bien el francés.

No se promovían actividades externas, más bien se prohibían, así que me liberé de las clases de dibujo. Lo único que añoraba era pasar por el mercado de las flores que tanto me gustaba. No me sorprendió en absoluto que, al final de las vacaciones de verano, mi madre me dijera que no volvería a Les Marroniers. Se le había ocurrido otra idea mejor.

V

El médico de la abuela tenía una hermana que regentaba en París un pequeño centro para el perfeccionamiento de las chicas. No aceptaba más de doce o quince, todas estudiantes del conservatorio o de la Sorbona. Mi madre me preguntó qué me parecía la idea. Como ya he dicho, me gustaban las novedades; mi lema podía haber sido: «probarlo todo en seguida». De manera que en otoño me fui al centro de Miss Dryden, junto al Arco de Triunfo en la Avenue du Bois.

Era lo que me convenía. Por primera vez tuve la impresión de estar haciendo algo realmente interesante. Éramos doce. Miss. Dryden era alta, con el pelo blanco muy bien arreglado, buen tipo y nariz colorada que frotaba con fuerza cuando se enfadaba; tenía una forma de hablar seca e irónica que asustaba y estimulaba al mismo tiempo. Su asistenta, Madame Petit, era muy francesa, de temperamento vivo, muy emotiva, bastante llena de prejuicios; pero la queríamos y nos infundía menos respeto que Miss Dryden.

Estábamos como en familia, pero los estudios eran serios. Lo principal era la música, aunque había clases de todo tipo. Venían miembros de la Comédie Francaise para darnos charlas sobre Moliere, Racine y Corneille, y cantantes del conservatorio, que cantaban las arias de Lully y Glück, Teníamos clases de declamación y, gracias a Dios, pocos dictados, de modo que no era notoria mi mala ortografía y, como hablaba francés mejor que las otras, me encantaba recitar los versos de Andromaque, sintiéndome la heroína de la tragedia cuando declamaba: «*Seigneur, toutes ces grandeurs ne me touchent plus guère*[36]».

Creo que a todas nos gustaban las clases de declamación. Nos llevaban a la Comédie Francaise a ver dramas clásicos y modernos.

Vi a Sarah Bernhardt en uno de sus últimos papeles, el de faisán dorado de *Chantecler* de Rostand. Estaba vieja, coja, débil, con la voz cascada, pero era sin duda una gran actriz que mantenía la atención por el calor que ponía. *Réjane* me entusiasmó más aún. La vi en una obra moderna, *La Course aux Flambeaux*. Tenía la capacidad de transmitirte, tras una actitud contenida, la existencia de una corriente emotiva que no expresaba abiertamente. Si cierro un poco los ojos, aún oigo su voz y veo su rostro al decir las últimas palabras de la obra: «*Pour sauver ma fille, j'ai tué ma mére*[37]» y la profunda impresión que dejaba al caer el telón.

Mi hermano Monty en el Truelove.

Ashfield.

Yo, cuando era niña.

Me parece que la enseñanza es satisfactoria sólo si suscita una respuesta. De nada vale la mera información, pues no aporta nada distinto de lo que ya se tiene. Oír a las actrices hablar de obras de teatro repitiendo palabras y textos, oír cantar a los profesionales Bois Epais o un aria del Orfeo de Glück, avivaba en nosotras un amor apasionado por el arte del que nos hablaban. Así descubrí un mundo nuevo, en el que he vivido desde entonces.

Me dedicaba al estudio de la música, piano y canto. Estudiaba piano con Charles Fürster, un austríaco que venía de vez en cuando a Londres a dar recitales. Era buen profesor, pero metía miedo. Mientras tocabas, se paseaba por la sala fingiendo no escuchar; miraba por la ventana, olía las flores, pero de pronto, al oír una nota falsa o un tiempo defectuoso, se daba media vuelta con la rapidez de un tigre exclamando:

—*Hein, qu'est-ce que vous jouez là, petite, hein? C'est atroce*[38]. Al principio me ponía muy nerviosa, pero luego me fui acostumbrando. Era un gran apasionado de Chopin, así que ensayé sobre todo los estudios y valses, la *Fantasía Impromptu* y una de las baladas de este compositor. Notaba mis progresos y estaba contenta. Aprendí también las sonatas de Beethoven y algunas piezas ligeras, que él llamaba piezas de salón: una romanza de Fauré, la barcarola de Tchaikowski y otras. Practicaba unas siete horas diarias. Aunque en el subconsciente, creo que iba naciendo en mí la esperanza de ser pianista y de dar conciertos. Me exigiría mucho tiempo y duro trabajo, pero iba progresando.

Las clases de canto habían empezado antes. Mi maestro era el señor Boué a quien, junto con Jean de Reszke, se consideraba entonces el mejor de París. Éste había sido un tenor famoso y aquél barítono de ópera. Vivía en un quinto piso sin ascensor al que siempre llegaba exhausta. Los apartamentos eran todos iguales y se

perdía la cuenta del piso, pero sabía cuando había llegado por una mancha de grasa en el papel de la pared que parecía un terrier escocés.

Al entrar recibía toda una serie de reproches. ¿Por qué respiraba de ese modo? ¿Por qué me quedaba sin aliento? A mi edad, tenía que subir corriendo sin jadear. La respiración era fundamental para el canto, ya lo debería saber a esas alturas. Cogía un metro que tenía siempre a mano, me lo ponía alrededor del diafragma y me mandaba respirar, contener la respiración y luego expirar lo más posible. Calculaba la diferencia de medidas, aprobando ocasionalmente con la cabeza y diciendo:

—*C'est bien, c'est bien*[39], hace progresos. Tiene buen pecho, un pecho excelente con una expansión formidable y, lo que es más, nunca tendrá problemas como otros cantantes con la tisis. Mientras haga ejercicios de respiración, todo irá a las mil maravillas. ¿Le gustan los filetes de ternera? —yo respondía que sí, que me encantaban. Eso también es bueno; es el mejor alimento para un cantante. No se puede comer mucho ni con frecuencia, siempre les digo a mis alumnos que coman un buen filete con un vaso de cerveza y luego nada hasta después de cantar a las nueve.

A continuación, pasábamos a las clases de canto propiamente dichas. *La voix de tête*[40], según él, era muy buena, perfecta y natural; la voz de pecho no era demasiado mala; pero la *médium*[41] era extremadamente débil. Así, para empezar, debía cantar como mezzosoprano para desarrollar la voz. A veces se exasperaba por lo que llamaba la cara inglesa.

—Las caras inglesas —decía— no tienen expresión, Carecen de movilidad, no se mueve la piel alrededor de la boca y la voz, las palabras y todo sale del fondo de la garganta. Eso es fatal. La lengua francesa sale del paladar, del cielo de la boca; de ahí, del puente de la nariz, sale la voz médium. Habla usted bien el francés; es una lástima que no tenga el tono inglés, sino el del Midi.

Reflexioné un momento y luego dije que quizás era porque lo había aprendido de una criada francesa natural de Pau.

—Ah, así se explica —dijo—. Sí, eso es. Tiene usted el tonillo del sur. Como decía, habla corrientemente el francés pero de forma muy gutural, como si fuera inglés. Mueva los labios. Mantenga juntos los dientes, pero mueva los labios. Ya sé lo que vamos a

hacer.

Me ponía un lápiz en las comisuras de la boca y me mandaba pronunciar lo mejor posible al cantar, sin dejarlo caer. Al principio resultaba muy difícil, pero, al fin, lo conseguí. Sujetaba el lápiz con los dientes y movía mucho los labios para pronunciar.

Un día se puso furioso cuando le presenté la partitura de «Mon coeur s'ouvre a ta voix» de *Sansón y Dalila* y le pregunté si podía aprenderla, pues me había gustado mucho la ópera.

—Pero ¿qué es esto? ¿En qué clave está? Está traspuesta. —Le contesté que había comprado la versión para voz de soprano—. Pero Dalila es para mezzosoprano. ¿No sabe que el aria de una ópera debe cantarse en la clave en que está escrita? De otra forma se cambia la intensidad. Llévesela; si me trae la partitura correcta la aprenderá.

Desde entonces nunca me atreví a cantar un aria en clave traspuesta.

Aprendí muchas canciones francesas y una encantadora *Ave María* de Cherubini. Discutimos cómo debía pronunciar el latín.

—Los ingleses lo pronuncian al estilo italiano; los franceses tenemos una forma propia. Como es inglesa, es mejor que siga la pronunciación italiana.

Canté también canciones de Schubert en alemán no resultaba difícil; aunque no conocía esta lengua; por supuesto canté piezas italianas. En conjunto, no me permitía ser demasiado ambiciosa, pero, al cabo de unos seis meses, me dejó cantar la famosa aria «Che Gelida Manina» de *La Bohéme* y «Vissi d'arte» de *Tosca*.

Lo pasamos muy bien. A veces, después de visitar el Louvre nos llevaban a tomar el té a Rumpelmayer, un sitio delicioso para una chica golosa. Lo que más me gustaba, eran los pasteles de crema de incomparable sabor.

Paseábamos por el Bois, claro está; era un lugar encantador. Recuerdo que un día caminábamos de dos en dos por un camino muy arbolado; cuando apareció el clásico exhibicionista detrás de unos árboles. Le vimos todas, pero nos comportamos como si no hubiera pasado nada raro; tal vez no estábamos seguras de lo que habíamos visto. Miss Dryden, que nos acompañaba aquel día, siguió hacia delante, como si fuera un buque de guerra, seguida por todas nosotras. Supongo que el hombre, cuya parte superior era correcta,

de pelo negro, barba larga y corbata muy elegante, se pasaría el día vagando por los sitios más oscuros del Bois, tratando de sorprender a las modestas jovencitas de los pensionados que pasaran en doble fila deseando conocer algo más de la vida parisiense.

De vez en cuando teníamos fiestas; en una ocasión, vino una ex alumna americana casada con un vizconde francés acompañada de su hijo Rudy. Éste sería un barón francés, pero parecía un estudiante norteamericano. Recuerdo que se quedó un poco cohibido al ver a doce chicas casaderas que le miraban con interés, aprobación y con ojos románticos.

—Me he quedado sólo dando la mano —dijo jovialmente.

Nos lo encontramos de nuevo al día siguiente en el Palais de Glace, donde algunas patinábamos y otras aprendían. Estuvo muy galante, procurando dejar bien a su madre. Dio varias vueltas a la pista con las que pudimos seguirle. Como muchas veces en tales circunstancias, tuve mala suerte. Acababa de aprender y la primera tarde tiré al instructor, que se enfadó mucho al sentirse ridiculizado delante de sus colegas. Se enorgullecía de poder sostener a cualquiera, incluso a la más gorda norteamericana, de modo que se puso furioso al verse en el suelo por culpa de una joven larguirucha. Desde entonces, casi no me sacaba. Por eso, no quise arriesgarme a salir con Rudy por miedo a tirarle y molestarle.

Algo cambió en mí al verle. Sólo fue en esas dos ocasiones, pero marcaron un punto de transición. Desde entonces, abandoné la etapa de la veneración del héroe. Se acabó el amor romántico que había profesado a gente real e irreal, a ciertos personajes públicos y a algunos de los que venían a casa. Ya no tenía capacidad para el amor desinteresado y la inmolación. Comencé a pensar en los jóvenes como tales, criaturas maravillosas con las que daba gusto encontrarse y entre las que algún día escogería a mi marido. Si nos hubiéramos visto más veces, tal vez me habría enamorado de él; en todo caso, me sentí distinta. Entré a formar parte del mundo de las mujeres que estaban al acecho. Se esfumó de mi mente la figura del obispo de Londres, el primer objeto de mi adoración. Deseaba encontrarme con jóvenes reales, con muchos (aunque, de hecho, era bastante difícil).

No puedo precisar cuánto estuve con Miss Dryden; un año, quizás año y medio, no creo que llegara a dos. Mi voluble madre no

me propuso más cambios en el plan educativo; tal vez no sabía de ninguna otra cosa interesante, quizás intuyó que me encontraba muy a gusto donde estaba. Aprendía cosas que me interesaban, que pasaban a formar parte de mi vida.

Antes de dejar París, se me desvaneció un sueño. Miss Dryden esperaba a la condesa de Limerick, ex alumna suya, que era una estupenda pianista, alumna de Charles Fürster. Generalmente, las dos o tres estudiantes de piano daban un concierto informal en esas ocasiones; yo era una de ellas. El resultado fue catastrófico. Antes de empezar, me puse nerviosa; no demasiado, sólo como de costumbre; en cambio, en cuanto me senté al piano, me sentí incapaz de dar una a derechas; me equivocaba, perdía el ritmo y los tiempos parecían los de una aficionada; me armé un verdadero lío.

Lady Limerick se mostró muy amable; me dijo, que había notado lo nerviosa que estaba, que no eran raros los llamados ataques de miedo en el escenario, que quizá llegaría a dominarme cuando me acostumbrara a tocar delante del público. Le agradecí mucho sus palabras, pero sabía que no era sólo eso.

Seguí estudiando, pero antes de volver a casa, rogué a mi profesor que me dijera con franqueza si llegaría a ser una pianista profesional a base de trabajo y dedicación. Fue muy amable también, pero no me dijo mentiras. Según él, carecía de temperamento para tocar en público; tenía razón. Me afectó mucho durante algún tiempo, pero traté de no sufrir más de lo necesario.

Si no se puede ser lo que más se desea, es mejor reconocerlo y seguir adelante, en vez de hundirse en lamentaciones vanas e ilusiones. El recibir pronto ese desaire me ayudó para el futuro; me enseñó que carecía del temperamento preciso para cualquier clase de exhibición, ya que era incapaz de controlar la reacción física.

PARTE IV. FLIRTEOS, NOVIAZGO, PROCLAMAS, MATRIMONIO. (Juego popular victoriano)

I

Poco después de volver a casa, mi madre padeció una grave enfermedad, Como es habitual, los médicos diagnosticaron, apendicitis, paratifus, cálculos en la vesícula biliar y otras enfermedades. Se libró del quirófano varias veces. El tratamiento no la mejoraba y sufría frecuentes recaídas. Era una aficionada a la medicina. Cuando su hermano Ernesto hacía prácticas médicas, le ayudó con mucho entusiasmo. Habría sido quizá mejor médico que él, que tuvo que dejar la carrera porque no soportaba la sangre. Por aquel entonces, ella tenía tanta práctica como él sin importarle la sangre, las heridas o cualquier cosa que ofendiera a la vista. Observé que cuando íbamos juntas al dentista, despreciaba *Queen* o *The Tatler* e inmediatamente cogía *The Lancet* o el *British Medical Journal*.

Finalmente, perdió la paciencia con los médicos y dijo:

—No creo que sepan de qué se trata, ni yo misma lo sé. Lo mejor es librarse de ellos.

Encontró otro más complaciente y en seguida me anunció que le había aconsejado sol y un clima caliente y seco.

—Pasaremos el invierno en Egipto —me comunicó.

Una vez más nos dispusimos a alquilar la casa. Era una suerte que los viajes fueran bastante baratos y que el coste de la vida en el extranjero quedara cubierto con la renta pedida por Ashfield. Torquay era un lugar de moda para la temporada de invierno. Nadie iba allí en verano y los residentes se marchaban para escapar del «terrible calor» (no me lo explico; a mí me parece que el sur de Devon es muy frío en verano). Alquilaban casas en el páramo. Así hicieron una vez mis padres, pero tenían tanto calor, que mi padre alquiló una carreta y se iba todas las tardes a su jardín.

A lo que iba; Torquay era entonces la Riviera inglesa y la gente pagaba altos alquileres para pasar allí la temporada invernal, que era bastante alegre con conciertos por la noche, conferencias, bailes y muchas otras actividades sociales.

Yo estaba a punto de entrar en sociedad. Llevaba el pelo alto, lo que entonces significaba peinarse al estilo griego, con grandes manojos de bucles en lo alto de la cabeza recogidos por una especie de redecilla. Me quedaba muy bien, sobre todo con el vestido de noche. Era tan larga mi cabellera, que podía sentarme en ella sin dificultad. No sé por qué se consideraba un motivo de orgullo para la mujer, cuando, en realidad, no había quién lo dominara y además se caía continuamente. Para contrarrestar estos inconvenientes, las peluqueras inventaron lo que se llamaba un postiche, unos bucles postizos, que se fijaban con horquillas lo mejor posible.

La presentación en sociedad era muy importante en la vida de una joven. Si era acomodada, su madre daba un baile y se iba a Londres por una temporada, lo que no tenía nada que ver con esa barahúnda comercial tan bien montada en los últimos veinte o treinta años. A ese baile y a otros semejantes en los que tomaba parte se invitaba a los amigos personales. Se pasaban muchos apuros para que hubiera hombres suficientes; pero, en general, los bailes o eran informales o de beneficencia, en cuyo caso llegaba mucha gente.

Por supuesto, yo no podía soñar algo semejante. Magde se había presentado en Nueva York, donde había tomado parte en bailes y fiestas, pero no pudo pagarse una temporada en Londres y tampoco yo podía hacerlo. Pero mi madre quería a toda costa que no me faltara lo que consideraba «el derecho a nacer» de una joven; debía salir como una mariposa de una crisálida, transformándome de colegiala en señorita, y relacionarme con otras chicas y con muchos jóvenes para, diciéndolo llanamente, tener la oportunidad de encontrar el compañero adecuado.

Todo el mundo se esforzaba en ser amable con las chicas, invitándolas a recepciones y organizando alegres funciones de teatro para ellas. Se podía confiar en las amistades para reunirse. No tenía nada que ver con el sistema francés de proteger a las muchachas y de no presentarles más que un número reducido de «buenos partidos», que hubieran pasado ya las locuras de la

juventud y que tuvieran suficiente dinero o hacienda para mantener a la esposa. No me parece mal sistema, pues lograba un alto porcentaje de matrimonios felices. La creencia inglesa de que se obligaba a las francesas a casarse con viejos ricachones es falsa. Podían escoger, pero eso sí, el campo de elección era limitado. El joven calavera y alocado, el encantador *mauvais sujet*[42] que aquéllas posiblemente preferirían, no entraba en su órbita.

En Inglaterra era diferente. Las chicas se encontraban en los bailes con toda clase de muchachos. Estaban también las madres sentadas a título de guardianas, pero de nada servía. Claro está que la gente se preocupaba de que sus hijas no se relacionaran con cualquiera, pero aun así quedaba un vasto campo para elegir y las chicas preferían con frecuencia a jóvenes indeseables y llegaban incluso a comprometerse o a «entenderse» con ellos, un término útil con el que los padres evitaban la fea papeleta de rechazar tajantemente la elección de su hija.

—Eres muy joven todavía, hija. Estamos seguros de que Hugh es un buen chico, pero también es muy joven y no se ha asentado aún. No vemos ninguna razón para que no «te entiendas con él» y le veas de cuando en cuando, pero nada de cartas ni de compromiso formal.

Luego procuraban que conociera a otro mejor, para que le olvidara, cosa que ocurría con frecuencia. Con una oposición directa, la chica se habría aferrado más a su elección; en cambio, la autorización le restaba algo de atractivo y, como la mayoría eran sensatas, solían cambiar de opinión.

Debido a la mala situación económica por la que atravesábamos, mi madre comprendió lo difícil que me sería entrar en sociedad en el modo acostumbrado. Creo que eligió El Cairo como lugar de convalecencia pensando en mí y resultó una buena elección. Yo era tímida y poco sociable; me hacía mucha falta familiarizarme con el baile, con el trato con los jóvenes y todo lo demás.

Para una chica, El Cairo era como un sueño. Pasamos allí tres meses, asistiendo casi todos los días a los bailes que organizaban por turno los mejores hoteles. Estaban estacionados allí tres o cuatro regimientos. Todos los días había polo y, en el precio de un hotel moderadamente caro, se incluía todo eso. Había mucha gente pasando el invierno, en su mayoría madres con sus hijas. Al

principio estaba cohibida y seguí estándolo en muchos aspectos, pero el baile me apasionó. Me gustaban los chicos y pronto me di cuenta de que también yo les gustaba, de modo que todo iba a las mil maravillas. En aquella época tenía diecisiete años. El Cairo como tal no me decía nada; los que me interesaban eran los chicos guapos y finos.

Hoy día se ha perdido el arte de coquetear, pero entonces estaba en auge y se aproximaba a lo que los antiguos trovadores llamaban *le pays du tendre*[43]. Era una buena introducción a la vida: el apego, mitad sentimental, mitad romántico, que crece entre los que considero en mi edad avanzada como «chicos y chicas», les enseña algo de la vida y de los demás sin tener que pagar un precio demasiado caro y sin desilusiones. No recuerdo que hubiera hijos ilegítimos entre mis amigas y familiares. Bueno, me equivoco; una chica a la que conocíamos, se fue a pasar las vacaciones con una compañera de colegio y fue seducida por el padre de ésta, un hombre mayor de mala reputación. Fue una historia desagradable.

Las relaciones sexuales eran raras porque los jóvenes respetaban mucho a las chicas, y por la hostilidad de la opinión pública. Los hombres se liaban con mujeres casadas, generalmente bastante mayores que ellos, o con «amiguitas» de Londres, sin confesar a nadie que las conocían. Recuerdo un caso que presencié más adelante estando en una fiesta en Irlanda. Había en la casa otras dos o tres chicas y algunos jóvenes, la mayoría soldados; uno de ellos partió precipitadamente una mañana, diciendo que había recibido un telegrama de Inglaterra; era mentira. Nadie sabía el motivo; sólo se lo había confiado a una chica mucho mayor, a la que consideró capaz de entender el aprieto en que se encontraba. Por lo visto, le habían pedido que acompañara a una chica a un baile al que no habían sido invitadas las demás. La llevó en coche, pero a mitad del camino ella le propuso detenerse en un hotel y alquilar una habitación.

Llegaremos un poco tarde al baile —dijo—, pero nadie se dará cuenta; lo he hecho muchas veces.

El joven se quedó horrorizado y, después de rechazar la propuesta, no quiso encontrarse con ella al día siguiente. Por eso se había marchado de repente.

—Me resultaba increíble —comentaba—; parecía una chica tan

bien educada, muy joven y de buena familia, esa clase de chica con la que uno se casaría.

Se valoraba aún la pureza de las jóvenes, sin que por ello nos sintiéramos reprimidas en absoluto. Las relaciones románticas, coloreadas ciertamente por el sexo y la posibilidad de él, nos satisfacían plenamente. Después de todo, también los animales se cortejan durante cierto tiempo. El macho se pavonea y coquetea, mientras la hembra hace que no se da cuenta pero se siente halagada. No es el modelo, pero es una especie de aprendizaje. Los trovadores tenían razón al cantar al pays du tendre. Releo con frecuencia *Aucassin and Nicolette*, por su encanto, naturalidad y sinceridad. Nunca más, después de la juventud, se siente de nuevo la excitación de la amistad con un hombre, esa sensación de afinidad, de tener los mismos gustos, de decir lo que el otro estaba pensando. Mucho es ilusión, desde luego, pero una ilusión maravillosa que no debe faltar en la vida de una mujer, aunque luego nos reíamos de nuestras propias tonterías.

Sin embargo, en El Cairo no me enamoré ni siquiera ligeramente. Tenía mucho que hacer y había demasiadas distracciones y jóvenes atractivos y con personalidad. Los que agitaban mi corazón eran los cuarentones que bailaban amablemente con la niña de vez en cuando y se divertían conmigo como con un bonito juguete, pero nada más. La sociedad decretaba que no se bailara más de dos veces con el mismo en una sola noche. Te podías estirar hasta tres, a veces, pero, en ese caso, te atravesaban las miradas de las guardianas.

Los primeros vestidos de noche producen siempre mucha alegría. Tenía uno verde de gasa con cintas, uno blanco de seda más bien liso, y otro lujoso de tafetán azul turquesa de una pieza que la abuelita había desenterrado de uno de sus tesoros de retales. Era un género estupendo; pero, como había estado guardado muchos años, no soportó el clima de Egipto, y una noche, en lo mejor del baile, se me rasgaron la falda, las mangas y alrededor del cuello y tuve que ir corriendo al guardarropa de señoras.

Al día siguiente fuimos a una sastrería oriental. Era cara; los vestidos ingleses eran mucho más baratos. No obstante, compré uno precioso de raso tornasolado, con un manojo de capullos de rosas en un hombro. Lo que yo quería, como todas las chicas, era un vestido

de noche negro para parecer mayor; pero mi madre, como todas las madres, se opuso.

Mis principales compañeros de baile fueron un joven de Comwall, llamado Trelawny y un amigo suyo, ambos del 60 Regimiento de Rifles. Uno de los oficiales, el capitán Craik, comprometido con una chica norteamericana, me devolvió a mi madre después de un baile diciendo:

—Aquí tiene a su hija; ha aprendido a bailar, es más, baila muy bien. Ahora enséñele a hablar.

Era un reproche justificado; seguía siendo parca en palabras.

Era guapa. Los míos se mueren de risa cuando lo comento. Sobre todo mi hija y sus amigas, que me dicen:

—Pero, mamá, ¿qué dices? Basta ver esas horribles fotos que tienes.

Es verdad que en algunas estaba fea, pero se debe al vestuario, demasiado reciente para ser de *época*. Llevábamos sombreros monstruosos de casi un metro de diámetro, hechos de paja, con cintas, flores y grandes velos. Solíamos retratarnos con ellos, sujetos a veces bajo la barbilla con una cinta; otras veces, con el pelo muy rizado y un enorme ramillete de rosas colocado sobre la oreja como si fuera un auricular del teléfono.

Conservo una bastante bonita que me hice antes de presentarme en sociedad, con dos coletas y sentada, sabe Dios por qué, ante una rueca. Como me dijo una vez un joven:

Me gusta mucho esta Gretchen[44].

Supongo que me parecería a la *Margarita de Fausto*. Otra bastante bonita me la hice en El Cairo con uno de los sombreros más sencillos, uno enorme de paja azul oscuro con una rosa colorada. Enmarcaba muy bien la cara y tenía menos cintas que la mayoría. En general los vestidos eran complicados y llenos de encajes.

En seguida me entusiasmó el polo; solía verlo todas las tardes. Mi madre trataba de fomentarme otras aficiones, llevándome alguna vez al museo o proponiéndome que fuéramos a lo largo del Nilo a ver las glorias de Luxor. Yo protestaba, con lágrimas en los ojos:

—No, mama, vayamos otro día. El lunes hay un baile de disfraces y he prometido ir de excursión a Saqqara el martes…

Lo que menos me interesaban eran las maravillas de la antigüedad y me alegro de que no me llevara a verlas. Luxor, Karnack y las bellezas de Egipto producirían en mí un tremendo impacto veinte años después, mientras habría sido una pérdida de tiempo verlas sin apreciarlas.

No hay mayor error que ver u oír las cosas a destiempo. Aprenderse a Shakespeare en la escuela es una barbaridad; está escrito para verlo en escena, donde los jóvenes pueden apreciarlo mucho antes de que estén capacitados para descubrir la belleza de las palabras y de la poesía. Cuando tenía unos once años, llevé a mi nieto Mateo a ver Macbeth. Le gustó mucho. A la salida, volviéndose hacia mí, me dijo muy admirado:

—Si no hubiera sabido de antemano que se trataba de Shakespeare, no lo habría creído.

Era un homenaje al dramaturgo y así me lo tomé.

Después del éxito de *Macbeth*, le llevé a ver Las *alegres comadres de Windsor*. Entonces se presentaba al natural, sin artilugios. La última vez que vi esta obra, en 1965, el montaje era tan artificial que no recordaba en absoluto al sol invernal del viejo parque de Windsor. Hasta la cesta de la ropa sucia había dejado de serlo; se reducía un mero símbolo hecho con rafia. El truco de las tortas pierde la gracia cuando aparece totalmente sofisticado. La deliciosa escena de las natillas provoca carcajadas, siempre y cuando se embadurne realmente la cara. Con un pedazo de cartón en el que pone «Polvo de natillas» se obtiene el simbolismo, pero se estropea la farsa. A Mateo le encantó la obra, sobre todo el maestro galés.

Creo que no hay nada más agradable que descubrir con los jóvenes cosas que, por considerarlas naturales durante mucho tiempo, no hemos reparado en ellas. Una vez fuimos Max y yo a visitar los castillos del Loira con mi hija Rosalinda, y una de sus amigas los observó como una experta y comentó:

—Menudas fiestas se darían aquí.

Nunca se me había ocurrido, pero era una observación sagaz. Los antiguos reyes y nobles de Francia se divertían mucho en sus castillos. La moraleja (siempre me gusta sacarla) es que nunca se es demasiado viejo para aprender. Siempre queda algún aspecto sin considerar.

Me parece que me he alejado mucho de Egipto. Una cosa lleva a

otra, ¿por qué no? Ahora me doy cuenta de que aquél invierno nos solucionó muchos problemas. Mi madre ofreció una vida social a su hija con poco dinero y yo vencí la timidez. En el lenguaje del tiempo, aprendí a comportarme en sociedad. La forma actual de vida es tan diferente, que es casi imposible explicarlo.

El problema es que hoy las chicas desconocen por completo el arte del coqueteo que, como ya he dicho, se cultivaba mucho en nuestra generación. Sabíamos las reglas de cabo a rabo. En Francia no se dejaba sola a una chica con un joven; en Inglaterra era diferente. Paseábamos a solas con él a pie o a caballo; en el baile, en cambio, estaba presente nuestra madre o una matrona, o bien, para salvar las apariencias una joven casada. Pero, una vez respetadas las reglas y después de bailar con un joven, podíamos pasear con él a la luz de la luna o entrar en el Invernadero, donde tenían lugar estupendos *têtes a têtes* sin perder la honra delante del mundo.

Un arte difícil, sobre todo para mí, era el dominio del programa. Supongamos que comienzas una fiesta; A B C son tres chicas y D E F, tres chicos. Debes bailar por lo menos dos veces con cada uno: probablemente uno te acompañará en la cena, a no ser que tú o él no lo deseéis, El resto del programa depende de tu voluntad. Se te acercarán muchos de los que no te interesan; entonces se requiere astucia.

Hay que evitar que se enteren de que tienes bailes libres entonces finges que harás lo posible para reservarles el decimocuarto. Lo difícil es mantener el equilibrio. Los chicos con quienes deseas bailar andan sueltos por ahí; si llegan tarde, el programa puede estar ya completo, pero si dices demasiadas mentiras a los primeros, es posible que te queden lagunas. Entonces tendrás que renunciar a algunos bailes y convertirte en un objeto decorativo. Qué agonía cuando de pronto aparece el joven que esperabas en secreto y que te ha estado buscando por todas parte como un loco. Tienes que decirle con tristeza:

—No me queda más que el segundo extra y el décimo.

—No me digas que no puedes ofrecerme algo mejor —suplicará.

Consultas el programa y reflexionas. No está bien desdecirte. No sólo lo desaprueban los anfitriones y las madres, sino también los mismos jóvenes que, a veces, se vengan haciéndote lo mismo. Quizá

leas el nombre de un joven que se ha portado mal contigo, que ha llegado tarde o que, durante la cena, ha hablado más a otra que a ti. En ese caso, le castigas como se merece. De vez en cuando, se puede rechazar a los que bailan tan mal y que te acribillan los pies. Pero a mí me costaba hacerlo; tenía un corazón muy tierno y me daba pena tratar mal a un pobre chico del que todas huían. El asunto era más peliagudo, de lo que parece. En cierto sentido era divertido, pero en otro destrozaba los nervios. Desde luego se aprendía a base de experiencia.

La estancia en Egipto, me ayudó mucho. Nada me habría librado tan pronto de mi torpeza. Fueron tres meses estupendos. Llegué a conocer bastante bien a veinte o treinta jóvenes; fui a unos cincuenta o sesenta bailes, y además, tuve la suerte de ser demasiado, joven y de divertirme demasiado para enamorarme. Lanzaba miradas lánguidas a unos coroneles bronceados de mediana edad, pero la mayoría estaban liados con mujeres, atractivas casadas con otros; y no les llamaba la atención las jovencitas insípidas. Me daba mucho la lata un conde austríaco excesivamente ceremonioso, enamorado de mí. Por mucho que le evitara, siempre me encontraba y me hacía prometerle un vals, que, como ya he dicho, era el único baile que no me gustaba; él lo bailaba divinamente, es decir, no hacía más que dar vueltas vertiginosas, y yo me mareaba y tenía miedo de caerme, tanto más porque en la clase de Miss Mickey no se consideraba bonito ese movimiento y me faltaba práctica.

El conde me dijo que le gustaría hablar un poco con mi madre; era la forma de insinuar que sus intenciones eran honorables. No tuve más remedio que presentársela y soportar una verdadera penitencia. Se sentó a su lado acompañándola ceremoniosamente durante al menos veinte minutos. Luego, al llegar a casa, mi madre me dijo enfadada:

—¿Cómo se te ha ocurrido presentarme a ese pequeño austríaco? Creí que no me libraría de él.

Le aseguré que no había podido evitarle, que había insistido.

—Mira, Agatha, despabílate para otra vez. No soporto que me traigas chicos a hablar conmigo. Lo único que pretenden es ser corteses y causar buena impresión.

Comenté que era un hombre horroroso.

—No está mal —dijo ella—, es bien educado y baila muy bien, pero me pareció soso.

La mayoría de mis amigos eran suboficiales y nuestra amistad era absorbente, pero no seria. Les veía jugar al polo y les chinchaba o aplaudía, según lo hubieran hecho bien o mal, y ellos se esforzaban por lucirse delante de mí. Me resultaba más difícil hablar con hombres algo mayores. Me he olvidado de muchísimos nombres, pero uno era el capitán Hibberd, que bailó conmigo bastantes veces. Me quedé de piedra cuando, regresando en barco de El Cairo a Venecia, mi madre me dijo con toda naturalidad.

—Supongo que sabrás que el capitán Hibberd quería casarse contigo.

—¿Qué? —dije sorprendida—. Nunca se me declaró ni me dijo nada.

—No; me lo dijo a mí.

—¿A usted? —dije con asombro.

—Sí; dijo que estaba muy enamorado de ti y me pregunté si te consideraba demasiado joven y que quizá no convenía que él te lo dijera.

—¿Y qué le contestó usted?

—Le dije que estaba segura de que tú no le querías y que era inútil que siguiera con esa idea.

—Mamá —exclamé indignada—, ¿no le habrás dicho eso, verdad?

—¿Es que te gustaba? —me preguntó, mirándome sorprendida. ¿Habrías considerado su propuesta de matrimonio?

—No; ciertamente que no me casaría con él de ninguna manera, ni estoy enamorada de él, pero soy yo la que debo decidir.

Se quedó perpleja; luego admitió noblemente que se había equivocado.

—Hace mucho que dejé de ser joven, pero comprendo lo que sientes. Sí, una quiere decidir por sí misma.

Durante algún tiempo, estuve algo molesta. Quería saber qué se sentía cuando le pedían la mano a una. El capitán era guapo, no era pesado, bailaba bien, era rico; qué pena no haber podido sopesar su petición. Ocurre a veces que, si no se siente atracción por un joven que está enamorado de ti, se le rechaza porque los hombres enamorados se las componen para poner siempre ojos de carnero

degollado. Si una chica está enamorada de él, no presta atención a eso; pero, si no, le borra de su mente. Es una de las grandes injusticias de la vida; las mujeres, sin embargo, cuando se enamoran parece diez veces más guapas: les brillan los ojos, sus mejillas cobran color, sus cabellos resplandecen, tienen una conversación más ingeniosa y animada. Incluso los que no se habían fijado en ellas, comienzan a fijarse.

Aquélla fue la primera y más decepcionante propuesta de matrimonio que recibí. La segunda provino de un joven que medía 1,80. Me había gustado mucho y habíamos sido buenos amigos. Me alegro de que no se le ocurriera declararse a través de mi madre; era más listo que todo eso. Se apañó para volver a casa en el mismo barco que yo, zarpando de Alejandría para Venecia. Sentí no estar más enamorada de él. Nos escribimos durante algún tiempo, hasta que le mandaron a la India. Si hubiera sido algo mayor, quizá me hubiera interesado.

A propósito de propuestas de matrimonio, ignoro si entonces los hombres tenían dotes particulares para declararse. Algunas de las propuestas que recibimos mis amigas y yo eran totalmente irreales. Sospecho que si las hubiéramos aceptado se habrían echado atrás. Una vez me enfrenté a un joven lugarteniente de la marina. Volvíamos a casa después de una fiesta celebraba en Torquay, cuando de pronto se me declaró. Se lo agradecí, pero le dije que no quería casarme con él, añadiendo:

—Y no creo que tú lo quieras tampoco.

—Sí, sí.

—No lo creo. No hace más que diez días que nos conocemos y, además, no sé cómo te quieres casar tan joven. Sería fatal para tu carrera.

—Bueno, sí; en cierto sentido, es verdad.

—Entonces, es una tontería que me lo propongas. Debes admitirlo. ¿Por qué lo has hecho?

—Me salió espontáneo. Te miré y se me escapó.

—Bien —le dije—. Creo que no deberías hacerlo con ninguna otra. Ten más cuidado.

Nos separamos bastante prosaicamente.

II

Al describir mi vida, me choca que parezca que todos éramos muy ricos. Hoy día habría que serlo para vivir así, pero, de hecho, casi todos mis amigos provenían de familias de ingresos moderados, que carecían de coche y de caballos y que no habían adquirido el nuevo automóvil, exclusivo de los ricos.

Las chicas no tenían, por lo general, más de tres vestidos de noche, que debían durar varios años. Cada temporada se pintaban los sombreros con una pintura de un chelín. Íbamos a pie a las recepciones y a las fiestas en pistas de tenis y en jardines, aunque alquilábamos un coche para asistir a bailes nocturnos en el campo. En Torquay no se celebraban muchos bailes privados, salvo en Navidad y en Pascua. La gente invitaba con frecuencia a sus huéspedes a quedarse para que asistieran al baile de la Regata en agosto, o a algún otro celebrado en una de las casas más grandes. Pocas veces fui al baile en Londres, durante los meses de junio y julio, porque no conocíamos a casi nadie. Pero, de vez en cuando, tomaba parte en bailes organizados por seis personas, que resultaban poco costosos.

También se daban fiestas en las casas de campo. Acepté la invitación de nuestros amigos de Warwickshire, poniéndome muy nerviosa al principio. Eran grandes cazadores. Constance Ralston Patrick, la esposa, no cazaba; llegaba a todas las partidas de caza conduciendo un carruaje tirado por un pony. Mi madre me había prohibido severamente que cabalgara.

—No sabes montar como es debido —observaba, y sería fatal que hirieras a algún animal ajeno.

Pero nadie me ofreció un caballo; quizá fuera mejor.

Este deporte sólo lo había practicado en Devonshire; me había

limitado a trepar por montículos, al estilo de la caza irlandesa, montando un caballo de alquiler, acostumbrado a llevar sobre la grupa a jinetes poco avezados. El animal sabía más que yo, ciertamente; por eso solía dar rienda suelta a Crowdy, mi caballo habitual, un bayo sin brío que se desenvolvía bien entre los montículos de Devon. Naturalmente cabalgaba a sentadillas; entonces casi ninguna mujer iba a horcajadas. Me sentía más segura con las piernas ceñidas a la perilla del arzón.

La primera vez que me senté a horcajadas, me resultó más incómodo de lo que había imaginado.

Los Ralston Patrick fueron muy amables conmigo. No sé por qué me llamaban «la rosada», quizá porque llevaba muchos vestidos de color rosa. Robín me tomaba mucho el pelo con ese mote, mientras Constance me guiñaba el ojo maternalmente. Tenían una hija encantadora de unos tres o cuatro años cuando fui la primera vez, y me pasaba mucho tiempo jugando con ella. Constance era casamentera de nacimiento; durante mis visitas, me presentó a varios hombres guapos y sin compromiso. A veces fui a cabalgar de forma extraoficial. Recuerdo que un día había galopado por los campos con un par de amigos de Robin. Como habíamos salido de improviso y no me había dado tiempo de prepararme adecuadamente, tenía el peinado poco fijo. Igual que todas, llevaba un postizo. Cuando volvíamos por una de las calles del pueblo, se me soltó el pelo y se me cayeron los bucles a lo largo del camino. Tuve que apearme para recogerlos. En contra de lo que cabía esperar, aquello produjo una reacción favorable. Robin me dijo luego que uno de los principales de Warwickshire Hunt había comentado:

—Qué chica más simpática tienes en casa. Me gusta cómo se comportó cuando se le cayó el pelo postizo; ni se inmutó. Lo recogió muerta de risa con mucho sentido del humor.

¡Qué cosas tan raras le hacen gracia a la gente!

Otra delicia que disfruté con aquellos amigos fue el automóvil. No sabría explicar el entusiasmo que provocaba en 1909. Robin lo mimaba como a las niñas de sus ojos, tanto más cuanto más se le averiaba. Recuerdo que un día fuimos de excursión a Banbury. Nos equipamos como para ir al Polo Norte: con grandes mantas de piel, bufanda y pasamontañas, cestas de provisiones, etc. Nos

despedimos cariñosamente de Constance, que nos besó a todos, nos recomendó que tuviéramos mucho cuidado y nos dijo que prepararía mucha sopa caliente y toda clase de comodidades si volvíamos. Banbury quedaba a unos cuarenta kilómetros, pero parecía el fin del mundo.

Avanzamos sin problemas durante diez kilómetros, con cautela, a unos cuarenta por hora; pero ése no fue más que el principio. Llegamos, por fin, a Banbury después de cambiar un neumático y de buscar un taller; entonces había pocos y muy distanciados. Finalmente llegamos a casa, hacia las siete de la noche, agotados, helados de frío y hambrientos como lobos, a pesar de haber acabado todas las provisiones. Lo considero aún uno de los días más aventureros de mi vida. Me pasé buena parte de él sentada en un montículo, al borde de la carretera, azotada por un viento helado, metiendo prisa a Robin y Bill, quienes, con el manual de instrucciones abierto, luchaban con los neumáticos, la rueda de repuesto, el gato y otras piezas mecánicas cuyo manejo desconocían.

Un día fui con mi madre a Sussex a ver a los Barttelot. Estaba también el señor Ankatell, hermano de la señora Barttelot, que tenía un enorme y potente automóvil de los que, a mi parecer, tenían 25 metros de largo y unos tremendos tubos por fuera. Era un buen conductor y se ofreció a llevarnos a Londres.

—No hay necesidad de ir en tren; los trenes son máquinas asquerosas. Las llevo en coche.

Me sentí en el séptimo cielo. La señora Barttelot me prestó uno de los nuevos gorros para ir en coche, una cosa aplanada mitad de marinero y mitad de oficial imperial alemán de la que colgaban unos velos. Entramos en el monstruo, nos colocaron alrededor mantas suplementarias y partimos veloces como el viento. Los coches eran abiertos; para disfrutar con ellos, había que ser resistente; pero tocando el piano en un cuarto sin calefacción durante el invierno, cualquiera se curtía contra les vientos glaciales.

El señor Ankatell no se conformó con ir a 35 kilómetros por hora, que era la velocidad de seguridad; iríamos a setenta u ochenta por las carreteras de Sussex. De pronto saltó en el asiento, exclamando:

—¡Miren hacia atrás, miren allá detrás del seto! ¿Ven aquel tipo

que está escondido? ¡Sinvergüenza!, ¡villano! Es una trampa de la policía. Eso es lo que hacen los desgraciados, esconderse detrás de los setos para salir luego a medir la velocidad.

De ochenta bajamos a veinte, mientras soltaba la carcajada:

—¡Que venga a medir ahora!

Me daba algo de miedo, pero me encantaba; era un coche rojo vivo, un monstruo sobrecogedor y fantástico.

Más adelante fui a ver a los Barttelot, con ocasión de las carreras de Goodwood. Fue la única vez que no disfruté en la casa de campo. No había más que miles de aficionados, cuyo lenguaje me resultaba incomprensible. Para mí, las carreras significaban estarme de pie durante muchas horas, luciendo un sombrero con flores que se me iba a la primera ráfaga de viento, a pesar de los seis alfileres con que lo sujetaba, y con zapatos de cuero de tacón alto, muy ajustados, que me ponían los pies y los tobillos hinchados por el calor. A veces, fingía mucho entusiasmo cuando todos gritaban «¡Ahí están!», y se ponían de puntillas para ver a los cuadrúpedos, que ya se perdían de vista.

Uno me preguntó amablemente que si quería apostar algo. Le miré horrorizada. La hermana del señor Anketell, que hacía que anfitriona le despidió rápidamente.

—No seas tonto —le dijo—, la chica no ha venido a apostar. Mira —me dijo luego con bondad—, vas a jugar cinco chelines en mis apuestas. No prestes atención a los demás.

Cuando descubrí que apostaban veinte o veinticinco libras cada vez, se me pusieron los pelos de punta. Pero las anfitrionas tenían consideración con las chicas en lo referente al dinero. Sabían que pocas lo podían malgastar tontamente. Aun las ricas, o las que provenían de familias que lo eran, disponían de poco para ellas, de cincuenta a cien libras anuales. De modo que las anfitrionas las cuidaban mucho. Si las animaban a jugar al bridge, alguien se hacía cargo de ellas y pagaba las deudas eventuales. Así no se sentían excluidas y, por otra parte, no arriesgaban sumas que no podían permitirse el lujo de perder. Mi primer contacto con las carreras no me entusiasmó. Cuando volvía a casa, le dije a mi madre que esperaba no oír nunca más las palabras «¡Ahí están!». Pero, al cabo de un año, me había aficionado mucho y conocía algo sobre los corredores. Más tarde, pasé una temporada con la familia de

Constance Ralston Patrick en Escocia, donde su padre tenía una cuadra de caballos de carrera, y me iniciaron más en el deporte, llevándome a presenciar varias carreras que me parecieron entretenidas.

Goodwood no había sido más que un encuentro de jardín que se había prolongado demasiado. Además, había una clase de diversión la que yo no estaba acostumbrada: la gente asaltaba los cuartos de los demás, tiraba las cosas por la ventana y armaba jaleo en medio de grandes carcajadas. No había chicas solteras; la mayoría eran jóvenes esposas muy acostumbradas al mundo de las carreras. Un viejo coronel de unos sesenta años entró precipitadamente en mi cuarto gritando:

—Vamos a ver si nos divertimos un poco con la pequeña —y, tomando uno de mis vestidos de noche del armario, uno algo infantil, de color de rosa y con cinta, lo tiró por la ventana gritando —: ¡Atrapadlo, atrapadlo! Es un trofeo de la más joven de la fiesta.

Me quedé muy afligida; los vestidos de noche eran muy importantes para mí: los mimaba, guardaba, limpiaba y arreglaba con sumo esmero, y ahora veía que me los tiraban como si fueran trapos sucios. La hermana del señor Anketell y otra mujer vinieron en mi ayuda, diciéndole que no debía tomar el pelo a la pobre chica. Me alegré de marcharme de allí; no obstante, no hay duda de que fue una buena experiencia.

Entre otras, recuerdo una gran fiesta en una casa de campo que habían alquilado los señores Park-Lyle, A él, se le llamaba el «rey del azúcar». A su mujer la conocimos en El Cairo, cuando tenía unos cincuenta o sesenta años, aunque parecía una guapa mujer de veinticinco; nunca había visto tanto maquillaje fuera del escenario. Tenía una estupenda apariencia con su pelo oscuro muy bien peinado y la cara maquillada con gusto exquisito, casi comparable a la de la reina Alejandra, con sombras de color rosa y azul claro; en fin su aspecto era un verdadero triunfo del arte sobre la naturaleza. Mujer de extremada amabilidad, disfrutaba cuando estaba entre gente joven.

Me sentía atraída por un joven que estaba allí y que moriría en la guerra de 1914-1918. Aunque se fijó poco en mí, tenía la esperanza de que llegaríamos a ser buenos amigos. En cambio, tuvo que aguantar a un artillero que o se apartaba de mi lado y que

siempre quería formar pareja conmigo en tenis, en croquet y en todo; mi exasperación crecía de día en día. A veces era muy ruda con él, pero no se daba por enterado. No hacía más que preguntarme si había leído tal libro o tal otro, ofreciéndose a enviármelos; que si iba a ir a Londres, que si me gustaría ver jugar al polo, etc. Mis negativas no le hacían mella. Cuando llegó el día de mi partida, tenía que tomar el tren muy temprano, pues debía ir primero a Londres para tomar allí el de Devon. La señora Park-Lyle me dijo después del desayuno:

—Fulano de tal (no recuerdo ahora su nombre) la llevará a la estación.

Gracias a Dios, no quedaba muy lejos. Hubiera preferido ir en uno de los coches de mis anfitriones, que tenían varios, pero probablemente se ofrecería a llevarme y creyeron que me agradaría. ¡Qué poco enterados estaban! En fin, llegamos a la estación subimos al tren, que era el expreso de Londres, y me acomodó en el extremo de un coche vacío de segunda. Me despedí con amabilidad contenta de verle por última vez. Entonces, en el preciso momento en que arrancaba el tren, giró el picaporte, abrió la puerta y entró cerrándola tras de sí.

—Me voy a Londres también —dijo.

Me quedé mirándole con la boca abierta.

—Pero no tienes equipaje.

—Ya sé, ya sé… no importa. —Se sentó frente a mí se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas y me dirigió una mirada feroz. Pensaba decírtelo cuando nos volviéramos a ver. Pero no puedo esperar; tengo que hacerlo ahora mismo: estoy enamorado de ti, cásate conmigo, por favor. Desde que llegaste al comedor me di cuenta de que eras la única mujer de mi vida.

Me costó bastante interrumpir aquel torrente de palabras para decirle con frialdad glacial:

—Es usted muy amable, señor X, estoy segura y muy agradecida, pero siento decirle que no.

Protestó durante un cuarto de hora; al fin, me rogó que olvidáramos el asunto, que siguiéramos con nuestra amistad y que nos volviéramos a ver. Le contesté que prefería que no nos viéramos más y que no cambiaría de parecer. Lo expresé con tal determinación, que lo aceptó sin rechistar. Se echó hacia atrás en el

asiento y se hundió en la tristeza. ¿Hay peor momento para declararse a una chica? Estábamos los dos encerrados en un coche vacío (entonces no había corredores), camino de Londres, faltando aún más de dos horas de viaje, sin nada que decirnos y sin nada que leer. Me desagrada aún cuando me acuerdo de él y no le guardo «la gratitud debida al hombre que te ama», según la máxima de la abuela. Estoy segura de que era un buen hombre, quizá por eso era tan pesado.

Fui también a casa de unos viejos amigos de mi madrina, los Matthews, del condado de York, con motivo de unas carreras de caballos. La anfitriona era terrible, pues no paraba de hablar. Me invitaron porque eran las fiestas de St. Leger. Para entonces, ya me había acostumbrado a las carreras y disfrutaba con ellas. Además (una de esas tonterías que se recuerdan), me compré un traje nuevo que me quedaba muy bien; era de lana marrón y verde de primera calidad, confeccionado en una buena sastrería. Era una de esas cosas en que, según mi madre, valía la pena emplear el dinero, porque probablemente duraría muchos años, como resultó en efecto: lo usé al menos durante seis años. La chaqueta era larga con cuello de terciopelo. Me ponía también un elegante sombrerito de terciopelo del mismo color verde oscuro y con un ala de pájaro. No tengo fotografías vestida así; de todos modos, ahora resultaría ridícula, pero, por lo que recuerdo, iba elegante, deportiva y bien vestida.

Cuando llegué a la estación en la que debía trasbordar (creo que venía de Cheshire, donde había estado con mi hermana) me llevé una gran alegría. Soplaba un viento frío y el jefe de estación me invitó a que esperara en su oficina.

Su doncella —me dijo—, puede traer el joyero o lo que tenga de valor.

Naturalmente, no había viajado con una doncella en toda mi vida, ni tenía joyero, pero me encantó el trato, que se debió probablemente a la elegancia de mi sombrero de terciopelo. Contesté que mi doncella no me acompañaba esta vez (dije *esta vez*, para no bajar de categoría), pero, acepté con gusto la invitación, y me senté junto a una buena chimenea, haciendo comentarios tópicos sobre el tiempo. Cuando llegó el tren, me acompañó con toda ceremonia, Estoy convencida de que me trató así gracias al

traje y al sombrero, pues viajando en segunda no podía ser muy rica o tener influencias.

Los Matthews vivían en una casa llamada Thorpe Arch Hall. El anfitrión era mucho mayor que su esposa (tendría unos setenta años), era simpático, con el pelo blanco y un gran aficionado a las carreras y la caza cuando era joven. Aunque estaba muy enamorado de su esposa, con frecuencia se impacientaba con ella. Le recuerdo, sobre todo, diciendo irritado:

—¡Maldita sea, Addie, déjame en paz, déjame en paz!

No paraba de moverse y fastidiar; charlaba y daba la lata desde la mañana hasta la noche. Le aburrió tanto al pobre Tommy, que, al final invitó a vivir con ellos a su amigo el coronel Wallenstein, a quien se conocía en todo el condado como el segundo esposo de la señora Matthews. Estoy segura de que no era su amante; al coronel le gustaba Addie desde siempre, pero ella le había mantenido en el puesto de amigo cómodo, platónico, con un apego romántico. A lo que iba; la señora Matthews vivía una vida placentera con sus dos afectuosos hombres que la mimaban y halagaban y se las arreglaban para que no le faltara nada.

Estando allí conocía a Evelyn, esposa de Charles Cochran. Era una mujercita encantadora, como una pastora de Dresden, con grandes ojos azules y pelo rubio. Llevaba unos zapatos muy bonitos pero muy incómodos para el campo, y Addie no hacía más que reprochárselo día y noche:

—Pero, Evelyn, querida, ¿por qué no traes un calzado apropiado? Fijaos, estos zapatos tienen la suela tan fina que solamente valen para Londres.

Evelyn la miraba con los ojos muy abiertos; su vida transcurría principalmente en Londres; se dedicaba al teatro. Me contó que había saltado por una ventana para escaparse con Charles, al que no aceptaban en su familia; le adoraba de una forma poco habitual. Le escribía todos los días cuando estaba ausente. Creo que, a pesar de sus muchas aventuras, nunca dejó de amarle. Sufrió mucho mientras vivió con él, pues con un amor como el suyo, seguro que le atormentaban los celos; pero le valdría la pena. Sentir toda la vida tal pasión por una persona es un privilegio, no importa el precio que haya que pagar.

El coronel Wallenstein era su tío; le tenía mucha antipatía, como

también a Addie, pero quería mucho al viejo Tom Matthews.

—Nunca me ha gustado mi tío —decía—; es muy pesado. En cuanto a Addie, es la mujer más exasperante y tonta que he conocido jamás. No deja en paz a nadie; no hace más que regañar y meterse en donde no le importa, es incapaz de cerrar la boca.

III

Tras el encuentro de Thorpe Arch, Evelyn me invitó a visitarla en Londres. Me sentía algo cohibida y muy entusiasmada oyendo tantas cosas sobre los actores. Por primera vez, me di cuenta también de que los cuadros tenían algún valor; el señor Cochran tenía mucha afición por la pintura. Cuando vi su cuadro de Degas que representaba a unas bailarinas, sentí algo en mi interior desconocido hasta entonces. La costumbre de llevar a niñas pequeñas contra su voluntad a las galerías de arte es lamentable. No produce el efecto deseado, a no ser que tengan cierta inclinación artística natural. Además, para el ojo profano, el parecido de los grandes maestros entre sí es deprimente, tiene un velo de tristeza. Recuerdo con horror los esfuerzos de mi familia por crearme aficiones artísticas; primero, obligándome a dibujar y pintar y luego, infundiéndome el deber moral de apreciar las obras de arte.

Una amiga nuestra norteamericana, May, muy amante de los cuadros, de la música y de la cultura en general, venía con cierta frecuencia a Londres (era sobrina de mi madrina, la señora Sullivan, y también de Pierpont Morgan). Era una excelente persona con una terrible enfermedad: bocio. En su juventud (tendría unos cuarenta años cuando la conocí), no había aún remedio para dicha dolencia: la cirugía se consideraba muy peligrosa. Una vez que vino a Londres, le dijo a mi madre que iba a operarse a una clínica suiza.

Ya lo tenía todo dispuesto. Un famoso cirujano especialista, le había dicho:

—Señorita, no aconsejaría esta operación a ningún hombre; hay que operar con anestesia local, pues el paciente debe estar hablando todo el tiempo, y los hombres no tienen la fortaleza necesaria; en cambio las mujeres sí. La operación dura una hora o más y deberá

hablar sin parar. ¿Será capaz?

Decía ella que se quedó mirándole, lo pensó un minuto o dos y luego contestó con decisión que sí, que lo haría.

—Creo que haces bien en probar, May —dijo mi madre—. Será muy duro, pero si resulta bien, cambiará tanto tu vida que bien vale la pena sufrir lo que sea.

A su tiempo, May nos comunicó que la operación había sido un éxito. Había dejado ya la clínica y se encontraba en una pensión en Fiesole (Italia), cerca de Florencia; se quedaría allí un mes y luego volvería a Suiza para una revisión. Le pedí a mi madre que me dejara ir con ella para ver Florencia, su arte y arquitectura. Accedió y preparamos el viaje. Por aquel entonces tenía yo dieciséis años y estaba muy entusiasmada, claro está.

El agente de Cook me confió en la estación Victoria a una señora y a su hija, que viajaban en el mismo tren. Tuve suerte de que las dos se mareaban si no iban sentadas en la dirección de la marcha; así, como a mí me daba lo mismo, me pude acostar en el otro asiento. No me había fijado en la diferencia de horario, de modo que al llegar a la frontera en la que debía cambiar, todavía estaba dormida. El revisor me ayudó a bajar y mis compañeras de viaje me despidieron a gritos. Recogí mis pertenencias, tomé otro tren y en seguida me vi recorriendo las montañas italianas.

En Florencia me esperaba Stengel, la doncella de May; fuimos a Fiesole en tranvía. Era un día de una belleza indecible. Los almendros y melocotoneros estaban en flor y tenían las ramas desnudas de un delicado color blanco y rosa. May salió a recibirme con el rostro iluminado; nunca había visto a una mujer que pareciera más feliz.

Impresionaba verla sin aquella bolsa de carne bajo la barbilla. Como había augurado el doctor, necesitó mucha valentía. Estuvo una hora y veinte minutos en una silla, con los pies en alto, respondiendo a las preguntas de los cirujanos y hablando o haciendo muecas cuando se lo pedían. El doctor la felicitó después, diciendo que era una de las mujeres más valientes que había conocido.

—Tengo que decirle, *Monsieur le docteur* —replicó ella—, que poco antes de acabar tenía ganas de gritar histéricamente para decir que ya no aguantaba más.

—Pero no lo hizo —contestó el doctor Roux—. Es usted una mujer valiente, se lo digo yo.

Así pues, estaba muy contenta e hizo todo lo posible para que mi estancia en Italia fuera agradable. Todos los días visitaba Florencia, en ocasiones con Stengel, pero la mayoría de las veces con una mujer joven que me acompañaba por encargo de May. En Italia, las chicas debían protegerse más aún que en Francia; en efecto, en los tranvías tuve que soportar con frecuencia los pellizcos de ciertos jóvenes ardientes. Fue entonces cuando me harté de pinacotecas y museos. Tan golosa como siempre, lo que anhelaba era el delicioso banquete que solía darme en alguna pastelería antes de tomar el tranvía para volver a Fiesole.

Los últimos días, me acompañó May en mi peregrinación artística y me acuerdo bien que la víspera de mi regreso a Inglaterra, se empeñó en que viera una maravillosa Catalina de Siena que acababan de limpiar. No recuerdo si era en la Galería de los Uffizi o en cuál, pero recorrimos en vano todas las salas. La santa no me importaba, en absoluto; estaba harta de tanta santa Catalina, hastiada de tanto san Sebastián con el cuerpo acribillado de flechazos, y aburrida de ver tantos santos con sus emblemas y martirios. Estaba harta también de Madonnas con cara de satisfacción, sobre todo de las de Rafael. Me avergüenzo de lo inculta que era en este campo, pero así es: sólo se aprecia a los grandes maestros cuando se adquiere el gusto. A medida que corríamos en busca de santa Catalina, mi ansiedad crecía: ¿nos quedaría tiempo para darme el último banquete de chocolate, crema batida y deliciosos pasteles? Decía continuamente:

—No me importa, May; en serio, no me importa. No se moleste más, ya he visto muchos cuadros de la santa.

Sí, pero éste, querida Agatha, es maravilloso; cuando lo veas, te, darás cuenta de que merecía la pena.

Sabía de sobra que no me daría cuenta, pero me avergonzaba decírselo. El destino estaba de mi parte: resultó que el cuadro no estaría en la galería hasta pasadas algunas semanas. Apenas me dio tiempo de atiborrarme de chocolate y pasteles antes de tomar el tren; May disertaba sobre los cuadros y yo asentía con entusiasmo mientras engullía chocolate y crema. Con todo lo que comía, lo lógico sería que estuviera gorda y tuviera los ojos diminutos como

un cerdo; en cambio, tenía un tipo etéreo, frágil y delgado y unos enormes ojos soñadores. Al verme, se me podía profetizar una muerte prematura en estado de éxtasis, como a los niños de los relatos victorianos.

En todo momento fui consciente de que era una vergüenza no apreciar la formación artística de May. Me había gustado Fiesole, pero sobre todo los almendros en flor, y me había divertido la mar con Dudú, un diminuto perro de Pomerania que acompañaba a May y a Stengel a todas partes; era pequeño y listo. May lo solía llevar en sus visitas a Inglaterra; lo metía en un manguito grande y los agentes aduaneros no se enteraban.

De vuelta hacia Nueva York, pasó por Londres para lucir su elegante y flamante cuello. Mamá y la abuela la cubrieron de besos, llorando las tres, pues les parecía un sueño imposible. Después de partir, mi madre comentó con la abuelita:

—¡Qué triste! ¡Y pensar que podía haberse operado hace quince años! Le aconsejaron muy mal los médicos de Nueva York.

—Y, ahora, ya es demasiado tarde —dijo la abuelita pensativa —. No creo que se case.

Pero, en eso, y me alegra decirlo, se equivocó. Seguro que May había sufrido mucho pensando que el matrimonio no era para ella; seguramente no esperaba casarse tan tarde. Pero después de unos años, vino a Inglaterra en compañía de un clérigo, rector de una de las más importantes iglesias episcopalistas de Nueva York, un hombre, muy sincero y de gran personalidad. Le habían dado un año de vida, pero ella, que era una de sus mejores feligreses, había conseguido recaudar fondos entre la comunidad para llevarle a Londres a que le vieran otros médicos. Le dijo a la abuela:

—Estoy convencida de que se curará. Le necesitan. Realiza un trabajo estupendo en Nueva York; ha reformado a jugadores empedernidos y a gánsteres, ha entrado en los peores burdeles y en sitios semejantes sin temor a la opinión pública y ha convertido a personajes importantes.

Le llevó a comer a Ealing. En la siguiente visita, cuando se despedía de la abuela, ésta le dijo:

—May, ese hombre está enamorado de ti.

—¿Qué dice, tía? —exclamó ella—, ¿cómo puede decir esas cosas?

Nunca ha pensado, en casarse; es un célibe convencido.

—Puede que lo haya sido —replicó la abuela—, pero ya no lo es. Y, ¿qué dices del celibato? No es católico. Te ha echado el ojo, May.

Se quedó medio aturdida.

Un año después escribió para decirnos que Andrés había recuperado la salud y que se iban a casar. Resultó una pareja muy feliz. Siempre consideró a su marido el hombre más amable, más delicado y comprensivo del mundo.

—Tiene que ser feliz —le comentaba éste a mi abuela una vez. Se ha visto privada de la felicidad durante tanto tiempo y le tiene tanto miedo, que casi se ha vuelto puritana.

Andrew no se curó del todo, pero no abandonó su trabajo. Qué contenta me siento de que, al fin, May consiguiera la felicidad.

IV

En el año 1911 me sucedió algo fantástico: volé en aeroplano. Claro que entonces los aviones suscitaban desconfianza, incredulidad, discusiones, etc. Estando en París, nos llevaron a ver los esfuerzos de Santos Dumont por despegar en el Bois de Boulogne. Según recuerdo, el aeroplano despegó, voló unos cuantos metros y luego se estrelló. De todos modos, nos dejó maravilladas. Devorábamos todo lo que se escribía sobre los hermanos Wright.

Cuando llegaron los taxis a Londres, se creo un sistema para llamarlos silbando. Te ponías delante de casa; con un silbido venía un «growler» (un coche de cuatro ruedas); con dos un «hansom», la góndola de las calles; con tres, el nuevo vehículo, el taxi, si tenías suerte. En un grabado del Punch se veía a un golfillo, diciéndole al ujier que estaba a la puerta de un edificio público con el silbato en la mano:

—Silbe cuatro veces, gobernador, a ver si viene un aeroplano.

Pero pronto dejó de ser un chiste y un imposible; pronto podría suceder.

En la ocasión a la que me refería, estábamos mi madre y yo pasando una temporada en el campo; un día fuimos a presenciar una exhibición de vuelo, una aventura comercial. Vimos aeroplanos que partían hacia arriba como cohetes, hacían piruetas y planeaban hasta aterrizar de nuevo. Luego pusieron un anuncio: «Cinco libras por una vuelta». Miré a mi madre con ojos suplicantes.

—Podría…, ¿verdad que sí, mamá? ¡Sería fantástico!

La que era fantástica era mi madre. ¡Ver cómo se lanza al espacio su adorada hija en un aeroplano, cuando se estrellaban a diario!

—Si de verdad quieres —dijo—, ¿por qué no?

Cinco libras era mucho dinero para nosotras, pero mereció la pena.

Fuimos a la barricada. El piloto me miró diciendo:

—¿Tiene bien sujeto el sombrero? Muy bien, suba.

El vuelo no duró más de cinco minutos; despegamos, dimos varias vueltas… fue maravilloso. Luego comenzamos a descender y aterrizamos planeando. Cinco minutos de éxtasis y media corona extra por una foto descolorida que conservo todavía, en la que se aprecia una mancha en el firmamento: «Agatha en un aeroplano, el 10 de mayo de 1911».

Los amigos se dividen en dos categorías. Unos surgen del propio entorno; y sólo tenemos en común con ellos las actividades compartidas. Son como la anticuada danza de las cintas; entran y salen de nuestra vida, como nosotros de la suya. A unos se les recuerda, a otros se les olvida. Otros son los que podíamos llamar amigos elegidos, poco numerosos, con los que nos une un interés real y que, cuando lo permiten las circunstancias, perduran durante toda la vida. He tenido unos siete u ocho de éstos, hombres en su mayoría. Mis amistades femeninas, por lo general, han sido sólo circunstanciales.

No sé exactamente qué origina la amistad entre un hombre y una mujer (los hombres, por naturaleza, son reacios a entablar amistad con una mujer). Surge por accidente, casi siempre porque el hombre se siente atraído por una mujer y quiere hablar de ella. La mujer que ansía su amistad está dispuesta a alcanzarla interesándose por los amoríos de otra. Entonces nace una verdadera y duradera relación: cada uno se interesa por el otro como persona. Está presente el aliciente del sexo, desde luego, como un poco de sal que sirve de condimento.

Según un anciano doctor amigo mío, un hombre se fija en cada una de las mujeres que encuentra y se pregunta qué tal dormiría con ella, seguro de que, si quisiera, ella aceptaría; es directo y rudo. No considera a la mujer como a su posible esposa.

Creo sin embargo, que las mujeres, consideran a la mayoría de hombres como a posibles esposos. Dudo de que ninguna se haya asomado a una sala y se haya enamorado de alguno nada más verle;

en cambio muchos hombres sí lo han hecho así.

A veces, nos entreteníamos entre nosotros con un juego, inventado por mi hermana y por una amiga suya, que, se llamaba «los esposos de Agatha». Escogían dos o tres de los extraños menos atractivos de la sala, y yo tenía que elegir a uno como esposo, so pena de muerte o tortura china.

Vamos a ver, Agatha, ¿cuál escoges? ¿Aquel gordo con granos y cubierto de caspa o aquel negro como un gorila de ojos saltones?

Ninguno… son horribles.

—Debes escoger uno, si no, te torturaremos con agujas al rojo vivo y agua.

—Pobre de mí; entonces al gorila.

Al fin llamábamos «esposo de Agatha» a cualquier tipo físicamente repugnante.

Mi única amiga importante fue Eileen Morris, amiga de familia. En cierto sentido nos conocíamos desde siempre, pero, propiamente, no la conocí hasta los diecinueve años cuando la «alcancé», pues me llevaba varios años. Vivía con cinco tías solteras en una casa grandísima frente al mar y su hermano era maestro. Los dos se parecían mucho; tenía una mente tan clara, que parecía más un hombre que una mujer. Su padre era bueno, callado y eso según mi madre, su esposa era una de las mujeres más bellas y joviales. Eileen era callada, pero dominaba muchos temas. Fue la primera persona con la que pude discutir conceptos. Mantenía tan celosamente su interioridad, que nunca conocí sus sentimientos. Después de tantos años de estar con ella no sé nada de su vida privada. Nunca nos confiábamos nada personal, pero siempre que nos encontrábamos teníamos, tema de conversación para rato. Era buena poetisa y entendía de música. Recuerdo que compuse una canción que me gustaba mucho, pero que tenía una letra estúpida. Cuando lo comenté con ella, se ofreció a corregirla. Creo que ganó bastante.

Como a casi todas las chicas, me daba también por la poesía. Recuerdo unos versos que escribí a los once años:

Conocí a una florecilla
cubierta con blanco tul
quería ser campanilla

y tener vestido azul.

Se puede suponer cómo seguía: consiguió el vestido azul, se convirtió en campanilla y no quedó contenta. ¿Habrá algo de menos valor literario? A los diecisiete o dieciocho años, lo hacía mejor. Escribí una serie de poemas sobre la leyenda de Arlequín: el canto de Arlequín, el de Colombina, Pierrot, Pierrette, etc. Recuerdo que envié unas poesías a *The Poetry Review*. Qué ilusión cuando gané un premio de una guinea. Después gané algunos más y en la misma revista me publicaron varios poemas. Me sentía muy orgullosa de mi misma cuando tenía éxito, y eso me animaba a escribir más. En cuanto me emocionaba con algo, me ponía a escribir lo que bullía en mi mente. No tenía grandes ambiciones; me contentaba con algún que otro premio de vez en cuando. Acabo de releer un poema que no está mal; por lo menos expresa algo de lo que quería; por ese motivo, lo reproduzco aquí:

En el bosque.

Desnudas ramas pardas contra un cielo azul
y, en el bosque, silencio.
Hojas que yacen impasibles bajo los pies,
pardos troncos robustos desafiando al viento,
y, en el bosque, silencio.

Bella como la juventud, la primavera;
derroche lánguido de amor, el verano;
pasión, el otoño, que se convierte en pena.
Hoja, flor y llama… que se cae y se extingue.

La belleza, belleza desnuda, perdura en el bosque.
Desnudas ramas pardas contra la luna loca
Y, en el bosque, algo se agita.
Hojas que, crujiendo, se burlan de la muerte;
Las ramas hacen señas y guiños bajo la luz
y, por el bosque, algo camina.

¡Chillidos y torbellino! ¡Las hojas están vivas,
por la muerte, en diabólica danza movidas!
¡Gimen los árboles y se retuercen despavoridos!

Y el viento, sollozando, pasa con escalofríos…
El miedo, miedo desnudo, se aleja del bosque.

A veces puse música a mis poemas. No eran de gran calidad, pero tampoco demasiado malas. Compuse también un vals con una melodía trillada y un título fuera de lo común, que no sé dónde lo pillé: «Una hora contigo». Hasta que unas amigas me comentaron que una hora era demasiado tiempo para un vals, no me di cuenta de lo ambiguo del título. Estaba muy orgullosa porque una de las bandas principales, la Joyces Band, que tocaba en la mayoría de los bailes, lo incluía alguna vez en su repertorio. Pero ahora veo que era malísimo. Teniendo en cuenta lo poco que me gustaba el vals, no comprendo cómo compuse uno.

El tango era otro cantar. La señora Wordsworth contrató a un profesor de baile para adultos en Newton Abbot y a veces asistía a sus clases. Hice amistad allí con uno al que llamaban «mi amigo Tango», un joven de nombre Ronald, cuyo apellido he olvidado. Rara vez hablábamos o nos interesábamos lo más mínimo el uno del otro; teníamos la cabeza totalmente pendiente de los pies. Los dos habíamos empezado al mismo tiempo y con igual entusiasmo, y bailábamos bien juntos. Nos convertimos en la mejor pareja de tango. En todos los bailes nos lo reservábamos sin vacilar.

Algo fantástico también era cómo bailaba Lily Elsie en *La viuda alegre* o *El conde de Luxemburgo*. No recuerdo en cuál subía y bajaba las escaleras con su pareja a ritmo de vals. Lo practiqué con mi vecino Max Mellar que estudiaba entonces en Eton y que tenía tres años menos que yo. Su padre estaba muy grave con tuberculosis y permanecía echado en el jardín en un cobertizo, en el que dormía de noche. Max era hijo único. Yo le gustaba mucho pues era ya toda una mujer y, según su madre, se ataviaba pensando en mí con chaqueta y botas de cazador, disparando a los pájaros con una escopeta de aire. Comenzó también a lavarse (una gran novedad, pues su madre había pasado varios años detrás de él para que se limpiara las manos, el cuello, etc.); se compró corbatas de color malva claro y espliego para parecer mayor. En lo referente al baile nos entendíamos muy bien; practicábamos en las escaleras de su casa, más adecuadas que las nuestras porque tenían los peldaños más bajos y anchos. No creo que nos saliera muy bien; nos caímos

varias veces, pero seguimos adelante. Tenía un preceptor muy simpático, un joven llamado Mr. Shaw, creo, del que decía Marguerite Lucy:

—Es un buen hombre; lástima que tenga unas piernas tan torpes. Desde entonces, he aplicado siempre ese criterio a cualquier hombre desconocido. «Bien parecido, tal vez, pero ¿qué tal baila?»

V

Un día desapacible de invierno estaba en cama, convaleciente de la gripe. Me aburría. Había leído muchos libros, intentado trece veces acabar un solitario y ordenado un rompecabezas. Estaba dándome una mano de bridge, cuando se asomó mi madre.

—¿Por qué no escribes un cuento? —me sugirió.

—¿Por qué un cuento? —repliqué perpleja.

—Como Madge.

—No creo que sea capaz.

—¿Por qué no? —no me parecía que hubiera ningún motivo, pero…—. No sabes si puedes o no, pues no lo has intentado.

Tenía tazón; desapareció con su acostumbrada rapidez, y cinco minutos más tarde reapareció con un cuaderno entre las manos.

—No tiene más que unas cuentas de la lavandería. Puedes comenzar el cuento ahora mismo.

Cuando se proponía que se hiciera algo, casi siempre se hacía. Me senté en la cama y me puse a pensar en un cuento. Sin duda era mejor que repetir el rompecabezas.

No recuerdo cuánto tardé en escribirlo, no mucho; creo que al día siguiente por la noche ya lo había terminado. Rechacé varios argumentos; por fin, me gustó uno y me puse a escribir a buen ritmo. Me fatigué, lo que no favorecía a la convalecencia, pero me entusiasmó.

—Voy a buscar la máquina de escribir de Madge —dijo mamá—, para que lo mecanografíes.

Lo titulé *La casa de la belleza*. No era una obra de arte, pero tampoco una birria. Había escrito algo que prometía. Bueno, cosa de aficionados, muy influenciada por todo lo que había leído la semana anterior; pero no se puede evitar cuando se comienza a

escribir. Estaba claro que acababa de leer a D. H. Lawrence. Recuerdo que entonces me gustaban mucho *The Plumed Serpent, Sons and Lovers, The White Peacock*, etc. Había leído también algunos libros de Everard Cotes, cuyo estilo me parecía bueno. Resultó un relato rebuscado, difícil de entender, pero, aunque era una imitación, al menos denotaba fantasía.

Después escribí otros: *The Call of Wings*, que no está mal; *The Lonely God*, resultado de haber leído *The City of Beautiful Nonsense*, demasiado sentimental; un diálogo breve entre una señora sorda y un hombre nervioso en una fiesta; y un relato horrible sobre una sesión de espiritismo (que reelaboré muchos años después). Los escribí a máquina (una «Empire») y los envié ilusionada a varias revistas, cambiando el seudónimo de vez en cuando, según se me ocurría. Madge se había puesto Mostyn Miller; yo me convertí en Mack Miller, luego en Nathaniel Miller (nombre de mi abuelo). No tenía grandes esperanzas de triunfar y no triunfé. Me los devolvían rápidamente con la consabida nota: «El editor lo siente, pero…» Los empaquetaba de nuevo y los enviaba a otra revista.

Decidí escribir una novela y me puse manos a la obra. La acción se desarrollaba en El Cairo. Ideé dos tramas diversas y estuve dudando, hasta que por fin escogí una. Me la inspiraron tres personas a quienes veíamos a menudo en el comedor del hotel en El Cairo. Había una chica atractiva (no tan chica para mí, pues andaría por los treinta años), que cenaba con dos hombres todas las noches. Uno era fuerte y ancho, de pelo oscuro, capitán del sexto regimiento de Rifles; el otro era un chico alto y rubio, perteneciente a los Coldstream Guards, posiblemente unos dos años más joven que ella. Se sentaban a su lado y coqueteaba con los dos.

—Tendrá que decidirse por alguno —comentó alguien un día, cerca de mí.

Sabíamos sus nombres y poco más. Pero a mi imaginación le bastó; si hubiera sabido algo más, no habría escrito nada sobre ellos; en cambio, así ideé un excelente relato, probablemente muy alejado de los personajes reales, de su forma de obrar, etc. Después de adentrarme bastante en él, me aburrí del argumento y cambié a otro, más alegre y con personajes divertidos. Pero no sé por qué, cometí el error de liarme con una protagonista sorda. No es difícil escribir algo interesante cuando la protagonista es ciega, pero una

vez que has expresado lo que piensa una sorda y lo que dicen de ella los demás, no hay más que decir y se acabó. La pobre Melancy era cada vez más insípida y aburrida.

Volví a la primera trama y me di cuenta de que no sería tan larga como una novela, ni mucho menos. Por fin, decidí unir las dos. Puesto que el escenario era el mismo, ¿por qué no fundirlas en una? Así lograba la extensión necesaria. Muy liada, pasaba a lo loco de un grupo de personajes al otro, obligándolos, a veces, a mezclarse muy artificialmente. La titulé *Snow upon the Desert*.

Entonces mi madre, vacilante, me sugirió que pidiera ayuda o consejo a Eden Philpotts, que estaba en la cumbre de la fama; sus novelas de Dartmoor eran muy bien acogidas. Era vecino nuestro y amigo de la familia. Me faltaba valor, pero al final accedí. Era un hombre de apariencia extraña, con una cara más parecida a la de un fauno que a la de un ser humano, pero muy interesante, con unos enormes ojos rasgados hacia arriba. Sufría terriblemente de gota, y cuando íbamos a verle le encontrábamos con las piernas vendadas sobre un taburete; aborrecía las reuniones sociales y casi no salía; no le gustaba la gente. En cambio, su mujer era muy sociable, bella y encantadora, y tenía muchas amistades. Eden había sido muy amigo de mi padre y lo era de mi madre, quien rara vez le molestaba con invitaciones sociales, o aunque iba a menudo a ver las muchas plantas y arbustos exóticos de su jardín. Dijo que, por supuesto, leería el ensayo literario de Agatha.

Me cuesta expresar la gratitud que le profeso. Con unas cuantas palabras de crítica bien justificada, me hubiera desanimado para toda la vida; en cambio, quiso ayudarme. Notó lo tímida que era y lo que me costaba hablar. La carta que me escribió contenía un buen consejo:

«Has escrito algunas cosas estupendas; tienes grandes dotes para el diálogo; deberías cultivarlo para que sea natural. Procura suprimir toda moralización; te gustan mucho, pero resultan aburridas. Deja sueltos a los personajes para que hablen por sí mismos, en lugar de sugerirles lo que tienen que contar y explicar al lector lo que quieren decir. Que lo juzgue el que lo lea. Presentar dos tramas es un defecto propio del principiante. Pronto te dolerá malgastar así los argumentos. Voy a escribir a mi representante literario, Hughes Massie, para que te la critique y te diga qué

posibilidades tienes de que te la acepten. Siento decirte que no es fácil que publiquen una primera novela, de modo que no te desilusiones. Me gustaría que leyeras algo que te ayudara. *Confesiones de un comedor de opio* de De Quincey, que enriquecerá muchísimo tu vocabulario, pues usa palabras muy interesantes. Para las descripciones y para que te aficiones a la naturaleza, lee *The Story of my Life* de Jeffreys».

He olvidado los otros libros; recuerdo una colección de relatos breves, uno de los cuales se titulaba *The Pirrie Pride* y trataba de una tetera. Además, un volumen de Ruskin que me desagradó mucho, y uno o dos más. No sé si me ayudaron o no; me gustaron los relatos breves y De Quincey.

Posteriormente fui a Londres para una entrevista con el mismo Hughes Massie, que todavía vive. Era un hombre grande y moreno; metía miedo.

—Ah —exclamó echando una ojeada a la portada del manuscrito —. *Snow upon the Desert*, Mmmm, suena a fuegos fatuos.

Me puse muy nerviosa, pues este comentario estaba muy lejos del contenido de la obra. No sé muy bien por qué escogí ese título, quizá porque acababa de leer a Omar Khayyam. Intentaba sugerir que, como la nieve sobre el polvo del desierto, los acontecimientos de la vida son superficiales y caen en el olvido. El libro no resultó así, pero ésa había sido la idea original.

Se quedó con el manuscrito, pero me lo devolvió algunos meses más tarde, diciendo que le resultaba muy difícil publicarlo; que lo mejor era que me olvidara de él y escribiera otra cosa.

Como no era una persona ambiciosa por naturaleza, abandoné la lucha. Escribí aún algunos poemas que me gustaron y un par de relatos breves; mandé todo a unas revistas, esperando que los rechazaran, como así ocurrió.

Ya no estudiaba música con seriedad. Tocaba el piano a diario para mantener el nivel, pero sin recibir más lecciones. Seguí con el canto cuando estuvimos en Londres durante algún tiempo. Me dio clases el compositor húngaro Francis Korbay, quien me enseñó preciosas canciones compuestas por él mismo. Era un buen maestro y un hombre interesante. Aprendí también canciones inglesas con una mujer que vivía cerca de esa parte tan bonita de Regent Canal que llaman Little Venice. Cantaba en conciertos locales y en

banquetes cuando me lo pedían, según la costumbre de la época. Como no había radio, ni magnetófono, ni tocadiscos estereofónico, se echaba mano del músico privado, que a veces era bueno, otras medianamente bueno y otras pésimo. Muchas veces tocaba para acompañar a otros cantantes.

Tuve una experiencia maravillosa cuando se representó en Londres *El Anillo de los Nibelungos* de Wagner, bajo la dirección de Richter. Mi hermana se había aficionado de repente a la música de Wagner; fuimos a ver la ópera y me pagó la entrada. Cuando me acuerdo de aquel día, aún se lo agradezco. Van Rooy era Wotan; Gertrude Kappel cantaba los principales papeles de soprano. Era una mujer grande y fuerte, con la nariz torcida hacia arriba y mala actriz, pero tenía una voz de oro. Una norteamericana llamada Saltzman Stevens hacía de Siglinda, Isolda y Elizabeth; todavía la recuerdo. Era una actriz de gestos y movimientos muy bellos, de largos y agraciados brazos, que asomaban bajo las blancas túnicas sin forma propias de las heroínas wagnerianas. Representó a la soberbia Isolda; la voz no era como la de Gertrude Kappel, pero por sus dotes de actriz no desmerecía a su lado: la furia y la desesperación en el primer acto, la belleza lírica de su voz en el segundo y, luego, lo realmente inolvidable, el bellísimo tercer acto con Tristán y Kurwenal juntos y la búsqueda del arco en el mar. Finalmente, el gran grito de soprano que llega de fuera del escenario: «¡Tristán!» Era la misma Isolda que subía apresuradamente al acantilado hasta llegar corriendo a la escena, con los brazos extendidos para abrazarle. Y el triste chillido de dolor como el de un pájaro. Cantó el Liebestod como una mujer, no como una diosa, arrodillada junto al cuerpo de Tristán, mirándole a la cara; viéndole revivir con la fuerza de su voluntad e imaginación; inclinándose más y más, cantó las tres últimas palabras de la ópera, «con un beso», al besarle en los labios y caer de pronto sobre él.

Todas las noches, antes de dormirme, me daba vueltas en la cabeza la idea de cantar un día Isolda en un escenario real. Me decía a mí misma que soñar no hacía daño. ¿Cantaría alguna vez en la ópera? Seguro que no. Una amiga norteamericana de May Sturges, que estaba en Londres, relacionada con el Metropolitan Opera House de Nueva York, tuvo la bondad de venir un día a oírme cantar. Después de varias arias, me hizo cantar algunas

escalas, arpegios y ejercicios; luego me dijo:

—Los cantos no me dicen nada, pero los ejercicios, sí. Quizá seas una buena cantante y te hagas famosa; pero no tienes la potencia que se necesita para la ópera.

Se esfumó el sueño acariciado. No ambicionaba ser cantante profesional, cosa difícil y poco recomendable para las chicas. Si hubiera tenido alguna posibilidad de cantar en la ópera, habría luchado por conseguirlo, pero era patrimonio exclusivo de unas pocas privilegiadas con cuerdas vocales adecuadas. Estoy convencida de que no hay nada peor que empeñarse en conseguir algo sabiendo que es imposible. De modo que abandoné ese pensamiento y le dije a mi madre que se ahorrase el gasto de las clases de música. Cantaría cuanto quisiera, pero ya no tenía objeto seguir estudiando. En realidad, nunca creí que el sueño se convirtiera en realidad, pero es bueno soñar, con tal de no tomárselo demasiado en serio.

Creo que fue por aquel entonces cuando empecé a leer las novelas de May Sinclair, que me gustaba y me gusta mucho todavía. Era una de nuestras mejores y más originales novelistas, y no me cabe la menor duda de que un día interesará de nuevo y se volverán a publicar sus obras. *A Combined Maze*, aquel relato sobre un pequeño dependiente y su chica, me parece aún una de las mejores novelas que se han escrito. Me gustó también *The Dioine Fire* y considero que *Tasker Jevons* es una obra maestra. Probablemente, por haberme aficionado a los relatos psicológicos, me impresionó tanto *The Flaw in the Crystal*, que me movió a escribir un cuento del mismo tipo, al que titulé *Vision* (posteriormente, lo publicarían junto con otros relatos míos en un volumen).

Me había acostumbrado a escribir en lugar de bordar fundas de cojines o figuras copiadas de las porcelanas de Dresden. No estoy de acuerdo con quien piense que sitúo muy bajo la escritura creativa. La creatividad se manifiesta de muchas formas: bordando, cocinando platos especiales, dibujando y esculpiendo, componiendo música y escribiendo libros y cuentos. La única diferencia es que se logra más fama de una forma que de otra. Concedo que no es lo mismo bordar fundas de cojines que colaborar en las tapicerías de Bayeux, pero en ambos casos se trata del mismo impulso. Las damas de la corte de Guillermo realizaban un trabajo original, que

requería ideas, inspiración y dedicación incansables; una parte era pesada, sin duda, pero la otra debía ser muy interesante. Aunque se diga que un pequeño bordado con florecillas y una mariposa es una comparación ridícula, la satisfacción personal del artista probablemente es la misma.

El vals que compuse no era como para enorgullecerse; en cambio, alguno de mis bordados me gustaban mucho. Creo que ninguno de mis relatos me satisfizo del todo, pero tiene que pasar un período de tiempo desde que se acaba un trabajo creativo hasta que se puede evaluar.

Se comienza inflamada por una idea, llena de esperanza y de seguridad (son las únicas ocasiones en que me he sentido llena de confianza). Si fuéramos lo bastante modestos, nunca escribiríamos. Hay un momento estupendo en que se concibe la idea, se piensa cómo se va a escribir y se comienza la tarea en un cuaderno, presa de exaltación. Entonces se presentan las dificultades, no se ve cómo seguir adelante; al final, realizamos, más o menos, lo que nos habíamos propuesto, pero cada vez más desanimados. Acabamos con el convencimiento de que no sirve para nada. Después de un par de meses, comenzaremos a preguntamos si, después de todo, no resultará que está bien.

VI

Por aquel entonces me libré dos veces de casarme. Empleo este verbo porque creo que, con toda seguridad, habría sido un desastre.

La primera vez fue todo un gran romance. Estaba en casa de los Ralston Patrick. Constance y yo acudimos en coche a una partida de caza; soplaba un viento frío; un hombre montado en un bonito caballo se acercó a saludarla y me lo presentó. Charles tendría unos treinta y cinco años, era comandante en el regimiento 17 de Lanceros y todos los años iba a Warwickshire a cazar. Nos encontramos de nuevo aquella noche en un baile de disfraces al que fui vestida de Elaine con un vestido precioso que guardo todavía en la cómoda del vestíbulo (me asombro de que me entrara). Es uno de mis preferidos, de brocado blanco y sombrerito adornado con perlas. Durante mi estancia allí nos vimos varias veces y, al marcharme, los dos expresamos el deseo de volvernos a ver alguna vez. Me dijo que, a lo mejor, bajaba pronto a Devonshire.

Tres o cuatro días después de llegara casa, recibí un paquete que contenía una cajita plateada y dorada. La tapadera llevaba escrito por dentro: «*The Asps*», una fecha y, debajo, «A Elaine». *The Asps* era el lugar donde nos encontramos y la fecha era la de nuestra presentación. Recibí también una carta en la que me decía que pensaba visitamos la semana siguiente, cuando estuviéramos en Devon.

Así comenzó a cortejarme apasionadamente. Llegaban flores, libros, grandes cajas de bombones exóticos; etc. Me decía lo que se suele decir a una joven; me volvió loca. Después de visitarnos otras dos veces, me pidió que me casara con él, pues se había enamorado de mí desde el momento en que me vio. Si hubiera clasificado las propuestas de matrimonio, ésta ocuparía la cabecera de la lista. Me

tenía fascinada y deslumbrada. Muy experimentado en el trato con las mujeres, provocaba en mí las reacciones que pretendía. Por primera vez, creí que había encontrado a mi hombre. Sin embargo… Sí, había un pero… Cuando Charles me decía cuánto me amaba, qué perfecta Elaine y qué criatura tan exquisita era, que se iba a pasar la vida haciéndome feliz, etc., con la voz y las manos temblorosas, entonces sí, me sentía como hechizada. Pero cuando se iba, cuando pensaba en él en su ausencia, no sentía nada, ni ansiaba verle de nuevo. Sólo pensaba que era muy simpático. Ese cambio me dejaba perpleja. ¿Cómo saber si estaba realmente enamorada? Ausente, no significa nada y, cuando está contigo, te hace perder la cabeza; ¿cuál es la reacción auténtica?

Mi pobre madre sufrió bastante. Había rezado mucho, según me dijo más tarde, para que me saliera un esposo bueno, amable y rico. Charles parecía la respuesta a sus oraciones, pero no estaba satisfecha. Sabía siempre lo que pensaban y sentían los demás, y probablemente se dio cuenta de que yo estaba insegura. Sin olvidarse de que, como madre, no consideraba a ningún hombre suficientemente bueno para su Agatha, tenía la sensación de que no me convenía. Escribió a los Ralston Patrick pidiendo informes. No contaba ni con mi padre ni con mi hermano para las averiguaciones normales en aquella época acerca de las relaciones del pretendiente con otras mujeres, sus posibilidades económicas, familia, etc. Parece algo anticuado, pero evitaba muchas calamidades.

Charles era aparentemente perfecto. Había tenido muchos amoríos, pero daba lo mismo; se aceptaba como un principio que los hombres tuvieran sus correrías antes de casarse. Me llevaba unos quince años, pero mi madre tenía diez menos que su marido y no lo veía mal. Le dijo que Agatha era muy joven para tomar una decisión rápida.

Propuso que nos viéramos de vez en cuando, durante uno o dos meses, sin que me presionara en ningún sentido.

No resultó bien, pues una vez que me hablaba de su amor, ya no teníamos nada que decirnos y, como se controlaba, caíamos en muchos silencios embarazosos. Al marcharse, me quedaba pensativa. «¿Qué hacer? ¿Me casaría con él?» No cabe duda de que sus cartas de amor eran las más fantásticas que podría soñar una mujer. Me quemaba las cejas leyéndolas una y otra vez, las

guardaba y concluía que era un verdadero amor. Cuando le veía de nuevo, me volvía loca por él; sin embargo, sentí escalofríos pensando que me equivocaba. Por fin, mi madre sugirió que no nos viéramos durante seis meses, al cabo de los cuales me decidiría. Aceptamos, y en ese tiempo no recibí ninguna carta suya; menos mal, pues me habrían hecho caer.

Luego recibí un telegrama: «No puedo aguantar más esta indecisión. ¿Quieres casarte conmigo, sí o no?» Estaba acostada con un poco de fiebre cuando me lo trajo mi madre, junto con el módulo de la respuesta pagada. Tomé un lápiz y escribí «no». Sentí un alivio enorme. Me había decidido. Ya no soportaría más esa sensación contradictoria.

—¿Estás segura? —me preguntó mamá.

—Sí —contesté.

Me di media vuelta y me quedé dormida. Todo había terminado. Durante los cuatro o cinco meses siguientes, todo fue sombrío y aburrido; comencé a pensar que había cometido un grave error. Entonces volvió a mi vida Wilfred Pirie.

He mencionado a Martín y Lilian Pirie, grandes amigos de mi padre, a los que encontramos en Dinard. Aunque nos habíamos vuelto a ver, nunca me había encontrado con sus hijos. Harold había frecuentado Eton, y Wilfred había ascendido de infante a subteniente de la Marina Real. Creo que estaba en un submarino y, con frecuencia, venía con la flota que visitaba Torquay. Nos hicimos muy amigos en seguida; es una de las personas que he querido más.

A los dos meses, estábamos comprometidos extraoficialmente. Fue un gran consuelo después de Charles; con él no había nerviosismo, ni dudas, ni aflicción. Era un amigo querido, muy conocido. Leíamos libros, los comentábamos y siempre teníamos algo de qué hablar. Me sentía muy a gusto con él. No se me ocurrió que le estuviera tratando como a un hermano. Mi madre y la señora Pirie estaban muy contentas. Desde todos los puntos de vista, formábamos una pareja ideal: él tenía un buen porvenir en la Marina; nuestros padres habían sido amigos íntimos y nuestras madres se llevaban bien y estaban encantadas. Tengo aún la sensación de que fui un monstruo de ingratitud por no haberme casado con él.

Mi vida estaba ya decidida. Nos casaríamos al cabo de un año o

dos (no estaba bien visto que los suboficiales y subtenientes se casaran muy jóvenes). Me gustaba la idea de casarme con un marino. Viviría en apartamento en Southsea, Plymouth o algún sitio de ésos y, cuando se fuera a puertos extranjeros, volvería a Ashfield con mi madre. No podía ser mejor.

Supongo que en todos nosotros existe la horrible tendencia a rechazar lo excesivamente perfecto; no lo reconocí hasta mucho después, pero la perspectiva de casarme con él me deprimía y aburría. Me gustaba; me habría hecho feliz, pero no sé por qué no me entusiasmaba nada la idea.

Cuando un hombre y una mujer se atraen, resulta extraordinario que casi siempre se piense y se diga lo mismo que el otro. Es maravilloso que gusten los mismos libros y la misma música. Da lo mismo que una casi nunca vaya a los conciertos ni escuche, música; siempre te han gustado, lo que pasa es que no lo sabías. Del mismo modo, nunca te han interesado los libros que le gustan a él, pero ahora los lees con ansia. He ahí una de las mayores ilusiones de la vida: que a los dos nos gustan los perros y no podemos ver a los gatos, ¡estupendo!; que a los dos nos gustan los gatos y nos disgustan los perros, ¡maravilloso!

Todo era tranquilidad y placidez. Cada quince o veinte días, Wilfred pasaba el fin de semana con nosotros; me llevaba a menudo a dar una vuelta en su coche. Tenía un perro al que adorábamos los dos; se interesó en el espiritismo y yo detrás. Hasta ahí, todo, fue bien. Pero entonces comenzó a pedirme que leyera libros y le diera mi opinión; eran muy grandes, la mayoría teosóficos. La ilusión de que te gusta todo lo que le gusta a tu hombre, no funcionó…, no estaba enamorada. Los teósofos me resultaban aburridos y absolutamente falsos; más aún, me parecía que muchos no decían más que tonterías. Me cansé también de que me hablara tanto de las médiums que conocía. Dos chicas de Portsmouth tenían visiones increíbles; no entraban en ninguna casa sin jadear, entrar en trance, encogérseles el corazón o turbarse por descubrir detrás de uno de los presentes un horrible espíritu.

El otro día —me decía—, María (la mayor) fue a casa, subió al cuarto de baño y, ¡fíjate!, no podía pasar el umbral de ninguna manera; veía a un tipo que amenazaba a otro con cortarle el cuello con una navaja de afeitar. ¿Me crees?

Estuve, a punto de decir que no, pero me contuve a tiempo.

—Qué interesante —contesté—. ¿Había sucedido allí algún hecho así?

—Seguramente —respondió él—. La casa ha tenido varios dueños, de modo que es probable que haya ocurrido algo parecido, ¿no te parece? Te haces cargo, ¿no?

Complaciente por naturaleza, contesté que sí.

Un día me telefoneó desde Portsmouth para comunicarme que se le presentaba una magnífica oportunidad. Se estaba organizando una expedición para ir a Sudamérica en busca de tesoros. Como tenía derecho a una temporada de licencia, podía participar en ella. ¿Me parecía mal que fuera? Era una ocasión que no se le volvería a presentar en la vida. Por lo visto, las médiums le habían dado su aprobación, diciendo que volvería tras descubrir una ciudad de los incas. Claro que no era una prueba, pero era extraordinario, ¿verdad? ¿Me disgustaría si iba, en vez de pasar conmigo buena parte del permiso?

No vacilé ni un instante. Me porté con espléndida generosidad. Le dije que me parecía una oportunidad estupenda, que, por supuesto, debía ir y que le auguraba el hallazgo del tesoro de los incas. Contestó que era maravillosa, que ni una chica entre mil se habría portado así. Colgó, me envió una carta y partió.

Pero yo no era una chica entre mil, sino una que había descubierto la verdad y se sentía avergonzada. Al día siguiente, después de zarpar su barco, me desperté con la sensación de haberme quitado un gran peso de encima; la idea de buscar un tesoro me parecía tonta, casi seguro que era un engaño. Eso también se debía a que no estaba enamorada de él, de otro modo lo habría visto con sus ojos. En tercer lugar, ¡qué alegría!, ya no tenía que leer más teosofía.

—¿Por qué estás tan contenta? —me preguntó mi madre sospechando algo.

—Mira, mamá, sé que es horrible, pero me alegro de que Wilfred se haya marchado.

Se le oscureció el rostro a la pobrecilla; estaba muy contenta de que hiciéramos buenas migas. Nunca me sentí tan ruin y desagradecida. Por un momento, casi pensé seguir para hacerla feliz. Gracias a Dios, no me dejé llevar por el sentimentalismo.

No le escribí para decírselo; probablemente le hubiera estropeado la búsqueda del tesoro inca en las húmedas junglas. Quizá contraería alguna fiebre o se dejaría sorprender por algún animal por estar distraído y, de cualquier forma, no disfrutaría nada. Pero al regresar le aguardaba una carta mía. Le decía que lo sentía mucho, que le quería, pero que el sentimiento que nos unía no era tan fuerte como para comprometernos de por vida. Por supuesto, no estuvo de acuerdo conmigo, pero tomó en serio mi decisión. Dijo que dejaríamos de vernos con frecuencia, pero que seguiríamos siendo buenos amigos. Me pregunto si no sentiría también cierto alivio; quizá no, pero tampoco creo que el dolor le llegara al alma. Tuvo suerte; aunque habría sido un buen marido, contento de su esposa y feliz, podía escoger mejor, como lo hizo unos tres meses más tarde. Se enamoró locamente de otra que le correspondió de igual modo. Se casaron y tuvieron seis hijos. Mejor, imposible. Por su parte, Charles se casó tres años después con una chica muy guapa de dieciocho años.

En realidad, les hice un gran favor a los dos.

El siguiente acontecimiento fue el regreso de Reggie Lucy desde Hongkong, de permiso. Conocía a las Lucy desde hacía muchísimos años, pero no a su hermano, comandante de artillería, que había servido sobre todo en el extranjero. Era tímido y tranquilo; no le gustaba salir. Jugaba al golf con frecuencia, pero no le atraían los bailes ni las fiestas. No era rubio ni de ojos azules como sus hermanas, tenía el pelo moreno y los ojos castaños. Era una familia muy unida; disfrutaban cuando estaban todos juntos. Fuimos a Dartmoor siguiendo el estilo habitual de los Lucy: perdiendo trenes, unos existentes y otros no, cambiando en Newton Abbot y perdiendo la combinación, marchándonos de repente a otra parte, etc.

Reggie quiso que me perfeccionara en el golf; apenas sabía jugar, a pesar de que varios jóvenes habían querido enseñarme; era bastante negada para los deportes. Lo más irritante es que al comienzo prometía mucho, pero al final nunca se realizaba la promesa. Otra fuente más de humillación. Cuando no se tiene buena vista para el juego, no se tiene. Jugaba con Madge en torneos de

croquet, dándome todas las ventajas posibles.

—Con todas esas ventajas —decía ella, que jugaba bien—, ganaremos fácilmente.

Pero no ganábamos. Sabía bien la teoría del juego, pero perdía tiros tontos. En tenis conseguí un buen drive que, a veces, impresionaba a mis compañeras, pero mi revés era fatal, y no se gana sólo con el drive. En golf era formidable para los tiros largos y me aproximaba mucho al hoyo, pero no acertaba nunca en el tiro decisivo.

Reggie, no obstante, tenía mucha paciencia; era como esos profesores que no se inmutan, mejore o no mejore el alumno. Recorríamos el campo, deteniéndonos donde nos parecía bien. Los buenos jugadores iban en tren a jugar a Churston; el campo de Torquay servía de hipódromo tres veces al año y no estaba bien cuidado. Lo recorríamos despacio y luego íbamos a tomar el té a su casa; charlábamos y hacíamos más tostadas, porque las anteriores se habían quedado frías. Era una vida tranquila y feliz, sin prisa alguna; el tiempo no contaba para nada; sin preocupaciones, sin desasosiegos.

Quizá me equivoque, pero creo que ninguno de los Lucy padeció jamás de úlcera duodenal, trombosis coronaria o tensión arterial alta.

Un día, habíamos recorrido ya cuatro hoyos, y, como hacía mucho calor, Reggie propuso que nos sentáramos junto a un seto. Sacó la pipa y se puso a fumar apaciblemente, mientras charlábamos como siempre, a intervalos; a una palabra o dos sobre un tema o una persona, seguía una pausa. Me encanta conversar así. De este modo nunca me sentía lenta, estúpida o incapaz de decir algo.

Después de un rato, dijo pensativo:

—Agatha, has cortado muchos cueros cabelludos, ¿verdad? Pues cuando quieras, puedes hacer lo mismo con el mío. —Le miré, dudando del sentido de sus palabras—. No sé si sabrás que quiero casarme contigo —añadió—, probablemente, sí. De todas formas te lo digo. Mira, no quisiera imponerme de ninguna manera; no hay prisa —la famosa frase de los Lucy se le escapó con toda naturalidad—. Eres muy joven todavía y sería un error que te atara ahora.

Contesté con viveza que no era tan joven.

—Comparada conmigo sí lo eres, Aggie —aunque le había pedido varias veces que no me llamara así, lo olvidaba a menudo, porque a los Lucy les resultaba natural llamarse Margie, Noonie, Eddie o Aggie—. Bueno, piénsalo. Basta con que me tengas presente y si no se presenta nadie mejor, ya sabes que aquí estoy yo.

Respondí que no necesitaba pensarlo, que me casaría con él.

—No creo que lo hayas pensado bien, Aggie.

—Sí que lo he pensado; con un segundo es suficiente.

—Pero no conviene precipitarse. Mira, una chica como tú…, bueno, puede casarse con quien quiera.

—Quiero casarme contigo.

—Sí, pero tienes que ser práctica; preferirás un hombre rico, un chico guapo como tú, que te divierta, te cuide como es debido y te dé las cosas que necesitas.

—Quiero casarme con el que amo; no me interesan otras cosas.

—Ya, pero son importantes, querida, son importantes. No es bueno ser joven y romántica. Mi licencia se acaba dentro de diez días. He preferido decírtelo antes de irme, sin esperar más. Pero creo que tú… bueno, sólo quería que lo supieras. Dentro de dos años, cuando vuelva, si no hay nadie…

—No lo habrá —le dije muy convencida.

Así pues, nos comprometimos. No lo llamamos compromiso; era sólo un «entendimiento». Nuestras familias lo sabían, pero no se anunciaría ni se publicaría en los periódicos, ni se lo diríamos a las amistades, aunque creo que la mayoría ya estaba al tanto.

—No sé por qué no podemos casarnos —le dije—. Si me lo hubieras dicho antes, habríamos tenido tiempo para los preparativos.

—Harían falta damas de honor y todo lo necesario para que la boda sea tronada. Pero, de todos modos, no quiero que te cases todavía. Tienes que elegir sin prisas.

A veces, me enfadaba y discutíamos. Le dije que me molestaba tanta prudencia. Pero era de ideas fijas, y en su larga y estrecha cabeza se le había metido lo que yo debía hacer: casarme con un hombre de buena posición, rico, etc.

A pesar de las discusiones, éramos muy felices. Las Lucy estaban encantadas.

—Pensábamos que Reggie se había fijado en ti desde hacía tiempo. Lo normal es que ni siquiera mire a nuestras amigas. Pero no hay prisa; es mejor que te tomes mucho tiempo.

A veces, a pesar de divertirme mucho con ellas, su insistencia en que había mucho tiempo para todo, provocaba en mí cierto antagonismo. Con mi habitual romanticismo, hubiera preferido que Reggie fuera incapaz de esperar dos años y que deseara contraer matrimonio en seguida. Por desgracia, sería lo último que se le ocurriría. No era nada egoísta, desconfiaba de sí mismo y de sus proyectos.

Creo que mi madre estaba contenta con nuestro compromiso. Me dijo:

—Siempre me ha gustado. Es una de las mejores personas que he conocido: educado, amable, nunca te presionará ni te disgustará. No serás muy rica, pero tendrás lo suficiente, ahora que ha ascendido a comandante. Te desenvolverás bien. No eres de las que sólo piensan en el dinero, en fiestas y diversiones. Creo que seréis felices. Ojalá te lo hubiera dicho un poco antes, así te hubieras casado sin demora —añadió, tras una breve pausa.

Las dos pensábamos lo mismo. Diez días después, volvió a su regimiento y yo me dispuse a esperarle.

Quiero añadir una especie de posdata a todos estos relatos.

He descrito a mis pretendientes, pero no he contado que también yo me enamoraba. Primero me gustó un soldado joven y muy alto, que conocí en Yorkshire. Si me hubiera pedido que me casara con él, probablemente le habría dicho que sí antes de abrir los labios. Pero, con mucha sensatez, no me dijo nada. Era un suboficial sin un céntimo, a punto de ir a la India con su regimiento. Creo que estaba algo enamorado de mí: ponía ojos de carnero degollado, pero no me parecía mal. Se fue a la India y me dejó suspirando durante seis meses, al menos.

Uno o dos años más tarde, me enamoré de nuevo cuando estaba representando con unos amigos una opereta musical en Torquay, una versión de Barbazul con letra escrita por nosotros mismos, en la que yo era la hermana Ana. El objeto de mi afecto llegaría a vicemariscal de aviación. Entonces era joven y comenzaba su carrera.

Yo tenía la estúpida costumbre de cantar con mucha coquetería

una canción que hacía furor en aquella época:

Quiero tener un osito de trapo
para mecerle sobre las rodillas
le querría mucho más que a mi gato
le haría caricias y cosquillas

La única disculpa que tengo, es que lo hacían todas las chicas y que no estaba mal visto.

A lo largo de mi vida, estuve varias veces a punto de volver a verle, pues era pariente de unas amigas, pero siempre lo evité. Soy muy vanidosa; quiero que me recuerde siempre como la chica encantadora que estuvo con él en una fiesta a la luz de la luna en Anstey's Cave el último día de su licencia. Estábamos separados de los demás, sentados en una roca que sobresalía del mar. No hablábamos, nos limitábamos a cogernos las manos.

Después de irse, me envió un brochecito de oro en forma de osito. Preferiría que me recordara así y no que se asustara al verme con ochenta kilos encima y con una cara, digamos, sólo agradable.

—Amyas siempre pregunta por ti —me dicen mis amigos—. Le gustaría mucho verte otra vez.

¿Verme a mis sesenta años largos? Ni hablar. Quiero seguir ilusionando a alguien.

VII

La gente feliz no tiene historia. ¿No se dice eso? Bueno, pues yo era una persona feliz en aquel período. Hacía las mismas cosas de siempre, veía a las amistades y me quedaba con ellas de vez en cuando. Sólo me preocupaba por la vista de mí madre, que iba de mal en peor. Le costaba leer y le molestaba la luz. Las gafas no le servían para nada. La abuelita de Ealing se había quedado casi ciega y tenía que esforzarse para adivinar las cosas. Como suele pasar con las personas mayores, se iba haciendo cada vez más desconfiada: de las criadas, de los fontaneros que venían a reparar la tubería, del afinador del piano, etc. La recuerdo inclinándose sobre la mesa del comedor para decirnos a mi hermana o a mí:

—Chist, habla bajo. ¿*Dónde tienes el bolso*?

—En mi habitación, abuelita.

—No deberías *dejarlo* allá. Acabo de oírla allí arriba.

—Sí, pero no pasa nada, ¿verdad?

—No hay que fiarse, querida, no hay que fiarse. Vete a buscarlo.

Por aquel entonces fue cuando la madre de mi madre, la abuelita B se cayó del autobús. A sus ochenta años, le gustaba subirse al piso superior. Una vez, el vehículo arrancó cuando estaba bajando las escaleras, y creo que se cayó y se rompió una costilla y un brazo. Le puso un pleito a la compañía con energía y obtuvo una buena indemnización. El médico, lógicamente, le prohibió que subiera de nuevo a un autobús. Pero, según era ella, no le hizo ni caso. Era aún muy peleona. En la misma época se sometió también a una operación de cáncer de útero; fue un éxito total y no tuvo recaídas. Pero quedó muy decepcionada; deseaba que le extirparan ese «tumor o lo que fuera», para quedarse delgada. Estaba tremenda, más que la otra abuelita. Se le podía aplicar bien el

chiste de la mujer gorda que se quedó prensada en la puerta del autobús y el conductor le gritó:

—¡Inténtelo de medio lado, señora!

—Jovencito, no tengo medio lado.

Aunque las enfermeras le prohibieron severamente que se levantara después de pasar el efecto de la anestesia, al dejarla sola para que durmiera se levantó y fue de puntillas a mirarse en el espejo. ¡Qué desilusión! Seguía tan gorda como siempre.

Nunca se me pasará la desilusión, Clara —le dijo a mi madre—, nunca. Esa esperanza me dio fuerzas para afrontarlo todo, y mírame, igual que antes.

Madge y yo tuvimos por aquellos días una conversación que fructificaría más adelante. Habíamos leído una novela policíaca.

Los recuerdos no son del todo precisos; una los compone en su mente, asignándoles fechas y hasta lugares equivocados. Pero creo que era *El misterio del cuarto amarillo*, recién publicada por un autor nuevo, Gaston Le Roux, cuyo protagonista era un joven y atractivo periodista-detective, llamado Rouletabille. Era un misterio desconcertante, bien planeado y desarrollado, indescifrable para algunos y no tanto para otros: se vislumbraba una pequeña clave bien disimulada. Lo comentamos, intercambiamos opiniones y concluimos que era una de las mejores. Conocíamos muchos relatos policíacos; Madge me había iniciado con Sherlock Holmes, y yo seguí sus huellas, comenzando por *El caso Levenwoorth*, que ya me había encantado cuando me lo contó teniendo yo ocho años. Luego leí a Arsenio Lupin; nunca consideré sus relatos como novelas policíacas, pero eran emocionantes y entretenidos. Leí también las historias de Paul Beck, muy apreciadas: *Las crónicas de Mark Hewitt*, y ahora, *El misterio del cuarto amarillo*. Entusiasmada, dije que me gustaría escribir una novela policíaca.

—No creo que seas capaz —dijo Madge—. Es muy difícil; lo he pensado.

—Me gustaría probar.

—Te apuesto a que no lo logras.

Acepté; no era una apuesta seria; empleamos esa palabra pero no fijamos los términos. En aquel momento decidí escribir una

novela policíaca; no pasé de ahí. Aunque no comencé entonces, la semilla estaba echada. En lo profundo de mi mente, mucho antes de que fructificara en una trama concreta, estaba la idea: un día escribiría una novela policíaca.

VIII

Reggie y yo nos escribíamos regularmente; le contaba las noticias locales lo mejor posible (nunca se me han dado bien las cartas, mientras que Madge era una artista; convertía cualquier tontería en un estupendo episodio. Envidio ese don).

Las cartas de mi querido Reggie eran como su conversación, hermosas y tranquilizantes. Siempre me animaba a salir: «No te quedes en casa aburrida. No pienses que lo deseo, pues no es así; debes salir y ver gente, ir al baile y a fiestas. Quiero que tengas toda clase de oportunidades antes de que nos casemos».

Me pregunto si, en el fondo, no me afectaría esa postura. Entonces no me di cuenta; pero ¿le gusta a alguien que le animen a salir, a ver a otros y a divertirse? ¿No es verdad que cualquier mujer preferiría una carta apasionada, de celos? «¿Quién es ese tipo del que me hablas en tu carta? Creo que te gusta, ¿eh?» ¿No es eso lo que demanda la relación hombre-mujer? ¿Aceptamos bien demasiado desinterés?

Se celebraban bailes en los alrededores con cierta frecuencia. No iba, pues como no tenía coche no era práctico aceptar invitaciones para más de una o dos millas de distancia. Alquilar un automóvil o un taxi, era un gasto excesivo salvo en ocasiones especiales. Pero a veces se iba a la caza de chicas y me rogaban que me quedara o me llevaban y traían.

Los Clifford de Chudleigh iban a dar un baile y pidieron a unos de la guarnición de Exeter y a sus amigos que se trajeran una o dos chicas. Mi antiguo enemigo, el comandante Travers, ya jubilado, que vivía con su esposa en Chudleigh, me propuso llevarme. De pequeña no lo podía soportar; ahora, en cambio, se había convertido en un viejo amigo de familia. Me telefoneó su esposa

para invitarme a ir a su casa y, de allí, al baile de los Clifford. Acepté encantada, desde luego. Recibí también una carta de un amigo llamado Arthur Griffiths, al que conocí en casa de los Matthews en Thorpe Arch Hall, en Yorkshire. Era artillero, hijo del vicario local. Éramos muy buenos amigos. Me decía que estaba en Exeter, pero que, desgraciadamente, no iría al baile, y que le apenaba no bailar conmigo. Pero iba un compañero de rancho llamado Christie. A ver si me encontraba con él, pues bailaba muy bien.

Nos vimos varias veces durante el baile. Era un joven alto y rubio, con el pelo rizado, nariz bastante interesante, algo respingona y muy seguro de sí mismo. Me lo presentaron, me pidió un par de bailes y me dijo que su amigo Griffiths le había recomendado que me buscara, Nos entendimos muy bien; bailaba estupendamente; bailamos varias veces más. Me divertí muchísimo toda la noche. Al día siguiente, di las gracias a los Travers, que me llevaron en coche hasta Newton Abbot, donde tomé el tren.

Una semana o diez días más tarde, me encontraba tomando el té con los Mellor en su casa, que estaba frente a la nuestra. Max y yo seguíamos practicando el baile de salón, aunque, gracias a Dios, ya estaba pasado de moda el vals escaleras arriba. Creo que estábamos con un tango, cuando llamaron al teléfono; era mi madre.

—Ven a casa corriendo, Agatha; ha venido a verte un joven. No sé quién es, no lo he visto nunca. Le he dado un té, pero está prolongando su estancia con la esperanza de verte.

A mi madre no le gustaba nada atender a mis admiradores, pues pensaba que era una ocupación exclusivamente mía.

No me apetecía marcharme, me estaba divirtiendo mucho. Además, creía que se trataba de un joven subteniente de marino bastante pesado, quien me pedía a menudo que leyera sus poemas. Así que fui de mala gana, con cara larga.

Entré al salón y se levantó, con cara de alivio, un joven. Se puso colorado y me explicó, algo confuso, el motivo de su presencia. No se animó mucho ni siquiera al verme, temiendo que no me acordara de él; sí me acordaba, aunque me quedé muy sorprendida. No esperaba volver a ver a Christie, el amigo de Griffiths. Me dio explicaciones vagas; había tenido que ir en moto a Torquay y pensó que podía visitarme. Omitió cómo había averiguado mi dirección —

probablemente se la preguntó a Griffiths—. Pero, al cabo de dos minutos, las cosas fueron mejor. Mi madre se sintió muy aliviada con mi llegada. Archie Christie, tras las explicaciones de rigor, se mostró más alegre y yo me sentí muy halagada.

La tarde fue pasando mientras charlábamos. En nuestra clave secreta, mi madre y yo nos preguntábamos si le invitaríamos a cenar y, en caso afirmativo, qué comida teníamos en casa. Debió ser poco después de Navidad, pues sabía que había pavo frío en la despensa. Le hice señales afirmativas y mamá le invitó a compartir nuestra humilde mesa. Aceptó sin vacilar. Tomamos, pues, pavo, ensalada y alguna otra cosa, queso me parece, y pasamos una grata velada. Luego Archie montó en la moto y partió para Exeter con ruidosas explosiones.

Durante los diez días siguientes apareció frecuente e inesperadamente. Aquella primera tarde me había preguntado si me gustaría ir a un concierto a Exeter (yo le había comentado en el baile que me encantaba la música), y que después me llevaría a tomar el té al hotel Redcliffe. Le contesté que iría con gusto; pasamos un momento embarazoso cuando mi madre dijo que su hija no aceptaba invitaciones para ir sola a conciertos. Se quedó cortado, pero rápidamente la invitó a ella también. Mamá se ablandó, decidió darle confianza y contestó que podía ir al concierto, pero no a tomar té a un hotel (entonces había unas normas curiosas; se podía jugar al golf, cabalgar y patinar con un joven, pero no tomar el té con él en un hotel; era un riesgo que las buenas madres evitaban a sus hijas). Llegamos a un arreglo: tomaríamos el té en el restaurante de la estación, un lugar nada romántico. Luego le invité a un concierto wagneriano que se celebraría en Torquay cuatro o cinco días después. Aceptó encantado.

Me contó su vida y añadió que esperaba con impaciencia ingresar en el recién formado Royal Flying Corps. Me entusiasmé, como todo el mundo, al tratarse de la aviación. En cambio él lo dijo como si fuera la cosa más natural. Comentó que sería el servicio del futuro. En caso de guerra, lo primero que se necesitaría sería los aviones. No es que estuviera loco por volar, pero ascendería con más facilidad; si no, en el ejército no había futuro. Como artillero, era difícil escalar puestos. Hizo lo posible por desmitificar la

aviación, pero no lo consiguió. Por primera vez mi romanticismo superaba a la mente práctica y lógica. En 1912 el mundo era muy sentimental. La gente se consideraba dura, sin saber lo que eso significaba. Las chicas se hacían ideas románticas sobre los chicos y éstos las idealizaban. Sin embargo, nos habíamos alejado mucho de los tiempos de mi abuela.

—Oye, me gusta Ambrose —dijo la abuelita en cierta ocasión, refiriéndose a uno de los pretendientes de mi hermana—. El otro día le vi recoger en el jardín un puñado de grava donde había pisado Madge y se lo metió en el bolsillo. Me pareció muy hermoso. Me imaginé que me ocurría a mí cuando era joven.

Pobre abuela, tuvimos que desilusionarla. Ambrose era muy aficionado a la geología, y por eso había recogido unas cuantas piedrecillas llamativas.

Archie y yo reaccionábamos siempre de forma opuesta ante las cosas, lo que me fascinó desde el principio, con la excitación de lo extraño.

Le invité al baile de Año Nuevo. Aquella noche estaba de un humor especial, apenas me dirigió la palabra. Éramos un grupo de cuatro o seis. Cada vez que terminábamos un baile, nos sentábamos y él se quedaba en silencio. Cuando le hablaba, me contestaba al tuntún, sin sentido. Desconcertada, le observé varias veces, para adivinar lo que le pasaba o lo que estaba pensando. No parecía interesado en mí.

Qué tonta era; ya tendría que saber que cuando un hombre pone ojos de cordero degollado, parece confuso, estúpido e incapaz de escuchar, es que está enamorado.

¿Qué sabía yo? ¿Sabía lo que me pasaba a mí? Me acuerdo que una vez, al recibir carta de Reggie, me dije: «La leeré más tarde». La metí en un cajón y allí la encontré pasados varios meses. Creo que, en el fondo, sí sabía lo que me pasaba.

El concierto de Wagner se celebró dos días después del baile. Fuimos y después volvimos a Ashfield. Cuando subimos a tocar el piano, según acostumbrábamos, Archie me habló casi con desesperación. Partía dentro de dos días hacia Salisbury Plain, para comenzar el entrenamiento en el cuerpo de aviación.

Luego añadió con pasión:

—Tienes que casarte conmigo, tienes que casarte conmigo. —

Dijo que lo había pensado desde el día en que nos conocimos—. Me costó muchísimo conseguir tu dirección y encontrarte. Nunca querré a otra; tienes que casarte conmigo.

Le dije que era imposible, que estaba comprometida. Rechazó mis palabras con un furioso gesto.

—Qué diablos importa eso, no tienes más que romperlo.

—No puedo, no podría hacerlo.

—Claro que puedes. Yo no estoy comprometido, pero si lo estuviera rompería el compromiso ahora mismo, sin pensarlo más.

—No puedo hacerle eso.

—Tonterías, las cosas son así. Si os queríais tanto, ¿por qué no os casasteis antes de que se fuera al extranjero?

—Pensamos —dije con vacilación— que era mejor esperar.

—Yo no habría esperado; ni voy a esperar.

—No podríamos casarnos hasta pasados algunos años. Eres un suboficial, aunque sea de aviación.

—No puedo esperar años. Me gustaría casarme el mes que viene o el siguiente.

—Estás loco; no sabes lo que dices.

Creo que no lo sabía. Al final, no tuvo más remedio que poner los pies en el suelo. Fue un golpe terrible para mi madre; estaba preocupada y sintió mi gran alivio cuando Archie se fue a Salisbury Plain; pero encontrarse de repente con un *fait accompli*, era duro.

—Lo siento, mamá —le dije—. Tengo que decírselo. Archie Christie quiere casarse conmigo y yo también le quiero.

Tuvimos que reconocer los hechos. Aunque Archie no quería, mi madre se mostró muy firme.

—¿Con qué contáis para casaros? —pregunté.

Nuestra situación económica no podía ser peor. No era más que un suboficial, sólo me llevaba un año y no tenía dinero, salvo la paga y lo que le pasaba su madre mensualmente. Por otro lado, yo no disponía más que las cien libras anuales que había heredado de mi abuelo. Pasarían años hasta que pudiéramos casarnos.

Antes de partir, me dijo con amargura:

—Tu madre me ha hecho bajar de las nubes. Creí que no me importaba nada, que nos casaríamos como fuera y que todo iría bien. He comprendido que ahora no podemos, Tendremos que esperar, pero no esperaremos ni un día más de lo necesario. Haré

todo lo que está a mi alcance. La aviación nos ayudará… Aunque, como en el ejército de tierra, no quieren que uno se case joven.

Nos miramos como dos enamorados desesperados.

Nuestro compromiso duró año y medio, con borrascas, con grandes altibajos y sufrimientos, pues éramos conscientes de que pretendíamos algo imposible.

Dejé de escribir a Reggie durante un mes, sobre todo por un sentimiento de culpa, y en parte porque pensaba que aquello había sido un sueño y que pronto despertaría para regresar a mi puesto.

Al fin le escribí, muy apesadumbrada, pero sin una sola disculpa.

Resultó peor por lo comprensivo y amable que se mostró conmigo, diciendo que no me afligiera, que estaba seguro de que no era culpa mía; que era inevitable y que son cosas que pasan.

«Claro que ha sido un golpe para mí, Agatha, saber que te casas con un tipo más pobre aún que yo. Si te casaras con un rico que te conviniera, no me importaría tanto, pues te lo mereces todo, pero ahora, lamento mucho no haberte tomado la palabra y haberte traído conmigo».

¿Lo lamentaba también yo? Creo que por aquel entonces no, y, sin embargo, persistía el deseo de volver atrás, de tener un pie en tierra firme y de no andar en aguas profundas. Con él, había estado contenta y tranquila; nos entendíamos muy bien y nos gustaban y alegraban las mismas cosas.

Ahora era al revés; amaba a un extraño; nunca sabía cómo iba a reaccionar ante una palabra o frase y todo lo que decía era encantador y nuevo. A él le pasaba lo mismo. Una vez me dijo:

—No logro entenderte; no sé cómo eres.

Muchas veces nos asaltaba la desesperación y rompíamos las relaciones, pensando que era lo mejor. Una semana más tarde, ya no lo soportábamos y volvíamos a las andadas.

Todo se volvió en contra. Pasábamos grandes estrecheces, cuando un nuevo golpe financiero se abatió sobre mi familia. La compañía H. B. Chaflin de Nueva York, de la que mi abuelo había sido socio, se hundió. Como consecuencia, mi madre se quedó sin la única renta que tenía. Gracias a Dios, la situación de la abuela era diferente. Aunque tenía el dinero invertido en acciones de la misma compañía, Mr. Bailey, uno de los socios que cuidaba sus intereses, había previsto lo que sucedería. Encargado de cuidar a la viuda de

Nathaniel Miller, se lo tomaba muy a pecho. Cuando la abuelita quería dinero no tenía más que escribirle y en seguida se lo mandaba, como se hacía antes: en efectivo. Un día le propuso que invirtiera su capital en otro negocio.

—¿Quiere decir que retire el dinero de la compañía Chaflin? —dijo afligida.

Se mostró evasivo. Contestó que convenía tener cuidado con las inversiones, lo que resultaba muy difícil para una inglesa residente en Inglaterra y viuda de un norteamericano. Añadió otras cosas que no eran la verdadera explicación, pero la abuelita aceptó, como aceptaban todas las mujeres de su tiempo cualquier consejo financiero que les diera una persona en quien confiaban. Mr. Bailey dijo que se fiara de él, pues invertiría el dinero de forma que los ingresos fueran parecidos. La abuela consintió sin mucho entusiasmo y, gracias a eso, cuando ocurrió la bancarrota, su capital estaba a salvo. Para entonces ya había muerto Mr. Bailey, después de haber cumplido con su deber y sin perder sus temores sobre el futuro de la compañía. Creo que unos directivos jóvenes se habían lanzado con excesiva ambición, logrando éxitos iniciales, pero extendiéndose demasiado, abriendo muchas sucursales en todo el país y gastando enormes cantidades de dinero en la organización comercial. Fuera lo que fuera, estaban en bancarrota. Se repitió la experiencia de la infancia, cuando oí hablar a mis padres de las dificultades económicas y corrí alegremente a contar a la servidumbre que estábamos arruinados. La ruina me pareció entonces algo estupendo; en cambio, ahora significaba el desastre definitivo para Archie y para mí. Mis cien libras anuales servirían, por supuesto, para mantener a mi madre. Seguramente, Madge también echaría una mano. Aunque vendiéramos Ashfield apenas subsistiríamos.

Las cosas no fueron, de hecho, tan malas como pensábamos, pues Mr. John Chaflin escribió desde Norteamérica, expresando su pesar y asegurándole una pensión de trescientas libras anuales de por vida provenientes no de la compañía, sino de su propia fortuna. Disminuyó nuestra angustia, pero cuando muriera mamá cesaría ese ingreso. En el futuro, yo no contaría más que con cien libras anuales y Ashfield. Escribí a Archie para decirle que nunca podría casarme con él, que tendríamos que olvidamos. No estuvo de acuerdo; de

alguna forma conseguiría dinero, nos casaríamos y se apañaría para mantener a mi madre. Me dio ánimos y renovamos nuestro compromiso.

La vista de mi madre empeoró y al final acudió a un especialista. El diagnóstico fue cataratas en ambos ojos, sin posibilidad de operación por varias razones; quizá no se desarrollaran de prisa, pero le causarían la ceguera sin duda. Escribí de nuevo a Archie rompiendo el compromiso, diciendo que si mi madre se quedaba ciega no la abandonaría. Se negó otra vez a aceptarlo. Contestó que esperara a ver cómo evolucionaban las cosas, que a lo mejor se curaba o se operaba y que, en todo caso, no estaba ciega aún, de modo que podíamos seguir comprometidos. Así lo hicimos. Luego recibí carta suya en la que me decía: «Es inútil, nunca podré casarme contigo, soy demasiado pobre; he invertido lo que tenía y lo he perdido. Debes resignarte». Le contesté que no me resignaría; me contestó diciéndome que lo olvidara. Entonces, de común acuerdo, rompimos el compromiso. Cuatro días más tarde consiguió un permiso y se presentó en su moto. Empezaríamos de nuevo; había que confiar y esperar; ya cambiarían las cosas, aunque pasaran cuatro o cinco años. La tormenta emocional concluyó con un nuevo compromiso, si bien la posibilidad de casarnos se alejaba más y más cada día. Presentía que todo era inútil pero no quería reconocerlo. Archie también lo pensaba, pero nos aferramos a la idea de que no podíamos vivir separados y continuamos las relaciones pidiendo al cielo que nos sonriera de pronto la fortuna.

Ya conocía a su familia. Su padre había sido juez en el servicio civil de la India; sufrió una caída de caballo que le afectó el cerebro y, finalmente, murió en un hospital de Inglaterra. Después de unos años, la viuda se había casado de nuevo con William Hemsley, quien había sido muy amable y paternal con él. Su madre era de Irlanda del Sur, de cerca de Cork y tenía once hermanos. Cuando conoció a su primer marido estaba con un hermano que era empleado del servicio médico de la india. Tuvo dos niños, Archie y Campbell. Archie fue el primero de la escuela en Clifton y el cuarto de Woolwich tenía cabeza, recursos y audacia. Ambos hermanos estaban en el ejército.

Archie le comunicó a su madre nuestro compromiso, cantando mis alabanzas como saben hacerla todos los jóvenes enamorados.

Peg le miró dudosa y contestó con su bonita voz irlandesa:

—¿No será una de esas chicas que llevan cuellos Peter Pan?

No tuvo más remedio que asentir. Era un nuevo invento. Por fin habíamos abandonado los cuellos de las blusas altos, con un par de ballenas de hueso a los lados y otra atrás, que dejaban señales rojas y molestas. Llegó un día en el que la gente se atrevió a abrazar la comodidad. El cuello Peter Pan se introdujo probablemente a raíz de la obra de Barrie. Se acomodaba a la base del cuello; era suave, sin huesos y daba gloria llevarlo. En realidad, no era nada atrevido. Parece mentira que nos hayan tachado de ligeras sólo por enseñar unos centímetros por debajo de la barbilla. Al ver a las chicas en bikini, me doy cuenta de lo que hemos corrido en cincuenta años.

A lo que iba, yo era una de esas chicas lanzadas que en 1912 llevaba cuello Peter Pan.

—Y le queda muy bien —dijo mi fiel Archie.

—Hombre, claro, qué duda cabe —comentó Peg.

A pesar de lo que pensara de mí por ese motivo, me saludó con extrema amabilidad e incluso con lo que me parecieron muestras exageradas de afecto. Confesó que le encantaba, que era la chica que siempre había deseado para su hijo, etc., de modo que no creí ni una palabra. La verdad es que consideraba a su hijo demasiado joven para casarse. No halló en mí ningún fallo. Desde luego, podía haber sido peor: hija de un vendedor de tabaco (lo que entonces era símbolo de desastre) o una joven divorciada (ya había algunas) o incluso una corista. Sin duda pensó que, con nuestras perspectivas, el compromiso se esfumaría. Así que se mostró muy dulce conmigo, dejándome algo confusa. A Archie, de acuerdo con su temperamento, le daba igual lo que pensáramos la una de la otra. Iba por la vida con la buena costumbre de no importarle lo que pensaran los demás de él y de sus cosas; sólo se preocupaba de lo suyo.

Así pues, seguíamos comprometidos, pero nuestro matrimonio seguía siendo tanto o más remoto. El ascenso en la aviación era igual que en cualquier otro sitio. Se había desanimado porque sufría de sinusitis al volar. Tenía muchos dolores, pero siguió adelante. Me escribía cartas llenas de tecnicismo sobre los aviones «Farman» y «Avros», opinando sobre los que ponían en peligro la vida del piloto y los que eran seguros y tendrían éxito. Al final me familiaricé con

los nombres de su escuadrilla: Joubert de la Ferté, Brooke-Popham, John Salmón. Un primo suyo irlandés había estrellado ya tantos aviones, que estaba casi permanentemente en tierra.

Parece raro que no me preocupara de su integridad física. Volar era peligroso, pero también lo era la caza y ya me había acostumbrado a que la gente se rompiera la crisma en ese terreno. Era uno de los azares de la vida. En aquella época no se insistía mucho en la seguridad; el eslogan «seguridad en el trabajo» se habría considerado algo ridículo. Era fantástico relacionarse con este nuevo medio de locomoción. Archie fue uno de los primeros pilotos que volaron. Tenía el número 105 ó 106 me parece; me sentía muy orgullosa de él.

Nada me ha decepcionado más en la vida que el establecimiento del avión como medio regular de transporte. Lo habíamos imaginado como el vuelo de un pájaro, el gozo de surcar los aires. En cambio, ahora, cuando pienso lo aburrido que es volar de Londres a Persia o a Japón, me pregunto si habrá algo más prosaico. Una caja comprimida con asientos estrechos, desde la que sólo se ven las alas y el fuselaje y unas pocas nubes de algodón. Cuando se vislumbra la tierra, aparece plana como en el mapa. Sí, una gran desilusión. Los barcos son mucho más románticos; y los trenes… Nada los superaba, sobre todo antes de que llegara el diesel con su olor. Un gran monstruo que lanza bocanadas de humo a través de desfiladeros y valles junto a cascadas, avanzando por montañas nevadas o a lo largo de carreteras rurales con extraños campesinos en sus carros. Los trenes son maravillosos, me encantan. Viajar en tren es contemplar la naturaleza y encontrarse con seres humanos, ciudades, iglesias y ríos: es decir, con la vida misma.

No digo que no me entusiasme la conquista del aire por el hombre, las aventuras espaciales, que son fruto de ese don del que carecen las demás formas de vida, el sentido de la aventura, el espíritu invencible y el valor, no el de la autodefensa, que tienen también todos los animales, sino el de arriesgar la vida en busca de lo desconocido. Me siento orgullosa y contenta de haberlo vivido y me gustaría ver las conquistas futuras, que se sucederán posiblemente con rapidez vertiginosa.

¿En qué parará todo? ¿En triunfos ulteriores o quizás en la destrucción del hombre por su propia ambición? Creo que no. El

hombre subsistiré, aunque quizá sólo, en grupitos dispersos. Tal vez ocurra una gran catástrofe; pero no perecerá toda la humanidad. Alguna comunidad primitiva, enraizada en su simplicidad, que sólo conozca de oídas los hechos pasados, fundamentará una nueva civilización.

IX

No sospeché —al menos no lo recuerdo— la inminencia de la guerra, en 1913. De vez en cuando los oficiales navales movían la cabeza murmurando: *Der Tag*, pero lo habíamos estado oyendo durante años y no hacíamos caso. Servía de base a los relatos sobre espionaje; era algo irreal. Ninguna nación cometería la locura de atacar excepto en la frontera noroccidental o en algún lugar apartado.

De todos modos, en 1913 y al comienzo de 1914, se popularizaron las clases de primeros auxilios y enfermería; todas las frecuentábamos. Nos vendábamos mutuamente brazos y piernas y hasta las cabezas, que era más difícil. Aprobamos los exámenes y conseguimos una tarjetita impresa en prueba de nuestro éxito. Era tal el entusiasmo femenino, que si un hombre tenía un accidente un montón de mujeres le asaltaban para curarle, causándole verdadero terror.

—¡Que no se me acerquen esas principiantes! —gritaba—. ¡No me toquéis, chicas, no me *toquéis*!

Uno de los profesores era irritante; con sonrisa diabólica nos tendió una trampa.

—Aquí hay un paciente —dijo indicando a un scout echado en el suelo—; tiene fracturas en un brazo y en un tobillo. Manos a la obra.

Dos de nosotras nos lanzamos sobre él para atenderle. Gracias a la práctica adquirida, sabíamos curar muy bien, dejando las vendas muy ajustadas y ordenadas. Pero en este caso nos quedamos desconcertadas: era imposible vendarlo, pues ya lo estaba.

—Son vendas de emergencia. No podéis reemplazarlas, así que vendad encima.

Resultó mucho más difícil.

—Adelante —dijo el tipo—. Emplead la figura del ocho, no tenéis más remedio. De nada vale seguir el manual y volver de arriba abajo. Hay qué seguir vendando, ésa es la cuestión. Bueno, la cama está allá, dentro del hospital.

Cogimos al paciente, esperando haber fijado las tablillas donde debíamos, y le llevamos a la cama. Nos detuvimos algo aturdidas; se nos había olvidado abrirla. El profesor se echó a reír.

—Ja, ja, ja. No habéis pensado en todo, ¿eh, jovencitas? Antes de llevar al enfermo hay que cerciorarse de que el lecho está listo.

Aunque nos sentimos humilladas, nos enseñó más que lo que habíamos aprendido en seis lecciones.

Además de los textos; hacíamos algún trabajo práctico. Dos mañanas a la semana asistíamos a la consulta de los pacientes externos del hospital. Nos daba apuro, pues las enfermeras regulares, que hacían todo muy rápido, nos despreciaban. Mi primer trabajo fue quitar la venda de un dedo, preparar el ácido bórico caliente y el agua y ponerlo en remojo. Fue fácil. El siguiente era lavar un oído, pero me lo prohibieron por ser muy técnico, según me dijo la enfermera.

—Recuerda que no se es útil haciendo lo que no se ha aprendido; se puede causar daño.

Después tuve que quitar la venda a una niña que se había quemado una pierna con agua hirviendo. Casi renuncio para siempre a la enfermería. Sabía que tenía que empaparla cuidadosamente con agua tibia, pero lo que no sabía era cómo evitar el sufrimiento de la criatura, que no tenía más que unos tres años. Gritaba sin cesar; fue horrible. Me impresionó tanto, que casi me mareé. Lo único que me salvó fue la mirada burlona de la enfermera. «Estas pobres tontas —parecía decir— se creen que lo saben todo cuando vienen aquí y se encuentran perdidas ante lo primero que se les manda». Decidí seguir adelante. No había más remedio; la niña y yo teníamos que soportar el sufrimiento. Proseguí, mareada aún, con los dientes apretados y con la mayor delicadeza posible.

Me sorprendió mucho cuando la enfermera me dijo de pronto: No has hecho un mal trabajo. Te costó al principio, ¿verdad? A mí también me pasó una vez.

Otro aspecto de nuestra preparación consistía en acompañar a la enfermera de zona de dos en dos, un día de la semana. Visitábamos las casas de campo que mantenían las ventanas muy cerradas y olían a jabón unas, y otras a algo muy distinto; a veces, daban ganas de abrirlo todo de par en par. Los achaques eran siempre los mismos. Casi todos tenían lo que llamaban «malas piernas». Estaba intrigada porque no sabía lo que era. La enfermera me dijo:

El envenenamiento de la sangre es muy común, como resultado de enfermedades venéreas o de úlceras; en todo caso, se trata de sangre mala.

Ése era el nombre, genérico empleado por la gente; lo entendí mejor años más tarde cuando mi asistenta me decía:

—Mi madre está enferma otra vez.

Pues, ¿qué tiene?

«Malas piernas»; siempre ha tenido malas piernas.

Un día nos encontramos con que se había muerto un paciente. Le vestimos la enfermera y yo. Fue algo extraño, por ser la primera vez, aunque menos impresionante que curar a una niña abrasada.

Cuando allá lejos, en Servia, asesinaron a un archiduque, nos pareció un suceso remoto, sin nada que tuviera que ver con nosotros. Después de todo, siempre había asesinatos en los Balcanes. Pero rápidamente aparecieron en el horizonte nubarrones que anunciaban tormentas increíbles. Corrieron rumores de algo fabuloso: ¡la guerra! Claro que era sólo cosa de los periódicos; las naciones civilizadas no la querían. No había estallado ninguna desde hacía años, y probablemente no volvería a haber.

No, la gente, a excepción tal vez de los altos funcionarios y de los círculos más internos del Ministerio de Asuntos Exteriores, no pensaba que ocurriera. Todos decían muy convencidos que no eran más que rumores y discursos de los políticos. Pero de repente, una mañana sucedió lo inesperado.

Inglaterra estaba en pie de guerra.

PARTE V. LA GUERRA

I

Inglaterra estaba en guerra. Por fin había estallado.

Me resulta difícil expresar nuestros sentimientos de entonces y los de ahora. Ahora podremos horrorizarnos, quizá sorprendernos, pero no asombrarnos de que estalle una guerra porque todos somos conscientes de que puede pasar: de que ha ocurrido en el pasado y de que, en cualquier momento, puede suceder de nuevo. Pero en 1914 no había habido guerra desde, ¿hacía cuánto tiempo? ¿cincuenta años? ¿quizá más? Es verdad que se había librado la «Gran Guerra de los Boers» y algunas escaramuzas en la frontera noroeste, pero no habían implicado a todo el país: eran sólo grandes ejercicios bélicos, para mantener el poder en lugares lejanos. Esta vez era diferente: estábamos en guerra con Alemania.

Recibí un telegrama de Archie: «Ven a Salisbury si quieres tener esperanzas de verme». La aviación sería de los primeros cuerpos movilizados.

—Tenernos que ir —le dije a mi madre—. Sin falta.

Sin más discusiones, nos dirigimos a la estación de ferrocarril. Teníamos poco dinero encima; los bancos estaban cerrados, se había declarado una moratoria y no había forma alguna de obtener dinero en la ciudad. Nos subimos al tren, recuerdo, y aunque teníamos tres o cuatro billetes de cinco libras que mi madre siempre llevaba encima, los revisores nunca los aceptaban: nadie hubiera cogido en esos momentos billetes de cinco libras. A través de todo el sur de Inglaterra, infinitos revisores tomaron nota de nuestros nombres y domicilios. Los trenes iban con retraso y tuvimos que cambiar en varias estaciones, pero finalmente llegamos a Salisbury esa noche. Una vez allí, nos dirigimos al County Hotel. Media hora después de nuestra llegada se presentó Archie. Estuvimos poco tiempo juntos:

ni siquiera se quedó a cenar. Media hora, nada más. Después nos dijo adiós y se marchó.

Archie estaba seguro de que moriría y de que nunca más volvería a verme. Estaba tranquilo y alegre, como siempre, a pesar de que, como todos los jóvenes aviadores, creía que la guerra sería el fin, y muy rápido al menos para los primeros que salieran. Se sabía que las fuerzas aéreas alemanas eran muy poderosas.

Yo no lo sabía, pero me embargó también la certidumbre de que me estaba despidiendo de él, de que no le vería nunca más; no obstante, traté de aparentar su misma alegría y confianza simulada. Recuerdo que esa noche me fui a la cama y lloré sin parar hasta que, de repente, caí exhausta en un sueño pesado y profundo, despertándome muy avanzada ya la mañana siguiente.

Regresamos a casa, dando, otra vez nuestros nombres y direcciones a los revisores. Tres días más tarde llegó la primera postal de guerra desde Francia. Tenía unas frases impresas que el remitente sólo podía tachar o dejar: cosas como «Estoy bien», «Estoy en el hospital», y demás. Cuando la recibí pensé que, a pesar de tan poca información, era una buena señal.

Corrí hacia mi destacamento de enfermería para ver cómo marchaba todo. Hacíamos muchos vendajes, los empaquetábamos y preparábamos cestas llenas de apósitos para los hospitales. Algunas de nuestras actividades eran útiles, muchas otras no servían para nada, pero así se pasaba el tiempo; pronto —demasiado pronto—, llegaron los primeros heridos. Se ordenó que sirviéramos refrescos en la estación a los hombres que llegaban. Eso, hay que decirlo, fue una de las ideas más estúpidas que se le podía haber ocurrido a un comandante. Se había alimentado bien a los heridos durante todo el viaje desde Southampton, y cuando por fin llegaban a la estación de Torquay lo mejor que podíamos hacer era sacarlos del tren, meterlos en las camillas y en las ambulancias y llevarlos al hospital.

Hubo mucha competencia para meterse en el hospital (para lo que se había habilitado el Ayuntamiento) y trabajar de enfermeras. Por razones estrictamente sanitarias, las primeras elegidas fueron las mujeres de mediana edad y las que podían demostrar alguna experiencia en el cuidado de enfermos. A las chicas jóvenes, en principio, se las rechazó. Había también otra sección, conocida como «doncellas de pabellón», que hacían los trabajos caseros y de

limpieza del Ayuntamiento: suelos, objetos metálicos y demás. Y finalmente, estaba el personal de cocina. Muchas personas que no querían cuidar a los enfermos habían solicitado el trabajo de cocinas; las doncellas de pabellón, por otro lado, eran en realidad una fuerza de reserva, pues todas esperaban con ansia meterse en el cuerpo de enfermeras en cuanto se produjera una vacante. En el hospital sólo había unas ocho mujeres con experiencia hospitalaria; el resto eran voluntarias.

La señora Acton, una vigorosa mujer, actuaba como jefa de enfermeras, pues era oficial superior del destacamento de voluntarias. Era una mujer bastante autoritaria, que organizó todo estupendamente. El hospital tenía capacidad para más de doscientos pacientes, y todo estaba dispuesto para recibir el primer contingente de heridos. La situación tuvo cierta gracia. La señora Spragge, esposa del general Spragge, la alcaldesa, mujer de buena presencia, se adelantó a recibirlos, se postró simbólicamente de rodillas ante el primero que entró en una silla de ruedas, lo condujo hasta su cama y le quitó ceremoniosamente las botas. El hombre, lo confieso, se quedó muy sorprendido; era un epiléptico que, no sufría heridas de guerra de ningún tipo, y que una dama tan distinguida le quitara de repente las botas a mitad de la tarde, era más de lo que podía entender.

Scotty, el perro Dandy Dinmont de Monty, pintado por N. H. J. Baird.

Clase de baile en Torquay; yo en el centro.

En París en 1906.

Entré en el hospital como doncella de pabellón y me puse a limpiar celosamente todo. Cinco días después me trasladaron al pabellón de heridos. La mayoría de las señoras de mediana edad que habían entrado anteriormente, aunque estaban llenas de buenos sentimientos e intenciones, ignoraban que la labor de una enfermera consiste sobre todo en manejar orinales y bacines, limpiar hules, retirar los vómitos y respirar el olor de las heridas infectadas, y no —como pensaban al principio— en arreglar los almohadones y susurrar frases consoladoras a los combatientes. Así, las idealistas abandonaron con presteza sus tareas: nunca habían imaginado que tendrían que hacer algo así, decían. Y las valerosas chicas jóvenes las sustituyeron a la cabecera de los heridos.

Al principio todo fue confusión. Las pobres que tenían experiencia se veían totalmente desbordadas por la cantidad de voluntarias llenas de buenos deseos, pero sin práctica alguna, que estaban a sus órdenes. Ni siquiera había algunas enfermeras en período de prueba, bien adiestradas, que ayudaran. Yo me encargaba, junto con otra chica, de dos hileras de doce camas; dependíamos de una enérgica hermana —la hermana Bond—, quien, a pesar de ser una enfermera de primera clase, tenía muy poca paciencia con el infeliz personal subalterno. No es que fuéramos tontas, pero sí totalmente ignorantes. Apenas se nos había enseñado nada de las labores necesarias en un hospital; todo lo que sabíamos era cómo hacer un vendaje. Lo único que en realidad nos ayudó un poco fueron las pocas instrucciones que obtuvimos de la enfermera jefe de distrito.

Lo que más nos confundía era los misterios de la esterilización, sobre todo porque la hermana Bond estaba siempre demasiado ocupada para explicárnoslos. Nos llegaban continuamente tambores llenos de apósitos, listos para su utilización, que quedaban a nuestro

cargo. Ni siquiera sabíamos dónde dejar los usados y dónde se encontraban los esterilizados. Además, todos tenían un aspecto extremadamente sucio, aunque estaban quirúrgicamente limpios (se hervían en el esterilizador del sótano), lo que acentuaba aún más nuestra confusión. Al cabo de una semana, las cosas empezaron a marchar un poco mejor relativamente Al fin comprendimos lo que se nos pedía, y lo hacíamos sin equivocamos. Pero, por aquel entonces, la hermana Bond se había dado por vencida, nos había abandonado. Dijo que sus nervios ya no resistían más.

Vino una nueva hermana, la hermana Anderson, para sustituirla. Si la anterior había sido una enfermera de primera clase, la nueva, además de serlo también, tenía mucho sentido común y una razonable dosis de paciencia. A sus ojos no éramos unas chicas tontas, sino sólo mal adiestradas. Tenía cuatro voluntarias a sus órdenes para las dos hileras de enfermos y procedió a adiestradas. Cada dos días las examinaba dividiéndolas en dos grupos, el de las que valía la pena preparar, y el de las que sólo servían «para ver si el agua de la olla hervía». La razón de esto último es que al final del pabellón había cuatro enormes recipientes con agua hirviendo, que se utilizaba para aplicar fomentos. Casi todas las heridas se trataban de este modo, por lo que el control del agua era fundamental. Si la pobre chica encargada de ver si hervía el agua comunicaba que sí, pero luego resultaba que se había equivocado, la hermana Anderson explotaba con su vozarrón:

—Enfermera, ¿todavía no sabe cuándo el agua está hirviendo?

—Es que salía algo de vapor de la olla —contestaba la aspirante.

—Eso no es vapor —decía la hermana Anderson—. ¿No sabe distinguir aún el ruido que hace? Primero viene un sonido cantarín, después se aplaca, y entonces es cuando sale el verdadero vapor —explicaba, mientras se murmuraba a sí misma: «¡Si me mandan más idiotas como ésta, no sé qué voy a hacer!»

Tuve la suerte de estar bajo las órdenes de la hermana Anderson.

Era muy severa, pero también justa. En las dos hileras siguientes estaba la hermana Stubbs, una mujer bajita, alegre y amable con las chicas, a las que muchas veces llamaba «queridas», y que después de adormecerlas en una falsa seguridad estallaba en una explosión de mal humor cuando algo iba mal.

Es como si tienes a una gatita de mal carácter: se pone a jugar

contigo y un momento después te araña.

Desde un principio disfruté con las labores de enfermera. No tuve dificultades con mis tareas y descubrí, y nunca he cambiado de opinión, que es una de las profesiones más gratificantes que existen. Pienso que, si no me hubiera casado, después de la guerra me hubiera convertido en enfermera profesional. Quizá lo haya heredado. La primera mujer de mi abuelo, mi abuela americana, lo era.

Al entrar en el mundo hospitalario, tuvimos que revisar por completo los criterios acerca de nuestra posición en la vida, de nuestra situación real en la jerarquía del hospital. Había considerado siempre a los médicos como algo normal. Cuando estás enfermo, le llamas, y haces más o menos lo que te ordena —salvo mi madre, que siempre sabía mucho más que el doctor—. Por lo general, era siempre Un amigo de la familia. No estaba en absoluto preparada para la reverencia y la servidumbre.

—¡Enfermera, toallas para las manos del doctor!

Pronto aprendí a estar atenta, una especie de vehículo portatoallas, esperando servilmente mientras el doctor se lavaba las manos, se las secaba con la toalla y, sin pensar en devolvérmela, la tiraba desdeñosamente al suelo. Incluso los que, según el criterio general, estaban por debajo del nivel necesario, se movían a sus anchas y recibían una veneración digna de seres superiores.

Hablar directamente con un doctor, mostrarle algún tipo de reconocimiento, era algo muy presuntuoso. Aunque fuera un amigo íntimo, nunca se demostraba. Aprendí esta estricta etiqueta rápidamente, aunque metí la pata un par de veces. En cierta ocasión, un médico, irritable como todos los que estaban en el hospital —y no porque tuvieran motivos reales, creo yo, sino porque las hermanas esperaban que fueran así—, exclamó con impaciencia:

—No, no, hermana, no quiero ese tipo de fórceps. Deme…

Ahora no recuerdo cómo se llamaban, pero como los tenía en mi bandeja, se los entregué directamente.

Durante las siguientes veinticuatro horas recibí continuos reproches de la hermana.

—Realmente, enfermera, adelantarse de esa forma… ¡Entregarle directamente los fórceps al doctor!

—Lo siento mucho, hermana —murmuré sumisamente—. ¿Qué era lo correcto?

—La verdad, enfermera, creo que ya debía saberlo a estas alturas. Si el doctor pide algo, usted me lo entrega a mí, y yo seré quien se lo dé al doctor.

Le aseguré que no me equivocaría otra vez.

La huida de las mujeres de mayor edad se aceleró por el hecho de que los primeros casos venían directamente de las trincheras, con su ropa de campaña y con las cabezas llenas de piojos. La mayoría de las damas de Torquay no habían visto un piojo en su vida —yo tampoco los había visto nunca— y la impresión que les causaba esos horribles bichos era demasiado para ellas. Las más jóvenes y fuertes, sin embargo, no nos dejamos impresionar. Con frecuencia le decíamos a la que venía a reemplazamos: «He hecho ya todas mis cabezas», en tono alegre y blandiendo un cepillo triunfalmente.

Tuvimos un caso de tétanos en la primera remesa de pacientes. Fue nuestra primera muerte. Nos afectó mucho a todas. Pero al cabo de tres semanas, me sentía como si hubiera cuidado soldados toda mi vida, y al cabo de un mes era lo bastante experta para descubrir los variados trucos de los soldados.

—Johnson, ¿qué ha escrito usted en su tablilla? —las tablillas, con los gráficos de la temperatura clavados en ellas, colgaban de la cabecera de la cama.

—¿Escrito en mi tablilla, enfermera? —contestaba, con un aire de herida inocencia—. Nada; ¿por qué iba a hacerlo?

Pues alguien ha escrito un régimen muy peculiar. No creo que haya sido la hermana o el doctor. Es muy raro que le hayan prescrito vino de Oporto.

Otra vez me encontré con un hombre que se quejaba y que me dijo:

—Enfermera, creo que estoy muy enfermo. Estoy seguro, tengo mucha fiebre.

Después de mirar su rostro rubicundo y lleno de salud, cogí el termómetro que me entregaba. Marcaba entre 39 y 40.

—Estos radiadores son muy útiles, ¿verdad? —le dije—. Pero vaya con cuidado; si pone el termómetro en uno demasiado caliente, el mercurio se escapará del todo.

—Ah, enfermera —me dijo con una mueca—, no se deja engañar, ¿eh? Ustedes las jóvenes son mucho más duras de corazón que las ancianas de antes; ellas no sospechaban nada cuando veían temperaturas de 40; salían disparadas a buscar a la hermana.

—Debería avergonzarse de sí mismo.

—Pero, enfermera, ¡todo ha sido una broma!

A veces tenían que ir al departamento de rayos X, al otro lado de la ciudad, o a recibir fisioterapia. Entonces teníamos que vigilar una expedición de seis hombres y estar atentas ante una repentina solicitud de cruzar la calle, «porque necesito comprarme un par de cordones para las botas, enfermera». Mirabas entonces al otro lado de la calle, y veías que la zapatería estaba justamente al lado del pub «The George and Dragon». No obstante, regresé siempre con mis seis hombres, sin que ninguno me diera esquinazo y apareciera luego un poco achispado. Eran todos terriblemente encantadores.

Había un escocés al que le escribía las cartas. Resultaba asombroso que no supiera leer ni escribir, pues seguramente era el hombre más inteligente de todo el pabellón. Y sin embargo, era así; le escribía yo las cartas a su padre. Para empezar se sentaba incorporándose en el lecho y esperaba a que estuviera lista.

—Bueno, enfermera. Vamos a escribir a mi padre —me indicaba.

—Sí. «Querido padre» —empezaba yo—. ¿Qué más le pongo?

—Bueno, cualquier cosa de esas que usted sabe.

—Esto…, creo que es mejor que me diga exactamente qué quiere decirle.

—Seguro que usted sabe mejor lo que tiene que poner.

Insistía que me diera alguna indicación. Entonces empezaba a contar cosas: sobre el hospital en el que estaba, la comida que le daban y demás. Después, se interrumpía.

—Creo que eso es todo.

—«Con todo el amor de su afectuoso hijo» —le sugería.

Se quedaba muy sorprendido ante esa expresión.

—Ni hablar, enfermera. Conocerá alguna despedida mejor que ésa, ¿no?

—¿Qué es lo que está mal?

—Diga usted: «De su respetuoso hijo». Nosotros no mencionamos palabras como amor, afecto o cosas así; no a mi padre. Me sentía como si me reprendieran.

La primera vez que asistí a una operación en el quirófano fue un desastre. De repente todo empezó a dar vueltas alrededor de mí, y sólo los brazos de otra enfermera que me sujetaron por los hombros, sacándome rápidamente de allí, evitaron que me derrumbara. Nunca me había desmayado con la visión de la sangre o de las heridas. Cuando más tarde apareció la hermana Anderson, me enfrenté a ella llena de temor. Fue, sin embargo, muy amable conmigo.

—No debe preocuparse, enfermera —me dijo—. Nos ha ocurrido a todas las primeras veces. Por un lado, no está acostumbrada al calor y al olor de éter, todo junto. Eso siempre da un poco de náuseas. Además, era una difícil operación abdominal que es de las más desagradables de ver.

—Oh, hermana, ¿cree que la próxima vez irá todo bien?

—Inténtalo. Y si no va bien, continúe hasta que se acostumbre. ¿De acuerdo?

—Sí —respondí—. De acuerdo.

La siguiente vez fue una operación bastante corta y sobreviví.

A partir de entonces, ya no tuve más problemas, aunque muchas veces volvía la cara cuando se hacía la primera incisión con el bisturí; era lo que más me desagradaba, pero después miraba con tranquilidad e incluso me interesaba. La verdad es que uno se acostumbra a todo.

II

—Creo que eso está muy mal, querida Agatha —dijo uno de los viejos amigos de mi madre—. Ir a trabajar al hospital un domingo. El domingo es el día de descanso. Debes librar los domingos.

—¿Quién vendaría a los enfermos, los lavaría, vaciaría los orinales, tendría las camas hechas y prepararía el té, si nadie trabajara los domingos? —le pregunté—. Después de todo, no pueden estar veinticuatro horas seguidas sin todas esas cosas, ¿no?

—Bueno, querida, nunca lo había pensado. Pero seguro que se puede llegar a algún arreglo.

Tres días antes de Navidad, Archie recibió repentinamente un permiso. Me fui con mi madre a Londres para estar con él. Yo ya tenía la idea, creo, de que debíamos casarnos. Mucha gente lo hacía entonces.

Me parece —le dije a mi madre— que no debemos ser prudentes ni pensar en el futuro; se muere cantidad de gente todos los días.

Mi madre estuvo de acuerdo.

—No —dijo—. Creo lo mismo que tú. No podemos pensar en los riesgos y cosas así.

Nunca nos lo dijimos, pero las probabilidades de que Archie muriera eran muy elevadas. Las bajas eran cada vez más numerosas. Muchos de mis amigos eran soldados y los habían movilizado al mismo tiempo. Todos los días, al leer el periódico, aparecía algún conocido en la lista de bajas.

Habían pasado sólo tres meses desde que Archie y yo nos habíamos visto, pero habían transcurrido, a mi parecer, en una dimensión distinta del tiempo. En tan corto período, había vivido un tipo de experiencias totalmente nuevas: la muerte de mis amigos, la incertidumbre, la alteración del ambiente vital. A Archie

le había ocurrido lo mismo, aunque en campos distintos. Se había visto inmerso entre la muerte, la derrota, la retirada, el miedo. Habíamos vivido ambos un largo trecho por nosotros mismos. El resultado fue que casi nos parecimos dos extraños.

Fue como conocernos de nuevo el uno al otro. Las diferencias entre los dos aparecieron en seguida. Su decidida despreocupación y ligereza —casi jovialidad— me molestó. Entonces era demasiado joven para comprender que, para él, era la mejor forma de enfrentarse con su nueva vida. Yo, en cambio, me había vuelto mucho más seria y emotiva, abandonando la ligereza de jovencita feliz. Era como si quisiéramos alcanzarnos el uno al otro y descubriéramos, casi con desaliento, que habíamos olvidado cómo hacerlo.

Archie estaba completamente decidido en cuanto a una cosa, que dejó clara desde el primer momento: el matrimonio, descartado.

—Es lo peor que podríamos hacer —dijo—. Todos mis amigos piensan igual. Correr para alcanzar las cosas, y después, ¿qué ocurre? Te matan y detrás de ti queda una joven viuda, quizá con un hijo en camino; es egoísta y erróneo.

No estuve de acuerdo con él. Discutí apasionadamente, defendiendo el punto de vista contrario. Pero una de las características de Archie era su seguridad. Estaba seguro siempre de lo que debía hacer y de lo que haría. No es que nunca cambiara de opinión: lo hacía, repentinamente, muy de prisa en ocasiones. En realidad, cambiaba a veces de modo inmediato, viendo blanco lo que antes veía negro y viceversa. Pero cuando se comportaba así, mantenía la misma seguridad. Acepté su decisión y nos dedicamos a disfrutar de esos días preciosos que teníamos para estar juntos.

El plan era que, después de un par de días en Londres, me iría con él a Clifton, para pasar las Navidades en casa de su madre y su padrastro. Parecía lo más apropiado. Pero antes de salir hacia Clifton, tuvimos una disputa en toda regla. Una disputa ridícula, pero bastante acalorada.

El día de nuestra partida, Archie llegó al hotel con un regalo para mí. Era un espléndido neceser con todos los accesorios precisos dentro; algo que cualquier millonaria hubiera llevado con plena confianza al Ritz. Si me hubiera comprado un anillo, o un brazalete,

por muy caro que fuese, no me habría enfadado, lo habría aceptado con mucho gusto y orgullo, pero por alguna razón, me rebelé violentamente contra el neceser. Pensé que era una extravagancia absurda, un trasto que nunca utilizaría. ¿De qué me serviría en el hospital un deslumbrante neceser, digno de unas vacaciones en el extranjero en tiempos de paz? Le dije que no lo quería y que lo devolviera. Archie se enfadó; yo también. Le hice sacarlo de allí. Una hora más tarde regresó e hicimos las paces. Nos preguntamos qué diablos nos había sucedido. Cómo podíamos haber sido tan idiotas. Archie admitió que era un regalo un poco estúpido. Yo confesé que me había comportado como una ingrata. A consecuencia de la pelea y la subsiguiente reconciliación, nos sentimos un poco más unidos.

Mi madre regresó a Devon, y Archie y yo nos fuimos a Clifton. Mi futura suegra seguía igual de encantadora, dentro de un estilo irlandés quizás exagerado. Su otro hijo, Campbell, me había dicho una vez: «Mi madre es una mujer muy peligrosa». No lo comprendí entonces, pero creo que ahora sí sé lo que quería decir. Era ese afecto efusivo, que con igual rapidez se convertía en lo contrario. En un determinado momento, todo era amor para su futura nuera; al momento siguiente, nada era demasiado malo para ella.

El viaje hasta Bristol fue muy fatigoso; los trenes estaban aún en una situación caótica y siempre llegaban con horas de retraso. Al fin, llegamos y recibimos una acogida de lo más calurosa. Me fui a la cama totalmente exhausta por las emociones del día y del viaje, luchando contra mi natural timidez y buscando la forma más apropiada de hablar y actuar ante mis futuros suegros.

Pasó aproximadamente una hora y media; quizás una hora. Me había metido en la cama, pero no estaba dormida aún, cuando alguien llamó a la puerta. Me levanté y abrí: era Archie. Entró en la habitación, cerró la puerta y dijo bruscamente:

—He cambiado de opinión. Tenemos que casarnos. Inmediatamente. Nos casaremos mañana.

—Pero tú decías…

—¡Bah! Olvídate de lo que he dicho. Tenías razón, estaba equivocado. Por supuesto que es la única cosa lógica que podemos hacer. Tendremos dos días para estar juntos antes de que me marche otra vez.

Me senté en la cama, me temblaban las piernas.

—Pero, pero estabas tan seguro…

—¿Y eso qué importa? He cambiado de opinión.

—Sí, pero… —quería decir tantas cosas, que no me salían. Siempre que quiero hablar con claridad, tartamudeo—. Todo va a ser tan difícil… —dije, con voz débil.

He tenido siempre la capacidad de ver lo que Archie no veía: las mil y una desventajas de un acto futuro. Archie sólo veía lo esencial. Al principio, le había parecido una locura que nos casáramos en plena guerra; ahora, un día después, estaba igualmente seguro de que era lo mejor que podíamos hacer. Las dificultades para realizarlo, los sentimientos de despecho de todas nuestras amistades y familiares, no le importaban en absoluto. Discutimos. Discutimos tanto como veinticuatro horas antes, pero esta vez con los papeles cambiados. No hace falta decirlo, Archie ganó de nuevo.

Pero no podremos casarnos tan de prisa —le dije, con incertidumbre—. Es tan difícil…

—¡Oh, claro que podremos! —contestó muy animado—. Sacaremos una licencia especial o algo parecido del arzobispo de Canterbury.

—¿Pero eso no resultará muy caro?

Sí, supongo que sí. Pero ya nos arreglaremos. De todas formas, tenemos que hacerlo. No hay tiempo para otra cosa. Mañana es Nochebuena. Así que, ¿estamos de acuerdo?

Le dije débilmente que sí. Salió de la habitación y me quedé casi toda la noche despierta y preocupada. ¿Qué diría mi madre? ¿Qué diría Madge? ¿Qué diría la madre de Archie? ¿Por qué Archie no quiso que nos casáramos en Londres, donde todo hubiera sido más fácil y sencillo? Bueno, ya estaba hecho. Al final me dormí, agotada.

La mayoría de las cosas que había previsto durante la noche, se hicieron realidad a la mañana siguiente. Antes que nada, le revelamos nuestros planes a Peg. Rompió a llorar histéricamente y se retiró a su dormitorio.

—Que mi propio hijo me haga esto, —murmuraba, mientras subía la escalera.

—Archie —le dijo—, es mejor que lo dejemos. Tu madre se ha llevado un disgusto terrible.

—¿Qué me importa si mi madre se disgusta o no? —contestó—. Llevamos dos años comprometidos; debía suponerlo, ¿no?

—Pero parece que ahora le sienta muy mal.

—Apurarme así, de esta forma… —sollozaba Peg, tumbada en su habitación a oscuras, con un pañuelo mojado en colonia sobre su frente.

Archie y yo nos miramos como dos perros llenos de culpabilidad.

El padrastro de Archie acudió en nuestra ayuda. Nos sacó del cuarto de Peg y nos dijo:

—Creo que tenéis razón. No os preocupéis por Peg. Le molesta que la sobresalten. A ti te tiene mucho cariño, Agatha, y estará tan a gusto como siempre cuando pase algún tiempo. Pero no esperéis que se sienta complacida hoy mismo. Ahora, marcharos y seguid adelante con vuestros planes. Me temo que no os queda mucho tiempo. Y recordad, estoy seguro, completamente seguro, de que estáis haciendo lo más apropiado.

Aunque había comenzado el día con bastantes aprensiones y temores, al cabo de dos horas estaba llena de ánimo combativo, Las dificultades que se interponían ante nuestra boda eran considerables y, cuanto más imposible parecía que nos casáramos ese día, más decididos estábamos a que se celebrara la ceremonia.

Archie consultó primero a un antiguo preceptor religioso suyo. Nos dijo que podía obtenerse una licencia especial ante el Colegio de Doctores por 25 libras. Ni Archie ni yo teníamos esa suma, pero no le dimos importancia: alguien nos las prestaría. Lo que presentaba más dificultades es que había que sacarla personalmente. Y el día de Navidad resultaba imposible. La licencia especial quedaba descartada. Fuimos a continuación a una oficina de registro civil. Allí fracasamos también. No se podía hacer nada antes, de catorce días. El tiempo pasaba. Finalmente, un amable registrador a quien no conocíamos al volver de su refrigerio de media mañana, nos dio la solución.

—Querido joven —le dijo a Archie—, vive usted aquí, ¿no? Quiero decir, ¿su madre y su padrastro residen aquí?

—Sí —dijo Archie.

—Así que tiene aquí una maleta, sus ropas y algunos de sus efectos, ¿no?

—Sí.

—Entonces no necesita el plazo de quince días. Puede usted adquirir una licencia ordinaria y casarse en su parroquia esta misma tarde.

La licencia costaba ocho libras. Conseguimos reunirlas. A partir de ahí, empezó una carrera de locos.

Corrimos a cazar al vicario de la iglesia. No estaba. Lo encontramos en casa de un amigo. Sorprendido, no tuvo inconveniente en oficiar la ceremonia. Corrimos entonces a casa de Peg para tomar un tentempié.

—No me digáis nada —dijo, sollozando—. No me digáis nada.

Y cerró la puerta de su cuarto.

No había tiempo que perder. Corrimos otra vez hacia la iglesia; Emmanuel, creo que se llamaba. Allí nos dimos cuenta de que necesitábamos un segundo testigo. Justo cuando salíamos a cazar al primer extraño que se nos cruzase en el camino, tuve la enorme suerte de encontrarme con una chica a la que conocía. Había estado con ella en Clifton dos años atrás. Yvonne Bush, aunque completamente asombrada, estaba dispuesta a ser una dama de honor improvisada y el testigo necesario. Corrimos de vuelta a la iglesia. El organista estaba allí ensayando, y se ofreció a tocar una marcha nupcial.

A punto de iniciarse la ceremonia, pensé un momento qué novia se habría preocupado menos por su aspecto. Ni vestido blanco, ni velo, ni un solo detalle elegante. Llevaba un abrigo corriente, una falda y un pequeño sombrero de terciopelo púrpura, y ni siquiera me había lavado las manos o la cara. Archie y yo nos reímos.

Terminada la ceremonia, había que salvar el siguiente obstáculo. Como Peg seguía apesadumbrada, decidimos irnos a Torquay, meternos en el Grand Hotel y pasar el día de Navidad con mi madre. Pero primero, por supuesto, la llamaría para anunciarle lo que había ocurrido. Era muy difícil comunicar por teléfono, y el resultado no fue demasiado satisfactorio. Sólo mi hermana estaba en casa y acogió la noticia con bastante disgusto.

—¡Sobresaltar de esta forma a nuestra madre! ¡Ya sabes lo débil que está su corazón! ¡No tienes sentimientos!

Cogimos el tren, que estaba abarrotado, y por fin, llegamos a Torquay a medianoche, tras haber reservado por teléfono una

habitación. Tenía aún cierto sentimiento de culpabilidad; ¡habíamos causado tantas molestias e inconvenientes! Todos los seres más queridos se habían disgustado con nosotros. No creo que a Archie le importara. Ni siquiera creo que se le pasara algún momento por la cabeza; y si fuera así, no lo hubiera sentido lo más mínimo. «Es una lástima que a todo el mundo le moleste y todo eso —hubiera dicho — pero ¿porqué se ponen así?» Habíamos hecho lo más apropiado: de eso estaba seguro Archie. Sólo una cosa sí le ponía nervioso. Había llegado el momento. Nos disponíamos a bajar del tren cuando, súbitamente, como si fuera un conspirador, sacó de no sé dónde un nuevo bulto.

—Espero —me dijo, muy alterado—, espero que no te enfades por esto.

—¡Archie! ¡Pero si es el neceser que me regalaste!

—Sí. No lo devolví. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Me parece estupendo.

Así estaban las cosas. Íbamos de viaje con el neceser y, ¡precisamente en nuestro viaje de bodas! Le quité un gran peso de encima con mi reacción. Creo que esperaba una buena reprimenda.

Si nuestro día de bodas había sido una larga lucha contra los imponderables, lleno de momentos críticos, el de Navidad en cambio fue benigno y pacífico. Todo el mundo había superado ya la conmoción. Madge se mostraba cariñosa, olvidando sus censuras; mi madre se había recuperado del susto y se sentía totalmente feliz con nuestra felicidad. Peg, suponía yo, también se habría recuperado (Archie me aseguró que sí). Así que disfrutamos todos mucho.

Al día siguiente me fui con Archie a Londres, para despedirme de él antes de que se fuera de nuevo a Francia. No le volvería a ver hasta pasados otros seis meses de guerra.

Volví otra vez al hospital, donde las noticias sobre mi nuevo estado me habían precedido.

—¡Enferrrmera! —era el chico escocés, arrastrando las erres con énfasis y golpeando el suelo con su bastón—. ¡Enferrrmera, venga usted aquí inmediatamente! —Fui hasta su cama—. ¿Qué es lo que he oído? ¿Es verdad que se ha casado usted?

—Sí —le contesté—. Es verdad.

—¿Habéis oído? —se dirigía a toda la hilera de camas—. La

enfermera Miller se ha casado. ¿Cómo se llama ahora?

—Christie.

—Ah, un buen apellido escocés, Christie. Enfermera Christie; ¿oye usted eso, hermana? Ahora es la enfermera Christie.

Sí, he oído —dijo la hermana Anderson—. Y le deseo toda clase de felicidades añadió, en tono de cumplido—. Hemos hecho muchos comentarios sobre usted.

Ha hecho usted muy bien, enfermera —dijo otro paciente—. Se ha casado con un oficial, ¿no? Ha hecho muy bien. Y desde luego no me extraña. Es usted una chica muy guapa…

Pasaron los meses. La guerra se estancó en un punto muerto lleno de espantos. La mitad de nuestros pacientes tenían mal de trincheras. Era un invierno de frío intenso, y me salieron unos sabañones terribles en las manos y en los pies. El continuo limpiar de los hules no hacía ningún bien a mis manos. A medida que pasaba el tiempo, recibía más responsabilidades y me gustaba más el trabajo. Acaba uno acostumbrándose a esa rutina de médicos y enfermeras. Se saben cuáles son los cirujanos que hay que respetar más, y cuáles son los médicos a los que secretamente desprecian las hermanas. No quedaban más cabezas que despiojar ni más ropas de campaña: se habían montado hospitales en los frentes de Francia. Pero seguíamos todavía casi al límite de capacidad del hospital. Nuestro pequeño escocés, que había estado entre nosotros por una fractura de pierna, se marchó al fin, convaleciente. Durante el viaje de regreso se cayó al descender del vagón y se rompió de nuevo la pierna, pero estaba tan ansioso de llegar a su ciudad natal escocesa, que no mencionó la caída ni la nueva fractura. Sufrió unos dolores terribles, pero al fin llegó a su destino, donde tuvieron que entablillarle de nuevo la pierna.

Aunque ahora todo está envuelto en una especie de neblina, recuerdo aún algunas situaciones aisladas grabadas en mi memoria. Recuerdo a una joven enfermera aprendiza que estaba de auxiliar en el quirófano; la habían dejado sola para que limpiara la mesa de operaciones y tuve que ayudarla a retirar una pierna amputada para echarla al horno. Después limpiamos toda la sangre que habla por allí. Creo que era demasiado joven e inexperta para qué le encargaran semejante tarea a ella sola.

Recuerdo a un sargento de expresión muy seria, a quien le

escribía sus cartas de amor. No sabía leer ni escribir. Me decía toscamente lo que quería poner.

—Eso quedará muy bien, enfermera —asentía, cuando le leía lo que había escrito—. Póngalo por triplicado, por favor.

—¿Por triplicado? —le preguntaba.

—Sí —contestaba—. Una para Nellie, otra para Jessie y otra para Margaret.

—¿No sería mejor variarlas un poco? —pregunté una vez. El sargento meditó unos momentos.

—No —dijo, finalmente—, no creo. Les he contado a todas lo esencial.

Así, todas las cartas empezaban igual: «Espero que al recibo de la presentes te encuentres como yo, pero con más salud». Y terminaban diciendo: «Tuyo hasta que en el infierno haga frío».

—¿No se encontrarán unas con otras? —le pregunté, con curiosidad.

—No, no creo —contestó—. Viven en pueblos diferentes, como usted sabe, y no se conocen entre sí.

Le dije que si pensaba casarse con alguna de las tres.

—Puede que sí —contestó—, y puede que no. A Nellie da gusto mirarla, es muy guapa. Pero Jessie es más seria y me adora. Para ella, yo soy todo lo que hay en el mundo.

—¿Y Margaret?

—¿Margaret? Bueno, con Margaret —dijo— te ríes mucho, es una chica muy alegre. No sé, ya veremos qué hago.

Muchas veces me preguntaba si al final se casaría con alguna, o si encontró una cuarta, que combinase el atractivo de Nellie, la adoración de Jessie y el buen humor de Margaret.

Las cosas en casa seguían más o menos igual. Lucy había venido en sustitución de Jane, y siempre hablaba de ella con reverencia, llamándola «señora Rowe».

—Espero ocupar dignamente el lugar de la señora Rowe; es una gran responsabilidad para mí —decía con frecuencia.

Sería la cocinera de Archie y mía después de la guerra.

Un día se acercó a mi madre, con expresión muy nerviosa, y le dijo:

—Espero que no le moleste, señora, pero creo que debo marcharme y alistarme en el Cuerpo Auxiliar Femenino de las

Fuerzas Aéreas. Espero que no pensará mal de mí.

Bueno, Lucy —dijo mi madre—, tienes razón. Eres joven y fuerte y eso es lo que necesitan.

Así que Lucy se marchó, llorando al final, esperando que su ausencia no nos causara problemas y diciendo que qué pensaría de ella la señora Rowe. Se marchó también la doncella, la hermosa Emma. Se fue para casarse. Las sustituimos por dos sirvientas bastante mayores, a quienes les resultaban increíbles las dificultades de la guerra y se rebelaban profundamente contra ellas.

—Lo siento, señora —decía la vieja Mary, temblando de rabia, después de estar unos días con nosotros—, pero la comida que tenemos es muy mala ya hemos tomado pescado dos veces esta semana, y también despojos. Yo he tenido siempre una buena comida al menos, una vez al día.

Mi madre le explicó que la comida estaba racionada, y que no había más remedio que tomar pescado y lo que pomposamente se llamaba «menudillos comestibles» al menos dos o tres veces a la semana.

Mary sacudió la cabeza y dijo:

—Eso no está bien, no nos están tratando bien.

Dijo también que nunca le habían obligado a tomar margarina antes. Mi madre entonces probó el truco que mucha gente empleaba durante la guerra, el de meter la margarina en el papel de la mantequilla, y la mantequilla en el de la margarina.

—Si ahora probáis estas dos —dijo mi madre—, no creo que seáis capaces de distinguir cuál es cuál.

Las dos ancianas sonrieron burlonas y las probaron. No tenían dudas:

—Está claro, señora, no hay duda alguna.

—¿De verdad creéis que hay tanta diferencia?

—Sí, claro que sí. No soporto el sabor de la margarina, ninguna de nosotras lo soporta, Nos mareamos enseguida —dijo, entregándole a mi madre el supuesto paquete de margarina.

—¿Os gusta más la otra?

—Sí, señora, es muy buena mantequilla. No nos ha costado nada distinguida.

—Bueno, pues os diré —dijo mi madre—, que ésta es la margarina, y aquélla la mantequilla.

Al principio no se lo creyeron. Después, cuando se convencieron, no les hizo ninguna gracia.

Mi abuela vivía ahora con nosotros. Acostumbraba a armar un gran escándalo cada vez que yo regresaba sola, por la noche, del hospital.

—Volver a casa sola es tan peligroso, querida… Puede ocurrir cualquier cosa. Busca otra solución.

—No veo ninguna, abuela. Y además, nunca me ha pasado nada y hace muchos meses que lo hago.

—Pues no está bien. Te puede abordar alguien por el camino.

La tranquilicé lo mejor que pude. Trabajaba desde las dos de la tarde hasta las diez, y normalmente no salía del hospital hasta pasadas las diez y media, cuando ya era noche cerrada. Tardaba unos tres cuartos de hora en llegar a casa, andando, tengo que admitirlo, por calles bastante solitarias. Pero nunca tuve ningún problema. Una vez me tropecé con un sargento completamente borracho, que sólo quería ser galante conmigo.

—Está haciendo usted una labor magnífica —me dijo, tambaleándose al andar—. Una labor magnífica en el hospital, enfermera. Voy a acompañada hasta su casa. Y lo haré porque no quiero que le pase nada.

Le dije que no era necesario, pero que era muy gentil por su parte. Cuando llegamos, se cuadró para despedirse, del modo más respetuoso.

No recuerdo exactamente cuándo vino mi abuela a vivir a casa.

Supongo que sería poco después de estallar la guerra. Se había quedado casi ciega por las cataratas y, por supuesto, era demasiado vieja para que la operaran, Tenía un gran sentido común, así que, aunque le causaba un disgusto terrible abandonar su casa de Ealing y sus amigos, comprendió que no podría vivir sola allí, desamparada, pues probablemente ningún criado se quedaría con ella. Así que hicimos la gran mudanza. Mi hermana vino a ayudar a mi madre, yo llegué desde Devon y en seguida nos pusimos a trabajar. Creo que en aquellos momentos no me di perfecta cuenta de lo mucho que sufriría la abuela, pero ahora sí tengo una clara imagen suya, sentada en medio de sus posesiones y de todo lo que más estimaba, completamente desamparada, mientras a su alrededor danzaban tres vándalos apilando cosas, dándoles la vuelta

y decidiendo qué hacer con ellas. De vez en cuando, soltaba unos gritos llenos de tristeza:

—¡Oh, no! No tiréis ese vestido; mi hermoso vestido de Madame Poncereau.

No era fácil explicarle que el terciopelo se había apolillado y que la seda se había deshecho. Había cajones y armarios llenos de trastos comidos por la polilla, totalmente inútiles. Ante su disgusto, guardamos muchas cosas que debíamos haber tirado. Estaba todo lleno de papeles, revistas, libros, sedas y terciopelos comprados en subastas, restos; tantas y tantas cosas útiles si se hubieran usado, pero que habían permanecido cerradas encajones y armarios. La pobre abuela, sentada en su gran silla, nos dejaba hacer con un gesto de impotencia.

Después de las ropas, entramos en la alacena. Mermeladas enmohecidas, pasteles fermentados, paquetes de mantequilla y de azúcar que se habían caído de las repisas, roídos por las ratas; el resultado de una vida ahorrativa y previsora, cosas compradas, almacenadas y guardadas para el futuro, y ahora, ahí estaban: ¡simplemente basura! Eso es lo que de verdad la hería: que ahora fueran desperdicios. Había también algunos licores caseros que estaban en buen estado, por la buena calidad del alcohol. Treinta y seis garrafones de aguardiente y de licor de cerezas y de ciruelas fueron en el camión de mudanzas. Al llegar a su destino, sólo quedaban treinta y uno.

¡Y pensar —exclamó la abuela—, que esos hombres dijeron que eran abstemios!

Quizá los de las mudanzas se estaban vengando: mi abuela les había mostrado muy poca simpatía durante el traslado. Cuando propusieron quitar los cajones del enorme armario de caoba, la abuela les dijo, sarcástica:

—¿Quitar los cajones? ¿Por qué? ¿Por el peso? Son ustedes tres hombres fuertes, ¿o no? Cuando lo subieron por la escalera, estaba completamente lleno. No quitaron nada entonces. ¡Vaya idea! ¡Los hombres no valen nada hoy día!

Se quejaron de que no podían manejarlo.

—Enclenques —les dijo la abuela, rindiéndose al final—. Absolutamente débiles. No hay un hombre hoy día que valga lo que gana.

Había cajas por todos lados, con comestibles guardados por si venían malos tiempos. Lo único que le preocupó a la abuela cuando llegamos a Ashfield era encontrar buenos escondrijos para las cajas. Dos docenas de latas de sardinas se quedaron encima de un escritorio Chippendale, completamente olvidadas, de forma que cuando mi madre, después de la guerra, quiso vender algunos muebles, el hombre que había venido a valorarlos le dijo con cierto tono de disculpa:

—Me parece que hay una gran cantidad de sardinas sobre los muebles.

—¿Es cierto eso? —dijo mi madre—. Ah, sí, puede ser.

Ni mi madre lo explicó, ni el hombre preguntó el porqué. Quitaron las latas y en paz.

—Supongo —dijo mi madre—, que conviene ver qué hay encima de los otros muebles.

Cosas como sardinas y sacos de harina surgían de los lugares más imprevistos, bastantes años después. Una cesta de ropa fuera de uso apareció llena de harina, ligeramente gorgojosa. No obstante, los ratones se la habían comido en buenas condiciones. Jarras de miel, botellas de ciruelas, y algunas, aunque no muchas, latas de conservas, aparecían por todos lados, y eso que a la abuela no le gustaban, pues sospechaba que a veces producían envenenamientos. Para ella, las conservas debían guardarse en jarras y botellas.

Lo cierto es que cuando yo era niña las latas estaban muy mal vistas. A todas las chicas, cuando iban a un baile, se les aconsejaba:

—Ve con cuidado y no se te ocurra tomar langosta para la cena. Nunca se sabe, pero pueden ser langostas en lata.

El cangrejo en lata, por ejemplo; era un artículo tan terrible que ni siquiera hacía falta advertir en su contra. Con qué aprensión y alarma se comportarían esas gentes hoy que los principales alimentos se venden congelados y en lata.

A pesar del cariño y de los cuidados que le prodigaba, no comprendía entonces en absoluto los sufrimientos de mi pobre abuela. Aunque no era muy egoísta, en realidad, siempre pensaba más en mis cosas. Ahora veo que probablemente fue terrible tener que desarraigarse, ya con bastante más de ochenta años, de una casa y un entorno en el que había vivido durante treinta o cuarenta años, y al que llegó poco después de quedarse viuda. No tanto por

dejar la casa, pues aunque eso ya era bastante doloroso, trajo consigo sus muebles personales, la gran cama de cuatro columnas y los dos grandes sillones en los que gustaba sentarse, sino por perder a todos sus amigos. Muchos habían muerto, pero aún le quedaban bastantes: vecinos que la visitaban con frecuencia, gente con la que hablar de los viejos tiempos, o comentar las noticias de los periódicos: los horrores de los infanticidios, violaciones, vicios secretos y demás cosas que animan la vida de los ancianos. Es cierto que le leíamos los periódicos todos los días, pero, en realidad, no nos interesaba en absoluto el horrible destino de una criada, el niño abandonado en su cochecito o la joven asaltada en el tren. Sin embargo, los asuntos mundiales, la política, el bienestar moral, la enseñanza, los temas del día, no tenían ningún interés para la abuela. No porque fuera una mujer estúpida o que se recreara con los desastres, sino porque necesitaba algo que contradijera la monotonía cotidiana; algún drama, algún suceso terrible, algo que, aunque ella estuviera bien protegida, pudiera suceder quizá no muy lejos.

La pobre ya no vivía nada apasionante salvo los desastres que le contábamos de los periódicos. Ya no contaba con ningún amigo que le trajera tristes noticias sobre el coronel tal o cual y su mal comportamiento con su esposa, o sobre la interesante enfermedad que sufría un primo y que ningún médico era capaz de curar. Comprendo lo triste, solitaria y aburrida que sería aquella vida para ella. Ojalá me hubiera comportado de otra manera.

Se levantaba lentamente por la mañana, después de desayunar en la cama. Sobre las once, bajaba y buscaba esperanzada alguien que le leyera los periódicos del día. Como nunca bajaba a una hora fija, no siempre era posible. Tenía mucha paciencia y se sentaba en su silla a esperar. Durante un año o dos hizo aún ganchillo, pues no necesitaba buena vista; pero a medida que la iba perdiendo, utilizaba materiales cada vez más gruesos, y aún así a veces se le soltaba el punto y no se daba cuenta. En ocasiones, la encontrábamos balanceándose lentamente en su merecedora, sin hacer nada, porque había perdido el punto y no era capaz de encontrarlo. Yo acostumbraba a corregirle la labor, para que empezara de nuevo donde lo había dejado; pero eso no le ayudaba a superar la triste sensación de que ya no servía para nada.

Pocas veces la convencíamos para que diera un pequeño paseo por la terraza. El aire libre le parecía muy perjudicial. Se quedaba sentada en el comedor todo el día, porque en su propia casa siempre había hecho lo mismo. Venía con nosotros a tomar el té, pero luego volvía al comedor. A veces, cuando teníamos gente joven a cenar, aparecía repentinamente tambaleándose en la escalera. En esos días no quería irse pronto a la cama, como de costumbre; quería quedarse con nosotros, escuchar todo lo que se hablaba, participar de nuestra alegría y nuestras risas. Supongo que a mí no me apetecía que bajara. Aunque no estaba sorda del todo, había que repetirle siempre las cosas y su presencia nos incomodaba un poco. Al menos me consuela el hecho de que nunca le aconsejamos que se subiera. Era triste, pero inevitable. Lo peor de todo, como en tantas personas mayores, era la pérdida de su propia independencia. Creo que ese sentirse desplazado es lo que hace que muchas personas mayores se imaginen que quieren envenenarles o robarles sus pertenencias. No creo realmente que sea un debilitamiento de las facultades mentales: es que necesitan algo apasionante una especie de estimulante; la vida sería mucho más interesante si alguien tratara de envenenamos. Poco a poco, la abuela iba cediendo a estas fantasías. Le aseguró a mi madre que los criados «están poniendo cosas en mi comida».

—¡Quieren desembarazarse de mí!

—Pero, querida, ¿por qué iban a hacerla? Si te quieren mucho.

—¡Ah!, eso es lo que tú crees, Clara. Pero, ven un poco más cerca: están siempre detrás de las puertas escuchando, de eso estoy segura. Mi huevo de ayer, el huevo revuelto, tenía un sabor muy peculiar, metálico. ¡Lo sé! —afirmó con la cabeza—. A la vieja señora Wyatt, ya sabes, la envenenaron el mayordomo y su mujer.

—Sí, querida, pero eso fue porque les había dejado mucho dinero. Tú no les has dejado a los criados nada.

—No hay peligro —respondió—. De todas formas, Clara, en adelante quiero para desayunar un huevo pasado por agua y nada más. Así no podrán meter nada dentro.

A partir de entonces, la abuela tuvo todas las mañanas su huevo pasado por agua.

El siguiente problema fue la desaparición de sus joyas. Un día me mandó llamar.

—¿Agatha? ¿Eres tú? Entra, y cierra la puerta, querida.

Me acerqué a su cama.

—Sí, abuelita, ¿qué te ocurre? —estaba sentada en la cama, llorando, con un pañuelo en los ojos.

—Han desaparecido —dijo—. Han desaparecido todas: mis esmeraldas, mis dos anillos, mis hermosos pendientes, ¡todo ha desaparecido! ¡Oh, querida!

—Vamos a ver, abuelita. Estoy segura de que no han desaparecido. Busquemos. ¿Dónde estaban guardadas?

—En ese cajón, el primero de la izquierda, envueltas en un par de mitones. Siempre las he guardado ahí.

—Bueno, vamos a ver.

Me acerqué al tocador y miré en el cajón que me decía. Había un par de mitones, enrollados como bolas, pero sin nada dentro. Miré entonces en el siguiente cajón. Había también un par de mitones, pero esta vez llenos. Los llevé hasta la cama, para convencerla de que allí estaban todas sus joyas: los pendientes, el broche de esmeraldas y sus dos anillos.

—Estaban en el segundo cajón y no en el primero —le expliqué.

—Será que los han devuelto.

—No creo que haya ocurrido nada —le repliqué.

—Bueno, a partir de ahora, Agatha querida, ve con mucho cuidado. No te dejes el bolso por ahí tirado. Y ahora, acércate de puntillas a la puerta, quieres, y mira si nos han estado escuchando.

La obedecí y le aseguré que no había nadie escuchando.

«¡Qué terrible es —pensé— ser viejo!» Era algo, por supuesto, que también me sucedería a mí, pero que no parecía real. En mi interior tenía una fuerte convicción: «No seré vieja. No moriré». Sabes que eso es imposible, pero al mismo tiempo estás convencida de que tú no serás así. Bueno, pues ahora ya soy vieja. No he empezado aún a sospechar que me roban las joyas, o que alguien está tratando de envenenarme, pero debo prepararme por si en cualquier momento me sucede. Quizá si tomo medidas preventivas, me daré cuenta con antelación de que estoy empezando a mostrar señales de senilidad.

Un día la abuela creyó oír a un gato, en algún lugar cerca de las escaleras. Si de verdad hubiera sido un gato, lo más lógico hubiera sido avisar a una de las doncellas, o decírselo a mi madre o a mí.

Pero quiso investigar por su cuenta, con el resultado que era de prever: se cayó por las escaleras y se rompió un brazo. El médico se mostró poco optimista cuando la vio. Confiaba, dijo, en que se soldara de nuevo, pero a su edad, con más de ochenta años… Gracias a Dios, la abuelita salió triunfante de la prueba: utilizó otra vez el brazo casi con normalidad, aunque no podía elevarlo por encima de su cabeza. Sin duda alguna, era una vieja dama llena de fortaleza. Las historias que siempre me contaba sobre su delicada salud cuando era joven, hasta el punto de que más de una vez entre sus quince y sus treinta y cinco años los médicos habían dudado de su curación, eran, estoy segura, completamente falsas. Más bien se debían a la costumbre victoriana de hacerse la interesante fingiendo las más variadas enfermedades.

Entre cuidar a la abuela y las muchas horas de trabajo en el hospital, tenía muy poco tiempo libre en aquella época.

Al llegar el verano, Archie consiguió tres días de permiso y nos reunimos en Londres. No disfrutamos demasiado. El pobre estaba nervioso, irritable y plenamente consciente de las condiciones de la guerra, capaz de destrozar el sistema nervioso de cualquiera. Empezaban a producirse enormes pérdidas humanas, aunque las acciones bélicas en sí aún no habían llegado a Inglaterra. Pero lo que no sabíamos era que, lejos de acabarse en las Navidades, la guerra duraría por lo menos cuatro años más. Así, cuando Lord Derby hizo un nuevo llamamiento a filas, nadie comprendía por qué se fijaba una duración de tres años; a todos nos resultaba ridículo tan largo plazo.

Archie nunca hablaba del tema ni de su participación en las batallas; su única idea durante el permiso era la de olvidarse completamente de todo. Nos procurábamos buenas comidas siempre que podíamos; hay que decir que el sistema de racionamiento era mucho más justo durante la primera guerra que durante la segunda. En la de 1914, si querías carne, tenías que mostrar tus cupones de racionamiento, tanto si comías en casa como en el restaurante. En la segunda, en cambio, si tenías dinero, podías comer carne todos los días, pues en los restaurantes no se exigían cupones.

Los tres días pasaron rápidamente y llenos de inquietud. Ambos queríamos hacer planes para el futuro, pero sabíamos que era mejor no hacerlos. La única noticia agradable la recibí poco después del

permiso, cuando supe que Archie había dejado de volar a causa de su sinusitis. Había quedado al mando de una base. Había sido siempre un excelente administrador y organizador. Le mencionaron en varias ocasiones en la orden del día, y finalmente recibió la Orden de San Miguel y San Jorge y la de Servicios Distinguidos. Pero de lo que estuvo siempre más orgulloso fue de las menciones en el orden del día del general French, justo al principio de la guerra. Eso, decía, era algo que verdaderamente valía la pena. Recibió también una condecoración rusa, la Orden de San Estanislao, tan hermosa, que hasta a mí me hubiera gustado lucirla en el vestido durante las fiestas.

Ese mismo año cogí una gripe mala, que me produjo una congestión pulmonar y me impidió ir al hospital durante un mes. Cuando volví, se habla abierto un nuevo departamento, el dispensario, y me propusieron trabajar allí; sería mi segundo hogar durante los siguientes dos años.

El nuevo departamento estaba a cargo de la señora Ellis, esposa del doctor Ellis, que había ayudado a su marido durante muchos años, y de mi amiga Eileen Morris. Les echaba una mano y al mismo tiempo me preparaba para el examen de la Escuela de Farmacia; si lo sacaba haría preparados para los médicos o para los químicos.

Parecía una labor interesante y el horario era mucho mejor: el dispensario se cerraba a las seis de la tarde, y yo trabajaría alternativamente por las mañanas o por las tardes, con lo que tendría más tiempo para las labores en casa.

No obstante, disfruté bastante menos que en la enfermería. Tenía verdadera vocación de enfermera y hubiera sido feliz con esa profesión. El dispensario resultó interesante durante algún tiempo, pero después de convirtió en una labor monótona: no creo que lo hubiera soportado como profesión permanente. Pero, por otro lado, resultaba divertido trabajar con mis amigas. Tenía un gran cariño y un respeto enorme por la señora Ellis. Era una de las mujeres más tranquilas y pacíficas que he conocido nunca, con una voz suave y casi adormecedora y un inesperado sentido del humor que surgía en cualquier momento. Era también una magnífica profesora, pues comprendía mis dificultades y me hacía sentirme cómoda a su lado. Eileen era mi instructora de química y se comportó de modo muy

inteligente conmigo en los primeros momentos. Empezó enseñándome la teoría, antes que la práctica. Entrar repentinamente en la tabla periódica, en los pesos atómicos y en las ramificaciones de los derivados de los alquitranes minerales, me hubiera, producido un absoluto aturdimiento. Así, comprendí poco a poco las cuestiones básicas y los hechos más simples y progresé con cierta rapidez, eso sí, después de haber hecho estallar nuestra máquina de café Cona al realizar el test de Marsh sobre el arsénico.

No éramos profesionales, pero quizá por eso prestábamos más atención a todo. Nuestra labor, por, supuesto, resultaba irregular en calidad. Cada vez que llegaba una nueva expedición de pacientes, nos teníamos que poner a trabajar como locas. Todos los días había que llenar, rellenar y devolver recipientes y recipientes de lociones, medicinas y ungüentos. Después de trabajar en un hospital con diferentes doctores, uno se da cuenta de que la medicina, como todo en este mundo, depende en gran parte de la moda; de la moda y de la personal idiosincrasia de cada médico.

—¿Qué hay que hacer esta mañana?

—Bueno, cinco especiales para el doctor Whittick, cuatro para el doctor James y dos para el doctor Vyner.

El profano ignorante, como supongo que debería calificarme a mí misma, cree que el médico estudia su caso individualmente, medita cuáles son las medicinas más apropiadas, y escribe entonces la receta. Pronto descubrí que el tónico prescrito por el doctor Whittick, el del doctor James, y el del doctor Vyner, eran absolutamente distintos, no en función del paciente, sino del gusto particular del propio médico. Reflexionando un poco, parece bastante razonable, aunque sitúa al paciente en una posición más secundaria. Los químicos y farmacéuticos adoptan una postura más bien orgullosa en relación con los médicos y tienen sus propias opiniones respecto de ellos. Uno puede pensar que la prescripción del doctor James es buena y la del doctor Whittick una porquería; no obstante, hay que preparar las dos. Con lo que sí que experimentan los médicos es con los ungüentos, debido sobre todo a que las afecciones de la piel son todavía un enigma tanto para los profanos como para la profesión médica. Una aplicación a base de calamina cura a la señora C. estupendamente; la señora D, en cambio; con el mismo tipo de afección, no responde en modo

alguno a la calamina, que le produce una mayor irritación; pero una preparación de alquitranes minerales, que sólo consiguió agravar el estado de la señora C, tiene un éxito inesperado con la señora D; así el médico no tiene más remedio que probar hasta que encuentra el preparado adecuado. En Londres, los enfermos de la piel tienen también sus hospitales favoritos:

—¿Has probado el Middlesex? Yo sí, y la porquería que me dieron no me fue nada bien. En cambio aquí, en el U.C.H. ya estoy casi curado.

Pero el amigo replica:

—Pues yo creo que el Middlesex es bastante bueno. Mi hermana se trató en el U.C.H., y no le fue nada bien; en cambio en el Middlesex, a los dos días estaba fresca como una rosa.

Le guardo aún una cierta animosidad a cierto especialista de la piel, un experimentador persistente y lleno de optimismo, perteneciente a la escuela de «los que todo lo prueban, al menos una vez», al que se le ocurrió aplicar una mixtura de aceite de hígado de bacalao sobre la piel de un bebé de pocos meses. La madre y demás miembros de la familia debieron pasarlo muy mal, cada vez que se acercaban al bebé. Además, no se consiguió ninguna mejora, de forma que el tratamiento se suspendió al cabo de diez días: Aquella preparación me convirtió en una especie de paria cuando llegaba a casa pues al manejar grandes cantidades de aceite de hígado de bacalao volvía con un apestoso hedor a pescado podrido.

Me trataron también como a un paria, cuando; en 1916 se puso de moda la Pasta Bip, que se aplicaba a todas las heridas. Consistía en una mezcla de bismuto y yodopsina convertida en pasta por medio de parafina líquida. El olor de la yodopsina me acompañaba en el dispensario, en el tranvía, en casa, en la comida y en la cama. Tenía una naturaleza penetrante y surgía de los dedos de las muñecas de los brazos y por encima de los codos, y no había forma de que desapareciera por mucho que una se lavara. Para evitar disgustos familiares, comía a menudo en la despensa. Hacia el final de la guerra, la Pasta Bip cayó en desgracia, siendo sustituida por otras preparaciones inocuas, hasta que finalmente la reemplazaron unos enormes garrafones de loción hipoclorosa. Esta loción, derivada del cloruro de cal ordinario, con sosa y otros ingredientes,

producía un olor penetrante a cloro que impregnaba toda la ropa. Muchos de los desinfectantes para vertederos y demás, que se utilizan hoy día, tienen la misma base. Sólo olerlos me marea.

Una vez, me puse furiosa con un criado muy obstinado que teníamos entonces:

—¿Qué es lo que ha puesto en el desagüe de la despensa? ¡Huele fatal!

Me enseñó orgulloso un frasco.

—Desinfectante de primera clase, señora —me dijo.

—Esto no es un hospital —le grité—. La próxima vez me va a poner usted ácido fénico. Enjuague el desagüe con una buena cantidad de agua caliente, echando sosa de vez en cuando. ¡Y tire este maldito cloruro de cal!

Le solté una conferencia sobre la naturaleza de los desinfectantes y sobre el hecho de que cualquier cosa que sea dañina para un germen, normalmente perjudica también al tejido humano, así que lo que había que hacer era limpiar mejor y no emplear desinfectantes.

—Los gérmenes son fuertes —le señalé—. Un desinfectante débil no los desanimará si son decididos. Florecen incluso en soluciones de ácido fénico de uno por sesenta.

Pero no le convencí y siguió empleando ese líquido nauseabundo cada vez que sabía que yo no estaba en casa.

Como parte de mi preparación para el examen, debía practicar en una farmacia fuera del hospital. Uno de los principales farmacéuticos de Torquay tuvo la gentileza de decirme que fuera a su establecimiento algunos domingos, y que me daría clases prácticas. Me presenté humilde y asustada, ansiosa de aprender.

La primera vez que visitas el laboratorio de un farmacéutico es como una revelación. En nuestro trabajo en el hospital, como auténticas aficionadas, medíamos todo con la máxima exactitud. Cuando el médico prescribía veinte granos de carbonato de bismuto para una dosis, el paciente recibía exactamente veinte granos, Como no éramos profesionales, creo que lo hacíamos bien, pero imagino que cualquier farmacéutico que haya hecho sus cinco años de estudio y obtenido su título, conoce su oficio igual que un buen cocinero conoce el suyo. Reparte las porciones de sus diversos frascos con la mayor confianza, sin preocuparse de medirlas o

pesarlas. Los venenos y drogas peligrosas sí lo mide, por supuesto, pero los materiales inofensivos los maneja a base de aproximaciones. La coloración o condimento se realiza de forma parecida, lo que a veces da como resultado que los pacientes se quejen de que su medicina tiene un color distinto al de la última vez. «Siempre es de un color rosa oscuro y no rosa pálido como el de ahora», o «Esto no sabe como es debido; mi mixtura de menta nunca ha tenido este sabor desagradable, dulce y nauseabundo». Es evidente que se le había añadido agua de cloroformo y no agua de menta.

La mayoría, de los pacientes de la sección externa del hospital de la Facultad universitaria, donde trabajé en 1948, eran bastante meticulosos en cuanto al sabor y color exactos de sus preparaciones. Recuerdo a una vieja mujer irlandesa que se asomó a la ventana del dispensario, me puso media corona en la palma de la mano, y murmuró:

Hágamelo el doble de fuerte, querida, ¿quiere? Mucha menta, doble cantidad.

Le devolví la media corona, diciéndole con orgullo que no aceptábamos esas cosas, y que tendría la medicina tal y como el médico lo había ordenado. No obstante, añadí una dosis más de agua de menta, ya que le gustaba tanto y, lógicamente, no le haría ningún daño.

Como es natural, cuando se es un principiante en este tipo de trabajo, se tiene, con frecuencia, un terror nervioso a cometer equivocaciones. La inclusión de un veneno en una medicina siempre se comprueba por otro farmacéutico, pero a pesar de eso a veces se dan momentos de alarma. Recuerdo una tarde que estaba haciendo ungüentos; había puesto un poco de ácido fénico puro en la tapa de un tarro, y después, cuidadosamente, con un cuentagotas, lo había añadido a la mezcla que preparaba sobre una placa. Lo metí todo en un frasco, lo etiqueté y continué con mis otras tareas. Serían las tres de la madrugada, creo, cuando me desperté sobresaltada, preguntándome a mí misma: «¿Qué hice con la tapa del tarro en la que puse el ácido fénico?» Por más que pensaba, no recordaba si la había lavado o no. ¿Quizá la había puesto en otro tarro de ungüento, sin advertir que aún quedaba veneno? Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que era precisamente eso lo que

había hecho. Seguro que lo habría puesto con los demás frascos en el aparador, el chico de los recados lo recogería en su cesta, y uno de los ungüentos para los pacientes tendría una capa de ácido fénico concentrado en la parte superior. No pude soportar la terrible preocupación. Me levanté, me vestí, me dirigí al hospital, entré —por suerte— no tenía que atravesar el pabellón, pues la escalera hacia el dispensario estaba por fuera—, examiné los ungüentos que había preparado, abrí los tarros y me puse a olerlos con precaución. No sé aún si lo imaginé o no, pero en uno de ellos me pareció detectar un débil olor a ácido fénico que no debería tener. Quité la capa superior de la mezcla, para asegurarme de que no habría problemas. Cerré el frasco y regresé a casa.

En general, no es corriente que los novatos cometan errores en las farmacias. Están nerviosos y siempre piden consejo. Los peores casos de envenenamiento por error los producen los farmacéuticos experimentados. Están tan familiarizados con lo que hacen, tan seguros, que no lo piensan dos veces y llega el día en que, preocupados con algún problema ajeno a su labor, se equivocan. Eso le ocurrió al nieto de un amigo mío. El niño estaba enfermo, vino el médico y escribió una receta que llevaron al farmacéutico para que la preparara. Se le administró al pequeño la dosis prescrita. Por la tarde, la abuela le observó y no le gustó su aspecto, preguntándose si la medicina administrada no tendría algo que ver. Tras una segunda dosis, la abuela se preocupó más aún y se dijo que algo no marchaba bien. Mandó llamar al médico, quien reconoció al enfermo, examinó la medicina, y se puso en acción inmediatamente. Los niños toleran muy mal el opio y sus compuestos. El farmacéutico se había equivocado: había puesto una dosis excesiva. El pobre hombre se llevó un terrible disgusto. Llevaba catorce años trabajando en lo mismo y era uno de los farmacéuticos más cuidadosos y más fiables. Eso muestra que le puede suceder a cualquiera.

Durante mi adiestramiento farmacéutico de las tardes de los domingos, me encontré con un problema. Los que iban a examinarse, tenían que manejar tanto el sistema ordinario de medidas como el sistema métrico decimal. Mi farmacéutico me adiestraba en este último, aunque ni a los médicos ni a los farmacéuticos les gusta utilizarlo. Uno de los doctores del hospital

nunca supo qué significaba la expresión «contiene 0,1», y siempre preguntaba: «Esta solución, ¿es al uno por ciento, o al uno por mil?» El gran peligro del sistema métrico es que, si uno se equivoca, se equivoca diez veces.

Cierto día, estaba aprendiendo a hacer supositorios, pues aunque no se utilizaban mucho en el hospital, debía saberlo para el examen. Era bastante delicado, sobre todo por el punto de fusión de la manteca de cacao, que constituye la base de dichos medicamentos. Si pones demasiado calor, luego no se endurecen, y si no hay suficiente, saldrán de los moldes con una forma inadecuada. El farmacéutico, señor P. me hizo una demostración personal, mostrándome cómo emplear exactamente la manteca de cacao y añadiendo después un medicamento calculado por el sistema decimal. Me enseñó a sacar en el momento preciso los supositorios y, después, me indicó cómo meterlos en una caja, poniendo luego una etiqueta en la que, dándose mucha importancia, escribió el nombre del medicamento, con una solución del uno por cien; después se marchó a hacer otras cosas. Me quedé preocupada, porque estaba convencida de que lo que había metido en los supositorios iba al diez por ciento, poniendo una dosis del uno por diez en cada uno, no de uno por cien. Repasé de nuevo sus cálculos y estaban equivocados. Había puesto mal la coma. Pero ¿qué iba a hacer una joven estudiante como yo? Era una simple novata, mientras que él era el profesional más conocido de la ciudad. No podía decirle: Señor P. se ha equivocado. Era de esa clase de personas que no pueden cometer equivocaciones, especialmente frente a un estudiante. En ese momento, al pasar a mi lado, me dijo:

—Ponga usted los supositorios en el almacén; quizá los necesite más algún día.

Peor que peor. No podía dejar que se almacenaran los supositorios. Se trataba de un medicamento peligroso, que empezaba a utilizarse; aunque cualquier medicina se soporta mejor si se administra por vía rectal, de todos modos… No me gustaba el asunto, pero ¿qué hacer? Estaba completamente segura de la respuesta que me daría si le advertía de su error: «Todo está bien. ¿Cree usted que no sé lo que me hago, cuando se trata de cosas así?»

Sólo me restaba una solución: antes de que los supositorios se

enfriaran, resbalé, perdí el equilibrio, me agarré a la mesa en la que reposaban y me caí sobre ellos pesadamente.

—Señor P. —le dije—. Lo siento muchísimo he tropezado y me he caído encima de los supositorios.

—Pero, querida —dijo, molesto—. Vamos a ver, aquí hay uno que está bien —exclamé, mientras cogía uno que había escapado a mi peso.

—Está sucio —respondí con firmeza y, sin esperar más, los arrojé todos al cubo de la basura—. Lo siento mucho —repetí de nuevo—. Está bien, está bien, pequeña. No se preocupe demasiado —dijo, golpeándome cariñosamente en la espalda.

Era muy propenso a esas cosas, palmadas en la espalda, codazos suaves, a veces un débil intento de acariciarme las mejillas. Me dejaba porque era mi profesor, pero me mostraba lo más fría posible y procuraba siempre que el otro farmacéutico estuviera presente, para no quedarme a solas con el señor P.

Era un hombre extraño. Un día, tratando quizá de impresionarme, sacó de su bolsillo una ampolla de color oscuro y me la mostró, diciendo:

—¿Sabe lo que es esto?

—No —le contesté.

—Es curare. ¿Sabe usted algo del curare?

Le dije que había leído algo.

—Es un producto interesante —me dijo—. Muy interesante. Si se toma por vía oral, no produce ningún daño. Pero si entra en la corriente sanguínea, paraliza y causa la muerte al poco tiempo. Lo utilizan en las flechas envenenadas. ¿Sabe usted por qué lo llevo en el bolsillo?

—No —le contesté—. No tengo la menor idea.

Me parecía una verdadera estupidez, pero, naturalmente, no se lo dije.

—Pues verá —dijo, pensativo—, lo llevo encima porque me siento más poderoso.

Le miré fijamente. Era un hombre bajito de aspecto más bien divertido, rechoncho y pelirrojo, con un rostro rosáceo, de facciones regulares. Tenía siempre un cierto aire de satisfacción infantil.

Terminé mi curso de adiestramiento poco después, pero durante mucho tiempo seguí pensando en aquel tipo. Me parecía, a pesar de

su aspecto bonachón, un hombre potencialmente peligroso. Lo tuve presente en mi mente durante tanto tiempo, que aún estaba ahí, esperando, cuando concebí por vez primera la idea de escribir *El misterio de Pale Horse*, unos cincuenta años después.

III

Fue mientras trabajaba en el dispensario cuando se me ocurrió escribir una historia policíaca. Tenía la idea desde el desafío de Madge, y mi actual trabajo me ofrecía, una oportunidad favorable. Al contrario de cuando estaba de enfermera, que siempre tenía algo que hacer, en el dispensario o estaba muy ocupada o absolutamente ociosa. Algunas veces iba por la tarde, sabiendo que no me esperaba ningún trabajo. Después de comprobar que los recipientes almacenados estuvieran llenos y bien colocados, tenía la libertad de hacer lo que me apeteciera, salvo abandonar el dispensario.

Reflexioné sobre el tipo de relato policíaco que escribiría. Como me hallaba rodeada de venenos, quizá lo más natural fuera, escoger la muerte por envenenamiento como el método ideal. Partí, pues, de este hecho, que me parecía lleno de posibilidades. Jugué con esa idea, me gustó y, al final, la acepté. Entonces me dediqué a imaginar los personajes. ¿Quién moriría envenenado? ¿Quién lo envenenaría, a él o a ella? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? Y todo lo demás. Se trataría de un asesinato íntimo, dada la forma peculiar de ejecución; todo ocurriría en familia, por decirlo de alguna forma. Por, supuesto, tenía que hacer un detective. Por aquellas fechas estaba muy influenciada por Sherlock Holmes. Así que me puse a estudiar tipos de detectives. No al estilo de Sherlock Holmes, por supuesto; inventaría uno de mi propia cosecha, que tendría también un amigo en calidad de ayudante o lugarteniente no era demasiado difícil. Pensé de nuevo en los otros personajes. ¿A quién asesinarían? Un marido a su esposa, era el tipo más corriente de asesinato. Podía, por supuesto, escoger un tipo de asesinato infrecuente, con un motivo también infrecuente, pero eso, desde el punto de vista artístico, no me atraía. Lo fundamental en un buen

relato policíaco era que el criminal tuviera un motivo obvio, pero que al mismo tiempo, por alguna razón, no resultara tan obvio, y que además, pareciera que no había podido hacerlo, aunque, por supuesto, fuera realmente el asesino. En ese punto me llené de confusiones, así que hice un par de frascos más de loción hipoclorosa, para no tener trabajo al día siguiente.

En una fiesta de Goodwood.

De turismo en Egipto.

Estuve algún tiempo dándole vueltas a la idea. Poco a poco se perfilaban los detalles. Tenía ya el retrato del asesino. Su aspecto sería más bien siniestro, con una barba negra (en aquella época me parecía un detalle muy siniestro). Recientemente, se habían establecido cerca de nuestra casa unos conocidos; el marido tenía barba negra, su esposa era mayor que él y además era muy rica. Sí, pensé, eso podría ser la base del relato. Lo estudié con cierto detenimiento. No estaba mal, pero no me resultaba enteramente satisfactorio. El hombre en cuestión, estaba segura, sería incapaz de asesinar a nadie. Aparté mis pensamientos de ellos y decidí, de una vez por todas, que no conviene basarse en personajes reales, sino que hay que crearlos. Alguien a quien ves en un tren o en un tranvía es un buen punto de partida, porque a partir de ahí puedes crear un personaje a la medida de tus deseos.

Como era de esperar, al día siguiente, yendo en el tranvía, vi exactamente lo que deseaba: un hombre de barba negra, sentado al lado de una dama de edad avanzada que charlaba por los codos. El personaje femenino no me satisfizo del todo, pero el masculino me vendría de perlas. Poco más allá, estaba sentada una mujer voluminosa y cordial, que hablaba en voz alta sobre los bulbos de primavera. Me gustó también su aspecto. ¿La incorporaría a la historia? Me los llevé a los tres conmigo al bajar del tranvía para trabajar con ellos, y descendí por Barton Road hablando sola, llena de excitación.

Pronto tuve ya un boceto de algunos de mis personajes. Estaba esa mujer llena de cordialidad, de la que incluso sabía su nombre: Evelyn. Sería un pariente pobre, o una jardinera, o una acompañante; ¿quizás un ama de llaves? De cualquier forma, entraría en la historia. Después estaba el hombre de la barba negra, de quien todavía no sabía mucho, salvo el detalle de la barba, que

no era gran cosa realmente; ¿o sí? Sí, quizá sí; porque le trataría desde el exterior, de forma que sólo se viera lo que él quería mostrar, y no lo que realmente era: ahí residiría una de las claves del enigma. A la esposa de edad avanzada la asesinaron más por su dinero que por su carácter, así que tenía poca importancia. Empecé entonces a añadir nuevos personajes con rapidez. ¿Un hijo? ¿Una hija? ¿Quizás un sobrino? Hay que tener muchos sospechosos. La familia iba creciendo a buen ritmo.

Dejé entonces aparte a la familia, y volví mi atención hacia el detective. ¿Quién sería el detective? Repasé todos los que había conocido y admirado en los libros. Estaba Sherlock Holmes, el primero y el único; nunca sería capaz de emular sus aventuras. Arsenio Lupin: ¿qué era, un criminal o un detective? De todas formas, no era mi tipo. Estaba también aquel joven periodista Rouletabille de *El misterio del cuarto amarillo*: ése era el tipo de persona que me hubiera gustado inventar, alguien poco habitual. ¿A quién podía utilizar? ¿Un estudiante? Bastante difícil. ¿Un científico? ¿Y qué sabía yo de científicos? Entonces me acordé de nuestros refugiados belgas. Teníamos una verdadera colonia de refugiados belgas instalados en la parroquia de Tor. Todo el mundo se comportó con amabilidad y simpatía cuando llegaron. La gente les dio muebles de sus casas para que pudieran vivir con comodidad, hicieron todo lo posible para que se sintieran a gusto. Después se produjo la reacción usual en estos casos: cuando los refugiados no se mostraron lo suficientemente agradecidos por todo lo que se había hecho en su favor, empezaron las quejas por esto y aquello. El hecho de que su situación fuera precaria y que estuvieran viviendo en un país extraño, no se valoró en su justa medida. Muchos eran campesinos desconfiados, y lo último que deseaban era que los invitaran a tomar el té o que la gente se inmiscuyera en sus cosas; querían que los dejaran solos, bastarse a sí mismo, ahorrar dinero, cultivar su jardín y cuidarlo todo a su manera.

¿Por qué no hacer que mi detective fuera belga? Pensé. Había toda clase de refugiados. ¿Qué tal un oficial de la policía refugiado? Pero un oficial jubilado, no uno demasiado joven. Aquí sí que cometí una gran equivocación. El resultado es que mi detective de ficción debería ahora rondar los cien años Así que me decidí por un

detective belga. Poco a poco fui moldeando su personalidad. Sería un inspector, para que tuviera ciertos conocimientos sobre el crimen. Debía ser meticuloso, muy ordenado, me dije a mí misma, mientras amontonaba las cosas más insospechadas en mi dormitorio. Un hombrecito ordenado, clasificando siempre sus cosas, emparejándolas, gustándole más los objetos cuadrados que redondos. Además, sería muy cerebral, con la cabeza llena de pequeñas células grises. Ésa era una buena frase: debía recordarla. Sí, tendría muchas pequeñas células grises. Necesitaba un nombre ampuloso, uno de esos nombres que Sherlock Holmes y su familia tenían. ¿Cómo se llamaba el hermano de Sherlock? Mycroft Holmes.

¿Qué tal si llamaba a mi hombrecito Hércules? Sería un hombre pequeño con un gran nombre: Hércules. Su apellido ya resultaba más difícil. No recuerdo cómo obtuve el de Poirot, si se me ocurrió simplemente o lo vi en algún periódico o escrito en algún sitio: de todas formas, el apellido surgió. Pegaba bien con Hércules: Hércules Poirot. Estupendo.

Ahora tenía que bautizar a los otros personajes, pero eso era menos importante. Alfred Inglethorpe: no estaba mal, iría bien con la barba negra. Añadí algunos personajes más. Un marido y su atractiva esposa, alejados el uno del otro. Luego pensé en las ramificaciones, las pistas falsas. Como todos los escritores jóvenes, trataba de meter demasiadas peripecias dentro de un libro. Tenía ya demasiadas pistas falsas para complicar la historia; no sólo me resultaría más difícil resolver el asunto, sino que el libro resultaría plúmbeo.

En mis ratos libres, me pasaban por la cabeza continuamente ideas para el relato policíaco. Ya estaba el principio decidido y el final dispuesto, pero entre uno y otro había lagunas difíciles de llenar. Había metido a Poirot en la trama de modo natural y lógico, pero me faltaban razones para meter a los otros personajes. Todo estaba aún muy embrollado.

En casa estaba siempre medio ausente. Mi madre se preguntaba a menudo por qué no contestaba a sus preguntas, o no lo hacía en la forma adecuada. Más de una vez me equivoqué al arreglarle la labor de ganchillo a la abuela, se me olvidó hacer lo que me habían encargado y mandé las cartas a direcciones equivocadas. Por fin llegó el día en que me sentí preparada para empezar a escribir. Le

conté a mi madre mis proyectos y me dijo, con su habitual fe de que sus hijas eran capaces de hacer cualquier cosa:

—¡Ah! ¿Una novela policíaca? Estupendo. Debes empezar en seguida.

No era fácil tener tiempo libre, pero me las arreglé. Conservaba aún la vieja máquina de escribir que había pertenecido a Madge, y comencé a utilizada, una vez escrito un primer borrador a mano. Pasaba a limpio cada capítulo, según los terminaba. En aquella época escribía a mano un poco mejor y mi caligrafía resultaba legible. Me excitaba la nueva tarea; incluso disfrutaba haciéndola. Pero me cansaba mucho y también me enfadaba. Creo que a todos los autores nos pasa igual. Además, a medida que me adentraba en la parte media del libro, las complicaciones se apoderaban de mí, en vez de ser yo quien las dominara. Fue entonces cuando mi madre me hizo una buena sugerencia.

—¿Cuánto has hecho ya? —me preguntó.

—Oh, creo que más o menos la mitad.

—Bueno, pues si quieres de verdad acabarlo hazlo cuando cojas las vacaciones.

—Pensaba hacerlo así.

—Sí, pero lo que creo es que debes marcharte de casa y terminarlo sin que nadie te moleste.

Le di vueltas a la idea. Quince días sin nadie que te moleste. ¡Qué maravilla!

—¿A dónde te gustaría ir? —me preguntó mi madre—. ¿A Dartmoor?

—Sí —le dije, fascinada—. Dartmoor es el sitio ideal.

Así que me fui a Dartmoor. Reservé una habitación en el Hotel MoorIand de Hay Tor. Era un hotel grande y lóbrego, lleno de habitaciones. Poca gente se alojaba allí. Me parece que ni siquiera hablé con ninguno de los huéspedes: me hubiera distraído. Normalmente, trabajaba toda la mañana, hasta que me dolían las manos. Después me iba a comer, y leía un rato. A continuación, daba una vuelta por el páramo, durante un par de horas. Creo que en esos días aprendí a amar el campo. Me gustaban los peñascos y el brezo, y todas esas tierras salvajes, alejadas de los caminos. La gente que iba a Dartmoor, que por supuesto no era mucha durante la guerra, se reunía siempre alrededor de Hay Tor; pero yo me

apartaba de allí y me marchaba al campo. Mientras paseaba, hablaba conmigo misma, interpretando el siguiente capítulo que iba a escribir: hablando por John dirigiéndose a Mary, y Mary a John, o Evelyn con el dueño de la casa, y así sucesivamente. Era una especie de juego que me apasionaba. Después, regresaba al hotel, cenaba, me metía en la cama y dormía como un tronco durante doce horas. Al día siguiente me levantaba y me ponía a escribir apasionadamente durante toda la mañana.

Terminé la segunda mitad del libro en esos quince días de vacaciones. Claro que con eso no había terminado. Tenía que revisar luego bastante, sobre todo la complicadísima parte central. Al final lo terminé y me sentí razonablemente satisfecha con mi obra. Quiero decir que, más o menos, había hecho lo que me había propuesto. Podía haber sido mejor, me daba cuenta, pero no sabía cómo reformarlo, así que lo dejé tal como estaba. Corregí algunos capítulos que me parecieron demasiado ampulosos, especialmente los referidos a Mary y su esposo John, separados por algún motivo idiota, pero a los que reuní otra vez al final del libro, para darle un cierto interés amoroso a la trama. Siempre he considerado que el tema amoroso es una pesada carga en una novela policíaca. El amor, en mi opinión, debe dejarse para las novelas románticas. Forzar un intriga amorosa en lo que debe ser un proceso científico, es apartarse del camino recto. Pero en aquella época, las novelas policíacas tenían siempre algún romance y por eso lo puse. Lo hice lo mejor que pude, pero John y Mary resultaron bastante pobres. Alguien me mecanografió en limpio la novela y, decidiendo que ya no podía hacer nada más por ella, se la mandé a un editor —Hodder and Stoughton—, quien me la devolvió. Era un rechazo tajante sin hacer siquiera una observación. No me sorprendió, pues no tenía ninguna esperanza de éxito; no obstante, probé suerte de nuevo y la envíe a otro editor.

IV

Archie vino a casa con su segundo permiso. Hacía casi dos años que no le veía. Esta vez fuimos muy felices juntos. Teníamos una semana entera, y nos marchamos a New Forest. Era el otoño y las hojas de los arboles tenían unos colores preciosos. Archie estaba ahora menos nervioso y a los dos nos importaba menos el futuro. Paseábamos por el bosque con un compañerismo desconocido hasta entonces. En una ocasión, me confesó que había un lugar al que siempre había deseado ir: a la senda en la que había un cartel que decía: «A la Tierra de Nadie». Así que cogimos ese sendero y anduvimos un buen trecho por él, hasta desembocar en un huerto, lleno de manzanos. Había allí una mujer y le preguntamos si nos vendería unas cuantas manzanas.

—No necesitan comprármelas —contestó la mujer—. Son ustedes bien venidos al huerto. Veo que su hombre está en las fuerzas aéreas como un hijo mío que murió en la guerra. Sí, vayan ustedes y cojan todas las manzanas que les apetezcan, para comérselas o para llevárselas.

Recorrimos felices todo el huerto comiendo manzanas y regresamos luego a través del bosque, hasta que nos sentamos en un árbol caído. Llovía suavemente, pero nos sentíamos muy felices. No le hablé del hospital ni de mi trabajo y Archie tampoco me contó muchas cosas de Francia, pero dejó entrever que quizás antes de lo que pensábamos estaríamos juntos de nuevo.

Le hablé de mi libro y lo leyó. Le gustó mucho y dijo que le parecía bastante bueno. Me comentó que tenía un amigo en las fuerzas aéreas que era uno de los directores de la Editorial Methuen, y me propuso que, si me lo devolvían otra vez, me enviaría una carta de su amigo, para que la adjuntara con el

manuscrito y las enviara a Methuen.

Ése fue el siguiente puerto de arribada para El *misterioso caso de Styles*. En Methuen, supongo que por deferencia hacia su director, me enviaron una carta mucho más amable. Se quedaron el libro durante algún tiempo, creo que unos seis meses, pero, aun diciendo que era muy interesante y que tenía bastante calidad, al final me indicaron que no se ajustaba a su particular línea de producción. Supongo que, en realidad, les parecía horrible.

No recuerdo adónde lo envié la siguiente vez, pero me lo devolvieron de nuevo. Entonces empecé a perder ya mis esperanzas. La editorial Bodley Head —John Lane— había publicado recientemente una o dos novelas policíacas. Lo que suponía un giro en su línea habitual; decidí probar suerte con ellos. Les envié el manuscrito, y me olvidé completamente del asunto.

Después sucedió algo repentino y completamente inesperado. Archie se presentó en casa, camino de su nuevo destino en el Ministerio del Aire, en Londres. La guerra había durado tanto —casi cuatro años—, y estaba tan acostumbrada a trabajar en el hospital y a vivir en casa, que fue una verdadera conmoción para mí pensar que en adelante llevaría otro tipo de vida.

Me marché a Londres. Conseguimos habitación en un hotel y nos pusimos a buscar algún piso amueblado en el que instalarnos. En nuestra ignorancia, pensamos en soluciones lujosas, pero pronto tuvimos que poner los pies en el suelo. Estábamos todavía en tiempo de guerra.

Por fin, encontramos dos pisos. Uno estaba en West Hampstead y la dueña se llamaba Miss Tunks; se me ha quedado grabado el nombre. Se mostró muy desconfiada con nosotros, preguntándose si seríamos lo suficientemente cuidadosos: los jóvenes son tan descuidados… Le tenía un gran apego a todas sus cosas. Era un piso pequeño, pero muy bonito: tres guineas y media por semana. El otro estaba en St. Johns Wood, Northwick Terrace, justo detrás de Maida Vale (ahora derribado). Tenía sólo dos habitaciones, contra las tres del otro, en un segundo piso, con muebles un poco viejos pero agradables y con un jardín al exterior. Era una de esas enormes casas antiguas con habitaciones espaciosas. Además, costaba dos guineas y media por semana, frente las tres y media del otro. Escogimos éste. Me fui a casa y recogí todas mis cosas. La abuela

lloró, mi madre estuvo a punto también, pero se contuvo. Me dijo:

—Ahora te vas con tu marido, querida, a empezar tu vida de casada. Espero que todo vaya bien.

—Y si las camas son de madera, vigila que no haya termitas —me dijo la abuela.

Así que regresé a Londres al lado de Archie y nos trasladamos al número 5 de Northwick Terrace. El baño y la cocina eran microscópicos y yo tenía intención de meterme mucho en ésta última. Para empezar, sin embargo, tendríamos al soldado ordenanza y ayudante de Archie, Bartlett, que era una especie de mayordomo Jeeves, absolutamente perfecto. En sus buenos tiempos había estado al servicio de duques y marqueses. La guerra lo había llevado junto a Archie y se mostraba muy afecto el «Coronel»: como él lo llamaba; me contaba largas historias sobre su valentía, su importancia, su inteligencia y la huella que había dejado. El trabajo de Bartlett era sencillamente perfecto. El piso tenía muchos defectos, sobre todo en las camas, totalmente deformadas y llenas de protuberancias. No entiendo cómo llegaron a tal estado de abandono. Pero nos sentíamos felices allí, y yo planeaba seguir unos cursos de taquigrafía y de teneduría de libros para ocupar mi tiempo. Así fue como me despedí de AshfieId e inicié mi nueva vida, mi vida de casada.

Una de las grandes alegrías del número 5 de Northwick Terrace era la señora Woods. De hecho, fue ella en parte la que nos hizo decidirnos por este piso en vez de por el de West Hampstead. Era la reina del sótano: una mujer gorda, festiva, muy afable. Tenía una hija muy elegante que trabajaba en una tienda de lujo, y un marido invisible. Era la encargada general del inmueble y, si le apetecía «echaba una mano» a los ocupantes de los pisos. A nosotros quiso «echarnos una mano», y su energía era inagotable. Me enseñó una serie de detalles sobre cómo hacer las compras, que ni siquiera se me habían pasado por la cabeza.

El pescadero la ha engañado otra vez, querida —me decía—. Este pescado no está fresco. Tiene usted que tocarlo y mirarle los ojos, tocarle los ojos.

Observé el pescado, llena de dudas. Para mí, tocarlo antes de llevármelo me parecía incorrecto.

—Hay que mirar también la cola. Ver si está flexible o si está

rígida. Y estas naranjas. Ya sé que para usted las naranjas son siempre un azar, a pesar de su precio, pero hay que darse cuenta de que estas naranjas las han metido en agua hirviendo para que parezcan más frescas. No sacará nada de zumo y acertó; estaban completamente secas.

Cuando de verdad nos emocionamos la señora Woods y yo fue cuando Archie nos trajo sus primeras raciones. Vino con una enorme pieza de carne, la más grande que había visto desde que empezó la guerra. No era un trozo determinado, bien cortado, no parecía ni lomo, ni solomillo, ni chuletas. Parecía más bien que algún carnicero de las fuerzas aéreas lo hubiera cortado al peso. De todas formas, era lo más hermoso que había visto en mucho tiempo. Estaba encima de la mesa y las dos dábamos vueltas a su alrededor, admiradas. Desde luego, en mi pequeño horno no cabía. La señora Woods se ofreció amablemente a cocinármelo.

—Y como hay tanta cantidad —le dije—, coja usted un buen trozo.

—Oh, es muy amable por su parte. Estoy segura de que disfrutaremos de una magnífica ración de carne. Con los ultramarinos, sabe, es mucho más fácil. Tengo un primo, Bob, en la tienda de ultramarinos, Puedo conseguir todo el azúcar y mantequilla que desee, y también margarina. En cosas como ésas, siempre se atiende primero a la familia.

Éste fue uno de mis primeros contactos con una regla clásica que se mantiene a través de toda una vida: lo más importante es a quién conoces. Desde el descarado nepotismo de Oriente, al ligeramente más disimulado de las democracias occidentales, todo al final acaba en eso. Aunque, desde luego, no es una receta que garantiza el éxito total. Fulano de tal, por ejemplo, consigue un empleo bien pagado porque su tío conoce a uno de los directores de la empresa. Y Fulano de tal entra en la empresa. Pero si no sirve para el trabajo, cumplidos ya los compromisos de amistad o parentesco, a Fulano se le despide con amabilidad, posiblemente para que su puesto lo herede otro primo o amigo del director; al final cada uno encuentra el puesto que se merece.

En el caso de la carne y de otros lujos en tiempo de guerra; los ricos tenían algunas ventajas, pero creo que, en general, tenía muchísimas más la clase trabajadora, porque casi todo el mundo

tenía un primo o un amigo o el marido de una amiga o cualquier otro conocido que trabajaba en una lechería, en una tienda de comestibles o en sitios así. Los carniceros no se prestaban a eso, al menos por lo que yo vi, pero los tenderos sí que eran una magnífica fuente de suministros. Ninguna de las personas que traté vivía exclusivamente de sus raciones. Siempre sacaban una libra adicional de mantequilla o un frasco más de mermelada, sin pensar en modo alguno que estaban comportándose deshonestamente. Todo era un asunto de familia. Naturalmente, Bob daba siempre prioridad a su familia y a la familia de su familia. Así, la señora Woods recibía una ración más de esto y de lo otro.

Nuestro primer asado de carne constituyó todo un acontecimiento. No creo que fuera una pieza particularmente buena o tierna, pero yo era joven, tenía la dentadura bien sana, y me resultó la cosa más deliciosa que había comido en mucho tiempo. Archie, por supuesto, se sorprendió mucho ante mis elogios.

—Este asado no es nada del otro mundo —dijo.

—¿Ah, no? —repliqué—. Pues para mí es lo mejor que he comido en los últimos tres años.

Lo que podríamos llamar «cocina seria» nos lo hacía la señora Woods. Yo preparaba comidas ligeras y las cenas. Como la mayoría de chicas, había asistido a clases de cocina; pero nunca son realmente útiles cuando tienes que ponerte a cocinar en serio. Lo que cuenta de verdad es la práctica de todos los días. Había hecho, de jovencita, pastelitos de jamón, pasteles de carne y cosas parecidas, pero eso no podíamos comerlo ahora. En la mayoría de los barrios londinenses había «cocinas nacionales», que me eran de gran utilidad. Ibas allí y te daban las cosas ya preparadas en un recipiente. Estaban bastante bien cocinadas y aunque los ingredientes no eran muy sabrosos, rellenaban los huecos. Estaban también los «cubitos de sopa nacional», con los que empezábamos nuestras comidas. Archie la llamaba «sopa de arena y grava», recordando aquel cuento ruso de Stephen Leacock en el que se dice: «Yog cogió arena y piedras y las batió para hacer un pastel». Los cubitos eran algo parecido. A veces hacía alguna de mis especialidades, como un soufflé muy elaborado. Al principio no me di cuenta de que Archie sufría mucho con una dispepsia de origen nervioso. Algunas noches llegaba a casa y era incapaz de comer

nada, lo que me desanimaba mucho si había preparado algo de lo que me sintiera orgullosa.

Cada uno tiene sus manías sobre lo que debe tomar cuando se siente mal, y las de Archie, en mi opinión, eran extraordinarias. Después de estar tumbado en la cama, quejándose durante un buen rato, se incorporaba y me decía súbitamente:

—Creo que me vendría bien una melaza de caramelo. ¿Me harías algo parecido?

Y yo se lo preparaba lo mejor que podía.

Empecé unos cursos de taquigrafía y teneduría de libros, para entretenerme, Como todo el mundo sabe hoy día, gracias sobre todo a esos interminables artículos de los periódicos dominicales, las recién casadas normalmente se encuentran muy solas. Lo que me extraña es que siempre les pilla de sorpresa. Los maridos trabajan, están todo el día fuera, y una mujer, cuando se casa, por lo general se traslada a un ambiente totalmente nuevo. Tiene que empezar una nueva vida, hacer nuevos contactos y amigos, encontrar nuevas ocupaciones. Antes de la guerra tenía algunos amigos en Londres, pero ahora todos andaban diseminados. Nan Watts (ahora Nan Pollock) vivía en Londres, pero no tenía muchas ganas de volver a verla. Parece una tontería, y realmente es una tontería, pero es inevitable que las diferencias económicas separen a la gente. No es una cuestión de esnobismo o de posición social, sino de que se pueda o no seguir el tren de vida que llevan los amigos. Si unos tienen mucho dinero y otros poco, las cosas resultan bastante embarazosas.

Me encontraba un poco sola. Me había separado del hospital y de mis amistades, del ambiente de mi casa y de todo el acontecer diario normal, pero comprendía que no tenía más remedio. La compañía no es algo que se necesite siempre: crece con uno y, en ocasiones, resulta sumamente destructora. Disfrutaba aprendiendo taquigrafía y contabilidad. Me humillaba ver lo de prisa que progresaban las jovencitas a mi alrededor en taquigrafía; en cambio, en contabilidad, cada una estudiaba por su propia cuenta y era divertido.

Un día, en la escuela comercial donde daba mis clases, el profesor interrumpió la lección, salió del aula y luego regresó diciendo: «Hemos terminado por hoy. ¡Se ha acabado la guerra!»

Parecía increíble. No había habido ninguna señal de que fuera a suceder, nada que le hiciera creer a uno que acabaría la guerra en seis meses o un año. El frente de Francia parecía inmutable. Se ganaban unos cuantos metros de territorio y luego se volvían a perder.

Salí a la calle como atontada. Entonces presencié una de las escenas más curiosas que haya visto nunca; la tengo grabada en mi memoria y aún me produce siempre una cierta sensación de terror. Por todas partes había mujeres bailando en las calles. Las inglesas no son propensas a bailar en público; eso más bien corresponde a las francesas. Pero ahí estaban todas, riendo, gritando, arrastrando los pies, saltando, en una especie de salvaje orgía de placer, de placer casi brutal. Daba miedo. Me imaginaba que si aparecieran por allí unos alemanes, las mujeres los hubieran despedazado en cuestión de segundos. Supongo que sólo algunas estarían borrachas, pero todas lo parecían. Se tambaleaban, hacían eses, gritaban. Llegué a casa y me encontré con Archie, que había salido ya del Ministerio del Aire.

—Bueno, ya está dijo, con el tono tranquilo y falta de emoción de siempre.

—¿Creías que sucedería tan pronto? —le pregunté.

—Oh, bueno, había rumores por todas partes, pero se nos ordenó no decir nada. Y ahora —dijo—, tenemos que decidir qué haremos en adelante.

—¿Qué quieres decir?, ¿en adelante?

—Creo que lo mejor será dejar las fuerzas aéreas.

—¿Hablas en serio? —estaba atónita.

—Allí no tengo ningún futuro. Compréndelo. No hay ningún futuro. Años y años sin ascensos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me gustaría meterme en algún negocio en la City. Es algo que me atrae hace tiempo. Existen dos o tres oportunidades en perspectiva.

He tenido siempre una enorme admiración por el sentido práctico de Archie. Lo aceptaba todo sin sorprenderse y, con toda tranquilidad, ponía en marcha su cerebro, bastante poderoso por cierto, para resolver el siguiente problema.

En esos momentos, con armisticio o sin él, la vida seguía como

antes. Archie iba todos los días al Ministerio del Aire. El maravilloso Bartlett, en cambio, consiguió muy rápidamente la desmovilización. Supongo que los duques y los condes habían echado ya sus redes para recuperar sus servicios. En su lugar vino una extraña criatura llamada Verrall. Supongo que lo hacía lo mejor que podía, pero era muy poco eficiente, no tenía ninguna experiencia, y se amontonaba la porquería en cantidades ingentes en la plata, los cubiertos, los suelos, los platos y demás. Me sentí muy aliviada cuando también lo desmovilizaron.

Archie obtuvo un permiso y nos marchamos a Torquay. Mientras estábamos allí, me sentí aquejada por lo que al principio pensé que era un terrible ataque intestinal, con un malestar general. Sin embargo, se trataba de algo totalmente distinto. Era la primera señal de que iba a tener un hijo.

Estaba muy excitada. Mis ideas sobre cómo venían los hijos se reducían a que el proceso era más o menos automático. Después de cada uno de los permisos de Archie, me sentía completamente desilusionada al comprobar que no aparecían signos de embarazo. Esta vez ni siquiera lo esperaba. Fui a consultar a un médico; nuestro viejo doctor Powell se había retirado, por lo que tuvo que elegir uno nuevo. No quería acudir a ninguno de los médicos con los que había trabajado en el hospital: sabía demasiado sobre ellos y sus métodos. Así que elegí a uno, de carácter alegre, que tenía un apellido más bien siniestro, Stabb[45].

Su mujer era muy bonita; mi hermano Monty había estado muy enamorado de ella desde los nueve años.

—A mi conejito le he puesto el nombre de Gertrude Huntly —decía Monty por aquella época—, porque creo que es la chica más hermosa que he visto nunca.

Y Gertrude Huntly, después señora Stabb, se mostraba muy impresionada, agradeciéndole el honor que le dispensaba.

El doctor Stabb me dijo que parecía una chica muy sana y que todo iría bien. Y eso fue todo. No hubo más visitas, ni más tonterías. Confieso que me alegro de que en aquellos tiempos no existieran esas clínicas premamá de ahora, a las que se acude cada mes. Personalmente, creo que estábamos mucho mejor sin ellas. El doctor Stabb me dijo que volviera a él o a cualquier médico de Londres, un par de meses antes del parto, sólo para comprobar si todo se

desarrollaba con normalidad. Me dijo que quizá me marearía por las mañanas, pero que a los tres meses desaparecerían las molestias. En eso, siento decirlo, se equivocó. Mis mareos matinales nunca desaparecieron. Y no sólo me sentía mal por las mañanas, Me mareaba cuatro o cinco veces todos los días, lo que hacía que mi vida en Londres resultara bastante molesta. Tener que bajar precipitadamente de un autobús cuando acabas de subirte y encontrarte terriblemente mareada en medio de la calle, es algo bastante humillante para una mujer joven. Pero había que acostumbrarse. Por suerte, nadie en aquella época pensaba en administrarte cosas como la talidomida. Simplemente, se aceptaba como normal el hecho de que algunas mujeres se mareaban más que otras al quedar embarazadas.

La señora Woods, tan sabia como siempre en todo lo referente a la vida y a la muerte, me dijo:

—Querida, le aseguro que va a tener usted una niña. Los mareos siempre son de niñas. Con los niños una siempre se desmaya. Es mejor marearse.

Por supuesto que a mí no me parecía mejor marearme. Pensaba que resultaría más cómodo perder el sentido. Archie, a quien nunca le habían gustado las enfermedades y que con frecuencia desaparecía cuando alguien enfermaba, diciendo: «Me parece que todo irá mejor si no molesto», se comportó en esta ocasión con una inesperada amabilidad. Ideó toda clase de cosas para alegrarme. Una vez compró una langosta; que en aquellos tiempos era un lujo carísimo, y me la puso en la cama para darme una sorpresa. Recuerdo aún cuando me desperté y vi la langosta con su enorme cabeza y sus antenas, depositada en mi cama. Me reí como nunca. Hicimos una comida espléndida. Poco después lo vomité todo, pero de cualquier forma nadie me quitó el placer de haberla comido. Fue muy gentil también al prepararme los alimentos Benger que, según la señora Woods, era el tipo de comida que mejor «guardaría». Recuerdo la cara dolida de Archie cuando, después de prepararme algo de Benger, dejé que se enfriara porque no podía comerlo caliente. Me lo tomé y le dije que lo había hecho maravillosamente, sin grumos ni nada; pero media hora más tarde, ya estaba otra vez vomitando.

—Bueno, vamos a ver —decía Archie, en tono de disgusto—.

¿Para qué sirve que te haga estas cosas, si nunca serás capaz de guardarlas en tu estómago?

En mi ignorancia, pensaba que tanto vomitar sería malo para el futuro hijo, que se moriría de hambre. Pero no fue ése el caso. Aunque continué con los mareos hasta el día del parto, tuve una robusta niña de tres kilos y medio, y yo misma, aunque aparentemente no retenía ningún alimento, más bien engordé que adelgacé. Fue como un viaje en barco de nueve meses, al que nunca te aclimatas. Cuando nació Rosalind, me encontré con el médico y la enfermera inclinados sobre mí; el doctor decía:

—Ha tenido usted una niña y todo ha ido perfectamente. No debe preocuparse.

Y la enfermera, con más efusión:

—¡Oh, qué hermosa niña ha tenido!

A lo que respondí con un importante anuncio:

—Ya no me siento mareada. ¡Qué maravilla!

Durante el mes precedente, Archie y yo discutimos bastante sobre el nombre que le pondríamos y sobre el sexo que queríamos. Archie estaba plenamente decidido por una niña.

—No quiero tener un niño —dijo—, porque sé que me pondré celoso. Me pondré celoso al ver cuánto le cuidas.

—Pero si es una chica, tendré que cuidarla igual.

—No, no será lo mismo.

Después discutimos el nombre. Archie quería Enid. Yo quería Martha. Entonces él cambió a Elaine, y yo probé el de Harriet. Hasta que nació no llegamos a un acuerdo con el de Rosalind.

Ya sé que todas las madres se deshacen en elogios de sus hijos recién nacidos, pero debo decir que, aunque personalmente considero que todos los recién nacidos son bastante feos, Rosalind era un bebé muy hermoso. Nació con mucho pelo oscuro, y parecía un piel roja; no tenía ese aspecto rosado y calvo que es tan deprimente en los bebés, y desde los primeros momentos pareció una niña muy alegre y decidida.

Tuve conmigo a una enfermera magnífica, que se opuso terminantemente a que permaneciera en mi casa de Londres. Rosalind nació, por tanto, en Ashfield. En aquellos tiempos, las madres no iban a los sanatorios. Todo el parto, incluidas asistencias y servicios, costó quince libras, cifra que me parece ahora

extremadamente razonable. Conservé a la enfermera, por consejo de mi madre, durante otras dos semanas, para que me pusiera al corriente de los cuidados que había que dispensar a Rosalind, y también para poder ir a Londres y buscar un nuevo piso.

La noche en que supimos que iba a nacer Rosalind, pasamos momentos muy curiosos. Mi madre y la enfermera Pemberton parecían dos mujeres preparando las fiestas de la Navidad: felices, ocupadas, importantes, corriendo de arriba abajo con sábanas limpias, poniendo todas las cosas en orden. Archie y yo nos mostrábamos un poco tímidos y bastante nerviosos, como dos niños que no están seguros de que los quieren. Estábamos asustados y trastornados. Archie, según me dijo después, estaba convencido de que si me moría, sería por su culpa. Yo también pensé que quizá moriría y aquello me apesadumbraba mucho, pues me esperaban tantas cosas buenas en adelante… Pero lo que más me asustada era Io desconocido del parto, aunque al mismo tiempo me llenaba de excitación. La primera vez que haces una cosa siempre es excitante.

Ahora teníamos que hacer planes para el futuro. Dejé a Rosalind en Ashfield a cargo de la enfermera Pemberton, y me fui a Londres a buscar: a) un nuevo piso en el que vivir; b) una nodriza para Rosalind, y c) una doncella para que se ocupara de la casa. Esto último no era realmente un problema, pues un mes antes de que naciera la niña se presentó mi querida Lucy de Devonshire. Acababa de salir del Cuerpo Auxiliar Femenino, llena de exuberancia, de afecto, de vida y de fuerza.

—He oído las noticias —dijo Lucy—. Me han dicho que va a tener usted un niño y estoy dispuesta: en cuanto me necesite, me pondré a su servicio.

Después de consultarlo con mi madre, decidí que a Lucy había que ofrecerle un salario muy alto, superior al de una cocinera o ama de llaves. Treinta y seis libras al año —una enorme suma para aquellos tiempos—, pero Lucy se las merecía y yo estaba encantada de tenerla conmigo.

En aquellas fechas, casi un año después del armisticio, encontrar un lugar para vivir era la cosa más difícil del mundo. Cientos de jóvenes parejas rastreaban todo Londres en busca de un alojamiento conveniente a un precio razonable. Incluso se pedían traspasos. Era algo realmente problemático. Decidimos coger, en principio, un piso

amueblado, hasta encontrar algo que realmente nos satisfaciera. Los planes de Archie se iban cumpliendo. Poco después de obtener su desmovilización, consiguió empleo en una firma de la City. He olvidado el nombre de su jefe. Le llamaremos, por comodidad, señor Goldstein. Era un hombre grande y amarillento. Cuando le pregunté a Archie sobre él, lo primero que me dijo fue:

—Bueno, está muy amarillo. Gordo también, pero sobre todo, amarillo.

Por aquel entonces, las firmas de la City se mostraban bien dispuestas a ofrecer empleo a los jóvenes oficiales desmovilizados. El sueldo de Archie sería de 500 libras anuales. Yo tenía otras 100 que seguía recibiendo del testamento de mi abuelo y Archie tenía su gratificación militar, y ahorros suficientes que le producían otras 100 más al año. No era demasiado dinero, incluso en aquella época. En realidad, era bastante poco, pues los alquileres habían subido mucho, y también el precio de los alimentos. Los huevos costaban ocho peniques cada uno, lo que no era ninguna broma para una joven pareja. Pero nosotros nunca pensamos ser ricos, así que no nos quejábamos.

Recordándolo ahora, me parece extraordinario que tuviéramos una nodriza y además una criada, pero entonces era algo esencial, y hubiera sido la última cosa a la que renunciáramos. La extravagancia de tener un coche, por ejemplo, nunca pasó por nuestra mente. Sólo los ricos los tenían. En ocasiones, durante los últimos días de mi embarazo, mientras esperaba en las colas de los autobuses, zarandeada de un lado a otro por mis pesados movimientos —los hombres no eran especialmente galantes en aquella época—, solía pensar, al ver pasar los automóviles a mi lado, lo maravilloso que sería tener uno algún día.

Recuerdo a un amigo de Archie, diciendo con amargura: «No debían dejar que nadie tuviera un automóvil, a no ser que su actividad fuera muy importante». Nunca he pensado así. Siempre es excitante, creo, ver a alguien que ha tenido suerte, que es rico, que está rodeado de lujos. ¿No aprietan los chavales sus rostros contra las ventanas para espiar las fiestas, para ver a la gente que lleva diademas de diamantes? Alguien tiene que ganar en las apuestas de caballos. Si los premios fueran sólo de 30 libras, no tendría interés. Ni las carreras de caballos ni, hoy día, las quinielas del fútbol. Ésos

son los sueños de la gente. Por eso, siempre habrá grandes multitudes que se agolpan en las calles para ver llegar a las estrellas de cine en los estrenos. Para los que miran, son los héroes y heroínas que suscitan envidia y fascinación. ¿Quién es el que desea un mundo oscuro, en el que nadie es rico o importante, o hermoso o lleno de talento? Hubo un tiempo en que la gente se quedaba de pie horas y horas para ver a los reyes y a las reinas; hoy día parece que la gente se inclina más por las estrellas del mundo pop, pero el fundamento sigue siendo el mismo.

Como dije antes, tendríamos una nodriza y una criada porque era una extravagancia necesaria, pero jamás soñamos con tener un coche. Si íbamos al teatro, cogíamos las localidades más baratas. Tendría algún vestido de noche, pero probablemente sería negro, para que no se viera el polvo, y cuando salíamos las noches lluviosas, llevaba siempre zapatos negros para disimular mejor el barro. Nunca cogíamos un taxi. Siempre existirán modas en la forma de gastar el dinero, como para todo. No quiero decir que la nuestra fuera mejor o peor. Teníamos menos lujos, comidas más modestas y vestidos más sencillos. Por otro lado, había mucho más tiempo libre para pensar, para leer y para dedicarse a pasatiempos y aficiones. Creo que me alegro de haber sido joven en aquella época. Había un grado considerable de libertad y muchas menos prisas y preocupaciones.

Encontramos un piso con bastante suerte en poco tiempo. Era un piso bajo de las Addison Mansions, que eran dos grandes bloques de edificios situados detrás del Olympia. Era grande, con cuatro dormitorios y dos salas de estar. Lo alquilamos amueblado por dos guineas a la semana. La mujer que nos lo alquiló era una rubia teñida de unos cuarenta y cinco años, de enorme busto. Era una mujer muy cordial que insistía en contarme continuamente las enfermedades internas de su hija. El piso estaba lleno de muebles horribles y tenía algunos de los cuadros más sentimentales que he visto nunca. Anoté mentalmente que lo primero que haríamos Archie y yo sería retirado todo y guardado cuidadosamente hasta que se lo devolviéramos a su dueño. Estaba abarrotado de porcelanas y cristalerías y esas cosas, incluido un fragilísimo juego de té que me atemorizaba, pues pensaba que se rompería con sólo mirarlo. Con ayuda de Lucy, lo guardamos todo en uno de los

trasteros, tan pronto como nos instalamos.

Entonces me fui a visitar la oficina de la señora Boucher, que era la cita ineludible —y creo que aún lo es— para quienes buscan una nodriza. Dicha señora me hizo poner los pies en la tierra en seguida. Rezongó ante el salario que estaba dispuesta a pagar, me preguntó sobre las condiciones y el personal que tenía a mi servicio y después me envió a una pequeña habitación en la que se entrevistaba a las futuras, empleadas. La primera que entró fue una mujer grande y con aspecto competente. Con sólo verla ya me llené de alarma, pero a ella no le ocurrió lo mismo.

—¿Bien, señora? ¿Cuántos niños serán? Le expliqué que sólo era un bebé.

Y supongo que tendrá un mes, ¿no? No me hago cargo de ninguno que tenga más de un mes. Me encargo de criar a los bebés lo antes posible, siempre.

Le dije que sí, que no tenía más de un mes.

—¿Y qué personal tiene a un servicio, señora?

Le contesté, humildemente, que todo mi personal se reducía a una sola doncella. Hizo una mueca de disgusto.

—Me temo, señora, que eso no me resultará conveniente. ¿Sabe?, me he acostumbrado a que me cuiden y vigilen todo a mi alrededor y quiero un lugar agradable y con todas las comodidades.

Le dije que lo que le ofrecía no era lo que estaba buscando y me desembaracé de ella con un cierto alivio. Vi a otras tres más, pero ninguna me agradó.

Volví al día siguiente para tener nuevas, entrevistas. Y esta vez tuve más suerte. Encontré a Jessie Swannell, treinta y cinco años, inteligente, cariñosa, que había estado de niñera con una familia en Nigeria. Le expliqué, una por una, las poco atractivas condiciones del empleo que le ofrecía. Sólo una criatura, tendría que ocuparse de todas las tareas relacionadas con el bebé, y el salario reducido.

—Bueno —dijo—; no suena demasiado mal. Estoy acostumbrada al trabajo duro y eso no me preocupa. Es una niña ¿verdad? Me gustan mucho las niñas.

Así es que quedamos de acuerdo. Permaneció con nosotros durante dos años, y llegué a apreciarla mucho, aunque tenía algunos inconvenientes. Era de esas mujeres a quienes, por naturaleza, no le gustan los padres del niño al que están cuidando.

Con Rosalind se comportaba maravillosamente y se hubiera dejado matar por ella, creo. En cambio a mí me consideraba como a una intrusa; siempre hacía todo lo que le ordenaba, a regañadientes, eso sí, aunque no estuviera de acuerdo. Por otro lado, si se producía alguna dificultad, siempre estaba dispuesta a ayudar inmediatamente con toda amabilidad y alegría. Sí, respeto mucho a Jessie Swannell y espero que haya tenido una vida agradable y que se hayan cumplido sus deseos.

Así que, arreglados ya todos los detalles, nos trasladamos a Addison Mansions con Rosalind, Jessie Swannell y Lucy. Pero ahí no había terminado mi búsqueda. Tenía que encontrar ahora un piso vacío que fuera ya nuestro hogar permanente. Y eso no era nada fácil; más bien, endemoniadamente difícil. En cuanto oía hablar de alguna oportunidad, me ponía en seguida en marcha: llamadas por teléfono, cartas, visitas; parecía que nunca encontraríamos lo que buscábamos. Unas veces los pisos estaban sucios, destartalados, en tan malas condiciones que parecía imposible que nadie viviera en ellos. Otras veces, la mayoría, había ya alguien que se nos había adelantado en la búsqueda. Nos recorrimos todo Londres: Hampstead, Chiswick, Pimlico, Kensington, St. Johns Wood. Me pasaba el día metida en el autobús. Visitamos a todos los agentes inmobiliarios y pronto empezamos a angustiamos. Sólo nos quedaban dos meses de estancia en el piso amueblado. En cuanto regresara la rubia teñida con su hija casada y sus nietos, seguramente tendríamos, que dejar el piso a toda velocidad. Necesitábamos encontrar algo.

Al final tuvimos suerte. Conseguimos, más o menos, un piso cerca del parque Battersea. El alquiler era razonable y la propietaria, la señora Llewellyn, pensaba marcharse en el plazo de un mes, pero estaba dispuesta a hacerlo un poco antes. Se trasladaba a un piso distinto en otra zona de Londres. Todo parecía arreglado, pero «habíamos vendido la piel del oso antes de matarlo». Nos esperaban graves problemas. Sólo quince días antes de la fecha del traslado, la señora Llewellyn nos dijo que no podía marcharse aún, porque los que vivían en el nuevo piso no podían a su vez trasladarse al suyo. Era una reacción en cadena.

Fue un golpe terrible. Cada dos días la llamábamos pidiéndole noticias. Y las noticias eran cada vez peores. Al parecer, los que

vivían en el otro piso tenían muchas dificultades para trasladarse al nuevo, así que ella tampoco podía abandonar el suyo. Al final resultó que no estaría todo arreglado antes de tres o cuatro meses, e incluso esa fecha era dudosa. El tiempo pasaba y ahora ya estábamos desesperados. Febrilmente, empezamos otra vez a examinar las páginas de anuncios, a llamar a los agentes inmobiliarios y demás. Llamó entonces un agente que nos ofrecía, no un piso, sino una casa. Una pequeña casita en Scarsdale Villas. Pero era en venta, no en alquiler. Fuimos a verla. Era una casita encantadora. Comprarla significaba vender casi todo nuestro pequeño capital: un riesgo terrible. No obstante, pensamos que algo había que arriesgar, así que quedamos de acuerdo en la operación, firmamos un contrato lleno de puntos suspensivos y regresamos a casa para decidir qué valores venderíamos.

Dos días más tarde, mientras desayunábamos, me puse a mirar el periódico y, como siempre, en lo primero que me fijé fue en la página de anuncios, una costumbre ya tan acentuada en aquellos días que no podía reprimirla. De repente, tropecé con el siguiente anuncio: «Piso vacío por alquilar, 96 Addison Mansions, 90 libras anuales». Se me escapó un grito, tiré la taza de café, se lo leí a Archie y le dije que no teníamos tiempo que perder.

Salí disparada del comedor, atravesé el pequeño patio de césped entre los dos bloques y subí la escalera del edificio de enfrente, de cuatro en cuatro, como una loca. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Toqué el timbre del número 96. Apareció una mujer joven, con cara de asombro, vestida con una bata.

—Vengo por lo del piso —le dije entrecortadamente, a causa de los jadeos producidos por la frenética cartera.

—¿Este piso? ¿Tan pronto? Si puse el anuncio ayer… No esperaba a nadie en tan poco tiempo.

—¿Puedo verlo?

—Bueno… bueno, es un poco pronto.

—Creo que nos vendrá bien —dije. Creo que me lo voy a quedar.

—Bueno, mírelo un poco, si quiere. No está demasiado limpio —dijo, dejándome entrar.

Entré sin hacer caso de sus dudas, echando un rápido vistazo al piso; no quería arriesgarme a perderlo.

—¿90 libras al año? —le pregunté.

—Sí. Pero le advierto que el alquiler se hace trimestralmente. Medité por un momento ese dato, pero no me eché para atrás. Quería un sitio para vivir e inmediatamente.

—¿Y cuándo se puede tomar posesión?

—Bueno, en cualquier momento: en una o dos semanas. Han destinado a mi marido al extranjero, repentinamente. Y queremos un traspaso por el linóleo y los accesorios.

No presté mucha atención al linóleo y demás detalles, pues, ¿qué importaba eso? Cuatro dormitorios, dos salas de estar, un bonito panorama verde delante; cuatro tramos de escalera para subir y bajar, es cierto, pero había luz y aire por todas partes. Necesitaba algunos arreglos, pero los haríamos nosotros mismos. Era un piso maravilloso, un regalo de los dioses.

—Me lo quedo —dije. Estoy decidida.

—Ah, ¿está usted segura? Ni siquiera me ha dicho su nombre.

Le di mi nombre, le expliqué que vivía en un piso amueblado enfrente y, todo quedó arreglado. Llamamos a los agentes desde su piso, para anunciar la conclusión de la operación. Ya se me habían escapado varios pisos antes y esta vez no quería que sucediera lo mismo. Al bajar otra vez la escalera, me encontré con tres parejas que suban, y todas, lo vi de reojo, se dirigían al número 96. Esta vez habíamos ganado nosotros.

Volví a casa y se lo conté triunfante a Archie.

—Estupendo —dijo.

En ese momento, sonó el teléfono. Era la señora Llewellyn.

—Me parece —dijo—, que podrán ustedes ocupar el piso casi seguro dentro de un mes.

—Ah —le contesté—. Muy bien, comprendo —y colgué el receptor.

—¡Dios mío! —exclamó Archie—. ¿Sabes lo que hemos hecho? ¡Ahora tenemos *dos* pisos y hemos comprado una casa!

Era un problema bastante gordo. Iba a llamara la señora Lleellyn para decirle que ya no queríamos su piso, cuando se me ocurrió una idea mejor.

—Vamos a deshacernos de la casita de Scarsdale Villas —le propuse a Archie—, pero nos quedaremos con el piso de Battersea y pediremos un traspaso por él. Así pagaremos el traspaso de éste.

A Archie le pareció muy bien la idea, y para mí era una magnífica operación financiera, pues no podíamos pagar el traspaso de 100 libras de nuestro bolsillo. Entonces nos fuimos a ver a los agentes a los que habíamos comprado la casita de Scarsdale Villas. Fueron muy amables con nosotros. Nos dijeron que les resultaría muy fácil vendérsela a cualquier otra persona y que, de hecho, ya tenían a varios posibles interesados. Así que nos deshicimos de ese compromiso, pagando sólo una pequeña comisión a los agentes.

Ya teníamos piso, y en dos semanas nos trasladaríamos a él. Jessie Swannell era como una roca. No le preocupa en absoluto subir y bajar cuatro tramos de escalera con la niña en brazos; era mucho más de lo que hubiera esperado de una niñera de la señora Boucher.

—Ah, bueno —me dijo—, estoy acostumbrada a arrastrar cosas. Quiero decir, que puedo hacerlo con uno o dos negros al lado. Eso es lo mejor de Nigeria: está lleno de negros.

Nos gustaba mucho nuestro piso y nos dedicamos apasionadamente a la tarea de decorarlo. Gastamos una buena parte de la gratificación de Archie en muebles: buenos muebles modernos de la casa Heal para la habitación de Rosalind, buenas camas también de Heal para nuestro dormitorio, y gran cantidad de cosas procedentes de Ashfield que estaba demasiado abarrotada de mesas, sillas y armarios, porcelanas y ropa blanca. Fuimos también a algunas almonedas, donde compramos por cuatro cuartos arcones viejos y roperos pasados de moda.

Antes de metemos en el piso escogimos los papeles pintados y el tipo de pintura a emplear. Una parte del trabajo la hicimos nosotros mismos; pero en otra nos tuvo que ayudar un pintor y decorador. Las dos salas de estar, un salón grande y un comedor más pequeño, daban al patio, pero estaban orientadas hacia el norte. Personalmente, prefiero que los salones estén al final de un largo pasillo, en la parte posterior. No eran demasiado grandes, pero sí soleadas y alegres, así que decidimos que nuestra sala de estar y el cuarto de Rosalind estuvieran en las dos habitaciones posteriores. El cuarto de baño estaba enfrente, y al lado había una pequeña habitación para el servicio. Nuestro dormitorio lo pusimos en la habitación mayor y el otro cuarto grande sería el comedor, que se utilizaría en caso de necesidad como habitación de invitados.

Archie escogió la decoración del cuarto de baño: papel pintado blanco y escarlata brillante. Nuestro decorador fue muy amable conmigo. Me enseñó a cortar y doblar el papel pintado en la forma adecuada para luego encolarlo.

—Golpéelo con fuerza, ¿ve? No se estropea. Si se rasga, vuelva a encolarlo. Primero hay que cortarlo todo, medirlo y numerar los trozos por detrás. Así va bien. Golpee ahora. Un cepillo para el cabello es lo que mejor va para quitar las burbujas.

Al final, me defendía bastante bien con el empapelado. Los techos se los dejamos al pintor; no me sentía preparada para semejante tarea.

La habitación de Rosalind la pintamos de amarillo pálido y también ahí aprendí algo de decoración. Una cosa que no me advirtió el pintor era que si no se quitaba en seguida la pintura que caía en el suelo, se endurecía y después sólo salía con un cincel. Pero esas cosas únicamente se aprenden con la experiencia. La cuna de Rosalind la forramos con una tela bastante cara de la casa Heal con motivos de animales. En la sala de estar decidimos pintar las paredes de un rosa pálido brillante, y empapelar el techo de negro con motivos vegetales. Eso me haría sentir que estaba en el campo. Y también que la habitación pareciese más baja; me gustan los techos bajos. En una habitación pequeña quizá daría resultado un ligero aire rústico. El decorador se encargaría de empapelar el techo; pero se mostró inesperadamente contrario a hacerlo.

—Vamos a ver, señora, me parece que se ha equivocado usted. El techo es lo que debe ser rosa pálido y las paredes empapeladas de negro.

—No, no es eso —le contesté—. Quiero el papel negro en el techo y la pintura rosa en las paredes.

—Pero ésa no es forma de hacer las habitaciones. ¿Ve? Así va de claro a oscuro hacia arriba. Y ésa no es la forma correcta. Debe ser de oscuro a claro.

—Pero yo prefiero que vaya de claro a oscuro —le repliqué.

—Bueno, lo único que puedo decirle, señora, es que ésa no es la forma correcta y que nadie lo hace así.

Le dije que yo sí lo haría así.

—Se le vendrá el techo encima, ya lo verá. Parecerá que se va a caer. Hará que la habitación parezca muy baja.

—Es que quiero que parezca baja.

Entonces se dio por vencido, encogiéndose de hombros. Cuando acabó su tarea, le pregunté si no le gustaba.

—Bueno —dijo—, resulta un poco extraño. No, no, puedo decir que me guste, pero…, tiene un aspecto un poco raro, pero resulta bastante bonito si uno se sienta en una silla y mira hacia arriba.

—Ésa es mi idea —le dije.

—Pero si yo fuera usted, hubiera puesto en el techo un papel azul brillante con estrellas.

—A mí no me gusta pensar que estoy fuera por la noche —le dije—. Prefiero pensar que estoy en un huerto de cerezos en flor, o bajo unas matas de brezo.

El pintor movió la cabeza con tristeza.

La mayoría de las cortinas las encargamos especialmente para nosotros. Las colchas de las camas decidí hacerlas yo. Mi hermana Madge, ahora rebautizada Punkie, como la llamaba su hijo, me aseguró, en su habitual tono optimista, que era muy fácil confeccionarlas.

—Sólo tienes que prenderlas y cortarlas por el lado de dentro —me dijo—. Después, las coses y las vuelves del derecho. Es muy sencillo: cualquiera lo haría.

Hice la prueba. El trabajo no quedó muy profesional y ni siquiera hice ningún remate de cordoncillo, pero tenían un aspecto brillante y bonito. A todos nuestros amigos les encantó el piso y nosotros nunca fuimos tan felices como cuando nos instalamos en él. A Lucy le pareció maravilloso y disfrutaba trabajando. Jessie Swannell no dejaba de rezongar, pero nos ayudó mucho en todas las tareas. Me había acostumbrado ya a que Jessie nos odiara, mejor dicho, me odiara a mí (no creo que le disgustara tanto Archie).

—Después de todo —como le expliqué un día—, un bebé tiene que tener padres, si no usted no tendría a quién cuidar.

—Ah, bueno —me contestó Jessie con una sonrisa rencorosa—. Supongo que encontraría alguno por ahí.

Archie había empezado a trabajar en su empleo de la City. Me dijo que le gustaba y parecía bastante animado con su trabajo. Se alegraba infinito de haber abandonado la aviación pues, como repetía continuamente, allí no tenía absolutamente ningún futuro. Estaba decidido a ganar mucho dinero. Pasar apuros en esos

momentos no nos preocupaba. De cuando en cuando, nos íbamos al Palais de Danse de Hammersmith, pero en general no nos permitíamos casi ninguna diversión, pues realmente no teníamos dinero suficiente. Éramos una pareja muy corriente y muy feliz. La vida nos ofrecía magníficas perspectivas. No teníamos piano, lo que era una lástima, pero me desquitaba como una loca en cuanto llegábamos a Ashfield.

Me había casado con el hombre que amaba, teníamos una hija, un lugar donde vivir y, por lo que veía, no había razón alguna para que no siguiéramos siendo felices durante mucho tiempo.

Un día recibí una carta. La abrí descuidadamente y me puse a leerla sin prestarle mucha atención al principio. Era de la editorial de John Lane, The Bodley Head, y me pedían que les telefoneara a su oficina en relación con el manuscrito que les había enviado, titulado *El misterioso caso de Styles*.

A decir verdad me había olvidado completamente del libro. Llevaba ya casi dos años en The Bodley Head, pero con todos los jaleos del final de la guerra, la vuelta de Archie y nuestra vida en común, todo eso de escribir y de los manuscritos se me había borrado completamente de la cabeza.

Me dirigí a la editorial llena de esperanzas. Debía gustarles el manuscrito o si no no me hubieran hecho venir. Entré en el despacho de John Lane, que se levantó para saludarme. Era un hombre bajito de barba blanca con un aspecto más bien isabelino. Estaba rodeado de cuadros incluso en las sillas, apoyados en las mesas, que parecían de los viejos maestros, con una gruesa capa de barniz y amarilleados por el tiempo. Después pensé que él mismo estaría muy bien dentro de alguno, con una gola alrededor del cuello. Sus modales eran suaves y llenos de bondad, pero tenía unos ojos azules muy brillantes y vivos, lo que debía haberme advertido, quizá, de que era el tipo de hombre capaz de triunfar en una negociación difícil por muy dura que ésta fuera. Me saludó y me hizo una seña para que me sentara. Eche un vistazo a mi alrededor, y resultaba prácticamente imposible: todas las sillas tenían un cuadro encima. Se dio cuenta y sonrió.

—Perdóneme, parece que no hay mucho sitio libre, ¿verdad? Apartó un cuadro más bien mugriento de una silla en la que me senté.

Entonces me habló del manuscrito. Varios de los que lo habían leído me dijo, concebían ciertas esperanzas, quizás harían algo con él. Pero había que realizar cambios considerables. El último capítulo, por ejemplo: lo había escrito como una escena corta y quedaba muy mal, era ridículo. ¿Podría desarrollarlo de otra forma? Quizás encontraría a alguien que me asesorara en los aspectos legales, aunque era bastante difícil; tal vez era mejor cambiarlo y darle otra forma. Le dije inmediatamente que sí, que lo cambiaría, que pensaría en una puesta en escena diferente. Señaló después algunos otros puntos; ninguno de ellos importante, aparte del capítulo final.

Entró luego en el aspecto puramente comercial de la edición. Me habló del enorme riesgo que significaba para un editor publicar una novela de un escritor nuevo y desconocido, y del poco dinero que probablemente obtendría con tal edición. Finalmente, sacó del cajón de su despacho un contrato, proponiéndome que lo firmara. No tenía ninguna intención de estudiar el contrato, ni siquiera de pensar en él. Iba a publicar mi libro. Después de perder todas las esperanzas, ahora no estaba en condiciones de rechazar nada. Hubiera firmado cualquier cosa. En este contrato concreto se estipulaba que yo no recibiría ningún derecho de autor hasta que se hubieran vendido los primeros 2.000 ejemplares, y a partir de dicha cifra recibiría una pequeña cantidad por ejemplar vendido. La mitad de los derechos de publicación por entregas o de representación teatral irían a parar al editor. Nada de eso significaba gran cosa para mí: lo único importante era que *el libro se publicaría*.

Ni siquiera me di cuenta de que en el contrato existía una cláusula que me obligaba a entregarle mis cinco novelas siguientes, con sólo un ligero aumento en mis derechos de autor. Para mí todo aquello representaba un éxito inesperado. Firmé el contrato con entusiasmo y me marché, llevándome el manuscrito para corregir las anomalías del último capítulo, cosa que hice sin mayores dificultades.

Y así fue como se inició mi carrera de escritora, sin que en esos momentos tuviera la más mínima sospecha de que iba a ser tan larga. A pesar de la cláusula sobre las cinco novelas siguientes, para mí el libro había sido un experimento único y aislado. Se me había ocurrido escribir una novela policíaca; la había escrito, la habían

aceptado, y la iban a publicar. Ahí, por lo que a mí respecta, terminaba todo el asunto. Evidentemente, en esos momentos no pensaba escribir nada más, y creo que si me lo hubieran preguntado, hubiera contestado, sin ninguna seguridad, que quizá, de cuando en cuando, escribiría alguna cosilla. Era una simple aficionada, no tenía nada de profesional; era una simple diversión.

Regresé a casa llena de alegría y le conté a Archie lo que había sucedido. Esa noche nos fuimos al Palais de Dance de Hammersmith para celebrarlo.

Había con nosotros una tercera persona, aunque no me diera cuenta. Hércules Poirot, mi invención belga, colgaba de mi cuello firmemente agarrado como un viejo lobo de mar.

V

Modificado el último capítulo de *El misterioso caso de Styles*, se lo entregué a John Lane y, tras efectuar algunas ligeras modificaciones más, poco a poco mi excitación pasó a un segundo plano y la vida prosiguió su curso como en cualquier otra joven pareja que se siente feliz, enamorados el uno del otro, con ciertas dificultades económicas, pero sin dejarse dominar por tal circunstancia. Los fines de semana salíamos normalmente al campo y nos dedicábamos a pasear.

El único problema serio que nos afectó en aquella época fue la pérdida de mi querida Lucy. Llevaba una temporada con aspecto preocupado, hasta que un día se me acercó con aire de tristeza y me dijo de sopetón:

Siento muchísimo decepcionarla, señorita Agatha, quiero decir, señora, y no sé qué pensaría de mí la señora Rowe, pero… bueno, ya está, me voy a casar.

—¿Te vas a casar, Lucy? ¿Con quién?

—Con uno que conocí antes de la guerra. Siempre le he gustado.

Mi madre me dio más detalles. Cuando se lo conté, exclamó:

—No será otra vez aquel Jack, ¿verdad?

Parece que a mamá no le gustaba nada «aquel Jack». Había cortejado a Lucy durante algún tiempo; como a su familia no le agradaba mucho, se alegraron cuando la pareja rompió sus relaciones. No obstante, ahora habían salido juntos otra vez. Lucy había permanecido fiel a Jack y así quedaron las cosas: la pareja se casaría y nosotros teníamos que buscar otra doncella.

En aquellos momentos resultaba aún más difícil que antes. No había forma de encontrar doncellas por ningún lado. Pero, al final, no recuerdo si a través de una agencia o por una amistad, tropecé

con una chica llamada Rose. Parecía estupenda. Tenía muy buenas referencias, una carita redonda y sonrosada, una hermosa sonrisa y muy buena disposición para todo. El único problema es que no quería bajo ningún concepto entrar en una casa donde hubiera un bebé y una niñera. Pero me pareció que la convencería. Había estado sirviendo en casa de un piloto de aviación, y cuando supo que mi marido también lo había sido, su postura se dulcificó. Me dijo que esperaba que el señor conociera al jefe de escuadrilla G. Corrí a casa y le dije a Archie:

—¿Conociste a un jefe de escuadrilla llamado G.?

—No, que recuerde —me contestó.

—Bueno, pues da lo mismo —le dije—. Di que estuviste con él, que fuisteis compañeros o cualquier cosa parecida: tenemos que quedarnos con Rose. Es estupenda, de verdad. Si supieras las chicas horribles que he visto…

Así que al poco tiempo vino Rose a casa, para ver si le interesaba.

Le presenté a Archie, que dijo algunas cosas amables sobre el jefe de escuadrilla G., y la convencimos para que aceptara el puesto.

—Pero a mí no me gustan las niñeras —nos dijo, en tono de advertencia—. Los niños no me importan, pero las niñeras siempre traen problemas.

—Oh, estoy segura —le dije—, de que la niñera Swannell no le causará ninguno.

No estaba tan segura, pero pensaba que al final todo se arreglaría.

La única persona a la que incordiaría Jessie Swannell sería a mí, y eso no me preocupaba. Como esperaba, las dos se llevaron bastante bien. Jessie le contó su vida en Nigeria y lo bien que lo había pasado teniendo a tantos negros bajo sus órdenes, y Rose le contó lo mucho que había sufrido en sus diversas colocaciones.

—Muerta de hambre, me tenían a veces —me contó un día Rose —. Muerta de hambre. ¿Sabe lo que me daban para desayunar?

Le dije que no.

—Arenques ahumados —exclamó, con tristeza—. Nada más que té y un arenque, y una tostada, mantequilla y mermelada. Bueno, me puse tan delgada que casi no tenía fuerzas.

Con nosotros no adelgazaba en absoluto, sino que engordaba a

ojos vistas. No obstante, cada vez que teníamos arenques para desayunar, me aseguraba de que tomara al menos dos o tres, y de que le sirvieran los huevos con jamón en cantidades generosas. Creo que se encontraba feliz con nosotros y que quería mucho a Rosalind.

Poco después del nacimiento de la niña, se murió mi abuela. Se había mantenido muy bien hasta el final, pero de repente tuvo un fuerte ataque de bronquitis y su corazón no lo resistió. Tenía noventa y dos años, disfrutaba aún de la vida y no estaba demasiado sorda, aunque sí muy ciega. Sus rentas, como las de mi madre, se habían reducido por la quiebra de Chaflin en Nueva York, pero, gracias al asesoramiento del señor Bailey, no lo había perdido todo. Pasaron entonces a mi madre. No era mucho dinero para aquel tiempo, pues algunas de las acciones se habían depreciado con la guerra, pero le daban unas 300 ó 400 libras al año, lo que, junto con lo que ya recibía del señor Chaflin, le permitía vivir pasablemente. Claro que la vida se había puesto mucho más cara después de la guerra, pero, así y todo, pudo conservar Ashfield. A mí me disgustaba mucho no contribuir al mantenimiento de Ashfield como hacía mi hermana. Pero en nuestro caso era realmente imposible: necesitábamos cada penique para vivir.

Un día, mientras comentaba en tono preocupado las dificultades para mantener Ashfield, Archie me dijo muy sensatamente:

—¿Sabes?, sería mucho mejor para tu madre que lo vendiera, y se marchara a algún otro sitio.

—¡Vender Ashfield! —le repliqué, horrorizada.

—No veo de qué te asustas. Pocas veces vamos allí.

—No soportaría venderlo, lo quiero mucho. Para mí lo significa todo.

—Entonces, ¿por qué no tratas de hacer algo por él? —me respondió.

—¿Qué quieres decir con hacer algo por él?

—Bueno, escribe otro libro.

Le miré con cierta sorpresa.

No creo que me resultara muy difícil, pero no veo en qué beneficiaría a Ashfield. ¿O sí?

—A lo mejor te daba mucho dinero —contestó.

Me parecía poco probable. *El misterioso caso de Styles* había

vendido cerca de 2.000 ejemplares, lo que no estaba mal en aquellos tiempos para una novela policíaca de un autor desconocido. Me había proporcionado la mezquina suma de 25 libras, y no por derechos de autor, sino por mi parte en los derechos de publicación por entregas, que se habían vendido inesperadamente a *The Weekly Times* por 50 libras. John Lane me dijo que me daría mucha fama y que era muy bueno para cualquier autor novel que *The Weekly Times* le publicara una novela. Quizá fuera verdad, pero recibir sólo 25 libras como ingresos totales por escribir un libro, no me hacía suponer que fuese a ganar mucho dinero en la carrera literaria.

—Si un libro ha sido lo bastante bueno para que lo aceptaran —razonó Archie— y si el editor ha ganado algún dinero con él, supongo que querrá que le lleves otro. Cada vez ganarás un poco más.

Estuve de acuerdo con Archie. Era admirable la solidez de sus razonamientos financieros. Así que reflexioné sobre el asunto. Suponiendo que lo hiciera, ¿de qué trataría esta vez?

La respuesta me vino un día que estaba tomando el té en un local público; Dos personas hablaban en una mesa vecina, refiriéndose a una tal Jane Fish. El nombre me pareció estupendo para una novela. Me marché de allí y lo grabé en mi memoria. Pensé que sería un buen comienzo para una novela; un nombre oído en un salón de té, un nombre poco corriente, para que todo el que lo oyera lo recordara. Jane Fish, o quizá Jane Finn sería aún mejor. Me decidí por el último y empecé a escribir inmediatamente. Primero lo titulé *La alegre aventura*, después *Los jóvenes aventureros*, y finalmente se convirtió en *El misterioso señor Brown*.

Archie había acertado plenamente al buscarse un trabajo antes de despedirse de la aviación. La gente joven estaba desesperada. Se habían salido del Ejército y no encontraban ningún empleo. Muchos jóvenes llamaban a nuestra puerta, vendiendo medias o cualquier aparato doméstico. Resultaba patético. Sentía tanta piedad por ellos que a veces compraba un par de medias horribles, simplemente para levantarles el ánimo. Habían sido magníficos militares y ahora se veían reducidos a eso. Algunos incluso escribían poemas que

luego trataban de vender.

Pensé utilizar a una pareja en esas circunstancias, una chica que hubiera estado en los servicios auxiliares y un joven que hubiera estado en el Ejército. Ambos buscarían empleo, desesperados, y entonces se conocerían; ¿o quizá se conocerían ya de antes? ¿Y después, qué? Después, pensé, se verían implicados, sí, en un caso de espionaje; sería una novela de espionaje, de suspense, no policíaca. Me gustó la idea; así variaría de tema después de *El misterioso caso de Styles*. Me puse a escribir, de una forma un tanto esquemática. Era bastante divertido y mucho más fácil que una novela policíaca, como siempre lo han sido las de suspense.

Cuando terminé, lo que me llevó un cierto tiempo, me fui a ver a John Lane, a quien no le gustó demasiado. No era del mismo estilo que el primer libro y no se vendería tan bien. En realidad, no sabían si publicarlo o no. Pero al final decidieron que sí. Y esta vez no tuve que hacer tantos cambios en el manuscrito.

Por lo que recuerdo ahora, se vendió bastante bien. Me dio más dinero en derechos de autor, lo que ya era algo, y se vendió también por entregas a *The Weekly Times*, con lo que gané 50 libras. Era alentador, aunque no lo suficiente como para que pensara en convertirme en una profesional de la literatura.

Mi tercer libro fue *Asesinato en el campo de golf*. Lo escribí poco después de un célebre proceso en Francia. Ahora no recuerdo el nombre de ninguno de los implicados. Era una historia de unos enmascarados que habían irrumpido en una casa, asesinado al propietario y atado y amordazado a la esposa; la suegra también había muerto, aunque sólo en apariencia, pues se había atragantado con la dentadura postiza. De todas formas, la historia de la esposa resultaba falsa y parecía que era ella quien había asesinado a su marido y que nunca la habían atado y amordazado o que lo había hecho su cómplice. Me pareció un magnífico argumento para desarrollar mi propia historia, y que empezaría contando la vida de la esposa, después de haber sido declarada inocente del asesinato. Esta vez el ambiente de mi novela se desarrollaba en Francia.

Hércules Poirot había cosechado un buen éxito en *El misterioso caso de Styles*, así que me propusieron que siguiera con él. Una de las personas a quien le había gustado Poirot era Bruce Ingram director en aquel tiempo de *The Sketch*. Se puso en contacto

conmigo y me propuso que escribiera una serie de relatos de Poirot para The Skech. Aquello me llenó de excitación. Por lo visto, empezaba a tener éxito. Salir en *The Sketch*, ¡qué maravilla! Bruce Ingram tenía también un dibujo imaginario de mi héroe que no se alejaba demasiado de como me lo había imaginado yo, aunque resultaba un poco más distinguido y aristocrático. Me dijo que le escribiera una serie de doce relatos. Realicé ocho en poco tiempo; al principio se pensó que sería suficiente, pero después decidieron ampliarlos hasta doce y tuve que escribir los otros cuatro con demasiada precipitación.

No me daba cuenta entonces de que no sólo me había vinculado ya a los relatos policíacos, sino también a dos personajes: Hércules Poirot y su Watson, el capitán Hastings. Me gustaba mucho este último. Era un personaje estereotipado, pero junto con Poirot patentizaba muy bien mi idea de un equipo detectivesco. Escribía aún siguiendo el éxito de Sherlock Holmes: un detective excéntrico, un ayudante servil y un inspector de ScotIand Yard parecido a Lestrade, el inspector Japp, a los que añadí un «sabueso», el inspector Giraud de la policía francesa. Giraud despreciaba a Poirot por viejo y *passé*.

Ahora veo la terrible equivocación que cometí al describir un Hércules Poirot *tan viejo*: debí abandonarlo después de los tres o cuatro primeros libros, y empezar de nuevo con alguien mucho más joven.

Asesinato en el campo de golf se alejaba ya bastante de las novelas de Sherlock Holmes, y estaba influida, creo, por *El misterio del cuarto amarillo*. Tenía ese estilo imaginativo y de altos vuelos característico de dicha novela. Cuando uno empieza a escribir, se deja influenciar mucho por el último autor que haya leído y le haya gustado.

Creo que *Asesinato en el campo de golf* fue, en cierto modo, un buen ejemplo de lo que he dicho, aunque tuviera ciertas connotaciones melodramáticas. En esta ocasión incluí un lío amoroso para Hastings. La verdad es que empezaba a cansarme de este personaje. Creo que incluso pensé en casarlo. Quizá me resultara imposible deshacerme de Poirot, pero no de Hastings.

A la editorial The Bodley Head le gustó mucho el libro, pero tuve una pequeña pelea con ellos en relación con la portada que

habían diseñado. Aparte de que los colores eran horribles, estaba mal dibujada y representaba, según creo, a un hombre en pijama en un campo de golf que se moría de un ataque de epilepsia. Como en el relato el hombre asesinado estaba completamente vestido y era apuñalado con una daga, me opuse a ella. La portada de un libro puede no tener nada que ver con el argumento, pero si hace referencia al mismo, lo mínimo exigible es que no lo falsee. Estaba realmente furiosa y conseguí que, para el futuro, se me permitiera ver la portada con antelación y dar mi aprobación. Había tenido ya una pequeña diferencia con The Bodley Head, con ocasión de *El misterioso caso de Styles*, sobre la correcta ortografía de la palabra cacao. Por alguna misteriosa razón, la ortografía oficial de la casa para dicha palabra era coco, lo que, como hubiera dicho Euclides, resultaba absurdo. Tuve un violento enfrentamiento con la señorita Howe, la fiera que se encargaba de las cuestiones ortográficas de la editorial. La palabra cacao, me dijo, siempre se había escrito en sus publicaciones como coco: ésa era la correcta ortografía y la norma de la casa. Le traje botes de cacao e incluso diccionarios; no le produjeron la menor impresión. Se escribía coco y de ahí no la saqué. Sólo muchos años después, cuando hablaba con Allen Lane, sobrino de John Lane y creador de la colección Penguin Books, me dieron la razón.

—¿Sabe usted —le dije— que discutí mucho con la señorita Howe, sobre cómo se escribía cacao?

—Me lo imagino —contestó, haciendo una mueca de desagrado —, hemos tenido graves problemas con ella, sobre todo, a medida que se hacía vieja. Era muy terca en algunas cosas. Discutía con todos los autores y nunca se dejaba convencer.

Recibí muchas cartas, diciéndome más o menos: «No comprendo, Agatha, por qué escribe usted la palabra cacao como coco. Es evidente que no tiene ni idea de ortografía». El comentario era totalmente injusto. Posiblemente mi ortografía no fuera perfecta, Incluso hoy día no puedo jactarme de eso, pero en aquel caso la culpa no era mía. Lo que me pasaba es que tenía un carácter débil, era mi primer libro y suponía que ellos tendrían más conocimientos que yo.

El misterioso caso de Styles tuvo algunas buenas críticas, pero la que más me agradó apareció en *The Pharmaceutical Journal*:

ensalzaba «esta novela policíaca por tratar las sustancias venenosas con pleno conocimiento de causa y no con los disparates a que tan acostumbrados estamos en este género. Agatha Christie —proseguía — conoce bien su trabajo».

Muchas veces quise firmar con un seudónimo —Martin West o Mostyn Grey—, pero John Lane insistió en que conservara mi propio nombre Agatha Christie. Le gustaba especialmente Agatha.

—Es un nombre poco frecuente —me decía—, que se graba en la memoria de la gente.

Así que me olvidé del nombre de Martín West y utilicé a partir de entonces el mío. Pensaba que un nombre femenino predispondría a la gente en contra de mis obras, especialmente en las novelas policíacas, y que Martin West sería más directo y viril. Sin embargo, y como ya he dicho, cuando publicas tu primer libro te sometes a todo lo que te proponen, y en este caso pienso que John Lane tenía razón.

En aquel tiempo había escrito tres libros, era feliz en mi matrimonio y mi mayor deseo era vivir en el campo. Las Addison Mansions estaban lejos del parque. Llevar el carrito de Rosalind arriba y abajo no era ninguna broma, tanto para Jessie Swannell como para mí. Teníamos además una permanente amenaza sobre nosotros: estaba previsto derribar las casas. Pertenecían a Lyons, que pensaba edificar nuevos bloques allí. Por eso los alquileres se prorrogaban trimestralmente. En cualquier momento podían avisar que el edificio Iba a ser derribado. Lo cierto es que, treinta años después, nuestro bloque de Addison Mansions seguía aún en pie; ahora ya ha desaparecido, en su lugar está Cadby Hall.

A veces Archie y yo cogíamos el tren los fines de semana y nos íbamos a East Croydon, a jugar al golf. Yo nunca había sido una buena golfista y Archie había jugado muy poco, pero acabó aficionándose. Al cabo de algún tiempo, todos los fines de semana parecía que teníamos que ir a East Croydon. No es que me importara mucho, pero echaba de menos los largos paseos y el placer de explorar lugares nuevos. Al final, este pasatiempo causaría graves diferencias o entre nosotros.

Tanto Archie como Patrick Spence —un amigo nuestro que también trabajaba en Goldstein—, se mostraban bastante pesimistas respecto a sus empleos: las perspectivas de promoción profesional

no se materializaban. Recibieron algunas ofertas de cargos directivos, pero siempre en empresas en peligro, algunas al borde de la quiebra.

—Creo que esa gente —dijo una vez Spence— son una pandilla de verdaderos estafadores. Todo muy legal, ya sabes, pero a mí no me gusta un pelo, ¿y a ti?

Archie contestó que su trabajo no le parecía muy honorable y que quería cambiar de empleo. Le gustaba la actividad empresarial de la City y tenía aptitudes para ello, pero a medida que pasaba el tiempo, confiaba menos en la firma para la que trabajaba.

Entonces sucedió algo imprevisto.

Archie tenía un amigo que había sido profesor en Clifton, un tal mayor Belcher. Era un hombre de mucho carácter, con una capacidad asombrosa para fanfarronear. Gracias a eso, según nos contaba, había conseguido que le nombraran «interventor de patatas» durante la guerra. Nunca averiguamos qué parte de verdad y qué parte de mentira tenían las historias de Belcher, pero desde luego ésta de las patatas era bastante buena, Tendría unos cuarenta y tantos años cuando estalló la guerra y, aunque le ofrecieron un trabajo en la Oficina de Guerra bastante cómodo, no se preocupó mucho de él. Una noche, mientras cenaba con un personaje muy importante, la conversación derivó hacia las patatas, que constituyeron en verdad un grave problema durante la guerra; recuerdo que desaparecieron casi inmediatamente y que nunca había en el hospital. No puedo asegurar que tal escasez se debiera enteramente a la labor interventora de Belcher, pero no me sorprendería nada.

—Aquel viejo y pomposo idiota con el que hablaba —contaba Belcher—, me decía que la situación de la patata sería grave, realmente, muy grave. Le dije que era necesario tomar medidas, que había demasiada gente ocupándose del tema. Había que nombrar a una sola persona que se ocupara de todo el asunto, alguien que se hiciera cargo del control absoluto. Se mostró de acuerdo conmigo; entonces le advertí que a esa persona había que pagarla muy bien, pues a un hombre realmente bueno que estuviera entre los mejores, no se le podía ofrecer un sueldo ridículo. Le propuse una cifra de varios miles de libras. Le pareció demasiado, pero le respondí que era la única forma de conseguir un tipo realmente valioso. Incluso

le insinué que, si me ofrecían el cargo a mí, posiblemente no lo aceptaría, ni aun con ese sueldo.

Tal insinuación era la clave de toda la operación. A los pocos días, Belcher, según sus propias palabras, tuvo que aceptar el puesto y todos esos miles de libras, para controlar el problema de las patatas.

—¿Pero qué sabía usted de patatas? —le pregunté.

—Ni una palabra —me contestó—. Pero no lo dejé traslucir. Uno puede hacer cualquier cosa, sólo necesita tener a su lado un segundo de a bordo que conozca algo del asunto, leer algo sobre el tema, documentarse, ¡y ya está!

Belcher tenía una capacidad asombrosa para impresionar a la gente. Estaba plenamente convencido de sus grandes facultades como organizador, y a veces pasaba mucho tiempo hasta que alguien se diera cuenta de los enormes estragos que causaba su labor. La verdad es que no he conocido un hombre con menos capacidad de organización. Su idea, como la de muchos políticos, era la de que primero o había que desordenar toda la industria, o la actividad que fuera y, cuando estuviera en un absoluto caos, reorganizarla, como hubiera dicho Omar Khayyam, «con el mejor deseo en el corazón». El problema era que, cuando se trataba de reorganizar, Belcher era un desastre. Pero la gente raras veces lo descubría antes de que fuera demasiado tarde.

En un determinado momento de su carrera, apareció en Nueva Zelanda, donde impresionó de tal forma a las autoridades de una escuela con sus planes de reorganización, que se apresuraron a ofrecerle el puesto de director. Un año después, más o menos, le ofrecieron una enorme suma de dinero para que abandonase su puesto, no por ningún comportamiento deshonroso, sino exclusivamente por la enorme confusión que había introducido, el odio que había despertado en los demás y su determinación de establecer lo que denominaba «una administración de miras avanzadas, moderna y progresiva». Como dije, Belcher era todo un carácter. Había momentos en que lo odiabas y otros en los que era imposible no apreciarle.

Vino una noche a cenar con nosotros, abandonado ya el cargo de las patatas, y nos explicó su próximo proyecto.

—¿Habéis oído hablar de esa Exposición del Imperio que se

celebrará dentro de dieciocho meses? Bueno, la cuestión es que quieren organizarla lo mejor posible. Hay que visitar los dominios, alertarlos, ponerlos en pie de guerra y colaborar en todo el asunto. Voy a salir en una misión la Misión del Imperio Británico alrededor del mundo, que se iniciará en enero.

Pasó después a detallarnos sus planes.

—Lo que necesito —dijo—, es alguien que venga conmigo en calidad de asesor financiero. ¿Qué tal tú, Archie? Siempre has tenido la cabeza sobre los hombros. En Clifton fuiste jefe de la escuela, tienes experiencia en los negocios. Eres justo el hombre que necesito.

—No puedo abandonar mi empleo —dijo Archie.

—¿Por qué no? Se lo explicas adecuadamente a tu jefe, le pones de relieve que volverás con más experiencia y todo eso. Seguro que te reserva el puesto a tu regreso.

Archie le dijo que dudaba mucho de que hicieran algo semejante.

—Bueno, medítalo, muchacho. Me gustaría que vinieras conmigo.

Agatha también puede venir, por supuesto. Le gusta viajar, ¿no?

—Sí —contesté, con un monosílabo demasiado modesto.

—Éste será el itinerario. Iremos primero a África del Sur. Nosotros tres y un secretario; por supuesto. Vendrán también los Hyam. No sé si conocéis a Hyam: es el rey de las patatas en East Anglia. Un hombre muy sensato y un gran amigo mío. Vendrá con su mujer y su hija, pero se quedarán en África del Sur. Hyam no seguirá adelante, pues allí le esperan numerosos negocios. Iremos después hacia Australia y de ahí a Nueva Zelanda. En Nueva Zelanda me tomaré unos días de descanso; tengo muchos amigos y me encanta el país. Tendremos, quizás, un mes de vacaciones. Vosotros podréis iros a Hawaií, a Honolulú, si os apetece.

—Honolulú —dije, suspirando. Era como esas fantasías que se tienen en sueños.

—Después iremos a Canadá y de allí regresaremos a casa. Será un viaje de unos nueve a diez meses. ¿Qué os parece?

Al final comprendimos que Belcher hablaba totalmente en serio.

Examinamos el asunto con todo cuidado. Archie, por supuesto, iba a gastos pagados, y además recibiría una gratificación de 1.000

libras. Si me unía al grupo prácticamente todos mis gastos de viaje estarían cubiertos, pues acompañaba a Archie en calidad de esposa, y todos los países me ofrecían transporte gratis en los barcos y en los ferrocarriles.

Nos pusimos a calcular frenéticamente. En conjunto parecía factible. Las 1.000 libras de Archie cubrirían mis gastos en los hoteles y nuestro mes de vacaciones en Honolulú. La cosa quedaba muy justa, pero era posible.

Archie y yo habíamos estado dos veces en el extranjero, durante un corto período de vacaciones: una vez en el sur de Francia, en los Pirineos, y otra en Suiza. A ambos nos gustaba mucho viajar; yo había tenido ya una cierta experiencia con aquel viaje de cuando tenía siete años; En cualquier caso, deseaba fervientemente recorrer el mundo, cosa que en aquellos momentos me parecía muy poco probable. Estábamos metidos en el mundo de los negocios y un hombre de negocios, por lo que sé, nunca tiene más de quince días de vacaciones y con quince días no puedes llegar muy lejos. Anhelaba conocer China, y Japón, y la India, y Hawaií, y muchos otros sitios, pero no dejaba de ser, y probablemente lo seguiría siendo siempre, una pura ilusión.

—El problema es —dijo Archie—, si el viejo «Cara Amarilla» verá con buenos ojos nuestro plan.

Le dije, llena de esperanza, que seguramente él era una persona muy valiosa para el señor Goldstein. Pero Archie opinaba que era muy fácil reemplazarle por alguien tan bueno como él: había cientos de personas de todas clases buscando trabajo.

El viejo «Cara Amarilla» no siguió el juego. Le dijo que quizá le emplearía de nuevo a su regreso —no lo aseguraba—, pero que, evidentemente, no podía reservarle el puesto. Era mucho pedir por parte de Archie. Se arriesgaba a quedarse en paro a su regreso. Así que nos pusimos a discutirlo.

—Es un riesgo —dijo Archie—, un riesgo terrible.

—Sí, es un riesgo. Sé que probablemente volveremos sin un penique encima y con unas rentas de 100 libras al año entre los dos, nada más; además, será difícil encontrar empleo, incluso más que ahora. Pero, bueno… el que no se arriesga no cruza la mar, ¿no crees?

—Eres tú quien tiene que decidir —dijo Archie—. ¿Qué haremos

con Teddy? —ése era el nombre que entonces le dábamos a Rosalind.

—Punkie (mi hermana Madge) se quedará con ella. O mi madre. Cualquiera de las dos estaría encantada. Además la niñera se queda. Sí, sí, por ese lado todo irá bien. Es la mejor oportunidad que tendremos nunca —le dije, ilusionada.

Reflexionamos largo rato.

—Claro que puedes irte solo —le dije, tratando de ser generosa.

Nos miramos intensamente.

—No —exclamó—. Si lo hago, no disfrutaría nada del viaje. No, vienes conmigo o nos quedamos; pero eres tú quien tiene que decidir, pues, en realidad, eres quien más arriesga de los dos.

Lo pensamos de nuevo detenidamente, y yo adopté el punto de vista de Archie.

—Creo que tienes razón —le dije—. Es nuestra oportunidad. Si no lo hacemos, después nos lo reprocharemos siempre. Si no corremos el riesgo cuando se presenta la oportunidad, la vida no vale la pena.

Nunca habíamos sido prudentes. Insistimos en casarnos a pesar de la oposición encontrada, y ahora estábamos decididos a ver el mundo y a correr el riesgo de lo que nos esperaba a la vuelta.

Con la casa no tuvimos dificultades. Alquilaríamos bien el piso de Addison Mansions y con ello pagaríamos a Jessie. Mi madre y mi hermana estarían encantadas de tener a Rosalind y a la niñera. La única oposición que encontramos se produjo en el último momento cuando supimos que Monty llegaba de permiso desde África. Mi hermana se puso furiosa de que yo no estuviera en Inglaterra durante su visita.

—Tu único hermano, que regresa herido de la guerra después de tantos años fuera, y tú te vas a dar la vuelta al mundo. Creo que es vergonzoso. Deberías dar preferencia a tu hermano.

—Pues yo no lo creo así —le repliqué—. Archie está en primer lugar. Se va de viaje y me voy con él. Las esposas deben ir con sus maridos.

—Monty es tu único hermano y ésta es la única oportunidad que tienes de verle, quizá durante muchos años.

Al final casi me saca de mis casillas, pero mi madre se puso totalmente a mi favor.

—El deber de una esposa es estar con su marido —dijo—. El marido debe estar en primer lugar, incluso por delante de los hijos, y un hermano queda mucho más atrás. Recuerda una cosa: si no estás con tu marido, si lo dejas demasiado tiempo solo, lo perderás. Y eso es especialmente cierto para un hombre como Archie.

—Estoy segura de que no es así —le dije, indignada—. Archie es la persona más leal del mundo.

—Nunca puedes asegurar eso de ningún hombre —dijo mi madre, hablando con un genuino espíritu victoriano—. Una esposa debe estar con su marido, y si no es así, entonces él piensa que tiene derecho a olvidarse de ella.

PARTE VI. ALREDEDOR DEL MUNDO

I

Dar la vuelta al mundo ha sido una de las cosas más emocionantes que me han sucedido. Tan es así que ni siquiera creía que fuera cierto. Me repetía continuamente: «Voy a dar la vuelta al mundo». El punto álgido del viaje era, por supuesto, las vacaciones en Honolulú. Ir a una isla de los Mares del Sur sobrepasaba todo lo imaginable. Ahora resulta difícil comprender esa sensación. Los cruceros y los viajes al extranjero son; hoy día, algo rutinario. Se organizan a precios increíblemente baratos y casi todo el mundo puede realizarlos.

Cuando Archie y yo fuimos a pasar unos días a los Pirineos, hicimos el viaje en segunda clase, sentados toda la noche (la tercera clase en ferrocarriles extranjeros era, más o menos, como un pasaje de cubierta en un barco. Incluso en Inglaterra las damas que viajaban solas nunca hubieran ido en tercera. Según la abuelita, lo menos que te podías encontrar si lo hacías eran piojos, chinches y hombres borrachos. Hasta las doncellas de las señoras viajaban siempre en segunda). Nos recorrimos gran parte de los Pirineos, alojándonos siempre en hoteles baratos. A la vuelta, dudábamos mucho que al año siguiente pudiéramos permitirnos algo semejante.

En cambio, ahora, teníamos a la vista un verdadero viaje de lujo. Belcher, naturalmente, había dispuesto las cosas con la máxima suntuosidad. Nada, salvo lo mejor, era suficientemente bueno para la Misión de la Exposición del Imperio Británico. Éramos lo que hoy día se llama V.I.P.S. («personas muy importantes»).

Bates, el secretario de Belcher, era un joven serio y crédulo. Excelente secretario, eso sí, pero parecía un villano de melodrama, con su cabello negro, ojos brillantes y un aspecto bastante siniestro.

—Es como un verdadero malhechor, ¿verdad? —dijo Belcher—.

Parece que te va a cortar el pescuezo en cualquier momento. Y, sin embargo, es la persona más respetable con la que te hayas cruzado nunca.

Antes de llegar a Ciudad del Cabo nos preguntábamos cómo era posible que Bates aguantara a Belcher. Se le veía constantemente intimidado, trabajaba a cualquier hora del día o de la noche; tenía que revelar las fotografías, tomar dictados, escribir y reescribir las cartas que Belcher modificaba continuamente. Tendría un buen sueldo, estoy segura, pues ninguna otra cosa le hubiera compensado, sobre todo no gustándole viajar. Se ponía muy nervioso en el extranjero y tenía un temor obsesivo por las serpientes, que, según él, nos encontraríamos en grandes cantidades en cualquier país al que fuéramos. Seguro que esperaban especialmente para atacarle.

Aunque zarpamos todos con el ánimo jubiloso y el mayor de los entusiasmos, la diversión se me terminó casi inmediatamente. Hacía un tiempo terrible. A bordo del Kildonan Castle todo parecía perfecto, hasta que el mar empezó a hacer de las suyas. El golfo de Vizcaya estaba peor que nunca. Permanecía encerrada en mi camarote con unos mareos atroces. Durante cuatro días estuve postrada, incapaz de asimilar ningún alimento. Al final, Archie llamó al médico para que me echara un vistazo. No creo que el doctor se hubiera tomado nunca en serio los mareos. Me dio algo que «me calmaría por dentro», pero que no m arregló nada. Continué gimiendo y creyendo morir, y creo que mi aspecto era verdaderamente el de una muerta, pues una mujer de un camarote vecino que había echado una ojeada dentro del mío le preguntó a la azafata, con gran interés, si era verdad que ya me había muerto.

Una noche hablé seriamente con Archie:

—Cuando lleguemos a Madeira —le dije—, si todavía vivo abandonaré este barco.

—Oh, espero que pronto te sentirás mejor.

—No, nunca me sentiré mejor. Tengo que salir de aquí y pisar tierra firme.

—Pero después tendrás que volver a Inglaterra —me señaló— si es que te bajas en Madeira.

No iré a Inglaterra —le dije—. Me quedaré allí. Ya conseguiré algún trabajo.

—¿Qué trabajo? Preguntó Archie, con aire de incredulidad.

Ciertamente, en aquel tiempo el trabajo para las mujeres era muy escaso. Todas eran hijas o esposas que mantener o viudas que vivían de lo que sus maridos habían dejado o de lo que sus parientes les proporcionaban. Acompañaban a señoras ancianas o se convertían en niñeras y nodrizas. Pero yo tenía una respuesta a tal objeción.

—Seré camarera —le dije. Creo que me gustaría serlo.

Siempre se necesitaban camareras, sobre todo de buena estatura. Una camarera alta no tendría dificultades para encontrar empleo —lean si no el delicioso libro de Margery Sharp, *Cluny Brown*—, y yo estaba segura de que reunía las condiciones necesarias. Sabía cuáles eran los vasos de vino que había que poner en la mesa. Abriría y cerraría la puerta principal. Limpiaría los servicios de plata —en casa siempre lo hacíamos nosotros— y atendería la mesa razonablemente bien.

—Sí —dije, con desmayo— puedo ser una buena camarera.

—Bueno, ya veremos —dijo Archie— cuando lleguemos a Madeira.

Sin embargo, cuando atracamos en el puerto me encontraba tan débil que ni siquiera podía levantarme de la cama. En realidad, pensaba que la única solución factible era quedarme en el barco y esperar mi muerte al cabo de uno o dos días. Pero a las cinco o seis horas de estar en el puerto, me sentí repentinamente muchísimo mejor. La mañana siguiente fue brillante y soleada y el mar estaba en calma. Me preguntaba por qué había hecho tanta tragedia de un simple mareo, ahora que me encontraba ya perfectamente.

En ningún otro caso existe una separación tan grande como entre una persona que está mareada y otra que no lo está. El que se encuentra bien nunca llega a comprender el estado del otro y al contrario. Jamás me acostumbré al balanceo del barco. Todo el mundo me había asegurado que, pasados los primeros días, me encontraría perfectamente. No era verdad. Cada vez que el mar estaba fuerte, me encontraba mal, sobre todo cuando el barco cabeceaba; Por suerte, la mayor parte de la travesía se efectuó con buen tiempo y mis mareos desaparecieron.

Mis recuerdos de Ciudad del Cabo son más claros que los de otros lugares; supongo que se debe a que fue el primer puerto de

verdad al que llegamos y todo era nuevo y extraño. Los cafres, el monte Mesa con su extraña forma achatada, la salida del sol; los melocotones, los baños de mar, todo era maravilloso. Nos alojamos en uno de los mejores hoteles y Belcher se quejó desde el primer momento. Estaba furioso con la fruta que nos servían para desayunar, que con frecuencia estaba verde.

¿Cómo le llaman ustedes a eso? —vociferaba Belcher—, ¿melocotones? Pues tírelos al suelo y rebotarán como una pelota, sin el menor daño.

Siguiendo al pie de la letra lo que decía, Belcher tiró cinco melocotones al suelo.

—¿Ven? —dijo—. No se han reventado. Si estuvieran maduros no hubiera ocurrido lo mismo.

Entonces intuí que viajar con Belcher no sería tan agradable como nos había parecido en el transcurso de la cena en la que todo quedó decidido.

Éste no es un libro de viajes, sino un bucear en los recuerdos que permanecen vivos en mi cabeza; momentos que se me han quedado grabados, lugares e incidencias que me han maravillado. África del Sur significa mucho para mí. En Ciudad del Cabo el grupo se dividió. Archie, la señora Hyam y Sylvia se dirigieron a Port Elizabeth, para reunirse después con nosotros en Rhodesia. Belcher, el señor Hyam y yo nos fuimos hacia las minas de diamantes de Kimberley a través de Bechuanalandia, para encontrarnos con los otros en Salisbury. Mi memoria me trae recuerdos de días calurosos y polvorientos en el tren, camino de Karroo, continuamente sedienta y bebiendo sin parar limonadas heladas. Me acuerdo también de una larga línea recta de ferrocarril en Bechuanalandia. Veo vagamente a Belcher intimidando a Bates y discutiendo con Hyam. Recuerdo con emoción los Matopos, con sus enormes cantos rodados apilados, como si un gigante los hubiera colocado allí.

En Salisbury pasamos unos días muy agradables, rodeados de ingleses encantadores. De allí nos fuimos Archie y yo en una rápida excursión a las cataratas Victoria. Me alegro de no haber vuelto, así mi primer recuerdo permanece inalterable. Arboles enormes, una suave lluvia en polvo, arcos iris llenos de colorido y nuestros paseos por la selva, rodeados de una llovizna que, de cuando en cuando, se despejaba, dejándonos ver en toda su gloria las enormes cataratas.

Sí, las considero como una de mis siete maravillas del mundo.

Fuimos a Livingstone y vimos los cocodrilos y los hipopótamos nadando en el río. De ese viaje volví con algunos animales de madera tallada que vendían los niños negros en las estaciones, a tres o seis peniques cada uno. Eran deliciosos. Todavía conservo algunos: elefantes, jirafas, hipopótamos, cebras, muy sencillos y bastos, pero con mucha gracia y encanto.

Fuimos después a Johannesburgo, ciudad de la que no guardo ningún recuerdo; a Pretoria, de la que recuerdo la piedra dorada de los Union Buildings; después a Durban, que me desilusionó, porque teníamos que bañarnos en una zona cercada, fuera del mar abierto. Lo que más disfruté, en la provincia de El Cabo, fueron los baños de mar. Siempre que teníamos algún tiempo libre o, más bien, cuando Archie podía, cogíamos el tren y nos íbamos a Muizenberg, agarrábamos las tablas de surf y nos lanzábamos sobre las olas. Las tablas de surf en África del Sur estaban hechas de madera muy ligera y fina, fáciles de manejar, y en seguida se aprendía la técnica de deslizarse sobre las olas. A veces te hacías daño, si te caías de narices sobre la arena, pero en general era un deporte muy divertido. Nos quedábamos a comer en la playa, entre las dunas. Recuerdo las hermosas flores, especialmente en la mansión o palacio del obispo, donde creo que asistimos a una recepción. Había un jardín todo rojo y otro jardín azul con grandes flores azules. Este último era encantador, con su fondo de dentelarias.

La cuestión económica en África del Sur nos resultó bastante bien, lo que nos animó bastante. Éramos invitados del gobierno en la mayoría de los hoteles y los viajes en ferrocarril nos resultaban gratis, así que sólo nos gastamos el importe de la excursión a las cataratas Victoria.

De África del Sur zarpamos hacia Australia. Fue un viaje largo y más bien gris. Para mí era un misterio porque, según explicaba el capitán, el camino más corto hacia Australia era descender hacia el polo y luego subir otra vez. Nos hizo unos gráficos con los que al final me convenció; aunque es un hecho que la Tierra es redonda y tiene unos polos achatados, resulta difícil tenerlo presente y apreciarlo en la vida real. No tuvimos mucho sol, pero fue un viaje tranquilo y bastante agradable.

Siempre me ha resultado extraño que nunca te describan los

países de forma que puedas reconocerlos cuando llegas a ellos. Mi idea de Australia incluía canguros en grandes cantidades y enormes zonas de desierto desolado. Lo que más me asombró, cuando llegamos a Melbourne, fue el extraordinario aspecto de los árboles y la singularidad que proporcionan al paisaje los havas de caucho australianos. La primera cosa que observo al llegar a un sitio son los árboles y la forma de las colinas. Estaba acostumbrada a los de Inglaterra, con sus troncos oscuros y ramas ligeras llenas de follaje; en Australia era al contrario y me produjeron un efecto asombroso. Los troncos eran de un blanco plateado, y las hojas muy oscuras; daba la impresión de que estabas mirando el negativo de una fotografía. No coincidía en absoluto con la idea que tenía del paisaje. La otra cosa asombrosa eran los guacamayos: azules, rojos y verdes, volando por los aires con enorme escándalo. Sus colores eran maravillosos, eran como joyas voladoras.

Estuvimos en Melbourne un corto período y desde allí hicimos varias excursiones. Recuerdo especialmente una de ellas, por los gigantescos helechos que encontramos. No me esperaba encontrar este tipo de jungla tropical en Australia. Era maravilloso y muy emocionante. La comida, en cambio, era pésima. Salvo en el hotel de Melbourne, donde se cocinaba bien, la carne y los pavos que tomábamos estaban siempre durísimos. Además, los servicios sanitarios resultaban ligeramente embarazosos para una persona educada al estilo victoriano. El de las mujeres consistía en un cuarto en el que había dos tazas aisladas en medio del suelo, listas para su uso inmediato. Resultaba bastante difícil y no había ninguna intimidad.

En dos ocasiones, cometí un error de protocolo a la hora de sentarnos a la mesa, una vez en Australia y otra en Nueva Zelanda. Por lo general, en los distintos lugares que visitábamos, salía a recibirnos el alcalde o la Cámara de Comercio; pues bien, la primera vez que sucedió fui, con toda mi inocencia, a sentarme al lado del alcalde. Inmediatamente, una vieja dama de agrio aspecto me advirtió: «Creo, señora Christie, que preferirá usted sentarse al lado de su marido». Llena de vergüenza, corrí al lado de Archie. La disposición apropiada en tales banquetes era que cada esposa se sentara junto a su marido. Lo olvidé de nuevo en Nueva Zelanda, pero a partir de entonces no me volvió a suceder.

Pasamos unos días en Nueva Gales del Sur, en una finca denominada, creo, Yanga, en la que había un gran lago con cisnes negros. El lugar era muy hermoso. Allí, mientras Belcher y Archie se pasaban el día hablando del Imperio Británico, de la emigración, de la importancia del comercio entre los países que formaban dicho Imperio y todas esas cosas, yo me dedicaba a disfrutar de los naranjos. Tenía una magnífica mecedora, el sol era delicioso y creo que me comí veintitrés naranjas, escogiéndolas cuidadosamente de entre los árboles que me rodeaban. Las naranjas maduras, arrancadas directamente del árbol, son lo más delicioso que pueda imaginarse. Descubrí bastantes cosas respecto a las frutas. Las piñas, por ejemplo. Siempre había pensado que colgaban graciosamente de un árbol, pero me quedé completamente asombrada al descubrir que un enorme campo, que a mí me parecía lleno de coles, era en realidad una huerta de piñas. Fue una auténtica desilusión. Era una forma demasiado prosaica de crecer para una fruta tan suculenta.

Aunque buena parte del viaje la realizábamos en tren, también viajábamos mucho en coche. Resultaba aterrador viajar a través de aquellas enormes superficies de pastos completamente llanos, sin nada que interrumpiera el horizonte, salvo algún molino aislado. Era muy fácil perderse en aquellos lugares: el sol estaba tan alto que no había forma de saber dónde estaba el norte, el sur, el este y el oeste. No había mojones para orientarse. Nunca había imaginado un desierto de verdes prados; pero estoy segura de que en cualquier país desértico hay más accidentes del terreno y mojones que en las enormes superficies de hierba de Australia.

Llegamos a Sydney, donde pasamos unos días muy alegres, pero, después de haber oído que Sydney y Río de Janeiro tenían las bahías más hermosas del mundo, me decepcionó. Quizás esperaba demasiado. Menos mal que nunca he estado en Río, así puedo conservar una imagen fantástica de esa ciudad legendaria.

Fue allí donde, por primera vez, entramos en contacto con la familia Bell. Siempre que pienso en Australia, me acuerdo de los Bell. Una mujer joven, un poco mayor que yo, se me acercó una noche en el hotel de Sydney, se presentó a sí misma como una Bell y me dijo que, a finales de la semana siguiente, estábamos invitados a su granja en Queensland. Como Archie y Belcher tenían que hacer una serie de recorridos bastante aburridos por varias ciudades,

quedamos en que la acompañaría a la granja; en Couchin Couchin, y en que esperaríamos allí su llegada.

Recuerdo que el viaje fue larguísimo —bastantes horas—, y que estaba muerta de cansancio. Al final fuimos en coche y por fin llegamos a Couchin Couchin, cerca de Boona, en Queensland. Estaba todavía medio dormida, cuando repentinamente entré en un ambiente de exuberante vitalidad. Las habitaciones, todas iluminadas, estaban llenas de hermosas chicas sentadas, que te presentaban bebidas —chocolate, café, cualquier cosa—, hablando todas a la vez y riendo continuamente. Tenía la sensación de que veía, no doble, sino cuádruple a la vez. Me pareció que la familia Bell se componía, al menos, de veintiséis personas. Al día siguiente reduje los miembros a cuatro chicas y cuatro chicos. Las chicas se parecían todas ligeramente, salvo una, que era morena; las demás eran rubias, bastante altas y de rostros alargados, todas de graciosos movimientos, magníficas caballistas y con una enorme vivacidad.

Fue una semana sensacional. La energía de aquellas muchachas era tal, que me costaba bastante seguir su ritmo; los cuatro hermanos me dejaron también una magnífica impresión: Víctor, muy alegre y muy galante; Bert, espléndido jinete y de gran personalidad; Frick, tranquilo y muy amante de la música. Creo que mi preferido era Frick. Años más tarde, su hijo Guilford vendría con Max y conmigo en nuestras expediciones arqueológicas a Irak y Siria, y aún le considero casi como a un hijo.

La figura dominante era la madre, la señora Bell, viuda desde hacía bastantes años. Se parecía algo a la reina Victoria: de baja estatura, cabellos grises, tranquila pero de maneras autoritarias, dirigía la casa con un poder absolutamente autocrático, y se la trataba siempre como si perteneciera a la realeza.

Entre los diversos criados, mozos agrícolas, ayudantes, etc., la mayoría mestizos, había uno o dos aborígenes de pura raza.

Aileen Bell, la más joven de las hermanas Bell, me dijo casi nada más llegar:

—Tienes que ver a Susan. Le pregunté quién era Susan.

—Oh, uno de los negros. —Siempre se referían ellos como los negros—. Uno de los negros, pero uno verdadero, de pura raza, y hace maravillosas imitaciones.

Así que se nos presentó una vieja y arrugada aborigen, llena de

dignidad y autoridad. Entre los suyos era una reina, como la señora Bell lo era en su círculo. Hizo diversas imitaciones de las chicas y de algunos de los hermanos y también de los caballos y de los niños; su mímica era completamente natural y se veía que disfrutaba mucho haciendo su exhibición.

—Y ahora, Susan —dijo Aileen—, imita a mi madre yendo a echar un vistazo a las gallinas.

Pero Susan negó con la cabeza.

—Nunca quiere imitar a mi madre. Dice que no sería respetuoso y que sería incapaz de hacer una cosa así.

Aileen tenía varios canguros domesticados y algunos wallabies, así como bastantes perros, y naturalmente caballos. Toda la familia Bell insistió en que montara alguno, pero no me creía con fuerzas, pues sólo muy rara vez lo había hecho en alguna cacería en Devon cuando era niña. Además, siempre me había disgustado montar caballos ajenos, por si acaso los desgraciaba. No insistieron más y recorrimos todos los lugares en coche. Es una experiencia emocionante verse rodeada de ganado por todos lados y observar los diversos aspectos de la vida en una granja. La familia Bell poseía muchos territorios en Queensland y, si hubiéramos tenido tiempo, Aileen me dijo que me hubiera llevado a ver la granja del Norte, que era mucho más salvaje y primitiva. Las cuatro hermanas estaban siempre de parloteo. Adoraban a sus hermanos y los idealizaban de una forma harto peculiar para mí. Iban siempre de un lado para otro: a otras granjas, a ver a sus amigos, a Sydney a ver las carreras de caballos; y flirteaban con varios jóvenes de los alrededores.

Por entonces llegaron Archie y Belcher bastante fatigados de sus esfuerzos comerciales. Pasamos un fin de semana muy alegre y despreocupado, divirtiéndonos con cosas poco frecuentes, como una excursión en un tren diminuto, cuya locomotora conduje durante algunas millas. Fuimos a una reunión de los parlamentarios del Partido Laborista australiano, donde se celebró un banquete en el que la bebida corrió generosamente; a la vuelta pasamos momentos muy peligrosos en el pequeño tren, pues lo condujimos a velocidades casi suicidas.

Nos despedimos de nuestros amigos con tristeza, o de la mayor parte de ellos, pues unos cuantos nos acompañaron hasta Sydney.

Durante el viaje nos recreamos viendo las montañas Azules, que producían un efecto en el paisaje como nunca había visto antes. En la distancia, parecían realmente azules, de un azul cobalto, no ese gris azulado que suelen tener los montes en la lejanía. Daba la sensación de que las había colocado allí un pintor de exagerada paleta.

Australia nos agotó bastante a todos. Casi todos los días los habíamos dedicado a conferencias, cenas, comidas, recepciones, largos viajes entre distintos lugares. Por aquel entonces ya me conocía de memoria las conferencias de Belcher. Era bastante bueno hablando; se expresaba con tal espontaneidad y entusiasmo que parecía improvisar en cada momento. Archie constituía un magnífico contraste frente a la personalidad de Belcher, con su aire de prudencia y sagacidad financiera. En los inicios de la gira, creo que en África del Sur, los periódicos locales se refirieron a Archie como el gobernador del Banco de Inglaterra. Ningún mentís a tal cargo apareció posteriormente, así que, en lo que a la prensa respecta, se le siguió considerando como tal.

Desde Australia nos dirigimos a Tasmania, zarpando de Launceston hacia Hobart. Hobart es un lugar increíblemente hermoso, con su profundo mar azul, su encantador puerto y sus flores, árboles y arbustos. Decidí que algún día regresaría para vivir allí.

Desde Hobatt nos dirigimos a Nueva Zelanda. Recuerdo perfectamente esa parte del viaje, pues caímos en manos de un individuo al que dimos el nombre de «El Deshidratador». En aquellos tiempos, la idea de deshidratar los alimentos estaba en su apogeo. Este hombre no podía ver ningún producto alimenticio sin pensar en seguida en la forma de deshidratarlo. Cada vez que nos sentábamos a la mesa, nos llegaban de la suya bandejas repletas de alimentos deshidratados para que los probásemos; ninguno, sin excepción, sabía a nada.

—Si pretenden que me coma algún alimento deshidratado más —dijo Belcher—, me volveré loco.

Pero como «El Deshidratador» era rico y poderoso, y quizá sería de gran provecho para la Exposición, Belcher reprimió sus sentimientos y continuó soportando las patatas y zanahorias deshidratadas.

Por aquel entonces habían desaparecido ya los iniciales atractivos de viajar juntos. Belcher ya no era el amigo afectuoso que parecía en los primeros momentos. Era un hombre grosero, desconsiderado, dominante e intimidador y muy avaro en pequeñeces. Por ejemplo, siempre me enviaba a comprarle calcetines de algodón y otros artículos de ropa interior, pero, ni por casualidad, me devolvió alguna vez el importe de la compra.

Si había algo que le ponía de mal humor, resultaba tan imposible de tratar que no había más remedio que corresponderle con un odio virulento. Se comportaba igual que un niño mal educado y perverso. Pero cuando recuperaba su ánimo, te desarmaba con un encanto y una afabilidad que te hacía olvidar la rabia anterior y te reconciliabas de nuevo con él. Sabíamos siempre cuándo iba a ponerse de mal humor, pues empezaba a sudar lentamente y se le ponía la cara roja como la cresta de un pavo. Entonces, a los pocos minutos explotaba e insultaba al primero que encontrase. Cuando estaba de buen humor nos contaba divertidas historias, de las que poseía una gran colección.

Pienso aún que Nueva Zelanda es el país más hermoso que he visto nunca. Su paisaje es extraordinario. Llegamos a Wellington en un día perfecto, algo que, según me informaron los nativos, ocurría pocas veces. Fuimos a Nelson y después a la Isla Sur a través de la garganta Buller y la Kawaru. Por todos lados la belleza, de la campiña era asombrosa. Me prometí entonces que algún día regresaría en la primavera —en su primavera, no en la nuestra—, para ver las *rata* en flor: todo dorado y rojo. Nunca lo he hecho; se encuentra demasiado lejos. Ahora, con el auge de la aviación comercial, es un viaje de sólo dos o tres días, pero mi época viajera se ha terminado ya.

Con mi marido Archie, después de su investidura en 1919.

La Misión comercial bañándose en Banff: Bates, Belcher, Archie y yo.

Archie y yo con nuestras tablas de surf en Honolulú.

Belcher estaba encantado de regresar a Nueva Zelanda. Tenía muchos amigos allí y disfrutaba como un colegial. Cuando Archie y yo zarpamos para Honolulú, nos dio su bendición y deseó que nos lo pasáramos muy bien. Era un alivio desembarazarse de aquel compañero malhumorado y dominante. Hicimos un viaje bastante lento, parándonos en Fidji y en otras islas, hasta llegar finalmente a Honolulú. Era un lugar bastante más sofisticado de lo que esperaba, lleno de hoteles, carreteras y automóviles. Llegamos por la mañana temprano, nos dirigimos a nuestra habitación del hotel e, inmediatamente, al ver por la ventana a la gente haciendo surf en la playa, bajamos, alquilamos unas tablas y nos zambullimos en el mar. Fuimos demasiado ingenuos. Era un mal día para hacer surf, uno de ésos en los que sólo los expertos se atreven a hacerlo, pero nosotros, que ya habíamos practicado en África del Sur, creíamos saberlo todo. En Honolulú era todo muy diferente. La tabla, por ejemplo, era una gran plancha de madera, demasiado pesada para hacerla girar. Te tumbabas encima y, poco a poco, remabas hacia el arrecife, que estaba, al menos eso me parecía, a una milla de distancia. Entonces, cuando por fin habías llegado, tenías que ponerte en posición y esperar a que viniera la ola apropiada para deslizarte sobre ella hasta la playa. No es tan fácil como parece. Primero, hay que reconocer cual es la ola apropiada, y segundo, más importante aún, hay que saber cuál es la ola mala, porque si te coge, te hunde inmediatamente hasta el fondo.

Yo no era tan buena nadadora como Archie, así que me costó bastante más llegar hasta el arrecife. Lo había perdido de vista, pero suponía que estaría ya deslizándose hacia la playa sin mayores problemas. Así que preparé mi tabla y esperé a que llegara la ola. Llegó, y era la mala. Antes de que pudiera reaccionar, la tabla y yo íbamos cada uno por un lado. La ola había estallado y me había

sumergido inmediatamente. Cuando salí otra vez a la superficie, después de haberme tragado medio mar, vi que la tabla estaba lejísimos, flotando en dirección a la playa. Me puse a nadar, con grandes dificultades, en su busca. La recuperó un joven americano, que me saludó con las siguientes palabras: «Mira, hermana, si fuera tú, no haría surf hoy. Lo pasarás bastante mal. Lo mejor que puedes hacer es coger la tabla e irte a la playa a descansar». Así lo hice.

Al poco tiempo, Archie se unió a mí. Le había ocurrido lo mismo, pero como era buen nadador, había recuperado la tabla fácilmente. Lo intentó un par de veces más y, al fin, consiguió deslizarse más o menos bien. Por entonces estábamos completamente magullados, llenos de rasguños y exhaustos. Devolvimos las tablas, atravesamos la playa, subimos a nuestras habitaciones y caímos rendidos sobre la cama. Dormimos unas cuatro horas y al despertarnos estábamos tan rendidos como antes. Le dije a Archie:

—Creí que el surf proporcionaba un gran placer. —Después, suspirando, agregué—: Ojalá estuviera otra vez en Muizenberg.

La segunda vez que me metí en el agua, sucedió una catástrofe. Mi bonito traje de baño de seda que me cubría de los hombros a los muslos, se desgarró con la fuerza de las olas. Casi desnuda, me dirigí apresuradamente a coger el albornoz. Después fui a la tienda del hotel donde escogí un magnífico y reducido traje de baño de lana verde esmeralda, que, en mi opinión, me sentaba a las mil maravillas. Archie pensaba lo mismo.

Pasamos cuatro días fastuosos en el hotel, pero después tuvimos que buscar otro más barato. Al final, alquilamos un pequeño chalet al otro lado de la carretera. Costaba la mitad aproximadamente. Todo el tiempo lo pasábamos en la playa haciendo surf, y poco a poco me hice una experta, al menos desde el punto de vista europeo. Teníamos los pies destrozados por el coral del arrecife, hasta que nos compramos unas ligeras botas de cuero que se ataban a las pantorrillas.

No disfrutamos mucho los cuatro o cinco primeros días de surf —era demasiado doloroso—, pero de cuando en cuando surgían momentos de profunda alegría. Pronto aprendimos a utilizar el camino más fácil. Al menos yo, pues Archie lo hacía todo por su propio es fuerzo. La mayoría de la gente tenía a un niño hawaiano a

su lado que llevaba la tabla hasta el arrecife, y luego allí la sostenía y te avisaba cuando llegaba la ola adecuada. Cuando te decía «ahora», te lanzabas sobre la tabla y entonces se producía el milagro. Era maravilloso. No creo que haya nada comparable: deslizarse sobre las aguas a una velocidad que te parece de doscientas millas por hora, manteniéndote en equilibrio inestable sobre la ola, hasta llegar suavemente a la playa y encallar en la arena. Es uno de los placeres físicos más perfectos que haya experimentado nunca.

Al cabo de diez días mostraba ya cierta osadía. Al empezar la carrera, trataba de primero de colocarme cautelosamente sobre las rodillas y después intentaba ponerme en pie. Las seis primeras veces fracasé, pero sin consecuencias dolorosas: simplemente, pierdes el equilibrio y te caes. Claro que, como pierdas la tabla, tienes que ponerte a nadar para recuperarla, pero con un poco de suerte, el niño hawaiano te ha seguido y se encarga de recogerla. Entonces empiezas otra vez. Aún recuerdo la maravillosa sensación que sentí cuando, por primera vez, llegué hasta la playa a lomos de una ola.

Fuimos también unos pardillos en otra cuestión, lo que nos acarreó desagradables consecuencias. Habíamos subestimado completamente la fuerza de los rayos del sol. Como estábamos mojados y frescos en el agua, no nos dimos cuenta del efecto que produciría en nuestra piel. Normalmente, la gente va a hacer surf a primeras horas de la mañana o últimas de la tarde, pero nosotros nos quedábamos en la playa a mediodía, confiados y alegres. Los resultados se notaron en seguida. Dolores terribles con la espalda y los hombros hirviendo toda la noche, y finalmente la piel que se caía a grandes tiras, dejando al descubierto zonas rojas casi en carne viva. Me daba vergüenza bajar a cenar con un vestido de noche. Tenía que cubrirme los hombros con un chal muy ligero. Al bajar a la playa, Archie se ponía la chaqueta del pijama y yo una camisa blanca para proteger los hombros y brazos. Nos quedábamos sentados al sol así, y sólo nos lo quitábamos cuando entrábamos en el agua. Pero el daño ya estaba hecho y mis hombros tardaron bastante en recuperarse. Resulta humillante pasarte una mano por la espalda y sacar una enorme tira de piel muerta.

Nuestro pequeño chalet estaba rodeado de bananos; los plátanos, como antes las piñas, fueron una ligera desilusión para mí.

Había imaginado que se podrían comer directamente del árbol, con sólo extender la mano. Pero no sucedía así. Son una gran fuente de riqueza y siempre los cortan cuando están completamente verdes. A pesar de todo, y aunque no me los podía comer de los árboles, disfrutaba de una enorme variedad de ellos. Recuerdo a mi niñera, cuando yo tenía tres años, que me explicaba las distintas variedades existentes en la India; unos grandes y verdes que no se podían comer, y otros amarillos y pequeños que eran deliciosos. Honolulú ofrecía al menos diez clases distintas. Los había rojos, grandes, pequeños, llamados mantecados, que eran blancos y pastosos por dentro, para cocinar, y muchos otros. Los plátanos manzanas eran otra variedad, creo. Se podía escoger muy bien lo que se comería.

Los propios hawaianos me desilusionaron también. Los imaginaba como criaturas de una exquisita belleza. Para empezar, no me gustó el penetrante olor a aceite de coco que todas las chicas tenían, y la mayoría no eran nada hermosas. Las copiosas comidas de carne estofada tampoco tenían nada que ver con lo que una había imaginado. Había pensado siempre que los polinesios se alimentaban sobre todo de frutas; su pasión por la carne estofada me sorprendió mucho.

Nuestras vacaciones se estaban terminando, y nos fuimos haciendo a la idea de que había que empezar de nuevo con las actividades de la Misión. Nos preocupaba también nuestra situación económica. Honolulú resultaba un lugar carísimo. Cualquier cosa costaba tres veces más de lo que habías calculado. El alquiler de la tabla de surf, el niño hawaiano; todo costaba dinero, Hasta ahora nos habíamos arreglado bastante bien, pero empezaba a apoderarse de nosotros una cierta ansiedad ante el futuro. Teníamos aún que llegar a Canadá y las mil libras de Archie desaparecían a toda velocidad. Nuestros pasajes de barco estaban ya pagados, así que por ese lado no teníamos nada que temer. Yo llegaría hasta Canadá y de allí hasta Inglaterra. Pero faltaban los gastos de estancia durante la gira por Canadá. ¿Cómo me las arreglaría? No obstante, procuramos olvidar las preocupaciones y continuamos haciendo surf desesperadamente hasta que pudiéramos. Demasiado desesperadamente, como luego veríamos.

Hacía ya algún tiempo que notaba un dolor en el cuello y hombro, y me despertaba todas las mañanas a las cinco con un

dolor casi insoportable en el brazo y hombro derechos. Tenía una neuritis, aunque todavía no lo sabía. Si lo hubiera sabido, no habría utilizado más ese brazo y habría abandonado el surf, pero nunca pensé que fuera eso. Sólo nos quedaban tres días y no desperdiciaría un solo momento. Seguía practicando el surf incansablemente. Por la noche ya no podía dormir, a causa del dolor. Pero pensaba con gran optimismo que desaparecería cuando dejáramos Honolulú. Estaba completamente equivocada. Sufriría una fuerte neuritis, casi insoportable, durante todo el mes siguiente.

Belcher no estuvo nada amable cuando nos reunimos de nuevo. Parecía echarnos en cara las vacaciones. Ya era hora de que trabajáramos algo, dijo.

—Todo ese tiempo haciendo el vago, sin dar golpe. ¡Qué barbaridad! Resulta extraordinaria la forma en que se ha organizado esto, pagando a la gente por no hacer nada.

Belcher parecía ignorar que él también se había estado divirtiendo en Nueva Zelanda con sus amigos, a quienes lamentaba dejar.

Como tenía dolores continuos, fui a ver a un médico. No me ayudó mucho. Me dio una especie de pomada de feroces efectos, para que me la aplicara en el codo cuando el dolor fuera muy fuerte. Probablemente tenía algo de guindilla o pimentón, pues casi me hizo un agujero en la piel y no me solucionó nada. Estaba completamente desesperada. El dolor constante deprime mucho. Empezaba a primeras horas de la mañana; entonces me levantaba y paseaba un poco, para distraerme y hacerla más soportable. Desaparecía durante una hora o dos, y luego regresaba con redoblada fuerza.

Con el dolor me olvidé momentáneamente de nuestras preocupaciones económicas. Estábamos ya bastante mal. A Archie no le quedaba casi nada de sus mil libras y aún nos faltaban tres semanas. Decidimos que lo único viable era que yo no fuera con ellos a Labrador y Nueva Escocia, y que me marchaba a Nueva York en cuanto nos quedásemos sin dinero. Viviría allí con las tías Cassie o May, mientras Archie y Belcher inspeccionaban la industria del zorro plateado.

Las cosas no resultaban nada fáciles. Podía permitirme la estancia en los hoteles, pero lo que resultaba muy caro eran las

comidas. Así que ideamos un plan: mi comida sería el desayuno. El desayuno costaba un dólar, en aquellos tiempos, cuatro chelines en moneda inglesa. Así que bajaba al restaurante a desayunar y me comía todo lo que estaba en el menú; pomelos, papayas, pasteles de harina, tortas con jarabe de arce, huecos con bacón. Salía como una boa constrictor después de zamparse una ternera entera, pero así aguantaba sin comer hasta la noche.

Durante nuestra gira habíamos recibido diversos regalos, como una hermosa alfombra azul llena de animales para Rosalind, que pensaba poner en su cuarto, algunas estatuillas, otra alfombra, y bastantes cosas más. Entre ellas había un enorme frasco de extracto de carne de Nueva Zelanda. Lo llevábamos con nosotros durante el viaje; fue mi salvación, pues de él dependería por las noches. Me hubiera encantado que «El Deshidratador» nos hubiera regalado, como recuerdo, una buena reserva de zanahorias, carne y patatas deshidratadas.

Cuando Belcher y Archie se iban a sus cenas de las Cámaras de Comercio u otras recepciones oficiales, me retiraba a mi habitación, pretextando no sentirme bien, y pedía una gran jarra de agua hirviendo para curar mi indigestión. Cuando llegaba la jarra, añadía dentro el extracto de carne y así me alimentaba hasta la mañana siguiente. Me duró unos diez días. A veces, por supuesto, me invitaban también a mí a las recepciones oficiales. Ésos eran mis días de suerte. En Winnipeg fui especialmente afortunada, pues la hija de uno de los dignatarios locales me llamó y me invitó a comer a un hotel muy caro. Fue una comida gloriosa. Acepté todos los platos que me ofrecieron. Mi anfitriona comió con bastante moderación. No tengo ni idea de lo que pensaría de mí.

Creo que fue en Winnipeg donde Archie y Belcher hicieron un recorrido por los silos de grano. No se nos ocurrió que una persona con sinusitis no debería acercarse a un silo. Cuando Archie volvió esa tarde, presentaba un estado lastimoso. Me alarmé mucho. Al día siguiente consiguió hacer el viaje hasta Toronto, pero una vez allí se derrumbó y tuvo que interrumpir sus actividades.

Belcher, por supuesto, estaba absolutamente furioso. No mostró comprensión alguna. Archie lo había abandonado, dijo. Era joven y fuerte, no tenía sentido que se derrumbase así. Claro, claro, se daba cuenta de que tenía mucha fiebre, pero si era tan delicado, que no

hubiera hecho el viaje. Belcher tenía que enfrentarse completamente sólo a todos los compromisos. Bates no servía para nada, como era fácil comprobar. Sólo sabía empaquetar las ropas e incluso eso lo hacía mal. No era capaz de plegar los pantalones adecuadamente, el pobre imbécil.

Llamé a un médico, recomendado por el hotel, quien le diagnosticó una congestión pulmonar; debía permanecer inmóvil y alejado de toda actividad al menos durante una semana. Furioso, Belcher se marchó y allí me quedé yo casi sin dinero, sola en un hotel enorme e impersonal, con un enfermo que empezaba a delirar. Su temperatura era superior a 40 grados. Por si fuera poco, tuvo un acceso de urticaria. Estaba cubierto desde la cabeza hasta los pies y sufría enormemente con la irritación y la fiebre.

Fueron unos días terribles y me alegra haber olvidado la desesperación y soledad que me invadían. La comida del hotel no era apropiada para un enfermo, así que tuve que salir a buscar la dieta idónea: agua de cebada y gachas de cereal, que no le desagradaron. Pobre Archie, nunca había visto un hombre tan enloquecido con aquella terrible urticaria. Le mojaba de arriba abajo, seis o siete veces al día, con una solución de bicarbonato de sosa y agua, que le producía un cierto alivio. Al tercer día el médico propuso que llamáramos a otros colegas para que lo examinaran. Dos hombres, con aspecto de búhos, se colocaron a ambos lados de la cama con expresión seria, sacudiendo la cabeza y diciendo que era un caso grave. Bueno, todos hemos sufrido estas experiencias. Al poco tiempo, Archie se levantó una mañana casi sin fiebre, la urticaria estaba desapareciendo y era evidente que empezaba a recuperarse. Yo me sentía muy débil, sobre todo por la ansiedad que me había producido su estado.

A los cuatro o cinco días, Archie se había curado aunque seguía débil y nos reunimos de nuevo con el detestable Belcher. No recuerdo hacia dónde nos dirigimos entonces, posiblemente a Ottawa, que me encantó. Era otoño y las hojas de arce estaban preciosas. Nos alojamos en la mansión privada de un almirante de edad madura, un hombre encantador que tenía un perro pastor alsaciano precioso. Me llevaba a pasear con frecuencia en un pequeño carrito a través de los bosques de arces.

Desde Ottawa nos dirigimos a las Montañas Rocosas, al lago

Louise y Banff. El lago Louise fue durante mucho tiempo mi respuesta a todo el que me preguntaba por el paraje más hermoso que había visto en mi vida: un lago extenso, largo y de un azul profundo, cercado de pequeñas montañas de hermosísima conformación, en cuyo fondo aparecían las enormes cumbres nevadas de las Montañas Rocosas. En Banff tuve mucha suerte. No se me había curado aún la neuritis, así que resolví probar las aguas calientes sulfurosas que mucha gente me aseguró que me irían bien. Todas las mañanas me sumergía en ellas. Era una especie de piscina y, atravesándola de un lado a otro, podía ponerme debajo de una de las fuentes de donde manaba el agua con un fuerte olor a sulfuro. Dejaba que se me deslizara sobre el hombro y brazo derechos. Con enorme alegría, comprobé que al cabo de cuatro días la neuritis había desaparecido por completo. Verme libre de dolores una vez más fue para mí un placer increíble.

Así llegamos, Archie y yo, a Montreal. Allí se separaban nuestros caminos: Archie se dirigiría con Belcher a inspeccionar los criaderos de zorros y yo cogería un tren hacia el sur, hacia Nueva York. No me quedaba prácticamente nada de dinero.

En Nueva York me recibió mi tía Cassie. Se portó maravillosamente conmigo. Me alojé en el apartamento que tenía en el Riverside Drive. Era ya bastante mayor, creo que rondaría los ochenta años. Me llevó a ver a su cuñada, la señora Pierpont Morgan, y me presentó a algunos de los jóvenes miembros de la familia Morgan. Me llevó también a restaurantes magníficos, donde probé los más deliciosos manjares. Me habló mucho de mi padre y de sus primeros tiempos en Nueva York. Fueron unos días estupendos. Hacia el final de mi estancia, la tía Cassie me preguntó qué es lo que más me apetecería hacer como despedida. Le dije que deseaba comer en una de esas cafeterías de auto-servicio. En Inglaterra eran desconocidas, pero había leído que en Nueva York tenían bastante éxito y tenía ganas de conocerlas. A mi tía le pareció un deseo de lo más extravagante. No comprendía que alguien deseara meterse en una cafetería, pero como estaba llena de buena voluntad hacia mí, me acompañó. Era la primera vez, me dijo, que entraba en una. Cogí mi bandeja y empecé a escoger platos del aparador; me pareció una experiencia muy divertida.

Y llegó el día en que Archie y Belcher reaparecieron en Nueva

York. Estaba encantada de que llegaran, pues a pesar de toda amabilidad de tía Cassie me sentía ya como un pájaro encerrado en una jaula de oro.

Tía Cassie nunca me permitió andar sola por ningún lado. Aquello me resultaba chocante, después de toda mi libertad en Londres, y me sentía bastante incómoda.

—Pero ¿por qué no, tía Cassie?

—Oh, nunca se sabe lo que le puede pasar a una chica joven y guapa como tú, que no conoce Nueva York.

Le aseguré que no habría ningún problema, pero insistió en que saliera sólo con el coche y el chófer, o en su compañía. Estuve a punto de escaparme alguna vez, tres o cuatro horas, pero sabía que la molestaría y no lo hice. Empecé pues a pensar en mi pronta vuelta a Londres, donde saldría libremente a pasear cuando quisiera.

Archie y Belcher pasaron una noche en Nueva York, y al día siguiente embarcamos en el Berengaria de regreso a Inglaterra. No me gustaba demasiado estar de nuevo en el mar, pero esta vez me mareé mucho menos. El mal tiempo se produjo en un momento particularmente importuno; estábamos participando en un torneo de bridge y Belcher había insistido en que fuera su compañera; yo no quería, pues aunque era un buen jugador, le gustaba tan poco perder que resultaba muy desagradable ser su compañero. No obstante, y como pronto nos veríamos libres de él, accedí a su petición. Inesperadamente, llegamos hasta la final que se celebró el día en que el viento empezó a refrescar y el barco a cabecear. No me atrevía a retirarme y sólo deseaba no causar un estropicio con mi mareo en medio de la partida. Ya se habían repartido las cartas de lo que iba a ser la última mano, cuando Belcher, con un terrible gesto de enfado, echó las suyas sobre la mesa.

—No vale la pena jugar esta mano —dijo—, realmente no vale la pena.

Supongo que se comportó así porque había cogido muy mal juego, y tendría que hacer «el muerto» en esa mano. Yo, en cambio, tenía casi todos los ases y reyes de la baraja. Jugué muy mal, pero por suerte las cartas jugaban solas. No podía perder. Medio mareada, puse una carta equivocada en la mesa, me olvidé de cómo había ido la subasta, hice todas las tonterías posibles, pero tenía un

juego demasiado bueno. Ganamos el torneo. Me retiré a mi camarote completamente mareada y allí me quedé hasta que atracamos en Inglaterra.

Tengo que añadir, como posdata a las aventuras de todo ese año, que no mantuvimos nuestra promesa de retirar el saludo a Belcher. Estoy segura de que cualquiera que lea esto lo comprenderá; Todo el enfurecimiento que se apodera de uno en vivo, se evapora con el tiempo y el alejamiento de las circunstancias del enfado. Para nuestra gran sorpresa, comprobamos que en realidad nos gustaba Belcher, que disfrutábamos de su compañía. En muchas ocasiones cenamos con él y él con nosotros. Recordamos juntos y en perfecta amistad los diversos sucesos de nuestra gira, haciéndole sólo pequeños reproches de vez en cuando.

—Te portaste realmente muy mal en aquella ocasión, ¿sabes?

—Supongo que sí, supongo que sí —respondía Belcher—, pero soy así, ya lo sabéis. De todas formas, hubo momentos muy difíciles en el viaje; y no es que me complicarais mucho las cosas, salvo aquella vez en que Archie fue tan idiota como para caer enfermo. Me encontraba absolutamente perdido durante los quince días en que no estuvo conmigo. ¿Has conseguido curarte esa nariz y esa sinusitis? No es nada bueno andar por la vida con una sinusitis como ésa. Yo no podría.

Belcher había regresado de la gira comprometido en matrimonio. Una chica muy guapa, hija de uno de los funcionarios australianos, había trabajado con él como secretaria. Belcher tenía al menos cincuenta años y ella no tendría más de dieciocho o diecinueve. Nos lo anunció de forma repentina.

—Tengo una noticia para vosotros. ¡Voy a casarme con Gladys! y se casó con Gladys. Ella llegó en barco poco después de nuestro regreso. Pese a todas las apariencias, fue un matrimonio feliz, al menos durante algunos años. Gladys tenía muy buen carácter, le gustaba vivir en Inglaterra y manejaba al tempestuoso Belcher singularmente bien. Creo que fue al cabo de ocho o diez años cuando supimos que estaba en marcha el divorcio.

—Ha encontrado otro muchacho más guapo —nos anunció Belcher—. Realmente, no puedo culparla. Es muy joven y yo soy más bien un viejo cascarrabias. Seguimos siendo buenos amigos y le asignaré algún dinerito. Es una buena chica.

Una de las primeras veces que cenamos con Belcher después de su regreso, le hice una observación:

—¿Sabes que me debes dos libras, dieciocho chelines y cinco peniques por comprarte calcetines blancos?

—Vamos, querida —replicó—. ¿Es verdad eso? ¿Y esperas recuperarlo?

—No —le contesté.

—Exacto —dijo él—, no lo recuperarás.

Y nos reímos los dos.

II

La vida es realmente como un barco, esto es, como el interior de un barco. Tiene compartimentos estancos. Sales de uno, cierras, echas el cerrojo a las puertas y te encuentras en otro. Mi vida, desde el día que zarpamos de Southampton hasta el que regresamos a Inglaterra, fue uno de esos compartimentos. Desde entonces, siempre he sentido lo mismo sobre los viajes. Sales de una vida y te metes en otra. Eres tú misma, pero a la vez diferente. La vida corriente está presa en el entramado de cientos de telarañas y filamentos que te encierran en la vida doméstica de todos los días: cartas que escribir y facturas por pagar, quehaceres pendientes, amigos que visitar, fotografías por revelar, vestidos que coser, niñeras y criados que aplacar, comerciantes de quienes quejarse. La vida viajera, en cambio, tiene la esencia de un sueño. Es algo que está fuera de lo normal, pero en lo que estás metida. Está poblado de personajes a los que nunca has visto antes, y que con toda probabilidad no verás más. Te produce una cierta nostalgia y soledad, y anhelos de ver a alguna persona querida: Rosalind, mi madre, Madge. Pero eres como un vikingo o como los marinos de la época isabelina, que se han metido en el mundo de las aventuras y para quienes el hogar no es el hogar hasta su regreso.

Fue emocionante partir hacia lugares lejanos y ahora era maravilloso regresar. Rosalind nos trató sin duda como nos merecíamos, igual que a unos extraños a los que le acababan de presentar. Después de mirarnos fríamente, preguntó: «¿Dónde está la tía Punkie?» Mi hermana a su vez se vengó, instruyéndome detalladamente sobre lo que Rosalind comía, cómo se vestía, cómo la debíamos tratar, etc.

Pasadas las alegrías del reencuentro, empezaron los problemas.

Jessie Swannell se había despedido, incapaz de congeniar con mi madre. La habían reemplazado por una niñera bastante mayor, a quien llamábamos entre nosotros Cu-cú. Creo que recibió ese nombre cuando, nada más producirse el cambio, tras la salida de Jessie Swannell, la nueva niñera trató de congraciarse con Rosalind abriendo y cerrando la puerta de su cuarto, al que asomaba la cabeza diciendo: «¡Cu-cú, cu-cú!» Eso le hizo gracia a la niña, que repetía la expresión cada vez que la nueva niñera aparecía. Y le cogió un gran cariño, aunque Cu-cú resultaba bastante tonta e incompetente. Era toda amor y afecto, pero lo perdía todo, lo rompía todo y hacía unas observaciones tan idiotas que hasta costaba creerlas. Rosalind disfrutaba con eso. Se hizo cargo de Cu-cú y se ocupó de sus asuntos.

—Querida, querida —escuché una vez desde el cuarto de la niña —, ¿dónde habré metido el cepillo de la reina de la casa? ¿Dónde puede estar? ¿En la cesta de la ropa?

—Yo te lo buscaré —surgió la voz de Rosalind—. Aquí está, en tu cama.

—Pero bueno, ¿cómo lo habré dejado ahí?

Rosalind le buscaba las cosas a Cu-cú, se las ordenaba, e incluso le daba instrucciones desde el carrito cuando estaban en la calle:

—No cruces ahora, es un mal momento, viene un autobús… Vas por un camino equivocado, Nannie… ¿No habías dicho que íbamos a la tienda de lana? Pues por aquí no se va a la tienda de lanas…

Y Cu-cú siempre contestaba:

—Pero bueno, ¿en qué estaría pensando para hacer eso?

Archie y yo éramos los únicos que teníamos problemas para soportar a Cu-cú. No podía estarse callada. La única solución era hacer oídos sordos y tratar de no escucharla, pero había veces en que no aguantábamos más y teníamos que hacerla callar. Una vez que íbamos en taxi a Paddington, Cu-cú no paraba de hacerle observaciones a Rosalind.

—Mira, querida. Mira por la ventana. ¿Ves ese edificio tan grande? Son los almacenes Selfridges. Un sitio estupendo. Puedes comprar ahí todo lo que quieras.

—Eso es Harrods, no Selfridges —corregía yo, con frialdad.

—¡Claro, claro! Eso siempre ha sido Harrods, ¿verdad? Pues sí que es divertido, porque Harrods lo conocemos muy bien, —

¿verdad, querida?

—Ya sabía que era Harrods —replicaba Rosalind.

Es muy posible que la ineptitud y total ineficacia de Cu-cú fuera la causa de que Rosalind resultara una chica muy capacitada. Tenía que serlo. Alguien tenía que ocuparse de que su cuarto guardara al menos una apariencia de orden.

III

La llegada al hogar podía haber sido muy alegre, pero la realidad pronto mostró su desagradable rostro. No teníamos nada de dinero. El empleo de Archie era cosa del pasado y ahora había otro joven en su puesto. Teníamos aún, por supuesto, los ahorrillos de mi abuelo, así que podíamos contar con 100 libras al año, pero Archie odiaba la idea de tocar nada de ese capital. Tenía que encontrar algún trabajo inmediatamente, antes de que el alquiler, el salario de Cu-cú y las facturas semanales de alimentación empezaran allegar. Encontrar un trabajo no era fácil; en realidad, era más difícil aún que después de la guerra. Mis recuerdos de aquella crisis son ahora, gracias a Dios, bastante borrosos. Sé que fue una época infeliz porque Archie era infeliz, y Archie era una de esas personas que no se acostumbran nunca a la desgracia. Y lo sabía.

Recuerdo que una vez me advirtió, en los primeros días de nuestro matrimonio:

—No sirvo para nada, recuerda, si las cosas se ponen feas. No me gusta nada la enfermedad, ni la gente enferma, no soporto que la gente sea desgraciada o infeliz.

Habíamos corrido el riesgo con los ojos bien abiertos, felices de aprovechar nuestra oportunidad. Todo lo que podíamos hacer ahora era aceptar que la diversión se había acabado y que había que pagarla en preocupaciones, frustraciones, etc. Me sentía, además, bastante desplazada, pues me daba cuenta de que era de muy poca ayuda para Archie. «Vamos a enfrentarnos juntos con todo esto», me decía a mí misma. Tenía que aceptar, desde el primer momento, que Archie estuviera todos los días en un fuerte estado de irritación o si no, completamente silencioso y sumido en la melancolía. Si trataba de estar alegre, me decía que no me hacía cargo de la

gravedad de la situación; y si me ponía triste, entonces me decía que no servía de nada poner la cara larga y que ya sabíamos a lo que nos exponíamos cuando decidimos hacer el viaje. De hecho, nada de lo que hacía parecía correcto.

Finalmente, Archie dijo con firmeza:

—Mira, lo que realmente quiero que hagas, la única cosa que me ayudaría, es que te marcharas inmediatamente.

—¿Que me marche inmediatamente? ¿Y adónde?

—No lo sé. Vete con Punkie, estará encantada de tenerte a ti y a Rosalind. O vete a casa de tu madre.

—Pero, Archie, quiero estar contigo; quiero compartir esto contigo, ¿es que no podemos? ¿No podemos compartir la situación juntos? ¿Es que no puedo hacer nada?

Hoy supongo que hubiera dicho: «Buscaré un empleo», pero en 1923 no resultaba fácil decirlo. Durante la guerra, había numerosas oportunidades para las mujeres en los cuerpos de auxiliares, de voluntarias, empleos en las fábricas de munición, o en los hospitales. Pero eran temporales. No había empleos para las mujeres en las oficinas o en los ministerios. Las tiendas estaban llenas de hombres. De todas formas, planté los pies en tierra y me negué a marcharme. Al menos cocinaría y limpiaría la casa. No teníamos ya ninguna criada. Me mantuve tranquila y permanecí un poco alejada de Archie, pues era la única actitud que le calmaba.

Archie se recorrió las oficinas de la City, visitando a todas las personas que podían ofrecerle alguna posibilidad de empleo. Al final consiguió uno. No le gustaba demasiado; tenía ciertos resquemores sobre la firma que le había contratado: tenían fama, me dijo, de estafadores. Normalmente no traspasaban los límites de la ley, pero uno nunca sabe lo que podía pasar.

—Lo importante es —dijo Archie, tener mucho cuidado para que no me dejen a mí sólo con las manos en la masa.

Se trataba, de todas formas, de un empleo que le haría traer dinero a casa, y con ello mejoró bastante de humor. Incluso encontraba interesantes algunas de sus actividades en la City.

Traté de tranquilizarme para escribir de nuevo, pues sabía que era la única forma de que yo aportara también algún dinero. No pensaba aún en dedicarme en escribir en plan profesional. Los cuentos publicados en *The Sketch* me habían animado: era dinero de

verdad que me llegaba directamente a mí. Esos cuentos, sin embargo, ya estaban adquiridos; pagados y el dinero completamente gastado. Tenía que escribir otro libro.

Belcher me había urgido, antes de nuestro viaje, cuando cenamos con él en su casa, la Mansión Mill en Dorney, a que escribiera una novela policíaca sobre el lugar.

—*El misterio de la Mansión Mill*[46] —me dijo—. Un título magnífico, ¿no te parece?

Le dije que sí, que *El misterio de la Mansión Mill*, o *Asesinato en la Mansión Mill* estarían muy bien, y que estudiaría el asunto. Cuando ya estábamos de viaje, con frecuencia hacía referencias al libro.

—Piensa, no obstante —me dijo—, que si lo escribes, tengo que salir en el libro.

—Pues no sé cómo te meteré —le contesté—. No puedo hacer nada con personajes reales. Tengo que imaginarlos.

—Tonterías —dijo Belcher—, no me importa si no se me parece demasiado, pero siempre he soñado con aparecer en una novela policíaca.

De cuando en cuando, me preguntaba:

—¿Has empezado ya ese libro? ¿Me has metido?

Un día que estaba harta ya de sus preguntas, le dije:

—Sí. Tú eres la víctima.

—¿Qué? ¿Quieres decir que soy el tipo al que asesinan?

—Sí —le contesté, con un cierto regusto de placer.

—No quiero ser la víctima —dijo Belcher—. Lo que quiero es ser el asesino.

—¿Por qué quieres ser el asesino?

—Porque el asesino siempre es el personaje más interesante del libro. Así que tienes que hacer que yo sea el asesino, Agatha, ¿lo entiendes?

—Sí, comprendo que tú quieras ser el asesino —le contesté, eligiendo cuidadosamente mis palabras.

Finalmente, y en un momento de debilidad, se lo prometí.

Tenía esbozado ya el argumento del libro cuando estábamos en África del Sur. Decidí que fuera, otra vez, más una historia de suspense que una novela policíaca, incluyendo una gran parte de escenarios en África del Sur. Mientras estábamos allí se produjo una especie de crisis revolucionaria y anoté una serie de hechos que

luego quizá me fueran útiles. Mi heroína sería una mujer joven, alegre y aventurera, una huérfana que se había lanzado en busca de aventuras. Al redactar a modo de ensayo uno o dos capítulos, descubrí lo enormemente difícil que me resultaría dar vida a Belcher. No podía escribir objetivamente sobre él sin que me saliera un completo imbécil. Tuve entonces una idea repentina. El libro estaría escrito en primera persona, de forma alternativa por Ann, la heroína, y por el villano, Belcher.

—No creo que le guste mucho eso de ser el villano —le dije un día a Archie, con ciertas dudas.

—Dale un título de nobleza —me propuso Archie—. Creo que eso le gustará.

De esta forma le bauticé como Sir Eustace Pedler, y descubrí que si le hacía redactar sus propios capítulos, el personaje cobraba vida. No era exactamente Belcher, por supuesto, pero utilizaba varias de sus frases típicas y contaba alguna de sus historias. Era también un maestro en las fanfarronadas, debajo de las que se descubría fácilmente una personalidad interesante y sin ningún escrúpulo. Pronto me olvidé de Belcher y Sir Eustace Pedler cobró plena autonomía. Fue, me parece, la única vez en que traté de incluir a un personaje real al que conocía bien en uno de mis libros, y no tuve éxito. El que cobró vida en el libro no fue Belcher sino alguien llamado Sir Eustace Pedler. De repente, descubrí que el libro me resultaba bastante divertido de escribir. Sólo me quedaba esperar que The Bodley Head lo aprobara.

Mi principal problema entonces era Cu-cú. Cu-cú, por supuesto, como era costumbre en las niñeras de aquella época, no hacía ninguna labor casera, de cocina o de limpieza. Era la niñera de mi hija: limpiaba el cuarto de la niña y la lavaba a ella, pero eso era todo. La verdad es que no esperaba nada más y me las arreglé bastante bien. Archie sólo regresaba a casa por la noche y la comida de Rosalind y Cu-cú a mediodía era bastante sencilla de hacer. Eso me dejaba: tiempo por las mañanas y las tardes para emplear dos o tres horas en el libro. En esas horas Rosalind y Cu-cú salían a pasear al parque o a hacer algunas compras. Quedaban, no obstante, todos esos días lluviosos en los que permanecían en casa, y aunque yo había insistido en que «Mamá está trabajando», no resultaba tan fácil desembarazarse de Cu-cú. Se colocaba cerca de la puerta de la

habitación en la que me ponía a redactar y empezaba con sus interminables soliloquios, ostensiblemente dirigidos a Rosalind.

—Ahora, querida, no debemos hacer nada de ruido, ¿verdad?, porque mamá está trabajando. No debemos molestarla mientras trabaja, ¿verdad? Pero me gustaría preguntarle si tengo que mandar este vestidito tuyo a la lavandería. Me parece, ¿sabes?, que no podré lavarlo bien yo. Bueno, se lo preguntaremos a la hora del té, ¿verdad, querida? No podemos ir ahora y preguntárselo, ¿no? Oh, no, no le gustaría nada, ¿verdad que no? Quiero preguntarle también qué hacemos con el carrito. Sabes que ayer perdió otra tuerca. ¿Y si llamáramos con cuidado a su puerta? ¿Qué piensas tú, querida?

Normalmente, Rosalind le respondía con algo que no tenía nada que ver con lo que le estaba diciendo, confirmando mi creencia de que nunca escuchaba a Cu-cú.

—Osito Azul va a recibir ahora su comida —diría Rosalind en respuesta al largo monólogo de Cu-cú.

Rosalind tenía varias muñecas, una casa de muñecas y otros juguetes diversos, pero los que realmente le gustaban eran los animales. Tenía un animalito de seda llamado Osito Azul y otro llamado Osito Rojo, a los que se unió más tarde un osito de peluche malva llamado Oso Eduardo. De los tres, Rosalind amaba apasionada y profundamente a Osito Azul. Era un animalito flexible, hecho con seda azul guateada, con unos ojos negros y una cara graciosamente achatada. Le acompañaba a todas partes, y tenía que contarle historias sobre él todas las noches. Las historias se referían tanto a Osito Azul como a Osito Rojo. Cada noche tenían una nueva aventura. Osito Azul era bueno, y Osito Rojo era muy, pero que muy malo. Osito Rojo hacía algunas travesuras formidables, como la de poner cola en el asiento de la profesora, de manera que cuando se sentó ya no pudo levantarse. Un día metió una rana en el bolso de la profesora, quien se puso a gritar completamente histérica. Estos cuentos tenían una enorme aceptación, y con frecuencia me vea obligada a repetirlos. Osito Azul era de una virtud acrisolada y casi nauseabunda. Era el primero de la clase y nunca hacía ninguna travesura. Todos los días, cuando los chicos se iban a la escuela, Osito Rojo prometía a su madre que sería bueno ese día. A su vuelta, su madre le preguntaba:

—Osito Azul, ¿has sido un buen chico?

—Sí, mamá, muy bueno.

—Así me gusta, querido. Y tú, Osito Rojo, ¿has sido bueno?

—No, mamá, he sido muy travieso.

Una vez, Osito Rojo tuvo una pelea con otros chicos malos, y llegó a casa con un ojo morado. Le pusieron un trozo de carne fresca y a la cama; pero Osito Rojo añadió una nueva travesura a las que había hecho durante el día: se comió el filete que le habían colocado en el ojo.

Rosalind era la niña más encantadora del mundo para escuchar historias. Gesticulaba, se reía, y se daba cuenta del más pequeño detalle.

—Sí, querida —decía Cu-cú, ignorando la respuesta de mi hija y continuando su perorata—. Quizá se lo podamos preguntar a mamá antes de irnos, si no le molesta, porque me gustaría saber qué vamos a hacer con el carrito.

En ese momento, enfurecida, me levantaría de la mesa, sin poder coordinar todas mis ideas sobre Ann corriendo peligros mortales en las selvas de Rhodesia, y abriría la puerta de mi habitación súbitamente.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quiere?

—Oh, lo siento mucho, señora. De verdad que lo siento. No quería molestarla.

—Bueno, pues ya me, ha molestado. ¿De qué se trata?

—Oh, pero no he llamado a la puerta, ni nada de eso.

—No ha parado usted de hablar al lado de mi puerta —le contestaría—. Oía perfectamente todo lo que decía. ¿Qué le pasa al carrito?

—Bueno, me parece que realmente habría que comprar uno nuevo. Sabe, me da vergüenza ir al parque y ver todos los hermosos carritos que tienen las otras niñas. Desde luego, creo que la señorita Rosalind se merece uno tan bueno o mejor que el de las demás.

La niñera y yo teníamos una batalla permanente a causa del carrito de Rosalind. En su momento lo compramos ya de segunda mano. Era bastante bueno, sólido y perfectamente confortable, pero no precisamente elegante. Había también modas en los carritos de niños, como comprobé luego, y cada uno o dos años los fabricantes sacaban una nueva «línea» y le daban una nueva apariencia, lo

mismo que ocurre hoy día con los automóviles. Jessie Swannell nunca se había quejado, pero Jessie Swannell venía de Nigeria y es muy probable que allá no prestaran tanta atención a las modas de los carritos infantiles.

Me daba cuenta ahora de que Cu-cú formaba parte de la hermandad de niñeras que se reunían en Kensington Gardens con sus pequeños y que se sentaban agrupadas para comparar los méritos de sus respectivas situaciones y la hermosura e inteligencia de cada uno de sus niños. El bebé tenía que estar bien vestido, a la última moda del momento, o la niñera se avergonzaría. Por ahí no había problema. La ropa interior y los vestidos que le había traído de Canadá eran el *dernier cri* en ropa infantil. Los pollos, gallinas y ramos de flores que resaltaban sobre su fondo oscuro, eran la admiración y envidia de todas las niñeras. Pero en lo referente a la elegancia del carrito, la pobre Cu-cú estaba, lamentablemente, muy por debajo del nivel apropiado y nunca desperdiciaba ocasión de recordármelo, cuando nos cruzábamos con alguno más actualizado. A pesar de todo, me mantuve inflexible. Nuestra situación económica era bastante mala y no estaba dispuesta a gastarme una fuerte suma de dinero sólo para halagar la vanidad de la niñera.

—Me parece que ni siquiera es seguro —decía Cu-cú, haciendo un último intento—. Siempre se le están cayendo tuercas.

—Eso es de tanto andar por las calles —le respondía—. Y porque usted no las atornilla antes de salir. En cualquier caso, no estoy dispuesta a comprar uno nuevo.

Y me volvía al cuarto para trabajar, cerrando la puerta violentamente.

—Querida, querida —decía Cu-cú—, mamá parece disgustada, ¿verdad? Bueno, por lo visto no conseguiremos un nuevo y hermoso carrito, ¿no?

—Osito Azul quiere una comida —decía Rosalind—. Ven aquí, Nannie.

IV

Al fin terminé *El misterio de la Mansión Mill*, pese a las dificultades que me presentaba el continuo *obbligato* de Cu-cú detrás de la puerta. ¡Pobre Cu-cú! Poco después fue a consultar a un médico y tuvo que ingresar en un hospital, donde la operaron de un cáncer de mama. Era bastante más vieja de lo que nos había dicho y no había ninguna posibilidad de que regresara con nosotros. Se fue a vivir, me parece, con una hermana suya.

Había decidido que la próxima niñera no la elegiría en la oficina de la señora Boucher, ni en ningún otro sitio parecido. Lo que necesitaba era algo más que una niñera, alguien que también me ayudara o mí, y así lo hice constar en el anuncio que puse en el periódico.

Desde el momento en que Site entró en la familia, nuestra suerte cambió hacia mejor en todos los sentidos. Me entrevisté con ella en Devonshire. Era una chica robusta, de amplio busto y caderas, rostro encendido y cabello oscuro. Tenía una profunda voz de contralto, con un acento particularmente refinado y educado, de forma que cada vez que hablaba recordaba a una actriz de teatro. Llevaba ya algunos años trabajando como chica para todo y parecía muy competente en cuanto al mundo infantil. Estaba llena de buena voluntad, de buen carácter y de entusiasmo. Me pidió un salario bastante bajo, y no tenía inconveniente en hacer cualquier cosa e ir a cualquier parte, tal como había puesto yo en el anuncio. De esta forma, Site se vino con nosotros a Londres y se convirtió en un gran alivio para mí.

Evidentemente, no se llamaba Site. Su nombre era señorita White, pero Rosalind sólo pronunciaba «Site» y así se quedó. Mi hija la quería mucho y a Site también le gustaba la pequeña. Le

encantaban los niños, pero sabía mantener su dignidad y, en cierto sentido, imponía una estricta disciplina. No le permitía ninguna desobediencia a la niña.

Rosalind se quedó sin su papel de vigilante y directora de Cu-cú. Ahora sospecho que esas actividades las trasladó a mí; se hizo cargo de mis descuidos con el mismo carácter benéfico, buscándome lo que había perdido, señalándome que había olvidado franquear una carta y cosas así. Cuando cumplió cinco años, me daba perfecta cuenta ya de que era mucho más eficiente que yo. Pero, por otro lado, no tenía ninguna imaginación. Si jugábamos a algo en lo que tomaban parte dos personajes, por ejemplo, un hombre que sacaba a su perro a pasear (tengo que decir que yo era siempre el perro y ella el hombre), llegaba un momento en que había que ponerle la correa al perro.

—No tenemos correa —decía Rosalind—. Hay que cambiar esta parte del juego.

—Pero, puedes simular que llevas una —le sugería.

—¿Cómo si no tengo ninguna en la mano?

—Bueno, coge el cinturón de mi vestido y haz como si fuera una correa.

—Pero es que no lo es; es el cinturón de un vestido.

Para Rosalind, las cosas teman que ser reales. Al contrario que a mí, no le gustaban los cuentos de hadas cuando era pequeña.

—Todo esto no es real —me decía, protestando—. Son personas que no existen, cosas que nunca suceden. Cuéntame mejor lo de Osito Rojo en la excursión.

Lo curioso del caso es que, cuando tenía catorce años, adoraba este tipo de cuentos y los leía uno tras otro.

Site se adaptó magníficamente a nuestro hogar. A pesar de su aspecto lleno de dignidad y competencia, en cuestiones de cocina era tan ignorante como yo. Se había limitado siempre a ayudar a otros y ahora, teníamos que ayudamos mutuamente. Aunque cada una de nosotras sabía hacer bien algunos platos —yo hacía soufflés de queso, salsa bearnesa y algunos otros, y Site hacía tartaletas de mermelada y adobaba arenques—, ninguna de las dos estábamos preparadas para hacer lo que podríamos llamar «una comida equilibrada». Cada vez que preparábamos, por ejemplo, una sopa de verduras, lo pasábamos muy mal, porque no sabíamos el tiempo de

cocción de las coles de Bruselas, las zanahorias y las patatas. Las coles quedaban reducidas a una especie de puré, mientras que las zanahorias seguían duras. No obstante, con el tiempo, fuimos aprendiendo.

Nos dividíamos las tareas. Una mañana yo me ocupaba de Rosalind y la sacaba al parque en su carrito anticuado —aunque ahora utilizábamos con más frecuencia la sillita de ruedas—, mientras Site preparaba la comida y arreglaba las camas. A la mañana siguiente me quedaba en casa a hacer las tares domésticas y Site se iba al parque con la niña. En general, me cansaba más ocuparme de mi hija que de la casa. El camino hasta el parque era largo y, una vez allí, no podías sentarte y olvidarte de todo. Tenías que hablar con Rosalind y jugar con ella o, si estaba con otro niño, vigilar que no le quitaran su barquito o que la empujaran al suelo. Durante las tareas domésticas, en cambio, relajaba la mente con gran facilidad. Robert Graves me dijo una vez que lavar los platos era una de las mejores ayudas para el pensamiento creativo. Creo que tenía mucha razón. Los trabajos caseros son bastante monótonos, aunque exigen mucha actividad de tipo físico, por lo que resulta muy fácil dejar volar la mente hacia el espacio y elaborar con libertad pensamientos e invenciones. En la cocina no ocurre lo mismo, por supuesto. Cocinar exige todas tus facultades creativas y una atención absoluta.

Después de Cu-cú, Site me supuso un gran alivio. Se pasaba horas enteras con Rosalinda, sin que yo oyera lo más mínimo. Se quedaban en el cuarto de jugar, bajaban al jardín delante de casa o se iban de compras.

Me sorprendió mucho cuando, a los seis meses de estar con nosotros, descubrí la verdadera edad de Site. Por su aspecto aparentaba entre veinticuatro y veintinueve años; pensé que era la edad adecuada y no se me ocurrió precisar más. Me quedé de piedra cuando supe que en el momento de entrar con nosotros tenía diecisiete y que ahora acababa de cumplir los dieciocho. Parecía Increíble: tal era el aire de madurez que aparentaba. Estaba de asistenta desde los trece, le gustaba su trabajo de una forma natural, y era muy eficiente. El aire de experiencia le venía de que, realmente, era una chica experimentada; igual que sucede con la hermana mayor de una familia numerosa, que se ha ocupado

siempre de sus hermanos y hermanas más pequeños.

A pesar de lo joven que era no me hubiera importado dejarla sola y marcharme durante un largo período, dejando a Rosalind a su cargo. Era una chica llena de sentido común. En caso necesario buscaría al médico adecuado, la llevaría a un hospital, descubriría lo que la molestara y afrontaría adecuadamente cualquier emergencia. Estaba siempre muy pendiente de su trabajo. Era, en términos pasados de moda, una chica con vocación.

Me sentí muy aliviada cuando terminé *El misterio de la Mansión Mill*. Me había costado escribir y me pareció bastante regular cuando lo terminé. Pero ahí estaba, terminado, con el viejo Eustace Pedler y todos los demás personajes. The Bodley Head se quejó y rezongó un poquito al recibirlo. No era, me señalaron, una verdadera novela policíaca como *Asesinato en el campo de golf*. Pero, con toda amabilidad, la aceptaron.

A partir de entonces, noté en ellos un ligero cambio de actitud. Aunque me había comportado como una ignorante y una tonta la primera vez que presenté un libro para publicarlo, había aprendido bastante desde entonces. No era tan estúpida como quizá pareciera a mucha gente. Había descubierto muchas cosas sobre el mundo de los escritores y las editoriales. Conocía la existencia de la Sociedad de Autores y había leído su revista. Comprendí que debía ser muy cautelosa al hacer los contratos con los editores y, especialmente, con ciertos editores. Conocía ya cómo se aprovechaban de los autores. Y puesto que estaba al tanto de todo eso, hice mis propios planes.

Poco antes de llevarles *El misterio de la Mansión Mill*, The Bodley Head me hizo ciertas propuestas, entre ellas romper el viejo contrato y hacer otro nuevo, también para cinco libros. Las condiciones serían mucho más favorables. Les di las gracias educadamente, les dije que lo pensaría y después me negué, sin dar les una razón concreta. Consideraba que no me habían tratado de modo justo. Se habían aprovechado de mi falta de conocimientos y de mi ansiedad por publicar el primer libro. No me había opuesto en su momento porque fui una idiota. El que no lucha para que le remuneren su trabajo como es debido, es un idiota. Pero, por otro lado, ¿hubiera rechazado, si hubiera tenido entonces estos conocimientos, la posibilidad de que me publicaran *El misterioso*

caso de Styles? Creo que no. Seguro que hubiera aceptado las condiciones que me ofrecían; lo único que quizás hubiera hecho sería negarme a firmar un contrato por tan largo plazo y para tantos libros. Si has confiado alguna vez en alguien que luego te defrauda, ya no lo haces más. Es simplemente sentido común. Deseaba terminar mi contrato, pues estaba segura de encontrar un nuevo editor. Pensé también en hacerme con los servicios de un agente literario.

Por aquel entonces me llegó una solicitud del impuesto sobre la renta. Querían saber detalles sobre mis ingresos literarios. Me quedé asombrada. Nunca había considerado mis ganancias como un ingreso. Todos los ingresos que tenía, pensaba, se reducían a los 100 libras anuales sobre las 2.000 invertidas en el empréstito de guerra. Sí, me dijeron, eso lo conocían, pero a lo que se referían eran a las ganancias por los libros publicados. Les expliqué que tales ganancias no eran regulares: simplemente, había escrito tres libros lo mismo que, antes había hecho narraciones cortas o poemas. No era una autora; no dedicaría mi vida a la literatura. Les dije, empleando una frase que había oído en algún lugar, que ese tipo de cosas es lo que se llaman «beneficios casuales». Pero me contestaron que ahora era ya una autora establecida y conocida, aunque no hubiera ganado aún casi nada con mis publicaciones. Querían detalles de mis ingresos. Desgraciadamente no podía dárselos, nunca había anotado las cuentas de mis derechos de autor (si es que en alguna ocasión me las habían enviado, cosa que no recordaba). A veces recibía un pequeño cheque, que por lo general cobraba inmediatamente y gastaba a continuación. No obstante les di todos los detalles que me fue posible. Los funcionarios de la oficina de impuestos se divirtieron bastante con mis cuentas, pero me sugirieron que en adelante anotara todos mis ingresos. Entonces decidí tener un agente literario.

Como sabía muy poco al respecto, pensé que lo mejor era utilizar la antigua recomendación de Eden Philpotts: Hughes Massie. Fui pues, a verle. Ya no estaba Hughes Massie —creo que había fallecido—, pero me recibió un hombre joven ligeramente tartamudo, que se llamaba Edmund Cork. No resultó tan siniestro cómo lo era Hughes Massie, y hablé con él tranquilamente. Se horrorizó ante mi ignorancia y me dijo que guiaría mis pasos en el

futuro. Me comunicó el importe exacto de su comisión, me habló de los posibles derechos de publicación por entregas, de la publicación en América, de los derechos por representación teatral y de toda clase de cosas improbables (al menos, así me lo parecían). Fue una disertación bastante impresionante. Me puse en sus manos, sin ninguna reserva y salí de su despacho con un suspiro de alivio. Me sentía como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

Así fue cómo empezó una amistad que duró más de cuarenta años. Entonces sucedió una cosa casi increíble. *The Evening News* me ofreció 500 libras por los derechos de publicación por entregas de *El misterio de la Mansión Mill*, que ya no se llamaba así, sino *El hombre del traje color castaño*, porque el otro título se parecía demasiado al del *Asesinato en el campo de golf*. *The Evening News* propuso a su vez un nuevo cambio. Se llamaría *Anna la aventurera*, el título más tonto que había oído nunca, pensé; pero me callé porque, después de todo, estaban dispuestos a pagarme 500 libras y, aunque tenía determinadas reservas, a nadie creo que le moleste demasiado el título utilizado en un serial de periódico. Mi suerte era realmente increíble. Me costaba creerlo; a Archie y a Punkie también. Mi madre, por supuesto, lo creía sin ningún problema: cualquier hija suya estaba capacitada de sobra para ganar 500 libras por un serial en *The Evening News*, con la mayor facilidad; no había por qué sorprenderse.

Parece que en la vida las cosas buenas y las malas vienen siempre juntas. Había tenido mi golpe de suerte con *The Evening News* y ahora le tocaba a Archie tenerlo. Recibió una carta de un amigo australiano, Clive Baillieu, quien hacía tiempo le había propuesto unirse a su empresa. Archie le visitó y le ofrecieron el empleo por el que había suspirado durante tantos años. Dejó inmediatamente el que tenía y se fue con Clive Baillieu. A partir de entonces se sintió absoluta y enteramente feliz. Por fin, encontraba empresas sólidas e interesantes, se acababan las prácticas dudosas y entraba adecuadamente en el mundo de las finanzas. Estábamos en el séptimo cielo.

Acto seguido, empecé a presionar en favor del proyecto que tanto anhelaba y sobre el que hasta entonces Archie se había mostrado indiferente. Buscaríamos una casa de campo desde la que Archie fuera todos los días a la City, con un jardín para que

Rosalind jugara a sus anchas, sin tener que ir hasta el parque o limitarse a una pequeña franja de césped entre dos edificios. Mi mayor deseo era vivir en el campo. Si encontrábamos una casa lo suficientemente barata, nos trasladaríamos.

El inmediato acuerdo de Archie a mi plan se debió más que nada, creo, a que el golf le ocupaba más atención cada día. Recientemente le habían admitido en el Club de Golf de Sunningdale, con lo que había desaparecido nuestros fines de semana dedicados a excursiones y paseos. No pensaba en otra cosa que en el golf. Jugaba con varios amigos en Sunningdale y ya trataba con cierto desprecio los recorridos pequeños. No le divertía nada jugar con una simple aficionada como yo, con lo que, poco a poco, sin darme mucha cuenta, me iba convirtiendo en esa figura tan conocida y frecuente, la viuda de golf.

—No me importa nada vivir en el campo —dijo Archie—, al revés, creo que me gustará, y desde luego será muy bueno para Rosalind. A Site le encanta y ya sé que a ti también. Entonces, creo que sólo existe un lugar apropiado: Sunningdale.

—Sunningdale —le dije, con cierta desilusión, pues no era precisamente la idea que yo tenía del campo—. Pero será un lugar muy caro, ¿no? Allí sólo vive gente muy rica.

—Oh, ya encontraremos algo que nos convenga —dijo Archie, lleno de optimismo.

Uno o dos días después, me preguntó qué pensaba hacer con las 500 libras de The Evening News.

—Es mucho dinero —le dije—. Supongo —tengo que admitir que hablaba titubeando, sin ninguna convicción—, supongo que debemos ahorrar por si vienen tiempos malos.

—Oh, no hay que preocuparse demasiado por eso. Con los Baillieu tengo muy buenas perspectivas y tú parece que te defiendes bien con tus libros.

—Sí —contesté—. Bueno, si quieres las gastamos o, al menos, una parte.

Me imaginé vagamente un nuevo vestido de noche, quizás unos zapatos dorados en vez de los negros, una bicicleta para Rosalind.

La voz de Archie interrumpió mis fantasías.

—¿Por qué no te compras un coche?

—¿Comprarme un coche?

Le miré completamente asombrada. La última cosa que se me hubiera ocurrido era un automóvil. Ninguna de nuestras amistades lo tenía. Pensaba aún que los coches eran cosa de ricos. Te pasaban por el lado a cuarenta, sesenta, ochenta o noventa kilómetros por hora, llevando gente con los sombreros atados con velos de gasa, corriendo a toda velocidad hacia lugares inimaginables.

—¿Un coche? —repetí, con una voz que parecía de ultratumba.

—¿Por qué no?

Eso, ¿por qué no? Era posible. Yo, Agatha, podía tener un coche, un coche mío. Debo confesar, aquí y ahora, que de las dos cosas que más me han emocionado en mi vida, la primera fue mi coche: mi Morris Cowley gris, de morro en forma de botella.

La segunda fue cenar con la reina en el Palacio de Buckingham, unos cuarenta años más tarde.

Ambos acontecimientos tienen en sí un cierto halo de cuento de hadas. Jamás había imaginado que me sucedieran a mí: tener un automóvil de mi propiedad y cenar con la reina de Inglaterra.

Dice la canción popular
Gatito, gatito, ¿dónde has estado?
He estado en Londres visitando a la reina.
Gatito, gatito, ¿y qué has hecho allí?
He asustado a un ratón debajo de su sillón.

¡Era casi tan estupendo como si hubiera nacido siendo Lady Agatha! No asusté, desde luego, a ningún ratón bajo el sillón de la reina Isabel II, pero disfruté mucho aquella noche. Tan pequeña y delgada, con su sencillo vestido de terciopelo rojo con una sola y hermosa joya, y su amabilidad y facilidad de conversación. Recuerdo que nos contó que, una vez, en media de una velada, cuando estaban en un pequeño salón, cayó una terrible polvareda de hollín por la chimenea que les obligó a salir corriendo hacia otra habitación. Resulta confortante saber que los desastres domésticos suceden hasta en los círculos más elevados.

PARTE VII. EL PAÍS DE LA FELICIDAD PERDIDA

I

Mientras buscábamos nuestra casa de campo, llegaron malas noticias de África sobre mi hermano Monty. No había tenido mucho que ver con nuestras vidas desde que, un poco antes de la guerra, se presentó con un plan para montar un servicio de barcos de carga en el lago Victoria. Le envió a Madge una serie de cartas de gente de la región entusiasmadas con el proyecto. Si ella pusiera simplemente un poco de capital. Mi hermana estaba convencida de que algo habría en lo que Monty pudiera triunfar. Todo lo que se relacionara con barcos era su especialidad. Así que le pagó el pasaje para que viniera a Inglaterra. El plan era construir un pequeño barco en Essex. En efecto, existían grandes perspectivas para los cargueros. En aquella época, no había ninguno en el lago Victoria. La parte más débil del plan era, no obstante, que Monty sería el capitán del barco y, por tal razón, nadie confiaba en que los servicios se realizaran con puntualidad y fiabilidad.

—La idea es espléndida. Se puede ganar mucho dinero. El problema es Monty: ¿y si un día no tiene ganas de levantarse por la mañana? ¿O si no le gusta el aspecto de alguna persona? Es un hombre de conducta imprevisible.

Pero mi hermana, que era de naturaleza optimista, estuvo de acuerdo en invertir la mayor parte de su capital en la construcción del barco.

—James me da una buena asignación; utilizo una parte para el mantenimiento de Ashfield, así que no echaré de menos mi renta.

Mi cuñado estaba lívido. Monty y él no congeniaban en absoluto. Estaba seguro de que Madge perdería todo su dinero.

Se puso en marcha la construcción del barco. Mi hermana fue a Essex en varias ocasiones. Todo marchaba, al parecer,

estupendamente.

Lo único que le preocupaba a Madge era que Monty, siempre que se presentaba en Londres, se alojaba en algún lujoso hotel de Jermyn Street y adoptaba un tren de vida a lo grande; se compraba pijamas de seda de la mejor calidad, un par de uniformes de capitán especialmente cortados para él, y regalaba a su hermana un brazalete de zafiros, un sofisticado bolso de noche u otros obsequios preciosos y muy caros.

—Pero, Monty, el dinero es para el barco, no para hacerme regalos.

—Pues yo quiero regalarte cosas. Nunca te compras nada para ti.

—Y, ¿qué es eso que está en la ventana?

—¿Eso? Es un árbol enano japonés.

—Pero son muy caros, ¿no?

—Me costó 75 libras. Siempre he querido tener uno. Mira qué forma tiene. Encantadora, ¿verdad?

—Oh, Monty, ojalá no lo hubieses comprado.

—Tu problema es que, viviendo con el viejo James, se te ha olvidado disfrutar de la vida.

La siguiente vez que le visitó, el árbol había desaparecido.

—¿Lo has devuelto a la tienda? —preguntó Madge, esperanzada.

—¿Devolverlo a la tienda? —contestó Monty, horrorizado—. Claro que no. Se lo he regalado a la recepcionista del hotel. Le gustaba muchísimo y como estaba muy preocupada con su madre…

Madge se quedó sin habla.

—Te invito a comer —dijo Monty.

—Muy bien, pero nada de restaurantes lujosos. Vamos al Lyons.

—De acuerdo.

Salieron a la calle. Monty le dijo al portero que le buscara un taxi. Éste llamó a uno que pasaba, subieron. Monty le dio media corona y, a continuación, le dijo al taxista que los llevara al restaurante Berkeley, uno de los más lujosos de Londres. Madge no pudo reprimir las lágrimas.

—La verdad es —me dijo Monty más tarde—, que James es un hombre tan miserable que la pobre Madge ha perdido todo su espíritu vital. No piensa más que en ahorrar.

—¿Y tú no has empezado aún a pensarlo? ¿Y si el dinero se acaba antes de que el barco esté terminado?

Monty se encogió de hombros, cínicamente.

—No tiene importancia. El viejo James nos echará una mano. Monty se alojó en casa de Madge cinco difíciles días, durante los que no paró de beber whisky. Mi hermana salía, secretamente a la calle, le compraba varias botellas más y se las llevaba a su habitación, lo que divertía mucho a Monty.

Se sintió atraído por Nan Watts y la invitaba continuamente a restaurantes lujosos y veladas teatrales.

—Este barco nunca llegará a Uganda —se decía a veces Madge, desesperada.

La culpa de que no llegara la tuvo mi hermano. Le gustaba muchísimo el *Batenga*, que fue como lo bautizó. Pero quería tener algo más que un barco de carga. Ordenó que le pusieran accesorios de caoba y marfil, un camarote con paneles de madera de teca para él, y que se fabricaran especialmente unos juegos de té de porcelana con el nombre *Batenga*. Todo ello retrasó la entrega del barco.

Y entonces estalló la guerra. Era imposible que llegara a África. En vez de eso, se lo vendieron al Gobierno a bajo precio y Monty se alistó de nuevo, esta vez en el Regimiento de Fusileros del Rey.

Así terminó la historia del *Batenga*.

Conservo aún dos tazas de café con el nombre del barco.

Pero las noticias que llegaban ahora eran de un médico. A Monty, como ya sabíamos, le habían herido en la guerra en un brazo. Según parece, durante su tratamiento en el hospital, la herida se le infectó. La infección había persistido y se había agravado una vez ya licenciado. A pesar de todo, continuó su vida de cazador, pero al final le tuvieron que llevar a un hospital francés, regido por unas monjas, gravemente enfermo.

Al principio no quiso comunicarse con sus familiares, pero ahora, que tenía la muerte cerca —lo más que le daban eran seis meses de vida—, había expresado el deseo de volver a casa. Era posible también que el benigno clima de Inglaterra le prolongara un poquitín más la vida.

Se tomaron las disposiciones necesarias en seguida, para que Monty regresara por mar desde Mombassa. Mi madre empezó a hacer los preparativos en Ashfield. Se sentía transportada de alegría: cuidaría devotamente a su queridísimo hijo. Se imaginaba unas relaciones materno filiales en mi opinión totalmente irreales.

Mi madre y Monty nunca se habían llevado bien. En muchos aspectos eran muy parecidos. Ambos amaban la independencia; y Monty era una de las personas más difíciles que he conocido para vivir con él.

—Esta vez será diferente, —dijo mi madre—. Te olvidas de lo enfermo que está.

Pensé que enfermo resultaría tan difícil o más que lleno de salud. La naturaleza de las personas no cambia, No obstante, esperaba que todo fuera bien.

Mi madre tuvo algunas dificultades para convencer a sus dos viejas doncellas de que el criado africano de Monty no causada problemas.

—No creo, señora, no creo que podamos convivir bajo el mismo, techo con un hombre negro. No es a eso a lo que estamos acostumbradas mi hermana y yo.

Mi madre, no se arredró y las convenció para que se quedasen. La trampa que les tendió fue que cabía la posibilidad de que le convirtieran del islamismo al cristianismo. Eran muy religiosas.

—Le leeremos la Biblia —decían, con los ojos, brillantes. Prepararon para Monty una parte independiente de la casa, con tres habitaciones y un nuevo cuarto de baño.

Archie se brindó muy amablemente a recoger a Monty en el barco amarrado al muelle de Tilbury. Le había reservado también un pequeño apartamento en Bayswater, para cuándo fuera a Londres con su criado.

Cuando salía, le dije:

—No dejes que Monty te convenza para que lo lleves al Ritz.

—¿Qué dices?

—He dicho «no dejes que te convenza para que lo lleves al Ritz». Me ocuparé de que el piso esté preparado y la propietaria avisada de su llegada.

—Estupendo, todo irá bien entonces.

—Eso espero. Pero temo que preferirá ir al Ritz.

—No te preocupes. Antes de mediodía estará todo arreglado. Transcurrió todo el día. A las 6.30 se presentó Archie. Parecía completamente agotado.

—Todo está bien. Monty ya está instalado. Ha costado un poco sacarlo del barco. No tenía nada embalado, decía que no había

prisa, que teníamos mucho tiempo. Ya no quedaba nadie, pero eso, por lo visto, no le preocupaba. Su criado, Shebani, es un chico estupendo. Consiguió al final que saliéramos del barco.

Archie hizo una pausa y se aclaró la garganta.

—En realidad, no, lo he llevado al piso de Bayswater. Estaba absolutamente decidido a instalarse en un hotel de Jermyn Street. Dijo que así causaría menos molestias a todos.

—Así que se ha metido en un hotel.

—Bueno… sí. Me dio unas razones tan convincentes…

—Sí, eso se le da muy bien —le informé.

Llevamos a Monty a ver a un especialista en enfermedades tropicales que le habían recomendado. Le dio a mi madre toda clase de instrucciones. Había una posibilidad de curación parcial: necesitaba aire libre, continuos baños calientes y una vida tranquila. El problema más grave sería que, como le habían considerado un hombre casi moribundo, le habían llenado de drogas hasta tal extremo de que ahora le resultaría muy difícil cortar el hábito.

Al cabo de unos días instalamos a Monty y a Shebani en el piso de Powell Square, en Bayswater, donde se quedaron bastante contentos, aunque el criado se creó algunos problemas con los tenderos del barrio, pues entraba en las tiendas y se llevaba de buenas a primeras cualquier cosa, diciendo: «Es para mi amo», y salía de la tienda sin pagar. En Bayswater no apreciaban el sistema de compras a crédito utilizado en Kenia.

Después, finalizado el tratamiento médico en Londres, Monty y Shebani se trasladaron a Ashfield, donde, se pondría a prueba aquello de que madre e hijo «terminarían sus días en paz». La que casi se muere fue mi madre. Monty tenía su propio sistema de vida africano. Pedía las comidas cuando tenía apetito, aunque fueran las cuatro de la madrugada: ésa era una de sus horas favoritas. Tocaba los timbres, llamaba a los criados y pedía filetes con patatas.

—No entiendo qué quieres decir, mamá, cuando hablas de «tener consideración con los criados». Les pagas para qué te cocinen, ¿o no?

—Sí, pero no a mitad de la noche.

—Una hora antes del amanecer. En África me levantaba siempre a esa hora. Es la mejor forma de empezar el día.

Shebani fue quien realmente consiguió que las cosas funcionaran más o menos bien. Las viejas doncellas le adoraban. Le leían la Biblia y él escuchaba con el mayor interés. Les contaba historias de la vida en Uganda y de las proezas de su amo en la caza de elefantes.

Incluso insistió ante Monty para que fuera gentil con su madre.

—Es su madre, bwana. Debe hablarle con reverencia.

Al cabo de un año, Shebani regresó a África para reunirse con su mujer y su familia y las cosas se pusieron difíciles. Los sirvientes masculinos no tuvieron ningún éxito, bien con Monty, bien con mi madre. Madge y yo fuimos a Ashfield alternativamente, para dulcificar las cosas.

La salud de Monty mejoraba, con lo que resultaba más difícil de manejar. Se aburría mucho y, para pasar el tiempo, disparaba desde la ventana con un revólver. Los comerciantes y algunos de los visitantes de mi madre se quejaron. Pero Monty no se arrepentía.

—Una vieja solterona pasaba por el camino, balanceando sus pasaderas. No pude resistirlo: le disparé un par de veces a derecha e izquierda. ¡Dios mío, qué forma de correr!

Una vez disparó alrededor de Madge cuando paseaba por el jardín, dejándola completamente aterrorizada.

—¡Y no entiendo por qué! —dijo Monty—. No la hubiera tocado un pelo. ¿O es que se cree que no sé apuntar?

Alguien denunció los hechos y recibimos una visita de la policía. Monty les enseñó su licencia de armas y les contó, muy razonable, su vida como cazador en Kenia y su deseo de seguir adiestrando la puntería. Seguro de que alguna mujer idiota había creído que disparaban contra ella. No era cierto, es que había visto un conejo por allí. Como era Monty, los convenció. La policía aceptó su explicación. Como una cosa natural para un hombre que había llevado esa vida en África.

—La verdad es, niña, que no aguanto seguir aquí encerrado. Esta existencia tan regulada. Si al menos tuviera una pequeña casita de campo en Dartmoor; eso sí me gustaría. Aire y espacio, sitio para respirar.

—¿Eso es lo que de verdad te gustaría?

—Desde luego. Nuestra, pobre madre me vuelve loco. Todas esas comidas a una hora fija. Todo limpio y en su momento exacto. No

estoy acostumbrado.

Le encontré un pequeño bungalow de granito en Dartmoor. Encontramos también, casi de milagro, el ama de llaves adecuada para que se ocupara de él. Era una mujer de unos sesenta y cinco años y, cuando la vimos por primera vez, nos pareció absolutamente inapropiada. Tenía el pelo rubio teñido y lleno de rizos y llevaba bastante maquillaje. Vestía de seda blanca. Era viuda de un médico que había sido morfinómano. Había vivido la mayor parte de su vida en Francia y tenía trece hijos.

Fue como una respuesta a una oración. Era capaz de manejar a Monty como nadie lo había conseguido hasta entonces. Se levantaba y le cocinaba sus chuletas a medianoche, si se lo pedía. Pero Monty, al cabo de un tiempo, me dijo que se dejaba llevar por la señora Taylor pues, aunque lo hacía todo de buena gana, había que tener en cuenta que ya no era joven.

Sin que nadie se lo pidiera, la señora Taylor se puso a cavar el pequeño jardín y pronto produjo guisantes, patatas nuevas y judías francesas. Escuchaba con atención cuando Monty tenía ganas de hablar y no le prestaba ninguna cuando permanecía silencioso. Era maravilloso.

Mi madre recobró la salud. Madge no se preocupó más. Monty disfrutaba con las visitas de la familia y se comportaba siempre impecablemente en tales ocasiones, orgulloso de las deliciosas comidas que preparaba su ama de llaves.

Resultaron muy baratas las 800 libras que Madge y yo pagamos por el bungalow.

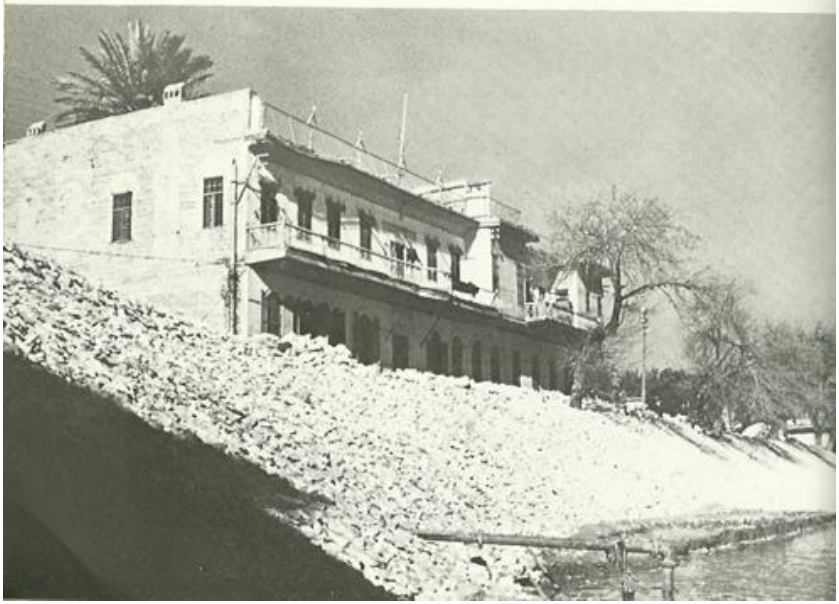
II

Al fin, encontramos nuestra casa de campo, aunque no era realmente lo que tanto había deseado. Sunningdale, como me temía, era un lugar excesivamente caro para vivir. Estaba lleno de casas modernas construidas alrededor del campo de golf, pero no había verdaderas casas de campo. Lo que encontramos fue una gran casa de estilo victoriano, situada en medio de un gran jardín, dividida en cuatro viviendas. Dos ya estaban ocupadas, las de abajo, pero había otras dos encima que aún estaban arreglando, y fuimos a verlas. Tenía cada una dos plantas con tres habitaciones en la primera y otras dos en la de arriba, y una cocina y un baño, por supuesto. Una de ellas era más atractiva que la otra con habitaciones mejor distribuidas y de mejor aspecto, pero la segunda tenía una pequeña habitación más y era también más barata, así que nos decidimos por ésta. Los inquilinos tenían derecho a utilizar el jardín y los pisos tenían agua caliente constante. El alquiler era más elevado que el de nuestro piso de Addison Road, pero no demasiado. Creo que costaba 120 libras. Firmamos, pues, el contrato, y preparamos el traslado.

Con Rosalind.

Magde y Jimmy Watts en la sala de estar de Abney.

Nuestra casa en Bagdad.



Visitábamos constantemente el piso, para vigilar lo que hacían los decoradores y pintores, que siempre era mucho menos de lo que habían prometido. Cada vez que íbamos nos encontrábamos con algo mal hecho. Uno de los principales problemas eran los papeles pintados. No es fácil equivocarse, sólo hay que colocarlos uno al lado del otro; pues aun así lo hacían mal. Sin embargo, al final, todo estuvo dispuesto a tiempo. Teníamos un cuarto de estar grande, con cortinas de cretona lila hechas por mí. Las del comedor, en cambio, eran bastante caras, porque nos habíamos enamorado de ellas y de sus tulipanes sobre un fondo blanco. Las de la habitación de Rosalind y Site eran de margaritas y ranúnculos. En el piso de arriba, Archie tenía un vestidor que además servía de cuarto de invitados de emergencia; las cortinas eran de colores muy violentos —amapolas escarlata y liebrecillos azules—; para nuestro dormitorio escogí unas con campánulas; no fue una elección realmente acertada, pues la habitación estaba orientada hacia el norte y pocas veces entraba el sol. El único momento en que estaban verdaderamente bonitas era cuando una se quedaba en la cama a media mañana y veía la luz pasar al través o durante la noche, con el azul ligeramente más pálido. La verdad es que eran como las campánulas en la naturaleza. En cuanto las traes a casa, se vuelven grises y decaídas y se niegan a mantener erguida la cabeza. Es una flor que no quiere que la capturen y sólo está alegre mientras permanece en los bosques. Me consolé a mí misma escribiéndoles una balada:

Balada del mes de mayo

El Rey salió a pasear una hermosa mañana del mes de mayo.
El Rey se tumbó para descansar y se durmió, dijeron.

Y cuando se despertó, todo estaba tranquilo,

(Era la hora de la magia).

y la Campánula, la salvaje Campánula, bailaba en el bosque.

El Rey dio un banquete a todas las flores (salvo una),

Con ojos hambrientos las observaba, buscando a una sola.

Allí estaba la Rosa, toda de satén,

El Lirio con su capucha verde,

Pero la Campánula, la salvaje Campánula, sólo baila en el bosque.

El Rey frunció el ceño con odio, la mano empuñando la espada.

Mandó a sus hombres que la apresaran y la trajeran ante su Señor.

Con cuerdas de seda la ataron,

Ante el Rey fue presentada,

Campánula, salvaje Campánula, que bailas en el bosque.

El Rey se levantó para recibir a la doncella con la que juró casarse.

El Rey cogió su corona dorada y se la puso en la cabeza.

y entonces empalideció y se estremeció,

Los cortesanos miraron con miedo,

A la Campánula, la gris Campánula, tan pálida y fantasmal allí.

Oh, Rey, vuestra corona es pesada, hará que mi cabeza se incline.

Los muros de vuestro palacio me encerrarán, a mí que soy tan libre como el aire.

El viento, ése es mi amante,

y el sol también lo es,

y Campánula, la salvaje Campánula, nunca será vuestra Reina.

El Rey guardó luto durante un año, y nadie pudo aliviar su dolor.

El Rey se fue a pasear por un sendero de enamorados.

Dejó a un lado su corona dorada,

Allí donde la Campánula, la salvaje Campánula, baila siempre en libertad.

El hombre del traje color castaño se vendió muy bien. The Bodley Head me urgió de nuevo para que firmara con ellos otro espléndido contrato. Me negué. El siguiente libro que les envié fue uno elaborado a partir de una narración breve que había escrito bastantes años atrás. Era una historia de la que estaba bastante orgullosa: hacía referencia a diversos sucesos sobrenaturales. La amplié un poco más, incluí unos cuantos personajes nuevos y se la envié. No la aceptaron. Lo sabía. En el contrato no había ninguna cláusula que especificase que todos los libros debían ser novelas policíacas o de suspense. Se refería simplemente a «la siguiente novela». Ésta era una novela y a ellos correspondía aceptarla o rechazarla. La rechazaron, así que ya sólo me que daba un libro más para acabar mi contrato. Y después, la libertad. La libertad y el asesoramiento de Hughes Massie, un asesoramiento de primera clase sobre lo que debía hacer y, aún más importante, sobre lo que no debía hacer.

El siguiente libro me salió completamente festivo, un poco en el estilo de *El misterioso señor Brown*. Me resultó muy fácil de redactar; estaba lleno de pasajes alegres y reflejaba la alegría que sentía en ese período concreto de mi vida, en el que todo marchaba sobre ruedas. Mi estancia en Sunningdale, la alegría de ver cómo crecía Rosalind día a día, haciéndose más divertida e interesante. Nunca he entendido a esas personas que quieren que sus hijos sean siempre unos bebés y lamentan cada año que pasa y los hace mayores. Había días en los que incluso me impacientaba: quería saber cómo sería Rosalind al cabo de un año y otro y otro. No hay nada más emocionante en este mundo, creo; que tener un hijo que es tuyo y que, a la vez, es un extraño. Tú eres la puerta a través de la que entra en el mundo y lo tienes a tu cargo durante un cierto período, pero después te abandonará y florecerá por su cuenta, en libertad, y entonces sólo podrás observar cómo es su vida. Es como una extraña planta que has traído a casa, la has plantado, y que te resulta muy difícil esperar a ver en qué se convertirá.

Rosalind se sintió feliz en Sunningdale. Estaba encantada con su hermosa bicicleta con la que recorría ardorosamente todo el jardín, cayéndose de vez en cuando pero sin quejarse nunca. Site y yo le advertíamos con frecuencia que no atravesara la puerta del jardín, pero creo que ninguna de las dos se lo había prohibido de forma

terminante. De cualquier modo, una mañana temprano, mientras estábamos ocupadas en el piso, cruzó la verja. Corrió a toda velocidad colinas abajo hacia la carretera principal y, por suerte, se cayó justo antes de llegar. Con la caída se le rompieron dos dientes delanteros. Como temía que aquello perjudicara la salida de los nuevos dientes, la llevé al dentista; Rosalind no se quejó, se sentó en el sillón con los labios firmemente cerrados y se negó a abrir la boca ante nadie. Cualquier cosa que yo dijera, o Site, o el dentista, la recibía en el más completo silencio y con la boca herméticamente cerrada. La saqué de allí y me puse furiosa con ella. Recibió todos los reproches en silencio, y, después de varias parrafadas de Site y mías, anunció al cabo de dos días que estaba dispuesta a ir al dentista.

—¿Te portarás bien, de verdad, o harás lo mismo que la otra vez?

—No, esta vez abriré la boca.

—Me imagino que estarías asustada, ¿no?

—Bueno, es que nunca puedes estar segura —dijo— de lo que van a hacer contigo.

Le di la razón, pero al, mismo tiempo le aseguré que todas las personas que conocíamos en Inglaterra, iban al dentista, abrían la boca y se dejaban hacer cosas en la dentadura, que siempre redundaban en su propio provecho. Rosalind se comportó estupendamente esta vez. Le quitaron los dientes rotos y me comentaron que quizá tendría que llevar una placa más adelante, aunque probablemente no haría falta.

Los dentistas entonces no eran tan inflexibles como durante mi infancia. Recuerdo que el nuestro se llamaba Hearn, y era un hombre bajito, de enorme dinamismo y con una personalidad que inmediatamente se imponía sobre sus pacientes. Le llevaron a mi hermana a la tierna edad de tres años. Madge, hundida en el sillón, se puso a llorar inmediatamente.

—Vamos a ver —le dijo el dentista—. Eso no puedo consentirlo. Nunca consiento que mis pacientes lloren.

—¿No? —dijo Madge, tan sorprendida que se calló al momento.

—No —le contestó—, es malo llorar y no lo permito.

Ya no tuvo más problemas con Madge.

Todos estábamos encantados con Scotswood, que era como se

llamaba la casa de Sunningdale. Era muy emocionante estar, otra vez en el campo. Archie era feliz, pues se encontraba muy cerca del campo de golf de Sunningdale. A Site también le gustaba porque se ahorraba los largos paseos hasta el parque, y Rosalind disfrutaba sobre todo con su hermosa bicicleta. Todo el mundo era feliz. Y eso a pesar de que, cuando llegamos con el camión de mudanzas, nada estaba listo. Los electricistas andaban aún de un lado para otro y resultaba muy difícil instalar los muebles. Teníamos continuos problemas con las cañerías, las luces y las cerraduras; estaba todo patas arriba.

En The Evening News había aparecido ya Anna la aventurera[47], y yo me había comprado mi Morris Cowley, un coche estupendo, mucho más seguro y mejor fabricado que los actuales. Lo que tenía que hacer era aprender a conducirlo.

Sin embargo, casi inmediatamente, se produjo una huelga general y, sin haber recibido más de tres lecciones de Archie, me anunció que tendría que conducirlo.

—Pero si no puedo. ¡No sé todavía!

—Oh, claro que sabes. Estás progresando muy de prisa.

Archie era un buen profesor y en aquellos tiempos no había necesidad de aprobar ningún examen. No existía aún el permiso de conducir. Desde el momento en que uno se ponía al volante de un automóvil, se convertía en responsable de lo que hiciera con él.

—No creo que sea capaz de conducirlo hacia atrás —le dije dubitativa—. Nunca va hacia donde yo quiero.

—No tendrás que dar marcha atrás —me dijo Archie para tranquilizarme—. Puedes dirigirlo perfectamente y eso es lo único importante. Si vas a una velocidad razonable, todo irá bien. Ya sabes cómo manejar el freno.

—Sí, eso es lo primero que me enseñaste.

—Claro que sí. Y no veo que haya ningún problema.

—Pero ¿y el tráfico? —dije desmayadamente.

—Bueno, del tráfico no te preocupes en absoluto, al menos al principio.

Archie había oído decir que había trenes eléctricos que salían de la estación de Hounslow, por lo que mi tarea sería la de ir hasta Hounslow con el coche, conduciéndolo Archie; allí Archie le daría la vuelta para colocado en la dirección de regreso a casa, y entonces

lo conduciría yo mientras él se dirigía a Londres.

La primera vez que lo hice fue una auténtica pesadilla. Estaba temblando de miedo, pero me defendí más o menos bien. Se me caló el motor un par de veces, por frenar más fuerte de lo debido, y conduje con un cuidado extremado, lo que no creo que fuese malo. Claro que el tráfico en las carreteras no se parecía en nada al de nuestros días y no exigía una especial pericia. Con tal de dirigir el coche razonablemente bien, sin tener que aparcarlo o darle la vuelta o girar demasiado, todo iba bien. El peor momento fue cuando tuve que girar hacia Scotswood y meter el coche en un garaje extremadamente estrecho, junto al de nuestros vecinos de abajo, una joven pareja apellidada Rawncliff.

La esposa informó a su marido:

—He visto a la del primer piso conduciendo esta mañana. Me parece que es la primera vez que lo hace. Entró en el garaje asustada y blanca como el papel. Pensé que tiraría el muro del garaje, pero aparcó bastante bien.

No creo que hubiera nadie en el mundo, salvo Archie, que me diera confianza bajo tales condiciones. Siempre le parecía muy normal que fuera capaz de hacer cosas sobre las que yo misma tenía serias dudas.

—Claro que puedes hacerlo —me decía—. ¿Por qué no? Si siempre estás pensando que eres incapaz, entonces nunca las harás.

Poco a poco, adquirí más confianza y, al cabo de cuatro días, me atreví a entrar en Londres y desafiar los peligros del tráfico. El coche me proporcionaba una enorme alegría. Es difícil imaginar hoy día lo mucho que cambiaba la vida de la persona que, en aquellos tiempos, tenía un automóvil. La posibilidad de ir a cualquier sitio que te apeteciera, a lugares a los que no podrías llegar con otro medio de transporte, es algo que te ampliaba enormemente el horizonte vital. Uno de los placeres mayores fue el de ir hasta Ashfield y recoger a mi madre para dar vueltas por ahí. Disfrutamos las dos enormemente. Fuimos a todas partes: a Dartmoor, a casa de unos amigos a los que nunca visitaba por las dificultades del transporte. El simple hecho de ir en coche nos encantaba. Pocas cosas me han proporcionado tanto placer, tanta alegría, como mi querido Morris Cowley de morro achatado.

Aunque de gran ayuda en las cosas cotidianas; Archie no me era

de ninguna utilidad con mis libros. De vez en cuando, sentía la necesidad de describirle alguna idea que se me había ocurrido o el argumento de una nueva novela, pero, después de hacerlo, me sonaba, incluso a mí misma, extraordinariamente banal, fútil y muchos otros adjetivos que no particularizaré. Archie me escuchaba con esa amable benevolencia que adoptaba cuando decidía prestar atención a lo que le decían. Al final, le preguntaba con timidez:

—¿Qué te ha parecido? ¿Crees que estará bien?

—Bueno, sí, no está mal —contestaba, sin el menor entusiasmo —. Pero no tiene mucho contenido, ¿no? Quizá le falta emoción, ¿no crees?

—Entonces, ¿no te parece suficientemente buena?

—Creo que puedes hacerlo mucho mejor.

Aquel argumento quedaba entonces archivado, muerto para siempre, según creía yo. Pero en realidad sucedía que, cinco o seis años más tarde, volvía a resucitarlo, o, más exactamente, resucitaba él solo y esa vez, sin sujetarlo a crítica alguna, antes de ponerlo en marcha, florecía satisfactoriamente y se convertía en uno de mis mejores libros. El problema es que resulta difícil para un autor describir con palabras un argumento literario en el curso de una conversación. Con un lápiz en la mano o sentada ante la máquina de escribir, la cosa sale ya formada, tal como debe salir; pero lo que resulta imposible es describir de viva voz lo que estás pensando; al menos, yo no puedo hacerlo. Al final, aprendí a no decir nada sobre un libro, antes de redactarlo. Las críticas, cuando ya está hecho, a veces son útiles; puedes discutir un punto o dejarte convencer, pero al menos ya sabes cómo le ha sentado a un lector. Tu propia descripción de lo que vas a narrar, en cambio, suena tan banal que, cuando te dicen que no vale nada, inmediatamente le das la razón a tu interlocutor.

Nunca he aceptado los cientos de peticiones que me han llegado solicitando que leyera el manuscrito de alguien. Una de las razones, por supuesto, es que, si empiezas una vez, siempre estarás haciendo lo mismo; pero la verdad es que no creo que un autor sea una persona competente para criticar. Su crítica siempre se verá influida por lo que él mismo hubiera escrito en tal o cual forma, lo que no quiere decir que eso sea lo más apropiado para otro autor distinto. Cada uno tiene su forma peculiar de expresarse.

Además, es posible que desanimes a una persona que no lo merece. Recuerdo que un amigo nuestro le presentó una de mis primeras narraciones a una renombrada escritora. Su informe fue adverso; dijo que el autor no llegaría nunca a ser un escritor. Lo que realmente quería decir, aunque no lo sabía porque era una autora y no un crítico, es que la persona que había escrito la narración estaba aún inmadura y sin experiencia, que todavía no estaba en disposición de crear algo que mereciera la pena. Un crítico o un editor hubiera sido más perceptivo, porque su profesión es precisamente descubrir los gérmenes de lo que quizá llegue a ser. Por eso no me gusta hacer críticas; creo que es muy fácil perjudicar a alguien.

La única cosa que quizás adelantaría en el terreno de la crítica es que el futuro escritor no haya tenido en cuenta el mercado al que se dirige. Por ejemplo, una novela de 30.000 palabras, en la actualidad es muy difícil de publicar. El autor posiblemente diga que su libro tiene que ser así de largo. Bueno, no estaría mal si fuera un verdadero genio, pero lo más probable es que no sea más que un simple artesano. SI está haciendo algo bien y además disfruta con ello, querrá que tenga la aceptación debida. Y en tal caso, deberá darle las dimensiones y la apariencia que se requieran. Si uno es carpintero, de nada le servirá hacer una silla cuyo respaldo tenga dos metros de alto. Nadie se sentaría en ella, por mucho que insista en que así está más bonita. Si uno quiere escribir un libro, que examine primero la extensión de los demás y que escriba acomodándose a esa extensión. Si quiere escribir un relato corto para un determinado tipo de revista, que lo haga de la longitud y del estilo de narración que se publique en dicha revista. Si lo que se pretende es escribir para uno mismo, entonces es muy distinto: se puede hacer de la extensión y forma deseadas; pero en ese caso, probablemente habrá que conformarse con haberla escrito. Es inútil creerse que uno es un genio de nacimiento; algunos lo son, pero muy pocos. No, uno es un artesano, un artesano de una actividad honesta. Debe aprender la destreza técnica y aplicar sobre ella sus ideas creativas; pero hay que someterse a la disciplina de la forma.

Por aquel entonces, precisamente, empecé a vislumbrar la posibilidad de ser una escritora profesional. Pero aún no estaba segura. Tenía todavía la idea de que escribir libros era simplemente

la sucesión natural al bordado de cojines.

Antes de que nos fuéramos de Londres para vivir en el campo, había tomado algunas lecciones de escultura. Era una gran admiradora de ese arte, mucho más que de la pintura, y aspiraba a ser una escultora. Pronto me desilusioné: comprendí que ése no era mi destino, porque no tenía ojo para captar las formas. No sabía dibujar, así que tampoco podría esculpir. Había pensado que la escultura sería diferente, que el sentir y manejar la arcilla bastarían para crear la forma. Pero me di cuenta de que realmente no veía las cosas. Era como no tener oído para la música.

Compuse unas canciones, más que nada por vanidad, poniendo música a unos versos míos. Repasé de nuevo el vals que había compuesto y comprendí que en mi vida había escuchado nada tan banal. De todos modos, algunas canciones no era tan malas; uno de los versos de la serie de Pierrot y Arlequín me gustaba bastante. Deseaba saber armonía y algo de composición; no obstante, comprendí que la actividad más adecuada para expresarme era escribir.

Compuse una sombría obra de teatro, cuyo tema principal era el incesto. Todos los promotores teatrales la rechazaron con firmeza. «Un tema desagradable», decían. Resulta curioso que, en nuestros días, ése sería precisamente el tipo de obra que atraería a los empresarios.

Escribí también una otra de teatro histórica sobre Akenatón. Me gustaba muchísimo. John Gielgud, más tarde, tuvo la amabilidad de criticármela. Me dijo que tenía puntos interesantes, pero que su montaje resultaba demasiado caro y que no tenía la suficiente dosis de humor. No había relacionado el humor con Akenatón, pero vi que estaba equivocada. Egipto tenía tantas posibilidades humorísticas como cualquier otro tema; hasta la tragedia tiene su punto de humor también.

III

Habíamos pasado tantas preocupaciones desde que regresamos de nuestra vuelta al mundo, que resultaba maravilloso entrar en ese período de prosperidad. Quizás en aquellos momentos debía haber desconfiado. Las cosas iban demasiado bien. Archie tenía el empleo que más le gustaba, con un jefe que a su vez era su amigo; le encantaba la gente con la que trabajaba; tenía lo que siempre había querido, que era pertenecer a un club de golf de primera categoría y jugar todos los fines de semana.

Mis libros marchaban bastante bien y empecé a considerar la posibilidad de ganar dinero escribiendo.

¿Me daba cuenta ya de que algo fallaba en el apacible transcurso de nuestros días? Creo que no. Y sin embargo notaba una cierta carencia, aunque era incapaz de definirla en términos exactos. La inicial atmósfera de compañerismo entre Archie y yo había desaparecido. Se habían acabado los fines de semana en que nos íbamos en autobús o tren a recorrer y explorar sitios nuevos.

Los sábados y domingos eran ahora los momentos más aburridos para mí. Con frecuencia, quise invitar a algunos amigos a que pasaran con nosotros los días festivos, pero Archie se opuso terminantemente, ya que eso destrozaría sus planes. Si teníamos invitados, tendría que quedarse más tiempo en casa, con lo que quizá perdería su segunda vuelta en el golf. Le propuse que jugara también al tenis en vez de tanto golf, pues teníamos varios amigos con los que había jugado ya en pistas públicas de Londres. La propuesta le horrorizó. El tenis, dijo, le echaría a perder por completo su tino para el golf. Se tomaba tan en serio ese deporte, que era como una religión.

—Mira —me decía—, tráete a una de tus amigas si quieres, pero

que no venga una pareja casada, porque entonces tendré que quedarme.

Pero eso no era tan fácil; la mayoría de nuestros amigos estaban casados y no podía invitar a la esposa sin invitar al marido. Tenía algunas amistades en Sunningdale, pero la sociedad de allí se dividía principalmente en dos tipos: los de edad madura, verdaderos apasionados de los jardines, que no hablaban prácticamente de otro tema; o los alegres y deportivos ricos que bebían mucho, tenían continuar fiestas y no eran realmente mi tipo, como tampoco lo eran, en este aspecto, de Archie.

Una pareja que sí vendría con nosotros algunos fines de semana eran Nan Watts y su segundo marido. Nan se había casado durante la guerra con un hombre llamado Hugo Pollock, con el que tuvo una hija, Judy; pero el matrimonio marchó mal y al final se divorció de su marido. Después, se casó de nuevo con un hombre llamado George Kon, quien era también un experto golfista, con lo que eso resolvía nuestro problema. George y Archie jugaban juntos y Nan y yo nos dedicábamos a los chismorreos y jugábamos partidas esporádicas de golf en los links reservados a las damas. Luego, nos reuníamos con los hombres en el chalet social a tomar una copa. Al menos, nos dábamos el gustazo de beber lo que más nos apetecía: un buen vaso de nata pura con algo de leche: lo mismo que tomábamos en la granja de Abney cuando éramos chiquillas.

Me disgusté mucho cuando Site nos abandonó; quería tomarse su profesión en serio y llevaba ya algún tiempo queriendo trabajar en el extranjero. Rosalind, me señaló, iría a la escuela al año siguiente, con lo que la necesitaría menos. Había oído hablar de un buen puesto en la embajada en Bruselas y le gustaría ocuparlo. No le apetecía nada dejarnos, dijo, pero quería progresar, ser una experta ama de llaves, viajar por todo el mundo y conocer algo de la vida. Aunque muy a mi pesar, le di la razón y la animé a que se marchara a Bruselas.

Recordé entonces lo bien que me lo había pasado con Marie y lo bonito que había sido aprender el francés sin derramar lágrimas y pensé que le sería muy útil a Rosalind una institutriz francesa. Punkie me escribió entusiasmada, diciéndome que conocía a la persona idónea, pero que era suiza, no francesa. La había visto ya

en alguna ocasión; y unos amigos conocían a su familia en Suiza. Me decía que Marcelle era una chica muy dulce y muy amable y que, probablemente, sería la persona más apropiada para Rosalind; la cuidaría mucho, dado su carácter tímido y nervioso. ¡Qué poco conocía Madge a mi Rosalind!

Así que Marcelle Vignou se presentó. Desde el primer momento tuve mis dudas. Punkie hablaba de una chica amable, encantadora y dulce, pero me causó una impresión distinta. Parecía un tanto aletargada, aunque de buen carácter, perezosa e insípida. Era de esas personas incapaces de manejar a los niños. Rosalind, que era razonablemente educada y de buen comportamiento, se convirtió, casi de inmediato, en lo que sólo puede describirse como poseída por el demonio.

Era increíble. Comprendí entonces lo que la mayoría de los educadores infantiles saben instintivamente: que un niño reacciona igual que un perro o que cualquier otro animal, cuando existe autoridad. Marcelle no tenía ninguna. Lo máximo que hacía era darle unas palmaditas en la cabeza, diciendo: «No, Rosalind, ¡*non, non*, Rosalind!», sin producir el menor efecto.

Verlas salir juntas a pasear era un espectáculo lamentable. Marcelle, como descubrí al poco tiempo, tenía los pies cubiertos de callos y juanetes. Andaba al ritmo de una tortuga. Cuando me di cuenta, la mandé a un pedicuro, pero no le arregló gran cosa. Rosalind, llena de energía, corría siempre delante de ella, con su aspecto tan británico, barbilla al viento, mientras la pobre Marcelle se arrastraba detrás, gritando: «¡Espérame, *attendez-moi*!»

—Pero bueno, ¿estamos dando un paseo o no? —le contestaba Rosalind, volviendo la cabeza por encima del hombro.

Marcelle, siguiendo una estúpida costumbre, trataba de hacer las paces con Rosalind comprándole bombones, que era lo peor que podía hacer. Rosalind los aceptaba, agradeciéndoselo educadamente, pero al cabo de dos minutos se comportaba peor que nunca. En casa era como una pequeña fiera. Se quitaba los zapatos y se los tiraba a Marcelle, le hacía muecas y se negaba a comer lo que le ponían.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté a Archie—. Es *horrible*. La castigo, pero no parece hacerle ningún efecto. Creo que le gusta torturar a la pobre chica.

—Seguro que a la niñera no le importa —me contestó—. Nunca he visto a nadie con un carácter tan apático.

—Quizá las cosas mejoren con el tiempo —le dije.

Pero no mejoraron, sino que empeoraron. Estaba realmente preocupada, porque no queda que mi hija se convirtiera en un demonio rabioso. Después de todo, si Rosalind se había comportado correctamente con dos niñeras y una institutriz, algo de culpa habría en la otra parte para que ahora se comportara tan mal.

—¿No te da lástima Marcelle, que viene a un país extraño como éste, en el que nadie habla su idioma? —le pregunté a Rosalind.

—Lo ha hecho porque ha querido —me respondió—. No hubiera venido si no lo hubiera deseado. Habla inglés bastante bien. Lo que pasa es que es tan, tan estúpida…

Nada, por supuesto, era más cierto.

Rosalind aprendía algo de francés, pero no mucho. A veces, los días de lluvia, les proponía que jugaran a cartas, pero mi hija me aseguraba que resultaba imposible enseñar a Marcelle a jugar.

—Ni siquiera retiene que un as vale cuatro y un rey tres —me decía con desprecio.

Le dije a Punkie que Marcelle era un fracaso.

—Oh, querida, y yo que pensaba que le gustaría mucho a la niña…

—Pues no le gusta nada. Al revés. Está siempre buscando formas de atormentar a la pobre chica, le tira cosas a la cara y la maltrata.

—¿Rosalind le tira cosas?

—Si, y cada vez se comporta peor.

Por fin, decidí que aquello no podía seguir así. ¿Qué necesidad teníamos de arruinar nuestras vidas? Hablé con Marcelle, le dije que las cosas no iban bien y que quizás estaría mejor en otro puesto; que la recomendada y tratada de buscarle un nuevo empleo, salvo que quisiera regresar a Suiza. Sin inmutarse, me dijo que había disfrutado bastante en Inglaterra, pero que preferiría regresar a Berna. Se despidió, le entregué el salario de un mes adicional y me decidí a buscar a alguien diferente.

Lo que más me convenía era una combinación de secretaria e institutriz. Rosalind, con cinco años, iría todas las mañanas a un pequeño colegio cercano, y mientras tanto yo dispondría de una secretaria taquimecanógrafa durante algunas horas. A lo mejor era

capaz de dictarle mis obras literarias. Parecía una buena idea. Puse un anuncio en el periódico pidiendo alguien que se ocupara de una niña de cinco años que pronto iría a la escuela, y que supiera taquimecanografía, añadiendo «preferiblemente escocesa». Había comprobado, ahora que había visto a muchos otros niños con sus cuidadores, que los escoceses tenían una mano especial para los pequeños. Los franceses carecían de autoridad y se dejaban desbordar por sus tareas; los alemanes eran buenos y metódicos, pero no tenía ningún interés en que Rosalind aprendiera alemán. Los irlandeses eran alegres, pero causaban problemas dentro de casa; entre los ingleses los había de todas clases. Así que tenía una cierta querencia por los escoceses.

Clasifiqué las diversas respuestas a mi anuncio, y en su momento me presenté en Londres, en un pequeño hotel cercano a Lancaster Gate, para entrevistar a una tal Charlotte Fisher. Me gustó la señorita Fisher en cuanto la vi. Era alta, de cabello castaño, unos veintitrés años, creo; tenía experiencia con niños, parecía extremadamente capacitada y su aspecto general era bastante agradable. Su padre era uno de los capellanes del rey en Edimburgo y párroco de Santa Columba en dicha ciudad. Sabía taquigrafía y mecanografía, aunque últimamente no había practicado mucho. Le gustaba la idea de trabajar como secretaria, además de cuidar a una niña.

—Hay otra cosa aún —le dije, vacilante—. ¿Cree usted, esto… cree usted que puede, quiero decir, se lleva usted bien con señoras mayores?

La señorita Fisher me lanzó una mirada algo extrañada. De pronto me di cuenta de que estábamos en una habitación en la que habría unas veinte damas de edad avanzada, cosiendo, haciendo punto o leyendo revistas ilustradas. Todos sus ojos se volvieron lentamente hacia mí, cuando formulé la pregunta. La nueva niñera se mordió el labio para no reírse. No me había dado cuenta de la situación; sólo me había preocupado de cómo plantearle la pregunta. Mi madre era ahora una persona muy difícil de tratar; a la mayoría de la gente, a medida que se hacen viejos, les ocurre lo mismo, pero a mi madre, que toda la vida había sido muy independiente y que se cansaba y aburría con facilidad de la gente, se le acentuaba mucho más. Jessie Swannell, por ejemplo, había

sido incapaz de aguantarla.

—Creo que sí —me contestó Charlotte Fisher en tono desapasionado—. Nunca he tenido dificultades.

Le expliqué que mi madre era muy mayor, ligeramente excéntrica, inclinada a pensar que siempre sabía más que los demás y bastante difícil de tratar. Como Charlotte no se alarmó en absoluto, convinimos que trabajaría conmigo tan pronto como dejase su actual empleó, que era, según creo, cuidar de los hijos de un millonario que vivía en Park Lane. Tenía una hermana un poco mayor que ella y me preguntó que si podría invitarla de vez en cuando. Le dije que no habría ningún problema.

Así es como Charlotte Fisher se convirtió en mi secretaria; Mary Fisher, su hermana, nos ayudaba siempre que era necesario, y continuaron conmigo como amiga, secretaria, institutriz y chica para todo durante muchos años. Charlotte es todavía una de mis mejores amigas.

La llegada de CharIotte, Carlo como Rosalind empezó a llamarla al cabo de un mes, fue como un milagro. No había traspasado aún el umbral de Scotswood, cuando mi hija se transformó misteriosamente en la buena chica de los tiempos de Site. ¡Como si la hubieran exorcizado con agua bendita! Ya no le tiraba los zapatos a nadie, contestaba con toda educación y, por lo visto, se lo pasaba muy bien en compañía de Carlo. El demonio rabioso había desaparecido.

—Aunque le diré —me comentó CharIotte más tarde—, que parecía un animal salvaje cuando llegué; nadie se había ocupado de cortarle el flequillo en mucho tiempo: le caía encima de los ojos y miraba a través de los cabellos.

Así se reanudó el período de felicidad en nuestras vidas. Tan pronto como Rosalind empezó a ir al colegio, me preparé para dictar una novela. Me ponía tan nerviosa la idea, que lo iba posponiendo día tras día. Por fin, llegó el momento: Charlotte se sentó enfrente de mí con su bloc de notas y un lápiz. Clavé la mirada, desconsoladamente, en la repisa de la chimenea y articulé unas cuantas frases destartaladas. Sonaban fatal. A cada palabra, dudaba y me paraba. Todo lo que le dictaba resultaba artificial.

Persistimos durante una hora. Bastante más tarde, Carlo me dijo que también ella temía el momento en que empezáramos con el trabajo literario. Aunque había seguido un curso de taquimecanografía nunca había practicado mucho, y en los últimos días se había dedicado a refrescar sus conocimientos, tomando directamente los sermones de la iglesia. Le daba terror que le dictara con mucha rapidez, pero la verdad es que cualquiera hubiera escrito correctamente mis palabras, incluso sin ayuda de la taquigrafía.

Después de ese desastroso comienzo, las cosas fueron mejorando; de todos modos, para mi labor creativa me sentía más a gusto escribiendo las cosas a mano o pasándolas a máquina. Resulta curioso cómo el escuchar tu propia voz te cohíbe e incapacita para expresarte como es debido. Sólo hace cinco o seis años que, cuando me rompí una muñeca y no pude utilizar la mano derecha, empecé a usar un dictáfono y me acostumbré al sonido de mi voz. El inconveniente de los magnetófonos, sin embargo, es que te estimulan a ser demasiado parlanchín.

No hay duda alguna de que el esfuerzo que implica escribir a máquina o a mano hace que uno se contenga en las descripciones e indique lo justo y necesario. Creo que este tipo de economía es especialmente necesaria en las narraciones policíacas. Molesta ver la misma cosa repetida tres o cuatro veces. Pero cuando se habla por el dictáfono, con frecuencia se cae en la tentación de decir lo mismo una y otra vez, con palabras ligeramente diferentes. Después se puede borrar, claro, pero resulta irritante y destruye el suave fluir que se obtiene de la otra forma. El ser humano es perezoso por naturaleza, de forma que no escribirá más de lo que sea necesario para expresar lo que quiere decir.

Es evidente que existe una longitud adecuada para todo. Para mí, la extensión apropiada de una narración policíaca es de 50.000 palabras. Ya sé que los editores lo consideran demasiado corto. Quizá los lectores se sientan ligeramente estafados al pagar por tan pocas palabras; a lo mejor es preferible llegar a las 60.000 ó 70.000; pero si escribes un libro de mayor extensión, posiblemente te arrepentirás. Para una narración corta de suspense, 20.000 palabras me parecen la extensión adecuada. Por desgracia, cada vez hay menos mercado para este tipo de narraciones y los autores suelen

estar mal remunerados. Es preferible continuar la historia y convertirla en una novela completa. La técnica de la narración corta no creo que sea en absoluto apropiada para un relato policíaco. Quizá sí para una historia de suspense, pero no para una policíaca. Los relatos de Mr. Fortune, de H.C. Bailey, eran bastante buenos en esta línea, porque eran más largos que los que solían aparecer en las revistas.

Por aquel tiempo, Hughes Massie me había ligado a un nuevo editor, William Collins, con quien permanezco aún mientras escribo estas páginas.

Mi primer libro para ellos, *El asesinato de Rogelio Ackroyd*, fue, con gran diferencia, el de más éxito hasta entonces; de hecho todavía se recuerda y se cita. Le apliqué una buena fórmula, que en parte se la debo a mi cuñado James, quien unos años antes había comentado, con cierto mal humor:

—Hoy día, en las novelas policíacas, casi todo el mundo parece el criminal, hasta el propio detective. Pero lo que a mí me gustaría ver es a un Watson convirtiéndose en el auténtico asesino. La idea me pareció muy original y la rumié durante bastante tiempo. Sucedió también que Lord Louis Mountbatten, como entonces se llamaba, me sugirió una idea parecida; me propuso una narración escrita en primera persona por alguien que después resultaría el criminal. Me llegó su carta cuando estaba bastante enferma, y aún no sé si le contesté o no.

Pensé que era una idea magnífica y la estudié durante mucho tiempo. Tenía enormes dificultades, por supuesto. Era muy difícil que Hastings asesinase a alguien sin que resultara una especie de engaño. A pesar de todo mucha gente opina que *El asesinato de Rogelio Ackroyd* es un engaño; pero si lo leyeran cuidadosamente, verían que están equivocados. Los pequeños lapsos de tiempo que hay en el libro quedan astutamente ocultos en frases ambiguas, y el doctor Sheppard, al anotarlos, sintió un gran placer en no escribir nada más que la verdad, aunque no toda la verdad.

Dejando aparte *El asesinato de Rogelio Ackroyd*, todo marchaba sobre ruedas. Rosalind fue por primera vez al colegio, en el que disfrutaba enormemente, rodeada de agradables amigos. Teníamos un piso y un jardín hermosos; yo seguía con mi adorado Morris de morro achatado; tenía a Carlo Fisher y una verdadera tranquilidad y

paz doméstica. Archie pensaba, hablaba, soñaba, dormía y vivía para el golf; su digestión mejoró, con lo que sufría menos de dispepsia nerviosa. Todo era lo mejor en el mejor de los mundos posibles, como decía el doctor Pangloss[48].

Algo, sin embargo, faltaba en nuestras vidas: un perro. El querido Joey había muerto mientras nos encontrábamos en el extranjero, por lo que decidimos comprar un cachorro de terrier de pelo blanco, al que llamamos Peter. Peter, por supuesto, se convirtió en el rey de la casa. Dormía en la cama de Carlo y se comía toda clase de zapatillas y las pelotas para perros que se anunciaban como indestructibles.

La ausencia de problemas económicos resultaba muy agradable, después de todo lo que habíamos sufrido en el pasado y quizá se nos subió a la cabeza un poquito. Pensábamos en cosas con las que nunca habíamos soñado. Archie me dejó un día electrizada al decirme repentinamente que le gustaría tener un coche verdaderamente rápido. Creo que se había animado con el Bentley que tenían los Strachans.

—Pero si ya tenemos coche —le dije, sorprendida.

—Ah, pero me refiero a algo verdaderamente especial.

—Podríamos tener un nuevo hijo —le señalé. Llevaba ya algún tiempo pensando en esa posibilidad con gran placer.

Archie descartó la idea.

—No quiero ninguno más —dijo—. Rosalind me satisface por completo; es suficiente.

Archie estaba loco con Rosalind. Disfrutaba jugando con ella, y hasta le dejaba que le limpiara los palos de golf. Se comprendían mutuamente, creo, mejor que Rosalind y yo. Tenían el mismo sentido del humor y entendían en seguida los puntos de vista del contrario. A Archie le gustaba su firmeza y su desconfiada actitud mental: nunca daba nada por sentado. Se había preocupado por anticipado ante la llegada de Rosalind, temiendo, como decía, que a partir de entonces nadie le hiciera caso.

—Por eso esperaba que fuera una niña —decía—. Un niño hubiera sido mucho peor. A una hija la soporto perfectamente; con un hijo hubiera sido muchísimo más duro.

Y ahora, ante mi sugerencia, replicó:

—Si ahora tuviéramos un hijo, todo se estropearía. Y, de todas

formas —añadió—, tenemos mucho tiempo por delante.

Reconocí que teníamos mucho tiempo y, más bien de mala gana, cedí a su deseo de comprar un Delage de segunda mano que ya había visto y casi reservado. El Delage nos proporcionó muchas alegrías. Me encantaba conducirlo y a Archie también, aunque había tanto golf en su vida que tenía poco tiempo para dedicar al coche.

—Sunningdale es un lugar perfecto para vivir —me dijo un día —. Tiene todo lo que deseaba. Está a la distancia justa de Londres y ahora van a inaugurar el campo de golf de Wentworth y a urbanizar allí unos terrenos. Posiblemente nos compraremos una verdadera casa.

Era una idea excitante. Aunque en Scotswood estábamos cómodos, tenía algunas desventajas. La administración de la casa no era excesivamente cuidadosa. Las conexiones eléctricas siempre nos causaban problemas; la anunciada agua caliente constante, no era ni constante ni caliente; el lugar carecía de unas medidas de conservación adecuadas. Nos encantaba la idea de poseer una casa verdaderamente nuestra.

Estudiamos al principio la posibilidad de comprar una casa nueva, construida en la heredad de Wentworth, que acababa de adquirirla un constructor. Harían allí dos campos de golf —probablemente un tercero más tarde—, y en el resto de la finca construirían casas de todas clases y tipos. Archie y yo dedicábamos casi todas las tardes del verano a recorrer Wentworth en busca de un emplazamiento que nos gustase. Al final, nos decidimos por tres lugares. Fuimos a ver al constructor encargado de los terrenos. Queríamos una superficie de unos siete mil metros cuadrados de terreno. Preferíamos los terrenos de la zona de pinares y bosques, para no tener que trabajar demasiado en el jardín. El constructor parecía muy amable y atento: Le explicamos que queríamos una casa más bien pequeña; no me acuerdo qué es lo que pensábamos que nos costaría supongo que alrededor de 2.000 libras. Nos enseñó los planos de una casita completamente detestable, llena de adornos modernos feísimos y por la que pedía la colosal suma de 5.300 libras. Nos quedamos completamente abatidos. Al parecer, no había posibilidades de que construyeran algo más barato: ése era el límite mínimo. Renunciamos con tristeza. Decidimos, no obstante, que yo

adquiriera una obligación de 100 libras sobre el club de Wentworth, que me daría derecho a jugar al golf los sábados y domingos, como una especie de punta de lanza para el futuro. Después de todo, como habría dos campos de golf, podría jugar al menos en uno de ellos sin sentirme como una jugadora de cuarta o quinta categoría.

Sucedió, sin embargo, que mis ambiciones golfísticas recibieron un repentino espaldarazo: gané un campeonato. No me había sucedido hasta entonces y nunca más volvió a suceder. Tenía un hándicap oficial de 35 (el límite), pero ni siquiera con eso era probable que ganara alguna vez. Sin embargo, me enfrenté en las finales a una tal señora Burberry —una mujer muy agradable, algo mayor que yo—, quien tenía también un hándicap de 35 y era tan nerviosa e insegura como yo.

Nos saludamos muy felices, encantadas de haber llegado hasta la final. En el primer agujero quedamos empatadas. Pero a partir de ahí, mi oponente, ante su propia sorpresa y mi depresión, me ganó no sólo en el siguiente agujero, sino en el siguiente y en el otro, y así sucesivamente hasta que en el número nueve me llevaba ocho golpes de ventaja. Todas mis leves esperanzas de hacer un buen papel me abandonaron y, estando tan alejada de mi contrincante, me sentí completamente tranquila y feliz. Seguiría ahora el recorrido sin mayores preocupaciones, hasta que llegara el momento, no muy lejano, en que la señora Burberry ganara el partido. Pero en ese momento, mi oponente empezó a desmoronarse. La ansiedad se apoderó de ella. Perdió agujero tras agujero, y yo, sin poner atención, gané uno tras otro. Lo increíble había sucedido. Me llevé el trofeo de plata por un golpe de ventaja en el último recorrido. Creo que aún lo conservo en algún lugar.

Al cabo de un par de años, y tras haber observado innumerables casas —lo que siempre ha sido uno de mis pasatiempos favoritos—, redujimos nuestras posibilidades de elección a dos. Una estaba bastante lejos, no era demasiado grande, y tenía un hermoso jardín. La otra estaba cerca de la estación; era una especie de suite del Hotel Savoy para millonarios, trasladada al campo y decorada sin reparar en gastos. Las paredes estaban forradas de madera, había cuartos de baño por todas partes y tenía todo los lujos imaginables. Había pasado por varias manos en los últimos años y se decía que traía mala suerte: todo el que había vivido allí había tenido

problemas de algún tipo. El primer propietario se arruinó; el segundo perdió a su mujer. No sé lo que les pasó a los terceros; me parece que el matrimonio se separó. De todas formas la casa era bastante barata, pues llevaba bastante tiempo en oferta. Tenía un jardín muy agradable, largo y estrecho, que comprendía primero una zona de césped, después un riachuelo con muchas plantas acuáticas y, a continuación, un jardín salvaje con azaleas y rododendros que terminaba en un pequeño huerto muy cuidado. Lo que resultaba bastante dudoso era si podríamos mantener una casa tan lujosa. Aunque obteníamos unos ingresos considerables —los míos más irregulares, los de Archie bien seguros—, nuestro capital era, por desgracia, muy escaso. No obstante, conseguimos una hipoteca y, sin dudarlo, nos trasladamos a vivir allí.

Añadimos los elementos decorativos que nos parecieron necesarios, alfombras, cortinas, etc., y nos embarcamos en un tren de vida que, sin duda, estaba por encima de nuestros medios, aunque sobre el papel los cálculos parecían correctos. Teníamos dos automóviles, el Delage y mi querido Morris de morro achatado, y también más criados: un matrimonio y una doncella. Del matrimonio, la esposa había sido cocinera en alguna casa ducal y se suponía, aunque nunca se confirmó formalmente, que su marido había sido el mayordomo en dicha casa. Descubrimos en seguida que no tenía ninguna capacidad como tal; en cambio, su mujer cocinaba estupendamente. Al final, supimos que sólo había sido mozo de equipajes. Era un hombre muy perezoso. Se pasaba la mayor parte del día tumbado en su cama y casi todo lo que hacía era sentarse a la mesa a esperar la comida. Los intervalos en que no estaba tumbado se iba a la taberna cercana. Dudamos entre desembarazamos de él o no. Al final pensamos que la cocina tenía mayor importancia y nos resignamos a conservarlo con nosotros.

Seguimos, pues, adelante con nuestros sueños de grandeza y sucedió lo que era de esperar. Al cabo de un año empezamos a tener preocupaciones económicas. Nuestra cuenta bancaria se disolvía, al parecer, a una velocidad extraordinaria. Nos dijimos, no obstante, que haciendo algunas economías todo iría perfectamente.

A sugerencia de Archie, bautizamos la casa con el nombre de Styles, pues el primer libro que me abrió camino en la literatura fue *El misterioso caso de Styles*. Colgamos también el cuadro que había

servido de portada en dicha novela y que me había regalado The Bodley Head.

Styles resultó lo que había sido en el pasado para sus anteriores propietarios. Era una casa con gafe. Creo que ya lo presentí la primera vez que entré en ella. Desde el principio me pareció que la decoración era demasiado llamativa y poco natural para estar en el campo. Cuando cambiáramos todo y lo decoráramos al estilo campesino, sin aquellos paneles, pinturas y ornamentos, entonces, me dije, resultaría distinto.

IV

El siguiente año es uno de los pocos que odio recordar. Como tantas veces sucede en la vida, cuando una cosa va mal, toda va mal. Al mes de regresar a casa, tras unas cortas vacaciones en Córcega, mi madre sufrió una bronquitis muy seria. Estaba aún en Ashfield. Fui a reunirme con ella y después me reemplazó Punkie. Poco después, mi hermana me envió un telegrama para decirme que trasladaba a mi madre a Abney, donde posiblemente recibiría mejores cuidados. En efecto, mejoró algo, pero ya no volvió a ser la misma. Salía muy poco de su habitación. Supongo que sus pulmones quedaron seriamente afectados y además había cumplido ya setenta y dos años. No creí que la enfermedad fuera tan grave como después resultó —tampoco creo que Punkie lo supiera—, pero una o dos semanas después me telegrafiaron para que fuera inmediatamente; Archie estaba en España en viaje de negocios.

Mientras iba en el tren hacia Manchester, supe, de forma repentina, que mi madre había muerto. Sentí una sensación de frío, que me invadió de pies a cabeza y me hizo estremecer, y pensé: «Mamá ha muerto».

Era verdad. Miré a mi madre que yacía en la cama y pensé en lo cierto que era aquello de que, una vez muerto, lo único que queda es el caparazón. Toda su vehemencia, encanto e impulsiva personalidad estaban en algún lugar muy lejos de allí. En los últimos años me había repetido con frecuencia: «Hay veces en que siento una gran ansiedad por salir de este cuerpo tan gastado, tan viejo, tan inútil. Me gustarla verme liberada de esta prisión». Eso era lo que sentía por ella. Se había liberado de su prisión. Pero nos dejaba a todos la enorme tristeza de su desaparición.

Archie no pudo venir al funeral, porque estaba todavía en

España. Ya había vuelto a Styles cuando él regresó, una semana después. Había notado desde siempre que Archie sentía un violento desagrado por todo lo que significara enfermedad, muerte y preocupaciones de cualquier clase. Aunque son cosas que se conocen perfectamente, nunca se tienen en cuenta o se les presta atención hasta que se presenta una emergencia. Recuerdo que Archie entró en la habitación, muy cortado y violento, aparentando una cierta jovialidad.

—¡Hola, aquí estoy de nuevo! Bueno, tienes que sobreponerte, aunque hayas perdido a una de las tres personas que más quieres en el mundo.

Y luego, ante mi silencio, prosiguió:

—Tengo una idea estupenda, a ver qué te parece: la semana próxima me voy de nuevo a España; ¿qué tal si vienes conmigo? Nos divertiremos mucho y estoy segura de que eso te distraerá.

Pero yo no quería distraerme. Quería permanecer con mi tristeza y acostumbrarme a ella. Así que se lo agradecí y le dije que me quedaría en casa. Ahora veo que me equivoqué. Archie y yo teníamos toda una vida por delante. Éramos felices juntos, estábamos muy seguros el uno del otro y ninguno de los dos hubiera pensado siquiera en la posibilidad de separamos. Pero Archie odiaba el sentimiento de tristeza que reinaba en la casa y eso le hacía blanco de otras influencias.

Por otro lado, estaba el problema de arreglar Ashfield. Durante los últimos cuatro o cinco años, se habían acumulado allí toda clase de trastos: las cosas de mi abuela y todas las que mi madre no sabía qué hacer con ellas y que las había encerrado en cualquier parte. No había dinero para reparaciones; el techo se caía y algunas habitaciones estaban llenas de goteras. Al final, mi madre había estado viviendo en sólo dos habitaciones. Alguien tenía que enfrentarse con aquello y esa persona era yo. Mi hermana tenía demasiadas preocupaciones, aunque me prometió que vendría dos o tres semanas en el mes de agosto. Archie pensaba que lo mejor sería alquilar Styles durante el verano, lo que nos representaría una buena suma y nos sacaría de los números rojos. Él viviría en su club de Londres y yo iría Torquay a ocuparme del arreglo de Ashfield. Se reuniría conmigo en agosto y, cuando Punkie llegara, le dejaríamos a Rosalind y nos iríamos al extranjero, a un lugar en el que no

habíamos estado nunca, llamado Alassio, en Italia.

Así que dejé a Archie en Londres y me fui a Ashfield.

Supongo que por entonces estaba ligeramente enferma y bastante débil, pero el revolver la casa patas arriba, con todos sus recuerdos y el enorme trabajo que significaba, las noches sin dormir y la tristeza que aún me embargaba, hizo que me sintiera en un estado de nerviosismo tal que casi no sabía lo que hacía. Trabajaba diez o doce horas al día, abriendo habitación por habitación y llevando todo de un lado para otro. Era terrible: las ropas apolilladas, los baúles de la abuelita llenos de vestidos viejos, todos los trastos de los que nadie había querido desprenderse y que ahora había que liquidar. Cada semana teníamos que pagarle al barrendero una cierta cantidad, para que se llevara todo lo que dejaba en la calle. Había cosas de las que era difícil desembarazarse, como la enorme corona de flores de cera del funeral de mi abuelo, que descansaba bajo una enorme cúpula de cristal. No quería seguir toda mi vida con ese enorme trofeo, pero ¿qué hacer con él? No se podía tirar a la basura. Por fin, encontré una solución: la señora Potter, la cocinera de mi madre, siempre lo había admirado. Así que se lo regalé y quedó encantada.

Ashfield era la primera casa en la que mi padre y mi madre habían vivido después de su matrimonio. Entraron unos seis meses antes de que Madge naciera y permanecieron en ella desde entonces, añadiendo continuamente nuevas alacenas para almacenar cosas. Poco a poco, las habitaciones se convirtieron en despensas. La sala de clases, en la que tantos días felices pasé durante mi niñez, era ahora un enorme cuarto lleno de cajas y baúles: todo lo que la abuela no había conseguir subir a su habitación.

Un nuevo golpe del destino fue la pérdida de mi querida Carlo. Su padre y su madrastra habían estado viajando por África, cuando, de repente, se enteró de que aquél estaba muy enfermo, en Kenia y de que el médico había dicho que tenía cáncer. Aunque su padre no lo sabía, su madrastra sí y, según parece, no le daban más que seis meses de vida. Carlo regresaría a Edimburgo tan pronto como volvieran de África y se quedaría allí hasta que llegara el fatal desenlace. Me despedí de ella con lágrimas en los ojos. Carlo no quería en modo alguno abandonarme justo en aquellos momentos

de confusión e infelicidad, pero se trataba de algo prioritario e ineludible. No obstante, pensé que con seis semanas más terminaría todo y que probablemente volvería con nosotros.

Trabajé como un demonio de lo ansiosa que estaba por terminar. Había que examinar todos los baúles y cajas con mucho cuidado, pues no quería tirarlo todo así como así. Entre las cosas de la abuela nunca sabías lo que podías encontrar. Cuando, salió de Ealing, había insistido en empaquetar ella misma muchas de sus pertenencias, pues sabía que éramos muy capaces de tirar a la basura sus tesoros más queridos. Iba a romper un montón de cartas, cuando descubrí que un viejo sobre arrugado contenía ¡una docena de billetes de 5 libras! La abuela había sido como una ardilla, escondiendo sus nueces aquí y allá para que escaparan a los rigores de la guerra. En una ocasión, encontré un broche de diamantes envuelto en una media vieja.

Me sentía confundida y aturdida. Nunca tenía hambre y cada vez comía menos. Había momentos en que me sentaba, me cogía la cabeza entre las manos y trataba de recordar qué es lo que tenía que hacer. Si Carlo hubiera estado conmigo, me hubiera ido algún fin de semana ocasional a Londres para estar con Archie, pero así no podía dejar a Rosalind sola en la casa y no tenía ningún otro lugar adónde ir.

Le propuse a Archie que viniera algún fin de semana a Ashfield: me haría un gran bien y aliviaría la situación de soledad en la que me encontraba. Pero me contestaba que sería una solemne tontería hacerlo. El viaje salía bastante caro y, como no podía irse antes del sábado y el domingo por la noche ya tenía que estar de vuelta en Londres, no valía la pena. Sospeché que lo que no quería era perderse la partida de golf de los domingos, aunque deseché ese pensamiento como indigno de Archie y de mí. Archie añadía en su respuesta, en tono alegre, que pronto estaríamos, de nuevo reunidos.

Se apoderó de mí una terrible sensación de soledad. Ni siquiera me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, estaba realmente enferma. Había sido siempre una mujer extremadamente fuerte y no tenía ni idea de cómo la infelicidad, las preocupaciones y el exceso de trabajo afectaban a la salud física. No obstante, me preocupé bastante un día en que, al ir a firmar un cheque, se me olvidó el

nombre con el que tenía que firmar.

Me sentía exactamente como Alicia en el País de las Maravillas, cuando toca el árbol.

«Por supuesto —me dije— que sé *perfectamente* cuál es mi nombre. Pero ¿cómo me llamo?» Estaba allí sentada, con la pluma en la mano y con una extraordinaria sensación de frustración ¿Con qué letra empezaba? ¿Me llamaba quizá Blanche Amory? Me sonaba aquel nombre. Entonces recordé que era un personaje secundario de Pendennis, un libro que no había vuelto a leer desde hacía muchos años.

Recibí una nueva advertencia dos o tres días después, Fui a arrancar el coche, que normalmente había que poner en marcha con una manivela de arranque (en realidad, aún no estoy segura en la actualidad de que los coches arranquen sin manivela). Empecé a dar vueltas y vueltas a la manivela y no lo conseguí; entonces, me puse a llorar desconsolada, entré en casa y me tumbé en un sofá, sollozando. Aquello me preocupó bastante. Ponerse a llorar porque el coche no arranca: me estaba volviendo loca.

Muchos años después, alguien que estaba pasando por un período de infelicidad, me dijo:

—Sabes, no entiendo qué es lo que me sucede. Lloro por nada.

El otro día no vinieron los de la lavandería y me puse a llorar. Al día siguiente, el coche no quiso arrancar y…

Algo se revolvió dentro de mí al escucharle y le dije:

—Ándate con mucho cuidado; probablemente estás al principio de una crisis nerviosa. Vete a un médico en seguida.

En aquellos tiempos no sabía nada de eso. Me daba cuenta de que estaba desesperadamente cansada y de que la tristeza por la pérdida de mi madre seguía bien dentro de mí, aunque tratase —quizá con demasiados esfuerzos—, de apartarla de mi mente. Si estuviera conmigo Archie, o Punkie, o alguien, todo se arreglaría.

Tenía a Rosalind, pero evidentemente no iba a decirle nada que la perturbara o a explicarle que me sentía desdichada, preocupada o enferma. Se encontraba muy a gusto allí, disfrutando mucho de Ashfield como siempre, y ayudándome además en mis tareas. Le encantaba bajar cosas por las escaleras y depositarlas en los cubos de basura; a veces se quedaba con algo.

—No creo que nadie quiera esto —decía, guardándoselo—, y

puede ser muy divertido tenerlo.

El tiempo pasaba, las cosas se iban arreglando y, por fin, veía el fin de mis fatigas. Llegó el mes de agosto, y el día 5 era el cumpleaños de Rosalind. Punkie llegó dos o tres días antes y Archie el día 3. Rosalind estaba muy contenta ante la perspectiva de estar con la tía Punkie durante las dos semanas en que Archie y yo nos iríamos a Italia.

V

¿Qué puedo hacer para apartar
de mis ojos el recuerdo?

escribió Keats. Pero ¿se puede apartar? Si una ha elegido mirar hacia atrás en la larga jornada que constituye su vida, ¿tiene derecho a ignorar los recuerdos que le desagradan? ¿No será más bien una cobardía?

Creo que se puede echar un breve vistazo y decir: «Sí, eso es parte de mi vida, pero es algo completamente acabado. Es una simple hebra en el entretejido de mi existencia. La reconozco, porque forma parte de mí. Pero no hay necesidad de extenderse sobre ello».

Cuando Punkie llegó a Ashfield me sentí feliz. Después llegó Archie.

La forma más aproximada de describir lo que sentí en aquel momento es la de recordar una vieja pesadilla mía: el horror de sentarme ante la mesa del té, mirar a mi amigo más querido y comprender súbitamente que la persona que tenía enfrente era una extraño. Eso, creo, es lo que era Archie cuando llegó.

Sus saludos y efusiones fueron completamente normales, pero me di cuenta de que no era el mismo Archie. No sabía qué le sucedía. Punkie también lo advirtió y me preguntó si estaba enfermo o le pasaba algo. Le contesté que quizá sí. Archie, en cambio, dijo que se encontraba estupendamente. Pero hablaba muy poco con nosotras y procuraba estar casi siempre fuera de la casa. Le pregunté por los billetes para AIassio y me contestó:

Ah, sí, bueno… bueno, todo está arreglado. Ya te contaré más tarde.

Era un extraño. Me estrujé el cerebro para comprender qué le

pasaba. Temí por un momento que algo no fuera bien en su trabajo. ¿Se habría apropiado de algún dinero? No, no podía creer eso de Archie. ¿O quizá se habría embarcado en alguna transacción para la que no estaba debidamente autorizado? ¿Algo que no quería decirme? Se lo pregunté:

—¿Qué te sucede, Archie?

—Oh, nada especial.

—Pero tiene que haber algo.

—Bueno, supongo que es mejor que te lo diga. Nosotros, bueno, yo, no he cogido los billetes para Alassio. No me apetece ir al extranjero.

—¿No vamos a salir entonces?

—No, ya te he dicho que no me apetece.

—Ah, quieres quedarte aquí, a jugar con Rosalind, ¿no? Es eso, ¿verdad? Bueno, nos lo pasaremos igual de bien.

—No entiendes nada —dijo, irritado.

Creo que pasaron otras veinticuatro horas antes de que me lo confesara, de modo bastante directo.

—Siento terriblemente —dijo— que esto haya sucedido. ¿Conoces a aquella chica morena, que fue secretaria de Belcher? Estuvo con nosotros un fin de semana, hace un año, con Belcher, y después la hemos visto en Londres un par de veces.

No recuerdo su nombre, pero sabía a quién se refería.

—Sí —le dije.

—Bueno, la he visto de nuevo mientras estaba sólo en Londres. Hemos salido juntos varias veces…

—Bueno —le dije—, ¿y por qué no?

—Oh, sigues sin entender nada —dijo, con impaciencia—. Me he enamorado de ella y quiero que me concedas el divorcio tan pronto como sea posible.

Supongo que con esas palabras una parte de mi vida —de aquella vida feliz, confiada y llena de éxitos—, se terminó. Evidentemente, no fue tan rápido, porque al principio no me lo creía. Pensé que era algo pasajero. Nunca había existido entre nosotros la más mínima sospecha de ese tipo. Habíamos sido felices juntos, nuestra vida en común era armoniosa. Archie jamás había mirado a otras mujeres. Todo se debía, probablemente, a que durante los últimos meses había estado sin su usual y alegre

compañera.

Ya te comenté una vez, hace mucho tiempo —me dijo—, que odio estar con personas enfermas o desgraciadas; es algo que lo echa todo a perder en mí.

Sí, pensé, tenía que haberme dado cuenta. Si hubiera sido más inteligente, si le hubiera conocido mejor —si me hubiera preocupado más por conocerle realmente, en vez de contentarme con idealizarlo y considerarlo más o menos perfecto—, quizás entonces lo hubiera evitado todo. Con una segunda oportunidad ¿habría evitado lo que sucedió? Si no me hubiera marchado a Ashfield dejándolo solo en Londres, quizá no se hubiera interesado en esa chica. Lo de menos era la chica concreta; habría sucedido con cualquier otra, porque, de alguna manera, yo no colmaba totalmente su vida. Supongo que se habría enamorado de cualquiera, aunque quizá ni él mismo fuera consciente de ello. ¿O era precisamente esa mujer? ¿Se trataba simplemente del destino, de un enamoramiento repentino? Evidentemente, Archie no se había enamorado de ella en las pocas ocasiones en que la habíamos visto anteriormente. Incluso se había opuesto a que la invitáramos aquel fin de semana, diciendo que le estropearía sus partidos de golf. Y sin embargo, se enamoró de ella, de la misma forma repentina con que se enamoró de mí. Por eso quizás era algo que tenía que suceder.

Los amigos y los familiares no sirven para nada en estas ocasiones. Suelen decir:

—Pero eso es absurdo. Si siempre habéis sido tan felices. Seguro que se le pasará. A muchos maridos les ocurre y luego se les pasa.

Yo pensaba también que al cabo de un tiempo se le pasaría. Pero no ocurrió así. Archie se marchó a Sunningdale. Por entonces había regresado Carlo —los especialistas ingleses habían declarado que su padre no sufría cáncer—, y para mí fue un enorme consuelo tenerla a mi lado. Carlo tenía una visión más clara de las cosas. Me dijo que mi marido no se echaría atrás de su decisión. Cuando Archie empaquetó sus cosas y abandonó la casa, casi me sentí aliviada: por fin había tomado una decisión.

Y sin embargo, regresó al cabo de quince días. Me dijo que quizá se había equivocado. Que tal vez eso no era lo más acertado. Le contesté que estaba segura de que, al menos en lo referente a

Rosalind cometía un error. Después de todo, sentía una gran devoción por la niña, ¿o no? Sí, confesó, la quería mucho.

—Y ella también a ti —insistí. Te quiere más que a mí. Bueno, si se siente enferma, es a mí a quien quiere, pero tú eres el padre a quien realmente ama y de quien depende; tenéis ambos el mismo sentido del humor y sois estupendos compañeros de juegos. Trata de sobreponerte a lo demás. Son cosas que pasan.

Pero su regreso fue, me parece, una equivocación, porque le hizo ver la vehemencia de sus sentimientos. Una y otra vez me decía:

—No soporto estar sin lo que quiero y no soporto este estado de infelicidad. No todo el mundo puede ser feliz, alguien tiene que ser desgraciado.

Pero yo le contradecía:

—¿Y por qué tengo que ser yo la desgraciada y no tú?

Estas conversaciones empeoraban más aún las cosas.

Lo que no entendía era su desagradable comportamiento conmigo durante ese período. Raras veces me hablaba o me contestaba cuando le decía algo. Ahora lo entiendo mucho mejor, porque he visto a otros matrimonios y he aprendido más sobre la vida. Se sentía desgraciado porque en el fondo me estimaba mucho y odiaba hacerme daño. Por eso quería convencerse de que así no me lastimaba, de que, a fin de cuentas, eso sería mucho mejor para mí; tendría una vida feliz, viajaría y además tenía mis libros para consolarme. Como le remordía la conciencia, no pudo evitar que su comportamiento fuera algo rudo. Mi madre siempre había dicho que era un hombre cruel. Yo, en cambio, sólo había visto en él sus muchos actos de compasión, su buen carácter, su desinteresada ayuda cuando Monty llegó de Kenia, lo mucho que se preocupaba por la gente. Pero ahora sí era cruel, porque luchaba por su felicidad. Y si con anterioridad había admirado esta crueldad, ahora la sentía en mi propia carne.

Así, después de la enfermedad vino la tristeza, la desesperación y la angustia. No hay por qué detenerse mucho en ello. Le esperé durante un año, pensando que cambiaría. Pero no cambió.

Y así terminó mi primer matrimonio.

VI

En el mes de febrero del siguiente año, Carlo, Rosalind y yo nos fuimos a las islas Canarias. Me costaba mucho trabajo sobreponerme, pero sabía que la única forma de empezar de nuevo estaba en romper radicalmente con todo lo que me había hecho naufragar. No encontraba paz en Inglaterra, después de todo lo que había pasado. Rosalind era la única luz que brillaba en todo ese panorama. Estando sola con ella y con mi amiga CarIo, las heridas cicatrizarían y podría hacer frente al futuro. La vida en Inglaterra me resultaba insoportable.

Supongo que arranca de aquellas fechas mi rechazo a la Prensa y mi disgusto por los periodistas y las multitudes. Era injusto, sin duda, pero natural, dadas las circunstancias. Me sentía como un zorro perseguido y acosado por todas partes por los ladridos de los perros. Siempre he odiado la notoriedad de cualquier tipo y, en esos momentos la tuve en tal alto grado que pensé que no soportaría vivir más.

—Vete a Ashfield me propuso mi hermana.

—No —le contesté—. No podría. Si me quedo allí sola y tranquila, no haré otra cosa que recordar, recordar todos los días felices que he pasado allí y todas las cosas que he hecho.

Lo más importante, cuando has sufrido, es olvidar los tiempos felices. Recordar los momentos tristes no importa, pero cualquier cosa que te evoque un día feliz o un hecho feliz, te romperá el corazón en dos.

Archie vivió en Styles durante algún tiempo, pero trataba de vender la casa, con mi consentimiento por supuesto, ya que la mitad era mía. Yo necesitaba desesperadamente dinero, pues estaba otra vez con graves problemas económicos.

Desde la muerte de mi madre había sido incapaz de escribir una sola palabra. Tenía que entregar un libro este año y, al gastar tanto en Styles me había quedado, prácticamente, sin dinero: el poco capital que tenía lo había gastado en la compra de la casa. No recibía ningún ingreso, salvo lo que consiguiera con mis libros. Resultaba vital escribir otro libro lo antes posible y obtener un anticipo sobre el mi cuñado, hermano de Archie, Campbell Christie, que siempre había sido un gran amigo y que era una persona muy amable y agradable, me ayudó bastante. Sugirió que los últimos doce relatos publicados en The Sketch podían formar un solo libro. Sería un recurso momentáneo. Colaboró conmigo en el trabajo, pues me sentía incapaz de hacerlo sola. Al final se publicó bajo el título de *Los cuatro grandes* y tuvo bastante éxito. Pensé entonces que, en cuanto me marchara y me calmara, quizá podría, con ayuda de Carlo, escribir un nuevo libro.

La única persona que estaba enteramente de mi parte, y que me apoyó en todo, fue mi otro cuñado, James.

—Lo estás haciendo estupendamente, Agatha —me dijo, con su voz pausada—. Sabes mejor que nadie lo que te conviene y yo haría lo mismo en tu lugar. Márchate; es posible que Archie cambie de opinión y regrese; me gustaría, pero no creo que suceda. No me parece que sea de ese tipo de personas. Cuando decide una cosa es de forma definitiva y desde luego no cuento con que se arrepienta.

Le dije que no, que yo tampoco contaba con ello, pero que era de justicia por Rosalind esperar al menos un año, para que él se diera cuenta realmente de lo que estaba haciendo.

Me educaron, por supuesto, como a todas las mujeres de mi tiempo, para tener horror al divorcio. Incluso hoy conservo cierta sensación de culpa por haber accedido a la insistente petición de Archie. Siempre que miro a mi hija, siento que debía haberme resistido, haberme negado a concedérselo. No quería divorciarme de Archie, odiaba hacerlo. Disolver un matrimonio es una equivocación —de eso estoy segura— y he tenido ocasión de ver suficientes matrimonios rotos y de oír las suficientes historias íntimas, como para estar convencida de que, si tiene poca importancia cuando no hay hijos, sí la tiene y mucha cuando los hay.

Regresé de nuevo a Inglaterra más endurecida, más desconfiada,

pero mejor dispuesta a enfrentarme con el mundo. Cogí un pequeño piso en Chelsea con Rosalind y CarIo, y me fui a ver a mi amiga Eileen Morris, cuyo hermano era ahora rector de la escuela, Morris Hill, para buscar una escuela primaria para Rosalind. Pensaba que, como había desarraigado a mi hija de su casa y de sus amigos y como había pocos niños de su edad que conociera en Torquay, lo que más le convenía era un colegio interno; además, a ella también le apetecía. Eileen y yo nos recorrimos unos diez colegios diferentes. Cuando terminamos, me sentía bastante confusa, aunque en algunas de las visitas nos habíamos reído bastante. Nadie tenía menos idea de colegios que yo, que nunca había estado en ninguno; era imposible que guardara ninguna impresión de ellos, puesto que de pequeña no los había conocido. «A lo mejor te has perdido algo bueno —me dije—, nunca se sabe». Lo mejor sería darle una oportunidad a la niña para que comprobara si le gustaba.

Como Rosalind era una persona de perfecto sentido común, se lo consulté. Se entusiasmó con la idea. La gustaba mucho la escuela diurna a la que iba ahora en Londres, pero le parecía estupendo entrar en un colegio interno el otoño siguiente. Me dijo que después le gustaría ir a un colegio muy grande, el más grande de todos. Quedamos de acuerdo en que le buscaría una bonita escuela primaria y que para el futuro intentaríamos que entrara en Cheltenham, el colegio más grande que conocía.

La primera escuela que me gustó estaba en Bexhill. Se llamaba Caledonia y estaba dirigida por una tal señorita Wynne y su socia la señorita Barker. Era bastante convencional, parecía bien dirigida y además me gustó la directora. Era una persona con autoridad y de personalidad acusada. Las normas de la escuela eran rígidas, pero muy lógicas y Eileen había oído decir a través de amigos que la comida era excepcionalmente buena. Me gustó también el aspecto de las niñas internas.

La otra escuela que me gustó era completamente opuesta: Las niñas podían tener, si querían, sus propios ponies y demás animalitos y escogían a voluntad los temas de estudio. Existía al parecer un amplio grado de libertad en todo lo que hacían y, si no deseaban hacer una cosa determinada, no se las obligaba a ello porque, como me dijo la directora, sólo trabajaban en lo que les gustaba. Había bastante formación de tipo artístico y también aquí

me agradó la directora. Era una mujer de ideas originales, entusiasta y de trato muy agradable.

Regresé a casa, pensé en los dos colegios y al final decidí que Rosalind viniera conmigo a verlos. Una vez visitados, le dejé que lo pensara durante un par de días.

—Bueno, Rosalind, ¿cuál es el que más te gusta?

Rosalind, por suerte, siempre ha sido una persona muy decidida.

—Caledonia, sin duda —me contestó—. El otro no creo que me agradara; sería como estar en una fiesta. Me parece que no me gustaría ir a la escuela para estar como en una fiesta, ¿verdad?

Así que nos decidimos por Caledonia y fue un gran acierto. La enseñanza era muy buena y las niñas se interesaban realmente por lo que aprendían. Estaba muy bien organizada y a Rosalind siempre le había gustado la organización. Como me decía a veces durante las vacaciones, «no había un solo momento en el que no tuviera nada que hacer». Me parecía perfecto.

En ocasiones, las respuestas que obtenía a ciertas preguntas me parecían bastante extraordinarias.

—¿A qué hora te levantas por la mañana, Rosalind?

—Realmente no lo sé. Suena una campana.

—¿Es que no te interesa saber a qué hora suena la campana?

—¿Y para qué? —me contestó—. Hay que levantarse y eso es todo. Creo que media hora después tenemos el desayuno.

La señorita Wynne ponía a los padres en el sitio justo. Le pregunté un día si Rosalind podía venir el domingo con la ropa de diario en vez de con su vestido de seda, ya que nos íbamos de excursión por el campo.

Me contestó:

—Todas mis pupilas salen los domingos con el vestido de fiesta. No había más que hablar: No obstante, Carlo y yo llevábamos una pequeña maleta con ropa vieja y, al llegar a un lugar conveniente, Rosalind se quitaba el vestido de seda, el sombrero de paja y los zapatos nuevos y se ponía algo más apropiado para correr y deslizarse por las colinas. Nadie nos descubrió nunca.

La señorita Wynne era una mujer de acusada personalidad. Una vez le pregunté qué es lo que haría si el día del deporte llovía.

—¿Llover? —replicó sorprendida—. Que yo recuerdo, nunca ha llovido ese día.

Al parecer, mandaba incluso sobre los elementos o, como dijo una amiguita de mi hija: «Espero, sabe, que Dios esté siempre del lado de la señorita Wynne».

Había escrito la mayor parte de un nuevo libro, *El misterio del tren azul*, mientras estábamos en las islas Canarias. No había resultado fácil y desde luego Rosalind no había contribuido en absoluto a que lo fuera. Al contrario que su madre, no era una niña que se divirtiera ejercitando su imaginación; siempre necesitaba algo muy concreto. Dadle una bicicleta y se irá a pasear durante media hora. Dadle un rompecabezas difícil cuando esté lloviendo y se pondrá a trabajar en él. Pero en el jardín del hotel de Orotava en Tenerife, no podía hacer otra cosa que pasear entre los parterres de flores o jugar con un aro de cuando en cuando, cosa que tampoco le hacía demasiada gracia, otra vez al contrario que a su madre. Para, ella un aro no era otra cosa que eso, un aro.

—Mira, Rosalind —le dije—. Procura no interrumpimos. Tengo trabajo que hacer, estoy escribiendo otro libro. Carlo y yo vamos a estar ocupadas durante una hora, así que no nos interrumpas.

—Bueno, muy bien me contestó con tristeza y se marchó.

Miré a Carlo con su lápiz preparado, sentada frente a mí, y me puse a pensar, a pensar, a pensar, estrujándome el cerebro. Al final, llena de dudas, empecé a dictar. Al cabo de unos minutos divisé a Rosalind, que estaba al otro lado del sendero, mirándonos.

—¿Qué ocurre, Rosalind? —le pregunté—. ¿Qué quieres?

—Ha pasado ya media hora —me dijo.

—No, todavía no. Han pasado exactamente nueve minutos. Márchate.

—Bueno, muy bien —y se marchó. Reanudé mi vacilante dictado.

Inmediatamente reapareció de nuevo Rosalind.

—Ya te llamaré cuando hayamos terminado. Ahora todavía no.

—Bueno, puedo quedarme aquí, ¿no? Me estaré quieta. No interrumpiré.

—Bueno, está bien, quédate si quieres —le dije poco convencida y volví de nuevo a dictar.

Pero la mirada de Rosalind fija en mí produjo el efecto de una Medusa. Sentí con más fuerza que nunca que todo lo que estaba diciendo eran idioteces (en realidad, la mayoría lo eran). Me

interrumpí, vacilé, tartamudeé y me repetí montones de veces. ¡Realmente, no sé cómo acabé ese maldito libro!

Para empezar, no sentía ninguna alegría al escribir, ninguna inspiración. Había desarrollado un argumento convencional, adaptado de uno de mis anteriores relatos. Sabía, y valga la expresión, lo que me traía entre manos, pero no veía la acción con claridad en mi mente y a los personajes les faltaba vida. Me impulsaba desesperadamente el deseo o, mejor dicho, la necesidad de escribir otro libro y ganar algo de dinero.

Ése fue el momento en que me transformé de escritora aficionada en profesional. Asumí todas las cargas de una profesión como la de escritor, en la que tienes que escribir aunque no te guste lo que estás haciendo y aunque no esté demasiado bien escrito. Siempre he odiado *El misterio del tren azul*, pero conseguí terminarlo y enviárselo a los editores. Se vendió tan bien como el anterior, así que me consolé un poco; de todos modos, debo confesar que nunca me he sentido demasiado orgullosa de él.

Orotava era un lugar encantador con la gran montaña que lo dominaba todo y las maravillosas flores que crecían por todas partes, alrededor del hotel. Había, sin embargo, dos cosas que me molestaban: la bruma que descendía de la montaña al mediodía y que convertía lo que había sido una espléndida mañana en un día completamente gris; a veces incluso llovía, y los baños de mar, para los aficionados a nadar, resultaban terribles. Tenías que tumbarte boca arriba en una playa volcánica en pendiente, enterrar los dedos en la arena y esperar a que las olas te cubrieran. Pero tenías que ir con mucho cuidado para que no te cubrieran demasiado, pues se habían ahogado ya muchas personas. Resultaba imposible meterse en el mar y empezar a nadar; sólo lo hacían los dos o tres nadadores más fuertes de la isla, e incluso uno, de ellos se había ahogado el año anterior. Por eso, al cabo de una semana nos trasladamos a Las Palmas de Gran Canaria.

Las Palmas me parece aún el lugar ideal de descanso en los meses de invierno. Pero creo que hoy día se ha convertido en un gran centro turístico y ha perdido su encanto de entonces. En aquel tiempo era un lugar tranquilo y lleno de paz. Iba muy poca gente, salvo los que se quedaban uno o dos meses y lo preferían a Madeira. Tenía dos playas perfectas; la temperatura también lo era: la media

era de unos 25 grados, que para mí es la temperatura ideal del verano. La mayor parte del día soplaba una brisa estupenda y las noches eran lo suficientemente cálidas para sentarse a cenar al aire libre.

Durante esas veladas nocturnas conocimos Carlo y yo a dos amigos estupendos, el doctor Lucas y su hermana la señora Meek. Ella era bastante mayor que su hermano y tenía tres hijos. El doctor Lucas era especialista en tuberculosis y tenía un sanatorio en la costa oriental; había quedado impedido en su juventud —no sé si por tuberculosis o polio— y tenía la espalda ligeramente encorvada y una constitución delicada, pero tenía unas dotes curativas sensacionales, y un éxito extraordinario con sus pacientes.

—Mi socio, ¿saben? —nos dijo una vez—, es mejor médico que yo, tiene más conocimientos, sabe más cosas, pero no puede hacer por sus pacientes lo que yo hago. Cuando me marcho, se derrumban y recaen; en cambio si están conmigo se sienten bien.

Toda su familia le llamaba padre. Carlo y yo hicimos lo mismo en seguida. Mientras estábamos allí, se me irritó mucho la garganta. Vino a verme y me dijo:

—Se siente usted muy desgraciada por algo, ¿verdad? ¿De qué se trata? ¿Problemas con su marido?

Le dije que si y le conté algo de lo que había sucedido. Era un hombre muy alegre y transmitía animación a su alrededor.

—Si usted le quiere, él volverá a su lado —me dijo—. Dele tiempo, dele todo el tiempo que necesite y, cuando regrese, no le haga reproches.

Le dije que no volvería nunca, que no era de ese tipo de personas. No estuvo de acuerdo; sonrió y me dijo:

—La mayoría de nosotros somos así, se lo aseguro. Yo me marché también y luego regresé. De todas formas, sea lo que sea que suceda, acéptelo y siga adelante. Está llena de fortaleza y de coraje y aún tiene mucho bueno que obtener de la vida.

¡Mi querido padre! Le debo tantas cosas. Era un hombre con una enorme compasión por las caídas y desfallecimientos humanos. Cuando murió, cinco o seis años después, sentí que había perdido a uno de mis mejores amigos.

Rosalind tenía un solo miedo: que la doncella española le hablara. Pero ¿por qué no te tiene que hablar? —le dije—. Habla tú

también con ella.

—No, no puedo, es española. Dice «señorita» y a continuación una cantidad de cosas que no entiendo en absoluto.

—No seas tan tonta, Rosalind.

—Bueno, está bien, vete a cenar; no me importa que me dejes sola, siempre que me quede en la cama. Si entra la doncella, cerraré los ojos y fingiré que estoy dormida.

Resultan a veces bastante extraños los gustos de los niños. Recuerdo que, de regreso ya, subimos a un bote para llegar al barco; el tiempo era muy malo y un marinero español; grande y espantosamente feo, cogió a Rosalind en sus brazos para saltar del bote a la pasarela. Estaba segura de que chillaría y se enfadaría, pero no ocurrió; al revés, le sonrió con la más dulce de sus sonrisas.

—Era un hombre extranjero y no te importó nada —le dije luego.

—Bueno, ya viste que no me habló. Y además me gustó su cara, era feo, pero atractivo.

Sólo ocurrió un incidente digno de mención cuando salimos de Las Palmas hacia Inglaterra. Llegamos a Puerto de la Cruz para coger el barco de la Union Castle y entonces descubrimos que Osito Azul se había quedado en tierra. El rostro de Rosalind empalideció inmediatamente.

—No me marcharé sin Osito Azul —dijo, llorosa.

Nos acercamos al conductor del autobús que nos había llevado hasta allí y tratamos de convencerle para que fuera a buscarlo al hotel, dándole una generosa propina que no pareció interesarle. Por supuesto que iría a buscar el pequeño osito azul, y además regresaría tan rápido como el viento. Nos aseguró que mientras tanto los marineros no dejarían que el barco se fuera, no sin el juguete favorito de una niña. Yo no estaba de acuerdo con él, estaba segura de que el barco se marcharía: era un barco inglés, en escala desde África del Sur; si hubiera sido español, no hay duda de que hubiera esperado el tiempo necesario, pero éste no. No obstante, todo fue bien. Justo cuando empezaron a sonar las sirenas y se comunicaba a los visitantes que abandonaran el barco, apareció el autobús envuelto en una nube de polvo. El conductor saltó y corrió hacia la pasarela: Osito Azul pasó a brazos de Rosalind en cuestión de segundos y ella lo estrechó contra su corazón, emocionada. Un

final feliz para nuestra estancia en Canarias.

VII

Mi plan de vida para el futuro estaba ya más o menos establecido, pero aún me quedaba por tomar una última decisión.

Archie y yo nos habíamos citado. Cuando llegó, tenía un aspecto enfermizo y fatigado. Hablamos primero de vaguedades y de los amigos comunes. Luego le pregunté cómo se sentía, si estaba completamente seguro de que no quería regresar con Rosalind y conmigo. Le repetí de nuevo lo mucho que la niña le quería y lo muy intrigada que se había mostrado ante su ausencia.

Rosalind me había dicho en una ocasión, con la devastadora sinceridad de la infancia:

—Sé que papá me quiere y que le gustaría estar conmigo. Es a ti a quien por lo visto no quiere.

—Eso te demuestra —le dije a Archie—, que te necesita. ¿No puedes arreglarlo para estar con ella?

—No, no —me dijo—. Me temo que no es posible. Hay una sola cosa que realmente quiero. Deseo ser feliz y no podré serlo hasta que me case con Nancy. Ha estado dando una vuelta al mundo durante los últimos diez meses porque su familia pensaba que así se olvidaría de mí, pero no ha sido así. Y eso es lo único que quiero o puedo hacer.

Al final quedamos de acuerdo. Escribí a mis abogados y fui a verlos. El asunto se puso en marcha. Ya no faltaba nada, salvo decidir qué haría yo. Rosalind estaba en el colegio y tenía a Carlo y Punkie para que la visitaran. Quedaba bastante hasta las vacaciones de Navidad y decidí irme en busca del sol. Me iría a las Indias Occidentales y a Jamaica. Me fui a la Agencia Cook y reservé los billetes. Todo estaba dispuesto.

Aquí entró de nuevo en juego el destino. Dos días antes de mi

partida, salí a cenar con unos amigos en Londres. No les conocía demasiado bien, pero eran encantadores. Había entre ellos un joven matrimonio, el comandante Howe y su esposa. Me senté al lado del comandante durante la cena y me empezó a contar cosas de Bagdad. Acababan de llegar de allí, pues estaba destinado en el golfo Pérsico. Después de cenar, su mujer vino a mi lado y nos pusimos a charlar. Me dijo que todo el mundo hablaba de Bagdad como una ciudad horrible, pero que sin embargo a ellos les había seducido plenamente. Me comentaron muchas cosas y poco a poco me fui entusiasmando con la idea de visitarla.

—Supongo que el viaje será por barco, ¿no?

—Se puede ir también en tren, en el Orient Express.

—¿El Orient Express?

Toda mi vida había soñado con viajar en ese tren. Cuando había ido a Francia, a España o a Italia, con frecuencia había visto al Orient Express parado en Calais y siempre había anhelado meterme en él. Simplon-Orient Express —Milán, Belgrado, Estambul…

Aquello me convenció definitivamente. El comandante Howe me escribió en un papel los lugares que debía visitar.

—No se despiste usted con todos esos Alwiyah y Men-sahibs. Vaya a Mosul y a Basora y desde luego no se pierda Ur.

—¿Ur? —le dije. Acababa de leer en The Illustrated London News los maravillosos descubrimientos de Leonard Woolley en Ur. Me había sentido siempre muy atraída por la arqueología, aunque era completamente profana en el tema.

Al día siguiente corrí a la oficina de la Cook, cancelé mis pasajes a las Indias Occidentales y los cambié por billetes y reservas en el Simplon-Orient Express hasta Estambul, de Estambul a Damasco y de Damasco a Bagdad, a través del desierto. Estaba terriblemente excitada. Necesitaría cuatro o cinco días para obtener los visados y todo lo demás y después, ¡en marcha!

—¿Pero se va sola? —me dijo Carlo, llena de dudas—. ¿Completamente sola a Oriente Medio? No conoce usted nada de todo aquello.

—Oh, todo irá a las mil maravillas —le contesté—. Al fin y al cabo, alguna vez hay que hacer algo sola, ¿no?

Nunca lo había hecho antes y tampoco ahora estaba plenamente convencida, pero me dije a mí misma: «O ahora o nunca. O me

quedo amarrada a todo lo que es seguro y que conozco bien, o me meto en nuevas iniciativas y hago cosas por mí misma».

Y así fue como cinco días más tarde salí hacia Bagdad.

Lo que más me fascinaba era el nombre. No tenía una imagen clara de lo que era Bagdad. Por supuesto, no esperaba encontrarme con la ciudad del califa Harum-al-Raschid; era simplemente un lugar al que nunca había pensado ir y que tenía para mí todo el atractivo de lo desconocido.

Había dado la vuelta al mundo con Archie, había estado en Canarias con Carlo y Rosalind y ahora me iba de viaje completamente sola. Descubriría al fin qué tipo de persona era, y si me había convertido en alguien por completo dependiente de los demás, como temía. Me daría el gustazo de visitar lo que quisiera, cualquier lugar que deseara ver. Podría cambiar mi decisión en cuestión de segundos, como había hecho al escoger Bagdad en vez de las Indias Occidentales, sin pensar en nadie más que en mí misma. Veríamos si me gustaba esta situación. Sabía perfectamente que tenía un carácter en cierto modo perruno: los perros no salen a pasear si no hay alguien que los lleve. Quizá sería siempre así, pero esperaba que no.

PARTE VIII. LA SEGUNDA PRIMAVERA

I

Los trenes han sido, desde siempre, uno de mis objetos favoritos. Es lamentable que hoy en día ya no existan esas máquinas que parecían amigos personales.

Entré en mi compartimento del wagon lit en Calais, concluido ya el viaje a Dover y la fastidiosa travesía por mar; y me instalé confortablemente en el tren de mis sueños. Fue entonces cuando tomé contacto con uno de los primeros peligros del viaje. Viajaba conmigo una mujer de mediana edad, bien vestida, experta viajera, que llevaba un buen lote de maletas y sombrereras —sí, en aquel entonces todavía viajábamos con sombrereras— que empezó a charlar conmigo. Era muy natural, puesto que íbamos en el mismo compartimento, el cual, como todos los de segunda clase, tenía dos literas. En cierto modo era más agradable viajar en segunda que en primera, pues el compartimento era mucho más grande y dejaba espacio para moverse.

—¿Adónde va? —me preguntó mi compañera—. ¿A Italia?

—No —contesté—, más lejos.

—Entonces, ¿adónde va?

Le dije que a Bagdad y en seguida se animó, Por lo visto vivía allí. Qué coincidencia. Si, como suponía, iba a casa de algunos amigos, estaba segura de que los conocía. Le dije que no iba a estar con ningún amigo.

—Pero, entonces, ¿dónde se hospedará? En Bagdad es imposible quedarse en ningún hotel.

Le pregunté por qué no. Después de todo, ¿para qué están los hoteles? Al menos eso es lo que creía, aunque no lo dijera en voz alta.

—¡Oh! Los hoteles son absolutamente imposibles. No puede

usted hacer eso. Le diré lo que tiene que hacer: ¡véngase con nosotros!

Me alarmé un poco.

—Sí, sí, no aceptaré una negativa. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse allí?

—¡Oh!, seguramente muy poco —le dije.

—Bueno, de todos modos, para empezar véngase con nosotros y después ya la enviaremos con alguna otra persona.

Era muy amable, muy hospitalario, pero me sublevó. Empezaba a entender lo que el comandante Howe había querido decir cuando me aconsejó que no me dejara atrapar en la vida social de la colonia inglesa. Me vi atada de pies y manos. Intenté tímidamente contarle que tenía pensado ver y hacer, pero la señora C —me había dicho ya su nombre, que su marido estaba en Bagdad, y que eran unos de los residentes más antiguos de allí— con gran rapidez, apartó a un lado todas mis ideas.

—Lo encontrará muy diferente cuando llegue, se puede vivir muy bien; hay mucho tenis, mucha actividad. Creo que lo pasará muy bien. La gente siempre dice que Bagdad es terrible, pero no estoy en absoluto de acuerdo con eso. Además, tenemos unos jardines maravillosos, ya sabe.

Asentí amablemente a todo. Me dijo:

—¿Supongo que va usted a Trieste y que allí cogerá el barco a Beirut?

Le dije que no, que haría todo el viaje en el Orient Express. Al oír esto movió la cabeza en señal de desagrado.

—No creo que sea prudente; en fin, no creo que le guste. Bueno, supongo que ya no tiene remedio. De todas formas nos encontraremos, espero. Le daré mi tarjeta, telegrafíenos al salir de Beirut, y tan pronto como llegué a Bagdad mi marido se acercará a recogerla y la llevará directamente a casa.

¿Qué podía decir, excepto darle las gracias y añadir que mis planes no eran muy concretos? La señora C no haría todo el viaje conmigo —gracias a Dios, pensé, pues nunca habría parado de hablar—. Se bajaría en Trieste y cogería el barco para Beirut. No le mencioné mis planes de quedarme en Damasco y Estambul, pues probablemente habría deducido que había cambiado de opinión respecto a mi viaje a Bagdad. Al día siguiente, en Trieste, nos

despedimos muy cordialmente y me dispuse a pasarlo bien.

El viaje fue como había esperado. Después de Trieste atravesamos Yugoslavia y los Balcanes, con todo el encanto de ver un mundo completamente distinto: atravesando gargantas, contemplando las carretas de bueyes y los carros típicos, estudiando a la gente que estaba en los andenes de las estaciones, bajando algunas veces en sitios como Nish y Belgrado, para ver cómo cambiaban las grandes máquinas por nuevos monstruos, con signos y letras completamente distintos. Naturalmente conocí a varias personas en route[49], pero me agrada decir que ninguna de ellas intentó cuidarme tanto como lo había hecho la señora C. Pasé el día estupendamente con una misionera americana, un ingeniero holandés y una pareja de damas turcas. Con estas últimas conversé muy poco, ya que apenas podíamos entendernos en francés. Me encontraba en una posición claramente humillante, por tener únicamente un hijo y además niña. La sonriente señora turca había tenido, por lo que pude entender, trece hijos, cinco de los cuales habían muerto, y por lo menos tres o cuatro abortos. El total le parecía excelente, aunque no abandonaba la esperanza de aumentar su magnífico récord de fertilidad. Me atosigó con todo tipo de remedios para que tuviera más familia, por ejemplo tisanas de hojas, infusiones de hierbas, ajos —según supuse— y, finalmente, la dirección de un médico de París que era, «absolutamente maravilloso».

Hasta que no viajamos solos no nos damos cuenta de cuánta amistad y protección nos depara el mundo exterior, aunque no siempre a satisfacción de uno. La dama misionera me recomendó, diversos remedios pata el intestino; tenía gran provisión de hierbas laxantes. El ingeniero holandés se preocupó seriamente por mi alojamiento en Estambul, advirtiéndome de los peligros de dicha ciudad.

—Tenga mucho cuidado —me dijo—. Es usted una señora bien educada, que ha vivido en Inglaterra, supongo que siempre bajo la protección de su marido o de sus parientes. No se crea lo que la gente le diga. No vaya a lugares de diversión, a menos que sepa dónde la llevan.

Me trataba como a una quinceañera inocente. Le di las gracias y le aseguré que sabía cuidar de mí misma.

Para salvarme de los peores peligros, la noche de mi llegada me invitó a cenar.

—El Tokatlian —me dijo— es un hotel muy bueno. Aquí está totalmente a salvo. La recogeré sobre las nueve y la llevaré a un restaurante muy agradable, muy decoroso. Lo llevan unas damas rusas, son rusas blancas, todas de noble cuna, que cocinan muy bien y el ambiente del restaurante es de lo más correcto.

Le dije que sería muy agradable y él me demostró ser tan bueno como sus palabras.

Al día siguiente, cuando terminó con sus asuntos, me fue a buscar, me mostró algunas de las vistas de Estambul y me consiguió un guía.

—No tome el guía de Cook, es muy caro. Le aseguro que éste es muy honrado.

Después de otra noche agradable, con las damas rusas pululando alrededor, y sonriendo aristocráticamente, mi amigo ingeniero con aire protector, me llevó a ver más sitios turísticos de Estambul y al final me envió una vez más al hotel Tokatlian.

—Me pregunto —dijo cuando nos detuvimos en el umbral, mirándome inquisitivamente—, me pregunto si… —y la interrogación se acentuaba a medida que trataba de imaginar cuál sería mi reacción; después suspiró—. No. Creo que será más sensato que no pregunte.

—En efecto, es usted muy sensato —le dije— y muy amable. Suspiró nuevamente.

—Ojalá hubiera sido de otra forma, pero ya veo que así es mejor. Me apretó la mano afectuosamente, se la llevó a los labios y desapareció de mi vida para siempre. Era un hombre agradable, la amabilidad en persona, y le debo haber conocido Constantinopla bajo buenos auspicios.

Al día siguiente recibí la visita, absolutamente convencional, de los representantes de Cook, quienes me condujeron cruzando el Bósforo hasta Haidar Pasha, donde reanudé mi viaje en el Orient Express. Me alegré de tener a un guía conmigo, pues es imposible imaginar un lugar más parecido a un manicomio que la estación de Haidar Pasha. Todo el mundo gritaba, vociferaba, daba golpes, exigiendo la atención del oficial de aduanas.

Entonces tuve ocasión de conocer la técnica empleada por los

intérpretes de Cook.

—Deme un billete de una libra ahora —me dijo.

Se lo di e inmediatamente se abalanzó sobre el mostrador de aduanas agitando el billete.

—¡Aquí, aquí! —decía—. ¡Aquí, aquí!

Sus gritos demostraron ser efectivos. Uno de los aduaneros, lleno de galones dorados, se precipitó en nuestra dirección, puso un par de señales de tiza en mi equipaje y me dijo:

—Le deseo un buen viaje.

Luego se marchó a hostigar de nuevo a los que no habían adoptado el sistema Cook.

—Ahora, la instalaré en el tren —me dijo el guía—. ¿Y ahora, cuánto?

Tenía mis dudas, pero como estaba mirando el dinero turco que tenía (en realidad un poco de cambio que me habían dado en el wagon lit), me dijo con cierta firmeza:

—Es mejor que guarde ese dinero, le será útil. Deme otro billete de una libra.

Con ciertos reparos, pero pensando que hay que aprender a base de experiencias, le di otro billete y se marchó entre saludos y bendiciones.

Al pasar de Europa a Asia se aprecia una diferencia sutil es como si el tiempo perdiera su sentido. El tren seguía su camino con calma, bordeando la costa del mar de Mármara y trepando por las montañas; el camino era increíblemente maravilloso. Además, la gente del tren era ahora muy distinta, aunque es difícil describir dónde estribaba la diferencia. Me sentía aislada, pero mucho más interesada en lo que estaba haciendo y adónde me dirigía. Cuando nos deteníamos en las estaciones disfrutaba mirando los múltiples trajes multicolores, los campesinos que atestaban los andenes y las extrañas comidas que subían al tren: carne en brochetas, comida envuelta en hojas, huevos pintados de diversos colores y todo tipo de cosas. A medida que avanzábamos hacia el este, las comidas eran cada vez más incomibles, grasientas y sin sabor.

En la tarde del segundo día hicimos un alto y la gente bajó del tren para ver las puertas de Cilicia. Fue un momento de increíble belleza que nunca olvidaré. Recorrí este camino en muchas ocasiones, yendo y viniendo del Próximo Oriente, y como los

horarios de los trenes cambiaban, me detuve en este lugar a distintas horas del día y de la noche: unas veces a primeras horas de la mañana, que son sin duda maravillosas; otras, como esta primera, a las seis de la tarde; y otras, por desgracia, a medianoche. La primera vez tuve suerte; me apeé con los demás y permanecí allí de pie. El sol se ponía lentamente y la belleza era indescriptible. Me encontré tan a gusto que volví llena de agradecimiento y alegría. Regresé al tren, sonaron los silbatos y comenzamos a bajar, bordeando una garganta que luego atravesaríamos, y saliendo finalmente sobre el río. Así, bajamos por Turquía hacia Siria, hasta llegar a Aleppo.

Antes de que llegáramos a Aleppo tuve un ramalazo de mala suerte.

Los mosquitos —pensé— me picaron con saña en la parte superior de los brazos y de la espalda, en el cuello, los tobillos y las rodillas. Debido a mi falta de experiencia en viajes al extranjero, no advertí que lo que me había picado no eran mosquitos, sino chinches, y que en adelante toda mi vida sería especialmente sensible a tales picaduras. Las chinches procedían de los anticuados vagones de madera y se cebaban en los apetitosos viajeros. La temperatura me subió a treinta y ocho grados y se me hincharon los brazos. Por fin, con la ayuda de un amable viajante de comercio francés, rasgué las mangas de la blusa y las de la chaqueta; tenía los brazos tan hinchados que no había otro remedio. Tenía fiebre, me dolía la cabeza y me sentía muy mal. Pensaba para mí: «Qué error he cometido haciendo este viaje». Pero mi amigo francés resultó muy útil; bajó y me compró unas uvas pequeñas y dulces como son las de esta parte del mundo.

—No tendrá ganas de comer —me dijo—. Veo que tiene fiebre. Será mejor que se tome estas uvas.

A pesar de que mi madre y mi abuela me habían enseñado a no comer nada en el extranjero sin antes lavarlo, hice caso omiso de este consejo. Me las tomé cada cuarto de hora y consiguieron que la fiebre me bajara mucho; desde luego no me apetecía comer ninguna otra cosa. Mi amable francés se despidió en Aleppo. Al día siguiente me había bajado bastante la inflamación y me sentía mejor.

Cuando llegué por fin a Damasco, tras un largo y cansado día en un tren que, en mi opinión, iba a paso de tortuga y que se detenía

continuamente en sitios que apenas si se distinguían de lo que los rodeaba, pero a los que llamaban estaciones, salí en medio del clamor de unos mozos de estación que se peleaban por quitarme de las manos el equipaje; era la ley del más fuerte. Al fin vi, fuera de la estación, un autobús de agradable apariencia con el rótulo del Orient Palace Hotel. Un hombre grande, con librea, nos rescató a mi equipaje y a mí y a unos cuantos desconcertados viajeros más, nos metió en el coche y nos llevaron al hotel, donde tenía una habitación reservada. Era magnífico, con un vestíbulo de reluciente mármol, pero tan pobre en luz eléctrica que apenas si se veía lo que había alrededor. Después de subir una escalera de mármol y de que me mostraran un apartamento enorme, pulsé un timbre y apareció una camarera de aspecto bastante agradable, a la que le planteé en francés la cuestión del baño.

—Un hombre lo arreglará —dijo. Después aclaró—: *Un homme, un type, il va arranger*[50].

Movió la cabeza, como reafirmándolo, y desapareció.

Tenía mis dudas sobre qué quería decir «un type», pero por lo visto era el encargado del baño, el más humilde de los humildes, vestido de algodón a rayas, quien finalmente me introdujo, envuelta en mi bata, en una especie de apartamento en el sótano. Allí hizo girar algunas llaves y ruedas y empezó a caer agua hirviendo sobre el suelo de piedra; había tanto vapor que no se veía nada. El hombre inclinó la cabeza, sonrió, hizo un gesto y se marchó; pero antes había cerrado todo, el agua se había ido por los canales del suelo y me dejó sin saber qué tenía que hacer a continuación. No me atrevía a dar otra vez a las ruedecitas y mandos que había por las paredes, pues quizás originaría un fenómeno distinto del deseado como, por ejemplo, una ducha de agua hirviendo sobre mi cabeza. Al final me quité las zapatillas y otras prendas y me deslicé sin hacer ruido, lavándome con el vapor, en lugar de arriesgarme a los peligros del agua real. De pronto me invadió la nostalgia. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que me encontrara en un apartamento familiar, alegremente empapelado, con una sólida bañera de porcelana blanca y dos grifos que indicaran agua caliente y fría y que se abrieran a gusto de uno?

Por lo que recuerdo, pasé tres días en Damasco, durante los cuales realicé las visitas turísticas de rigor, guiada por el

inestimable hombre de Cook. En una ocasión efectué una expedición a un castillo de la época de las Cruzadas, en compañía de un ingeniero americano (al parecer el Próximo Oriente es terreno abonado para los ingenieros) y de un anciano sacerdote. Nos reunimos por primera vez cuando nos sentamos en el coche a las ocho y media. El anciano sacerdote había decidido que el ingeniero americano y yo éramos marido y mujer y se dirigía a nosotros en tal forma.

—Espero que no le importe —me dijo el americano.

—En absoluto —repliqué—. Siento mucho que piense que es usted mi marido.

La frase resultaba tan ambigua que nos echamos a reír.

El viejo clérigo nos dedicó una disertación sobre los méritos de la vida conyugal, la necesidad de dar y recibir, y nos deseó felicidad.

Cuando el ingeniero le susurró al oído que no estábamos casados, se afligió tanto que decidimos no dar más explicaciones y dejar las cosas como estaban.

—Pero tienen ustedes que casarse —insistía sacudiendo la cabeza—. No está bien vivir en pecado, ya saben, no está bien.

Fui a ver la maravillosa Baalbek, visité los bazares y la calle que llaman Recta y compré muchos platos de metal típicos, tan atractivos. Cada plato estaba hecho a mano y los diseños eran característicos de la familia que lo hacía; a veces, por ejemplo, el dibujo era un pez; con hilos de plata formando distintos dibujos encima. Resulta fascinante pensar que familias enteras transmitían su diseño de padres a hijos y a nietos, sin que nadie se lo copiara nunca y sin que se diera una producción en masa. Supongo que ahora no quedará ni rastro de los artesanos y de sus familias: en su lugar habrá fábricas. Ya entonces las cajas y mesas de marquetería eran muy estereotipadas y aunque las fabricaban a mano lo hacían de forma convencional.

Compré también una cómoda enorme, taraceada con nácar y plata; parece un mueble de cuento de hadas. El intérprete que me acompañaba lo despreció absolutamente.

—No es un buen trabajo —dijo—. Bastante viejo: cincuenta, sesenta años, quizá más. Pasado de moda, ya sabe usted. Muy pasado de moda. No es nuevo.

—Ya veo que no lo es, la mayoría son viejos, Posiblemente es que ya no los hacen.

—No. Ahora no los hace nadie. Venga y mire esta caja. ¿Ve usted? Muy buena. Y ésta de aquí. Aquí hay una cómoda. ¿Ve usted? Está hecha con muchas maderas. Observe cuántas maderas distintas tiene, ochenta y cinco maderas distintas.

En mi opinión el resultado era horrible. Prefería mi cómoda de nácar, marfil y plata.

Lo único que me preocupaba era cómo la enviaría a Inglaterra, pero por lo visto no entrañaba ninguna dificultad. El empleado de Cook me envió a otra persona, ésta al hotel, de allí a una empresa de transporte y por fin, después de muchos cálculos y preparativos, el resultado fue que nueve o diez meses más tarde aparecía en Devon una cómoda, ya casi olvidada, de nácar y plata.

La historia no acaba ahí. Aunque era un mueble precioso y con gran capacidad, a media noche producía un ruido extraño, como si unos dientes largos mordisquearan algo. Alguien se estaba comiendo mi maravillosa cómoda. Saqué los cajones y los examiné. No vi ninguna marca de dientes o agujeros; sin embargo, noche tras noche, después de la hora mágica de la medianoche, oía el fatídico y monótono «cramp, cramp, cramp».

Por último, cogí uno de los cajones y lo llevé a una casa de Londres que estaba especializada en plagas de madera tropical. Estuvieron de acuerdo inmediatamente en que había algo siniestro en la entraña de la madera. Lo único que se podía hacer era desmontar todas las piezas y volverlas a montar después. Debo decir que esto me saldría muy caro; me costaría, probablemente, el triple de lo que valía la cómoda y el doble de lo que costó enviarla a Inglaterra, pero no aguantaba más aquel duende roedor.

Unas tres semanas más tarde me llamaron por teléfono y una voz muy excitada me dijo:

—Señora, ¿podría pasarse usted por la tienda? Me encantaría que viera lo que hemos encontrado.

Como en aquel momento estaba en Londres, me acerqué en seguida y me mostraron orgullosamente un ser repugnante, entre gusano y babosa. Era grande, blanco, obsceno y evidentemente había disfrutado tanto con su dieta de madera que había engordado hasta un punto increíble. Al cabo de unas cuantas semanas me

enviaron el mueble y a partir de entonces reinó el silencio por las noches.

Tras un reconocimiento intensivo de los alrededores que me afirmó en mi decisión de regresar a Damasco y de efectuar más exploraciones por allí, llegó el día de emprender viaje, a través del desierto, hasta Bagdad. En aquella época, el servicio lo realizaba una flota de coches o autobuses de seis ruedas, pertenecientes a la Nairn Line, que dirigían dos hermanos, Gerry y Norman. Eran unos australianos de lo más simpáticos; los conocí la noche anterior a mi excursión; prepararon, de forma algo chapucera, cajas de cartón para la comida y me invitaron a ayudarles.

El autobús arrancó de madrugada. Los conductores eran dos hombres jóvenes y fuertes que, cuando salí tras mi equipaje, estaban metiendo un par de rifles en el coche, echando luego encima un montón de alfombras.

—No podemos decir que los llevamos, aunque no me importaría cruzar el desierto sin ellos —dijo uno.

—He oído que viene con nosotros en este viaje la duque de Alwiyah —dijo el otro.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó el primero—. Me figuro que tendremos problemas. ¿Qué crees tú que querrá esta vez?

—Ponerlo todo patas arriba —le contestó el otro.

En ese momento, llegaba al pie de la escalera del hotel un grupo de gente. Con gran sorpresa y me temo que no con mucho gusto, advertí que la persona que encabezaba el grupo no era otra que la señora C, de la que me había separado en Trieste. Suponía que para entonces ya habría llegado a Bagdad, puesto que yo me había retrasado visitando varios lugares.

—Pensé que estaría en este viaje —me dijo, saludándome encantada—. Todo está arreglado y la llevaré conmigo a Alwiyah. Le habría resultado absolutamente imposible permanecer en ningún hotel de Bagdad.

¿Qué podía decir? Me había cazado. No había llegado a Bagdad ni había visto sus hoteles. Por lo visto eran un hervidero de pulgas, chinches, piojos, serpientes y cucarachas rubias, a las que detesto especialmente. No tuve más remedio que murmurar un gracias. Una

vez acomodados me di cuenta de que «la duquesa de Alwiyah» no era otra que mi amiga, la señora C. Rechazó de inmediato el asiento que le habían asignado, porque estaba demasiado cerca de la parte trasera del autobús y se mareaba siempre. Quería el primer asiento detrás del conductor, pero éste lo había reservado una dama árabe semanas antes. La duquesa de Alwiyah se limitó a hacer un gesto con la mano. Al parecer nadie contaba para nada, salvo ella. Daba la impresión de que era la primera europea que ponía los pies en Bagdad y que todo el mundo debía rendirse a sus caprichos. La dama árabe llegó y defendió su asiento, su marido la apoyó y se produjo una espléndida polémica a la que se sumó la protesta de una dama francesa e incluso la breve intervención de un general alemán. Ignoro qué argumentos se esgrimieron pero, como suele pasar en estos casos, al final pagaron las consecuencias cuatro personas humildes a quienes les privaron de sus magníficos asientos y los arrojaron al fondo del coche. El general alemán, la dama francesa, la dama árabe (toda cubierta de velos) y la señora C se quedaron con los honores de la batalla. Yo, como nunca he sido buena luchadora, no tenía ninguna posibilidad, aunque en realidad el número de mi asiento me habría dado derecho a uno de esos lugares tan deseables.

A su debido tiempo, partimos con gran estruendo. Al principio me parecía fascinante atravesar aquel desierto arenoso y amarillento, con las rocas y las dunas ondulantes, pero al final la monotonía del paisaje poco menos que me hipnotizó, así que empecé a leer un libro. Jamás en mi vida me había mareado en un coche, pero al tener seis ruedas producía, sobre todo en la parte de atrás, el mismo efecto de balanceo que un barco. Eso y la lectura hicieron que antes de que supiera qué me pasaba, me sintiera terriblemente mareada. Estaba muy avergonzada pero la señora C, muy amablemente, me dijo que a veces le pasaban a uno cosas inesperadas y que la próxima vez ya cuidaría de que me tocara uno de los primeros asientos.

Nuestro viaje de cuarenta y ocho horas por el desierto resultó fascinante y bastante siniestro. Más que de estar rodeado por un vacío, le daba a uno la sensación de estar encerrado. Una de las primeras cosas de las que me di cuenta fue de que al mediodía era imposible decir si íbamos al norte, al sur, al este o al oeste y

también de que a esta hora del día era cuando los enormes autobuses de seis ruedas perdían a veces el camino. Me ocurrió en uno de mis últimos viajes por el desierto. Uno de los conductores —el de más experiencia— se dio cuenta, al cabo de dos o tres horas, de que iba en dirección a Damasco, dando la espalda a Bagdad. Sucedió justo donde las sendas se dividían, por lo que había muchos trazos distintos sobre el suelo. En aquel momento apareció a lo lejos un coche y se oyeron disparos de rifle. El conductor hizo un giro más amplio de lo normal y pensó que había recuperado el camino, cuando en realidad iba en dirección contraria.

Entre Bagdad y Damasco no hay nada más que una gran extensión desértica, ninguna señalización y solamente un lugar donde detenerse: el gran fuerte de Rutbah. Creo que llegamos allí a medianoche; de pronto, una luz titilante surgió en la oscuridad: habíamos llegado. Las enormes puertas del fuerte estaban abiertas, detrás, la guardia del Cuerpo de Camelleros, estaba alerta, apuntando con sus rifles, dispuestos a recibir a bandidos disfrazados de inocentes viajeros. Sus rostros fieros y curtidos resultaban bastante alarmantes. Nos examinaron detenidamente y nos dejaron entrar, cerrando las puertas detrás de nosotros. Había unas cuantas habitaciones con camas de campaña donde descansamos unas tres horas, cinco o seis mujeres en el mismo cuarto. Después continuamos de nuevo.

Al amanecer, alrededor de las cinco o las seis de la mañana, desayunamos en el desierto. En ningún lugar del mundo resulta tan bueno tomar embutidos de lata cocinados en un infiernillo de campo como en el desierto, por la mañana temprano. Con esto y con té negro muy fuerte, se sacia el hambre y la energía perdida vuelve a revivir. Los maravillosos colores que se extendían por el horizonte —rosas pálidos, tonos melocotón, azules— y el aire con su tonalidad intensa, formaban un conjunto magnífico. Estaba hechizada; esto era por lo que tanto había suspirado, lo que me hacía evadirme de todo, el aire puro y tonificante de la mañana, el silencio, incluso la ausencia de pájaros, la arena que corre por tus dedos, el sol naciente y el sabor de los embutidos y del té. ¿Se puede pedir algo más a la vida?

Reanudamos el viaje y llegamos por fin a Felujah, junto al Éufrates, cruzamos el puente delante de la estación aérea de

Habbaniyah y de nuevo en marcha hasta que empezamos a ver grupos de palmeras y una carretera elevada. A lo lejos y a la izquierda vimos las cúpulas doradas de Kadhimain, después otro puente sobre el río Tigris y por fin entramos en Bagdad por una calle llena de edificios desvencijados, con una mezquita maravillosa cuyas cúpulas orientales me dieron la impresión de erigirse en medio de todo.

No tuve siquiera la oportunidad de ver un hotel. La señora C y su marido, Eric, me metieron en un confortable coche que me condujo por la calle principal única que es Bagdad, pasamos por la estatua del general Maude y salimos de la ciudad, rodeados a ambos lados de la carretera por grandes grupos de palmeras y rebaños de maravillosos búfalos negros que bebían en charcos de agua, Nunca había visto nada igual.

Llegamos luego a unas casas con los jardines llenos de flores —aunque no tantas como habría luego más adelante—. Y allí estaba, en lo que a veces creí que era la tierra del Mem-Sahib.

II

Mi estancia en Bagdad fue deliciosa; todo el mundo era tan amable, tan agradable, que me avergoncé de la sensación de encerrona que había tenido antes. Alwiyah forma ahora parte de la ciudad, llena de autobuses y otros medios de transporte, pero entonces estaba a unas cuantas millas del centro urbano propiamente dicho. Para llegar allí tenía que llevarte alguien, era un recorrido fascinante.

Un día me llevaron a ver la ciudad del Búfalo, que aún se puede ver desde el tren si se entra en Bagdad por el norte. El recién llegado no veía más que un lugar horrible, un suburbio, un gran recinto cercado lleno de búfalos y excrementos. El hedor era terrorífico y las chozas, hechas con latas de petróleo, le hacían creer a uno que aquello era un ejemplo claro de pobreza y degradación. Sin embargo, la realidad era muy otra; los propietarios de búfalos son gente de dinero, pues, aunque vivan en la miseria, un búfalo costaba 100 libras o más; seguramente hoy mucho más.

Sus dueños se consideran gente afortunada; las mujeres, al chapotear entre el barro, muestran los brazaletes de plata y turquesas que adornan sus tobillos.

Pronto aprendí que en Oriente nada es lo que parece. Hay que cambiar y aprender de nuevo las normas de vida, de comportamiento, de observación. Si en Inglaterra ves a un hombre que gesticula violentamente diciéndote que te vayas, lo normal es que te retires a toda velocidad, en cambio aquí lo que te está diciendo es que *te acerques*. Por el contrario, si te hace señas para que vayas, te está indicando que te marches. Dos hombres que desde dos extremos del campo se gritaran mutuamente con fiereza,

darían la impresión de que se estaban amenazando de muerte; ni pensarlo, son dos hermanos que están pasando el día y que alzan la voz porque son demasiado perezosos para acercarse el uno al otro. Max, mi segundo marido, me dijo una vez que en su primera visita decidió, sorprendido por la manera en que todo el mundo gritaba en los países árabes, que él no les gritaría nunca. Pero cuando aún no llevaba mucho tiempo con los obreros, se dio cuenta de que si hacía una advertencia en un tono normal de voz nadie la oía, no por sordera, sino porque creían que quien hablaba así lo hacía para sí mismo y que un hombre que deseara realmente hacer una advertencia la haría en un tono lo suficientemente alto como para que se le oyera.

La gente de Alwiyah me recibió estupendamente. Jugué al tenis, fui a las carreras, hice visitas turísticas, fui de tiendas; me sentía como si estuviera en Inglaterra. Geográficamente quizás estaba en Bagdad, espiritualmente aún estaba en mi país, Pero como mi idea original había sido alejarme de Inglaterra y ver otros países, decidí que tenía que hacer algo.

Quería visitar Ur, hice algunas averiguaciones y vi con agrado que me animaban a ello. Organicé el viaje yo misma y, como comprobé después, con muchos adornos innecesarios.

—Naturalmente, llevará un criado —dijo la señora C—. Haremos su reserva de tren y telegrafiaremos a Ur, a los señores Woolley, notificándoles su llegada y su interés por conocer algunas cosas. Puede pasar un par de noches en la posada y después Eric la irá a buscar a la vuelta.

Le agradecí que se tomara tantas molestias y le dije que me sentía culpable de que no supieran aún que estaba haciendo ya los preparativos para mi vuelta.

Emprendí el viaje. Recuerdo que contemplé a mi criado con cierta alarma; era un hombre alto, delgado, con aire de haber acompañado mem-sahibs por todo el Próximo Oriente y que sabía mucho más de lo que ellos se imaginaban sobre lo que les convenía o no. Magníficamente vestido, me instaló en un vagón vacío y no muy confortable, me hizo una zalema y se marchó, explicándome que cuando llegáramos a una estación adecuada volvería para conducirme al comedor.

Lo primero que hice cuando me encontré sola fue una solemne

tontería: abrí la ventana. No soportaba la falta de oxígeno que había en el compartimiento, necesitaba aire fresco. Pero lo que entró no fue aire fresco, sino aire mucho más caliente, lleno de polvo y veintiséis avispones enormes. Me quedé horrorizada; zumbaban a mi alrededor de forma amenazadora. No sabía si dejar la ventana abierta y esperar a que salieran o cerrarla y quedarme allí con los veintiséis que ya había. La verdad es que el asunto no tenía mucho arreglo, así que me quedé sentada en una esquina, durante una hora y media, hasta que vino mi criado a rescatarme y me llevó al restaurante de la estación.

La comida era grasienta y bastante mala; además no había mucho tiempo para comer; la campana sonó con estruendo, mi fiel criado me reclamó y regresé a mi vagón. Habían cerrado la ventana y expulsado a los avispones; a raíz de entonces tuve más cuidado con lo que hacía. Todo el compartimento era para mí sola —por lo visto era lo corriente— y el tiempo pasaba con lentitud, pues era imposible leer ya que el tren se movía mucho; además no había nada interesante que ver por la ventanilla, salvo el desierto o la maleza. Fue un viaje largo y agotador, interrumpido solamente por las comidas, y en el que dormí muy mal.

La hora de llegada a Ur ha variado a lo largo de los muchos años en que he hecho este viaje, pero siempre ha sido muy incómodo. En esta ocasión era a las cinco de la mañana. Me desperté, bajé del tren, me fui a la posada de la estación y me quedé en la habitación, austera y limpia, hasta que a las ocho me entraron ganas de desayunar. Al poco rato, llegó un coche que venía a llevarme a la excavación, que estaba como a milla y media.

Aunque no lo sabía, me estaban haciendo un gran honor. Ahora, después de haber pasado muchos años en excavaciones, me doy cuenta de lo detestables que son las visitas, que siempre llegan a horas extrañas, quieren que se les enseñe cosas, que se les hable, hacen perder un tiempo valioso y, en general, estorban en todo. En una excavación de éxito, como era la de Ur, todos los minutos eran fundamentales y la gente trabajaba hasta el límite; por eso, una de las cosas más irritantes que podían pasar, era que un montón de mujeres pulularan indecisas por allí. Los Woolley, ahora, lo tienen todo muy bien organizado: han reservado una zona que la gente puede recorrer, donde se les enseña lo que sea necesario y después

se marchan. En cambio a mí me recibieron tan amablemente como si fuera un invitado importante y tenía que haberlo apreciado más de lo que lo hice.

Semejante trato se debía enteramente al hecho de que Katherine Woolley, la mujer de Leonard Woolley, acababa de leer uno de mis libros, *El asesinato de Rogelio Ackroyd* y estaba tan entusiasmada con él que me trataron como a una V.I.P[51]. Preguntaron a otros miembros de la expedición si habían leído el libro y si decían que no recibían una buena reprimenda.

Tanto Leonard Woolley, con sus maneras amables, como el padre Burrows, jesuita y epigrafista, me enseñaron muchas cosas, y la forma en que cada uno describía las cosas suponía para mí un contraste delicioso. Leonard Woolley tenía un carácter muy original, se imaginaba todo: el lugar era para él tan real como si estuviera en el año 1500 antes de Cristo, o algunos cientos de años antes. Dondequiera que se encontrara hacía que las cosas cobraran vida. Mientras hablaba, yo no dudaba en absoluto de que aquella casa de la esquina había sido la de Abraham; era su reconstrucción del pasado, creía en ella y cualquiera que le oyera lo creería también. El sistema del padre Burrows era completamente diferente. Con aire apologético iba describiendo un gran patio, un témenos[52] o una calle comercial y cuando empezaban a interesarte, decía:

—Desde luego, no sabemos si realmente es así. Nadie puede estar seguro. No, probablemente no era así.

Y de la misma manera:

—Sí, sí, eran tiendas, pero no creo que fueran como suponemos nosotros; quizás eran muy distintas.

Tenía una gran pasión por denigrarlo todo. Era una persona muy interesante, inteligente, amistosa y sin embargo reservado; había algo inhumano en él.

Una vez y sin ningún motivo, habló conmigo durante el almuerzo, describiéndome el tipo de cuento policíaco que, en su opinión, escribiría yo bien, instándome a hacerlo. Hasta aquel momento no tenía ni idea de que le gustaran los relatos de detectives. La historia que esbozaba, aunque vaga, proponía un problema interesante, por lo que decidí que algún día le haría caso. Pasaron un montón de años, quizá veinticinco o más, pero un día

me volvió la idea y escribí, no un libro, sino un cuento largo basado en la especial combinación de circunstancias que él había ideado. Aunque el padre Burrows hace tiempo que ha muerto, espero que haya comprendido de alguna manera que utilicé su idea con gratitud. Como les pasa a todos los escritores, se convirtió en mi idea y terminó relacionándose muy poco con la suya, aunque fuera su inspiración la que la originara.

Katherine Woolley, que con el tiempo llegaría a ser una de mis mejores amigas, tenía un carácter extraordinario. La gente se dividía siempre entre los que no la soportaban, llegando incluso al aborrecimiento, y los que estaban encantados con ella. Esto se debía, probablemente a que cambiaba de humor con tanta facilidad, que nunca sabías a qué atenerte. La gente comentaba a veces que era imposible, que no había nada que hacer con ella, que la forma en que te trataba era insoportable y luego, de pronto, quedaban fascinados de nuevo. De una cosa estoy segura y es de que si alguien tuviera que elegir una compañera para vivir en una isla desierta o en algún lugar en donde no hubiera nadie más, captaría inmediatamente su interés como nadie lo haría. Nunca hablaba de cosas banales; estimulaba la mente haciendo que se consideraran caminos que antes no se habían tenido en cuenta. Cuando quería, era muy descortés, de una rudeza insolente, pero si se lo proponía resultaba siempre encantadora.

Me enamoré de Ur, de su belleza al atardecer con los zigurats que se elevaban ligeramente ocultos por las sombras y aquel ancho mar de arena con sus colores pálidos, maravillosos, amarillo, melocotón, rosa, azul, malva, cambiando a cada minuto. Me gustaban los trabajadores, el capataz, los muchachitos que llevaban los canastos, los que manejaban el pico. El encanto del pasado se apoderó de mí. Era romántico ver cómo aparecía, lentamente, entre la arena, un puñal con reflejos dorados. El cuidado con que se levantaban del suelo las vasijas y demás objetos me incitaba a ser arqueólogo. «¡Qué pena que mi vida haya sido tan frívola!», pensé, y recordé entonces cómo, siendo muchacha, mi madre intentó persuadirme de que fuera a Luxor y Aswan para que viera el pasado esplendor de Egipto, y cómo lo único que deseaba era reunirme con

jóvenes y bailar hasta el amanecer. Bueno, supongo que hay un momento para cada cosa.

Katherine Woolley y su marido me instaron a quedarme un día más para examinar mejor las excavaciones, a lo que acepté encantada. El criado que me había impuesto la señora C era absolutamente innecesario, así que Katherine le hizo volver a Bagdad y decir que no sabía cuándo regresaría. De esta forma volvería sin que se enterara mi primera y amable anfitriona, y me instalaría en el hotel Tigris Palace (éste es su nombre actual, pues ha tenido tantos que he olvidado el primero).

El plan no dio resultado, porque el pobre marido de la señora C iba todos los días a esperar el tren de Ur; gracias a Dios, me hice con él fácilmente. Le agradecí mucho lo amable que había sido su mujer y le dije que sería mucho mejor que me fuera al hotel y que ya había hecho la reserva. Así que me llevó allí. Me instalé, le di nuevamente las gracias y acepté una invitación para jugar al tenis al cabo de tres o cuatro días. De esta forma escapé al fin de la esclavitud de la vida social de la colonia inglesa. Ya no era una mem-sahib, me había convertido en una turista.

El hotel no estaba mal del todo. Primero se pasaba a una zona muy oscura, el gran salón-comedor, cuyas cortinas estaban echadas permanentemente. En el primer piso, alrededor de las habitaciones, había una especie de galería desde la que, por lo que observé, todo el que pasaba por allí podía mirar y ver lo que ocurría en las habitaciones.

Una parte del hotel daba al río Tigris que era un sueño maravilloso, con sus ghufas y otros barcos. A la hora de las comidas se bajaba al sirdab en completa oscuridad, con luces eléctricas muy débiles. Se tomaban varias comidas en una, plato tras plato, todos ellos muy similares entre sí: grandes trozos de carne frita con arroz, patatas pequeñas y duras, tortillas de tomate bastante correosas, pálidas e inmensas coliflores, y así sucesivamente, *ad libitum*[53].

Los Howes, aquella interesante pareja con la que me había encontrado al empezar el viaje, me habían presentado a una o dos personas, cosa que aprecié porque no era un mero compromiso social, sino que eran gente con la que, en su opinión, valía la pena reunirse; por lo visto, les habían enseñado ya algunas de las partes más interesantes de la ciudad. A pesar de la vida inglesa de

Alwiyah, Bagdad era la primera ciudad oriental que había visto y era realmente oriental. Dejando la calle Rashid y vagando por las estrechas callejuelas adyacentes, podías visitar los distintos zocos: el zoco del cobre, donde los herreros se afanaban con los martillos, o el de las especias, donde había infinidad de ellas, todas amontonadas.

Uno de los amigos de los Howes, un anglo-indio llamado Maurice Vickers, que al parecer llevaba una vida bastante solitaria, se convirtió también en buen amigo mío. Me llevó a ver las cúpulas doradas de Kadhimain desde una habitación alta; me condujo por las distintas partes de los zocos —no las que se suelen ver—, a visitar alfarerías y a otros muchos lugares. Paseamos río abajo entre jardines de palmeras. Tal vez, más que lo que me enseñaba, me gustaba lo que me comentaba. Me enseñó a pensar en el tiempo, cosa sobre la que nunca había reflexionado, así, de una forma impersonal.

Para él, el tiempo y las relaciones, temporales tenían una importancia especial.

—Cuando uno piensa en el tiempo y en el infinito, las cosas personales dejan de afectarte como lo hacían. La pena, el sufrimiento, todas las cosas finitas de la vida, aparecen en una perspectiva completamente distinta.

Me preguntó si había leído la obra de Dunne *Experimento con el tiempo*. No la había leído. Me la prestó, y desde ese momento me percaté de que algo me había sucedido; no es que cambiaran mis sentimientos o mis puntos de vista, pero, de alguna forma, veía las cosas más proporcionadas; me veía a mí misma menos importante, como si sólo fuera una faceta de un todo, en un vasto mundo con cientos de interconexiones. De vez en cuando, deberíamos tomar conciencia de nosotros mismos, observando desde algún otro plano de la existencia nuestro propio existir. Era una forma tosca y superficial de plantearlo, pero a partir de entonces, sentí una gran sensación de bienestar y un conocimiento más auténtico de lo que es la serenidad, cosa que nunca había conseguido antes. Le estoy agradecida a Maurice Vickers por haberme presentado una perspectiva más amplia de la vida. Tenía una gran biblioteca de filosofía y otros temas y, en mi opinión, era un joven notable. Algunas veces me pregunto por qué no nos hemos reunido de

nuevo, pero creo que prefiero que no haya sido así. Fuimos como barcos que pasan en la noche. Me dio un regalo que acepté; un regalo que no había tenido nunca, ya que era del intelecto, de la mente y no de los sentimientos.

No tenía mucho tiempo para estar en Bagdad, pues quería volver a casa en seguida para hacer los preparativos de Navidad. Me dijeron que tenía que ir a Basra y sobre todo a Mosul. Maurice Vickers me insistió mucho sobre este último lugar y me dijo que, si tenía tiempo, me llevaría él mismo. Una de las cosas más sorprendentes de Bagdad y del Iraq en general, es que siempre hay alguien dispuesto a acompañarte a todas partes. Salvo viajeros famosos, las mujeres rara vez van solas a ningún sitio. Tan pronto como manifiestas el deseo de viajar, alguien saca un amigo, un primo, un marido o un tío que tiene tiempo para acompañarte.

Me encontré en el hotel con el coronel Dwyer, del regimiento africano de los Rifles del Rey. Era un hombre mayor que había viajado mucho y había pocas cosas que no conociera del Oriente Medio. En la conversación surgió el tema de Kenya y Uganda y mencioné que tenía un hermano que había vivido allí muchos años. Me preguntó su nombre y le dije que era Miller. Me miró, con una expresión en la cara que me era conocida: algo así como cierta incredulidad.

—¿Significa eso que es usted la hermana de Miller? ¿Que su hermano era Billy Miller «el Pirado»?

No conocía el epíteto Billy «el Pirado».

—¿Tan loco como una cafetera? —añadió interrogativamente.

—Sí —le dije, afirmando con energía—. Siempre ha estado como una cafetera.

—¡Y usted es su hermana! ¡Dios bendito! Se las habrá hecho pasar difíciles de vez en cuando.

Le dije que era un juicio muy acertado.

—Una de las personalidades más notables que me he encontrado —me dijo—. Nadie podía presionarle, ya me entiende. Era imposible hacerle cambiar de opinión, terco como una mula, pero tampoco se le dejaba de respetar. Ha sido uno de los hombres más valientes que he conocido.

Lo pensé y dije que sí, que quizá fuera así.

—Aunque difícil de manejar en una guerra —me dijo—. Mandé

ese regimiento más tarde, pero a él lo calé desde el principio. Me he encontrado a gente de este tipo a menudo, viajando solos por el mundo. Son excéntricos, testarudos, casi geniales, pero no lo bastante, así que por lo general fracasan. Son los mejores conversadores del mundo, pero sólo cuando les apetece. Otras veces ni te contestan, no hablan.

Todo lo que decía era absolutamente cierto.

—Usted es bastante más joven que él, ¿verdad?

—Sí, me lleva diez años.

—Se marchó al extranjero cuando usted era aún una niña, ¿no es verdad?

—Sí. En realidad nunca le he conocido muy bien, aunque vino a casa estando de permiso.

—¿Qué ha sido de él al final? Lo último que he sabido es que estaba enfermo en el hospital.

Le expliqué las circunstancias de la vida de mi hermano, cómo le habían enviado a morir a casa y cómo había vivido unos cuantos años a pesar de las predicciones de los médicos.

—Naturalmente —dijo—, Billy no moriría hasta que él quisiera. Recuerdo que le metieron en un tren hospital, con un brazo en cabestrillo, malherido. Se le metió en la cabeza que no quería ir al hospital. Cada vez que le ponían en un sitio, se iba a otro; les dio mucho trabajo. Consiguieron que se quedara, pero al tercer día se las arregló para escaparse sin que nadie le viera. Luchó su batalla particular. ¿Lo sabía?

Le dije que tenía una vaga idea.

—Se llevaba mal con su jefe, quien era del tipo convencional, un poco envarado, en absoluto del tipo de Miller, quien en aquel momento era el encargado de las mulas. Billy las manejaba a las mil maravillas. Por lo que sea, decidió de pronto que aquél era el lugar adecuado para dar la batalla a los alemanes y que sus mulas se detendrían allí; no podía haber hecho nada mejor. Su jefe le dijo que le llevaría a los tribunales por amotinarse, que tenía que obedecer órdenes. Billy se limitó a sentarse y dijo que no se movería y sus mulas tampoco. En lo de las mulas tenía razón: no se moverían a menos que Miller lo quisiera. De cualquier forma, decidieron formar una corte marcial cuando, en ese momento, llegó un importante destacamento alemán.

—¿Y se libró una batalla? —pregunté.

—Desde luego, *y la ganaron*. La batalla más decisiva de toda la campaña. Por supuesto que el viejo coronel Rush no sé cuántos estaba loco de ira. ¡Habían ganado una batalla gracias a un oficial subordinado al que iban a formar una corte marcial! Sólo que, tal como se habían puesto las cosas, no podían juzgarle y así quedó todo. Naturalmente, se hizo todo lo posible para salvar las apariencias, pero siempre se recordará esta batalla como la batalla de Miller. ¿Le agradaba a usted? —me preguntó de nuevo.

Era una pregunta difícil.

—A veces sí —le dije—. No creo que le haya conocido el tiempo suficiente como para sentir lo que se llama cariño de hermano. Algunas veces me desesperaba, otras me enloquecía y otras me fascinaba, me encantaba.

—Gustaba mucho a las mujeres —dijo el coronel Dwye—. Comían en su mano y, por lo general, querían casarse con él; ya me entiende, casarse y regenerarlo, conseguir que sentara la cabeza y tuviera un trabajo estable. He entendido que ya no vive.

—No, murió hace algunos años.

—Es una pena, ¿no es verdad?

—A veces me lo he preguntado —le dije.

¿Cuál es realmente la frontera entre el éxito y el fracaso? A juzgar por las apariencias, la vida de mi hermano Monty había sido un desastre, no había triunfado en nada de lo que había intentado, aunque tal vez sólo desde el punto de vista económico. ¿Y no es cierto que, a pesar del fracaso económico, disfrutó mucho durante la mayor parte de su vida?

—Supongo —me dijo una vez alegremente— que me llevado una vida muy mala. Por todo el mundo hay gente a la que debo dinero. He infringido las leyes de muchos países. He reunido ilegalmente una cantidad nada desdeñable de marfil, que tengo escondida en África. Saben que la tengo, ¡pero no serán capaces de encontrarla! A la pobre mamá y a Madge les he dado muchos disgustos. No creo que los curas aprueben mi conducta, pero te juro, pequeña, que me he divertido. Me lo he pasado fantásticamente. Nada me ha satisfecho si no era lo mejor.

La suerte de Monty se apoyaba en que, hasta llegar a la vieja señora Taylor, en todos los momentos de necesidad siempre había

aparecido una mujer que le había ayudado. La señora Taylor y él habían vivido felizmente en Dartmoor. Ella enfermó gravemente de bronquitis; se recuperaba con lentitud y el doctor dijo que no le parecía bien que pasara otro invierno allí, que tenía que irse a algún sitio cálido, al sur de Francia tal vez.

Monty estaba encantado. Se trajo todos los folletos de viaje imaginables. Madge y yo reconocimos que pedirle a la señora Taylor que se quedara en Dartmoor era demasiado, aunque nos aseguró que no le importaba, que lo hacía muy a gusto.

—No dejaría ahora al capitán Miller por nada del mundo.

Así que, con nuestra mejor intención, rechazamos las locas ideas de Monty y en su lugar alquilamos unas habitaciones en una pequeña pensión del sur de Francia para la señora Taylor y para él. Vendí el chalet de granito y fui a despedirlo al «Tren Azul». Se les veía radiantes de felicidad, pero ¡ay!, la señora Taylor cogió en el viaje un resfriado que degeneró en neumonía y murió en el hospital días más tarde.

A Monty le ingresaron también en el hospital de Marsella, debido a la depresión que le produjo la muerte de su ama de llaves. Madge estaba convencida de que había que hacer algo, pero se volvía loca pensando en qué. La enfermera que le cuidaba, comprensiva y atenta, nos daría la solución.

Una semana después recibimos un cable del director del Banco que se había hecho cargo de los asuntos financieros, diciendo que al parecer se había encontrado una solución satisfactoria. Como Madge no podía ir a verle, fui yo. El director se reunió conmigo y me llevó a comer. Estuvo muy amable y comprensivo, aunque extrañamente evasivo, sin que yo supiera por qué. Al cabo de un rato surgió la razón de su desasosiego; estaba nervioso por lo que las hermanas de Monty dirían de la propuesta. Charlotte, la enfermera, quería llevarse a Monty a su apartamento y cuidar de él. El director del Banco temía un estallido de gazmoña disconformidad por nuestra parte, ¡qué poco nos conocía! Habríamos abrazado a Charlotte en señal de gratitud. Madge la conoció y se encariñó con ella. Sabía manejar muy bien a Monty y él también le tenía cariño; le administraba el dinero, al tiempo que escuchaba diplomáticamente los grandiosos planes de Monty para vivir en un gran yate y cosas por el estilo.

Se murió un día, de pronto, de una hemorragia cerebral, en un café que había enfrente, y Charlotte y Madge lloraron juntas en el funeral. Le enterraron en el cementerio militar de Marsella.

Creo que Monty disfrutó hasta el último momento.

Después de esto, el coronel Dwyer y yo nos hicimos más amigos. Algunas veces iba a cenar con él, otras cenaba conmigo en el hotel y nuestra conversación volvía siempre a Kenya, Kilimanjaro, Uganda, el Lago y a las historias acerca de mi hermano.

Con su carácter enérgico de militar, el coronel planeó mi siguiente viaje al extranjero.

—Tengo en mente tres estupendo safaris —me dijo—. Los organizaré cuando pueda irme fuera y la fecha le convenga a usted. Había pensado que nos encontráramos en algún lugar de Egipto. Entonces organizaría una marcha con camellos que recorriera el norte de África. Nos llevaría dos meses, pero sería un viaje fantástico, algo que nunca olvidaría. La llevaría a sitios que ninguno de estos ridículos y falsos guías conocen. Me sé este país palmo a palmo. Luego quedaría el interior.

Y seguía trazando planes para viajes sucesivos, la mayoría de las veces en una carreta de bueyes. De vez en cuando, dudaba de si estaría lo suficientemente preparada como para llevar a cabo estos programas. Quizás ambos sabíamos que nos movíamos en el terreno de las ilusiones. Creo que el coronel Dwyer era un hombre solitario. Empezó como soldado raso e hizo una buena carrera militar; poco a poco se fue apartando de su mujer, que se negaba a abandonar Inglaterra; todo lo que a ella le interesaba —me decía— era vivir en una casita y en una calle bien cuidadas. Sus hijos tampoco le hacían ningún caso. Pensaban que sus ideas de viajar por lugares salvajes eran tontas e irreales.

—Al final le enviaba el dinero que quería para ella y para la educación de los chicos, pero mi vida no estaba allí sino en sitios como Egipto, el norte de África, Iraq, Arabia Saudita y todo eso. Eso es para mí la vida.

Creo que aunque solo, estaba satisfecho. Tenía un sentido del humor muy peculiar; me contó historias terriblemente divertidas sobre distintas intrigas que se habían descubierto. Al mismo tiempo era un hombre muy convencional en muchos aspectos; era honrado, religioso, fiel a las ordenanzas, con ideas muy rígidas sobre lo que

estaba bien y lo que estaba mal. Era como un viejo presbiteriano escocés estricto. Era el mes de noviembre y el tiempo empezaba a cambiar. Ya no habría más días luminosos de sol abrasador; incluso, de vez en cuando, llovía. Había hecho las reservas de mi viaje de regreso y dejaba Bagdad con pena, aunque no demasiada, porque ya estaba haciendo planes para volver otra vez. Los Woolley me lanzaron la indirecta de que quizá me visitarían el año próximo y así haría parte del viaje de regreso con ellos; hubo también otras personas que me invitaron y me animaron.

Llegó el día en que subí una vez más al autobús de seis ruedas, aunque esta vez había tenido la precaución de reservar un asiento en la parte delantera, de forma que no me mareara de nuevo. Nos pusimos en marcha y me dio tiempo de conocer alguna de las bromas del desierto. Empezó a llover, como es costumbre en este país, desde las ocho y media de la mañana y al cabo de unas horas todo se convirtió en un cenagal. Cada vez que se daba un paso, el pie se llevaba pegado un enorme pastel de barro que pesaría unas veinte libras. En cuanto al autobús no hacía más que patinar, se desvió bruscamente y al final se quedó bloqueado. Los conductores saltaron, las palas entraron en acción, se bajaron unas tablas que se fijaron bajo las ruedas y se empezó a cavar para sacarlo del bache. Tras unos cuarenta minutos o una hora de trabajo, se hizo el primer intento. El autobús dio unas sacudidas, se levantó y cayó de nuevo. Al final tuvimos que volver, pues la lluvia había arreciado y nuevamente llegamos a Bagdad. Nuestro segundo intento, al día siguiente, fue mejor. Tuvimos que cavar alrededor del autobús una o dos veces pero al final pasamos Ramadi y, en cuanto llegamos al fuerte de Rutbah, encontramos de nuevo el desierto despejado y no hubo más problemas con el terreno.

III

Una de las cosas más agradables del viajar es volver a casa. Rosalind, Carlo, Punkie y su familia, a todos los vi con más cariño.

Pasamos la Navidad en Cheshire, con Punkie, y luego nos fuimos a Londres, donde se encontraba Rosalind con una de sus amigas, Pam Druce, a cuyos padres había conocido en Canarias. Iríamos a ver unos títeres y luego Pam vendría con nosotros a Devonshire hasta el final de las vacaciones.

Pasamos una tarde muy agradable cuando Pam llegó, hasta que ya a altas horas de la noche, me despertó una voz que decía:

—Señora Christie, ¿le impostaría que me metiera en su cama? Tengo unos sueños muy raros.

—Desde luego que no, Pam —le dije.

Encendí la luz y se echó a mi lado con un suspiro. Me quedé un poco sorprendida, pues Pam no parecía una niña nerviosa. Sin embargo no había duda de que aquello la reconfortaba ya que dormimos de un tirón hasta la mañana siguiente.

Después de descorrer las cortinas y de que me trajeran el té, encendí la luz y miré a Pam. Nunca había visto una cara tan cubierta de manchas. Se dio cuenta de que había algo extraño en mi expresión y dijo:

—¡Me estás mirando!

—Sí, en efecto, te estoy mirando.

—Bueno, no me sorprende mucho —dijo—. ¿Qué estoy haciendo en tu cama?

—Viniste anoche y dijiste que habías tenido algunas pesadillas.

—¿Eso hice? No me acuerdo de nada, por eso no me explicaba qué estaba haciendo aquí. —Hizo una pausa y luego dijo—: Pero hay algo más, ¿verdad?

—Sí —le contesté—, me temo que sí. Creo que has cogido el sarampión, Pam.

Le traje un espejo para que se viera la cara.

—¡Oh! —exclamó—. Estoy muy rara, ¿verdad?

Asentí.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó—. ¿No podré ir al teatro esta noche?

—Me temo que no —le dije—. Creo que lo mejor será, antes de nada, llamar a tu madre.

Telefoneé a Beda Druce, que vino inmediatamente, anuló su viaje y se llevó a Pam. Cogí a Rosalind, la metí en el coche y nos fuimos a Devonshire, donde nos quedaríamos diez días hasta ver si había cogido también el sarampión o no. El viaje no fue agradable, pues hacía sólo una semana que me habían vacunado en la pierna y me resultaba doloroso conducir.

Lo que pasó al final de los diez días fue que empecé a tener fuertes dolores de cabeza y síntomas de fiebre.

—Quizás es que te ha contagiado a ti y no a mí —sugirió Rosalind.

—No digas tonterías. Ya tuve el sarampión a los quince años y lo pasé muy mal.

Pero lo cierto es que no me encontraba bien. La gente puede pasar el sarampión dos veces. Además, ¿por qué me iba a encontrar tan mal si no?

Telefoneé a mi hermana, y Punkie, que siempre estaba dispuesta a ayudar a cualquiera, dijo que en cuanto recibiera un telegrama vendría inmediatamente a cuidarnos a mí, a Rosalind, a las dos o lo que hiciera falta. Al día siguiente me sentía mucho peor y Rosalind parecía resfriada, tenía los ojos llorosos y estornudaba.

Punkie llegó, como era habitual en ella, llena de energía y dispuesta a enfrentarse a cualquier desastre. Llamamos al doctor Carver, quien dictaminó que Rosalind tenía el sarampión.

—¿Y qué le pasa a usted? —me dijo—. No tiene muy buen aspecto.

Le dije que me sentía fatal y que posiblemente tenía fiebre. Entonces me hizo unas cuantas preguntas más: «¿Así que la han vacunado? ¿Y usted vino conduciendo hasta aquí? ¿Y la vacunaron en la pierna? ¿Y por qué no en el brazo?»

—Porque la señal que deja la vacuna resulta horrible con un traje de noche.

—Bueno, vacunarse en la pierna no supone ningún peligro, pero lo que no es muy prudente es conducir después más de doscientas millas. Deje que le eche un vistazo. —Me reconoció y dijo—: Pero ¿no se ha dado cuenta de lo hinchada que tiene la pierna?

—Pues, la verdad es que sí, pero pensé que era por la vacuna.

—Es algo bastante más serio. Le tomaré la temperatura. —Lo hizo y exclamó—: Dios mío, ¿sabe cuánta fiebre tiene?

—Bueno, ayer tenía treinta y ocho, pero pensé que quizá me bajaría. Me siento un poco rara.

—¡Rara! Ya lo creo. Ahora tiene más de cuarenta. Échese en la cama mientras arreglo algunas cosas.

Cuando volvió me dijo que me iba a mandar inmediatamente a una clínica particular en una ambulancia. Le dije que lo de la ambulancia me parecía una tontería, ¿por qué no en mi coche, o en un taxi?

—Usted hará lo que se le diga —dijo el doctor Carver, que no parecía muy seguro—. Antes de nada hablaré con la señora Watts.

Punkie entró y me dijo:

—Cuidaré de Rosalind mientras pasa el sarampión. El doctor Carver opina que estás bastante mal. ¿Qué te han hecho? ¿Te habrán envenenado con la vacuna?

Punkie metió en una maleta todo lo que pudiera necesitar y yo me quedé en la cama esperando que llegara la ambulancia, tratando de ordenar mis ideas. Tenía la terrible sensación de que estaba en una pescadería, metida en el hielo con los trozos de pescado pero, al mismo tiempo, me sentía como encerrada en un leño ardiente y humeante. La mezcla de ambas sensaciones era de lo más desagradable. De vez en cuando, con gran esfuerzo, escapaba de esta desagradable pesadilla diciéndome: «Soy Agatha, estoy echada en mi cama, no soy pescado ni estoy en una pescadería y no soy un leño en llamas». Sin embargo, al momento estaba resbalando en una viscosa piel de cordero, rodeada por las cabezas de los peces, una de las cuales resultaba muy desagradable; era, lo recuerdo perfectamente, un enorme rodaballo, con sus ojos saltones y la boca abierta, mirándome de una forma horrible.

Se abrió la puerta y entró una mujer vestida de enfermera que,

al parecer, era la auxiliar de la ambulancia, con una silla de ruedas. Protesté enérgicamente porque no tenía intención de ir a ningún sitio en ella; bajaría perfectamente a la ambulancia por mi propio pie. Pero la enfermera cortó mis protestas, diciendo secamente:

—Son órdenes del doctor. Así que, siéntese aquí, querida, y la sujetaremos con estas correas.

No recuerdo nada más espantoso que el trayecto hasta el recibidor. Pesaba bastante más de setenta kilos y el enfermero de la ambulancia era un joven escuálido. Me cogieron entre él y la enfermera y comenzamos a bajar las escaleras. La silla crujía y parecía que iba a saltar en pedazos de un momento a otro; además, el enfermero resbalaba y tenía que agarrarse al pasamanos. Llegó un momento en que la silla comenzó a desintegrarse en mitad de la escalera.

—¡Por favor, enfermera, por favor! —jadeaba el auxiliar—. ¡Creo que la silla se va romper de un momento a otro!

—¡Bájenme de aquí! —grité—. ¡Quiero bajar por mi propio pie!

Al final cedieron. Soltaron las correas, me agarré al pasamanos y bajé las escaleras denodadamente, sintiéndome mucho mejor y más segura, y conteniéndome para no decirles que eran unos tontos.

La ambulancia partió a toda prisa y llegué a la clínica. Una linda y pelirroja aprendiza de enfermera me instaló en la cama. Las sábanas estaban frías, pero no lo suficiente. Se produjeron de nuevo las visiones de hielo y peces y de calderas encendidas.

—¡Ooooh! —exclamó la aprendiza, mirándome la pierna con gran interés—. La última vez que tuvimos una pierna como ésta, hubo que cortarla al tercer día.

Afortunadamente en ese momento yo estaba delirando y apenas si capté lo que había dicho, aunque, de todas formas, no me habría importado en absoluto que me hubieran cortado entonces las piernas, los brazos e incluso la cabeza. En cambio sí me di cuenta de cómo me arreglaba la cama, empaquetándome prácticamente con las sábanas, por lo que pensé que había equivocado su vocación pues no todos los enfermos aguantarían su forma de tratarlos.

Gracias a Dios no tuvieron que cortarme la pierna. Después de tres o cuatro días de fiebre muy alta, incluso con delirios, debido al envenenamiento de la sangre, empecé a mejorar. Estaba convencida y aún lo creo, de que la culpa de todo fue de que habían duplicado

el efecto de la vacuna. Los médicos creían que todo se debía a que no me había vacunado desde que era niña y a que había hecho un gran esfuerzo con la pierna, al venir desde Londres en coche.

Al cabo de una semana me había recuperado un poco y quise saber por teléfono cómo iba el sarampión de Rosalind. Igual que el de Pam, había constituido una magnífica demostración de erupción cutánea. Rosalind se lo había pasado muy bien con los cuidados de su tía Punkie y casi todas las noches le decía con su vocecita:

—¡Tía Punkie!, ¿me lavarás con la esponja como hiciste ayer? Me alivia mucho.

Así que, en el momento oportuno, volví a casa, con un gran vendaje que me cubría todo el muslo izquierdo, dispuesta a que pasáramos una alegre convalecencia las dos juntas. Rosalind no fue al colegio hasta unas dos semanas después de empezado el curso, cuando se encontró lo bastante fuerte y animada. Yo esperé otra semana a que mi pierna se curase del todo y luego me marché a Italia, a Roma, donde no me quedé tanto tiempo como había planeado, ya que tenía que coger el barco para Beirut.

IV

Esta vez viajé con el Lloyd Triestino hasta Beirut, donde pasé unos cuantos días, y crucé nuevamente el desierto con los transportes de la Nairn. El mar estuvo bastante encrespado por la costa de Alexandretta y no me encontraba muy bien. Advertí que había otra mujer en el barco. Sybil Burnett, que era la dama en cuestión, me dijo más tarde que ella tampoco se había sentido muy bien con la marejada y que cuando me miró había pensado: «Ésa es una de las mujeres más desagradables que he visto». Yo había pensado lo mismo y al mismo tiempo. Me dije para mí: «No me gusta esa mujer. No me gusta el sombrero que lleva ni sus medias color champiñón».

En este estado de mutuo desagrado, nos dispusimos a cruzar juntas el desierto. Casi en seguida nos hicimos amigas y continuamos siéndolo durante muchos años. Sybil, a la que solían llamar «Bauff» Burnett, era la mujer de Sir Charles Burnett, por entonces vicemariscal del Aire, e iba a reunirse con su marido. Era una mujer tremendamente original, que decía siempre lo que se le pasaba por la cabeza; amaba los viajes y los lugares extraños, tenía una casa maravillosa en Argel, seis hijas, dos de ellas de su matrimonio anterior, y un amor inextinguible por la vida. Venía con nosotras un grupo de señoras anglo-católicas que iban a Iraq para visitar algunos lugares bíblicos. La responsable del grupo era una tal señorita Wilbraham, mujer de terrible aspecto. Tenía unos pies enormes embutidos en unos zapatos negros sin tacón y llevaba un casco colonial. Sybil Burnett decía que parecía exactamente un escarabajo, a lo que asentí. Era el tipo de mujer al que apetece llevar la contraria. Sybil Burnett lo hizo enseguida.

—Llevo conmigo cuarenta mujeres —dijo la señorita Wilbraham

— y tengo que felicitarme pues, salvo una, todas son sahibs. Es importante, ¿no cree usted?

—No —le contestó Sybil—, creo que el que todas sean sahibs es muy aburrido. Es preferible que haya de todas clases.

La señorita Wilbraham no hizo ni caso; ése era su punto fuerte: nunca hacía el menor caso.

—Sí —dijo—, realmente tengo que felicitarme.

Bauff y yo decidimos descubrir entre las dos quién era la oveja negra que no había superado las pruebas para que la consideraran como sahib.

La segunda de a bordo y amiga de la señorita Wilbraham era la señorita Amy Ferguson. La señorita Ferguson estaba dedicada a todas las causas anglo-católicas y de forma especial a la señorita Wilbraham, a quien consideraba una mujer extraordinaria. Lo único que la disgustaba era no estar a su nivel.

—El problema está —nos confió— en que Maude es increíblemente fuerte; mi salud es buena, pero debo confesar que algunas veces me siento cansada y eso que sólo tenga sesenta y cinco años y que Maude casi tiene setenta.

—Una criatura muy buena —decía la señorita Wilbraham de Amy—. La más capaz, la más dedicada, pero por desgracia siempre está fatigada; es muy fastidioso. Supongo que no puede evitarlo, pobrecita, pero así es. Yo nunca me siento cansada.

Estábamos completamente seguras de ello.

Llegamos a Bagdad, donde me encontré con viejos amigos y me quedé unos cuatro o cinco días, hasta que recibí un telegrama de los Woolley y me marché a Ur.

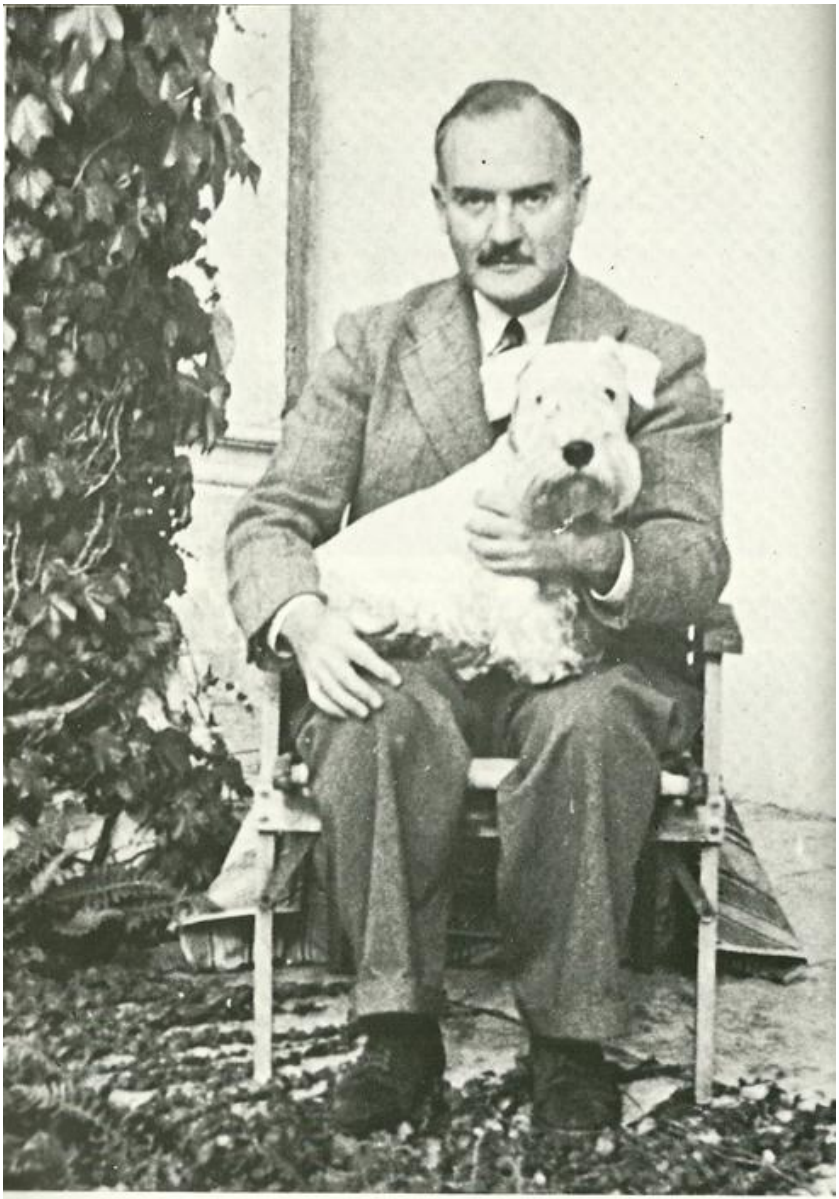
Había visto a los Woolley en Londres el anterior mes de junio, cuando fueron a casa, y naturalmente les presté la casita que acababa de comprar en Cresswell Place. Era deliciosa o al menos así me parecía; una de las cuatro o cinco casas que se habían construido en las caballerizas al estilo de las viejas granjas de campo. Cuando la compré, aún conservaba los establos, con los pesebres en las paredes, la habitación donde se guardaban los arreos y un pequeño dormitorio entre ambos. A las dos habitaciones del piso superior se llegaba por una escalera de madera; había un servicio y al lado un cuarto pequeño. Hice unas cuantas reformas con ayuda de un buen constructor. El gran establo de la planta baja,

con los pesebres y las maderas debidamente arreglados, quedó cubierto con un papel que estaba muy de moda en aquel momento, con la orla de hierba que cuando se entraba daba la impresión de que se estaba en un pequeño jardín. El cuarto de los arreos se convirtió en garaje y el que estaba entre ambos en dormitorio de servicio. El baño del piso superior quedó magnífico, con delfines verdes que hacían cabriolas en las paredes, y una bañera verde de porcelana; la habitación más grande se convirtió en comedor, con un diván que por la noche se transformaba en cama. La más pequeña era la cocina y la otra un dormitorio.

Desayuno en Bagdad con vistas al Tigris.

Con el Sheïkh Abdullah en Nimrud en 1951 examinando una bandeja con figuras de marfil.

Excavando en Nimrud. Max es el que está en primer plano



Max con James, mi terrier galés blanco, poco antes de la segunda guerra mundial.

Mientras los Woolley estuvieron allí, me prepararon un viaje delicioso. Llegaría a Ur como una semana antes de que terminara la estación; ellos ya tendrían preparadas las maletas y partiríamos juntos a Grecia, pasando por Siria, y de Grecia a Delfos. Este proyecto me hacía muy feliz.

Llegué a Ur en medio de una tormenta de arena. Cuando les visité anteriormente ya había soportado una semejante, pero ésta era mucho peor, duró cuatro o cinco días. Ignoraba que la arena tuviera tal capacidad de penetración. A pesar de que se cerraron las ventanas y se extendieron los mosquiteros, por la noche las camas estaban llenas de arena, crujía en el suelo al pisar, y por la mañana teníamos arena en la cara, en el cuello, en todas partes. La tortura duró cinco días, durante los cuales charlamos de temas interesantes, estuvimos muy amigables y disfruté muchísimo.

Estaba allí de nuevo el padre Burrows y Whitburn, el arquitecto, y el ayudante de Leonard Woolley, Max Mallowan, que llevaba con ellos cinco años, pero que el año anterior, cuando llegué, estaba fuera. Era un hombre joven, delgado, moreno, muy callado, que raramente hablaba aunque estaba muy atento a todo lo que se le pedía.

Esta vez advertí algo de lo que antes no me había dado cuenta: el extraordinario silencio que reinaba en la mesa. Era como si temieran hablar. Después de uno o dos días descubrí el porqué. Katherine Woolley era una mujer muy temperamental, a la que le resultaba muy fácil hacer que la gente se sintiera cómoda o, por el contrario, nerviosa. Observé que todos la trataban con gran miramiento: siempre había alguien que le ofrecía más leche para el café o más mantequilla para la tostada o le pasaba la mermelada, etcétera. Me preguntaba, ¿por qué la temerán todos tanto?

Una mañana que ella estaba de mal humor, averigüé algo más.

—Supongo que nadie me va a dar la sal —dijo.

De inmediato cuatro manos se lanzaron a empujarla sobre la mesa, estorbándose mutuamente al hacerlo. Siguió una pausa; después, muy nervioso, el señor Whitburn le ofreció insistentemente las tostadas.

—¿No ve que tengo la boca llena, señor Whitburn?

Ésa fue la respuesta que obtuvo. El pobre hombre se volvió a sentar, sonrojado y nervioso. Todo el mundo se puso a comer tostadas febrilmente, no sin antes ofrecérselas a ella, que siempre las rechazaba.

—Creo —decía— que no deberían acabar con las tostadas sin darle a Max la oportunidad de coger una.

Miré a Max. Le ofrecieron la tostada sobrante. La tomó con rapidez, sin protestar. En realidad, antes había cogido dos y me pregunté por qué no lo diría. De eso me daría cuenta mucho más tarde.

El señor Whitburn me inició en alguno de estos misterios:

—La ve usted —me dijo—, siempre tiene sus favoritos.

—¿La señora Woolley?

—Sí. Nunca son los mismos, ya me entiende. Unas veces es una persona, otras veces otra. Quiero decir que, o todo lo que haces está mal o todo bien. Ahora soy yo el que ha caído en desgracia.

Era cierto que Max Mallowan era la persona que todo lo hacía bien. Tal vez se debiera a que durante la estación anterior había estado ausente y por lo tanto era más novedad que los otros, aunque en el fondo creo que se debía a que en el curso de cinco años había aprendido cómo tratar a los Woolley. Sabía cuándo tenía que callarse y cuándo hablar.

Pronto me percaté de lo bien que entendía a la gente. Sabía cómo tratar a los obreros y, lo que era mucho más difícil, cómo tratar a Katherine Woolley.

—Desde luego —me dijo Katherine—, Max es el ayudante perfecto. No sé lo que habríamos hecho sin él durante todos estos años. Creo que le gustará mucho; le diré que la acompañe a Nejef y Kerbala. Nejef es la ciudad santa musulmana de los muertos y Kerbala tiene una mezquita maravillosa. Así, cuando nosotros hagamos las maletas para ir a Bagdad, él la llevará allí. De camino pueden visitar Nippur.

—Pero —dije—, ¿no querrá ir él también a Bagdad? Seguramente tendrá amigos a los que querrá ver antes de irse a casa.

Me horrorizaba partir con un hombre joven que probablemente suspiraba por liberarse y divertirse en Bagdad, después de la tensión que supone tres meses de temporada en Ur.

—¡Oh, no! —dijo Katherine con firmeza—. Max estará encantado. No creía que Max estuviera encantado, pero estaba segura de que no se le trasluciría nada. Me sentía muy incómoda. Consideraba a Whitburn como un amigo, puesto que le conocía del año anterior, y como a tal le hablé sobre el tema.

—¿No cree usted que es bastante arbitrario? Detesto hacer este tipo de cosas. ¿No sería mejor que dijera que no quiero ver ni Nejef ni Kerbala?

—Bueno, pienso que debe verlas —dijo Whitburn—. Todo irá bien, a Max no le importará y, de todas formas, si Katherine lo ha decidido, ya está hecho.

Me quedé muy admirada. Supongo que es maravilloso ser de esa clase de mujeres que, apenas han decidido algo, consiguen que todo el mundo lo acepte, si no convencidos por rutina.

Recuerdo que, meses más tarde, le hablé a Katherine de la admiración que me merecía Len, su marido.

—Es maravilloso —le dije—, lo poco egoísta que es, cómo se levanta por la noche en el barco y le prepara sopa caliente. No hay muchos maridos que hagan eso.

—¿De verdad? —me dijo, mirándome sorprendida—. Bueno, para Len es un privilegio.

Y, en efecto, él pensaba realmente que lo era. De hecho, cuando se hacía algo para Katherine parecía, hasta cierto punto, que era un privilegio. Cuando volvías a casa y pensabas que habías cogido dos libros en la biblioteca y que cuando te disponías a leerlos te habías apresurado a ofrecérselos, sólo porque ella, suspirando, había dicho que no tenía nada que leer, te percatabas de que era una mujer excepcional.

Sólo gente excepcional también escapaba a su dominio. Recuerdo que una de estas personas fue Freya Stark. Un día Katherine se encontraba enferma y quería que le trajesen y le hiciesen un montón de cosas. Freya Stark, que se había quedado con

ella, fue firme, animosa y amistosa:

—Ya veo que no estás muy bien, querida, pero yo no cuido bien a los enfermos, así que lo mejor que puedo hacer es pasar el día fuera.

Así lo hizo y aunque parezca extraño a Katherine no le molestó; simplemente pensó que era un magnífico ejemplo del fuerte carácter de Freya, cosa que evidentemente había demostrado.

Volviendo a lo de Max, por lo visto todo el mundo estaba de acuerdo en que era muy natural que un hombre joven, que había trabajado duramente en una fatigosa excavación y que estaba a punto de conseguir un descanso y disfrutarlo, se sacrificara para llevara una mujer extraña, mucho mayor que él, que apenas sabía nada de arqueología, a visitar los lugares interesantes del país. Max se lo tomó como algo habitual. Tenía un aspecto muy serio que me ponía un poco nerviosa. No sabía si ofrecerle alguna disculpa. Intenté decir unas frases entrecortadas para explicarle que yo no había sugerido este viaje, pero no hizo falta. Me dijo que no tenía nada especial que hacer, que volvería a casa poco a poco, primero viajaría con los Woolley y luego, después de estar en Delfos, se separaría de ellos para ir a ver el templo de Bassae y otros lugares. Le agradaba ir a Nippur, era un lugar interesantísimo, y lo mismo pasaba con Nejef y KerbaIa, a los que valía la pena visitar.

Y por fin nos marchamos; disfruté plenamente el día que pasamos en Nippur, aunque fue agotador. Durante horas viajamos por un terreno escabroso, caminando por lo que parecían acres de excavación. Supongo que no lo habría encontrado tan interesante si no me hubiera acompañado alguien que me lo explicara, pero como tuve esa suerte, me enamoré aún más de las excavaciones.

Alrededor de las siete de la tarde llegamos a Diwaniya, donde pasaríamos la noche con los Ditchburn. Apenas si me tenía en pie, deseaba irme a dormir, pero de un modo u otro me las arreglé para cepillarme el pelo y quitarme la arena, lavarme la cara, darme unos polvos y meterme en algo parecido a un traje de noche.

La señora Ditchburn disfrutaba agasajando a sus huéspedes. Era una gran conversadora, no paraba de hablar, con su voz clara y animosa. Me presentaron a su marido y me sentaron a su lado. Era un hombre tan callado, lo que tal vez era de esperar, que permaneció en silencio durante mucho rato. Hice unas cuantas

observaciones tontas sobre lo que había visto, pero no me contestó nada. Al otro lado tenía a un misionero americano, que también era muy taciturno; me di cuenta de que no hacía más que retorcerse las manos por debajo de la mesa, haciendo trizas un pañuelo. Esto me alarmó un tanto y me pregunté a qué se debería; su mujer, que estaba sentada al otro lado, por lo visto tampoco estaba en muy buenas condiciones.

Fue una noche extraña. La señora Ditchburn, metida de lleno en la vida social, charlaba con sus vecinos y hablaba con Max y conmigo; Max respondía bastante bien. Los dos misioneros, marido y mujer, permanecían mudos, la mujer contemplando a su marido con desesperación y él rompiendo el pañuelo en trozos cada vez más pequeños.

Bastante aturdida y medio dormida, me vino a la cabeza una magnífica idea para una historia policíaca. Un misionero que se está volviendo loco por la angustia; ¿angustia por qué? No importa, angustia por cualquier cosa y por todos los sitios por donde pasa va dejando pañuelos destrozados, reducidos, a tiras, que servirán de pista. Pistas, pañuelos, restos de pañuelos. La habitación me daba vueltas y estuve a punto de dormirme en la silla.

En ese momento una voz áspera me dijo al oído:

—Todos los arqueólogos son unos mentirosos.

La voz pertenecía al señor Ditchburn y su tono reflejaba un profundo resentimiento.

Me desperté y reflexioné sobre su afirmación. Me la había lanzado de forma muy desafiante. Como no me sentía en condiciones de defender la veracidad de los arqueólogos, me limité a decir, humildemente:

—¿Por qué cree que son unos mentirosos? ¿En qué le han mentido?

—En todo —contestó el señor Ditchburn—, en todo. Dicen que conocen las fechas de las cosas y cuándo han pasado; que esto tiene 7.000 años y que lo otro 3.000, que este rey reinó en esta época y aquel otro después. ¡Mentirosos! ¡No son más que unos mentirosos!

—¿Y por qué no puede ser verdad? —le dije.

—¿Verdad?

El señor Ditchburn esbozó una sonrisa sardónica y volvió a su mutismo.

Dirigí unas cuantas frases a mi misionero, pero no obtuve apenas respuesta. Después el señor Ditchburn rompió el silencio una vez más e incidentalmente me dio una posible pista sobre su rencor cuando dijo:

—Como de costumbre, he tenido que dejar mi vestidor a ese arqueólogo.

—¡Vaya! —dije incomodada—. Lo siento, no sabía…

—Pasa siempre —dijo el señor Ditchburn—, siempre me hace lo mismo, mi mujer quiero decir. La casa está siempre llena de invitados, y no lo digo por usted, usted tiene una de las habitaciones reservadas para huéspedes; tenemos tres preparadas, pero para Elsie no es bastante. No, tiene que llenar todas las habitaciones, incluido mi vestidor. No sé cómo lo aguanto.

Le dije nuevamente que lo sentía. Me sentía totalmente a disgusto, pero en aquel momento necesitaba todas mis energías para mantenerme despierta, lo que me costaba un verdadero esfuerzo.

Después de cenar pedí permiso para retirarme. A la señora Ditchburn le molestó mucho pues había planeado jugar al bridge, pero se me cerraban los ojos y apenas pude subir las escaleras, quitarme la ropa y dejarme caer en la cama.

A la mañana siguiente salimos a las cinco. El viaje a Iraq fue el comienzo de un ritmo de vida agotador; visitamos Nejef que es, sin duda, un lugar maravilloso: una auténtica necrópolis, una ciudad funeraria, con mujeres musulmanas envueltas en velos negros, gimiendo y moviéndose de un lado a otro. Era un semillero de extremistas y no siempre era posible visitarlo. Primero había que informar a la policía, que estaría al tanto para que no se produjesen estallidos de fanatismo.

De Nejef fuimos a Kerbala, que tiene una mezquita maravillosa con una cúpula de oro y turquesas. Fue la primera vez que me encerraron; pasamos la noche en la comisaría. Katherine me había prestado unas ropas de cama que extendí en el suelo de una pequeña celda. Max estaba en otra y me instó a que le llamara si necesitaba algo por la noche. Jamás habría pensado en los años de mi educación victoriana que un día despertaría a un joven, a quien apenas conocía, para pedirle que fuera tan amable de acompañarme al servicio, pero entonces me pareció algo natural. Desperté a Max,

él llamó a un policía, el policía cogió una linterna y los tres emprendimos la marcha por largos corredores hasta que llegamos a una habitación que olía espantosamente mal y con un agujero en el suelo. Max y el policía esperaron cortésmente al otro lado de la puerta para alumbrarme en el camino de regreso.

La cena la sirvieron en una mesa al aire libre, fuera de la comisaría, con una gran luna sobre nosotros y el constante y monótono croar de las ranas. Siempre que las oigo me acuerdo de Kerbala y de aquella noche. El policía se sentó con nosotros; de vez en cuando decía unas cuantas palabras en inglés, pero la mayor parte del tiempo hablaba en árabe con Max, quien ocasionalmente traducía lo que iba dirigido a mí. Después de una de esas pausas refrescantes que forman parte siempre de los contactos en Oriente y que tan armoniosamente concuerdan con nuestros sentimientos, el policía rompió su silencio y habló en inglés.

—¡Yo te saludo, espíritu feliz! —dijo—. Pájaro que nunca existirás.

Les miró asombrada. Continuó hasta acabar el poema.

—Me lo enseñaron —dijo, haciendo un gesto con la cabeza—. En inglés es muy bonito.

Le dije que en efecto lo era y con eso terminó la conversación.

Nunca hubiera imaginado que viajaría hasta el Iraq y que allí un policía nativo me recitaría a medianoche, en un jardín oriental, la «Oda a la alondra» de Shelley.

A la mañana siguiente desayunamos temprano. Un jardinero que estaba cogiendo rosas, se acercó con un ramo. Le esperé, dispuesta a sonreír graciosamente; con gran desconcierto por mi parte, el hombre pasó sin mirarme siquiera y entregó el ramo a Max, con una gran reverencia. Max se echó a reír y me indicó que estábamos en Oriente y que allí las atenciones se tienen con los hombres, no con las mujeres.

Cogimos todas nuestras pertenencias, la ropa de cama, un buen montón de pan fresco y las rosas y nos pusimos en camino de nuevo. Daríamos un rodeo en nuestro viaje de vuelta a Bagdad, para ver la ciudad árabe de Ukhaidir, que se adentra en el desierto. El paisaje era monótono y para pasar el tiempo nos pusimos a cantar canciones que conocíamos los dos, empezando por *Frère Jacques*, y siguiendo con diversas baladas y cancioncillas. Vimos

Ukhaidir, maravillosa en su aislamiento, y una o dos horas después de haberla abandonado, nos topamos con un lago desierto de cristalinas aguas azules. El calor era terrible y me apetecía mucho bañarme.

—¿Realmente le gustaría hacerlo? —dijo Max—. Pues no veo que nada se lo impida.

—¿Podría? —miré pensativamente el lío de sábanas y mi pequeña maleta—. Pero no tengo traje de baño.

—¿Y no tiene nada que le sirva de bañador? —preguntó Max delicadamente.

Lo pensé detenidamente y al final me puse una camiseta de seda rosa y dos pares de bragas. Estaba lista. El conductor, con ese sentido de la cortesía y de la delicadeza que tienen todos los árabes, se había alejado. Max, con pantalones cortos y camiseta, se reunió conmigo y nadamos en el agua azul.

Aquello era el paraíso, el mundo parecía perfecto, o al menos así fue hasta que volvimos al coche e intentamos arrancar: se había hundido suavemente en la arena y no había forma de moverlo. Éste era uno de los riesgos de conducir por el desierto. Max y el conductor sacaron esterillas metálicas, palas y otros objetos del coche e hicieron denodados esfuerzos por liberarnos, aunque sin éxito. Las horas pasaban, el calor era aún más acuciante; me tumbé al amparo del coche y me quedé dormida.

Max me dijo después, aunque no sé si sería cierto o no, que en ese momento decidió que sería una excelente esposa para él.

—Ningún alboroto —dijo—; no te quejaste ni dijiste que era culpa mía o que no debíamos habernos parado allí nunca. No parecía preocuparte si continuaríamos o no. La verdad es que en aquel momento comencé a pensar que eras maravillosa.

Desde que me dijo aquello, he tratado de vivir a la altura de la reputación que me había ganado. Me resulta fácil aceptar las cosas como vienen sin ponerme nerviosa; además poseo la muy útil habilidad de dormirme en cualquier momento y en cualquier sitio.

Nos encontrábamos en un lugar que no era paso de caravanas, por lo que posiblemente pasarían varios días, incluso una semana, antes de que apareciese por allí un camión o cualquier otro vehículo. Venía con nosotros un guardia del Cuerpo de Camelleros, quien dijo finalmente que trataría de conseguir ayuda y que quizás

estaría de vuelta en veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Nos dejó el agua que tenía.

—Los del Cuerpo de Camelleros —dijo orgullosamente— podemos pasarnos sin beber en casos de urgencia.

Emprendió la marcha con paso majestuoso y le miré como con un presentimiento. Era una verdadera aventura, aunque esperaba que resultara agradable. El agua no era muy abundante y el pensamiento de que se acabaría pronto me hizo sentir sed inmediatamente. Sin embargo tuvimos suerte; ocurrió un milagro. Una hora después, apareció en el horizonte un Ford T con catorce pasajeros y junto al conductor estaba nuestro amigo del Cuerpo de Camellero, agitando un rifle.

De regreso a Bagdad nos detuvimos de cuando en cuando para ver los tells, nos dábamos una vuelta y recogíamos fragmentos de cerámica. Me gustaban especialmente los trozos barnizados; los colores brillantes, verde, turquesa, azul y un tipo de dorado pertenecían a un período muy posterior al que le interesaba a Max, pero fue indulgente con mis caprichos y recogimos un saco de trozos.

Cuando llegamos a Bagdad regresé a mi hotel, extendí el impermeable, metí todos los fragmentos en agua y los ordené por colores. Max, condescendiente, me dejó su propio impermeable y añadió cuatro fragmentos a la colección. Le sorprendí mirándome con aire de maestro bonachón que trata con amabilidad a un niño tonto pero simpático; entonces creía realmente que ésa era su actitud hacia mí. Me han gustado siempre las conchas, los pedazos coloreados de roca, todos los tesoros absurdos que recoge un niño. A veces creo que la pluma brillante de un pájaro, una hoja jaspeada y cosas de ese estilo son los verdaderos tesoros de la vida y que se disfruta más con ellos que con los topacios, esmeraldas o las caras cajitas de Fabergé.

Katherine y Len Woolley habían llegado ya a Bagdad y no les hizo ninguna gracia que nos retrasáramos veinticuatro horas, debido a la vuelta que dimos hasta Ukhaidir. No se me incluyó en la reprimenda ya que se me consideraba un simple paquete al que se le llevaba de sitio en sitio sin saber jamás adónde iba.

Max tenía que saber que nos preocuparíamos —dijo Katherine —. Quizás hubiéramos enviado un equipo de rescate o hecho

cualquier tontería.

Max repitió pacientemente que lo sentía y que no se le había ocurrido que se alarmaran de ese modo.

Un par de días después abandonamos Bagdad por tren hacia Kirkuk y Mosul, en la primera etapa de nuestro viaje de regreso. Mi amigo el coronel Dwyer fue a despedirnos a la estación Norte de Bagdad.

—Tendrá que defenderse —me señaló confidencialmente.

—¿Que me defienda? ¿Qué quiere decir?

—De Su Señoría —y señaló con la cabeza a Katherine Woolley que charlaba con un amigo.

—Pero si siempre ha sido muy agradable conmigo.

—¡Oh, sí! Ya veo que ha captado su encanto, todos lo hemos sentido de vez en cuando; para ser sincero, le diré que aún lo siento. Esa mujer hace conmigo lo que quiere en cualquier momento, pero, como le dije, usted tiene que defenderse; es capaz de echar a los pájaros de los árboles y que éstos lo encuentren natural.

El tren emitía una especie de gemidos agónicos que, según supe en seguida, eran característicos de todos los de aquel país. Era un ruido penetrante, casi mágico; parecía una mujer gimiendo por su amor embrujado. Sin embargo, no era nada tan romántico, simplemente una locomotora que hacía ruidos extraños al ponerse en marcha. Subimos al tren (Katherine y yo teníamos un compartimento, Max y Len otro) y partimos.

A la mañana siguiente llegamos a Kirkuk, desayunamos en una posada y nos dirigimos a Mosul, que en aquella época suponía un recorrido de seis a ocho horas por una carretera llena de baches, teniendo además que atravesar el río Zab por medio del ferry. El ferry era tan primitivo que uno se sentía casi bíblico al embarcar en él.

En Mosul también nos hospedamos en una posada que tenía un jardín encantador. Esta ciudad sería el centro de mi vida durante muchos años, pero entonces no me impresionó, sobre todo porque apenas si la recorrimos.

Conocí allí al doctor MacLeod y a su esposa, que dirigían un hospital y se convertirían en grandes amigos. Ambos eran médicos, pero mientras Peter MacLeod estaba a cargo del hospital, su esposa Peggy le ayudaba ocasionalmente en ciertas operaciones especiales

en las que no se le permitía al doctor ver o tocar al paciente. Era imposible que una mujer musulmana fuera operada, por un hombre, aunque fuera médico. Por lo que colegí, instalaban un biombo; el doctor MacLeod se quedaba a un lado y su esposa al otro con la enferma; él le decía cómo tenía que actuar, y ella a su vez le describía en qué condiciones se encontraban los órganos y demás detalles.

Después de pasar dos o tres días en Mosul emprendimos el viaje propiamente dicho. Pasamos una noche en una posada en Tell Afar, que estaba a unas dos horas de Mosul, y a las cinco de la mañana siguiente empezamos un penoso recorrido por el país. Visitamos algunos lugares del Éufrates y nos dirigimos hacia el norte en busca de Basrawi, un viejo amigo de Len, que era jeque de una de las tribus de aquella zona. Atravesamos muchos vados, perdiendo y encontrando de nuevo el camino, y llegamos hacia el anochecer. Nos dieron un espléndido recibimiento, una comida terrorífica y al final nos retiramos a descansar. Nos asignaron dos habitaciones medio derruidas en una casa de barro y ladrillo, con dos pequeñas camas metálicas colocadas diagonalmente. Pronto surgió un problema: el lecho de una de las habitaciones estaba seco por un lado (es decir, que no caía agua sobre la cama, fenómeno que pudimos observar porque había empezado a llover), mientras la otra esquina estaba llena de goteras por las que caía un montón de agua justo encima de la otra cama. Echamos un vistazo a la segunda habitación. Tenía un techo igualmente dudoso y era más pequeña, además las camas eran más estrechas y había menos luz y ventilación.

—Creo, Katherine —dijo Len—, que es mejor que Agatha y tú cojáis la habitación más pequeña con las dos camas secas y que nos dejéis la otra a nosotros.

—Creo —dijo Katherine—, que necesito la habitación grande y la cama buena. No podría pegar ojo si me cayera agua en la cara.

Con toda firmeza se fue hasta la esquina favorecida y puso sus cosas sobre la cama.

—Está bien, empujaré un poco mi cama y evitaré lo peor —contesté.

—La verdad —dijo Katherine— es que no veo por qué tiene Agatha que quedarse con esa cama tan mala, empapada por las goteras. Es preferible que se quede uno de ustedes, o Max o Len, y el otro que se vaya a la otra habitación con Agatha.

Se consideró la propuesta y Katherine consiguió que Max y Len vieran que aquélla era lo más útil; al final le concedió a Len el privilegio de quedarse y envió a Max a compartir conmigo la otra habitación. Nuestro alegre anfitrión era el único al que le divertía el arreglo; le hizo a Len algunos comentarios en árabe algo subidos de tono.

—¡Diviértanse! —dijo. ¡Diviértanse! Agrúpense como prefieran, de cualquier forma el hombre es feliz.

Sin embargo, por la mañana nadie lo era. Me desperté alrededor de las seis, con la cara empapada de agua; en la otra esquina Max se encontraba a merced del diluvio y todo eso a pesar de que habíamos arrastrado las camas hasta ponerlas fuera del alcance de las goteras. Katherine no salió mejor parada que los demás: había tenido también una gotera. Comimos algo y salimos a dar una vuelta con Basrawi, investigando sus dominios; después continuamos nuestro camino una vez más. El tiempo era muy malo; algunos vados estaban llenos de agua y era muy difícil cruzados.

Llegamos por fin a Aleppo, mojados y terriblemente cansados, al en comparación lujoso hotel Baron, donde nos recibió el hijo del dueño, Coco Baron. Tenía la cabeza grande y redonda, la tez amarillenta y unos melancólicos ojos negros.

Me moría de ganas de bañarme. Descubrí que el baño era una mezcla oriental y occidental y conseguí abrir la llave del agua caliente que, como de costumbre, salió con grandes nubes de vapor, dándome un susto de muerte. Intenté cerrarla pero no tuve éxito, y tuve que gritar a Max que viniera a ayudarme. Llegó, templó la temperatura del agua y me dijo que me fuera a mi habitación y que me llamaría cuando tuviera el baño lo suficientemente controlado como para que disfrutara de él. Volví a mi cuarto y esperé; esperé un buen rato y no sucedió nada. Por fin salí resueltamente en bata, con la esponja bajo el brazo. La puerta estaba cerrada. En ese momento apareció Max.

—¿Qué hay de mi baño? —le pregunté.

—¡Oh!, está Katherine Woolley dentro —me respondió.

—¿Katherine? —le dije—. ¿Ha dejado que tome el baño que estaba preparando para mí?

—Pues sí. Me lo pidió —fue su explicación.

Me miró a los ojos con firmeza. Me di cuenta de que me enfrentaba a algo parecido a las leyes de los medos y los persas. Dije:

—Bueno, creo que es injusto; estaba esperando, era *mi* baño.

—Sí —dijo Max—, lo sé; pero Katherine lo quería.

Regresé a mi habitación y reflexioné sobre las palabras del coronel Dwyer.

Al día siguiente tuve que reflexionar de nuevo sobre lo mismo.

La lámpara de la mesita de noche de Katherine estaba estropeada. No se encontraba bien y se quedó en la cama con un fuerte dolor de cabeza. Esta vez fui yo quien le ofreció cambiar la mía por la suya; entré en su habitación, la coloqué y me marché. Al parecer había pocas lámparas, así que a la noche siguiente me las apañé como pude para leer con la débil luz del techo. Fue al día siguiente cuando comencé a indignarme. Katherine decidió cambiar su habitación por otra que no tuviera tanto ruido de tráfico. A pesar de que en el nuevo cuarto tenía una lámpara en perfectas condiciones, no se molestó en devolverme la mía. Pero Katherine era Katherine, o la tomabas o la dejabas. Decidí que en el futuro protegería mejor mis intereses.

Al día siguiente y aunque apenas tenía fiebre, Katherine dijo que se encontraba mucho peor y que no soportaba a la gente a su alrededor.

—Si se marcharan todos —gemía—. Váyanse y déjenme. No *soporto* que estéis entrando y saliendo de mi habitación todo el día, preguntándome si quiero algo y molestándome continuamente. Quiero quedarme tranquila, tranquila, sin que nadie me moleste; así seguro que esta noche estaré bien.

La comprendía perfectamente, porque lo mismo me pasa a mí cuando estoy enferma: quiero que la gente se vaya y me deje. Me pasa como a los perros que se arrastran hasta un rincón y esperan que se les deje en paz hasta que ocurra el milagro y se sientan bien de nuevo.

No sé qué hacer —dijo Len, indeciso—. No sé qué hacer.

Bueno —le dije, tratando de consolarle, pues me caía muy bien

—, ya sabe lo que es mejor para ella. Quiere que la dejemos sola; yo la dejaría hasta la noche y entonces vería si ha mejorado.

Así quedó la cosa. Max y yo nos fuimos a visitar un castillo del tiempo de las Cruzadas en Kalaat Siman. Len dijo que se quedaría en el hotel, por si Katherine quería alguna cosa.

Partimos alegremente; el tiempo había mejorado y el trayecto fue delicioso. Subimos colinas cubiertas de maleza y anémonas rojas, con rebaños de ovejas y, a medida que la carretera subía, de cabras negras. Por fin llegamos a Kalaat Siman y nos detuvimos a comer. Mientras estábamos sentados mirando el paisaje, Max me contó algunas cosas sobre sí mismo, su vida y la suerte que había tenido al conseguir trabajo con Leonard Woolley nada más salir de la Universidad. Recogimos algunos restos de cerámica y emprendimos el viaje de regreso cuando el sol se ponía.

Cuando llegamos a casa había problemas. Katherine estaba encolerizada porque nos habíamos ido y la habíamos dejado.

—Pero *dijo* que quería estar sola —exclamé.

—Son cosas que se dicen cuando uno no se encuentra bien. Pensar que Max y usted se han marchado de forma tan cruel. Bueno, quizás usted no tenga tanta culpa porque no lo entiende bien, pero Max, Max que me conoce, que sabe que tal vez necesitaría algo, que se haya marchado de esa manera.

Cerró los ojos y dijo:

—Es mejor que me dejen ahora.

—¿Le traigo alguna cosa o me quedo con usted?

—No, no quiero que me traiga nada. La verdad es que estoy muy dolida por todo y, en cuanto a Len, su conducta ha sido absolutamente vergonzosa.

—¿Qué ha hecho? —pregunté con curiosidad.

—Me ha dejado sin una gota de nada para beber, ni agua, ni limonada, nada, y, yo aquí, abandonada, muerta de sed.

—¿Por qué no llamó al timbre y pidió un poco de agua?

Fue lo peor que pude decir. Katherine me lanzó una mirada desdeñosa:

—Ya veo que no ha entendido nada desde el principio. Pensar que Len es tan cruel… Claro que si se hubiera quedado una mujer aquí habría sido *diferente. Ella* habría pensado.

Por la mañana apenas nos atrevíamos a acercarnos a ella, pero

se comportó en el más puro estilo Katherine. Estaba de un humor magnífico, sonrió, se alegró mucho de vernos, nos agradeció todo lo que habíamos hecho por ella, como perdonándonos, y todo fue estupendo.

Sin duda era una mujer notable. Al pasar los años llegué a comprenderla un poco mejor, pero nunca adiviné cuál sería su conducta. Tendría que haber sido una artista famosa de cualquier tipo (cantante o actriz) y de este modo sus cambios de carácter se aceptarían como algo natural de su temperamento. En realidad casi lo era; había esculpido la cabeza de la reina Shubad que se exhibió con el famoso collar de oro y el tocado puesto.

Hizo también un buen busto de Hamoudi, de su marido Leonard Woolley y uno, maravilloso, de un muchachito. Pero le faltaba seguridad en sí misma, estaba dispuesta siempre a que la ayudaran otras personas y aceptar opiniones ajenas. Leonard, en cambio, dependía totalmente de ella y creo que Katherine le despreciaba un poco por ello; quizá cualquier mujer hubiera hecho lo mismo. A ninguna nos gusta un hombre que se pone de felpudo y Len, que era un autocrático en las excavaciones, se derretía en sus manos como la mantequilla.

Un domingo por la mañana temprano, antes de abandonar Aleppo, Max me llevó a un recorrido a conocer distintas religiones. Fue algo agotador.

Fuimos a los maronitas, a los católicos sirios, a los griegos ortodoxos; a los nestorianos, a los jacobitas y a más que no recuerdo. Algunos eran lo que yo llamo «sacerdotes encebollados», es decir, que llevan unos tocados que parecen cebollas. Los que me parecieron más alarmantes fueron los griegos ortodoxos. Me separaron de Max y me llevaron con otras mujeres a un lado de la iglesia, nos metieron en una especie de establo, pasándonos como un dogal sujeto a la pared. Fue un servicio magnífico y misterioso, la mayor parte del cual se desarrolló en un altar tras un velo o cortina, de donde salían fuertes y variados sonidos que se esparcían por la iglesia, acompañados por nubes de incienso. A intervalos determinados, nos movíamos y hacíamos reverencias. A su debido tiempo, Max me reclamó.

Al repasar mi vida, me da la impresión de que lo más vivenciado, lo que ha permanecido más claro en mi mente, son los lugares. He estado allí. Siento un estremecimiento de placer; un árbol, una colina, una casa blanca escondida en algún sitio, cerca de un canal, la forma de una loma lejana. Algunas veces reflexiono un momento para recordar dónde y cuándo. Entonces la imagen me viene claramente y *sé*.

Para las personas en cambio nunca he tenido buena memoria. Quiero mucho a mis amigos, pero la gente con la que apenas he entrado en contacto, aunque me haya agradado, huye de mi memoria casi al momento. Lejos de poder decir que «nunca olvido una cara», sería más sincera si dijera que «nunca recuerdo una cara». Sin embargo los lugares permanecer en mi memoria; a menudo, al volver a algún sitio después de cinco o seis años, recuerdo muy bien qué carretera hay que coger aunque sólo haya hecho ese camino una vez.

No sé por qué tengo esta memoria tan selectiva. Quizá se debe a que soy hipermétrope, lo que hace que el aspecto de las personas lo vea borroso por su proximidad, mientras que aprecio debidamente los paisajes por su lejanía.

Es muy posible que un lugar no me guste sólo porque las colinas no tienen, en mi opinión, la forma apropiada. Es muy, muy importante que las colinas tengan la forma apropiada. Casi todas las de Devonshire son correctas. En cambio las de Sicilia no, así que no me interesan. Las de Córcega son absolutamente deliciosas; las de Gales son también maravillosas. En Suiza las colinas y las montañas están demasiado próximas. Las montañas nevadas me resultan casi siempre increíblemente aburridas; la única emoción que producen a veces se debe a los efectos cambiantes de la luz. Las «vistas» también son aburridas. Se sube un camino hasta la cumbre y ¡ya está! Ante uno se extiende el panorama, pero eso es todo. Más allá no hay nada, ya está visto. Uno dice «soberbio» y ya está. Todo está más abajo. Has sido conquistado.

V

De Aleppo fuimos a Grecia en barco, haciendo escala en varios puertos. Recuerdo que bajé a tierra con Max en Mersin y que pasamos un día estupendo en la playa, bañándonos en aquel maravilloso y templado mar. Fue aquel día cuando recogió para mí grandes cantidades de caléndulas, con las que hice un collar que me colgó del cuello. Comimos en medio de un mar de caléndulas.

Estaba ansiosa por ver Delfos con los Woolley, pues hablaban de ello con lírico arrobamiento. Habían insistido en que fuera su invitada, lo que me pareció extremadamente amable por su parte. Pocas veces me he sentido tan llena de felicidad y de esperanza como cuando llegamos a Atenas.

Pero las cosas siempre suceden cuando no las esperamos. Recuerdo que me quedé de pie ante la recepción, donde me entregaron el correo con un montón de telegramas encima. En cuanto los vi sentí una gran congoja, porque siete telegramas juntos seguro que traen malas noticias. Durante los últimos quince días no me habían podido localizar, pero ahora las malas noticias me habían atrapado. Abrí un telegrama, el primero, que era en realidad el último; los puse en orden. Me decían que Rosalind estaba muy enferma con neumonía y que mi hermana se había encargado de sacarla del colegio y llevarla a Cheshire. Los siguientes informaban de que su estado de salud era grave. El último, que yo había abierto primero, decía que había mejorado ligeramente.

Desde luego hoy en día habría regresado a casa en menos de doce horas con los servicios aéreos que salen del Pireo diariamente, pero en 1930 no había tales facilidades. Como mucho, si encontraba billete para el primer Orient Express que saliera, tardaría cuatro días en llegar a Londres.

Mis tres amigos reaccionaron con extrema amabilidad ante la noticia que había recibido. Len dejó todo lo que estaba haciendo y se fue a varias agencias de viaje para reservarme el primer billete que encontrara. Katherine me habló con gran simpatía. Max apenas dijo nada, pero acompañó a Len en las gestiones.

Caminaba por las calles, medio aturdida por el golpe, cuando metí el pie en uno de esos agujeros cuadrados que hay en las calles de Atenas y en los que da la impresión de que están plantando árboles eternamente. Me torcí el tobillo de mala manera y no podía andar. Sentada en el hotel, mientras recibía las muestras de conmiseración de Len y de Katherine, me preguntaba dónde estaría Max. En ese mismo momento entró con dos sólidos vendajes y pasta de cinc. Después explicó pausadamente que me cuidaría durante el viaje y me ayudaría con el tobillo.

—Pero ¿no iba al templo de Bassae? —le dije—. ¿No tenía que encontrarse con alguien?

—¡Oh! He cambiado de planes —dijo—; me vuelvo a casa, así que viajaremos juntos. Le ayudaré en el comedor o le llevaré la comida, y haré lo que pueda por usted.

Parecía demasiado hermoso para ser verdad. Pensé y sigo pensando que Max es una persona maravillosa. Es muy callado y parco en palabras de conmiseración, pero hace las cosas y precisamente las que uno querría que se hicieran, las que más consuelan. Nunca se condolió por lo de Rosalind ni dijo que se curaría y que no me preocupara. Se limitaba a admitir que atravesaba un mal momento. Entonces no había antibióticos y la neumonía era un peligro real.

Partimos a la noche siguiente. En el viaje me habló mucho de su familia, sus hermanos, su madre, que era francesa y de temperamento artístico, muy aficionada a la pintura, y su padre que al parecer recordaba un poco a mi hermano Monty aunque, por fortuna, más estable económicamente.

En Milán nos pasó una aventura. El tren se retrasó; bajamos, pues aunque cojeaba podía andar con el tobillo sujeto por la pasta de cinc, y preguntamos al empleado del wagon lit cuánto tiempo habría de demora.

—Veinte minutos —dijo.

Max sugirió que compráramos unas naranjas, así que fuimos

hasta un puesto de frutas y volvimos al andén. Creo que habrían pasado unos cinco minutos, pero el tren ya no estaba. Nos dijeron que se había ido.

—¿Que se ha ido? Creí que paraba aquí veinte minutos.

—Ah, sí, signora, pero iba con mucho retraso y sólo esperó un momento.

Nos miramos abatidos. Un empleado de más categoría vino en nuestra ayuda y nos sugirió que alquilásemos un coche potente y tratáramos de alcanzar al tren. En su opinión, si nos dábamos prisa, lo cogeríamos en Domodossola.

Comenzó entonces un viaje de película. Primero aventajamos al tren, después nos aventajó a nosotros; unas veces nos desesperábamos, otras nos sentíamos muy superiores, cuando íbamos por carreteras de montaña y el tren asomaba por los túneles, bien delante o detrás de nosotros. Por fin llegamos a Domodossola unos tres minutos antes que el tren. Nos pareció que todos los viajeros estaban asomados a las ventanillas (como así pasó en nuestro vagón) para ver si habíamos llegado.

—¡Ah, madame! —dijo un señor francés, ya mayor, al ayudarme a subir al tren—. *Que vous avez dû éprovoer des émotions*[54]!.

Como habíamos alquilado un coche tan tremendamente caro, pues no tuvimos tiempo de regatear, nos quedamos prácticamente sin dinero. Max se encontraría con su madre en París y sugirió esperanzado que quizá me prestara algún dinero. A menudo me he preguntado qué pensaría mi futura suegra de la joven que bajó del tren con su hijo y que después de un breve saludo le pidió prestado casi todo el dinero que llevaba encima. Había poco tiempo para explicaciones pues tenía que tomar el tren para Inglaterra, así que entre confusas disculpas desaparecí, agarrando firmemente lo que le había sacado. No creo que esto la predispusiera muy a favor mío.

Recuerdo muy poco de aquel viaje con Max, excepto su extraordinaria amabilidad, tacto y simpatía. Se las arregló para distraerme, charlando sobre sus pensamientos y proyectos. Me vendó el tobillo varias veces y me ayudó a ir al comedor, cosa que no hubiera podido hacer yo sola, especialmente con el traqueteo del Orient Express a medida que aumentaba de velocidad. Hay un hecho que sí recuerdo, íbamos cerca del mar, por la Riviera italiana; me estaba quedando medio dormida, sentada en una esquina,

cuando entró Max y se sentó frente a mí. Me desperté y vi que me estaba estudiando pensativamente.

—Creo —dijo que tiene usted un rostro muy noble.

Me dejó tan asombrada que me espabilé bastante. Era una manera de describirme que nunca se me hubiera ocurrido, y la verdad es que nadie me lo ha repetido nunca.

—¿Que tengo un rostro noble?

No lo veía muy claro, pero se me ocurrió una justificación:

—Supongo —dije— que será porque tengo una nariz romana.

Sí, pensé, una nariz romana. Eso podría dar cierta nobleza a mi perfil. No estaba muy segura de que me gustara la idea; es algo con lo que resulta difícil vivir. Soy muchas cosas: tengo buen carácter, soy eufórica, con poca concentración, olvidadiza, tímida, afectiva, absolutamente falta de confianza en mí misma y moderadamente egoísta, pero noble no, no veo que sea noble. Sin embargo, me dormí de nuevo, colocándome de manera que mi nariz romana quedara más favorecida, es decir, de frente en vez de perfil.

VI

Cuando al llegar a Londres descolgué el teléfono, pasé unos momentos horribles. Hacía cinco días que no tenía noticias. ¡Qué alivio cuando la voz de mi hermana me dijo que Rosalind estaba mucho mejor, fuera de peligro, y en franca recuperación! Al cabo de seis horas estaba en Cheshire.

Aunque era evidente que mi hija mejoraba con rapidez, fue un shock verla. No sabía con la rapidez con que los niños caen y salen de una enfermedad. La mayor parte de mis experiencias como enfermera las había tenido con hombres adultos y casi desconocía la forma tan alarmante que tienen los niños de parecer en un momento que van a morirse y al siguiente estar como una rosa. Rosalind había crecido y adelgazado mucho y, con aquel aire tan desmayado con que se dejaba caer en el sillón, no parecía mi niña.

Su rasgo más notable era la energía. No paraba un momento; era de esos niños que al volver de una excursión larga y dura decía alegremente:

—Por lo menos queda media hora para cenar, ¿qué podemos hacer?

No era raro dar la vuelta a la casa y encontrarla cabeza abajo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Rosalind?

—No lo sé, pasando el tiempo. Hay que hacer algo.

Pero la Rosalind de ahora tenía un aspecto débil y delicado, totalmente falto de energía. Mi hermana se limitó a decir:

—Tenías que haberla visto hace una semana. Parecía un cadáver.

Se recuperó con bastante rapidez. Al cabo de una semana ya estaba en Devonshire, en Ashfield; parecía, que había vuelto a su ser y tuve quehacer todo lo posible para que se estuviera quieta

algún rato.

Por lo visto Rosalind había regresado al colegio llena de salud y de ánimos. Todo iba bien hasta que la escuela padeció una epidemia de gripe y la mitad de los niños cayeron enfermos. Supongo que la gripe, sumada a la natural debilidad que deja el sarampión, provocaron la neumonía. Todo el mundo se interesó por ella aunque no se mostraron muy conformes con que mi hermana se la llevara al norte en automóvil. Pero Punkie insistió, porque estaba segura de que era lo mejor que se podía hacer, como se comprobó más tarde.

Gracias a Dios se recuperó estupendamente. El médico dijo que estaba tan fuerte y tan sana como antes, si no más, y añadió que parecía un cable cargado de electricidad. Le aseguré que una de las cualidades de mi hija era la tenacidad. Nunca admitía que estaba enferma. En las islas Canarias había tenido amigdalitis, pero no soltó una palabra sobre el tema; excepto para decir: «Estoy de muy mal humor».

Aprendí por experiencia que cuando Rosalind decía que estaba de muy mal humor, había dos posibilidades: o que estuviera enferma o que fuera una afirmación literal, que estaba de mal humor, y creo que era muy gentil que nos avisara de ello.

Las madres nunca son imparciales con sus hijos (por qué iban a serlo), pero estoy segura de que mi hija era más divertida que la mayoría de los niños; tenía una gran habilidad para dar respuestas inesperadas. Muchas veces se sabe de antemano lo que va a decir un niño, pero Rosalind, por lo general, me sorprendía. Posiblemente se debía a su sangre irlandesa; la madre de Archie era de Irlanda y creo que era esa ascendencia familiar la que le daba semejante capacidad de sorprender.

—Desde luego —me dijo Carlo con ese aire de imparcialidad que le gustaba asumir—, Rosalind llega a enloquecerte algunas veces, me pone furiosa, pero después de estar con ella los otros niños me aburren. Tal vez sea exasperante, pero nunca aburrida.

Creo que esto ha sido cierto durante toda su vida.

Siempre somos los mismos, tanto si tenemos tres, seis, diez o veinte años. Tal vez cuando tenemos cinco o seis años nuestro verdadero carácter sea más evidente, pues entonces no pretendemos nada mientras que a los veinte intentamos representar un papel, el

que esté de moda en ese momento. Si la moda es la intelectualidad, seremos intelectuales; si es la vanidad y la frivolidad, seremos vanas y frívolas. No obstante, a medida que la vida pasa, nos cansamos poco a poco de mantener ese carácter que nos hemos inventado, y volvemos a la individualidad, siendo cada día un poco más nosotros mismos. Esto es a veces desconcertante para los que nos rodean, pero para la persona en cuestión es un gran alivio.

Me pregunto si se puede aplicar el mismo criterio para la literatura. Cuando se empieza a escribir, se suele admirar febrilmente a algún escritor y, se quiera o no, se copia su estilo. A menudo ese estilo no es el más conveniente y por lo tanto se escribe mal; pero a medida que pasa el tiempo, este factor va influyendo menos y aunque se admire aún a ciertos escritores e incluso se desee escribir como ellos, se sabe que es imposible; probablemente porque se ha asumido la humildad literaria. Si pudiera escribir como Elizabeth Bowen, Muriel Spark o Graham Green, daría saltos de júbilo, pero sé que es imposible y nunca intentaría copiarlos. He aprendido que yo soy yo, que hago aquello para lo que yo estoy capacitada, pero no lo que me gustaría hacer. Como dice la Biblia: «¿Quién es capaz de aumentar un palmo su estatura?»

A menudo me viene a la mente el recuerdo de la placa que estaba colgada en la pared de mi habitación cuando era niña y que creo que se ganó en un tiro al coco en una de las regatas: *Si no puedes conducir la locomotora, dedícate a engrasar los ejes*. Ésta era la leyenda que tenía grabada; no hay mejor lema para ir por la vida y creo que me he atenido a él. Por supuesto que a veces he intentado hacer esto o aquello, pero nunca me he obstinado en hacer lo que me sale mal o para lo que no tengo aptitudes naturales. Rumer Godden escribió una vez en uno de sus libros una lista de las cosas que le gustaban y las que no. Me pareció divertido e inmediatamente hice la mía; ahora le añadiría las cosas que no puedo y las que puedo hacer; por supuesto, la primera sería mucho más larga.

Nunca he sido muy buena para los juegos, tampoco soy ni seré nunca buena conversadora; soy tan fácilmente sugestionable que tengo que quedarme a solas conmigo misma para saber lo que realmente pienso o necesito hacer. No sé dibujar, no sé pintar, soy incapaz de modelar o esculpir algo; no puedo hacer las cosas de

prisa sin aturdirme; me resulta difícil decir lo que quiero, prefiero escribirlo. Sé mantenerme firme en una cuestión de principio, pero en nada más; aunque sepa que mañana es martes, si alguien me dice más de cuatro veces que mañana es miércoles, a la cuarta me habrá convencido de ello y actuaré en consecuencia.

¿Qué es lo que soy capaz de hacer? Bueno, puedo escribir. Soy un músico bastante aceptable y aunque no sea profesional puedo acompañar a los cantantes. Tengo bastante capacidad de improvisación ante los problemas, cualidad que me ha sido muy útil; es sorprendente la cantidad de cosas que soy capaz de hacer con horquillas e imperdibles para resolver problemas domésticos. Fui yo, con un trozo de pan en el que introduje una pastilla de goma a la que pegué una horquilla que uní con cera a una barra de la ventana, quien recuperó la dentadura postiza de mi madre que se había caído sobre el techo del invernadero. Conseguí también anestesiar con éxito a un erizo que se había enganchado en la red de tenis, pudiendo de esta forma liberarlo. Soy muy útil para la casa y así sucesivamente. Y ahora pasemos a las cosas que me gustan y las que me disgustan.

No me gusta la muchedumbre, sentirme apretujada por la gente, el griterío, los ruidos, las conversaciones prolongadas, las fiestas, especialmente los cócteles, fumar cigarrillos ni nada, ningún tipo de bebida excepto para guisar, la mermelada, las ostras, la comida templada, las patas de las aves ni su tacto. Por último, lo que más me desagrada: el sabor y el olor de la leche caliente.

Me gusta la luz del sol, las manzanas, prácticamente cualquier clase de música, las estaciones de ferrocarril, los pasatiempos a base de números y en general todo lo que tenga que ver con ellos, ir a la playa, bañarme y nadar, el silencio, dormir, soñar, comer, el olor del café, los lirios de los valles, los perros e ir al teatro.

Podría hacer listas mejores, con cosas más importantes, pero no sería yo y supongo que tengo que resignarme a ser yo misma.

Ahora que empiezo de nuevo mi vida, tendría que hacer inventario de mis amigos. Todo lo que me ha pasado me ha servido para hacer una especie de prueba de ácidos. Carlo y yo creamos dos categorías: la de las ratas y la de los perros fieles. A veces decíamos

de alguien: «Oh, sí, le incluiremos en la de los perros fieles, en primera clase», o «le incluiremos en la de las ratas, tercera clase». No hubo muchas ratas aunque algunas lo fueron de forma inesperada: gente que uno piensa que son verdaderos amigos, pero que se separan rápidamente de cualquiera que tenga una reputación que no estimen conveniente. Por su puesto, este descubrimiento me sensibilizó más y me inclinó a apartarme de la gente. Por otra parte, he encontrado muchos amigos inesperados absolutamente leales, que me han mostrado más afecto y amabilidad de lo que nunca me hubiera imaginado.

Admiro la lealtad más que ninguna otra virtud; la lealtad y el valor son dos de las mejores cosas que existen. El valor físico o moral, despierta mi absoluta admiración; es una de las virtudes más importantes que hay que tener en la vida. Si se quiere vivir en profundidad, hay que vivir con valor.

Entre mis amigos masculinos he encontrado muchos y valiosos miembros de la categoría de los perros fieles. Casi todas las mujeres tienen en su vida un amigo fiel y yo tuve uno que me impresionó especialmente. Me enviaba enormes ramos de flores, me escribía cartas y al final me pidió que me casara con él. Era viudo y algo mayor que yo. Me dijo que la primera vez que me vio pensó que era demasiado joven, pero que ahora me haría feliz y me daría un buen hogar. Me conmovió, pero no deseaba aceptar su proposición ni lo hubiera hecho sintiendo por él lo que sentía. Había sido un amigo bueno y agradable y eso era todo. Es alentador saber que alguien te aprecia, pero muy estúpido casarse simplemente porque se busca cariño o un hombre sobre el que llorar.

De cualquier manera; no quería que me consolaran; además el matrimonio me asustaba. Me di cuenta, como supongo que les pasa a todas las mujeres más tarde o más temprano, de que la única persona que realmente puede hacerte daño en esta vida es el marido. Nadie está tan próximo, de nadie se depende tanto respecto al compañerismo de todos los días, al afecto y a todas las cosas que forman el matrimonio. Decidí que jamás me pondría a merced de nadie.

Uno de mis amigos que estaba en las fuerzas aéreas en Bagdad, me dijo algo que me inquietó. Había estado discutiendo sus problemas conyugales y al final dijo:

—Cree que ha arreglado su vida y que hará lo que quiera en cada momento, pero al final, una de dos o tendrá un amante o tendrá varios. Seguro que optará entre esas dos alternativas.

A veces me daba la desagradable impresión de que tenía razón. Pero, pensaba yo, mejor eso que el matrimonio. Varios amantes no pueden hacerte daño; uno podría, pero no como un marido. Para mí en aquel momento, los maridos y los hombres en general estaban fuera de lugar, aunque mi amigo aviador insistía en que aquello no duraría.

Lo que me sorprendió fue la cantidad de proposiciones amorosas que recibí en cuanto me encontré en la equívoca posición de separada o divorciada. Un joven, al que por lo visto le parecí absolutamente alocada, me dijo:

—Bueno, está separada de su marido y supongo que se divorciará de él, así que, ¿qué espera usted?

Al principio no sabía si me gustaban o me molestaban tales atenciones. Creo que en conjunto me agradaban; nunca se es demasiado viejo para que te ofendan estas cosas. Sin embargo recuerdo que una vez tuve complicaciones molestas con un italiano. Las creé yo misma por no entender los convencionalismos italianos. Me preguntó si el ruido que se producía al tomar carbón el barco no me desvelaba; le dije que no porque mi camarote estaba a estribor, lejos del muelle.

—¡Oh! —dijo—. Supongo que tiene el camarote treinta y tres.

—¡Oh, no! —le contesté—. Es número par: el sesenta y ocho.

Desde mi punto de vista había sido una conversación inocente. No me percaté de que preguntar el número del camarote era la forma que tenía de preguntar si podía verme allí. No dijimos nada más, pero algo después de medianoche apareció mi italiano. Se produjo una escena muy divertida. Yo no hablaba italiano y él apenas hablaba inglés, así que discutimos agriamente en francés, yo expresando mi indignación y él la suya, aunque de otro tipo. La conversación fue algo así:

—¡Cómo se atreve a entrar en mi camarote!

—Usted me invitó.

—Yo no he hecho nada semejante.

—Lo hizo. Me dijo que el número de su camarote era el sesenta y ocho.

—¡Claro!, usted me lo preguntó.

—Naturalmente que se lo pregunté. Se lo pregunté porque quería venir y usted me dio permiso.

—No hice nada de eso.

Esto duró algún tiempo, aumentando de cuando en cuando acaloradamente, hasta que le hice callar. Estaba segura de que el remilgado médico de embajada y su esposa, que se hallaban en el camarote contiguo, estaban haciendo las peores conjeturas posibles. Le insté airadamente a que se fuera; insistió en que se quedaba. Al final, su indignación era mayor que la mía y empecé a pedirle disculpas por no darme cuenta de que la pregunta era en realidad una proposición. Al final me deshice de él, aún ofendido, pero aceptando que yo no era la experimentada mujer de mundo que había creído. Le expliqué también y fue lo que más le calmó, que era inglesa y por lo tanto frígida por naturaleza. Se condolió y así el honor (su honor) quedaba satisfecho. A la mañana siguiente la esposa del médico de la embajada me dirigió una mirada helada.

Hasta mucho más tarde no descubrí que Rosalind, desde un principio, había clasificado a mis distintos admiradores de una forma práctica.

—Bueno, creo que te volverás a casar alguna vez y con quien lo hagas es algo que también me concierne un poco a mí —me explicó.

Max había regresado de Francia, donde había estado con su madre. Me dijo que iba a trabajar en el Museo Británico y que le informara si estaría en Londres, lo que era poco probable pues me había instalado en Ashfield. Pero pasó que mis editores, Collins, iban a celebrar una gran fiesta en el Savoy y estaban muy interesados en que asistiera para presentarme a mis editores americanos y a otras personas. Durante aquel día tendría muchos compromisos, así que al final fui en un tren nocturno e invité a Max a desayunar conmigo en la casa de las caballerizas.

Me encantaba la idea de verle de nuevo, pero, extrañamente, en el momento en que llegó, me entró una gran timidez. Después del viaje que habíamos hecho juntos y de lo amigos que habíamos quedado, no sabía por qué estaba totalmente paralizada. Creo que él también estaba cohibido. Sin embargo al terminar el desayuno, preparado por mí, todo volvió a ser como antes. Le pregunté si podría quedarse con nosotros en Devon y acordamos el fin de

semana en que vendría. No quería perder el contacto con él.

Había terminado *El asesinato de Rogelio Ackroyd* y *El misterio de las siete esferas*, continuación de *El secreto de Chimneys* y de las que yo llamaba «novelas alegres de misterio». Se escribían con facilidad, pues no requerían una trama muy complicada o gran planteamiento.

Poco a poco ganaba seguridad en mis escritos. Estaba convencida de que no me sería muy difícil escribir un libro cada año y posiblemente algunos cuentos cortos también. Lo más agradable en aquellos días era lo que se relacionaba directamente con el dinero. Si decidía redactar una historia; sabía que me daría sesenta libras o lo que fuera; deducía impuestos, que serían unos 4 ó 5 chelines por libra, y sabía que obtenía limpias cuarenta y cinco libras. Esto estimulaba mucho mi producción. Me decía a mí misma: «Me gustaría derribar el invernadero y hacer en su lugar una galería en la que podamos sentarnos. ¿Cuánto costaría?» Hacía mis cálculos, me iba a la máquina de escribir, me sentaba, pensaba, planeaba y al cabo de una semana había fraguado una historia. A su debido tiempo la escribía y ya tenía mi galería.

Qué diferencia con los diez o veinte últimos años de mi vida. Nunca sé lo que debo ni el dinero que tengo ni el que tendré al año siguiente y el que vigila mis impuestos sobre la renta me plantea siempre problemas que vienen de años anteriores, que aún no están «conformes». ¿Qué hacer en estas circunstancias?

Pero aquéllos eran tiempos razonables. Es lo que he llamado siempre mi época plutocrática. Mis obras empezaban a publicarse en América por entregas y el dinero que me producían, aparte de que era más que el que conseguía en Gran Bretaña, estaba libre de impuestos, pues se consideraba como pago de capital. No eran las sumas que recibiría posteriormente, pero las veía llegar y me daba la impresión de que todo lo que tenía que hacer era trabajar y sacar dinero limpio.

En cambio ahora tengo la impresión de que sería mejor no escribir ni una palabra más, porque, si lo hago, sólo conseguiré mayores complicaciones.

Max vino a Devon. Nos encontramos en Paddington y cogimos el

tren de medianoche. Las cosas siempre pasan cuando estoy fuera. Rosalind nos saludó con su buen humor habitual e inmediatamente anunció el desastre.

—*Peter* —dijo— ha mordido a Freddie Potter en la cara.

Que nuestro apreciado perro hubiese mordido al apreciado niño de nuestra apreciada ama de llaves y cocinera, era lo último que hubiéramos querido oír.

Rosalind explicó que en realidad la culpa no había sido de *Peter*: le había advertido ya a Freddie Potter que no acercara la cara al perro, emitiendo gruñidos.

—Se acercó cada vez más, gruñendo, y naturalmente *Peter* la mordió.

—Sí —le dije—, pero no creo que la señora Potter lo entienda.

—Bueno, no ha protestado mucho, aunque tampoco esté encantada.

—No, desde luego que no.

—De todas formas —dijo Rosalind—, Freddie fue muy valiente. Siempre lo es —añadió en leal defensa de su compañero favorito de juegos.

Freddie Potter era tres años menos que Rosalind y ella disfrutaba enormemente dirigiéndole, cuidándole, haciendo el papel de protector y siendo al mismo tiempo un tirano absoluto que disponía a qué tenían que jugar.

—¿No es una suerte que *Peter* no le haya arrancado la nariz? Si lo hubiera hecho, habría tenido que buscarla y pegársela de alguna manera, aunque no sé bien cómo; quiero decir que habría que haberla esterilizado primero o algo así, ¿no?, y no veo cómo se puede esterilizar una nariz, vamos, que no se puede hervir.

El día amaneció indeciso; lo mismo se arreglaba, pero la experiencia de Devonshire me decía que sería húmedo. Rosalind propuso que fuéramos de excursión al páramo. A mí me gustaba y Max accedió, al parecer encantado.

Considerándolo retrospectivamente, veo que una de las cosas que mis amigos han tenido que sufrir por el mero hecho de serlo ha sido mi optimismo en cuanto al tiempo y mi creencia equivocada de que en el páramo se estaría mejor que en Torquay, cuando en realidad solía ser lo contrario. Generalmente conducía mi fiel Morris Cowley, que naturalmente era un coche descapotable, con la

capota ya vieja y bastante agujereada, de manera que al que se sentaba atrás le iba cayendo el agua por el cuello y la espalda. En resumen, que ir de excursión con los Christie era una prueba de resistencia.

Nada más ponernos en marcha empezó a llover. No obstante, insistí y le hablé a Max de las bellezas del páramo, que entre la lluvia y la niebla no se apreciaban bien. Fue una buena prueba para mi nuevo amigo del Oriente Medio; la verdad es que tenía que apreciarme mucho para aguantarlo y aparentar que se estaba divirtiendo mucho.

Llegamos a casa y nos secamos, nos mudamos de nuevo en un baño caliente y después jugamos un buen rato con Rosalind. Al día siguiente, aunque amaneció también bastante húmedo, nos pusimos nuestros impermeables y emprendimos entusiasmadas caminatas en compañía del impenitente *Peter* que, para entonces, ya se había reconciliado con Freddie Potter.

Yo era feliz de estar con Max otra vez. Me daba cuenta del compañerismo que había entre nosotros, de cómo nos entendíamos antes casi de hablarnos. Sin embargo, fue un shock cuando a la noche siguiente, después de habernos deseado buenas noches y de haberme ido a la cama, donde me quedé leyendo, llamaron a la puerta y entró Max. Traía en la mano el libro que le había prestado.

—Gracias por prestármelo —dijo—. Me ha gustado mucho.

Lo dejó a mi lado y se sentó al extremo de la cama; me miró pensativamente y dijo que le gustaría casarse conmigo. Ni una señorita victoriana exclamando «¡Oh, señor Simpkins, es algo tan inesperado!» hubiera parecido más sorprendida que yo. La mayor parte de las mujeres olfatean lo que hay en el viento; son capaces de ver con antelación una proposición y pueden adoptar dos actitudes: o comportarse de forma tan desagradable que su pretendiente se arrepienta de su elección o bien hacerle entrar en ebullición y rendirle. Pero ahora sé que se puede decir con sinceridad: «¡Oh, señor Simpkins, es algo tan inesperado!»

Nunca se me había ocurrido que Max y yo pudiéramos hablar en estos términos. Éramos *amigos*. Nos habíamos hecho amigos de inmediato y con una compenetración que no había conseguido con ningún otro.

Tuvimos entonces una conversación tan ridícula que no creo que

venga al caso ponerla aquí por escrito. Le dije inmediatamente que no podía; me preguntó por qué y le dije que por varias razones; era mayor que él, lo admitió y dijo que siempre había querido casarse con alguien mayor. Le dije que era una tontería y que no era bueno hacerlo. Me contestó que, de hecho, había considerado todos los puntos. La única cosa que no le dije y que naturalmente le habría dicho si hubiera sido consciente de ello, era que no quería casarme con él porque me parecía que no había nada en el mundo tan maravilloso como casarme con él, tanto si él era mayor como yo más joven.

Creo que estuvimos discutiendo unas dos horas. Iba venciéndome poco a poco, no tanto por sus protestas como por su suave presión, que iba en aumento.

A la mañana siguiente se marchó en el primer tren y al despedirme me dijo:

—Creo que me casaré contigo, pero cuando hayas tenido tiempo de pensarlo.

Era demasiado temprano para ordenar de nuevo mis ideas. En cuanto le dije adiós, volví a casa en un estado de terrible indecisión.

Le pregunté a Rosalind si le gustaba Max.

—¡Oh, sí! —me dijo—. Me gusta mucho. Me gusta más que el coronel R y el señor B.

Era de esperar que Rosalind supiera lo que iba a pasar, pero para guardar las formas no lo mencionó abiertamente.

Las semanas siguientes fueron terribles. Me sentía tan desgraciada, tan insegura, tan confundida. Primero decidí que lo último que haría sería casarme de nuevo, que tenía que estar a salvo, que nadie me hiriera otra vez; que no había nada más estúpido que casarse con un hombre que era mucho más joven que yo y que Max era demasiado joven para conocer su propia voluntad, que tenía que casarse con una agradable muchachita; que estaba empezando a disfrutar de mi vida en solitario. Pero luego, imperceptiblemente, vi que mis razonamientos cambiaban. Era verdad que era mucho más joven que yo, pero teníamos mucho en común. No era aficionado ni a las fiestas ni a los bailes; vivir con un joven al que sí le gustaran me habría resultado difícil, pero en cambio estaba segura de recorrer museos como cualquier otra persona y probablemente con más interés e inteligencia que una

mujer más joven. Podía visitar todas las iglesias de Aleppo y disfrutar con ello; podía escuchar a Max cuando hablaba sobre los clásicos, aprender el alfabeto griego y leer traducciones de la Eneida; de hecho pondría mucho más interés en el trabajo y las ideas de Max que en los negocios de Archie en la City.

«Pero no debes casarte otra vez —me decía a mí misma—. No puedes ser tan tonta».

¡Había sucedido todo de una forma tan inadvertida! Si la primera vez que me encontré con Max lo hubiera considerado como un posible marido, me habría puesto en guardia. Nunca me hubiera dejado arrastrar a esta relación tan fácil, tan maravillosa. Pero no lo había previsto y allí estábamos, tan felices, viendo cómo resultaba mucho más agradable y natural hablarnos el uno al otro, como si ya estuviéramos casados.

Desesperadamente consulté mi oráculo familiar.

—Rosalind —dije—, ¿te importaría que me volviera a casar?

—Bueno, supongo que lo harás alguna vez —me contestó, con el aire de quien considera siempre todas las posibilidades—. Quiero decir que es muy natural, ¿no?

—Tal vez.

—No me habría gustado que te casaras con el coronel R —dijo pensativamente.

Me pareció curioso, porque el coronel R le había hecho muchas carantoñas a Rosalind y parecía encantada con los juegos que inventaba para entretenerla. Mencioné el nombre de Max.

—Me parece el mejor —dijo—. Creo que sería estupendo que te casaras con él. —Luego añadió—: Deberíamos tener un barco, ¿no crees?, nos sería muy útil. Es bastante bueno jugando al tenis, ¿no? Podría jugar conmigo. —Y siguió considerando posibilidades con absoluta franqueza, desde su utilitario punto de vista—. *Además, a Peter* le gusta —dijo como aprobación final.

Aquel verano fue uno de los peores de mi vida. Todos estaban en contra de mi idea. Quizás, en el fondo, eso me animaba. Mi hermana se oponía ferozmente. ¡La diferencia de edad! Incluso mi cuñado, James, añadió una nota de prudencia.

—¿No crees —me dijo— que quizás estés influenciada por esa

forma de vida que tanto te gusta, la del arqueólogo? ¿Que lo has pasado muy bien con los Woolley en Ur? Quizás has confundido eso con un sentimiento que no es tan cálido como crees.

Pero sabía que no era así.

—Por supuesto, eso es asunto tuyo —añadió gentilmente. Naturalmente, mi querida Punkie no pensaba igual: se creía en la obligación de evitar que cometiera un error. Carlo, mi muy querida Carlo, y su hermana fueron tan fuertes como torres. Me apoyaron, aunque creo que sólo por lealtad; quizá pensaban también que iba a hacer una tontería, pero nunca lo habrían dicho porque son de esa clase de gente que no quiere influir en los planes de nadie. Estoy segura de que les parecía una lástima que no hubiera querido casarme con un atractivo coronel de cuarenta y dos años, pero como había decidido otra cosa, bueno, me respaldaban.

Al final se lo comuniqué a los Woolley. Parecieron encantados, por lo menos Len; de Katharine es siempre más difícil decirlo.

—Lo único —dijo firmemente— es que no deberías casarte hasta dentro de dos años.

—¿Dos años? —dije con desmayo.

—No, antes sería fatal.

—Bueno, creo —le dije— que es una tontería. Ya soy bastante mayor que él, ¿por qué demonios iba a esperar a serlo aún más? Si tuviera mi misma edad, quizás.

—Opino que te será perjudicial —dijo Katharine—. Es malo que a su edad piense que puede conseguir al momento lo que quiere; sería mejor hacerle esperar, que le sirviera de buen y largo aprendizaje.

Era una idea con la que no estaba de acuerdo en absoluto. Me daba la impresión de que era un punto de vista severo y puritano.

A Max le dije que, en mi opinión, era un error que se casara conmigo, y que debía pensarlo cuidadosamente.

—¿Qué piensas que he estado haciendo durante los tres últimos meses? —me dijo—. He estado meditando sobre ello durante todo el tiempo que pasé en Francia; pensaba: «Bueno, cuando vuelva a verla sabré si todo son imaginaciones mías». Pero no lo son, tú eres como te recordaba y como te quiero.

—Es un gran riesgo.

—Para mí no es un riesgo. Quizá lo sea para ti, pero ¿qué

importa correrlo? ¿Es que se suele llegar a alguna parte sin afrontar los riesgos?

Estaba de acuerdo; nunca había dejado de hacer nada por seguridad. Después de esto era más feliz. «Bueno, es mi riesgo, pero vale la pena arriesgarse a encontrar una persona con la que ser feliz. Si las cosas van mal lo sentiré por él, pero después de todo es su riesgo y parece que lo ha considerado con mucha sensatez». Sugerí que podíamos esperar seis meses. Me dijo que no le parecía bien.

—Tengo que marcharme de nuevo a Ur —añadió—. Creo que la fecha idónea es septiembre.

Hablé con Carlo e hicimos nuestros planes.

Le había dado tanta publicidad al tema y me había hecho tanto daño, que quería que las cosas se mantuvieran lo más en silencio posible. Acordamos que Carlo y Mary Fisher, Rosalind y yo iríamos a Skye y pasaríamos allí tres semanas, leerían las amonestaciones y nos casaríamos tranquilamente en la iglesia de St. Columba de Edimburgo.

Después llevé a Max a visitar a Punkie y a James, éste resignado pero triste y mi hermana esforzándose por impedir nuestro matrimonio.

La verdad es que estuve a punto de romper nuestro compromiso cuando, al subir al tren, Max, que había escuchado atentamente mi relato familiar, dijo:

—¿James Watts, dice? Estuve en el New College con un tal Jack Watts, ¿será ése? Era un cómico magnífico, hacía unas imitaciones maravillosas.

El que Max y mi sobrino fueran contemporáneos me dejó hecha pedazos. Parecía que nuestra boda era imposible.

—Eres demasiado joven —le dije desesperada—. Demasiado joven.

Esta vez Marx se alarmó de verdad.

—En absoluto —dijo—, fui a la universidad bastante joven y todos mis amigos eran así de serios; no encajaba con el alegre grupo de Jack Watts.

Pero me sentí llena de remordimientos.

Punkie alegó todas las razones que pudo para convencer a Max y temí que le cogiera manía, pero en realidad fue todo lo contrario.

Me dije que era muy sincera y que estaba terriblemente ansiosa por hacerme feliz y también muy alegre. Éste era siempre el dictamen final sobre mi hermana. «Querida Punkie —solía decirle mi sobrino Jack a su madre—, te adoro, eres tan alegre y tan dulce…» La verdad es que era la descripción más exacta.

La visita terminó con Punkie hecha un mar de lágrimas y James deshaciéndose en amabilidades. Afortunadamente mi sobrino Jack no estaba, quizá lo hubiera echado todo a rodar.

—Sé que una vez que has decidido casarte con él, no vas a cambiar de opinión —dijo mi cuñado.

—¡Oh, Jimmy!, no tienes idea. Me da la impresión de que estoy cambiando todo el día.

—Bueno, espero que todo salga bien. No es lo que hubiera deseado para ti, pero siempre has demostrado tener sentido común y pienso que Max llegará lejos.

Cuánto he querido a mi estimado James y qué paciente y sufrido ha sido siempre.

—No te preocupes por Punkie —me dijo—. Ya sabes cómo es; cuando todo haya pasado volverá a ser la de siempre.

Entretanto lo guardamos en secreto.

Le pregunté a Punkie si vendría a Edimburgo para la boda, pero me respondió que era mejor que no fuera.

—No haré más que llorar y disgustaré a todo el mundo —me dijo. En realidad se lo agradecí pues tenía dos buenos y calmados amigos escoceses que me darían el respaldo incondicional que necesitaba. Así que con ellos y con Rosalind partí para Skye.

Skye me pareció adorable; a veces hubiera preferido que no lloviera todos los días, aunque sólo fuera esa fina niebla lluviosa que no tiene importancia. Dimos grandes paseos por los páramos y entre los brezos, con un delicioso y suave olor a tierra que casi tenía el mismo sabor de la turba.

Uno o dos días después de nuestra llegada, Rosalind llamó la atención del hotel con una de sus salidas. *Peter* estaba con nosotros aunque, naturalmente, no comía en el comedor, pero Rosalind en mitad de la comida le espetó en voz alta a Carlo:

—La verdad, Carlo, es que *Peter* debería ser tu marido, ¿no crees?

Porque duerme en tu cama, ¿no es verdad?

Los clientes del hotel, la mayor parte señoras mayores, se volvieron todos a una y clavaron sus miradas en CarIo.

Rosalind me dio también algunos consejos sobre el matrimonio.

—Ya sabes —me dijo— que cuando te cases con Max tendrás que dormir en la misma cama que él.

—Sí, ya lo sé —le contesté.

—Bueno, me imaginé que lo sabías porque antes estuviste casada con papá, pero creí que no habías pensado en ello.

Le aseguré que había pensado en todo lo que era importante.

Así fueron pasando las semanas. Paseaba por los páramos y de vez en cuando tenía momentos en que me sentía muy desgraciada, pensando que iba a cometer un error y a destrozar la vida de Max.

Entretanto Max tenía trabajo extra en el Museo Británico y en otros sitios, terminando los dibujos de las vasijas de cerámica y otras tareas arqueológicas. La semana antes de nuestra boda se quedó todas las noches hasta las cinco de la mañana, dibujando. Sospeché incluso que Katharine Woolley obligaba a Len a hacer trabajar a Max más que nunca, pues estaba muy disgustada conmigo por no haber pospuesto la boda.

Antes de marcharme de Londres, Len vino a verme. Estaba tan azorado que no sabía qué le pasaba.

—Ya sabe —me dijo—, será un poco violento para nosotros, en Ur y Bagdad quiero decir. Esto… Que no va a ser posible, ¿comprende?, que no podrá venir a las expediciones; es decir, que no hay habitaciones más que para los arqueólogos.

—¡Oh, no! —le contesté—. Lo comprendo, ya hemos hablado sobre ello; mis conocimientos no les serán de ninguna utilidad. Max y yo pensamos que es mejor así; no quiere dejarle tirado al comienzo de la temporada, cuando apenas hay tiempo de buscar alguien que le reemplace.

—Pensé… es que… —Len se detuvo—. Pensé que quizá, bueno, lo que quiero decir es que tal vez la gente piense que es bastante raro que usted no vaya a Ur.

—No sé por qué —le dije—. Después de todo, iré a Bagdad al final de la temporada.

—¡Oh, sí!, y espero que pase unos días en Ur.

—Entonces todo está bien, ¿no es así? —le dije animosamente.

—Lo que pensé, lo que pensamos, quiero decir lo que Katharine,

bueno, lo que los dos hemos pensado es que…

—¿Sí?

—Que quizá sea mejor, que no venga a Bagdad *ahora*. Lo que quiero decir es que si usted va con Max a Bagdad y después él se va a Ur y usted vuelve a casa, ¿no cree que parecería un poco raro? Bueno, supongo que a los administradores no les gustaría la idea.

Esto consiguió enfadarme; estaba dispuesta a no ir a Ur; nunca lo hubiera sugerido porque pensaba que no era razonable, pero no veía ninguna razón para no ir a Bagdad si así lo quería.

En realidad ya había decidido con Max que no iría a Bagdad; era un viaje sin sentido. Pasaríamos nuestra luna de miel en Grecia y desde Atenas él se iría a Iraq y yo volvería a Inglaterra. Esto era lo que habíamos pensado, pero por supuesto no iba a decirlo en aquel momento.

Un tanto ásperamente repliqué:

—Creo, Len, que no es quién para decirme adónde debo y adónde no debo ir. Si quiero ir a Bagdad, iré allí con mi marido y eso no tiene nada que ver con la excavación o con usted.

—¡Oh!, espero que no se moleste. Fue sólo que Katharine pensó… Estaba segura de que había sido Katharine y no Len quien lo había pensado. Aunque la apreciaba, no consentiría que dirigiera mi vida, así que cuando vi a Max le dije que no pensaba ir a Bagdad, pero tuve mucho cuidado de ocultarle que había sido Len quien lo había insinuado. Max se puso furioso y tuve que calmarlo.

—Insisto en que vengas —me dijo.

—Sería una tontería. Supondría mucho gasto y me sentiría desgraciada cuando me alejara de ti.

Entonces me dijo que había hablado con el doctor Campbell-Thompson y que existía la posibilidad de que al año siguiente fuera a una excavación en Nínive, al norte del Irak, a la que seguramente le acompañaría.

—Aún no hay nada seguro —me dijo—, quedan cosas que discutir. Pero no estoy dispuesto a separarme de ti otros seis meses después de esta temporada. Seguro que Len ya habrá encontrado un sustituto para entonces.

Pasaron los días en Skye, a su debido tiempo se leyeron mis amonestaciones en la iglesia y todas las señoras mayores que estaban sentadas a mi alrededor me miraron sonriendo, con ese

placer que las ancianas encuentran en cosas tan románticas como el matrimonio.

Max vino a Edinburgo, y Rosalind, yo, Carlo, Mary y *Peter* nos fuimos de Skye. Nos casamos en la pequeña capilla de la iglesia de Santa Columba. Nuestra boda constituyó un triunfo, no había ningún periodista y el secreto permanecía intacto. Nuestra doble vida continuó porque, como dice la vieja canción, nos separamos a la puerta de la iglesia. Max volvió a Londres a terminar su trabajo de Ur y yo volví al día siguiente a Cresswell Place con Rosalind, donde nos recibió mi fiel Bessi, que estaba en el secreto. Dos días más tarde llegó Max en un Daimler alquilado. Fuimos hasta Dover y cruzamos el canal hasta la primera parada de nuestra luna de miel, Venecia.

Max había preparado por su cuenta nuestro viaje de novios: sería una sorpresa. Y la verdad es que no creo que nadie haya tenido ninguno mejor que el nuestro. El único punto negro fue que el Orient Express, antes incluso de llegar a Venecia, estaba lleno de chinches.

PARTE IX. MI VIDA CON MAX

I

Llegamos a Dubrovnik y de ahí fuimos a Split, ciudad que nunca olvidaré. Vagábamos por las calles que rodeaban nuestro hotel cuando al volver una esquina en una de las plazas vimos, alzándose hacia el cielo, la imagen de San Gregario de Nin, una de las mejores obras del escultor Mestrovic. Parecía dominarlo todo. Fue una de esas cosas que marcan un hito en nuestra memoria.

Nos divertimos mucho con los menús. Estaban escritos, en yugoslavo y, naturalmente, no teníamos ni idea de lo que significaban. Con frecuencia señalábamos alguna entrada y esperábamos con cierta ansiedad hasta ver qué nos traían. A veces era una enorme fuente de pollo, en otra ocasión huevos escalfados con una salsa blanca muy picante, otra vez una especie de súper goulash. Las raciones eran siempre muy abundantes y en ningún restaurante querían que pagaras la cuenta. El camarero murmuraba en un imperfecto francés o inglés: «Esta noche, no; esta noche, no. Vuelvan y paguen mañana». No sé lo que pasaría cuando la gente comiera durante una semana sin pagar y luego se marchara en el barco. Lo cierto es que el último día tuvimos grandes dificultades para que aceptaran el dinero en nuestro restaurante favorito.

—¡Ah!, pueden hacerlo después —decían.

—Pero —le explicábamos o tratábamos de explicar— no podemos hacerlo después porque nos marchamos en el barco de las doce.

El camarerito suspiró tristemente ante la perspectiva de tener que hacer números. Se retiró a un cubículo, se rascó la cabeza, utilizó uno tras otro varios lápices, protestó un poco y después de unos cinco minutos nos trajo lo que nos pareció una factura muy razonable para la gran cantidad de comida que habíamos ingerido.

Luego nos deseó buena suerte y nos marchamos.

La etapa siguiente consistía en recorrer la costa dálmata y llegar a Grecia, hasta Patrás. Max me explicó que viajaríamos en un pequeño carguero. Estábamos en el muelle esperando su llegada, un poco ansiosos; de pronto, vimos un barco tan pequeño —parecía un cascarón de nuez— que no creímos que fuera el que estábamos esperando. Tenía un nombre extraño, compuesto sólo de consonantes —Srbn—, que jamás supimos cómo se pronunciaba. Pero no había duda de que era aquél; había cuatro pasajeros a bordo, nosotros en un camarote y los otros dos en otro. Se bajaron en el primer puerto, de forma que nos quedamos solos.

Nunca había probado una comida tan deliciosa como la de aquel barco: cordero muy tierno, delicioso, en chuletas, una verdura suculenta, arroz, salsas espectaculares, exquisitas brochetas. Charlamos con el capitán en nuestro mal italiano.

—¿Les ha gustado la comida? —dijo—. Me alegro. He ordenado que hagan comida inglesa, comida típicamente inglesa para ustedes.

Deseé sinceramente que nunca fuera a Inglaterra y que no descubriera cómo era en realidad la comida inglesa. Nos dijo que le habían propuesto pasar a un barco de pasajeros mayor, pero que prefería quedarse en éste porque había una buena cocina y le gustaba la vida tranquila: los pasajeros no le molestaban.

—Estar en un barco de pasaje es tener problemas todo el tiempo —nos explicó—, así que prefiero que no me promocionen.

Pasamos unos días muy felices en aquel barquito servio. Hicimos escala en varios puertos: Santa Anna, Santa Maura, Santi Quaranta. Quisimos bajar a tierra y el capitán nos explicó que haría sonar la sirena media hora antes de la salida. Así que paseábamos entre, los olivos o nos sentábamos entre las flores hasta que oíamos de pronto la sirena, dábamos media vuelta y nos dirigíamos rápidamente al barco. Fue maravilloso estar entre aquellos olivos, sintiéndonos tan llenos de paz y de felicidad juntos. Era el jardín del Edén, el Paraíso en la tierra.

Llegamos por fin a Patrás, nos despedimos alegremente del capitán y subimos a un divertido trenecito que nos llevaría a Olimpia. Pero no éramos nosotros los únicos pasajeros, había también un montón de chinches. Esta vez se metieron por las perneras del pantalón que llevaba y al día siguiente tuve que

rasgármelos de lo inflamadas que tenía las piernas.

Grecia no necesita descripción. Olimpia es tan maravillosa como había pensado. Al día siguiente nos fuimos, en mula, a Andritsena y debo decir que aquello estuvo a punto de destrozar nuestra vida de casados.

Cuando nunca se ha montado en mula, un viaje de catorce horas resulta tan agónico que apenas puede describirse. Llegué a tal estado que no sabía qué sería más doloroso, si andar o seguir sobre la mula. Cuando por fin llegamos, bajé del animal tan entumecida que no podía andar y le dije a Max con reproche:

—La verdad es que no estás preparado para casarte con nadie, si no sabes cómo se siente uno después de un viaje como éste.

En realidad Max estaba también entumecido y dolorido. Las explicaciones de que, según sus cálculos, el trayecto había durado seis horas más de lo debido, no fueron bien recibidas. Me llevó seis o siete años darme cuenta de que en los viajes siempre calculaba por debajo, así que había que aumentar sus pronósticos por lo menos en un tercio.

Nos quedamos dos días en Andritsena para recobrarnos. Luego admití que no sentía en absoluto haberme casado con él y que ya aprendería la forma adecuada, de tratar a una esposa, no haciéndola montar en mula sin haber calculado antes cuidadosamente las distancias. Así, hicimos un recorrido bastante prudente, no superior a cinco horas, al templo de Bassae y no nos resultó cansado.

Fuimos a Micenas, a Epidauro, y nos quedamos en lo que parecía la suite real de un hotel de Nauplia; tenía colgaduras de terciopelo rojo y un dosel con cortinas de brocado dorado. Desayunamos en una terraza algo insegura aunque, muy engalanada, desde la que veíamos una isla en el mar; luego bajamos a bañarnos, con cierto reparo, entre grandes cantidades de medusas.

Epidauro me pareció especialmente hermosa, aunque fue allí donde tropecé por primera vez con el carácter del arqueólogo. Era un día paradisíaco, subí hasta la parte superior del teatro y me senté; Max se había quedado en el museo estudiando una inscripción. Pasó un buen rato y no aparecía a reunirse conmigo. Al final me impacienté, bajé y entré en el museo. Max estaba todavía tumbado en el suelo, dedicado con gran deleite a su inscripción.

—¿Todavía estás leyendo esa cosa? —le pregunté.

—Sí, es bastante extraña —repuso—. ¿Quieres que te lo explique?

—Creo que no —dije con firmeza—. Fuera se está de miedo.

—Sí, seguro que sí —dijo Max distraídamente.

—¿Te importaría que me marchara afuera? —le dije.

—¡Oh, no! —replicó, sin prestarme mucha atención—. Me parece muy bien. Sólo que pensé que quizá te interesara esta inscripción.

—No, no me interesa tanto —le dije y me marché otra vez al sitio que había encontrado en la parte superior del teatro.

Max se reunió conmigo una hora más tarde, muy feliz de haber descifrado una frase griega especialmente oscura, con lo que, en lo que a él se refería, la jornada había sido redonda.

Delfos fue el no va más. Su increíble belleza me impresionó tanto, que recorrimos los alrededores buscando un sitio donde pudiéramos construir una casita algún día. Recuerdo que escogimos tres; era un bonito sueño; no creo que pensáramos seriamente en ello, ni incluso entonces. Cuando volví hace uno o dos años y vi los enormes autocares subiendo y bajando, los cafés, las tiendas de souvenirs y los turistas; me alegré mucho de que no hubiéramos construido allí nada.

Estábamos siempre seleccionando lugares donde construir una casa. En realidad era yo quien lo hacía pues las casas han sido siempre mi pasión. Hubo un momento en mi vida, no mucho antes de que estallara la segunda guerra mundial, en que era la orgullosa propietaria de ocho. Me había aficionado a buscar por Londres casas medio derruidas, para hacer cambios en la estructura, decorarlas y amueblarlas. Cuando llegó la segunda guerra mundial y tuve que pagar seguros por daños de guerra para todas ellas, ya no fue tan divertido. No obstante, cuando al final las vendí, me dejaron buen beneficio. Fue un distraído pasatiempo mientras duró; siempre me ha gustado pasar por una de «mis» casas para ver cómo las conservan y adivinar qué clase de gente vive ahora en ellas.

El último día bajamos andando desde Delfos hasta Itea, junto al mar. Venía con nosotros un griego para enseñamos el camino y Max se puso a hablar con él. Max tiene un espíritu inquisitivo y siempre tiene que hacer un montón de preguntas a cualquier nativo que

vaya con él. En esta ocasión le preguntaba al guía el nombre de distintas flores; nuestro encantador griego estaba ansioso por complacemos. Max le señalaba una flor y él decía el nombre, que Max apuntaba cuidadosamente en su libreta. Cuando llevaba escritos unos veinticinco advirtió que algunos se repetían. Repitió un nombre griego, que esta vez fue aplicado a una flor azul con punzantes espinas y vio que era el mismo que se había utilizado anteriormente para una gran caléndula amarilla. Caímos entonces en la cuenta de que en su deseo de agradamos el griego nos decía los nombres de las flores que conocía y, como no eran muchas, los repetía a cada nueva flor. Max vio con disgusto que su cuidadosa lista no servía para nada.

Fuimos a parar a Atenas y allí, cuando sólo nos quedaban cuatro o cinco días para estar juntos, el desastre sorprendió a los felices habitantes del Edén. Sufrí lo que al principio pensé que sería una enfermedad ordinaria de vientre, de las que se padecen a menudo en el Oriente Medio y que se conocen como enfermedad de Gyppy, de Bagdad, de Teherán y así sucesivamente. Ésta fue la de Atenas, pero resultó ser algo peor.

Me levanté al cabo de unos días y en medio de una excursión me sentí tan mal que tuvimos que regresar. Vi que tenía bastante fiebre y al final, después de muchas protestas por mi parte, cuando fallaron todos los remedios, llamamos a un médico. Sólo encontramos uno que hablaba francés y pronto descubrí que si bien era capaz de defenderme en la vida social, no conocía ningún término médico en dicho idioma.

El doctor atribuyó mi enfermedad a las cabezas de unos salmonetes que, según él, escondían gran peligro sobre todo para los extranjeros que no analizaban este pescado de forma adecuada. Me contó una horrible historia de un ministro que tenía esta misma enfermedad y estuvo a punto de morirse, aunque se iba recuperando lentamente. ¡La verdad es que me sentía tan mal que podía morirme en cualquier momento! Llegué a tener más de cuarenta grados de temperatura y no había manera de bajarla. No obstante mi médico consiguió triunfar al final. De pronto me fui sintiendo persona otra vez; pensar en comer me horrorizaba y creía que nunca volvería a moverme, pero a pesar de todo notaba que me iba recuperando. Le aseguré a Max que podía marcharse al día

siguiente.

—Es horrible. ¿Cómo voy a dejarte, querida?

El problema era que Max tenía que llegar a Ur con tiempo para construir varios anexos a la casa de barro cocido que utilizaba la expedición, de modo que cuando los Woolley y demás miembros de ella llegaran, unos quince días después, estuviera todo listo. Había que construir un comedor y un baño nuevos para Katharine.

—Estoy seguro de que lo entenderán —decía Max.

Pero tenía sus dudas y yo sabía muy bien que no lo entenderían. Estaba muy preocupada e indiqué que me echarían a mí parte de la culpa si Max abandonaba sus obligaciones; era una cuestión de honor que Max estuviera allí a tiempo. Le aseguré que me encontraba bastante bien, que quizá me quedara una semana más para recuperarme y que luego me iría directamente a casa en el Orient Express. Que no se preocupara.

El pobre Max estaba destrozado. Estaba imbuido de ese terrorífico sentido del deber inglés que Leonard Woolley había reavivado cuando le dijo: «Confío en usted, Max. Diviértase y todo eso, pero es realmente importante que me dé su palabra de que estará allí el día acordado y de que se hará cargo de todo».

—Ya sabes lo que diría Len —indiqué.

—Pero es que estás verdaderamente enferma.

—Ya lo sé que estoy enferma, pero ellos no lo creerán. Pensarán que quiero mantenerte alejado y no puedo consentirlo. Además, si continúas discutiendo harás que me suba la fiebre otra vez y sin ninguna duda estaré muy enferma.

De esta forma, sintiéndonos los dos muy heroicos, Max se marchó al final por la senda del deber.

Quien no estaba nada de acuerdo con esto era el médico griego, que elevó las manos al cielo y estalló en un torrente de indignadas palabras en francés.

—Ah, sí, los ingleses son todos iguales. He conocido a muchos, a muchos y todos son iguales. Sienten gran devoción por su trabajo, por el deber. ¿Y qué es el trabajo, qué es el deber en comparación con un ser humano? Porque una esposa es un ser humano, ¿o no? La esposa está enferma y es un ser humano, eso es lo que importa. Eso es todo lo que importa, ¡que hay un ser humano que sufre!

—Usted no ha comprendido —le dije— que esto es algo

verdaderamente importante. Dio su palabra de que estaría allí, tiene una gran responsabilidad.

—¿Y qué es la responsabilidad? ¿Qué es el trabajo, qué es el deber? ¿El deber? El deber no es nada para el cariño. Pero los ingleses son así. ¡Ah, qué frialdad!, ¡*qué froideur*! ¡Qué horror estar casado con un inglés! ¡A ninguna mujer se lo deseo, por nada del mundo!

Estaba demasiado débil para seguir discutiendo, pero le aseguré que me pondría bien.

—Tenga mucho cuidado —me advirtió—, no es bueno decir eso. El ministro de quien le hablé, ¿sabe cuánto tiempo pasó antes de que volviera a sus obligaciones? Un mes entero.

No me impresionó. Le dije que los estómagos ingleses no eran así, que se recuperan rápidamente. El doctor elevó de nuevo las manos al cielo, gritó algo más en francés y se marchó, casi lavándose las manos de mi enfermedad. Si pensaba así, dijo, podía tomar a cualquier hora un pequeño plato de macarrones hervidos. A mí no me apetecía nada y menos macarrones hervidos. Yacía como un leño en el dormitorio empapelado de verde, enferma como un gato, con dolores en la cintura y en el estómago y tan débil que me horrorizaba mover un brazo. Mandé que me trajeran los macarrones; tomé como unos tres y los dejé a un lado. Me parecía imposible que volviera a tener ganas de comer.

Pensé en Max; ya habría llegado a Beirut. Al día siguiente comenzaría su viaje a través del desierto por Nairn, Pobre Max, estaría preocupado por mí.

Afortunadamente no me preocuparía más de mí misma; sentía nacer en mí la determinación de hacer algo o de ir a algún sitio. Comí más macarrones hervidos; hice progresos y les eché un poco de queso rallado; cada mañana daba tres vueltas a la habitación a fin de fortalecer las piernas. Cuando llegó, le dije al médico que estaba mucho mejor.

—Eso es bueno. Sí, ya veo que está mejor.

—En realidad —le dije—, estoy en condiciones de irme a casa pasado mañana.

—¡Ah!, no diga locuras. Ya le dije que el ministro…

Ya me estaba cansando del ministro. Llamé al empleado del hotel e hice que me reservara un billete en el Orient Express para

dentro de tres días. No informé al médico de mis intenciones hasta la noche anterior a mi partida. Otra vez volvieron a elevarse las manos; me acusó de ingratitud, de temeridad y me advirtió que probablemente tendrían que sacarme del tren *en route* y que moriría en cualquier andén. Yo sabía que las cosas no estaban tan mal como todo eso. Los estómagos ingleses, repetí, se recuperan rápidamente.

Cuando llegó el momento me marché. Con paso vacilante y ayudada por el portero del hotel, subí al tren, me derrumbé en la litera y más o menos ahí permanecí. De vez en cuando, ordenaba que me trajeran sopa caliente del vagón restaurante, pero como por lo general era grasienta, no me apetecía mucho. Este ayuno le habría venido bien a mi figura años más tarde, pero entonces aún era esbelta y al final del viaje parecía un saco de huesos. Fue maravilloso regresar y meterme en mi cama; con todo, necesité casi un mes para recuperarme del todo.

Max había llegado a Ur sin novedad aunque muy preocupado por mí, enviando varios telegramas *en route* y esperando recibir alguno mío que nunca llegó.

Se dedicó al trabajo con tanta energía, que hizo muchas más cosas de las que los Woolley esperaban.

Construyó el baño de Katharine según sus especificaciones, tan pequeño y estrecho como fue posible, añadiendo a esta habitación y al comedor todos los motivos de decoración que le parecieron oportunos.

—Pero si no pretendíamos que hiciera todo esto —exclamó Katharine cuando llegaron.

—Pensé que, ya que estaba aquí, era mejor que lo hiciera bien —dijo Max inexorablemente, y explicó que me había dejado en Atenas a las puertas de la muerte.

—Debería haberse quedado con ella dijo Katharine.

—Sí, tiene razón —dijo Max—, pero ustedes me insistieron en la importancia de este trabajo.

Katharine rindió a Len diciéndole que el baño no le gustaba nada y que habría qué tirarlo y volverlo a construir, como así se hizo con grandes molestias. Después felicitó a Max por el diseño del recibidor y dijo cuánto le había gustado.

A mis años sé muy bien cómo tratar con todo tipo de gente temperamental, actores, directores, arquitectos, músicos y *prima*

donnas naturales como Katharine Woolley. La madre de Max era asimismo *prima donna* por derecho propio. Mi madre casi lo era: se ponía en un estado aterrador, pero al día siguiente, invariablemente, lo había olvidado todo.

—Pero ¡parecías tan desesperada! —le decía yo.

—¿Desesperada? —exclamaba mi madre, muy sorprendida—. ¿De verdad daba esa impresión?

Algunos de nuestros amigos actores se mostraban a veces tan temperamentales como el que más. Estaba Charles Laughton interpretando el papel de Hércules Poirot en *Alibi*, cuando, mientras nos tomábamos un helado en un descanso del ensayo, me explicó su sistema.

—Es muy bueno fingir que se es temperamental, aunque no se sea; creo que es muy útil. La gente dice: «No hagamos nada que le moleste. Ya sabéis el carácter que tiene». Algunas veces resulta cansado —añadía—, sobre todo cuando no te apetece, pero siempre resulta provechoso.

II

Es curioso pero apenas recuerdo mi actividad literaria durante este período. Nunca me he considerado un autor *bona fide*. He escrito algunas cosas, sí, libros, cuentos. Se han publicado e incluso me acostumbré a contar con ellas como fuente de ingresos definitiva; pero cuando rellenaba algún formulario y llegaba a la línea de «profesión», nunca se me ocurría poner otra cosa que el clásico «sus labores». Era una mujer casada, ése era mi estado y ésa era mi profesión. Escribía libros como algo secundario; nunca le di el pomposo nombre de «carrera»; habría parecido ridículo.

Mi suegra no lo entendía.

—Escribes muy bien, querida Agatha, y ya que lo haces tan bien, ¿no deberías escribir algo bueno, algo más *serio*?

Algo «que valiera más la pena» era lo que quería decir. Me resultaba difícil explicarle, y la verdad es que nunca traté de hacerlo, que escribía por entretenerme.

Quería ser una buena autora de novelas policíacas, sí, y sin duda por aquel entonces era lo bastante engreída como para pensar que lo era. Algunos de mis libros me gustaban mucho; no del todo, por supuesto, porque creo que eso no se consigue nunca. Nada sale como uno piensa cuando se toman unas notas para el primer capítulo, o mientras se anda arriba y abajo murmurando para uno mismo y viendo cómo se desarrolla la historia.

En el Old Bailey, en los decorados de Testigo de cargo.

Greenway.

Rosalind y Mathew en Pwllywrach en 1947.

Mathew y yo.

Creo que mi querida suegra hubiera deseado que escribiera la biografía de algún personaje mundialmente conocido; seguro que lo hubiera hecho fatal. De todas maneras, aún era lo suficientemente modesta como para que alguna vez, sin pensar, dijera:

—Sí, pero es que yo no soy realmente una autora. Por lo general, Rosalind me corregía, diciendo:

—Pero, mamá, *eres* una autora. A estas alturas ya eres, definitivamente, una autora.

Al pobre Max le cayó un buen castigo al casarse; por lo que pude saber nunca había leído una novela. Katharine Woolley pretendió en cierta ocasión que leyera *El asesinato de Rogelio Ackroyd*; pero se escabulló. Alguien discutió el desenlace delante de él y aferrándose a eso, dijo:

—¿Qué gracia tiene leer un libro del que ya conoces el final? Sin embargo, ya casados, emprendió resueltamente la tarea.

Por entonces había escrito por lo menos diez libros y poco a poco fue poniéndose al corriente. Como Max consideraba lecturas fáciles a los libros eruditos sobre arqueología y temas clásicos, era divertido ver lo difícil que le parecía algo ligero de pura ficción. No obstante, se puso a ello y me enorgullece decir que al parecer disfrutaba con la tarea que se había impuesto.

Lo curioso es que apenas si recuerdo los libros que escribí después de mi matrimonio. Supongo que gozaba tanto con la vida normal, que redactaba a rachas. Nunca he tenido una habitación determinada para escribir, lo que en años posteriores me ha traído problemas ya que siempre que recibía a un periodista, lo primero que quería era hacerme una fotografía trabajando.

—Enséñeme dónde escribe sus libros.

—¡Oh!, en cualquier parte.

—Pero tendrá un lugar para trabajar.

No, lo tenía; todo lo que necesitaba era una mesa estable y una máquina de escribir. Ahora he empezado a escribir directamente a máquina, aunque aún redacto a mano los capítulos iniciales y algún otro y luego los mecanografío. Para escribir, lo mismo me sirve como mesa un lavabo de esos antiguos con la parte superior de mármol, que la mesa del comedor cuando está libre.

Mi familia advierte que se aproxima una época de actividad, diciendo: «Mirad, Missus está empollando de nuevo». Carlo y Mary siempre me llaman Missus, se supone que en la lengua canina de *Peter*, y también Rosalind me llama más a menudo así que mamá o madre. Como quiera que fuera, todos se dan cuenta de que estoy empollando algo, me miran esperanzados y me instan a que me encierre en una habitación cualquiera y ponga manos a la obra.

Muchos amigos me han dicho: «Nunca sabemos cuándo escribes tus libros, pues nunca te hemos visto ni siquiera disponiéndote a hacerlo». Hago como los perros cuando cogen un hueso y se marchan media hora o más y regresan tímidamente con el morro manchado de barro. Conmigo pasa lo mismo, me siento un poco cohibida cuando voy a escribir. Sin embargo, en cuanto me escapo, cierro la puerta y consigo que nadie me interrumpa, me abstraigo por completo en lo que estoy haciendo.

Por lo visto, entre los años 1929 a 1932 mi producción fue bastante buena: además de los libros normales publiqué dos series de cuentos cortos, una de las cuales la formaban las historias de Mr. Quin. Éstas son mis favoritas. Las escribí con intervalos de hasta tres y cuatro meses y a veces más. A las revistas les gustaban y a mí también, pero rechacé todas las ofertas que recibí de hacer una serie para una publicación periódica. No quería hacer series de Mr. Quin: escribiría sólo cuando me apeteciera. Era como una reminiscencia de mis primeros poemas sobre Arlequín y Colombina.

Mr. Quin es un personaje que se limita a estar presente en la narración, un catalizador cuya mera presencia afecta al resto de los personajes. Siempre habrá algún hecho, alguna frase en apariencia insignificante, que indique para qué estaba allí; un hombre sobre el que se proyecta, a través de un cristal, una luz con los colores de Arlequín, que aparece o desaparece súbitamente. Simboliza siempre lo mismo: es amigo de los amantes y está relacionado con la muerte. El pequeño Mr. Satterthwaite, que era una especie de

emisario de Mr. Quin, ha sido también uno de mis personajes favoritos.

Publiqué asimismo un libro de relatos cortos titulado *Matrimonio de sabuesos*. Todos se relacionaban con algún detective determinado de la época, pero ahora no reconozco a casi ninguno. Recuerdo a Thornley Colton, el detective ciego —Austin Freeman, por supuesto —; Freeman Wills Croft con sus maravillosos programas e, inevitablemente, Sherlock Holmes. Es interesante ver cuál de los doce autores que escogí es conocido aún; algunos nombres nos son familiares pero otros han caído en el olvido. En su momento, me gustaba el estilo de todos ellos y me entretenían, cada uno a su manera. En *Matrimonio de sabuesos* aparecían mis dos jóvenes detectives, Tommy y Tuppence, que habían sido los personajes principales de mi segundo libro, *El misterioso señor Brown*. Fue divertido volver a ellos para variar.

Muerte en la vicaría se publicó en 1930, pero no recuerdo dónde, cuándo o cómo la escribí, por qué lo hice o qué me sugirió la elección de un nuevo personaje —la señorita Marple— que actuara como detective en el relato. La verdad es que en aquel momento no tenía la intención de continuar con ella ni sabía tampoco que incluso rivalizaría con Hércules Poirot.

Me ha escrito mucha gente sugiriéndome que reuniera a la señorita Marple y a Hércules Poirot, pero ¿por qué? Estoy segura de que no les satisfaría en absoluto. A Hércules Poirot, el egoísta total, no le agradaría que una vieja solterona le dijera lo que tenía que hacer. Es un detective profesional que no se encontraría a gusto en el mundo de la señorita Marple. No, son dos *estrellas* y lo son por derecho propio. No dejaría que se encontraran a menos que sintiera una necesidad súbita e inesperada de hacerlo.

Es posible que el personaje de la señorita Marple surgiera por lo que disfruté al describir a la hermana del doctor Sheppard en *El asesinato de Rogelio Ackroyd*. Ha sido uno de mis personajes favoritos del libro, la solterona un tanto mordaz, curiosa, que todo lo sabe, que todo lo oye: el servicio completo de investigación en el hogar. Cuando se adaptó para el teatro, una de las cosas que más me entristecieron fue que desapareciera Caroline. En su lugar, le dieron al doctor otra hermana mucho más joven, una linda muchacha que pudiera inspirar sentimientos románticos a Poirot.

Cuando me lo sugirieron por primera vez, no tenía ni idea de lo mal que se pasa para llevar a cabo una obra de teatro, debido a los cambios que se hacen. Había escrito una comedia policíaca, no recuerdo exactamente cuándo, que no mereció la aprobación de Hughes Massie; de hecho sugirió que la olvidara por completo, así que no insistí sobre ello. La había titulado *Café sólo*. Era una obra convencional de suspense y espionaje que, aunque llena de estereotipos no era mala del todo. Un amigo mío de los tiempos de Sunningdale, el señor Burman, que estaba relacionado con el Royalty Theatre, me sugirió que la pusiéramos en escena.

Lo que siempre me ha extrañado es que todos los actores que han interpretado a Poirot han sido hombres de gran tamaño. Charles Laughton estaba bastante grueso y Francis Sullivan, el que interpretó el papel de Poirot en *Café sólo*, era fuerte, corpulento y de más de un metro ochenta. Creo que la primera representación fue en el Everyman, en Hampstead, y el papel de Lucía lo interpretaba Joyce Bland, a quien siempre he considerado como una magnífica actriz.

Café sólo permaneció en cartel cuatro o cinco meses, hasta que finalmente pasó al West End; fue reestrenada veintitantos años más tarde, con menos cambios y ha quedado como obra de repertorio.

Las obras de suspense suelen tener una trama muy parecida, lo que varía es el enemigo. Hay una banda internacional *á la Moriarty*, que primero encarnaron los alemanes, los «hunos» de la primera guerra mundial, luego los comunistas y después los fascistas. Tenemos a los rusos, a los chinos y de nuevo volvemos a la banda internacional, pero siempre tendremos un «rey del crimen» que quiere gobernar el mundo.

Alibi, la primera obra sacada de uno de mis libros —*El asesinato de Rogelio Ackroyd*— fue adaptada por Michael Morton, que ya tenía experiencia en este tema. No me gustó nada su sugerencia de quitarle veinte años a Poirot, llamarle Beau Poirot y que un montón de chicas se enamoraran de él. Por entonces estaba tan apegada a mi detective que advertí que lo tendría conmigo para el resto de mis días. Protesté enérgicamente de que se cambiara su personalidad de forma tan absoluto; al final, con el apoyo de Gerald du Maurier, que era el director, se eliminó el magnífico personaje de Caroline, la hermana del doctor, y se sustituyó por una muchacha joven y

atractiva. Como ya he dicho antes, me dolió mucho la desaparición de Caroline: me gustaba el papel que jugaba en la vida del pueblo y me gustaba la idea de ver reflejada dicha vida a través de la del doctor y su autoritaria hermana.

En ese momento empecé a pensar en St. Mary Mead; aunque aún no lo supiera, la señorita Marple había nacido y con ella la señorita Hartnell, la señorita Wetherby y el coronel y la señora Bantry; todos estaban allí, alineados en el límite de mi conciencia, dispuestos a cobrar vida y salir a escena.

Al releer ahora *Muerte en la vicaría* no me siento tan satisfecha como entonces. Creo que tiene demasiados personajes y demasiadas tramas secundarias, pero en cualquier caso la trama principal está bien fundada. El pueblo me parece muy auténtico y estoy segura de que en la actualidad aún hay pueblos que se le parecen. Las doncellitas procedentes de orfanatos y los criados que conocen su oficio han desaparecido ya, pero las asistentas que les han sucedido son tan auténticas y tan humanas, aunque no tan cualificadas como sus antecesores.

La señorita Marple entró tan calladamente en mi vida que apenas si advertí su llegada. Escribí una serie de seis cuentos cortos para una revista y escogí seis personas que se reúnen durante una semana en un pequeño pueblo y describen crímenes que no han sido resueltos. Comencé con la señorita Jane Marple, una anciana parecida a las de Ealing, contemporáneas de mi abuela; ancianas que he encontrado en los pueblos en los que estuve cuando era niña. La señorita Marple no es en modo alguno un retrato de mi abuela, es una solterona mucho más exigente. Pero hay una cosa que sí tiene en común con ella y es que a pesar de ser una persona cariñosa, siempre espera lo peor de todos y de todo y que además, con una certeza aterradora, se demostraba que tenía razón.

«No me sorprendería que pasara esto y lo otro», decía con frecuencia mi abuela, moviendo la cabeza misteriosamente, y aunque no hubiera ninguna base para tales afirmaciones, lo que pasaba era exactamente esto y lo otro. «Un tipo muy suave que no me inspira confianza», decía otras veces, y cuando más adelante se descubría que el joven y amable empleado había cometido un desfalco, no se asombraba lo más mínimo sino que se limitaba a mover la cabeza: «Sí —decía—, he conocido a uno o dos como él».

Nadie habría hecho cambiar de opinión a mi abuela sobre sus ahorros ni se hubiera tragado crédulamente cualquier proposición. Fijaría su mirada sagaz sobre tal persona y después comentaría: «Conozco a los de su clase y sé lo que viene después. Creo que invitaré a algunos amigos a tomar el té y les comentaré que ese joven anda por ahí».

Las profecías de la abuela eran terroríficas. Mis hermanos tenían desde hacía un año una ardilla domesticada como mascota, cuando la abuela, tras recogerla un día en el jardín con la pata rota, les dijo:

—¡Escuchad lo que os digo!, esta ardilla se marchará por la chimenea uno de estos días.

Y se fue por la chimenea cinco días más tarde.

Luego pasó lo del jarrón que estaba en un estante sobre la puerta.

—Si fuera tú, no lo dejaría ahí, Clara —le dijo a mi madre—. Algún día alguien dará un portazo o el viento cerrará la puerta de golpe y se caerá.

—Pero, querida, lleva más de diez meses ahí.

—Puede ser —dijo mi abuela.

Unos días más tarde hubo una tormenta, la puerta se cerró con estrépito y el jarrón cayó al suelo; quizá fuera instinto. Sea como sea, doté a mi señorita Marple con algunos de los poderes de mi abuela para profetizar. No es un personaje cruel, simplemente no confía en los demás; aunque siempre espera lo peor, acepta amablemente a la gente, sean como sean.

La señorita Marple nació con sesenta y cinco a setenta años y esto, igual que ha pasado con Poirot, ha sido muy desafortunado puesto que ambos permanecerían mucho tiempo en mi vida. Si mi intuición hubiera funcionado, mi detective habría sido un escolar precoz, de forma que hubiera envejecido conmigo.

En esta serie de seis relatos, le di a la señorita Marple cinco colegas. El primero fue su sobrino, un novelista moderno, autor de novelas «fuertes», con incestos, sexo y sórdidas descripciones de habitaciones y lavabos; Raymond West sólo veía la parte miserable de la vida. Trataba a su querida, encantadora y vieja tía Jane con amabilidad indulgente, como a alguien que no sabe nada del mundo. El segundo personaje era una mujer joven, una pintora

moderna, que mantendría unas relaciones especiales con Raymond West. Después estaban el señor Pettigrew, un notario local, ya mayor, adusto y sagaz; el médico del pueblo, persona muy útil pues conocía excelentes historias para contar al atardecer, y un sacerdote.

El problema que exponía la señorita Marple llevaba el título, un tanto ridículo, de *La huella del pulgar de San Pedro*, y hacía referencia a una merluza. Algún tiempo después escribí otros seis cuentos de la señorita Marple y los doce, más un cuento extra, se publicaron en Inglaterra bajo el título de *Señorita Marple y trece problemas* y en América como *The Tuesday Club Murders (El club de los martes)*.

Peligro inminente fue otro de los libros que me han dejado tan poca huella que ni siquiera recuerdo haberlo escrito. Es posible que hubiera ideado la trama algún tiempo antes, ya que tengo esa costumbre, lo que me produce cierta confusión en cuanto a la fecha en que he escrito o se ha publicado un libro. Los argumentos surgen en momentos inesperados: camino por la calle o contemplo con mucho interés el escaparate de una sombrerería y de pronto nace una idea espléndida; entonces pienso: «Ahora hay que camuflar el crimen de tal forma que nadie lo descubra». Por supuesto que hay que trabajar en los detalles prácticos y los personajes te surgen luego lentamente, pero la idea espléndida queda anotada en un cuaderno.

Hasta aquí todo perfecto; lo único es que, invariablemente, pierdo los cuadernos de notas. Por lo general tengo una media docena en uso donde anoto las ideas que me vienen de repente, cualquier cosa relacionada con venenos o drogas o con alguna estafa que he leído en el periódico; si conservase todas estas cosas debidamente clasificadas y archivadas, me ahorraría muchos problemas, aunque a veces también resulta agradable echar un vistazo al montón de viejos cuadernos y leer unos garabatos que dicen algo así como: *posible intriga, hágalo usted mismo, chica y no hermana en realidad, agosto*, con una especie de boceto de la trama. Nunca me acuerdo de lo que todo esto quería decir, pero con frecuencia me sirve de estímulo, si no para desarrollar este mismo argumento, sí al menos para escribir algo.

Luego están los temas sobre los que me gusta pensar, con los que

me gusta jugar, sabiendo que un día los escribiré. *Roger Ackroyd* me dio vueltas en la cabeza durante mucho tiempo, antes de que determinara con claridad todos los detalles. Tuve otra idea a raíz de ver una actuación de Ruth Draper; me quedé pensando qué inteligente era y qué bien imitaba; era capaz de transformarse a las mil maravillas de esposa regañona en muchacha campesina arrodillada en la catedral. Su actuación me inspiró el libro *La muerte de Lord Edgware*.

Cuando empecé a escribir novelas policíacas no era mi intención criticarlas, ni pensar seriamente sobre el crimen. Una novela de este tipo era el relato de una persecución, una historia con moraleja y, en definitiva, una narración, que se atenía a las normas de la moral tradicional, con la derrota del mal y el triunfo del bien. En aquella época, los años de la primera guerra mundial, el agente del mal no era un héroe: el *enemigo* era perverso y el *héroe*, bueno; tan simple como eso. Aún no nos habíamos adentrado en los oscuros caminos de la psicología y yo, como cualquiera que escribiera o leyera libros, estaba en contra del criminal y a favor de la víctima inocente.

Había una excepción que era el conocido héroe Raffles, jugador de cricket y ladrón de cajas fuertes con éxito, y su socio Bunny. Raffles (siempre me ha desagradado un poco y, considerándolo retrospectivamente, creo que ahora me desagrada más aún, a pesar de que se ajusta a las tradiciones, digamos que es una especie de Robin Hood). De todas maneras era una excepción. Nadie habría imaginado entonces que llegaría un tiempo en que las novelas de crímenes se leerían por el placer de la violencia, por un gusto sádico hacia la violencia en sí misma. Se habría pensado que la sociedad protestaría horrorizada por tales cosas, pero por lo visto la crueldad es ahora el pan nuestro de cada día. Me pregunto aún cómo *puede* ser así, teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de la gente que conozco, tanto los jóvenes como los mayores, son extraordinariamente amables y están siempre dispuestos a ayudar a otras personas y a prestar cualquier servicio. Esa minoría a la que yo llamo «los aborrecibles» es muy pequeña, pero, como todas, hace que su actuación sea más visible que la de la mayoría.

A fuerza de escribir sobre crímenes, al final te interesas por la criminología. He leído siempre con especial interés a la mayoría de

los autores que han estado en contacto con criminales, sobre todo de los que han tratado de ayudarles, buscando la forma de, como se diría antiguamente, «reformarlos» (¡me imagino que hoy en día se utilizarán términos más grandilocuentes!). No hay duda de que existe gente que al igual que Ricardo III, tal como Shakespeare nos lo presenta, diría: el mal será mi bien; quizás escogen el mal por las mismas razones que el Satán de Milton: deseaba ser grande, quería el poder, quería ser como Dios; no sentía dentro de sí el amor ni por lo tanto la humildad. Por mi experiencia de la vida cotidiana, me atrevería a decir que cuando no hay humildad *las personas se degradan*.

Uno de los placeres de escribir novelas policíacas, es que hay muchos tipos donde elegir: el relato trivial de suspense que resulta especialmente grato de narrar; la historia intrincada, cuya trama es técnicamente interesante y requiere mucho trabajo, pero que es siempre gratificante, y luego las que describiría como historias policíacas con pasiones subterráneas que ayudarán a salvar al inocente. Porque quien importa es el *inocente*, no el *culpable*.

No quiero juzgar a los asesinos, pero creo que son un mal para la comunidad; no tienen más que odio y de él sacan todo lo que pueden. Estoy dispuesta a creer que, en cierta forma, les han empujado a ello, que han nacido con alguna deficiencia por la cual, quizás, deberíamos compadecerlos, pero incluso en ese caso, no tienen excusa como tampoco la tendría un hombre que se escapara de una ciudad medieval azotada por la peste, para mezclarse con niños, sanos e inocentes, de la ciudad vecina. Hay que proteger al *inocente*, pues tiene derecho a vivir en paz y amor con sus vecinos.

Me asusta la falta de interés por el inocente. Cuando se lee la noticia de un asesinato, nadie se horroriza ante la escena en la que, por ejemplo, la débil anciana del estanco se vuelve para alcanzar un paquete de cigarrillos para el joven ladrón y es golpeada hasta morir. A nadie le preocupa su dolor, su terror ni su piadosa inconsciencia final. No se considera la agonía de la *víctima*, sólo apena la juventud del asesino.

¿Por qué no ejecutarlo? En este país hemos acabado con los lobos, no hemos intentado enseñar al lobo a convivir con el cordero (dudo que hubiéramos podido hacerlo). Hemos dado caza al jabalí en las montañas antes de que bajara y matara a los niños junto al

arroyo. Eran nuestros enemigos y los hemos matado.

¿Qué hacer con los corrompidos por la crueldad y el odio y para los cuales la vida de los demás no significa nada? A menudo son personas de buena familia, con grandes oportunidades y buena educación, que son unos *malvados*. ¿Tiene cura la perversión? ¿Qué hacer con un asesino? Desde luego condenarlos a cadena perpetua, no; es mucho más cruel que el vaso de cicuta de la antigua Grecia. Me parece que la mejor respuesta sería la deportación. Tierras desiertas, pobladas solamente por seres primitivos, donde viviera en un entorno más simple.

Hay que considerar también que lo que ahora son defectos, fueron virtudes en un tiempo. Tal vez sin la crueldad y la inclemencia el hombre habría dejado de existir, habría desaparecido. Quizás el malvado de hoy sea el triunfador del pasado. Entonces fue necesario, pero ahora además de innecesario es peligroso.

Creo que la única esperanza está en condenar a tales criaturas a realizar determinados servicios en beneficio de la comunidad; que un criminal pudiera elegir, por ejemplo, entre el vaso de cicuta u ofrecerse para la experimentación científica. Hay muchos campos de investigación, especialmente en la medicina, en los que el ser humano es absolutamente necesario porque los animales no sirven. A veces son los mismos científicos los que arriesgan su vida, pero podría haber cobayas humanas que se prestaran a estos experimentos durante un cierto tiempo; a los que sobrevivieran se les consideraría redimidos y volverían entre los hombres libres sin la marca de Caín en la frente.

Puede que esto no variara en nada sus vidas, quizá dirían: «Bueno, he tenido buena suerte, me he librado de lo peor». Pero, de todos modos, el hecho de que la sociedad quede en deuda con ellos establecería sin duda alguna diferencia. Aunque nunca hay que concebir grandes esperanzas, conviene confiar un poco. La oportunidad de hacer algo meritorio y de eludir la recompensa merecida, tal vez les impulse a empezar de nuevo. ¿Por qué no? A lo mejor se sienten orgullosos de sí mismos.

En caso negativo lo único que podemos decir es que Dios se apiade de ellos y que si no es en esta vida, en otra, sean guiados «al camino superior». Pero lo importante es el inocente, el que vive

sinceramente y sin miedo en el presente y que exige que se le proteja y se le salve del mal. *Éste* es el que importa.

A lo mejor se encuentra la forma de curar la perversidad, remendando nuestros corazones, congelándolos; quizá llegue el día en que puedan reordenar nuestros genes, cambiar nuestras células. Hay que pensar en la cantidad de subnormales que se hubieran curado regulando simplemente las alteraciones, por exceso o por defecto, de la glándula tiroides.

Da la impresión de que me he alejado mucho del tema original, la novela policíaca, pero esta digresión me ha permitido explicar por qué me interesan más las víctimas que los criminales. Cuanto más vital sea el asunto, mayor será mi indignación en su defensa y mi sentimiento de triunfo si consigo que un inocente escape del valle de las sombras.

Pero dejemos el valle de las sombras; he decidido no ordenar demasiado este libro. Me estoy haciendo vieja y no hay nada más fatigoso que volver sobre lo que has escrito y analizarlo. A lo mejor estoy hablando conmigo misma, cosa que le está permitida a un escritor. A veces voy por la calle y paso de largo ante las tiendas que era mi intención visitar o las oficinas a las que tenía que ir, hablando conmigo misma (no en voz alta, espero), moviendo los ojos expresivamente, y de repente veo que la gente me mira y se echa a un lado, pensando sin duda que estoy loca.

Bueno, supongo que es lo mismo que cuando a los cuatro años hablaba con los gatitos. En realidad aún lo sigo haciendo.

III

Tal como habíamos convenido, en el mes de marzo del año siguiente me fui a Ur. Max vino a buscarme a la estación. Me preguntaba si me sentiría cohibida; después de todo sólo habíamos estado casados durante un breve período antes de separarnos. Pero, con cierta sorpresa por mi parte, fue como si nos hubiéramos separado el día antes. Max me había escrito cartas larguísimas y estaba tan informada del progreso arqueológico de la excavación de ese año como cualquier lego en la materia. Antes de ir a casa pasé unos días en la expedición. Len y Katharine me recibieron efusivamente, pero Max me condujo en seguida a la excavación.

Tuvimos mala suerte con el tiempo; cuando llegamos había estallado una tormenta de arena. Me di cuenta entonces de que a Max no le molestaba la arena en los ojos. Mientras que yo me tambaleaba cegada por el viento, él, con los ojos aparentemente abiertos, me señalaba esta o aquella característica. Mi primera intención fue refugiarme en la casa, pero resistí valientemente porque, a pesar de la incomodidad, me interesaba mucho ver todo aquello sobre lo que Max me había escrito.

Al terminar la expedición de la temporada, decidimos regresar a través de Persia. Había una pequeña línea aérea alemana que justamente iniciaba por aquel entonces el trayecto Bagdad-Persia y la utilizamos. El avión era monomotor, con un solo piloto. Nos sentíamos en plena aventura y en realidad lo *fue*, pues daba la impresión de que nos estrellaríamos en cualquier momento contra los picos de las montañas.

La primera escala fue Hamadan, la segunda Teherán.

De Teherán volamos a Shiraz, que me pareció hermosísima, como una enorme esmeralda verde oscuro en el gran desierto de verdes y marrones. Después, a medida que nos aproximábamos, la esmeralda se fue haciendo más y más intensa y al final, cuando descendimos del avión, vimos una ciudad verde, un oasis de palmeras y jardines. No me había percatado de la gran extensión desértica que había en Persia, pero ahora entendía por qué los persas aprecian tanto los jardines: por lo difícil que resulta tenerlos. La casa en que vivimos era muy hermosa. Años más tarde, cuando visitamos Shiraz por segunda vez, la busqué pero no la encontré. En cambio la tercera vez tuve éxito; la reconocí porque en el techo y paredes de una de las habitaciones habían pintado varios medallones, uno de los cuales representaba el viaducto de Holborn. Al parecer, un sha que vivió en tiempos de la reina Victoria, tras visitar Londres, envió a un artista con el encargo de pintar determinadas escenas. Muchos años después, allí continuaba el viaducto de Holborn, un tanto estropeado por la acción del tiempo. La casa estaba medio en ruinas y ya no vivía nadie en ella, pero todavía era hermosa aunque había que andar con ciertas precauciones. La utilicé como marco para un relato breve titulado *La casa de Sbiraz* (véase *Parker Pine investiga*).

De Shiraz fuimos, en automóvil, a Isfahan. Era un largo viaje por un camino desigual que atravesaba todo el desierto donde, de vez en cuando, aparecía algún villorrio. Pasamos la noche en una posada harto primitiva y para dormir sacamos del coche una alfombra que tendimos sobre una tabla desnuda; nos atendió un hombre con aspecto de bandido, ayudado por algunos campesinos con la misma apariencia de rufianes.

Pasamos una noche horrible. Es increíble lo dura que resulta una tabla para dormir; no se hace uno a la idea de lo que duelen las caderas, los codos y los hombros al cabo de unas horas. Recuerdo que una vez, en un hotel de Bagdad, no podía dormir y me puse a investigar; descubrí que habían puesto una tabla gruesa bajo el colchón para evitar que los muelles se hundieran. Un empleado del hotel me explicó que la última persona que había ocupado la habitación había sido una dama iraquí a quien la blandura del colchón le molestaba, así que habían puesto la tabla para que pudiera descansar.

Reanudamos nuestro viaje y llegamos, bastante cansados, a Isfahan que desde entonces ha sido para mí la ciudad más maravillosa del mundo. Nunca había visto nada tan extraordinario como aquellos edificios que parecían arrancados de un cuento de hadas —rosas, azules, dorados, con flores, pájaros, arabescos— y por todas partes espléndidos azulejos de colores. Era una ciudad encantada. Después de esta primera visita, no volví hasta pasados veinte años. Me horrorizaba volver, pues pensaba que habría cambiado mucho. Pero por fortuna no era cierto. Naturalmente, había calles y tiendas más modernas, pero los nobles edificios islámicos, los patios, los azulejos y las fuentes aún estaban allí. La gente era menos fanática que antes y se podían visitar algunas mezquitas que antes eran inaccesibles.

Decidimos continuar el viaje de regreso por Rusia, si no nos resultaba demasiado difícil arreglar los pasaportes, visados, dinero, etc. Con este fin nos dirigimos al Banco del Irán, que era un edificio tan imponente que más que un establecimiento financiero parecía un palacio; después de atravesar algunos corredores y llegar a una gran antecámara en la que había varias fuentes, se veía a lo lejos un mostrador tras el cual unos jóvenes, elegantemente vestidos a la europea, hacían anotaciones en unos enormes libros. Pero, por lo que he podido ver, en Oriente Medio los negocios nunca se hacen en el mostrador de un Banco. Te llevan ante un director, un subdirector o por lo menos ante alguien que lo parezca.

Un empleado llama a uno de los botones que andan por allí, con actitudes y trajes muy pintorescos, nos invita a acomodamos en algún enorme diván de cuero y desaparece. Más tarde, regresa indicándonos que le sigamos y nos conduce por una magníficas escaleras de mármol a lo que parece la puerta sagrada. Nuestro guía llama a la puerta, entra él solo y sale de nuevo con el rostro sonriente, encantado de que hayamos pasado la prueba con éxito.

Se entra en la habitación con la sensación de ser poco menos que un príncipe etíope.

Un hombre encantador, generalmente bastante grueso, sale a nuestro encuentro y nos saluda con su perfecto inglés o francés, nos invita a sentarnos y nos ofrece té o café; nos pregunta cuándo hemos llegado, si nos gusta Teherán, de dónde venimos y al final, casi como por casualidad, se plantea qué es lo que deseas; contestas

que cheques de viajero. Entonces agita una campanilla que tiene sobre el escritorio y entra otro mensajero al que se le indica: «El señor Ibrahim». Traen más café y se sigue hablando de viajes, de política general y de lo buena o mala que ha sido la cosecha.

En ese momento llega el señor Ibrahim, que llevará un traje europeo castaño rojizo y tendrá unos treinta años. El director le explicará nuestras pretensiones y nosotros le diremos en qué moneda deseamos que se realice el pago. Sacará entonces seis o más formularios distintos para que los firmemos; el señor Ibrahim desaparecerá y se producirá otro largo intervalo.

Fue entonces cuando Max comentó la posibilidad de ir a Rusia. El director suspiró y levantó las manos.

—Tendrán dificultades —dijo.

—Sí —contestó Max—, esperaba que las hubiera, pero seguramente no será imposible, porque no creo que haya obstáculos reales para cruzar la frontera, ¿no es así?

—Me parece que en la actualidad no tienen ustedes representación diplomática. No hay ningún consulado inglés.

Max dijo que ya lo sabía, pero que eso no significaba que les estuviera prohibido a los ingleses entrar en el país.

—No, no hay ninguna prohibición, en absoluto. Naturalmente, tendrán que llevarse algún dinero.

Max replicó que ya se lo imaginaba.

—Y ninguna transacción financiera que realice con nosotros será legal —dijo el director con tristeza.

Aquello me alarmó un poco. Desde luego Max no era un novato y conocía la forma que tienen los orientales de hacer negocios, pero yo no y me parecía muy raro que un Banco realizara una transacción financiera que fuera ilegal.

—Ya saben ustedes —nos explicó el director— que se pasan el tiempo cambiando las leyes y que se contradicen unas a otras. Una ley dice que usted no puede sacar dinero de una forma determinada y en cambio otra dice que la única forma en que puede sacarlo es ésa, así que, ¿qué se puede hacer? Lo que a uno le parece más oportuno en cada momento. Les digo esto —añadió— para que comprendan de antemano que aunque arregle la transacción y obtenga el tipo de moneda más adecuado, puede que todo sea ilegal.

Max le contestó que había entendido perfectamente el asunto y el director nos animó, diciéndonos que posiblemente disfrutaríamos mucho del viaje.

—Veamos, ustedes quieren ir hasta el Caspio en coche, ¿verdad? Es un recorrido magnífico. Vayan hasta Resht y desde allí a Baku en barco. El barco es ruso y no sé nada sobre él, nada en absoluto, pero la gente lo utiliza.

El tono de su voz sugería que la gente que lo tomaba desaparecía en el espacio y no se volvía a saber de ella.

—No sólo tienen que llevar dinero —nos advirtió—, también han de llevar comida. Es difícil conseguir comida en Rusia y, en cualquier caso, no hay ninguna posibilidad de comprarla en el tren de Baku a Batum. Conviene que lleven de todo.

Pasamos a discutir las reservas de hotel y otros problemas y todo parecía igualmente difícil.

En ese momento entró otro caballero con traje castaño rojizo. Era más joven que el señor Ibrahim y se llamaba señor Mahomet; traía consigo varios formularios más que Max firmó y pidió también una pequeña suma de dinero para comprar las pólizas necesarias. Se llamó a un mensajero que partió al bazar a por moneda.

El señor Ibrahim apareció de nuevo y sacó la cantidad requerida en billetes grandes, en vez de pequeños como habíamos pedido.

—¡Ah!, es que es muy difícil —dijo tristemente—, es muy difícil. Ya ve usted, unas veces tenemos un montón de billetes de un tipo y otras de otro, depende de la suerte que tengan.

En este caso era obvio que teníamos que aguantarnos con nuestra mala fortuna.

El director intentó animarnos con más café. Luego continuó:

—Es mejor que lleven a Rusia todo el dinero que puedan en *tomans* —y añadió— en Persia son ilegales, pero es lo único que podemos utilizar porque es lo único que aceptarán en el mercado.

Enviaron otro esbirro al mercado para que cambiara las monedas recién adquiridas por *tomans*. Los *tomans* resultaron ser dólares de la emperatriz María Teresa, de plata dura y terriblemente pesados.

—¿Tienen el pasaporte en regla? —nos preguntó.

—Sí.

—¿Es válido para la Unión Soviética?

Le dijimos que sí, que era válido para todos los países de Europa, la Unión Soviética inclusive.

—Entonces todo es correcto. Los visados no ofrecerán dificultad.

Todo está claro, ¿no? Contraten un coche, en el hotel se encargarán de ello, y lleven comida suficiente para tres o cuatro días; el viaje de Baku a Batum es largo.

Max dijo que quizás interrumpiríamos el viaje en Tiflis.

—¡Ah!, pregúntenlo cuando saquen los visados. No creo que sea posible.

Max se disgustó, pero lo aceptó. Nos despedimos del director y le dimos las gracias. Habían pasado dos horas y media.

Volvimos al hotel y a la monótona dieta. Pidiéramos lo que pidiéramos, el camarero decía: «Hoy hay un caviar excelente, muy bueno, muy fresco». Impacientados, al final pedíamos caviar. Era sorprendentemente barato y por muy grandes que fueran las cantidades, casi siempre costaba alrededor de cinco chelines. Sin embargo, en una ocasión nos negamos a tomarlo para desayunar.

—¿Qué tenemos para desayunar? —pregunté—. Caviar, *tres frais*[55].

—No quiero caviar. Prefiero cualquier otra cosa; ¿hay huevos, bacon?

—No hay nada más. Hay pan.

—¿Que no hay nada más?, ¿ni siquiera huevos?

—Caviar, *tres frais* —contestó el camarero con firmeza.

Así que pedimos un poco de caviar y bastante pan. La única alternativa que nos ofrecían a veces era lo que llamaban «la tourte», una especie de tarta de mermelada excesivamente dulce y pesada, pero de agradable aroma.

Le preguntamos al camarero qué comida podríamos llevarnos para el viaje. Nos recomendó el caviar y no tuvimos más remedio que coger dos enormes latas. Nos sugirió también que nos lleváramos seis patos asados, además de pan, una lata de bizcochos, botes de mermelada y una libra de té «para la máquina», nos explicó. No entendíamos que tenía que ver la máquina con aquello; —¿sería costumbre ofrecer al maquinista algo de té como regalo?—. De todas formas, cogimos el té y extracto de café.

Aquella noche después de cenar, trabamos conversación con un joven francés y su esposa. Estaba interesado en conocer nuestro

próximo viaje y de pronto agitó la cabeza horrorizado.

—*C'est impossible! C'est impossible pour Madame. Ce bateau, le bateau de Resbt à Baku, ce bateau russe, c'est infecte*! *Infecte, Madame*[56]!.

El francés es una lengua maravillosa. Hace que la palabra *infecte* suene tan perversa y obscena que casi no me atrevía a pensar en ello.

—¡No puede llevar allí a *Madame*! —insistió resueltamente.

Pero *Madame* no retrocedió.

—No creo que sea tan *infecte* como dice —comenté con Max más tarde—. De todas maneras llevamos una buena cantidad de insecticida contra chinches y demás bichos.

Cuando llegó el momento nos pusimos en marcha, cargados de tomans, con las credenciales que nos entregaron en el consulado ruso, donde se negaron rotundamente a que parásemos en Tiflis. Habíamos alquilado un buen coche y partimos.

El viaje hasta el Caspio fue delicioso. Primero subimos por colinas rocosas y peladas, pero cuando comenzamos a bajar por la otra vertiente, nos pareció que estábamos en otro mundo. Finalmente, llegamos a Resht, con tiempo cálido y lluvioso.

Cuando nos acomodaron en el *infecte* barco ruso, estábamos muy nerviosos; todo era completamente distinto de Persia e Iraq. Para empezar, el barco estaba escrupulosamente limpio, tan limpio como un hospital y desde luego lo parecía. Los pequeños camarotes tenían enormes camas de hierro, duros jergones de paja, limpias sábanas de algodón muy basto, un jarro de metal y una palangana. Los tripulantes del barco parecían robots; todos medían más de un metro ochenta, con el pelo rubio y caras impasibles. Nos trataban con cortesía pero como si en realidad no estuviéramos *allí*. Max y yo nos sentíamos como la pareja suicida de la obra *Rumbo a lo desconocido* (marido y mujer paseándose por el barco como fantasmas). Nadie nos hablaba ni nos miraba ni nos prestaba la menor atención.

Al cabo de un rato nos dimos cuenta de que iban a servir la comida en el salón. Nos dirigimos esperanzados a la puerta y echamos un vistazo. Nadie nos hizo una señal o aparentó vernos. Por fin, Max, armándose de valor, preguntó si podíamos comer algo. Quedó muy claro que no nos habían entendido. Max lo intentó

en francés, en árabe e incluso en el poco persa que sabía, pero sin resultado, hasta que por fin hizo ese gesto tan antiguo y mundialmente conocido de abrir la boca y señalar con el dedo la garganta. Inmediatamente el hombre puso dos asientos en la mesa, nos hizo sentar y nos trajeron comida. Era bastante buena aunque muy simple y muy cara.

Llegamos a Baku, donde nos esperaba un guía del Intourist. Era encantador, lo sabía todo y hablaba un francés fluido. Pensó y nos dijo, que seguramente querríamos ver una representación de *Fausto* en el teatro de la Opera. No me apetecía nada; no había ido hasta Rusia para ver una representación de *Fausto*; así que quedó en proporcionarnos otra diversión. En vez del Fausto fuimos a ver varios solares y bloques de pisos a medio construir.

Cuando bajamos del barco, el sistema fue muy sencillo. Seis maleteros, que parecían robots, avanzaron por orden de antigüedad. El guía del Intourist nos dijo que la tarifa era un rublo por bulto. Se acercaron y cada uno cogió un bulto; el más desgraciado cargó con una pesada maleta de Max llena de libros y el más afortunado sólo llevaba un paraguas, pero todos recibieron lo mismo.

El hotel resultó también muy curioso. Era una reliquia de tiempos más lujosos, supongo, pues el mobiliario era magnífico aunque anticuado. Lo habían pintado todo de blanco, con rosas y querubes esculpidos, y por alguna razón todos los muebles estaban en el centro de la habitación, como si los que habían hecho la mudanza hubieran llevado un armario, una mesa, y una cómoda y los hubieran dejado allí sin más. Ni siquiera las camas estaban apoyadas contra la pared; eran muy bonitas y muy cómodas, pero las sábanas eran de algodón barato y no cubrían el colchón.

Max pidió agua caliente para afeitarse a la mañana siguiente, pero no tuvo mucha suerte. Era lo único que sabía decir en ruso, aparte de «por favor» y «gracias». La mujer a quien se lo pidió, asintió vigorosamente con la cabeza y nos trajo un gran jarro de agua fría. Max utilizó la palabra «caliente» varias veces y trató de explicar, poniendo la navaja sobre su mejilla, para qué la necesitaba. La mujer pareció sorprendida y molesta.

—Creo —le dije— que te comportas como un aristócrata sibarita. Es mejor que lo dejes.

En Baku todo parecía como un domingo en Escocia. No había

alegría en las calles; la mayor parte de las tiendas estaban cerradas y las pocas que había abiertas tenían grandes colas, con un montón de gente esperando para llevarse artículos nada atractivos.

Nuestro amigo de Intourist fue a despedirnos a la estación. Había una cola enorme para los billetes.

—Voy a ver si consigo los que he reservado —nos dijo, y se marchó.

Nosotros fuimos avanzando poco a poco en la cola. De repente, alguien nos dio un golpecito en el brazo; era una mujer que estaba al principio de la fila y que nos sonreía abiertamente. La verdad es que todo el mundo parecía dispuesto a sonreír en cuanto hubiera algún motivo, eran la amabilidad en persona. Haciendo mucha pantomima, la mujer nos instó a que nos coláramos; como no nos gustaba hacerlo seguimos en nuestro sitio, pero todo el mundo insistió, dándonos golpecitos en el brazo o en los hombros y haciéndonos gestos con la cabeza y con las manos, hasta que un hombre nos tomó del brazo y nos hizo avanzar a la fuerza; la mujer que estaba en primer lugar se hizo a un lado y se inclinó sonriendo. Compramos los billetes para el Surchet.

El guía de Intourist regresó:

—¡Ah!, ¿ya están listos? —nos dijo.

—Esta gente nos ha dejado su sitio —le dijo Max dubitativo—. Me gustaría que les explicara que no era nuestra intención hacerlo.

—¡Ah!, pero si siempre hacen lo mismo —replicó—. La verdad es que disfrutan estando en la cola, es muy entretenido, les gusta alargarlo lo más posible. Son muy corteses siempre con los extranjeros.

Es indudable que lo eran. Cuando nos fuimos al tren nos hicieron gestos de despedida. El andén estaba lleno aunque, como vimos después, íbamos prácticamente solos en el tren. Los demás habían ido a pasar la tarde en la estación. Entramos en nuestro vagón; el guía de Intourist se despidió de nosotros y nos aseguró que llegaríamos a Batum en tres días y que todo iría bien.

—Veo que no llevan tetera —nos dijo—; bueno, cualquier mujer les prestará una.

Descubrí lo que quería decir en la primera parada que hizo el tren al cabo de unas dos horas. Una anciana que había en el compartimento me golpeó con violencia en el hombro, me mostró

una tetera y me explicó, con ayuda de un muchacho que hablaba alemán, que lo que había que hacer era poner una pizca de té dentro y luego ir hasta la locomotora, donde el maquinista echaba el agua caliente. Teníamos tazas y la mujer nos aseguró que se encargaría del resto. Volvió con humeantes tazas de té, sacamos nuestras provisiones y las ofrecimos a nuestros nuevos amigos, con lo que tuvimos un buen viaje.

La comida resultó bastante buena, es decir, que nos comimos los patos antes de que se estropearan, y el pan, que cada vez estaba más duro. Confiábamos en comprar algo más en el camino, pero por lo visto no era posible. Nos dedicamos al caviar en cuanto pudimos y el último día lo pasamos medio en ayunas, porque sólo nos quedaba el ala de un pato y dos tarros de mermelada de piña. Casi da asco la idea de comerse un tarro de mermelada así, por las buenas, pero nos calmó bastante el hambre.

Llegamos a Batum a medianoche; diluviaba. No teníamos ninguna habitación reservada en el hotel, así que salimos de la estación para adentrarnos en la noche con nuestro equipaje; ni rastro del guía de Intourist que debía recibirnos. Había un coche de caballos, desvencijado y parecido a un antiguo Victoria, esperando. Servicial como siempre, el cochero nos ayudó a subir, amontonando el equipaje sobre nosotros. Le dijimos que queríamos un hotel. Hizo un gesto con la cabeza, chascó el látigo y partimos a un trote destartalado por las calles mojadas.

Llegamos a un hotel y el cochero nos hizo señas de que entráramos nosotros primero. Pronto supimos por qué. Apenas entramos nos dijeron que no había habitaciones. Preguntamos que adónde podíamos ir, pero el hombre se limitó a mover la cabeza, sin entender. Salimos y buscamos otro; recorrimos hasta siete, pero estaban todos llenos.

En el octavo, Max dijo que había que tomar medidas, pues teníamos que dormir. Al llegar nos dejamos caer sobre un canapé de felpa que había en el vestíbulo y cuando nos dijeron que no había habitaciones, pusimos cara de no comprender nada. Al final, los recepcionistas y empleados se llevaron las manos a la cabeza y nos miraron desesperados. Seguimos con cara de no saber nada y diciendo a intervalos, en todas las lenguas en que pensábamos que nos entenderían, que queríamos una habitación para pasar la noche.

Se marcharon y poco después entró el cochero y nos dejó el equipaje, dándonos una cariñosa despedida.

—¿No crees que hemos quemado las naves? —pregunté tristemente.

—Es nuestra única esperanza —dijo Max—. Sin medio de transporte en que marcharnos y con el equipaje aquí, no tendrán más remedio que hacer algo con nosotros.

Pasaron veinte minutos y de pronto apareció un ángel salvador en forma de un hombre inmenso, de más de un metro ochenta de altura, con un imponente bigote blanco, que llevaba botas de montar y que parecía sacado de un ballet ruso; le miré admirada. Nos sonrió, nos dio unas palmaditas amistosas en el hombro y nos indicó que le siguiéramos. Subimos dos tramos de escaleras hasta llegar al último piso, abrió un escotillón que había en el tejado y colgó una escalera. No era demasiado convencional, pero no importaba; Max me llevó tras él y salimos al tejado. Sonriendo y haciendo gestos expresivos, nuestro anfitrión nos llevó hasta el tejado de la casa de al lado y finalmente bajamos por otro escotillón. Entramos en un ático grande, muy bien amueblado y con dos camas; las tocó, nos señaló a nosotros y desapareció. Al poco rato llegó nuestro equipaje, que afortunadamente no era mucho, pues habían enviado casi todo desde Bakú y, según el guía de Intourist, nos estaría esperando en Batum. Confiábamos en que así sería, pero en aquel momento lo único que queríamos era dormir.

A la mañana siguiente intentamos llegar por nuestra cuenta al barco francés que zarpaba ese día hacia Estambul y para el que teníamos billetes reservados. Se lo explicamos a nuestro anfitrión, pero no nos entendió ni él ni nadie. Salimos y buscamos la calle nosotros mismos. Nunca había advertido antes lo difícil que es encontrar el mar si no tienes algún punto alto desde donde mirar. Fuimos en una dirección, luego en otra, después en una tercera y en el intervalo preguntamos cosas como «barco» «puerto» o «muelle», en todas las lenguas que conocíamos: nadie entendía ni el francés, ni el alemán, ni el inglés. Y menos mal que conseguimos regresar al hotel.

Max dibujó un barco en un trozo de papel, y nuestro anfitrión comprendió inmediatamente: Nos llevó a una salita del primer piso, nos hizo sentar en un sofá y nos explicó por señas que le

esperáramos. Al cabo de media hora apareció de nuevo, acompañado por un hombre muy mayor, tocado con una gorra azul de visera, que nos habló en francés. Al parecer este anciano había sido portero del hotel hacía tiempo y algunas veces se ocupaba aún de los visitantes. Nos dijo que nos conduciría al barco y llevaría allí nuestro equipaje.

Primero teníamos que reclamar el resto del equipaje que debería haber llegado procedente de Bakú. El anciano nos condujo sin vacilar a lo que claramente era una prisión, nos llevó con todas nuestras pertenencias a una celda con gruesos barrotes y nos sentamos gravemente en medio. El anciano recogió todo y nos fuimos al puerto. No hacía más que quejarse y ponernos nerviosos, pues de ninguna manera queríamos criticar al gobierno, en un país en el que no teníamos un cónsul que nos sacara del lío.

Intentamos que hablara más bajo, pero no hubo forma.

—¡Ah!, las cosas no son como eran —dijo—. ¿Ustedes qué opinan? ¿Ven el abrigo que llevo? No está mal, pero no me pertenece. No, es del gobierno. Antes yo no tenía un abrigo, sino cuatro. Tal vez no fueran tan buenos como éste, pero eran míos. Cuatro abrigos: uno de invierno, otro de verano, un impermeable y uno de gala. ¡Tenía cuatro abrigos!

Por fin bajó un poco el tono de voz y nos dijo:

—Está absolutamente prohibido dar ninguna propina al servicio, así que si pensaban darme algo, será mejor que lo hagan mientras pasamos por esta calleja.

Una indirecta tan clara no podía pasar desapercibida y como sus servicios habían sido muy valiosos, le dimos una suma generosa. Manifestó su aprobación, protestó una vez más del gobierno y señaló hacia los muelles con un orgulloso ademán; allí nos esperaba el elegante barco de Messageries Maritimes.

El viaje por el mar Negro fue encantador. Lo que más se me ha quedado grabado es que en el puerto de Inebolu subieron a bordo ocho o diez oseznos marrones. Oí decir que los llevaban a un zoológico de Marsella; me dieron pena: parecían deliciosos ositos de peluche. La verdad es que su destino podía haber sido peor aún, cazados y disecados o algo igualmente desagradable. Por lo menos así tuvieron un agradable viaje por el mar. Me río aún al recordar a un robusto marinero francés que, uno tras otro, les daba el biberón

a los oseznos con mucha solemnidad.

IV

El suceso más, importante del viaje fue mi visita al doctor Campbell-Thompson y señora, con los que pasé un fin de semana, para que juzgaran si podía ir a Nínive. Max estaba ya prácticamente elegido para ir con ellos a las excavaciones durante el otoño e invierno siguientes; aunque a los Woolley no les había gustado que dejara Ur, estaba decidido a cambiar.

C.T., que era como le conocía todo el mundo, hacía pasar a la gente por determinadas pruebas. Una de ellas era una excursión campo a través. Cuando había alguien que, como yo, pasaba unos días con ellos, aprovechaba el peor de todos para hacer una excursión. Tomaba nota de los zapatos que se llevaban; si se cansaba uno o no, si le resultaba agradable abrirse paso entre los setos al atravesar el bosque. Como tenía mucha práctica en este tipo de excursiones, gracias a mis paseos por Dartmoor, pasé la prueba con éxito. El terreno escabroso no me asustaba, en cambio me alegré de que no fuéramos por terrenos de labranza que son agotadores.

La prueba siguiente consistió en averiguar si era muy exigente en cuanto a comidas. C.T. pudo constatar que era capaz de comer lo que fuera, cosa que le agradó. Le gustaban mucho mis novelas, así que estaba bastante predispuesto en favor mío; al final decidieron que encajaba en el ambiente de Nínive y se confirmaron los últimos detalles. Max iría a finales de septiembre y yo me reuniría con él a finales de octubre.

Mi plan era pasar algunas semanas escribiendo y descansando en Rodas, y luego embarcarme hasta Alexandretta, donde conocía al cónsul británico. Alquilaría un coche para ir a Aleppo, cogería el tren a Nisibin en la frontera turco-iraquí y de allí a Mosul tendría

ocho horas de coche.

Era un buen plan y acordé con Max que iría a buscarme a Mosul, pero en Oriente Medio las cosas no siempre suceden como se han previsto. El Mediterráneo, aunque no lo parezca, también se encrespa a veces y recuerdo que incluso, después de haber entrado en el puerto de Mersin, las olas eran muy altas; me tumbé en mi litera, gimiendo. El camarero italiano se compadecía de mí y se disgustaba porque no quería probar bocado. De vez en cuando asomaba la cabeza e intentaba convencerme para que comiera alguno de los platos del menú del día.

—Le traigo unos espaguetis magníficos. Están muy buenos y la salsa de tomate es deliciosa. Le gustará mucho.

—¡Oh! —gemía, pues el solo pensamiento de los espaguetis grasientos con tomate me daba ganas de vomitar.

Más tarde volvía otra vez:

—Ahora sí que traigo algo que le gustará. Hojas de parra con aceite de oliva, rellenas con arroz. Muy bueno.

Más gemidos por mi parte. Una vez me trajo un plato de sopa, pero la capa de grasa que la cubría me mareó más aún.

Al aproximamos a Alexandretta, me las arreglé para vestirme, preparar mis cosas y, aunque algo tambaleante, subir a cubierta donde el aire fresco me hizo revivir. Me quedé allí un rato, algo reconfortada por la brisa fría y cortante. Me dijeron que fuera a la cabina del capitán, quien me informó que el barco no entraría en Alexandretta.

—El mar está demasiado encrespado —me dijo— y no es fácil llegar a tierra.

Era una situación bastante grave pues al parecer ni siquiera podía comunicarme con el cónsul.

—¿Y qué voy a hacer? —pregunté. El capitán se encogió de hombros.

—Continuar hasta Beirut; no hay más remedio —contestó sin darle importancia.

Me sentí desfallecer pues Beirut estaba en dirección opuesta, pero no había más remedio que aguantarse.

—No le cobraremos nada —dijo el capitán, tratando de darme ánimos—. Ya que no podemos desembarcarla aquí, lo haremos en el puerto siguiente.

Cuando llegamos a Beirut el mar estaba algo más calmado, pero fuerte aún. Me dejaron en un tren terriblemente lento, qué me llevó a Aleppo. Si mal no recuerdo, tardó por lo menos dieciséis horas. No tenía ningún servicio y en las estaciones en las que paraba tampoco se sabía si lo había o no, así que tuve que aguantarme durante las dieciséis horas; afortunadamente me sé controlar muy bien en este sentido.

Al día siguiente cogí el Orient Express hasta Tel Kochek, que en aquel entonces era la terminal del ferrocarril Berlín-Bagdad. Allí siguió la mala suerte. Habían tenido un tiempo tan malo que el camino que iba a Mosul había desaparecido en dos puntos y además la mayoría de los vados estaban inundados. Tuve que quedarme dos días en la posada, un lugar muy primitivo en el que no había nada que hacer y en el que la comida era siempre la misma: huevos fritos y pollo (bastante duro). Deambulé por los alrededores, me adentré un poco en el desierto, leí el único libro que tenía y después me dediqué a pensar pues ya no me quedaba otra cosa que hacer.

Por fin llegué a la posada de Mosul. Las noticias habían llegado hasta allí misteriosamente, pues Max me estaba esperando en la escalera.

—¿Te has preocupado mucho al ver que me retrasaba tres días? —le pregunté.

—¡Oh, no! —me contestó—. Ocurre a menudo.

Partimos hacia la casa que los Campbell-Thompson habían alquilado, próxima al gran túmulo de Nínive. Estaba como a dos kilómetros y medio de Mosul, en conjunto era muy agradable y siempre la recordaré con afecto. El tejado era una amplia terraza en la que había una habitación en forma de cubo, con un bonito pórtico de mármol. Max y yo teníamos un cuarto en el piso alto, casi sin muebles pues la mayoría eran cajas de naranjas, y con dos camas de campaña. La casa estaba rodeada de rosales que cuando llegamos estaban cuajados de capullos rosados. «Mañana por la mañana —pensé— las rosas se habrán abierto; estarán preciosas». Pues no; a la mañana siguiente, sólo había capullos. Me sorprendió mucho este fenómeno de la naturaleza —no florecían de noche como la flor del cacto—, pero la verdad era bien distinta: las rosas se desarrollaban normalmente y a eso de las cuatro de la mañana los jardineros las arrancaban según se iban abriendo. Al amanecer

sólo quedaban los nuevos capullos.

El trabajo de Max exigía que montase a caballo y aunque no creo que por aquel entonces tuviera mucha práctica insistía en que antes de venir había practicado en un picadero de Londres. No habría estado tan tranquilo si se hubiese dado cuenta de que la pasión de C.T. era la economía; aunque para ciertas cosas era un hombre generoso, pagaba a sus empleados lo menos posible. Una de sus economías consistía en no pagar nunca mucho por un caballo, por lo que los animales que compraba tenían a menudo alguna característica desagradable que permanecía oculta hasta que su propietario había hecho efectiva la compra. Por lo general se encabritaban, corcoveaban, respingaban o cualquier cosa por el estilo. El de mi marido no era una excepción y montarlo todos los días por un camino resbaladizo y embarrado, hasta subir al túmulo, resultaba una prueba de fuego, especialmente cuando Max lo hacía con aire de total despreocupación. Afortunadamente todo fue bien y nunca sufrió una caída, que hubiera sido lo peor.

—Recuerde —le había dicho C.T. antes de partir de Inglaterra que caerse del caballo significa que los trabajadores le pierdan el respeto.

El ritual comenzaba a las cinco de la madrugada; C.T. y Max se reunían en el tejado y, después de una deliberación, hacían una señal con la lámpara al vigilante que estaba en la cima del túmulo; el mensaje indicaba si el tiempo permitía continuar el trabajo. Como estábamos en otoño, la estación de las lluvias, este asunto era importante, ya que la mayoría de los trabajadores vivían bastante lejos y esperaban la señal luminosa para saber si tenían que acudir o no. En su momento Max y C.T. partían a caballo hacia la excavación.

Bárbara Campbell-Thompson y yo subíamos andando hasta el túmulo hacia las ocho de la mañana y allí desayunábamos todos juntos: huevos duros, té y pan. En octubre resultaba muy agradable, pero en otros meses el frío era helador y teníamos que abrigarnos bien. El paisaje circundante era magnífico: colinas y montañas a lo lejos, el amenazador Jebel Maqlub y a veces las montañas del Kurdistán cubiertas de nieve. Mirando hacia el otro lado, se veía el Tigris y la ciudad de Mosul con sus minaretes. Volvíamos a la casa y después subíamos de nuevo para tomar otra comida campestre.

Un día discutí con C.T.; él se rindió cortésmente, pero creo que perdí algo de su estimación. Quería comprar, yo sola, una mesa en el mercado. No me importaba guardar la ropa en cajas de naranjas, ni utilizarlas para sentarme o como mesilla de noche, pero si quería trabajar, debía tener una mesa sólida en la que escribir cómodamente a máquina y meter las piernas por debajo. C.T. no tenía por qué pagarla —era yo quien la iba a comprar—, pero lo que no le parecía bien era que me gastara el dinero en algo que no era absolutamente necesario. Para mí, si lo *era*.

Como indiqué claramente, mi trabajo era escribir libros y para ello necesitaba algunas herramientas: una máquina y una mesa. C.T. cedió, pero se quedó un poco triste. Además, insistí en que fuera sólida; no un trasto con cuatro patas que se deshiciera en cuanto lo tocaras, así que me salió por diez libras —una suma inaudita—. Creo que tardó más de quince días en perdonarme esta extravagancia. Yo en cambio me sentí muy feliz cuando la conseguí y C.T. empezó a interesarse por mi trabajo. El libro en cuestión era *La muerte de Lord Edgware* y cuando en una tumba del túmulo se descubrió un esqueleto, le bautizamos Lord Edgware.

El motivo por el que Max quiso venir a Nínive era el de excavar un profundo foso en el túmulo. C.T. no estaba muy entusiasmado, pero habían convenido de antemano que Max lo intentaría. La prehistoria se había puesto de moda entre los arqueólogos; por aquel entonces casi todas las excavaciones eran históricas, hasta que todo el mundo se interesó apasionadamente por las civilizaciones prehistóricas de las que, incluso ahora, sabemos tan poco.

Examinaron pequeños monumentos funerarios por todo el país, recogieron fragmentos de cerámica pintada, fueran de donde fueran, los rotularon, los guardaron en sacos y estudiaron los modelos. Era apasionante. ¡Tan viejo y sin embargo tan nuevo!

Como cuando se hicieron estas vasijas aún no se había inventado la escritura, era muy difícil precisar su fecha o especificar qué tipo de cerámica precedía o seguía al otro. En Ur, Woolley había realizado excavaciones a niveles más bajos que los que se estiman corresponden a la época del diluvio y la cerámica pintada de Tell Ubaid había sido objeto de muchas especulaciones. A Max le había dado tan fuerte como a los otros y, sin duda, los resultados de nuestra investigación en Nínive fueron muy excitantes, pues pronto

se hizo evidente que el enorme túmulo, de unos doscientos setenta metros de altura, era prehistórico en sus tres cuartas partes, cosa que no se había sospechado. Solamente los niveles superiores eran asirios.

Al cabo de cierto tiempo, el profundo foso abierto se convirtió en algo aterrador, ya que excavaron doscientos metros y pico en terreno virgen; al final de la temporada casi se había terminado. C.T., que era un hombre valiente, bajaba por lo menos una vez al día con los obreros a pesar de lo mal que lo pasaba pues sufría vértigo. A Max en cambio las alturas no le afectaban y se lo pasaba bien yendo arriba y abajo. Los trabajadores, como todos los árabes, no conocían el vértigo; subían y bajaban con toda rapidez por la rampa en espiral, que por las mañanas estaba húmeda y resbaladiza, se arrojaban cestos unos a otros, acarreaban la tierra y jugaban a empujarse y adelantarse apenas a un palmo del borde.

—¡Oh, Dios mío! —exclamaba C.T. a menudo, sujetándose la cabeza con las manos, incapaz de mirar hacia abajo—. Un día se matará alguien.

Pero nadie se mató. Pisaban con tanta seguridad como las mulas. En uno de nuestros días libres decidimos alquilar un coche e ir a la búsqueda del gran túmulo de Nimrud, que había, sido excavado unos cien años antes por Layard. Fue difícil llegar hasta allí, pues las carreteras estaban en muy mal estado y tuvimos que hacer la mayor parte del recorrido campo a través; además, la mayoría de *wadis* y las acequias estaban intransitables. Pero al final llegamos y comimos allí mismo. Era un lugar maravilloso. El Tigris estaba a un par de kilómetros y los grandes bustos de piedra asirios se erguían en el suelo, sobre el gran túmulo de la Acrópolis; y en otro sitio había un ala gigantesca perteneciente a un gran genio. Era una zona espectacular, pacífica, romántica, impregnada del pasado.

Recuerdo que Max dijo:

—Me encantaría excavar aquí; habría que hacerlo a gran escala e invertir mucho dinero, pero si yo pudiera, éste sería el túmulo que escogería —suspiró—. ¡Oh, bueno!, supongo que nunca sucederá.

Tengo ante mí el libro de Max: Nimrud y sus ruinas. Me ha hecho muy feliz que sus deseos se cumplieran y que Nimrud haya despertado de su sueño de siglos. Layard comenzó el trabajo, mi marido lo terminó.

Descubrió sus secretos más profundos: el gran fuerte de Shalmaneser que está fuera de los límites de la ciudad; los otros palacios que se encuentran en distintas partes del montículo. La historia de Calah, capital militar de Asiria, ha quedado al descubierto. Nimrud es ahora conocida por lo que fue y, además, por los maravillosos objetos que jamás artesano —o mejor dicho, artista— alguno ha hecho, y que se han enviado a todos los museos del mundo. Figuras de marfil delicada y exquisitamente labradas, tales son esos maravillosos objetos.

Recuerdo que limpié muchos; como cualquier profesional, tenía mis herramientas favoritas: un palo de naranjo o una aguja de punta muy fina —una temporada utilicé un instrumento que me prestó, mejor dicho, me regaló un dentista— y un tarro de crema facial que, en mi opinión, es lo que resulta más útil para quitar suavemente la tierra y el polvo de las grietas sin dañar las frágiles figuras de marfil. La verdad es que me entusiasmé tanto utilizándola, que al cabo de dos semanas no quedaba ni una pizca para mi pobre cara.

Era apasionante; se necesitaba mucha paciencia, mucho cuidado, delicadeza en el trato. Uno de los días más emocionantes de mi vida fue cuando los obreros, que estaban limpiando un pozo asirio, entraron en tromba en la casa gritando: «¡Hemos encontrado una mujer en el pozo! ¡Hay una mujer en el pozo!» Y trajeron en un trozo de saco una gran masa de barro.

Tuve el gusto de ir quitado el barro en una tina; poco a poco surgió la cabeza, que el fango había protegido durante unos 2.500 años. Allí estaba, era la cabeza de marfil más grande que se había encontrado, con un color ligeramente bronceado, el pelo negro y los labios suavemente coloreados, con la enigmática sonrisa de las doncellas de la Acrópolis. La Dama del Pozo —la Mona Lisa, como insiste en llamarla el director iraquí de antigüedades— se encuentra ahora en el nuevo museo de Bagdad; es una de las piezas mejores que se han encontrado.

Había muchas otras figuras de marfil, algunas incluso de mayor belleza que el busto, pero no tan espectaculares. Había también placas con unas vacas mirando a sus terneros mientras los amamantan; damas de marfil asomadas a la ventana, observándolo todo, como sin duda lo haría la malvada Jezabel, y dos placas

iguales maravillosas, en las que una leona atacaba a un negro; el hombre estaba tumbado, con un taparrabos dorado y puntos dorados en el pelo; y con la cabeza levantada, como extasiado ante la figura de la leona que se precipitaba sobre él para matarle; como fondo, el follaje del jardín hecho con lapislázuli, cornalina y oro. Fue una suerte que hubiera dos de estos ejemplares; uno está ahora en el Museo Británico y el otro en Bagdad.

Cuando se ven las maravillas que el hombre hace con sus propias manos, se siente uno orgulloso de pertenecer a la raza humana, a la raza de estos creadores. Seguro que participan en cierta forma de la santidad del Creador, que ha hecho el mundo y todo lo que está en él y que vio que era bueno. Pero dejó cosas por hacer, cosas que el hombre debía tallar con sus manos, y lo hizo para que siguieran sus pasos, ya que están hechos a su imagen y semejanza, y para que vieran lo que hacían y vieran que era bueno.

El orgullo que produce crear algo es extraordinario. Incluso el carpintero que una vez hizo un espantoso toallero de madera para una de las casas de la expedición, tenía espíritu creativo. Cuando se le preguntó *por qué*, en contra de las órdenes que se le habían dado, le había puesto unos pies tan enormes, contestó en tono acusador:

—¡*Tenía* que hacerlo así para que quedara bonito!

A nosotros nos parecía horrible, pero para él era maravilloso y lo hizo con espíritu de creación *porque* era maravilloso.

El hombre puede ser un demonio, mucho más malvado de lo que sus hermanos los animales serían nunca, pero también puede elevarse a los cielos en el éxtasis de la creación. Las catedrales de Inglaterra son monumentos que se yerguen como reconocimiento del hombre a lo que es superior a él. Me gusta ese rosetón de la época Tudor —creo que está en uno de los capiteles de la Kings College Chapel de Cambridge— en el que el artista, en contra de las órdenes recibidas, esculpió el rostro de la Virgen en el centro, porque pensaba que los reyes de la casa Tudor recibían demasiadas muestras de veneración y, en cambio, el Creador, para cuya adoración se había levantado el monumento, no tenía los honores que merecía.

Ésta sería la última temporada del doctor CampbeIl-Thompson. Era, ante todo, un epigrafista y le interesaba mucho más la palabra escrita, la historia escrita, que el aspecto arqueológico de las

excavaciones. Como todos los epigrafistas, esperaba siempre encontrar un montón de tablillas.

Se habían hecho tantas excavaciones en Nínive, que era difícil hacerse una idea de todas las edificaciones. Para Max, los palacios no ofrecían ningún interés especial: lo que realmente le atraía era estudiar el período prehistórico, porque apenas se sabía nada de él.

Tenía ya el plan, que me pareció apasionante, de excavar por su cuenta y en esta zona un pequeño túmulo. Tenía que ser pequeño porque era difícil conseguir una suma importante de dinero, pero pensaba que era factible y, lo que es más importante, que debía hacerse. Así que, a medida que pasaba el tiempo, aumentaba su interés por el avance de la excavación hacia terreno virgen. Cuando se llegó a ello, la base la formaba una pequeña franja de terreno de unos pocos metros de ancho, en la que se encontraron algunos restos —no muchos, por lo pequeño del sitio— que pertenecían a un período distinto al de los encontrados más arriba. Se hizo entonces una nueva clasificación, empezando por abajo: Ninevite 1, el más cercano al suelo virgen, luego Ninevite 2, Ninevite 3, Ninevite 4 y Ninevite 5. En este último período se utilizaba el torno para hacer la cerámica, las vasijas eran muy bonitas y las había de dos tipos, pintadas y grabadas; eran característicos también los recipientes en forma de cáliz, con unos motivos pintados vigorosos y encantadores. Sin embargo, la cerámica en sí —la textura— no era de calidad tan fina como la que se había hecho tal vez varios cientos de años antes, esa maravillosa cerámica de suave color melocotón, de tacto similar al de la griega, con una superficie lisa y barnizada y decorada principalmente a base de dibujos geométricos, en especial puntos. Según Max, se parecía a la encontrada en Tell Halaf, en Siria, que siempre se había creído que era muy posterior; en cualquier caso, ésta era de mejor calidad.

Consiguió que los obreros le trajeran de sus aldeas, en un radio de unos doce kilómetros, trozos de cerámica. En algunos sitios eran del tipo de finales del período Ninevite 5 y, además de los modelos pintados, había otro, delicioso, tallado con gran delicadeza. Había también vasijas rotas, de un período anterior, y grises, ambas lisas y sin pintar.

Era evidente que alguna de estas pequeñas zonas que cubrían el terreno hasta llegar a las montañas, habían sido abandonadas muy

pronto, antes de que se utilizase el torno: la cerámica estaba hecha a mano. Había en especial un túmulo muy pequeño, denominado Arpachiyah, que estaba tan sólo a unos seis kilómetros al este del gran círculo de Nínive, en el que apenas si apareció ningún resto que no fuera posterior al de los fragmentos pintados de Ninevite 2. Al parecer ése fue su último período importante de ocupación.

A Max le atraía mucho; le animé, porque pensaba que era una cerámica tan maravillosa que sería muy interesante descubrir algo sobre ella. «Será una empresa arriesgada», dijo Max. Sin duda había sido una aldea muy pequeña y no muy importante, así que no estaba muy claro que fuéramos a encontrar nada. Pero aún así, la gente que hizo esos objetos seguro que vivió allí; quizá sus casas fueran primitivas, pero no su cerámica que era de una gran calidad. No pudieron hacerla para la gran ciudad de Nínive que estaba cerca, como hoy lo hacen en Swansea o Wedgwood, porque cuando ellos moldeaban la arcilla, Nínive no existía. Aún tendrían que pasar cientos de años para que naciera. De modo que, ¿para qué la hicieron? ¿Por el puro placer de crear algo tan hermoso?

Naturalmente, C.T. pensaba que Max se equivocaba al conceder tanta importancia a la época prehistórica y armar tanta bulla en torno a la cerámica. Lo único que importaba, decía, era la historia escrita; que el hombre nos contara los hechos, pero no con palabras sino por escrito. Ambos tenían razón en un sentido: C.T. porque no hay duda, de que la historia escrita es especialmente reveladora y Max porque descubrir algo nuevo sobre el hombre supone utilizar todo lo que éste nos haya contado, en este caso, mediante los objetos hechos con sus propias manos. Y yo también tenía razón cuando advertí que la cerámica de esta pequeña aldea era maravillosa. Y creo que estaba en lo cierto al preguntarme a mí misma continuamente: ¿por qué?, ya que para la gente como yo, preguntarse el porqué es lo que hace interesante la vida.

Mi primera experiencia de vivir en una excavación me había satisfecho enormemente. Me había gustado Mosul; me había sentido muy unida a C.T. y a Bárbara y además había matado a Lord Edgware y desenmascarado a su asesino. En una visita que hice a C.T. y a su esposa, les leí el manuscrito entero y les encantó. Creo que fueron las únicas personas a las que he leído un manuscrito, a excepción de mi familia.

Cuando en febrero del año siguiente, Max y yo volvimos a Mosul, apenas si podía creerlo; esta vez nos quedamos en una casa de huéspedes. Comenzaron las gestiones, para realizar excavaciones en nuestra pequeña zona del túmulo, Arpachiyah; el pequeño Arpachiyah de quien nadie sabía nada ni se había preocupado jamás, pero que llegaría a ser un nombre familiar para los arqueólogos. Max había convencido a John Rase, que trabajaba como arquitecto en Ur, para que viniera con nosotros. Era muy amigo nuestro: un proyectista maravilloso, muy tranquilo al hablar y con un humor suave que encontraba irresistible. Al principio John no estaba muy decidido a venir con nosotros; no quería regresar a Ur, pero dudaba entre continuar con la arqueología o volver a la arquitectura. Sin embargo, tal como Max le indicó, no sería una expedición muy larga —a lo sumo dos meses— y probablemente no habría mucho que hacer.

—En realidad —le dijo persuasivamente—, considéralo como unas vacaciones. Es la mejor época del año, con flores, buen tiempo, no hay tormentas de arena como en Ur, montañas y colinas. Lo pasarás muy bien. Será un descanso para ti.

Y John se convenció.

—De todos modos, es una empresa arriesgada —dijo Max.

Era una época difícil para él, pues estaba al comienzo de su carrera; había hecho esta elección y de su resultado dependía su éxito o su fracaso.

Empezó todo fatal. De entrada, el tiempo fue horrible; diluviaba y era prácticamente imposible ir a ninguna parte en coche; comprobamos además que era increíblemente difícil averiguar a quién pertenecía la tierra que nos proponíamos excavar. El tema de la propiedad de la tierra en el Oriente Medio está lleno de dificultades. Si se encuentran muy lejos de las ciudades, los terrenos están bajo la jurisdicción de un sheikh y entonces se pueden hacer arreglos financieros y de cualquier otro tipo con él, siempre y cuando te respalde y te dé autoridad alguien del gobierno. Todas las tierras que están clasificadas como tell —es decir, las que fueron ocupadas en la antigüedad— son propiedad del Gobierno, no del propietario. Pero dudaba de que Arpachiyah, que era un pequeño punto en la superficie de la tierra, se considerara como tal, así que nos pusimos en contacto con el propietario.

Parecía muy sencillo. Vino un hombre grande y alegre y nos aseguró que era el dueño. Pero al día siguiente nos dijeron que no era él, sino que el propietario real era un primo segundo de su mujer. Otro día nos enteramos de que la tierra no pertenecía en realidad al primero segundo de la mujer, sino que había varias personas más implicadas. Al tercer día de lucha incesante, cuando todo el mundo había dificultado las cosas, Max se tiró sobre la cama, murmurando:

—¿Qué te parece? Hay *diecinueve propietarios*.

—¿Diecinueve propietarios para un trozo de tierra tan pequeño? —comenté, incrédula.

—Así parece.

Al final deshicimos el enredo y descubrimos que el propietario real era una prima segunda de la tía del primo del marido de la tía de alguien que, como no podía hacer negocios por su cuenta, tenía que estar representada por su marido y otros parientes. Con la ayuda del Mutassarif de Mosul, del Departamento de Antigüedades de Bagdad, del cónsul británico y unas pocas personas más, lo arreglamos todo y suscribimos un contrato muy severo. Se impondrían terribles penalizaciones a cualquiera de las dos partes que incumpliera el acuerdo.

Cuánto disfrutó el marido de la propietaria, cuando se incluyó una cláusula que establecía que, si interfería de cualquier forma en nuestros trabajos de excavación o se invalidaba el contrato, tendría que pagar mil libras esterlinas. Inmediatamente salió a jactarse de ello ante sus amigos.

—Es un asunto de mucha importancia —dijo con orgullo—; porque si no ayudo en todo lo que puedo o no cumplo las promesas que he hecho en nombre de mi mujer, perderé mil libras.

Todo el mundo quedó muy impresionado.

—Mil libras —decían—. ¡Puede perder mil libras!, ¿has oído eso? ¡Si algo va mal le sacarán mil libras!

Debo aclarar que si le hubiéramos exigido el pago de la multa a este buen hombre, todo lo que hubiéramos conseguido habrían sido diez dinares.

Alquilamos una casita muy parecida a la que teníamos cuando estuvimos con los C.T. Ésta estaba un poco más lejos de Mosul y más cerca de Nínive, pero tenía el mismo tejado plano y una terraza

de mármol; las ventanas eran también de mármol de Mosul con un cierto aire eclesial y con alféizares en los que se podía dejar la cerámica. Teníamos un cocinero y un criadito y también un perro enorme y fiero —y en su momento seis cachorritos suyos— para que ladrara a los otros perros de la vecindad y a cualquiera que se aproximase a la casa. Teníamos asimismo un pequeño camión y a un irlandés llamado Gallagher como conductor. Se había quedado aquí después de la guerra de 1914 y no había regresado nunca a su casa.

Gallagher era una persona extraordinaria. A veces nos contaba cuentos maravillosos. Se sabía la historia completa sobre el descubrimiento de un esturión en las costas del Caspio, y cómo él y un amigo se las habían arreglado para traerlo, envuelto en hielo, a través de las montañas hasta el Irán y lo vendieron por una gran suma de dinero. Parecía la Odisea o la Eneida, por las innumerables aventuras que se sucedían en el camino.

Nos dio una información tan útil, como lo que valía exactamente la vida de un hombre.

—Iraq es mejor que Irán —nos dijo—. En Irán matar a un hombre cuesta siete libras al contado. En Iraq solamente tres.

Gallagher recordaba aún los años que pasó en el ejército durante la guerra y amaestraba a los perros al estilo militar. Se llamaba a los seis cachorros uno a uno por sus nombres y subían a la cocina en fila. Swiss Miss era la favorita de Max y era la primera a la que se llamaba. Eran todos feísimos pero con ese encanto que tienen los perritos de todo el mundo. Venían a menudo a la terraza después del té y allí los limpiábamos de garrapatas con todo cuidado, aunque al día siguiente estaban otra vez igual.

Gallagher resultó ser un lector omnívoro. Mi hermana me enviaba cada semana un paquete de libros, que a mi vez se los pasaba. Leía con rapidez y daba la impresión de que no le importaba lo que fuera: biografías, ficción, historias de amor, de suspense, ensayos científicos, cualquier cosa. Era como un hombre hambriento para el que los alimentos fueran todos iguales, al que sólo le importaba que fueran comida; quería comida para la mente.

Una vez nos habló de su «tío Fred».

—Lo mató un cocodrilo en Burma —nos dijo tristemente—. En realidad no sabía qué hacer con él. Pero pensamos que lo mejor era

disecarlo y enviárselo a su mujer y así lo hicimos.

Hablaba con un tono de voz muy tranquilo. Al principio pensé que fantaseaba, pero al final llegué a la conclusión de que casi todo lo que nos contaba era cierto. Era de esas personas a las que les suceden cosas extraordinarias.

Aquéllos eran unos momentos muy difíciles para nosotros. Aún no había aparecido nada que nos permitiera saber si Max amortizaría su aventura o no. Lo único que habíamos descubierto eran edificios sin interés, ni siquiera de ladrillo; sólo paredes de adobe, que apenas dejan rastro. Lo que sí encontrábamos por todas partes, eran fragmentos de cerámica realmente bonitos y algunos cuchillos de obsidiana negros, con la hoja delicadamente atada; pero en general nada extraordinario.

John y Max se animaban mutuamente, diciendo que era demasiado pronto para desanimarse y que antes de que llegara el doctor Jordan, el director alemán de antigüedades de Bagdad, ya tendríamos perfectamente medidos y clasificados nuestros niveles, de manera que se viera que la excavación se había realizado de forma adecuada y científica.

Pero cuando menos lo esperábamos llegó el gran día. Yo estaba en la casa, muy ocupada arreglando cerámica, cuando Max entró precipitadamente.

—Un hallazgo maravilloso —dijo—. Hemos encontrado una alfarería quemada. Tienes que venir conmigo, es lo mejor que hayas visto nunca.

Y sin duda lo era; una auténtica suerte. La alfarería estaba completa bajo el suelo. La abandonaron al quemarse y esto la había preservado. Había platos, vasos, copas y fuentes de cerámica polícroma, en rojo, negro y naranja, que brillaban esplendorosamente al sol.

A partir de entonces tuvimos tantísimo trabajo, que pensamos que no lo abarcaríamos. Aparecían vasija tras vasija; aunque el tejado al caer las había roto, allí estaban y casi todas se podían reconstruir. Había algunas algo chamuscadas, pero las paredes derruidas habían formado una pirámide y, de esta forma, habían permanecido intocables alrededor de unos seis mil años. Había un plato enorme bruñido, de un rojo subido con un rosetón en el centro y rodeado de dibujos muy geométricos, que se había roto en

setenta y seis trozos. Estaban todas las piezas y pudimos unirlas de nuevo; ahora se aprecia en toda su belleza en el museo en que se encuentra. Había un cuenco que me gustaba mucho, cuyo diseño recordaba la bandera del Reino Unido; era de un color naranja subido.

Estallaba de felicidad y Max también, aunque a su estilo, más calmado, como John. Pero ¡vaya forma de trabajar desde entonces hasta que acabó la temporada!

Durante el otoño había estado aprendiendo a dibujar a escala. Fui a la escuela local y recibí lecciones de un hombrecito encantador, al que le resultaba increíble que no tuviera ni nociones de geometría.

—Parece que ni siquiera ha oído hablar de los ángulos rectos —me dijo, en tono reprobatorio.

Tuve que admitir que estaba en lo cierto.

—Eso dificulta la descripción de las cosas —indicó.

No obstante, aprendí a medir y a calcular y a dibujar las cosas a dos tercios de su tamaño real o como hubiera que hacerla. Ahora había llegado el momento de demostrar lo que había aprendido. Había muchísimas cosas que hacer y todos teníamos que arrimar el hombro. Naturalmente, me llevó el doble o el triple de tiempo que a los demás hacer ciertas cosas, pero John necesitaba ayuda y pude dársela.

Max tenía que estar todo el día en la excavación, mientras John dibujaba. Por la noche, bajaba tambaleante a cenar diciendo:

Creo que me vaya quedar ciego. Tengo los ojos cansados y estoy tan mareado que no puedo ni andar. Llevo dibujando a toda velocidad desde las ocho de la mañana.

—Pues tendrás que seguir después de cenar —le dijo Max.

—¡Y tú; tú, eres el hombre que me dijo que esto serían unas vacaciones! —replicó John en tono acusador.

Para celebrar el final de la temporada, decidimos organizar una carrera para los hombres. Era algo que no se había hecho nunca, habría muchos premios espléndidos y estaba abierta a todos.

Pero había muchas cosas que discutir. Para empezar, los que eran algo mayores planteaban la cuestión de si no perderían su dignidad al entrar en una competición de, este tipo. La dignidad era muy importante; competir con hombres más jóvenes, tal vez

muchachos, no era algo que debiera hacer un hombre digno que se preciara de serlo. Al final les convencimos y pasamos a discutir los detalles. El recorrido sería de unos cinco kilómetros y había que cruzar el río Khost más allá del túmulo de Nínive. Fijamos las normas cuidadosamente. La principal era que no habría juego sucio; nadie intentaría desmontar a nadie, no habría choques ni hostigamientos, no se cortaría el paso a nadie ni cosas por el estilo. Aunque no esperábamos que se respetara mucho esta regla, confiábamos en evitar los excesos.

El primer premio era una vaca y un ternero; el segundo, una oveja; el tercero, una cabra. Había también premios menores: gallinas, sacos de harina y huevos, desde cien hasta diez. Para todo el que completara la carrera, había asimismo un puñado de dátiles y tantos dulces como fuera capaz de coger con las dos manos. Tengo que decir que estos premios nos costaron diez libras. Aquéllos eran tiempos, no hay duda.

Lo denominamos A.A.A.A. —Asociación Atlética Amateur de Arpachiyah—. En aquel momento el río estaba inundado y nadie podía cruzar el puente para asistir a la carrera, pero invitamos a la R.A.F. a presenciarla desde el aire.

Por fin llegó el día. Lo primero que pasó, como era de esperar, fue que, cuando sonó el disparo, todos salieron como locos hacia delante y la mayor parte se fueron de cabeza al río; no obstante, otros escaparon de la masa y siguieron corriendo. No hubo mucho juego sucio; nadie derribó a nadie. Se habían hecho muchas apuestas, pero ninguno de los favoritos quedó en buen lugar. Ganaron tres caballos negros, que fueron recibidos con una ovación impresionante. El ganador era un hombre fuerte y atlético, el segundo —más popular— era un hombre muy pobre, con pinta de estar muerto de hambre, y el tercero un chico joven. Aquella noche el júbilo fue enorme: todo el mundo bailó; el que había ganado la oveja la mató rápidamente e invitó a sus familiares y amigos. Fue un gran día para la Asociación Atlética Amateur de Arpachiyah.

Nos marchamos entre gritos de: «¡Dios les bendiga!» «¡Vuelvan otra vez!» «¡Dios es generoso!», y cosas así. Fuimos a Bagdad, nuestros hallazgos esperaban en el museo, donde Max y John Rose los desempaquetaron y clasificaron. Estábamos en mayo y en Bagdad hacía más de 40 grados a la sombra. A John el calor le

sentaba muy mal y a veces parecía terriblemente enfermo. Afortunadamente yo no pertenecía a la brigada desempaquetadora y me quedé en casa.

Políticamente las cosas en Bagdad se ponían cada vez peor y aunque confiábamos en volver al año siguiente y, o bien trasladarnos a otro lugar o continuar las excavaciones en Arpachiyah, dudábamos de que fuera posible. Tuvimos muchos problemas para embarcar las antigüedades y, aunque al final las cosas se suavizaron, llevó mucho tiempo y no nos pareció prudente volver. Durante algunos años no hubo prácticamente excavaciones en Iraq, todo el mundo se fue a Siria, Así que al año siguiente, nosotros decidimos escoger un sitio adecuado en aquel país.

Lo último que recuerdo fue como un aviso de lo que sucedería más tarde. Habíamos estado tomando el té en la casa del doctor Jordan en Bagdad. Era un buen pianista y aquel día interpretaba una pieza de Beethoven; tenía una cabeza finamente modelada y, mientras le miraba, pensaba que era un hombre espléndido; siempre me había parecido gentil y considerado. De forma casual, alguien sacó a colación el tema de los judíos. Su cara cambió, cambió tanto que pareció casi imposible.

—Ustedes no entienden nada. Tal vez nuestros judíos sean distintos a los suyos, pero son un peligro. Hay que exterminarlos; es lo único que se puede hacer.

Ésas fueron sus palabras.

Le miré con incredulidad. Ése era su pensamiento. Fue el primer aviso de lo que después sucedería en Alemania. Supongo que la gente que viajara por ese país en aquel momento, ya se habría dado cuenta del asunto, pero en 1932 y 1933 la gente normal no tenía ni la menor idea.

Aquel día, sentados en la sala del doctor Jordan, mientras él tocaba el piano, vi al primer nazi. Más tarde supe que su mujer era aún más fanática que él. Habían venido a cumplir una misión: no sólo era director de antigüedades, sino que espiaban a su propio embajador. Hay cosas en la vida que, una vez que te has convencido de ellas, dejan una terrible tristeza.

V

Regresamos a Inglaterra emocionados por el éxito y Max pasó un verano de gran actividad, escribiendo el relato de la campaña. Hubo una exposición en el Museo Británico de algunos de nuestros hallazgos; el libro de Max se publicaría ese mismo año o al siguiente, no había que perder tiempo; Max decía que todos los arqueólogos tendían a retrasar sus publicaciones, cuando en realidad los conocimientos adquiridos deberían publicarse lo antes posible.

Durante la segunda guerra mundial, cuando trabajaba en Londres, escribí un relato sobre nuestra estancia en Siria que titulé *Ven, dime cómo vives*; me gusta leerlo a veces y recordar los días que pasamos allí. Cuando se está en una excavación, todos los años son similares, siempre pasa más o menos lo mismo, así es que no me repetiré. Fueron años muy felices en los que disfrutamos inmensamente y en los que conseguimos grandes éxitos arqueológicos.

Entre 1930 y 1938 fue un período especialmente satisfactorio, porque no había sombras externas. La presión del trabajo, sobre todo cuando se tiene éxito, aumenta y ocupa casi todo el tiempo libre, pero aquélla era una época de despreocupación, en la que había mucho trabajo, sí, pero no absorbente. Yo escribía novelas policíacas, Max artículos, informes y libros sobre arqueología. Estábamos muy ocupados, pero no bajo tensión.

Como a Max le resultaba muy difícil desplazarse hasta Devonshire cuando quería, pasábamos allí las vacaciones de Rosalind, pero vivíamos en Londres la mayor parte del tiempo,

mudándonos a las distintas casas que yo tenía, para decidir cuál nos gustaba más. Durante el año que estuvimos en Siria, Carlo y Mary habían buscado casas y me dieron toda una lista. Me dijeron que tenía que ver sin falta una en Sheffield Terrace 48. Cuando la vi deseé quedarme allí, sin dudarlo. Era perfecta, salvo quizá que tenía un sótano. No tenía muchas habitaciones, pero eran grandes y bien proporcionadas; justo lo que necesitábamos. Al entrar a la derecha, había un gran comedor; a la izquierda, el salón; entre los dos pisos, el baño y el servicio; en el piso alto, a la derecha sobre el comedor, una habitación del mismo tamaño como biblioteca para Max —con mucho espacio para poner grandes mesas donde dejar papeles y restos de cerámica—. A la izquierda sobre el salón había una gran habitación de matrimonio para nosotros y en el piso superior dos habitaciones grandes y una pequeña entre ambas. La pequeña sería la de Rosalind; la grande que estaba sobre el estudio de Max quedaría como cuarto de huéspedes, y en cuanto a la de la izquierda, decidí que sería mi saloncito privado y cuarto de trabajo. Todo el mundo se quedó sorprendido, pues era algo que nunca había necesitado antes, pero todos estuvieron de acuerdo en que era hora de que la pobre Missus tuviera una habitación para ella.

Quería un sitio donde nadie me molestara, donde no hubiera teléfono. Tendría, eso sí, un gran piano; una mesa grande y sólida; un sofá o diván que fuera cómodo; una silla de respaldo alto para escribir a máquina; un sillón donde descansar y nada más. Yo misma compré un gran piano Steinway y disfruté muchísimo de «mi habitación». Nadie estaba autorizado a utilizar el aspirador mientras yo estaba en casa y, a menos que se declarara un incendio, que nadie se me acercara. Por primera vez, tuve un lugar para mí sola, que disfruté durante cinco o seis años, hasta que la casa fue bombardeada durante la guerra. No sé por qué no he vuelto a tener nada parecido. Supongo que me habré acostumbrado a utilizar la mesa del comedor o una esquina del lavabo.

Sheffield Terrace 48 fue una casa feliz; supe que lo sería desde el momento en que entré. Creo que si uno se ha criado en habitaciones grandes, como las que teníamos en Ashfield, se pierde mucho el sentido del espacio. He vivido en varias casas pequeñas y encantadoras —las de Campden Street y la casita de las caballerizas —, pero nunca me convencieron del todo. No es por manía de

grandeza; se puede tener un apartamento pequeño pero muy elegante, o alquilar una pobre casa parroquial en el campo que esté a punto de caerse en pedazos, por mucho menos dinero. Es la sensación de tener mucho espacio libre alrededor, de que puedes desplegarte. Si la limpieza ha de hacerla uno mismo, resulta más fácil sin duda arreglar una habitación grande, que tener que andar por las esquinas y esquivando muebles en una habitación pequeña.

Max se dio el gusto de dirigir personalmente la construcción de una nueva chimenea en su biblioteca. Como había tenido tanto que ver con hogares y chimeneas de ladrillo cocido en el Oriente Medio, estaba encaprichado con ello. En cambio, al albañil no le convencían mucho sus planes. Nunca se sabe lo que puede pasar con el tiro de las chimeneas, dijo; de acuerdo con las reglas deberían ir bien, pero a veces no es así.

—Y la que usted ha diseñado no funcionará, se lo aseguro —le dijo a Max.

—Constrúyala exactamente como le he dicho —replicó Max—, y ya veremos.

Con gran pena por parte del señor Withers, la chimenea siempre funcionó bien. Sobre la repisa había un gran ladrillo asirio con escritura cuneiforme, con lo que quedaba muy claro que aquel estudio pertenecía a un arqueólogo.

Después de mudamos a Sheffield Terrace, sólo hubo una cosa que me molestó y era que olía a gas en el dormitorio. Max no olía nada y Bessie pensaba que eran imaginaciones mías, pero les aseguré que no era así, que olía a gas. Max indicó que la casa no tenía gas.

—No puedo evitarlo —dije—, huelo a gas.

Llamé a los albañiles y al empleado del gas y todos se tumbaron en el suelo, olfatearon por debajo de la cama y me dijeron que eran imaginaciones mías.

—Mire, señora —me dijo el empleado del gas—, si hay algo, aunque yo no huelo nada, puede que sea un ratón o una rata muertos. Una rata, no creo porque en ese caso la olería, pero quizá sí un ratón muy pequeño.

—A lo mejor es eso —repliqué—. Si es así tiene que ser un ratoncito muy muerto.

—Habrá que levantar el entarimado.

Se levantó y no encontraron ningún ratón muerto, ni grande ni pequeño. Pero fuera lo que fuera, seguía oliendo a algo.

Llamé a más albañiles, empleados del gas, fontaneros y a todo el que se me ocurrió. Al final me miraban casi con odio; todos estaban hartos de mí —Max, Rosalind, Carlo— y decían que era la imaginación de mamá. Pero mamá sabía cuándo olía a gas y siguió insistiendo. Por fin, cuando estaba a punto de enloquecer, se confirmaron mis sospechas. Bajo el suelo del dormitorio había una tubería de gas en desuso, pero el gas continuaba saliendo. Nunca se llegó a saber a quién se le cobraba el gasto de gas, porque en la casa no había contador, pero la tubería aún estaba conectada y seguía expulsando gas. Estaba tan orgullosa de tener razón, que durante algún tiempo no hubo quien me aguantara, aparte de que, desde entonces, confié sin límites en mi habilidad olfativa.

Antes de la adquisición de Sheffield Terrace, Max y yo habíamos comprado una casa en el campo. Queríamos una casita o un chalet, porque viajar hasta y desde Ashfield los fines de semana, era imposible. Sería muy diferente si tuviéramos un chalet cerca de Londres.

Las dos zonas de Inglaterra que más le gustaban a Max eran las cercanías de Stockbridge, donde había vivido siendo muchacho, o las de Oxford. El tiempo que estuvo en Oxford fue el más feliz de su vida; conocía muy bien todos los alrededores y le encantaba el Támesis, así que lo recorrimos arriba y abajo en nuestra búsqueda. Miramos en Goring, Wallingford, Pangbourne, pero no era nada fácil porque, o bien era casas horribles del final del período victoriano o eran del tipo de chalets que en el invierno quedaban sumergidos.

Por fin vi un anuncio en el Times. Faltaba una semana para que nos fuéramos a Siria a pasar el otoño.

—Mira, Max —le dije—. Anuncian una casa en Wallingford. Ya sabes cuánto nos gusta aquello. Si es una de esas casas que están sobre el río, cuando lleguemos ya la habrán alquilado. Vaya telefonear al agente e iremos a toda velocidad.

Era una deliciosa casita estilo reina Ana, bastante próxima a la carretera; tenía detrás un jardín con una valla que dividía la zona de la cocina y que era más grande de lo que nos hubiera gustado; después, el ideal de Max: la vega que se extendía hasta el río. En

aquella zona el río era muy bonito y sólo estábamos como a kilómetro y medio de Wallingford. La casa tenía cinco dormitorios, tres cuartos de estar y una cocina muy agradable. Mirando por la ventana del salón se veía, a través de la lluvia, un verdadero cedro del Líbano. En realidad, el cedro estaba en el campo, pero éste se extendía hasta una zanja cerca de la casa. A veces pienso que si hubiéramos puesto césped alrededor, hasta más allá de la zanja, de modo que el árbol hubiera quedado en medio del prado, en los días cálidos del verano habríamos podido tomar el té a su sombra.

No teníamos mucho tiempo que perder; la casa era muy barata y sin cargas, así que nos decidimos allí mismo. Llamamos al agente, firmamos los documentos, hablamos con abogados y topógrafos y, cumplidos los requisitos, la compramos.

Por desgracia, no volveríamos hasta pasados nueve meses, Nos fuimos a Siria y no hacíamos más que preguntarnos si no habríamos hecho una tontería. Buscábamos un chalet pequeño y en su lugar habíamos comprado una casa estilo reina Ana, con graciosas ventanas y buenas proporciones. Pero Wallingford era un lugar agradable; el servicio de ferrocarril era bastante escaso, con lo que no era un lugar de mucho trasiego.

—Creo —dijo Max— que seremos muy felices aquí.

Y ya lo creo que lo fuimos, durante casi treinta y cinco años. La biblioteca de Max ha tenido que ser ampliada casi al doble, y si nos descuidamos llega hasta el río. Winterbrook House, Wallingford, es la casa de Max, siempre lo ha sido. Ashfield en cambio fue la mía y creo que también la de Rosalind.

Así iba pasando nuestra vida. Max se dedicaba con entusiasmo a su arqueología y yo a escribir; poco a poco se había convertido en una profesión, por lo que ya no me entusiasmaba.

Cuando empecé, me parecía algo muy excitante, en parte porque, como no creía que fuera realmente una autora, me resultaba sorprendente que mis libros *se publicaran*. Ahora escribo por rutina; es mi trabajo. Y no sólo los publican, sino que me instan a que escriba más aún. Sin embargo siempre he tenido el deseo de hacer algo que no fuera mi propio trabajo y creo que mi vida hubiera sido muy aburrida si no hubiera cumplido este deseo.

Lo que entonces quería era escribir algo que no fuesen novelas policíacas. Así que, con cierto sentimiento de culpabilidad, me entretuve escribiendo una novela titulaba *El pan del gigante*. Trataba de la música y ponía de manifiesto lo poco que conocía el tema, desde un punto de vista técnico. Tuvo buena crítica y se vendió bastante bien, para lo que pensaba que era una «primera novela». Utilicé el nombre de Mary Westmacott y nadie supo que la había escrito yo. Mantuve el secreto durante quince años.

Uno o dos años más tarde escribí otro libro, bajo el mismo seudónimo, titulado *Retrato inconcluso*. Sólo una persona adivinó mi secreto: Nan Watts —ahora Nan Kon—. Nan tenía gran retentiva y alguna frase que yo había utilizado acerca de unos niños y un poema del primer libro, llamaron su atención. Inmediatamente se dijo a sí misma:

«Esto lo ha escrito Agatha, estoy segura».

Un día me dio un ligero codazo en las costillas y me dijo con voz ligeramente afectada:

—El otro día leí un libro que me gustó mucho. Vamos a ver, ¿cómo se llamaba? *La sangre de Dwarf*, eso es, *La sangre de Dwarf*.

Y me guiñó un ojo con aire perverso.

Cuando llegamos a casa le pregunté:

—Y ahora dime, ¿cómo has adivinado lo del autor de *El pan del gigante*?

—Por supuesto que sabía que tú eras la autora. Conozco tu forma de hablar —me contestó.

Algunas veces he escrito letras de canciones, baladas en su mayor parte pero no tenía ni idea de que iba a entrar en una nueva faceta del oficio de escribir, y eso a una edad en que no es fácil emprender nuevas aventuras.

Quizá me impulsó a ello lo poco que me había gustado las adaptaciones de mis libros para la escena. Aunque había escrito *Café sólo*, jamás había pensado seriamente en escribir obras de teatro; me había divertido mucho con *Akenatón*, pero nunca creí que se estrenara. Mas de repente se me ocurrió que si no me gustaba la forma en que otras personas adaptaban mis obras, podía hacerlo yo misma. Me daba la impresión de que si estas adaptaciones habían fracasado, era porque se habían alejado mucho del texto original. Una historia policíaca no es lo más adecuado

para una obra de teatro y su adaptación es más difícil que la de un libro ordinario debido a lo complicado de la trama; suele haber muchos personajes y pistas falsas, lo que contribuye a que resulte confusa y pesada. Había que conseguir la *simplificación*.

Había escrito *Diez negritos* porque era tan difícil de realizar que la idea me fascinaba. Tenían que morir diez personas, sin caer en lo ridículo, y sin que se viera fácilmente quién era el asesino. Escribí el libro después de una planificación concienzuda y el resultado me gustó. Era claro, directo, de solución nada fácil, aunque la explicación fuera perfectamente razonable, tal como se aclaraba en el epílogo: La obra gustó y tuvo buena crítica, aunque quien se quedó realmente encantada fui yo misma, pues sabía mejor que ningún crítico lo que me había costado escribirla.

Decidí dar un paso más, pues pensé que quizá sería emocionante convertirla en pieza teatral. A primera vista parecía imposible, puesto que no podía quedar nadie que contara la historia, así que hice algunas modificaciones. Me pareció que con ciertas variaciones en la trama original quedaría una obra teatral perfecta. Dos de los personajes serían inocentes, para que al final se reunieran y se salvaran de tan penosa prueba. Esto no contradecía en absoluto el espíritu de la canción infantil original, pues hay una versión de «Diez negritos» que termina: *Se casó y no quedó ninguno*.

Escribí la obra, aunque no me animaron mucho. «Es imposible ponerla en escena», fue el veredicto. Sin embargo a Charles Cochran le gustó mucho e hizo todo lo que pudo para conseguirlo, aunque por desgracia no convenció a sus promotores. Le dijeron lo usual, que era irrepresentable, que la gente se reiría, que no había suspense. Cochran dijo resueltamente que no estaba de acuerdo, pero así quedaron las cosas.

—Confío en que tendrás más suerte otra vez —me dijo—, porque me gustaría ver la obra en escena.

La oportunidad me la dio Bertie Mayer, que fue quien primero escenificó *Alibi* con Charles Laughton. La dirigió Irene Henschell, que en mi opinión lo hizo muy bien. Me interesaba conocer su método, pues era muy diferente del de Gerald Du Maurier. Para empezar, debido a mi inexperiencia, me pareció que no estaba muy segura de lo que hacía, pero a medida que vi el desarrollo de su técnica, me di cuenta de que me había equivocado. Primero se

movía por la escena, tratando de ver los movimientos, la iluminación, captando la Impresión general. Después se concentraba en el guión. Demostró ser efectivo y de gran impacto. Se consiguió la tensión requerida y la iluminación fue un éxito, sobre todo en la escena que utilizó tres pequeños reflectores, con todos los personajes sentados junto a unas velas, pues la luz se había apagado.

Cuando la interpretación es buena, va creciendo la tensión, el miedo y la desconfianza que poco a poco surge entre las personas; las muertes están tan planeadas que, cuando la vi, no hubo el menor asomo de risa o de que a la gente le pareciera ridículo. No digo que sea la obra que más me gusta, o la mejor que he escrito, pero pienso que es una buena muestra de *profesionalidad*, y que es la que me ha impulsado a convertirme en autora teatral. Fue entonces cuando decidí que en el futuro nadie más que yo adaptaría mis libros: escogería los libros que había que adaptar y sólo los que me parecieran convenientes.

Unos años más tarde se me ocurrió que *Sangre en la piscina* sería quizás una obra de teatro. Se lo dije a Rosalind, que en mi vida ha interpretado siempre el papel de eterna desalentadora, aunque sin éxito.

—¡Oh, mamá! ¡Convertir *Sangre en la piscina* en una obra de teatro! —me dijo horrorizada—. Es un buen libro y me gusta, pero lo otro me parece imposible.

—Estoy segura de que podré hacerlo —repliqué, estimulada por su oposición.

—¡Oh! Ojalá no lo intentes —contesté suspirando.

De cualquier forma me entretenía esbozar ideas sobre *Sangre en la piscina*, pues en algunos aspectos era más una novela que una historia policíaca. He pensado siempre que la inclusión de Poirot perjudicó mucho a la obra, pero estaba tan acostumbrada a este personaje que se introdujo sin casi darme cuenta y, aunque cumplió su papel, pienso que todo habría ido mejor sin él. Por eso cuando bosquejé la obra de teatro, lo eliminé.

Sangre en la piscina se escribió pese a la oposición de varias personas, además de Rosalind. A quien más le gustó fue a Peter Saunders, quien desde entonces ha producido muchas de mis obras.

Cuando la obra triunfó, estuve a punto de perder los estribos.

Sabía que mi profesión era escribir libros y que sería capaz de inventar intrigas hasta que chocheara. Nunca me preocupó si sabría idear nuevos argumentos o no.

Pero siempre hay esas tres horribles semanas, quizás un mes, en las que se intenta empezar un libro. Es una agonía horrorosa. Uno se sienta en una habitación, mordiendo un lápiz, mira la máquina de escribir, camina de un lado a otro o se deja caer en un sillón y parece que la cabeza le va a estallar. Después se va en busca de alguien que casi siempre está ocupado —por lo general Max, pues tiene muy buen carácter— y le dice:

—Es horrible, Max, casi se me ha olvidado redactar. ¡No podré hacerlo nunca más! Nunca volveré a escribir un libro.

—¡Oh, sí!, ya lo creo que lo harás —dirá Max en tono consolador.

Al principio lo decía con cierta ansiedad, pero luego continuaba con su trabajo, mientras me hablaba con palabras consoladoras.

—Pero sé que no podré. No puedo pensar en nada. Tengo una idea, pero no me parece bastante buena.

—Es una fase, que tienes que pasar. Ya lo has hecho otras veces, lo hiciste el año pasado y el anterior.

—Esta vez es diferente —decía muy segura.

Por supuesto, era igual que siempre. En estas situaciones siempre se olvida que la vez anterior se sintió lo mismo, desesperación, incapacidad de hacer nada que sea mínimamente creativo; da la impresión de que se va a vivir toda la vida en esta fase de miseria moral. Es como si hubiera que meter un hurón en la madriguera para sacar lo que se quiere. Se produce una gran perturbación interior, largas horas de supremo aburrimiento, parece que nunca se volverá a la normalidad. Se es incapaz de pensar en lo que se quiere escribir; si se coge un libro no se entiende lo que se está leyendo; si se empieza un crucigrama, no surgen las palabras; se está poseído por un sentimiento paralizador de desesperanza.

De pronto, por alguna razón desconocida, el «motor» interior se pone en marcha, «aquello» se acerca, la niebla se disipa poco a poco. Con seguridad absoluta, se sabe exactamente lo que A quiere decir a B. Ya se puede pasear carretera abajo, hablar con uno mismo y repetir la conversación que, por ejemplo, Maud va a tener con Aylwin, y decidir dónde estarán exactamente, para que el

hombre pueda observarlos desde los árboles, e imaginar cómo el pequeño faisán muerto sobre el campo hará que Maud se acuerde de algo que había olvidado, y así sucesivamente. Y se regresa a casa exultante de felicidad; aún no se ha hecho nada, pero *se está en camino*.

En aquel momento, me encantaba escribir obras de teatro, sencillamente porque no era mi trabajo, porque no tenía la sensación de tener que pensar una obra sino que la escribía porque se me había ocurrido. Resultan más fáciles de escribir que las historias policíacas, pues te las puedes imaginar con claridad, sin que estorben todas esas descripciones, necesarias en las novelas, pero que te hacen perder el hilo de la acción. Los límites físicos que impone la escena, simplifican mucho las cosas. No hay que seguir a la heroína al subir o bajar las escaleras o cuando va a la pista de tenis y regresa, ni hay que describir sus pensamientos. De lo único que hay que ocuparse es de lo que se ve y oye.

Escribiría un libro cada año, de eso estaba segura. Los textos dramáticos eran, en cambio, una aventura que permanecería oscura y secreta. En el teatro se tiene a veces éxito tras éxito y, de pronto, sin razón aparente, una serie de fracasos. ¿Por qué? En realidad, nadie lo sabe, pero así pasó con una obra que, en mi opinión, era tan buena o mejor que otras que habían triunfado y que sin embargo fracasó, tal vez porque no captó del todo al público o porque la escribí en un momento inadecuado o porque los actores no dieron la imagen requerida. Sí, las obras de teatro son algo en lo que nunca he confiado. Suponían una aventura cada vez y me gustaba que fuera así.

Después de *Sangre en la piscina* supe que pronto escribiría otra pieza teatral, pero que esta vez no sería una adaptación, sino algo escrito directamente para la escena.

Caledonia fue un gran éxito para Rosalind. Creo que ha sido una de las escuelas más importantes que he conocido y que sus profesores eran de los mejores. Hicieron una gran labor con mi hija, quien al final fue la primera del colegio aunque, como me indicó, no era muy justo, pues había una muchachita china mucho más inteligente que ella.

—Pero ellos piensan que la primera del colegio tiene que ser una inglesa.

Quizá tenía razón.

Del Caledonia, Rosalind pasó al Benenden. Desde el principio le resultó muy aburrido, aunque no sé por qué, pues era un buen colegio. Pero no se interesaba por nada y menos aún por mis asignaturas favoritas, como la historia, aunque era buena en matemáticas. Estando en Siria recibía a menudo cartas en las que me pedía insistentemente que le permitiera dejar Benenden, «Creo que no podré aguantar otro año más aquí», decía. Sin embargo me parecía que, una vez empezados unos estudios, habría que terminarlos, así que le contesté que cuando terminara sus estudios primarios dejaría Benenden y ya veríamos dónde continuaría su educación.

La señorita Sheldon, la directora del colegio, me escribió diciendo que, aunque Rosalind deseaba obtener el certificado de estudios primarios al trimestre siguiente, ella pensaba que no lo conseguiría, si bien no veía ninguna razón para que no lo intentara. Pero la señorita Sheldon se equivocaba, pues Rosalind obtuvo su certificado sin dificultad. Ahora me quedaba el problema de qué hacer con una hija de penas quince años.

Max y yo estuvimos de acuerdo en que fuera al extranjero y decidimos, recorrer diversos establecimientos de enseñanza: una familia en París, un grupo de muchachas mal alimentadas en Evian, y no menos de tres educadores de Lausana que nos habían recomendado, así como una escuela en Gstaad, donde las muchachas practicaban el esquí y otros deportes de invierno. Me resultaba muy difícil entrevistarme con la gente. En cuanto me sentaba se me trababa la lengua. Pensaba: «¿Mandaré a mi hija aquí o no? ¿Averiguaré cómo son ustedes en realidad? ¿Cómo demonios sabré si a ella le gustará estar con ustedes?» Entonces empezaba a tartamudear, a decir «er-er» y a preguntar cosas que incluso a mí me parecían perfectamente estúpidas.

Después de una consulta familiar, nos decidimos por la residencia de Mademoiselle Tschumi en Gstaad, que resultó un fracaso. Dos veces por semana recibía carta de Rosalind: «Este lugar es horrible, madre, absolutamente detestable. No tienes ni idea de cómo son las chicas, ¡llevan redecillas! ¿Qué te parece?»

A mí no me parecía nada. No entendía por qué las chicas no podían llevar redecillas, aunque tampoco estaba muy segura de lo

que eran exactamente.

«Salimos a pasear de dos en dos, ¿te imaginas? ¡De dos en dos!, ¡a nuestra edad! Y no nos dejan ir al pueblo ni un momento a comprar algo. ¡Es horrible! ¡Me siento como en una cárcel! Además no nos enseñan nada; y en cuanto a los baños de que hablabas, ¡un timo auténtico!, nunca los utilizamos. Ninguna se ha bañado *ni una sola vez*. ¡Ni siquiera tienen agua caliente! Respecto al esquí aún es muy pronto para hablar, habrá que esperar a febrero, pero no creo que nos lleven ni siquiera entonces».

Rescatamos a Rosalind de su prisión y la enviamos primero a una pensión en Château d'Oex y después con una agradable y tradicional familia de París. Cuando regresamos de Siria, pasamos por París a recogerla y le dijimos que esperábamos que ahora dominaría el francés. «Más o menos», fue su contestación y tuvo mucho cuidado de que no le oyéramos ni una palabra. Pero ocurrió que el taxista que nos llevaba de la Gare de Lyon a casa de Madame Laurent, estaba dando unos rodeos innecesarios; entonces Rosalind bajó violentamente la ventanilla, asomó la cabeza y se dirigió a él en un francés vivo y coloquial, preguntándole por qué demonios iba por aquellas calles e indicándole por cuáles debía ir. Le dejó fuera de combate. Me encantó comprobar lo que de otra manera me hubiera resulta muy difícil: que Rosalind sabía hablar francés.

Madame Laurent y yo charlamos amigablemente. Me aseguró que Rosalind se había portado muy bien, *tres comme il faut*[57], aunque añadía:

—*Elle est d'une froideur, mais d'une froideur excessive*! *C'est peutêtre le flegme brittanique*[58].

Me apresuré a decirle que estaba segura de que era *le flegme brittanique*, Madame Laurent me aseguró que la había tratado como a una hija…

—*Mais cette froideur, cette froideur anglaise*!

Madame Laurent suspiró al recordar el rechazo que había sufrido su afectuoso corazón.

Rosalind debía completar su educación por lo menos durante seis meses más, o quizás un año. Pasó ese tiempo con una familia que vivía cerca de Múnich, aprendiendo alemán. Después llegó la temporada londinense.

Su éxito fue completo, la consideraron como una de las

debutantes más atractivas de aquel año y se divirtió muchísimo. Pienso que le benefició mucho, le dio confianza en sí misma y se enseñó a desenvolverse en sociedad. Me dijo que le había parecido muy bien la experiencia, pero que no continuaría con aquella vida tan tonta.

Discutí el tema del trabajo con Rosalind y su gran amiga Susan North.

—Tienes que elegir alguna actividad —le dije a mi hija dictatorialmente—. No me importa lo que sea. ¿Por qué no siguen algún cursillo de *masseuse*[59]?, quizá te resulte útil más adelante. ¿O tal vez te gustaría aprender a arreglar flores?

—¡Oh!, eso lo hace todo el mundo —replicó Susan.

Al final me dijeron que lo que más les gustaba era la fotografía. Me alegré muchísimo; a mí también me gustaba y había tomado la mayor parte de las que se hicieron en las excavaciones. Pensaba que me sería muy útil recibir lecciones sobre fotografía de estudio, pues no tenía ni idea del tema y muchos de los objetos descubiertos tuvimos que fotografiarlos en el exterior, y como algunos se quedaron en Siria, era muy importante que obtuviéramos buenas fotos. Poco a poco me entusiasmé con el tema y las chicas se echaron a reír.

—Me parece que no estamos hablando de lo mismo —me dijeron—; no nos referimos a recibir clases de fotografía, en absoluto.

—Entonces, ¿qué?, —les pregunté desconcertada.

—Bueno, nos referimos a que nos fotografíen en traje de baño y cosas así, para los anuncios.

Fue un golpe muy fuerte y no pude disimularlo.

—No te van a hacer ninguna fotografía para anuncios de trajes de baño —repuse—, y no quieto oír nada parecido.

—Mamá es tan terriblemente anticuada —dijo Rosalind con un suspiro—. Hay montañas de chicas que se fotografían para los anuncios y se envidian terriblemente unas a otras.

—Además conocemos a algunos fotógrafos —añadió Susan— y creo que convenceremos a alguno para que nos haga fotografías para un jabón.

Me opuse rotundamente al proyecto, hasta que al final Rosalind dijo que había pensado lo de recibir clases de fotografías; después

de todo —añadió— haría de modelo en las clases y no tendría que ponerse en traje de baño, sino que utilizaría ropa normal, cerrada hasta el cuello.

Así que un día fuimos a la escuela de fotografía comercial Reinhardt y me interesó tanto, que al llegar a casa tuve que confesar que quien se había matriculado había sido yo y no ellas. Soltaron una carcajada.

—Es a mamá a quien le ha encantado, y no a nosotras —dijo Rosalind.

La escuela de fotografía Reinhardt tenía distintos departamentos, incluyendo uno de fotografía comercial en el que me apunté. En aquel tiempo había auténtica pasión por hacer que las cosas no se parecieran en absoluto a la realidad. Se ponían, por ejemplo, seis cucharas sobre una mesa, luego se subía a una escalera de mano, y casi colgando desde lo alto, se trataba de conseguir una visión en picado o desenfocada. Se tendía a fotografiar los objetos, no en el centro de la placa, sino hacia el ángulo izquierdo o como huyendo de él, o bien sólo una parte de un rostro. Era el último grito. Llevé a la escuela un busto de madera de haya e hice varios experimentos, fotografiándolo con distintos filtros —rojo, verde, amarillo— y vi los efectos tan increíblemente distintos que se obtenían utilizando distintas cámaras y filtros.

El único que no compartió mi entusiasmo fue el dichoso Max. El tipo de fotografía que él quería era justo lo contrario de lo que yo estaba haciendo. Las cosas tenían que aparecer exactamente como eran, con tanto detalle como fuera posible, con la perspectiva exacta y así sucesivamente.

—¿No crees que este collar estaba un poco soso fotografiado así? —le decía.

—No, no lo creo —contestaba—. De la forma en que lo has captado queda borroso, desenfocado. —¿Y no parece así más excitante?

—No quiero que parezca excitante —replicaba—. Quiero que se vea tal como es; además no has puesto nada al lado que sirva de referencia en cuanto al tamaño real del collar.

—Si lo hubiera hecho habría arruinado el aspecto artístico de la foto. Hubiera quedado horrible.

—Pero es que es muy importante que se vea el tamaño —decía

Max.

—Pero eso lo puedes especificar al pie, ¿no?

—No es lo mismo. Se tiene que ver cuál es la proporción exacta.

Suspiré. Mis fantasías artísticas me alejaban de lo que había prometido que haría, así que le dije a mi instructor que quería recibir clases extra para fotografiar las cosas con la perspectiva exacta. Le fastidió bastante tener que hacerlo y no le gustaron nada los resultados, pero a mí me serían de gran utilidad.

Por lo menos aprendí algo: no había nada como tomar dos fotografías de la misma cosa por si la primera ha salido mal. En la escuela nadie tomaba menos de diez negativos de cualquier objeto y muchos de ellos hasta veinte. Resultaba terriblemente agotador y con frecuencia llegaba a casa cansadísima, maldiciendo el día en que me metí en esto. Pero a la mañana siguiente se me había pasado todo.

Un año, Rosalind vino a Siria, pues pensé que se lo pasaría bien en la excavación. Max le dijo que dibujara algunas cosas. Sus dibujos eran realmente excepcionales, pero el problema era que Rosalind, al contrario que su despreocupada madre, era perfeccionista y a menos que consiguiera exactamente lo que quería, lo hacía pedazos. Hizo una serie de dibujos y luego le dijo a Max:

—La verdad es que no son buenos. Los voy a romper.

—No lo harás —replicó Max.

—Los romperé —insistió Rosalind.

Tuvieron una buena pelea; Rosalind temblaba de rabia y Max estaba realmente enfadado. Al final, los dibujos se salvaron y aparecieron en el libro de Max del tell Brak, pero Rosalind nunca quedó satisfecha de ellos.

El sheikh nos procuró algunos caballos y mi hija montaba a menudo, acompañada de Guilford Bell, un joven arquitecto, sobrino de un amigo nuestro australiano, Aileen Bell. Era un muchacho encantador que hizo unos extraordinarios dibujos a lápiz de nuestros amuletos de Brak, pequeñas y deliciosas representaciones de ranas, leones, carneros, toros; el delicado sombreado de sus dibujos era un marco perfecto para ellos.

Aquel verano; Guilford pasó una temporada con nosotros en Torquay y un día vimos que se vendía una casa que yo había

conocido de joven, Greenway House, en Dart, de la que mi madre siempre decía —y yo estaba de acuerdo— que era la más perfecta de las que había en Dart.

—Vayamos a verla —propuse—. Me encantará verla de nuevo. No he estado allí desde que fui a visitarla con mi madre, siendo una niña.

Así que fuimos a Greenway y comprobamos que, tanto la casa como los terrenos, eran maravillosos. La construcción era de estilo georgiano, de 1780 o 1790, con un bosque que bajaba hasta el Dart, con arbustos y árboles; era la casa ideal, un hogar de ensueño. Cuando recibimos el aviso para ir a visitarla, pregunté el precio, aunque sin mucho interés. Cuando me lo dijeron pensé que había oído mal.

—¿Ha dicho usted dieciséis mil?

—Seis mil.

—¿Seis mil?

Casi no podía creerlo. Lo comentamos al volver a casa.

—Es increíblemente barata —dije—; tiene treinta y tres acres de terrenos y no está en muy malas condiciones, lo único que hay que hacer es decorarla.

—¿Por qué no la compras? —me preguntó Max.

Me sorprendió tanto la pregunta de Max que me quedé sin aliento.

—A fin de cuentas, estabas muy preocupada por Ashfield.

Sabía lo que quería decir con eso. Ashfield, mi hogar, había cambiado. Antes estábamos rodeados por pequeñas villas, parecidas a la nuestra; en cambio ahora entre el mar y nosotros, bloqueando la vista en la parte más estrecha del jardín, había una escuela llena de ruidosos niños que gritaban todo el día. Al otro lado teníamos una clínica mental. Algunas veces nos llegaban sonidos quejumbrosos o aparecían de repente enfermos en el jardín. No eran locos peligrosos y por eso les dejaban hacer lo que querían, pero tuvimos algunos incidentes desagradables. Un día apareció un fornido coronel en pijama, agitando un palo de golf, dispuesto a matar a todos los topos que hubiera en el jardín; otro día vino dispuesto a atacar a un perro que le había ladrado. Las enfermeras se disculparon y se lo llevaron; dijeron que estaba bastante bien, sólo un poco «alterado», pero resultaba alarmante y más de una vez

los niños que estaban con nosotros se llevaron un susto tremendo.

Antes, fuera de Torquay, todo era campo: tres villas en la colina y la carretera que se perdía en el paisaje. Las verdes praderas a las que iba en primavera a mirar a las ovejas, habían dejado paso a cantidad de pequeñas casitas. Ninguno de nuestros conocidos vivía ya allí. Era como si Ashfield se hubiera convertido en una caricatura de sí misma.

Había además una razón poderosa para comprar Greenway House.

Sabía desde siempre que a Max no le gustaba Ashfield. Nunca me lo dijo, pero yo lo sabía. Creo que en cierta forma estaba celoso, pues era una parte de mi vida que no había compartido con él, que era sólo mío. Y de improviso había dicho de Greenway: *¿Por qué no la compras?*

Hicimos algunas averiguaciones, en las que nos ayudó Guilford.

Inspeccionó la casa profesionalmente y nos dijo:

—Bueno, le voy a dar mi consejo. Derribe la mitad de la casa.

—¡Que derribe la mitad de la casa!

—Sí. Como verá, toda el ala posterior es victoriana. Quédese con la construcción de 1790 y quite todo lo que se añadió posteriormente: la sala de billar, el estudio, los dormitorios y los baños que hay en la parte de arriba. La casa quedará mucho mejor, con más luz. La verdad es que la planta original es muy hermosa.

—Pero si derribamos los baños victorianos, nos quedamos sin ninguno —repliqué.

—Se pueden hacer en el piso superior sin ningún problema. Y otra cosa: los impuestos serán menores.

Así que compramos Greenway y encargamos a Guilford que le devolviera su aspecto original. Pusimos cuartos de baño en el piso de arriba y en el de abajo un aseo, pero no hicimos ninguna modificación. El único fallo es que me hubiera gustado tener el don de la profecía, pues habría eliminado otra parte de la casa: la enorme despensa, las grandes cuevas, la leñera y el office, y en su lugar hubiera puesto una cocina pequeña y bonita que estuviera cerca del comedor y que se manejara fácilmente sin ayuda. Pero nunca se me ocurrió que llegara un día en que desapareciera el servicio doméstico. Así que dejamos la zona de la cocina tal como estaba. Una vez terminadas las obras y pintada la casa de blanco,

nos trasladamos.

Justamente cuando íbamos a mudamos, estalló la segunda guerra mundial. Esta vez no nos cogió tan desprevenidos como en 1914. Ciertos sucesos, como los de Múnich, nos habían advertido; pero habíamos escuchado las afirmaciones de Chamberlain y pensábamos que cuando decía: «Habrá paz en esta época», sería verdad.

Pero no lo fue.

PARTE X. LA SEGUNDA GUERRA

I

Y de nuevo estábamos en guerra. No era como la anterior, lógicamente; creo que uno siempre espera que las cosas se repitan. La primera produjo una reacción de incomprensión, como algo nunca oído, imposible, como algo que ninguna memoria viva había conocido ni conocería. Ésta en cambio era diferente.

Al principio la gente se sorprendió de que no ocurriera nada. Todo el mundo esperaba oír que Londres había sido bombardeado aquella misma noche. Pero no fue así.

Creo que todos intentábamos telefonear a alguien. Peggy MacLeod, mi amiga médico de los días de Mosul, me llamó desde la costa este donde su marido y ella ejercían, para pedirme que me quedara con los niños. Me dijo:

—Tenemos tanto miedo, dicen que es aquí donde empezará todo.

Si te puedes quedar con los niños, te los llevaré en el coche.

Le dije que estaba de acuerdo, que los trajera y también a la institutriz si quería; en esto quedamos.

Peggy MacLeod llegó al día siguiente después de haber conducido día y noche atravesando Inglaterra, con mi ahijada Crystal de tres años y David de cinco. Estaba agotada.

—No sé qué habría hecho sin benzedrín —dijo—. Aquí tengo un poco más; quédatelo, quizá te sea útil si alguna vez estás muy cansada.

Conservo aún la latita plana de benzedrín: nunca la he usado. Creo que la guardo como medida de precaución por si llega el momento en que esté verdaderamente agotada.

Después de organizarnos, más o menos, esperamos atentamente que sucediera algo. Pero como no sucedía nada, poco a poco

emprendimos de nuevo nuestras ocupaciones habituales además de alguna otra actividad relacionada con la guerra.

Max se alistó en la Home Guard (2ª Reserva[60]) que en aquella época era algo así como una ópera cómica. Apenas había armas: una para cada ocho hombres. Recuerdo que Max salía con ellos casi todas las noches. Algunos hombres del grupo se divertían muchísimo y muchas mujeres tenían profundas sospechas acerca de lo que hacían sus maridos con el pretexto de salvaguardar el país. Lo cierto es que como los meses pasaban y no ocurría nada, al final se convirtió en un regimiento alegre y bullanguero. Por fin, Max decidió marcharse a Londres. Como todos los demás, pedía a voces que le enviaran al extranjero para hacer algo, pero por lo visto lo único que deseaban era decir: «De momento no hay nada que hacer», «no necesitamos a nadie».

Pregunté en el hospital de Torquay si podía trabajar allí para refrescar mis conocimientos, pues quizá les sería útil más adelante. Como se presentaban con mucha frecuencia casos de accidente, la jefe del dispensario aceptó encantada. Se encargó de ponerme al día de los medicamentos que se prescribían con mayor frecuencia, lo que me resultó en conjunto mucho más sencillo que en mis tiempos jóvenes, ya que las numerosas píldoras, tabletas, polvos y demás venían ya preparados en frascos.

No empezó en Londres ni en la costa este, sino en el mismísimo rincón del mundo donde nosotros estábamos. David MacLeod, que era un muchacho muy inteligente, estaba chiflado por los aviones y se empeñó en enseñarme los distintos modelos y tipos. Me mostró fotografías de Messerschmitt y de otros y me señalaba en el cielo los Hurrican y Spitfire.

—A ver si esta vez aciertas —decía con interés— o ¿Cuál es aquel de allá arriba?

Estaba tan lejos que no veía más que una mancha, pero le dije algo esperanzada que era un Hurricane.

—No —dijo David molesto—; siempre te confundes. Es un Spitfire.

Al día siguiente, mirando al cielo, comentó:

—El que pasa ahora por encima es un Messerschmitt.

—No, no, hijo —le dije—, no es un Messerschmitt. Es uno de los nuestros, es un Hurricane.

—No es un Hurricane.

—Entonces es un Spitfire.

—No es un Spitfire, es un Messerschmitt. ¿No eres capaz de diferenciar un Hurricane o un Spitfire de un Messerschmitt?

—No puede ser un Messerschmitt —le dije.

En aquel momento cayeron dos bombas en la ladera. David parecía a punto de echarse a llorar.

—Te dije que era un Messerschmitt —dijo en tono de lamento. Aquella misma tarde cuando los niños y su institutriz atravesaban el río en barco, un avión descendió en picado y ametralló todas las embarcaciones. Les pasaron muy cerca las balas y cuando regresaron la institutriz venía un tanto temblorosa.

—Creo que debería usted llamar a la señora MacLeod —dijo. La llamé y estuvimos dudando qué hacer.

—Aquí no ha pasado, nada —dijo Peggy—, pero supongo que puede pasar en cualquier momento. No creo que deban regresar; ¿qué opinas?

—Quizá ya no caiga ninguna más —le dije.

A David le habían impresionado las bombas e insistió en ir a ver dónde habían caído. Dos cayeron en Dittisham, al lado del río, y algunas más en la colina de detrás de nuestra casa. Encontramos una después de esquivar cantidad de ortigas y saltar un seto o dos; después vimos a tres granjeros que observaban en el campo un cráter de bomba y otra que al parecer había caído sin explotar.

—¡Maldita sea! —grito un granjero, propinando una potente patada a la que no había explotado—. Esto es una verdadera salvajada; mira que tirar estas cosas. ¡Bestias!

Y le dio otra patada. Me daba la impresión de que era preferible que no lo hiciera, pero estaba claro que deseaba demostrar su desdén por todos los inventos de Hitler.

—Ni siquiera explota como Dios manda —dijo, con desprecio. Aquellas bombas eran todas muy pequeñas comparadas con las que tendríamos después, más avanzada la guerra, pero de lo que no había duda era de que las hostilidades habían empezado. Al día siguiente llegaron noticias de Cornworthy, un pueblecito más allá del Dart: un avión había descendido y regado el patio de la escuela local cuando los niños estaban en el recreo. Una de las maestras fue herida en un hombro.

Peggy me telefoneó de nuevo para decirme que había solucionado que los niños fueran a Colwyn Bay donde vivía su abuela. Pasara lo que pasara en otros sitios, allí por lo visto siempre había tranquilidad.

Los niños se marcharon y yo me quedé muy triste sin ellos. Poco después una tal señora Arbuthnot me escribió para pedirme que le alquilara la casa. Ahora que habían empezado los bombardeos estaban evacuando a muchos niños a varios lugares de Inglaterra; quería transformar Greenway en una guardería para los evacuados de St. Pancras.

La guerra se había alejado, al parecer, de nuestro rincón del mundo; no había más bombardeos. En su día llegaron el señor y la señora Arbuthnot, se hicieron cargo de mi mayordomo y de su esposa y acomodaron a dos enfermeras y a diez niños menores de cinco años. Por mi parte, había decidido marcharme a Londres y volver con Max que trabajaba allí en el Auxilio a Turquía.

Llegué a Londres justo después de las incursiones aéreas y Max, que fue a buscarme a Paddington, me condujo hasta un piso en Half Moon Street.

—Mucho me temo —dijo apologéticamente—, que es bastante malo.

Miraremos por aquí para ver si encontramos algo mejor.

Lo que me molestó un poco cuando llegué era que la casa en cuestión se erigía como un diente: faltaban las casas contiguas de los dos lados. Por lo visto, hacía diez días una bomba las había derribado y por esta razón se había puesto el piso en alquiler; sus dueños lo habían dejado inmediatamente. No puedo decir que estuviera muy a gusto; olía a suciedad, a grasa y a perfume barato.

Una semana más tarde nos mudamos a Park Place, a la derecha de St. James's Street, a un piso con servicio y comida incluidos que era bastante caro. Vivimos allí muy poco tiempo, con ruidosas sesiones de bombas cayendo a nuestro alrededor. Lo sentía más que nada por las camareras, que después de servir la cena regresaban a sus casas atravesando las zonas bombardeadas.

Al poco tiempo, nuestros inquilinos de Sheffield Terrace nos comunicaron que dejaban la casa y nos volvimos.

Rosalind había rellenado una instancia para entrar en el Cuerpo Auxiliar Femenino de las Fuerzas Aéreas (Womens Auxiliary Air

Force, W.A.A.F.), pero la idea no le entusiasmaba y pensaba que hubiera preferido alistarse como azafata de tierra.

Se presentó a la entrevista en las W.A.A.F. y demostró una falta de tacto lamentable. Cuando le preguntaron la razón por la que deseaba alisarse, declaró escuetamente:

—Porque habrá que hacer algo y me da lo mismo esto que cualquier otra cosa.

La respuesta, aunque inocente, creo que no fue bien recibida. Al poco tiempo, después de una breve temporada de repartir comida en las escuelas y trabajar en no sé qué oficina militar, decidió apuntarse en el Servicio Territorial Auxiliar (Auxiliary Territorial Service, A.T.S.). Según ella, no había tanto trabajo como en las W.A.A.F., así que presentó una nueva instancia.

Por entonces Max, con gran alegría por su parte, entró en las fuerzas aéreas ayudado por nuestro amigo Stephen Glanville, catedrático de egiptología. Él y Max estaban en el Ministerio del Aire donde compartían una habitación en la que se pasaban el día fumando, Max en pipa. La atmósfera era tal que los amigos la llamaban «la casita del gato».

Los acontecimientos se sucedieron desordenadamente. Recuerdo que Sheffield Terrace fue bombardeada un fin de semana que estábamos fuera de Londres. Explotó una mina justo enfrente, al otro lado de la calle, y destruyó por completo tres casas. En el 48 de Sheffield Terrace voló la planta baja, que en pura lógica era el lugar más seguro, y produjo daños en el tejado y la planta superior, dejando la entreplanta y primeros pisos casi intactos. A partir de entonces mi piano Steinway no volvió a ser lo que había sido.

Como Max y yo siempre dormíamos en nuestro dormitorio, que estaba arriba, no hubiéramos resultado heridos aunque hubiéramos estado en la casa. Por mi parte, en ningún momento de la guerra bajé a cobijarme; me daba pánico quedar atrapada en un sótano y estuviera donde estuviera dormía siempre en mi habitación. Al final, me acostumbré tanto a los ataques aéreos sobre Londres que casi nunca me despertaba. Medio dormida, pensaba que había oído la sirena o las bombas cerca de la casa.

—¡Vaya, ahí están otra vez! —decía entre dientes, y me daba la

vuelta.

Uno de los problemas que teníamos en Sheffield Terrace, por causa de los bombardeos, era que en aquel tiempo había dificultades para almacenar enseres en todo Londres. Según estaba la casa, era casi imposible entrar a ella por la puerta principal y la única forma de acceso era subiendo por una escalera de mano. Al final, una agencia me convenció para que me mudara y decidí guardar los muebles en WalIingford, en la pista de «squash» que habíamos construido hacía un año o dos. Llevamos todo allí, pero antes, mandé a unos albañiles que tiraran la puerta y el marco, porque era demasiado estrecha y no entraban el sofá ni los sillones.

Max y yo nos mudamos a un bloque de pisos en Hampstead —pisos de Lawn Road—, y empecé a trabajar en el dispensario del Hospital del Colegio Universitario.

Cuando Max me comunicó lo que creo sabía desde hacía algún tiempo, que tenía que partir para Oriente Medio, probablemente a Egipto o al norte de África, me alegré por él. Sabía cuánto lo deseaba; y además, su conocimiento de la lengua árabe sería de utilidad. Era nuestra primera separación en diez años.

Los pisos de Lawn Road era un sitio agradable; había gente encantadora y también un pequeño restaurante con un ambiente alegre e informal. Por la ventana de mi habitación, que estaba en el segundo piso, se veía, detrás de los pisos y a lo largo de toda su extensión, un terreno plantado de árboles y arbustos. Justo enfrente de mi ventana había un cerezo blanco doble que formaba una pirámide de gran altura. El aspecto del terreno se parecía mucho al que describe Barrie en el segundo acto de *Querido Brutus*, cuando dos personajes, al volverse hacia la ventana, descubren que el bosque de Lob ha llegado justamente hasta el alféizar de la ventana. El cerezo me gustaba especialmente; me alegraba todas las mañanas al despertar, sobre todo cuando floreció en primavera.

Había un jardincito a un extremo de los pisos y en las noches de verano se podía cenar allí o tomar el fresco. Además, Hampstead Heath estaba sólo a diez minutos y en ocasiones me iba allí a pasear a *James*, el terrier galés de Carlo, Como ella trabajaba ahora en una fábrica de municiones, me lo dejó una temporada. En el Hospital del Colegio Universitario se portaron muy bien conmigo: me dejaban llevarlo al dispensario. *James* se comportaba

impecablemente. Colocaba su cuerpo blanco en forma de salchicha bajo las repisas de los frascos y allí se quedaba, aceptando de vez en cuando las amables atenciones de la criada que hacía la limpieza.

Rosalind no encajaba en las W.A.A.F. ni en ningún otro trabajo habitual en tiempo de guerra y, por la impresión que me daba, no se interesaba por ninguno en particular. Con vistas a alistarse en el A.T.S., había rellenado infinidad de cuestionarios con fechas, lugares, nombres y toda esa información estúpida que necesitan los centros oficiales. De pronto dijo un día:

—Esta mañana he roto todos los cuestionarios. No me alistaré en el A.T.S.

—Mira, Rosalind —le dije severamente—, tienes que decidirte por algo. No me importa lo que hagas; haz exactamente lo que te apetezca, pero deja ya de empezar cosas que no acabas, de romper cuestionarios y de cambiar tus decisiones.

—He pensado hacer algo mejor —me respondió, y con esa expresión de enorme fastidio que adoptan con frecuencia los jóvenes de su generación para dar cualquier información a sus padres, añadió—: El hecho es que me voy a casar con Hubert Prichard el martes que viene.

La verdad es que, exceptuando la fecha, no me sorprendió demasiado.

Hubert Prichard era galés y comandante del ejército profesional.

Rosalind le conoció en casa de mi hermana, lugar que él frecuentaba bastante por ser amigo de mi sobrino Jack. En una ocasión que estuvo con nosotros en Greenway me produjo muy buena impresión. Era pausado, moreno, extremadamente inteligente y dueño de muchos galgos. Él y Rosalind eran amigos desde hacía algún tiempo, pero yo casi había desechado la idea de que la cosa fuera a mayores.

—Supongo —dijo Rosalind—, supongo que quieres venir a la boda, madre.

—Naturalmente que quiero ir a la boda —contesté.

—Lo supuse… Pero, en realidad no hay necesidad de complicaciones, creo. Quiero decir que para ti sería más sencillo y menos cansado si no vinieras. Nos casamos en Denbigh, ¿sabes?, porque él no tiene permiso.

—No te preocupes —le aseguré—. Iré a Denbigh.

—¿Estás segura de que quieres? —dijo Rosalind en un último intento.

—Sí —contesté con firmeza, y añadí—: Me sorprende que me hayas avisado con tiempo en lugar de comunicármelo después.

Rosalind enrojeció y me di cuenta de que había dado en el clavo.

—Supongo —le dije— que ha sido Hubert quien te ha dicho que me lo comunicaras.

—Pues, sí, en cierto modo —contestó Rosalind—. Dijo además que soy todavía menor de edad.

—Bueno —dije—, creo que tendrás que resignarte a verme en la boda.

Había cierto ostracismo en Rosalind que resultaba gracioso y esta vez me reí con ganas.

Viajé con ella a Denbigh en tren. Por la mañana Hubert vino a recogerla al hotel. Venía con él uno de sus hermanos oficiales del Ejército y juntos fuimos al Registro Civil donde tuvo lugar la ceremonia, ¡sin apenas complicaciones! La única interrupción en todo el trámite la causó el anciano empleado del Registro que se negó categóricamente a creer que el nombre y títulos del padre de Rosalind estuvieran expresados correctamente: «Coronel Archibald Christie, C.M.G., D.S.O., R.F.C.»

—Si está en las fuerzas aéreas, no puede ser coronel —decía.

—Pero es coronel —contestaba Rosalind—. Ése es su título y su categoría.

—Será comandante de ala —decía el empleado.

—Pues no es comandante de ala.

Rosalind hizo lo que pudo para explicarle que las Reales Fuerzas Aéreas aún no existían hacía veinte años. El funcionario continuó argumentando que nunca lo había oído y fue necesario que añadiera mi testimonio al de Rosalind para que al final, a regañadientes, lo escribiera.

II

Y el tiempo fue pasando, no tanto como una pesadilla, sino como una situación siempre igual, como algo que siempre había sido así. De hecho, nos resultaba casi natural esperar la propia muerte o la de las personas queridas o enterarse de la de un amigo. Las ventanas rotas, las granadas, las minas y, por supuesto, las bombas y los obuses se recibían como algo normal. Después de tres años de guerra, eran cosa de todos los días. Era imposible imaginarse la época en la que la guerra ya no existiría.

Tenía muchas actividades que me mantenían ocupada. Trabajaba en el hospital dos días completos a la semana, tres medias jornadas y los sábados alternos por la mañana. Durante el resto del tiempo escribía.

Empecé dos libros a la vez, puesto que una de las dificultades de escribir uno sólo es que, de repente, se vuelve antipático. Entonces hay que dejarlo durante un tiempo y hacer otras cosas; pero yo no tenía más cosas que hacer y tampoco intención de sentarme a mirar las musarañas. Pensé que si escribía dos al tiempo, alternando, me mantendría fresca en la tarea. Uno era *Un cadáver en la biblioteca*, que tenía en mente desde hacía ya algún tiempo, y el otro *El misterio de Sans-Souci*, historia de espionaje que, en cierto modo, era la continuación de *El misterioso señor Brown*, protagonizado por Tommy y Tuppence, ahora con un hijo crecido y una hija respectivamente. A Tom y Tuppence les fastidió que en tiempo de guerra nadie les quisiera. Sin embargo, su regreso como pareja madura era espléndido y capturaban espías con su entusiasmo de siempre.

Nunca tuve dificultades para escribir durante la guerra como le ocurría a mucha gente; supongo que porque sintonizaba otro

compartimento de mi mente. Era capaz de vivir entre las personas sobre las que estaba escribiendo, pronunciar sus conversaciones y verles desfilar por la habitación que había inventado para ellos.

En una o dos ocasiones pasé unos días con Francis Sullivan, el actor, y su esposa. Vivían en Haslemere en una casa rodeada de castaños de Indias.

En tiempo de guerra siempre me resultaba relajante tratar con actores, porque para ellos su actuación y el teatro eran el mundo real y todo lo demás no lo era. Veían en la guerra una prolongada pesadilla que les impedía vivir adecuadamente su propia vida, y por esto toda su conversación trataba de la gente y de las cosas del teatro, de lo que estaba ocurriendo en el ambiente teatral, de quién iba a entrar en el Sindicato del Espectáculo y de cosas por el estilo; era muy refrescante.

Más adelante, volví otra vez a Lawn Road cubriéndome la cara con una almohada para protegerme de los vidrios rotos que saltaban. Sobre una silla a mi lado coloqué mis dos posesiones más preciosas: el abrigo de piel y la bolsa de agua caliente, en aquel tiempo imprescindible. Con esto, estaba preparada para cualquier emergencia.

Un día ocurrió algo inesperado. Recibí una carta del Ministerio de Marina notificándome su intención de ocupar Greenway, casi inmediatamente.

Fui allí y me atendió un teniente joven muy educado. Me dijo que no me concederían más tiempo. Los apuros de la señora Arbuthnot, que en principio intentó que se revocara la orden y ahora solicitaba tiempo para tratar con el Ministerio de Sanidad el problema de dónde trasladar la guardería, no impresionaron al teniente, Este Ministerio, al enfrentarse con el de Marina, tampoco mejoró la situación. Al final, desalojaron Greenway y a mí me quedó la tarea de mudar todos los muebles. El problema fue que no tenía dónde llevarlos; no había sitio, en ninguna empresa de mudanzas o guardamuebles: todos los almacenes estaban llenos hasta el techo. Al final recurrí al Ministerio de Marina y convinimos en que podría almacenar todos los muebles en el salón de invitados y en una habitación pequeña del piso de arriba.

Mientras se hacía el traslado, Hannaford, el jardinero, un viejo bribón muy atento y leal con quienes había servido durante mucho

tiempo, me llamó aparte y me dijo:

—¡Mire lo que he conseguido rescatar de ella para usted!

No tenía la menor idea de quién sería ella, pero le acompañé a la torre del reloj, encima de los establos; allí me condujo a través de una especie de puerta secreta y me mostró, con gran orgullo, una enorme cantidad de cebollas en el suelo, cubiertas con paja, y también un montón de manzanas.

—Me dijo antes de irse que si había cebollas y manzanas para llevárselas, pero usted descuide que no se lo iba a consentir. ¡Ni hablar! Le dije que la cosecha era mala y que le daba todas las que estaban buenas. Si las manzanas y las cebollas han crecido aquí, aquí se han de quedar; no son para que ella se las lleve a la costa o a donde vaya.

El espíritu feudal de Hannaford me llegó al alma aunque el asunto era de lo más embarazoso. Hubiera preferido mil veces que la señora Arbuthnot se hubiera llevado todas las manzanas y las cebollas; sin embargo, allí las tenía y, por si fuera poco, también a Hannaford meneando la cola como un perro que acabara de rescatar del río algo que yo no quería para nada.

Metimos las manzanas en cajas y se las envié a familiares, con niños, a quienes pensé que quizá les vendrían bien. No quería bajo ningún concepto volver a Lawn Road con doscientas y pico cebollas. Intenté regalarlas a varios hospitales, pero en todos me dijeron que tenían más de las que podían consumir.

Aunque el Ministerio de Marina era el encargado de dirigir las negociaciones, sería la Marina de los Estados Unidos la que se instalaría en Greenway. Los marinos rasos se acomodaron en Maypool, la casa grande de la colina, y los oficiales de la flotilla vinieron a la nuestra.

No puedo quejarme de los americanos ni del trato que dieron a la casa. Pero como guisaban para cerca de cuarenta personas y llevaban unos hornillos enormes, horribles y muy sucios, fue lógicamente inevitable que la cocina y zonas de servicio se convirtieran en algo así como el matadero. Sin embargo, trataron con mucho cuidado las puertas de caoba; el comandante mandó revestirlas de madera aglomerada. Además supieron apreciar la belleza del lugar; muchos hombres de esta flotilla eran de Louisiana y las grandes magnolias, en especial la magnolia grandiflora, les

hicieron sentirse como en su casa.

Después de la guerra han venido a casa familiares de algunos de los oficiales que estuvieron en Greenway para conocer el lugar donde sus hijos o primos se alojaron. Todos me hablaban de cómo su pariente lo había descrito por carta; a veces paseaba con ellos por el jardín intentando identificar las zonas particularmente apreciadas por el inquilino, pero no siempre era fácil por lo mucho que habían crecido las plantas.

En el tercer año de la guerra, ninguna de mis casas estaba disponible en el momento que las necesitaba. En Greenway estaban los marinos; en Wallingford los evacuados y cuando se marcharon a Londres nos la alquilaron unos amigos nuestros, un anciano inválido y su mujer, a quienes al poco tiempo se les unieron su hija y un nieto. La casa del 48 de Campden Street la vendí con excelentes beneficios. Carlo se la enseñó a los compradores. Le había dicho que no la vendería por menos de tres mil quinientas libras, lo que nos parecía mucho dinero para aquel tiempo. Carlo volvió encantada consigo misma.

—He de conseguir quinientas libras más —dijo—. ¡Se lo merecían!

—¿Qué quieres decir?

—Eran unos groseros —dijo Carlo, que despreciaba con verdadero estilo escocés lo que ella llamaba insolencia—. Estuvieron hablando con desprecio de la casa delante de mí, cosa que debían haber evitado. Decían: «¡Qué espantosa decoración! ¡Tendré que cambiar inmediatamente esto papeles pintados con tantas flores! ¡Hay que ver qué raras son algunas personas, mira que tirar esa pared divisoria!» Entonces pensé que se merecían una lección y les subí el precio quinientas libras.

Por lo visto, pagaron sin rechistar.

En Greenway tengo un memorial de guerra de mi propiedad. En la biblioteca, que era el cuarto de batalla de los marinos, un artista pintó un fresco alrededor de la habitación, en la parte superior de las paredes. En él están representados todos los lugares donde estuvo la flotilla, empezando por Key West, siguiendo por las Bermudas, Nassau, Marruecos y terminando con una exagerada exaltación de los bosques de Greenway de nuestra casa en medio de los árboles. Hay además una delicada ninfa —una chica de cartel,

desnuda— que en mi opinión representaba las esperanzas eróticas de los soldados para el día en que terminara la guerra. El comandante me escribió para preguntarme si borraban el fresco y dejaban la pared como estaba. Le contesté inmediatamente que no, que me gustaba tenerlo y que sería un memorial histórico. Sobre el manto de la chimenea había un tosco bosquejo de las cabezas de Winston Churchill, Stalin y el presidente Roosevelt. Me gustaría mucho saber el nombre del artista.

Cuando dejé Greenway estaba convencida de que lo bombardearían y de que no lo vería nunca más, pero, afortunadamente, mis presentimientos no se cumplieron. Greenway quedó intacto, exceptuando que se habían instalado catorce retretes en donde estaba la despensa y tuve que discutir con el Ministerio de Marina para que los quitasen.

III

Mi nieto Mathew nació en Cheshire el 21 de setiembre de 1943, en una maternidad muy próxima a la casa de mi hermana, Punkie, que siempre quiso mucho a Rosalind, estaba encantada de que volviera a Cheshire para tener el niño. Mi hermana era la mujer más infatigable que he conocido; una especie de máquina humana. Cuando murió su suegro, ella y James se fueron a Abney que, como ya he mencionado, era una casa enorme, con catorce dormitorios, infinidad de cuartos de estar, y en mis tiempos jóvenes, la primera vez que fui, dieciséis sirvientes internos. Ahora sólo estaban mi hermana y la cocinera de siempre, que, desde que se casó, venía a diario sólo para hacer la comida.

Cada vez que iba allí, oía a mi hermana moverse a partir de las cinco y media de la mañana. Se hacía la casa entera, limpiaba el polvo, la ordenaba, la barría, encendía las chimeneas, limpiaba los dorados y sacaba brillo a los muebles; luego despertaba a la gente para el té. Después del desayuno, fregaba los cuartos de baño y hacía las camas. A eso de las diez y media no quedaba nada por hacer; entonces salía al huerto que estaba repleto de patatas nuevas, guisantes, judías verdes, habas, espárragos, zanahorias y de todo lo demás; ni una mala hierba se atrevía a asomar la cabeza ni en el huerto ni entre los macizos de flores de Punkie.

Se había hecho cargo además del perro chino de un oficial, porque éste no podía cuidarlo, perro que dormía siempre en el cuarto de los billares. Una mañana al bajar a la habitación, vio que el perro estaba tan tranquilo en su cesto, pero que había una bomba justo en el centro del suelo. La noche anterior habían caído muchas bombas incendiarias en el tejado y tuvieron que subir a quitarlas. Concretamente la que cayó en el cuarto de los billares no la

sintieron porque pasó desapercibida en medio del estruendo general y además porque no explotó.

Mi hermana telefoneó a los expertos en desarticular artefactos, que vinieron inmediatamente. Después de examinarla, dijeron que abandonara todo el mundo la casa antes de veinte minutos.

—Cojan lo estrictamente necesario —dijeron.

—¿A que no te imaginas lo que cogí? —me preguntó mi hermana—, la verdad es que cuando a uno le meten prisa, pierde la cabeza.

—Bueno, ¿qué *cogiste*? —le pregunté.

—Lo primero de todo las cosas personales de Nigel y Ronnie (que eran dos oficiales huéspedes de Punkie en aquellos días), porque pensé que no estaba bien que les ocurriera nada. Luego cogí el cepillo de dientes y todas las cosas de aseo y ya no se me ocurrió absolutamente nada más. Miré por toda la casa, pero tenía la mente en blanco. No se sabe muy bien por qué cogí también el ramo grande flores de cera del estudio.

—Nunca pensé que le tuvieras especial cariño —le dije.

—Claro, como que jamás se lo tuve —contestó Punkie—, ahí está lo extraño.

—¿No sacaste las joyas o algún abrigo de piel?

—Ni se me pasó por la cabeza.

Retiraron la bomba, que explotó en su debido lugar. Afortunadamente no ocurrieron más incidentes de este tipo.

Cuando llegó el momento, recibí un telegrama de Punkie y me presenté allí lo antes que pude. Encontré a Rosalind en la maternidad, muy orgullosa de sí misma y presumiendo de la fuerza y el tamaño de su bebé.

—¡Es un monstruo! —decía con cara de satisfacción—, ¡es un niño enorme, un auténtico monstruo!

Miré al monstruo. Tenía muy buen aspecto y estaba contento. Sonreía ligeramente, quizá porque eructaba, pero a mí me pareció una sonrisa de amabilidad.

—¡Fíjate! —decía Rosalind—, ¡ya no recuerdo cuánto me han dicho que mide, pero es un monstruo!

Lo cierto es que el monstruo había nacido y todo el mundo estaba contento. Cuando llegaron Hubert y su fiel servidor, el oficial Barry, a ver al niño, hubo verdadero júbilo. Estábamos todos locos

de alegría.

Se había convenido que Rosalind se marcharía a Gales en cuanto naciera el niño. El padre de Hubert había muerto en diciembre de 1942 y su madre pensaba mudarse a otra casa más pequeña no muy lejos de la suya. Mientras el plan se ponía a punto, Rosalind se quedaría en Cheshire; después, una enfermera que según ella misma conocía el oficio, se encargaría del cuidado de mi hija y de mi nieto hasta que se asentaran en Gales. Yo también les echaría una mano tan pronto como estuviera todo listo para el traslado.

Por supuesto, en guerra nada era fácil. Rosalind y la enfermera llegaron a Londres y las instalé en el 47 de Campden Street. Como mi hija estaba todavía algo débil, yo iba desde Hamptead casi todas las tardes a preparar la cena. La verdad es que también preparaba el desayuno por las mañanas hasta que la enfermera, una vez que dejó bien sentado que no era más que una enfermera de hospital sin ninguna obligación doméstica, dijo un día que se encargaría de los desayunos. Sin embargo, desgraciadamente, los bombardeos arreciaron de nuevo. Noche tras noche nos sentábamos con mucha inquietud; cuando sonaba la alarma metíamos la cunita de Mathew debajo de una pesada mesa de cartón piedra que tenía encima un cristal muy grueso, porque pensábamos que no había lugar más seguro para resguardarle. Era una situación muy triste para una madre joven y yo no hacía más que pensar que ojalá tuviera disponibles Winterbrook House o Greenway.

Max estaba ahora en el norte de África. Primero estuvo en Egipto y de allí había ido a Trípoli. Más tarde marcharía al desierto de Fezzan. Las cartas llegaban de tarde en tarde y, a veces, no tenía noticias suyas en más de un mes. Mi sobrino Jack estaba también fuera, en el Irán.

Stephen Glanville estaba todavía en Londres, de lo que me alegraba enormemente. En ocasiones me iba a buscar al hospital y me llevaba a su casa de Highgate a cenar. Si uno de los dos había recibido algún paquete de comida solíamos celebrarlo.

—Tengo mantequilla de América, ¿puedes traerte una lata de sopa?

—Me han mandado dos latas de langosta y una docena completa

de huevos marrones.

Un día anunció que tenía arenques frescos de verdad, de la costa Este. Llegamos a la cocina y Stephen deshizo el paquete. ¡Qué lástima! Quizá fueron preciosos recién pescados, pero ahora sólo había un lugar para ellos: el puchero de agua hirviendo. Fue una noche triste.

En tiempos de guerra resulta muy difícil mantener las amistades; es imposible frecuentar el trato con los conocidos de antes e incluso muy rara vez se escriben cartas a los amigos.

Dos amigos íntimos a los que me esforzaba por ver eran Sidney y Mary Smith. Él era encargado de la conservación del departamento de antigüedades egipcias y asirias; hombre de ideas muy interesantes y de temperamento de *prima donna*. Sus puntos de vista sobre cualquier cosa eran distintos de los del resto de la gente y si pasaba una hora hablando con él, cuando dejaba su casa iba tan estimulada por las ideas que me había metido en la cabeza, que me daba la sensación de que andaba sin tocar el suelo. Conseguía siempre provocar una violenta resistencia en mí por lo que discutía con él cada detalle.

Ni sabía ni le gustaba estar de acuerdo con la gente. Cuando censuraba a una persona o no le era agradable, jamás se volvía atrás. Por el contrario el que era amigo suyo una vez, lo era para siempre. Y eso es todo. Su mujer, Mary, era una excelente pintora y una hermosa mujer de precioso cabello gris y cuello delgado y largo. Además tenía un sentido común completamente devastador, como lo demostró con la excelente cena que sirvió una noche.

Los Smith eran encantadores conmigo. Vivían cerca de casa y siempre era bien recibida cuando les visitaba a la salida del hospital y me quedaba hablando con Sidney durante una hora. Me prestaba con frecuencia libros que en su opinión podían interesarme y se sentaba al estilo de los antiguos filósofos griegos y yo a sus pies, como un humilde discípulo.

Le gustaban mis historias de detectives, aunque sus críticas eran contrarias a las de todo el mundo. Casi siempre decía respecto a las cosas que a mí no me gustaban demasiado:

—Eso es lo mejor de tu libro.

Cuando estaba totalmente satisfecha de algo me decía:

—No, tú lo sabes hacer mejor; aquí estás por debajo de tus

posibilidades.

Un día me asaltó Stephen Glanville.

—He proyectado algo para ti. —Hombre, ¿qué es?

—Quiero que escribas una historia de detectives situada en el antiguo Egipto.

—¿En el antiguo Egipto?

—Sí.

—Pero, no sabría…

—Claro que sí. No hay ninguna razón para que una historia de detectives sea más difícil de situar en el antiguo Egipto que en la Inglaterra de 1943.

Comprendí lo que quería decir. La gente es la misma sea cual fuere el siglo o el lugar.

—Y será más interesante —dijo—. Será una historia de detectives escrita para que el que disfrute con las novelas policíacas y le agrade leer sobre esa época combine ambos placeres.

Le repetí que sería incapaz de hacerlo pues no tenía los conocimientos suficientes. Pero Stephen era un hombre extraordinariamente persuasivo y al terminar la tarde casi me había convencido.

—Has leído mucho sobre egiptología —decía—, y siempre te ha interesado Mesopotamia.

Era cierto que uno de los libros que más me habían interesado en el pasado era *El amanecer de la conciencia* de Breasted, y que había leído bastante sobre historia de Egipto cuando escribí mi novela sobre *Akenatón*.

—Todo lo que tienes que hacer es fijar un período de tiempo o un incidente; un escenario definido —me dijo Stephen.

Tuve la terrible sensación de que las cartas estaban ya echadas.

—Pero dame alguna sugerencia —le dije débilmente—, sobre el tiempo o el lugar.

—Bien —me respondió—, tengo un incidente o dos que quizá sirvan.

Me señaló una o un par de cosas en un libro que sacó de un estante. Luego me dio como media docena más de libros, me llevó en su coche con ellos hasta Lawn Road y me dijo:

—Mañana es sábado. Puedes pasarte un agradable fin de semana leyéndolos y a ver qué es lo que excita tu imaginación.

Al final señalé tres posibles puntos interesantes: ninguno se refería a anécdotas demasiado conocidas ni a personas muy famosas, porque en mi opinión esto provoca a veces que una novela resulte pretenciosa, como ocurre a menudo en relatos situados en tiempos históricos. Después de todo, a nadie le interesa saber cómo era el rey Pepi o la reina Hatshepsut y contarlo es una petulancia. Lo que sí se puede hacer es introducir un personaje de creación propia en aquellos tiempos y, siempre que se conozca lo suficiente del ambiente local y de la forma de pensar de la época, el resultado quizá sea bueno. Una de mis elecciones fue una anécdota de la cuarta dinastía; otra, muy posterior —creo que de uno de los últimos Ramsés—, y la tercera, por la que al final me decidí, la saqué de las cartas recientemente publicadas de un sacerdote Ka de la decimoprimera dinastía.

Estas cartas narraban a la perfección la imagen de una familia: el padre era exigente, con ideas propias y preocupado por sus hijos que no siempre hacían lo que él deseaba; de éstos, uno era poco inteligente y en consecuencia obediente; el otro tenía un fuerte temperamento, era pretencioso y extravagante. Las cartas que el padre escribía a sus dos hijos contaban cómo tenía que hacerse cargo de cierta mujer de mediana edad, sin lugar a dudas uno de esos familiares pobres que a través de los siglos viven entre las familias y con los que el padre suele ser amable aunque a los niños les resulte desagradable porque casi siempre son aduladores y causantes de perjuicios.

El anciano disponía las reglas de cómo hacer con el aceite y cómo con el trigo. La familia no estaba dispuesta a que tal o cual persona les engañara en la calidad de los alimentos. Cada vez veía más clara la situación. Añadí una hija y algunos detalles más sacados de otros dos textos: la llegada de una nueva esposa, por cuya causa el padre estaba trastornado. Inventé también un niño malcriado y una glotona pero sagaz abuela.

Muy excitada, empecé a trabajar. En aquel momento no tenía ningún otro libro entre manos. *Diez negritos* se había representado con éxito en el teatro St. James, hasta que fue bombardeado; después trasladaron la obra al Cambridge durante algunos meses

más. Precisamente andaba yo en aquel entonces dándole vueltas a la cabeza para encontrar algún tema nuevo, así que era el momento oportuno de iniciar una historia egipcia de detectives.

No había duda de que el que me había puesto en el disparadero había sido Stephen, ni tampoco la había de que si él estaba decidido a que yo escribiera una novela policíaca ambientada en el antiguo Egipto, no me quedaría más remedio que hacerla. Stephen era así.

Como le había asegurado, creo que en las semanas y meses siguientes se arrepintió de haberme animado a hacer semejante cosa. Le llamaba continuamente en busca de información que, como me había dicho, sólo me llevaba dos o tres minutos preguntar, pero que le suponía consultar unos ocho o diez libros para contestarme con exactitud.

—Stephen, ¿qué tomaban en las comidas? ¿Cómo preparaban la carne? ¿Qué hacían de especial en las fiestas? ¿Comían juntos los hombres y las mujeres? ¿Cómo eran las habitaciones donde dormían?

—Vaya —gruñía Stephen, y después de informarme sobre lo que le había preguntado me explicaba que tenía que sacar amplias conclusiones de pocas evidencias.

Existían dibujos de aves asadas, hogazas de pan, racimos de uvas y cosas así. De momento me bastaban para que la vida cotidiana de aquel período me resultara real, pero al poco rato le llamaba otra vez con nuevas preguntas.

—¿Comían a la mesa o en el suelo? ¿Ocupaban las mujeres una parte distinta de la casa? ¿Guardaban la ropa en cómodas o en armarios? ¿Cómo eran las casas?

Era más difícil de averiguar cómo eran las casas que los palacios o templos, puesto que éstos, al ser de piedra, todavía se conservan, mientras que las casas estaban hechas de material más perecedero.

Stephen discutía a menudo conmigo cierto punto de mi *dénouement*[61] y siento tener que decir que al final le di la razón, aunque muchas veces me reproché a mí misma haberlo hecho. Pero tenía una cierta influencia hipnótica sobre estas cosas; estaba siempre tan seguro de sus criterios que a veces me hacía dudar de los míos y aunque yo por lo general cedía fácilmente a las opiniones de los demás cuando se trataba de temas generales, *en mi vida había dado mi brazo a torcer sobre algo relativo a mis novelas*.

Si pienso que algo de mi libro está bien, como tiene que estar, no es fácil convencerme de lo contrario. En este caso, aún en contra de lo que pensaba, me di por vencida. Era un punto conflictivo, pero aún pienso, cuando vuelvo a leer el libro, que me gustaría rehacer la parte final, lo que demuestra que es preferible mantenerse en los propios trece porque, de lo contrario nunca se estará satisfecho del resultado. Pero me encontraba algo obligada por la gratitud que sentía por Stephen, por todas las molestias que se había tomado y porque había sido idea suya que empezase este libro. De todas formas, *La venganza de Nofret* llegó a feliz término.

Poco tiempo después escribí el único libro que me ha satisfecho por completo. Era una nueva novela de Mary Westmacott, la historia que siempre quise escribir, que siempre había estado clara en mi mente. Era el retrato de una mujer; una imagen completa de lo que ella era, y sobre la que tenía un concepto muy erróneo. Esto se le revela al lector a través de sus actos, sentimientos y pensamientos. Intenta constantemente encontrarse a sí misma sin llegar a conocerse y cada vez se siente más a disgusto. El hecho de estar, por primera vez en su vida *sola*, completamente sola durante cuatro o cinco días, le hace darse cuenta de su situación.

Ahora ya tenía también el escenario, con el que hasta entonces no había dado. Sería una de esas casas de descanso que hay en Mesopotamia, donde uno se encuentra inmovilizado, de donde no se puede salir, donde no hay más que nativos que apenas hablan inglés, que te traen la comida y asienten con la cabeza para demostrar que están de acuerdo con lo que dices. No hay ningún sitio a dónde ir, nadie a quien ver y tienes que permanecer allí hasta que puedas proseguir el viaje. Entonces, después de haber leído los dos únicos libros que llevabas, te sientas y piensas en ti mismo. Siempre supe el principio de la novela, cuando la protagonista se aleja de la estación Victoria en tren, para ir a ver a una de sus hijas que se ha casado en el extranjero; mira hacia atrás cuando el tren empieza a moverse y de pronto siente una terrible angustia al ver cómo su marido abandona el andén a grandes zancadas como quien siente un inmenso alivio, como alguien liberado de una esclavitud, alguien que va a tomarse unas vacaciones. Le sorprendió tanto que no podía dar crédito a sus ojos. Por supuesto estaba en un error y naturalmente Rodney la echaría

mucho de menos; sin embargo la espina se le quedaría clavada en el corazón, atormentándola, y luego cuando estuviese sola le daría qué pensar. A partir de aquí desfilaría poco a poco ante sus ojos toda su vida. Me resultaría técnicamente difícil hacerlo como deseaba; ligero, coloquial, pero con una sensación progresiva de tensión, de incomodidad; ese sentimiento de inquietud sobre *¿quién soy yo?* que todos sentimos alguna vez: *¿Cómo soy en realidad?* ¿Qué piensan de mí las personas a quienes quiero? ¿Tienen de mí el concepto que yo creo que tienen?

El mundo entero parece distinto; se ve en otros términos diferentes. Uno continúa reafirmándose a sí mismo, pero la sospecha y la ansiedad regresan.

Escribí este libro en tres días justos. El tercero, un lunes, envié una excusa al hospital porque no me atrevía a dejarlo en aquel punto; seguiría hasta acabarlo. No era demasiado largo, unas cincuenta mil palabras, pero había estado conmigo durante mucho tiempo.

Produce una extraña sensación gestar un libro durante quizá seis o siete años, sabiendo que llegará el día de escribirlo y sintiendo que crece poco a poco hasta que llega el instante en que ya está. Al final llega el momento en que sale de la niebla. Los personajes están ahí, preparados, esperando salir al escenario cuando les llegue su turno y entonces, de repente, se oye la orden clara y súbita: *¡Ahora!*

Ya se está listo. Ahora todo está claro. ¡Qué bendición cuando, por una vez, se es capaz de hacer algo en ese instante y en ese mismo lugar, cuando ahora es *verdaderamente* ahora!

Me horrorizaba tanto que cualquier cosa rompiera la continuidad que, después de escribir sin desmayo el primer capítulo, comencé el último, porque sabía con tanta claridad dónde quería llegar que me vi impulsada a ponerlo sobre el papel. Así nada me interrumpiría después; iría todo seguido.

Creo que nunca me he cansado tanto. Cuando al terminar vi que no había que cambiar ni una sola palabra, me dejé caer en la cama y por lo que creo recordar estuve durmiendo durante más o menos veinticuatro horas de un tirón. Después me levanté y me preparé una comida abundantísima; al día siguiente ya regresé de nuevo al hospital.

Me encontraba tan extraña que todo el mundo se preocupó por

mí.

—Has estado muy enferma, ¿verdad? —me decían—, tienes unas ojeras espantosas.

Era sólo agotamiento y cansancio y habían merecido la pena porque, por una vez, había escrito sin dificultades; sin ninguna en absoluto, es decir, sin darme cuenta del esfuerzo físico. De todas formas fue una experiencia gratificante.

Titulé el libro: *Lejos de ti esta primavera*, por el soneto de Shakespeare que empieza con estas palabras: «*De ti he estado lejos esta primavera*». Naturalmente, no puedo juzgarlo. Quizá sea anodino, no esté bien escrito o sea pésimo, pero de lo que estoy segura es de su integridad y sinceridad; escribí lo que deseaba y ésta es la más preciada joya que un autor puede tener.

Algunos años después escribí otro libro de Mary Westmacott, llamado *La rosa y el tejo*. Disfruto mucho leyéndolo y aunque no fue tan imperioso como *Lejos de ti esta primavera*, la idea también llevaba conmigo largo tiempo; de hecho desde 1929. Sólo tenía un bosquejo, pero sabía que un día le daría vida.

Me pregunto *de dónde* vienen estas cosas: me refiero a las que son un deber. En ocasiones pienso que es en estos momentos cuando se está más cerca de Dios, porque es Él quien ha hecho posible en nosotros el gozo de la pura creación. Se es capaz de hacer algo distinto de uno mismo y se siente el parentesco con el Altísimo, cuando en el séptimo día se descubre que todo lo que se ha hecho es bueno.

A continuación introduciría una variación más en mi usual trabajo literario. Como estaba separada de Max y apenas recibía noticias suyas, evocaba bastante a menudo con dolorosos recuerdos los días que pasamos en Arpachiyah y Siria. Quería revivir nuestra vida por el mero placer de recordar; por eso escribí un libro nostálgico: *Ven, dime cómo vives*, que aunque es algo frívolo y sin sentimentalismo refleja los momentos que pasamos juntos; mil tonterías que ya habíamos olvidado. A la gente le gustó mucho. Como el papel escaseaba, la edición fue bastante pequeña.

Sidney Smith, como era de esperar, me dijo:

—No publicarás eso, ¿verdad, Agatha?

—Sí, claro que sí —le contesté.

—No —dijo—, no debes hacerlo.

—Pero es que quiero hacerlo.

Sidney Smith me miró con desaprobación; no era el tipo de argumento que más le convencía. Su pensamiento, algo calvinista, no aceptaba que uno hiciera lo que era de su agrado.

—A Max quizá no le guste.

Le dije que tenía mis dudas.

—No creo que le importe. Lo más probable es que también le agrade recordar las cosas que hicimos. Nunca intentaría escribir un libro serio sobre arqueología; sé que cometería muchísimos errores tontos. Pero, esto es diferente, es personal y voy a publicarlo —proseguí—. Quiero algo en qué basarme para recordar. No se puede confiar en la propia memoria; las cosas desaparecen, por eso deseo publicarlo.

—Bueno, bueno —dijo Sidney.

Demostraba aún sus dudas. Sin embargo un «bueno, bueno» de Sidney era ya toda una concesión.

—Tonterías —decía Mary, su mujer—. Por supuesto que puedes publicarlo. ¿Por qué no? Es muy divertido. Comprendo perfectamente lo que quieres decir cuando hablas de deleitarte recordando.

A mis editores tampoco les gustó. Estaban recelosos y en desacuerdo; temían que me hubiera salido del tiesto. Mary Westmacott siempre les desagradó y ahora sospechaban ya de *Ven, dime cómo vives* o de cualquier otra cosa que me apartara de mis historias de misterio. Sin embargo el libro fue un éxito y creo que incluso se lamentaron de que el papel estuviera tan escaso. Lo publiqué con el nombre de Agatha Christie Mallowan, para que no se confundiera con mis novelas policíacas.

IV

Hay cosas que se quieren olvidar, que hay que aceptar porque han ocurrido, pero en las que nadie quiere volver a pensar.

Rosalind me telefoneó un día para decirme que a Hubert, que llevaba en Francia algún tiempo, le habían dado por desaparecido, posiblemente muerto.

Creo que esto es lo más cruel que puede sucederle a una esposa joven en tiempo de guerra, la terrible incertidumbre. Saber que el marido ha muerto es muy triste, hay que aceptarlo porque es un hecho irremediable, pero el fatal hilo de la esperanza es cruel, enormemente cruel… Y nadie puede ayudarte.

Me fui con ella y me quedé en Pwllywrach algún tiempo. Aunque la esperanza es lo último que se pierde, creo que Rosalind, en el fondo de su corazón, tenía muy poca. Esperaba siempre lo peor. Además en Hubert había algo, que no era exactamente melancolía sino ese toque que tienen algunas personas por el que parece que no vivirán mucho tiempo. Era una persona muy querida; siempre fue bueno conmigo y creo que tenía una gran sensibilidad, si no poética, algo parecida. Ojalá le hubiera conocido mejor, pero siempre nos vimos en cortas visitas y en encuentros breves.

Pasaron muchos meses hasta que tuvimos más noticias. Creo que Rosalind lo sabía veinticuatro horas antes de decirme nada. Se comportó como era habitual en ella; siempre tuvo mucho valor. Al final, horrorizándole hacerlo, pero sabiendo que no tenía más remedio, dijo abruptamente:

—Mira esto —y me entregó el telegrama en el que comunicaban que había sido definitivamente clasificado como muerto en combate.

La cosa más triste en esta vida y la más difícil de soportar, es

saber que no se puede hacer nada para aliviar el sufrimiento de alguien a quien se ama. Quizá se pueda aliviar la deficiencia física de las personas, pero es casi imposible ayudar a quien sufre en su corazón. Pensé, aunque tal vez me equivocara, que la mejor postura que podía adoptar era no decir nada, continuar como siempre. Creo que en el lugar de Rosalind así lo habría deseado. Esperas que nadie te hable, que no se dramatice. Creo que era lo mejor para ella; no sé si para otras personas. Quizá le hubiera facilitado más las cosas si hubiera sido de esas madres decididas que insisten en que su hija sea más comunicativa. El instinto no es infalible. Se desea con toda el alma no herir a la persona amada, no hacer mala elección; se piensa que uno debería saber qué hacer pero nunca se tiene la certeza.

Rosalind siguió viviendo en Pwllywrach en aquella enorme casa vacía, con Mathew, un niño encantador al que siempre recuerdo alegre; tenía mucho gancho para la felicidad. Y todavía lo tiene. Me alegraba mucho que Hubert hubiera conocido a su hijo, aunque a veces resulte más cruel saber que no volvería al hogar que tanto amaba, ni educaría al hijo que tanto había deseado.

No se puede evitar un sentimiento de rabia al pensar en la guerra. En Inglaterra tuvimos demasiadas en muy poco tiempo.

La primera parecía increíble; vino como una sorpresa, como algo totalmente innecesario. Esperábamos y creíamos que quedaría definitivamente desterrada, que el deseo bélico jamás volvería a los corazones alemanes. Pero volvió; ahora sabemos, por los documentos que forman parte de la Historia, que Alemania se preparó para la segunda guerra mundial años antes de que se desencadenara.

Y se tiene siempre la terrible sensación de que la guerra no arregla nada; que ganar una guerra es tan desastroso como perderla. Creo que la guerra ha tenido su lugar y su momento en los tiempos en que era necesario que murieran los que no habían de perpetuar la especie; los sumisos, los amables, los que se daban por vencidos con facilidad estaban llamados a desaparecer; entonces la guerra sí era necesaria, porque unos u otros tenían que morir. Como ocurre con los animales, había que luchar por el territorio. La guerra traía esclavos, tierras, comida y mujeres: todo lo necesario para sobrevivir. Pero ahora hay que aprender a evitarla; no porque

nuestra naturaleza sea más perfecta o porque nos desagrade herir a otros, sino porque ya no trae beneficios; ahora nadie sobrevivirá, ni nosotros ni nuestros adversarios; nos destruirá a todos. No cabe duda de que ya pasó la época de los tigres, ahora llegará de los canallas y los charlatanes, la de los ladrones, la de los rateros; pero lo positivo es que será una etapa más en el camino.

Creo que estamos en el amanecer de una especie de buena voluntad. Nos aflige enterarnos de terremotos, de desastres espectaculares. Queremos ayudar. Esto es un auténtico logro que posiblemente traerá sus consecuencias; no inmediatas —nada ocurre de inmediato—, pero creo que debemos esperarlas. En ocasiones nos olvidamos de la segunda de las virtudes de la trilogía que tan pocas veces mencionamos: fe, esperanza y caridad. Es un hecho que la fe siempre ha existido, incluso a veces en dosis excesivas; si abusas, te puede volver un amargado, un ser duro e impasible. El amor que no podemos por menos que sentir en nuestro corazón es suficiente. Pero ¡cuántas veces olvidamos que existe también la esperanza! Casi siempre nos desesperamos antes de tiempo, decimos: «¿Para qué hacer nada?» La esperanza es la virtud que deberíamos cultivar más en los tiempos que corren.

Cada cual se construye su propio bienestar que le proporciona ausencia de temores, seguridad, el pan nuestro de cada día y algo más; sin embargo, en este estado de bienestar, cada año que pasa nos resulta más difícil mirar al futuro. Nada merece la pena. ¿Por qué? ¿Quizá porque ya no tenemos que luchar por la existencia? ¿Es que la vida ya no es interesante? No apreciamos el don de estar vivos. ¿Necesitamos tal vez problemas de espacio, abrirnos a nuevos mundos, a nuevos tipos de dificultades y sufrimientos, de enfermedades y dolor y a un feroz anhelo de supervivencia?

Bueno, soy una persona confiada. Si existe una virtud de la que nunca me sacio, ésa es la esperanza. Por eso me resulta tan grato estar con mi querido Mathew. Ha tenido siempre un temperamento optimista incurable. Me acuerdo de una vez, cuando estaba en preparatorio y Max le preguntó si tenía alguna oportunidad de entrar en el equipo de cricket.

—Bueno —dijo Mathew con una sonrisa luminosa—, ¡siempre hay esperanza!

Creo que nuestro lema ideal sería ése. Me dio muchísima rabia

enterarme de una noticia protagonizada por una pareja de mediana edad que vivía en Francia cuando estalló la guerra. Al ver que los alemanes se acercaban a su país no se les ocurrió nada mejor que suicidarse y lo hicieron. ¡Qué desperdicio! ¡Qué lástima! No beneficiaron a nadie con ello. Quizás hubieran salido adelante a través de las dificultades de una vida de resignación, de supervivencia. ¿Por qué perder la esperanza mientras se está con vida?

Esto me trae a la memoria un cuento que mi abuela americana me contaba hace montones de años, sobre dos ranas que se cayeron a un cubo de leche. Una decía:

—¡Ay! ¡Me estoy ahogando, me estoy ahogando!

La otra decía:

—Yo no me ahogaré.

—¿Cómo lo conseguirás? —preguntaba la primera.

—Porque me moveré y me moveré como una loca —contestó la otra.

A la mañana siguiente, la primera rana se había dado por vencida y estaba ahogada; la segunda, después de estarse moviendo durante toda la noche, estaba sentada dentro del cubo encima de un bloque de mantequilla.

Todo el mundo, creo, estaba algo impaciente hacia los últimos meses de la guerra. A partir del día D, creció el sentimiento general de que aquello tendría un fin y todos los que habían dicho lo contrario empezaban ya a tragarse sus palabras.

Me sentía inquieta. Muchos pacientes se marcharon de Londres aunque, desde luego, continuaban como pacientes externos. Pensábamos aún que esta guerra no había sido como la anterior, en la que remendábamos heridos recién traídos de las trincheras. Ahora pasábamos la mayor parte del tiempo suministrando grandes cantidades de píldoras para los epilépticos que, aunque era un trabajo necesario, carecía de esa relación directa con la guerra que todos necesitábamos. Las madres llevaban a sus hijos al Bienestar Social, y muchas veces pensaba que habrían hecho mejor dejándolos en casa. En esto, el farmacéutico jefe estaba totalmente de acuerdo conmigo.

En aquel tiempo tenía entre manos uno o dos proyectos. Una chica joven que estaba en la W.A.A.F. me concertó una entrevista con un amigo suyo con vistas a cierto trabajo fotográfico de espionaje. Me dieron un salvoconducto impresionante que me permitió andar por miles de pasillos subterráneos bajo el Departamento de Guerra y, finalmente, me recibió un teniente joven muy grave que me puso el corazón en un puño. Aunque tenía mucha experiencia en fotografía, jamás había hecho ninguna desde el aire; en consecuencia, me resultó prácticamente imposible reconocer las fotos que me mostraron. La única de la que estaba algo más segura era una de Oslo, pero me sentía tan avergonzada por haber metido la pata en todas las anteriores, que ni siquiera lo dije. El joven suspiró, me miró pensando en lo torpe que había estado y me dijo con amabilidad:

—Creo que lo mejor es que vuelva a su trabajo del hospital.

Cuando salí, me sentía completamente derrotada.

Hacia el principio de la guerra, Graham Green me escribió para preguntarme sí me gustaría hacer un trabajo publicitario. Siempre he pensado que no se me daría bien la publicidad, porque me falta esa simplicidad necesaria para ver sólo una parte de la cuestión. No hay nada tan inefectivo como un publicista tibio. Hay que saber decir «X, negro como la noche» y *sentirlo*. Y yo no creo que lo consiga nunca.

Pero cada día que pasaba me sentía más impaciente. Quería un trabajo que tuviera algo que ver con la guerra. Recibí una oferta para trabajar en la consulta de un médico en Wendover, que estaba cerca de la casa de unos amigos. Pensé que quizás estaría bien y además me agradaba que fuera en el campo. Lo único era que si Max regresaba —y después de tres años posiblemente estaría al llegar—, sentiría mucho dejar colgado al médico.

Había también un proyecto teatral. Tenía la oportunidad de marcharme con E.N.S.A. de gira por el norte de África como sustituta del productor o algo parecido. La idea me entusiasmaba; sería maravilloso conocer el norte de África. Afortunadamente no me marché; una quincena antes del día fijado para partir, recibí una carta de Max en la que me comunicaba que regresaría de África en dos o tres semanas. ¡Qué pena si llego a marcharme en el preciso momento en que él regresaba!

Las semanas siguientes fueron una agonía; no tenía nada que hacer, sólo esperar. Durante quince días, tres semanas o quizá más tiempo me dije a mí misma que estas cosas casi siempre tardaban en llegar mucho más de lo que uno espera.

Pasé un fin de semana con Rosalind en Gales y volví el domingo por la noche en uno de esos trenes tan habituales en tiempo de guerra, helado; y por supuesto, al llegar a Paddington no había manera de conseguir medios de locomoción para ningún sitio. Al final, tomé un tren muy complicado que me dejó en la estación de Hampstead, cerca de los pisos de Lawn Road, y desde allí fui hasta casa andando, cargada con algunos arenques y la maleta. Cuando llegué, cansada y aterida, lo primero que hice fue encender el gas, quitarme el abrigo, dejar la maleta y poner los arenques en la sartén. Después oí fuera un ruido metálico muy extraño y salí al balcón a ver lo que era; miré las escaleras. Subía alguien cargado con todo lo imaginable, haciendo ruido con lo que le sobresalía por todas partes: parecía una caricatura de Old Bill de la primera guerra mundial. Me recordaba mucho al Caballero Blanco. Parecía imposible que alguien pudiera con tantas cosas a la vez, pero no había duda de quién era: ¡Era mi marido!, dos minutos después supe que todos mis temores de que hubiera cambiado o de que las cosas ya no fuesen las mismas, eran infundados. ¡Era mi Max! Tal cual se marchó, aquí estaba de nuevo. Aquí estábamos de nuevo. Un horrible olor a arenques fritos nos llegó a la nariz y entramos corriendo.

—¿Qué demonios comes? —preguntó Max.

—Arenques —contesté—. Tómate uno.

Entonces nos miramos.

—¡Max! —le dije—. ¡Has engordado como trece kilos!

—Sí, más o menos. Tú tampoco has perdido ni un gramo —añadió.

—Claro, por todas las patatas que he comido —le dije—. Cuando no hay ni carne ni cosas así, se comen demasiadas patatas y demasiado pan.

Y allí estábamos, con veintitantos kilos de más entre los dos. Me parecía ilógico.

—Viviendo en el desierto de Fezzan tenías que haber adelgazado —le dije.

Max me contestó que en los desiertos no se adelgaza porque lo único que se hace es estar sentado, comer alimentos grasos y beber cerveza.

¡Qué maravillosa noche pasamos! Cenamos arenques quemados y nos sentimos felices.

PARTE XI. OTOÑO

I

Estoy escribiendo esto en 1965; lo anterior sucedía en 1945. Veinte años de diferencia, aunque no lo parezca. Los años de guerra tampoco parecían reales. Eran una pesadilla donde se detenía la realidad. Algún tiempo después me decía con frecuencia: ¡Ah!, esto pasó hace cinco años, pero siempre me faltaban otros cinco. Ahora, cada vez que hablo de unos pocos años, me refiero siempre a un montón. El tiempo se ha alterado para mí, como les ocurre a los viejos.

Mi vida empezó de nuevo, en principio, al terminar la guerra alemana; aunque seguía en Japón, la nuestra había terminado. Luego, llegó la tarea de recoger los pedazos, los fragmentos perdidos por todas partes; los fragmentos de la propia vida.

Tras un tiempo de permiso, Max regresó al Ministerio del Aire. La Marina había decidido devolvernos Greenway —como de costumbre casi inmediatamente—, y la fecha elegida fue justo en Navidad. Era el día menos indicado para hacerse cargo de una casa abandonada. Nos hacía falta un poco de suerte. El generador eléctrico estaba en las últimas cuando se marcharon los soldados. El comandante americano me había dicho varias veces que le faltaba poco para estropearse del todo.

—De todas formas —decía—, cuando se lo cambiemos, el nuevo será una joya, para que tenga un buen recuerdo.

Desgraciadamente, la casa quedó vacía exactamente tres semanas antes de que el generador se estropeara.

Greenway estaba precioso cuando volvimos, un día soleado de invierno, pero salvaje, salvaje como una hermosa jungla. Los senderos habían desaparecido, el huerto, donde en su día hubo lechugas y zanahorias, era un montón de malas hierbas y los

frutales estaban sin podar. Por muchas razones era triste verlo así, aunque aún era hermoso. El interior de la casa no estaba tan mal como nos temíamos. Del linóleo no quedaba ni rastro y no obtendríamos el permiso para conseguir más, porque la Marina se lo había quedado después de haberlo pagado cuando se instalaron. La cocina estaba indescriptible, con las paredes negras y llenas de grasa y, como ya he dicho, en la despensa había catorce retretes.

Tenía a alguien que batallaba por mí contra la Marina, porque he de decir que con la Marina era preciso batallar. El señor Adams era un firme aliado mío. Alguien me había dicho que era el único hombre capaz de sacar sangre de las piedras, lo que es lo mismo, dinero a la Marina.

No concedieron el presupuesto suficiente para decorar de nuevo las habitaciones, bajo el absurdo pretexto de que se había pintado la casa sólo un año o dos antes de que la ocuparan; por consiguiente nos dieron muy poco dinero para cada cuarto. ¿Cómo es posible decorar sólo las tres cuartas partes de una habitación? Sin embargo, el garaje tenía daños de consideración; le faltaban piedras y habían roto algunos escalones; y como eran daños estructurales de importancia me los pagaron; cuando me dieron el dinero lo empleé en arreglar la cocina.

Otra batalla desesperada fue la que libramos por los retretes, porque decían que tenía que pagarlos yo en concepto de mejoras. Les dije que no era ninguna mejora tener catorce retretes innecesarios en el cuarto de al lado de la cocina, que lo que necesitaba allí era la despensa tal cual estaba originalmente. Me respondieron que los retretes eran una mejora considerable si el lugar se destinara a colegio de niñas. Les respondí con mucha amabilidad que me dejaran sólo uno de más, como repuesto. Sin embargo no accedieron; o se llevaban todos o si no deducirían su costo, incluida la instalación, del presupuesto de los daños ocasionados. Por tanto, como la reina Roja, les dije:

—¡Llévenselos!

Esto les supuso considerables trastornos y gastos, pero al final los quitaron. El señor Adams consiguió que mandaran a sus hombres una y otra vez, hasta que los quitaran perfectamente, porque siempre quedaban tuberías y cosas a la vista, y también para colocar las puertas y aditamentos de la alacena. Fue una batalla

larga y agotadora.

A su debido tiempo llegaron los de las mudanzas y distribuyeron los muebles en sus correspondientes lugares. Era asombroso lo bien que se había conservado todo, a excepción de los tapices que estaban apolillados. Se les había dicho que tomaran precauciones contra la polilla, pero lo habían descuidado alegando, con falso optimismo: «Para Navidad todo habrá acabado». Algunos libros estaban deteriorados por la humedad, pero sorprendentemente pocos. El tejado del estudio permaneció intacto y todos los muebles se conservaban en asombroso buen estado.

¡Qué bonito estaba el jardín de Greenway con tan abundante esplendor!, pero me preguntaba si volvería alguna vez a tener mis senderos e incluso si sería capaz de averiguar dónde estaban. Aquello estaba cada día más salvaje y así lo consideraba el vecindario. Siempre pillábamos a alguien con las manos en la masa. En primavera pasaban con frecuencia a cortar ramas gruesas de los rododendros, tratando los arbustos sin ningún cuidado. Además, la casa estuvo vacía durante algún tiempo desde que se marcharon los de la Marina. Estábamos en Londres y Max todavía en el Ministerio del Aire. No teníamos a nadie que la cuidara y todo el mundo entraba y arramblaba con lo que fuese con toda libertad; no sólo cogían las flores sino que además, cortaban las ramas de cualquier manera.

Por fin nos instalamos allí y la vida empezó de nuevo, aunque no era como antes. Existía el alivio de que la paz por fin había llegado, pero no sabíamos cuánto duraría, ni teníamos ninguna certeza de futuro. Empezamos despacio, felices de estar juntos, a probar la vida con inseguridad, hasta ver lo que podíamos hacer de ella. Los negocios también tenían complicaciones. Impresos que rellenar, contratos para firmar, líos de impuestos: un montón de problemas que no comprendía.

Sólo ahora me doy perfecta cuenta, volviendo la vista a mi trabajo de entonces, que el volumen de mi producción fue increíble en aquellos años. Supongo que sería porque no existían distracciones de tipo social; apenas se salía por las tardes.

Aparte de los que ya he mencionado, escribí otros dos libros más durante los primeros años de la guerra. Los escribí pensando en que quizá moriría en las incursiones, lo cual era muy probable teniendo

en cuenta que trabajaba en Londres. El primero, de Hércules Poirot, era para Rosalind; el otro, de Miss Marple, para Max. Una vez escritos, los guardé en la caja fuerte de un banco y se instruyó formalmente un documento de cesión para Rosalind y Max. Según me informaron, estaban totalmente asegurados contra la destrucción.

—¡Os alegrará pensar —les dije a los dos— que tenéis un par de libros, uno para cada uno!

Me contestaron que preferían tenerme a mí; les dije:

—¡La verdad es que así lo espero!

Y nos reímos un buen rato.

No comprendo por qué la gente se pone tan nerviosa cuando se discute algo relacionado con la muerte. Mi querido Edmund Cork, mi agente, se entristecía mucho cuando oía mi pregunta:

—Sí, ¿pero en caso de que me muera…?

La verdad es que la cuestión de la muerte es tan importante hoy día que es preciso discutirla. Por lo que deduje de lo que mis abogados me habían hablado en relación a los impuestos testamentarios —de lo que entendí muy poco—, mi muerte sería un desastre sin igual para todos mis familiares y su única esperanza era conservarme con vida el mayor tiempo posible.

Teniendo en cuenta el punto al que habían llegado los impuestos, me agradaba pensar que ya no merecía la pena que trabajara tanto: un libro al año sería suficiente. Si escribía dos libros por año ganaría sólo un poco más que si escribía uno y, sin embargo, el trabajo sería mucho mayor. Era evidente que ya no existía el antiguo incentivo. Ahora bien, la cosa era distinta si verdaderamente deseaba hacer algo fuera de lo común.

Por entonces, la B.B.C. me telefoneó para preguntarme si quería escribir una obra corta para un programa radiofónico que querían preparar para la reina María. Por lo visto había expresado su deseo de tener algo mío porque le gustaban mis libros. Me pidieron que lo tuviera pronto. La idea me atraía. Lo pensé mucho, paseé de arriba a abajo y al final les telefoneé diciéndoles que sí. Me vino una idea bastante acertada y escribí la breve obra radiofónica *Tres ratones ciegos*. Por lo que sé, la reina María quedó encantada. Al poco tiempo me sugirieron que la alargara hasta convertirla en un relató corto.

Sangre en la piscina, que la había adaptado para la escena, fue producida por Peter Saunders y constituyó un gran éxito. Quedé tan complacida que pensé escribir de nuevo para el teatro. ¿Por qué no escribir obras de teatro en lugar de novelas? Era mucho más divertido. Con una novela al año cubriría mis finanzas; una vez terminada, podría divertirme de distinta manera.

Cuanto más pensaba en *Tres ratones ciegos*, más me parecía que debía alargarse, de obra radiofónica de veinte minutos a suspense en tres actos. Busqué dos personajes adicionales, una trama y escena más complicadas y una lenta introducción al clímax. Creo que una de las ventajas de *La ratonera*, como se llama la versión teatral de *Tres ratones ciegos*, sobre otras obras de teatro era que se había desarrollado a partir de un resumen, es decir, a partir de un esqueleto desnudo al que había que ponerle la carne. Todo crecía proporcionalmente en relación con la obra inicial; era un buen sistema de construcción.

Su título he de agradecérselo a mi yerno Anthony Hicks. No lo he mencionado con anterioridad, pero por supuesto vive y está con nosotros. La verdad es que no sé qué haría sin él. No sólo es una de las personas más amables que conozco, sino también un carácter notorio y muy interesante. Tiene muchas ideas y es capaz de animar una comida, inventando de repente un «problema»: al instante todo el mundo discute ferozmente.

Ha estudiado sánscrito y tibetano y tiene conocimientos para hablar de mariposas, arbustos poco comunes, leyes, sellos, pájaros, porcelanas, antigüedades, atmósfera y climas. Su único defecto es que le gusta demasiado el vino, pero ahí no puedo ser imparcial porque no comparto su afición.

Cuando nos enteramos de que el título original *Tres ratones ciegos* no se podía utilizar porque ya existía una obra llamada así, nos rompimos la cabeza pensando otros. A Anthony se le ocurrió *La ratonera*, y lo aceptamos. Creo que debimos compartir los derechos de autor, pero nunca imaginamos que esta obra concreta hiciera historia dentro del teatro.

La gente siempre me pregunta a qué atribuyo el éxito de *La ratonera*. Aparte de la respuesta obvia, ¡suerte! —porque es así por lo menos en un noventa y nueve por ciento—, creo que la única razón que serviría es que tiene algo para todas las preferencias. Les

gusta a los jóvenes y les gusta también a las personas de edad; Mathew y sus amigos de Eton, y más tarde, Mathew y sus amigos de la Universidad fueron a verla y les encantó; y también gusta a los licenciados en Oxford. Pero creo, y no quiero pecar de presumida ni de lo contrario, que en su estilo —o lo que es lo mismo, para ser una obra ligera con humor y emoción—, está bien construida. La trama se desenvuelve de tal forma que se quiere saber cómo continuará y nunca se intuye lo que pasará al cabo de unos minutos. Además, opino que aunque existe la tendencia de que los personajes de casi todas las obras que llevan largo tiempo en cartel sean caricaturescos, en *La ratonera* «todos» podrían ser personas reales.

Es el caso de tres niños que, después de que un tribunal los enviara a una granja, fueron maltratados y se abusó de ellos. Uno muere y, al ver la obra, se intuye la posibilidad de que en el corazón de alguno de los otros dos nazca el deseo de venganza. En el segundo asesinato, que sin duda se recordará, existe alguien que arrastra su rencor desde la infancia y espera muchos años para llevar a cabo su venganza. Esta parte de la trama no es en absoluto imposible.

Los personajes: la joven desengañada de la vida, decidida a vivir sólo para el futuro; el joven que se niega a enfrentarse con la vida y busca a una madre; y el niño que con inocencia vuelve la espalda a la mujer cruel que hirió a Jimmy —y a su joven maestro—, me parecen todos reales, naturales.

Richard Attenborough y su encantadora esposa interpretaron los dos papeles principales en el estreno. ¡Qué buena fue su actuación! Les gustaba la obra y creían en ella; Richard Attenborough interpretaba su papel con gran inteligencia. Disfruté mucho también en los ensayos; todo me pareció bien.

Finalmente, fue representada. Tengo que decir que nunca pensé que tuviera un gran éxito entre mis manos ni nada parecido. Pensé que la obra marchaba muy bien hasta que un día que fui a verla con unos amigos —no recuerdo si fue en una primera representación, aunque creo que fue en Oxford, al principio de una gira—, pensé con tristeza que fracasaría porque era poco directa. Había inventado demasiadas situaciones humorísticas; provocaba excesiva hilaridad y esto seguro que le restaba emoción. Sí, recuerdo que me deprimí algo por este motivo.

Sin embargo, Peter Saunders inclinaba la cabeza amablemente y me decía:

—¡No te preocupes! En mi opinión estará algo más de un año en cartel; le daré catorce meses.

—No durará tanto —le dije—; quizás ocho. Sí, creo que ocho meses.

Y ahora, mientras escribo, cumple su decimotercer año y ha cambiado de reparto innumerables veces. El Ambassadors Theatre ha renovado ya las butacas y las cortinas. He oído que ahora van a cambiar la decoración, porque todo está muy viejo. Y la gente acude aún.

Me parece increíble. ¿Por qué dura trece años una obra en sesión de tarde que sólo es divertida y agradable? No hay duda: ocurren milagros.

¿Y a quién van a parar los beneficios? En su mayor parte, como es de suponer, al fisco, como pasa con todo; pero, aparte, ¿quién es el beneficiario? He cedido a otras personas los beneficios de muchas de mis novelas y cuentos. Los derechos del relato corto *Santuario*, han sido cedidos a la Fundación de Recursos de la Abadía de Westminster, y otros relatos cortos pertenecen a varios de mis amigos.

El hecho de sentarse a escribir algo y que luego pase directamente de tus manos a las de otra persona es mucho más natural y produce mayor alegría que regalar cheques o cosas por el estilo. Parece que en definitiva ambas cosas son lo mismo; pero no es lo mismo. Uno de mis libros pertenece a los sobrinos de mi marido; aunque fue publicado hace muchos años todavía le sacan un buen partido. A Rosalind le cedí mi parte de los derechos por la película *Testigo de cargo*.

La ratonera pertenece a mi nieto Mathew que, por supuesto ha sido el miembro más afortunado de la familia; es un regalo que le convertirá en el más rico de mis beneficiarios.

Una cosa que me ha producido una gran satisfacción es haber escrito una novela —semilarga creo que se llama, de una duración entre novela y relato breve—, cuyo producto se destinó a colocar una vidriera en mi parroquia de Churston Ferrers. Es una bonita iglesia pequeña, pero siempre me disgustó el ventanal del Este que era de vidrio corriente. Todos los domingos me fijaba y pensaba lo

bonito que estaría en colores pálidos. Como no tenía ningún conocimiento sobre cristal emplomado, tuve que visitar varios talleres y encargar diferentes diseños a diferentes artistas. Al final me decidí por uno llamado Patterson que vivía en Bideford y que me había enviado un diseño de ventanal que me encantó sobre todo por su colorido, ya que no había empleado azules y rojos, como se suele hacer, sino predominantemente malva y verde pálido, mis colores favoritos. Quería que la figura central fuera el Buen Pastor, pero tuve dificultades con la diócesis de Exeter y también con el señor Patterson, porque ambos insistían en que el diseño del panel central de una ventana orientada al Este tenía que representar la Crucifixión. Sin embargo, en la diócesis, después de hacer algunas indagaciones, convinieron que figurase lo que yo quería, puesto que la parroquia estaba consagrada al Buen Pastor. Tenía interés en que fuera un ventanal alegre; que los niños lo mirasen con placer. En el centro quedó el Buen Pastor y en los otros paneles aparecen el pesebre y la Virgen con el Niño, los ángeles apareciéndose a los pastores en el campo, los pescadores en su barco con las redes y Jesús caminando sobre el mar. Son escenas sencillas del Evangelio que disfruto contemplando cuando voy a misa los domingos. El señor Patterson hizo un precioso ventanal, que creo pasará con éxito la prueba de los siglos, porque es sencillo. Me siento orgullosa y a la vez humilde por haber podido hacer ese ofrecimiento con el producto de mi trabajo.

II

Hay una noche de teatro que perdura en mi memoria como ninguna otra; la del estreno de *Testigo de cargo*. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que fue el único estreno en el que he disfrutado.

Los estrenos suelen ser desafortunados, difíciles de soportar. Sólo hay dos posibles razones para asistir a ellos. La primera es la nobleza: porque los pobres actores tienen que estar allí y si resulta mal, no es justo que el autor no esté presente para compartir su tortura. Aprendí algo de este sentimiento en el estreno de *Alibi*. El guión exige que el mayordomo y el médico golpeen la puerta cerrada del estudio y, después de una situación de alarma progresiva, la abran por la fuerza. La noche del estreno, la puerta no esperó a que la forzaran: se abrió de par en par antes de que nadie pusiera un dedo encima, dejando visible el cadáver que estaba dando los últimos retoques a su actitud. Desde aquella noche, siempre me ponen nerviosa las puertas cerradas, las luces que no se apagan cuando toda la emoción está en que se tienen que apagar, y las que no se encienden cuando toda la emoción está en que se tienen que encender. Éstos son los auténticos malos tragos del teatro.

La otra razón para asistir a los estrenos es, evidentemente, la curiosidad. Aun a sabiendas de que me va a horrorizar, que voy a estar desastrosamente mal, que se va a notar todo lo que no marcha como debiera, que en todas las frases hay equivocaciones; que los actores añaden paja, se detienen, se les queda la mente en blanco. Pero voy por esa insaciable curiosidad de «bebé elefante»: porque tengo que verlo con mis propios ojos. No me sirve el relato de nadie. Y allí estoy, temblando, sintiendo frío y calor alternativamente y pidiéndole al cielo que nadie descubra mi

escondite en las últimas filas del teatro.

El estreno de *Testigo de cargo* no fue un desastre. Era una de mis piezas preferidas; me gustaba más que casi ninguna otra. Pero no quería escribirla; me aterrorizaba hacerla. Peter Saunders, que tenía grandes dotes de persuasión, me forzó, me intimidó amablemente y me aduló con sutileza:

—Por supuesto que puedes hacerlo.

—Pero no sé una palabra sobre procedimientos, legales. Me haría un lío.

—Eso no es problema. Tú estúdialo y luego tendremos a mano un abogado para corregir anomalías y supervisar que todo vaya bien.

—No puedo escribir la escena de un juicio.

—Claro que puedes, has visto representadas muchas escenas de ese tipo. Puedes estudiar vistas de causas.

—No sé… No creo que *pueda*.

Peter Saunders continuó diciendo que, por supuesto, podría, y que empezara pronto porque quería la obra rápidamente. Hipnotizada y, como siempre, sometida al poder de su sugestión, me leí cantidad de ejemplares de la serie *Juicios famosos*, consulté con pasantes y abogados y al final me interesé por el tema. Me di cuenta de que estaba disfrutando, de repente, en uno de esos maravillosos momentos de tremenda inspiración que por lo general duran poco, pero que te llevan a la orilla como una larga ola. «Esto es fantástico; lo estoy haciendo; esto funciona; ahora, ¿cómo va a seguir la cosa?» Es el preciso momento de verlo todo claro, no en el escenario, sino en la mente. Ya está todo: la trama real, el juicio real —todavía sin el Old Bailey porque no había estado en él—, todo el esquema de la escena ante el tribunal, grabado en mi mente. Veía al joven desesperado y nervioso sentado en el banquillo y a la misteriosa mujer que llega como testigo a declarar, no en favor de su amante sino apoyando al fiscal. Es una de las obras que he escrito con más rapidez: creo que tardé sólo dos o tres semanas después de tener el borrador.

Por supuesto, hice algunos cambios en el proceso y me empeñé con todas mis fuerzas en que se conservara el final que yo había pensado. A nadie le gustaba, nadie lo quería así, todo el mundo decía que estropeaba la obra. Decían:

—¡Eso no resultará!

Y pedían un final distinto, a ser posible el utilizado en el relato corto original que había escrito años atrás. Sin embargo una novela corta no es una obra de teatro. La novela corta no tenía un juicio; no había juicio por asesinato. Era un mero boceto de un acusado y un testigo enigmático. Cogí cariño al desenlace. Por lo general no suelo coger cariño a nada de lo que no tenga la suficiente convicción; pero aquí la tenía. Quería ese final y lo quería hasta tal punto que no consentiría que se montara la obra sin él.

Le puse mi final y fue un éxito. Algunas personas decían que resultaba demasiado complicado, pero yo sabía que era lógico, posible y probable; en mi opinión, quizá podía haber sucedido con menos violencia, pero psicológicamente el desenlace era acertado y el único hecho algo accesorio estaba implícito a lo largo de toda la obra.

Un abogado y su ayudante me aconsejaron oportunamente y vinieron a los ensayos en dos ocasiones. La crítica más severa la recibí del pasante de abogado que me dijo:

—Mire, a mi parecer, está todo mal porque un juicio así duraría tres o cuatro días por lo menos. No puede usted reducirlo a una hora y media o dos horas.

Por supuesto tenía mucha razón, pero tuvimos que explicarle que todas las obras de teatro gozan de ciertas licencias por las que tres días pueden condensarse en una hora. Un telón bajado aquí o allá sirve de ayuda, aunque en *Testigo de cargo* creo que es válida la continuidad de toda la escena del proceso.

De todas formas lo pasé muy bien la noche en que se estrenó la obra. Supongo que asistí a la función con los nervios de costumbre, pero en cuanto se alzó el telón empecé a disfrutar. De todas las puestas en escena que se habían hecho de mis obras, ésta era la que más se ajustaba, en cuanto al reparto, a lo que me había imaginado: Derek Bloomfield como el joven acusado; los magistrados, a los que nunca había visto con demasiada claridad puesto que sabía poco de leyes, de repente aparecían vivos, y Patricia Jessel, con el papel más difícil de todos, de quien dependía en mayor proporción el éxito. No había una actriz más perfecta. Su papel era muy difícil, especialmente en el primer acto donde el guión ayuda poco. Las frases son vacilantes, reservadas, y toda la fuerza de la actuación

tiene que expresarse con los ojos: la reticencia, la sensación de que hay algo maligno oculto. Lo hizo a la perfección; sugería una personalidad tirante y misteriosa. Creo aún que su actuación en el papel de Romaine Helder fue una de las mejores que jamás he visto en escena.

Por consiguiente era feliz, muy feliz, y todavía lo fui más al escuchar los aplausos del público. Como de costumbre, me escabullí en cuanto cayó el telón y salí para Long Acre. En un momento, mientras buscaba el coche que estaba esperándome, me vi rodeada por una multitud de admiradores, gente sencilla de entre el público que, habiéndome reconocido, me daban palmadas en la espalda y me alegaban:

—¡Lo mejor que has escrito, querida! ¡Soberbio, de primera! ¡Bravo! ¡Me ha entusiasmado cada minuto!

Me alargaron libros de autógrafos y los firmé con cariño y alegría.

Por una vez, mis nervios y mi conciencia de mí misma me habían abandonado. Fue una noche memorable. Todavía estoy orgullosa de ella. Siempre que resuelvo el baúl de los recuerdos, le echo un vistazo y digo:

—¡Aquélla fue mi noche!

Otra ocasión que recuerdo con gran orgullo —aunque debo admitir que estuve muy nerviosa—, fue el décimo aniversario de *La ratonera*. Dieron una fiesta para celebrarlo; ¡habría una fiesta!, y lo que es peor, ¡yo tenía que asistir! No me importaba ir a fiestas de teatro cuando sólo eran para los actores o así de concurridas; en esos casos siempre estaba entre amigos y, aunque nerviosa, me las arreglaba más o menos. Pero ésta era una imponente fiesta por todo lo alto en el Hotel Savoy. Tenía todos los ingredientes desagradables imaginables: cantidad de gente, cámaras de televisión, luces, fotógrafos, periodistas, discursos y todo lo demás; y yo era la persona menos indicada del mundo para representar el papel de heroína. De todas formas, era algo irremediable. No tenía exactamente que hacer un discurso, pero sí que decir unas palabras, cosa que jamás había hecho antes. No puedo hacer discursos; jamás los hago ni los haré y hago bien en no hacerlos porque resultarían malísimos.

Sabía que cualquier discurso que pronunciara sería un verdadero

desastre. Quise preparármelo, pero preferí dejarlo porque pensar en ello hubiera sido peor. Lo mejor era no darle más vueltas y luego, cuando llegara el momento, ya saldría algo: no importaba qué y siempre sería mejor que cualquier discurso urdido de antemano y manoseado.

Empecé la fiesta de manera insospechada. Peter Saunders me había pedido que estuviera en el Savoy media hora antes de la hora convenida. (Cuando llegué allí, descubrí que era para una prueba de fotografía y, aunque no me resultó desagradable, no se me había pasado por la cabeza que resultara tan aparatosa). Llegué al Savoy a la hora que me habían dicho, sola, con toda valentía; pero cuando intenté entrar a la habitación privada reservada para el acto del homenaje, me detuvieron:

—No se puede entrar todavía, señora. Hasta dentro de veinte minutos es imposible.

Me di la vuelta. ¿Por qué no dije inmediatamente: «Soy la señora Christie y me han dicho que pase?» No lo sé. Fue por mi desgraciada, horrible e inevitable timidez.

Este incidente fue particularmente estúpido, porque en las reuniones sociales no suelo ponerme nerviosa. No me gustan las fiestas concurridas, pero asisto a ellas si es necesario, y lo que siento no es exactamente timidez. Creo que en realidad el sentimiento —que no sé si les pasará a todos los escritores, aunque pienso que a muchos sí— es que estoy fingiendo ser algo que no soy, porque, incluso hoy día, no me veo a mí misma como a una escritora. Tengo aún el sentimiento de culpa de ser una impostora. Quizá me parezca un poco a mi nieto Mathew a los dos años, cuando bajaba la escalera y a modo de reafirmación se decía:

—¡Éste es Mathew bajando la escalera!

Por eso, cuando llegué al Savoy me dije a mí misma: «Ésta es Agatha fingiendo ser una escritora de éxito, asistiendo a esta enorme fiesta en su honor, obligada a comportarse como si fuera alguien, a hacer un discurso sin ser capaz y a representar un papel que no es el suyo».

Y, como una cobarde, acepté la prohibición me di media vuelta y me fui a pasear tristemente por los pasillos del Savoy intentando sacar valor para volver y decir —como Margot Asquith—: «¡Soy yo!» Afortunadamente me rescató mi querida Verity Hudson, la

representante jefe de Peter Saunders. Se rió —no lo pudo evitar—, y Peter Saunders lo hizo a carcajadas. Por fin me hicieron entrar y una vez dentro, tuve que cortar cintas, besar a actrices, sonreír de oreja a oreja, poner cara de boba y sufrir el insulto a la vanidad de saber que al día siguiente aparecería en la prensa, arrimando el carrillo al de una actriz joven y guapa: ella radiante y segura de sí, y yo horrorosa. ¡Bueno, después de todo creo que fue un buen remedio contra la presunción!

Al final todo resultó bien, aunque no tanto como hubiera resultado si la reina de la fiesta hubiera tenido más talento de actriz para hacer una buena actuación. No obstante, mi «discurso» fue aceptable. Fueron sólo unas breves palabras, pero los asistentes las recibieron con mucha amabilidad: todos me dijeron que había estado magnífica. Aunque no les creí, pensé que había quedado suficientemente bien. La gente padeció mi inexperiencia, pero se dio cuenta de que intentaba hacerlo lo mejor posible y agradecieron mi esfuerzo. Mi hija, he de confesarlo, no estaba de acuerdo con esto. Me decía:

—Podías haberte molestado un poco más, madre, y haber preparado algo *como Dios manda* de antemano.

Pero ella es ella y yo soy yo, y preparar algo como Dios manda de antemano, en mi caso, a menudo es causa de mayor desastre que confiar en la inspiración del momento, por poca que exista.

—Esta noche has hecho historia del teatro —me dijo Peter Saunders con la mejor intención de animarme.

Creo que en cierto modo era verdad.

III

Hace unos años pasamos unos días en la embajada en Viena cuando estaban allí Sir James y Lady Bowker, y EIsa Bowker me llamó seriamente la atención para que recibiera a unos periodistas que vendrían a entrevistarme.

—¡Pero Agatha! —me amonestó con su delicioso acento extranjero—. ¡No te comprendo! Si yo fuera tú me alegraría y me sentiría orgullosa. Diría, sí: «¡Vengan!, ¡vengan y siéntense! Es maravilloso lo que he escrito, ya lo sé. Soy la mejor, la mejor escritora de novelas policíacas del mundo y estoy muy orgullosa. Sí, sí, claro que les contaré. Estoy encantada; sí, la verdad es que soy muy inteligente». Si yo fuera tú me sentiría muy inteligente; me sentiría tan inteligente que estaría todo el tiempo hablando.

Me reí como nunca y le contesté:

—Ojalá pudiera meterme en tu piel durante esta media hora. Te harían una entrevista preciosa y se marcharían encantados contigo. Pero me faltan cualidades para hacer las cosas bien cuando tengo que hacerlas en público.

Por lo general he tenido el suficiente sentido común para no actuar en público, excepto cuando ha sido absolutamente necesario so pena de herir los sentimientos de la gente. Cuando algo no se te da bien, es mucho más sensato no intentarlo, y no veo ninguna razón para que los escritores sea una excepción, ya que no forma parte de sus necesidades el hacerlo. En muchas profesiones el efecto que se causa en público tiene importancia: por ejemplo, si se es actor o figura pública. Pero la tarea de un escritor no es más que escribir. Los escritores son seres tímidos: necesitan estímulo.

La tercera obra que tendría en cartel en Londres (todas al mismo tiempo), era *La tela de araña*. La escribí especialmente para

Margaret Lockwood. Peter Saunders me pidió que quedara con ella para hablar del asunto. Me dijo que le agradaba la idea de que le escribiera una obra y le pregunté qué tipo de obra deseaba. Me contestó inmediatamente que estaba harta de ser siniestra y melodramática y que había hecho últimamente cantidad de papeles de «mujer malvada». Le apetecía hacer algo ligero y creo que acertaba porque tiene unas dotes extraordinarias tanto para la comedia como para el drama. Es una actriz magnífica que entona a la perfección, lo que le permite dar a cada línea la relevancia que precisa.

Me divertí mucho escribiendo el papel de Clarissa de *La tela de araña*. Al principio tuve mis dudas con respecto al título; dudábamos si llamarla *Clarissa encuentra un cadáver* o *La tela de araña*, pero al final ganó este último. Estuvo dos años en cartel y me quedé muy satisfecha. Cuando Margaret Lockwood acompañaba al inspector de policía al sendero del jardín, estaba encantadora.

Más adelante escribiría otra obra para teatro llamada *El visitante inesperado*, y otra más que, aunque no tuvo mucho éxito entre el público, me satisfizo por completo. La llamé *Veredicto*: un mal título. Pensaba llamarla *No hay flores de amaranto*, título extraído de las palabras de Walter Landor: «No hay flores de amaranto en este lado de la tumba». Es mi mejor obra de teatro exceptuando *Testigo de cargo*. Creo que no tuvo éxito porque no era policíaca ni de suspense. Era una obra relacionada con el asesinato, pero su verdadero fondo es que un idealista es siempre peligroso y posible destructor de los que le aman; la obra plantea el interrogante de hasta qué punto puede uno sacrificar a las personas que ama; en las que cree, incluso en el caso de no ser correspondido.

De mis novelas policíacas, creo que las dos que más me gustan son *La casa torcida* e *Inocencia trágica*. Para mi sorpresa, al releerlas hace poco descubrí otra que me satisface plenamente: *El caso de los anónimos*. Es verdaderamente una prueba releer lo que se ha escrito hace unos diecisiete o dieciocho años. La propia forma de verlo cambia y algunas superan las pruebas y otras no.

Una joven hindú que me entrevistó una vez, preguntándome un montón de tonterías, entre ellas incluyó:

—¿Ha publicado alguna vez un libro que considere malo de verdad?

Contesté con indignación que no. Ninguno ha salido exactamente como yo quería y nunca he quedado completamente satisfecha, pero si hubiese pensado que uno de mis libros era malo, no lo habría publicado.

Sin embargo creo que estuve bastante cerca con *El misterio del tren azul*. Cada vez que lo leo lo encuentro vulgar, lleno de estereotipos y con una trama sin interés. Siento decir que a mucha gente le gusta. Siempre se ha dicho que no es cosa de escritores el juzgar su propia obra.

Será muy triste el día en que no pueda escribir más, pero sé que no debo ser ansiosa. Después de todo es una suerte poder hacerlo aún a los setenta y cinco años. Creo que debo conformarme y estar preparada para cuando llegue el momento. De hecho, he considerado varias veces la idea de retirarme este año, pero al final el que mi último libro se esté vendiendo mejor que los anteriores me ha hecho desistir: no me ha parecido el momento oportuno. Quizá la edad tope sea los ochenta.

He disfrutado mucho la segunda primavera que comienza cuando termina la vida de las emociones y relaciones personales; de repente he encontrado —a los cincuenta años, digamos— que una nueva vida se ha abierto ante mí, repleta de ocasiones para pensar, estudiar o leer. Al llegar a esta edad, se descubre el placer de asistir a exposiciones, conciertos y a la ópera, con el mismo entusiasmo que a los veinte o veinticinco años. Durante cierto tiempo la vida personal absorbe las propias energías, pero en esta edad recobra de nuevo la libertad de volver la vista a lo que nos rodea. Se disfruta del ocio; se goza de las cosas. Se es joven aún para divertirse en viajes por el extranjero, aunque sin darse los trotes que se daba uno antes. Parece como si un nuevo caudal de ideas y pensamientos surgiera en ti. Con el tiempo, por supuesto, llegan las penalidades de la vejez: el descubrimiento de que constantemente se resiente algún lugar del cuerpo: si no se tiene lumbago, se pasa uno el invierno con reumatismo en el cuello de manera que es un calvario volver la cabeza o se tienen trastornos de artritis en las rodillas y no se puede estar mucho tiempo de pie ni bajar cuestas demasiado empinadas; todo esto ocurre cuando se llega a la vejez y hay que

aceptarlo. Creo, de todas maneras, que el agradecimiento que uno siente por el regalo de la vida durante estos años, es mucho más fuerte y vital que nunca. Tiene algo de la realidad y de la intensidad de los sueños; a mí, todavía me entusiasma soñar.

IV

Allá por 1948 estaba muy en boga la arqueología. Todo el mundo hablaba de posibles expediciones y hacía planes para visitar el Oriente Medio. Existían condiciones favorables para excavar en Iraq.

Los mejores hallazgos anteriores a la guerra provenían de Siria; pero ahora, las autoridades iraquíes y el Departamento de Antigüedades daban muchas facilidades. Aunque todos los objetos hallados irían a parar al Museo de Bagdad, se repartirían «duplicados» de ellos —como los llamaban allí—, y cada arqueólogo recibiría una buena parte. Entonces, tras un año entero de tentativas de excavar aquí y allá, muchas personas reemprendieron la tarea en este país. Después de la guerra, se creó una cátedra de arqueología del Asia Occidental de la que fue titular Max en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. Ahora tendría trabajo de campo durante muchos meses al año.

Con gran placer reanudamos, después de un lapso de diez años, nuestra labor en Oriente Medio. Esta vez sin tomar el Orient Express, desgraciadamente. Ya no era el medio de transporte más barato, y, además, ya no hacía el trayecto directo. Esta vez fuimos en avión; fue el comienzo de una tediosa rutina: viajar por aire, aunque no sea despreciable el tiempo que se ahorra. Pero lo peor era que se nos habían acabado los viajes por Nairn a través del desierto; ahora volábamos de Londres a Bagdad, ni más ni menos. En otros tiempos se pasaba una noche aquí y otra allá, ahora era el comienzo de lo que claramente sería un sistema de viajar demasiado costoso, aburrido y poco placentero.

Pues bien, Max y yo llegamos a Bagdad junto con Robert Hamilton, que había participado en expediciones con los Campbell-

Thompson y posteriormente fue conservador del Museo de Jerusalén. En aquella ocasión visitamos juntos algunos puntos del norte de Iraq a lo largo del río Zab hasta llegar a la ciudad y pintoresco emplazamiento de Erbil. De allí seguimos hacia Mosul y de camino visitamos Nimrud por segunda vez.

Nimrud era aún la misma encantadora ciudad que cuando la visitamos por primera vez hacía mucho tiempo. Max la examinó en esta ocasión con particular interés. La vez anterior le había resultado prácticamente imposible hacerlo, pero ahora, aunque entonces no lo creíamos así, haríamos algo. Después de tanto tiempo, merendamos de nuevo allí, visitamos algunos otros emplazamientos y después llegamos a Mosul.

Como resultado de esta gira Max vio las cosas claras y dijo con firmeza que lo que deseaba era excavar en Nimrud.

—Es una ciudad grande e histórica; un lugar donde *hay* que excavar.

Nadie la ha tocado desde hace cerca de cien años; desde Layard, y Layard sólo excavó en las afueras. Encontró algunos preciosos fragmentos de marfil; tiene que haber muchísimos más. Nimrud es una de las tres ciudades importantes de Asiria. Asur era la capital religiosa; Nínive, la capital política y Nimrud —o Calah, como se llamaba antiguamente—, la capital militar. *Hay que excavarla*. La tarea supondrá el trabajo de muchos hombres, una fuerte suma de dinero y varios años. Si tenemos suerte quizá sea uno de los mejores emplazamientos arqueológicos, y la nuestra, una de las excavaciones históricas que más aportará al conocimiento del mundo.

Le pregunté si había perdido la ilusión por la cerámica prehistórica; me contestó que sí y que habían dejado de interesarle muchas cuestiones ahora que pensaba dedicarse por completo a Nimrud, a la vista de las posibilidades de realizar en ella hallazgos históricos.

—Será —me dijo—, como la tumba de Tutankhamón, Ur o Knossos en Creta. Además, por un lugar como éste —añadió—, *se puede* pedir dinero.

El dinero estaba al llegar; al principio no era mucho, pero aumentó simultáneamente a nuestras necesidades. El Museo Metropolitano de Nueva York era uno de nuestros mayores

contribuyentes; la Escuela de Arqueología de Gertrude Bell en Iraq nos ayudó también, además de otros muchos patrocinadores como los Ashmolean, Birmingham o los Fitzwilliam. Así empezamos el que sería nuestro trabajo durante los diez años venideros.

El libro de mi marido *Nimrud y sus ruinas* será publicado este año, este mismo mes. Le ha llevado diez años escribirlo. Temió siempre no vivir lo suficiente para completado. La vida es muy incierta y el infarto, la tensión alta y todas las demás enfermedades modernas parecen estar al acecho, sobre todo en los hombres. Pero todo marcha perfectamente. Éste ha sido el trabajo de su vida: la tarea en la que lleva desde 1921. Estoy orgullosa y me alegro por él. Parece un milagro que los dos hayamos triunfado en el trabajo que deseábamos hacer.

Nuestros respectivos trabajos no pueden ser más distintos. Yo soy poco instruida y él bastante culto; creo que por eso nos complementamos y nos hemos ayudado el uno al otro. En muchas ocasiones me pide mi opinión sobre ciertos puntos y, aunque nunca seré más que una aficionada, conozco bastante de esta rama concreta de la arqueología; por cierto, hace muchos años le comenté tristemente a Max que era una lástima que no hubiera estudiado arqueología cuando era joven para tener ahora mayores conocimientos sobre el tema y él me contestó:

—¡No te das cuenta de que en este momento eres una de las mujeres que más sabe de cerámica prehistórica en Inglaterra!

Quizá lo fuera en aquel momento, pero las cosas hay que decirlas como son. Nunca seré capaz de adoptar una actitud profesional ni de recordar las fechas exactas de los distintos reinados asirios, aunque pongo un enorme interés en los aspectos personales que revela la arqueología. Disfruto con los hallazgos como el del perrito bajo el umbral de una puerta donde estaban inscritas las palabras: «No te pares a pensado, ¡muérdele!» ¡Qué buen lema para un perro guardián!; esta frase estaba escrita en el barro junto con una persona riéndose. Las tablillas que describen los contratos son muy interesantes y aclaran cómo y dónde podía uno venderse a sí mismo como esclavo, o bajo qué condiciones se podía adoptar un hijo. Se ve también a Shalmaneser construyendo su zoológico, ahuyentando de su campo a los animales extraños o investigando nuevas plantas y árboles. Como siempre he sido muy

curiosa me fascinó nuestro descubrimiento de una tablilla que describía una fiesta dada por el rey, en la que se enumeran todos los alimentos que sirvieron. Lo que me pareció más extraño es que, después de doscientas ovejas, seiscientas vacas y cantidades por el estilo, mencionaran tan sólo veinte barras de pan. ¿Por qué razón eran tan pocas? ¡Para eso, mejor hubiera sido que no pusieran nada!

Nunca he sido una excavadora tan científica como para discutir sobre niveles, planos y todas esas cosas, con las que tanto disfruta la escuela moderna. Soy una admiradora ferviente de los objetos de artesanía y del arte que sale de la tierra. Supongo que lo primero es más importante, pero a mí nada me produce tanta fascinación como el trabajo que sale de las manos humanas: el pequeño copón de marfil con unos músicos y sus instrumentos tallados alrededor; el niño alado; la extraordinaria cabeza esculpida de mujer, fea, llena de energía y personalidad.

Vivíamos en una parte de la casa del Sheikh en el pueblo situado entre el *tell*[62] y el Tigris. En el piso de abajo disponíamos de una habitación para comedor y trastero y una cocina contigua, y en el de arriba teníamos dos habitaciones: una era nuestro dormitorio y la pequeña, que estaba encima de la cocina, el de Robert. Tenía que revelar las fotos por las noches en el comedor; Max y Robert subían entonces al piso de arriba. Cada vez que andaban por la habitación me caía suciedad del techo en la cubeta del líquido. Antes de empezar una nueva tanda subía y les decía muy enfadada:

—*No olvidéis* que estoy *revelando* debajo de vosotros. Cada vez que os movéis me cae algo. ¿Es que no podéis hablar tranquilamente sin pasearos?

Casi siempre se acaloraban después de un rato de charla y al final terminaban por ir corriendo a sacar un libro de la maleta para consultado, con lo que me caían otra vez pedazos del techo.

En el patio había un nido de cigüeñas y cuando se apareaban hacían muchísimo ruido con su aleteo y con un sonido como de crujir de huesos. Las cigüeñas son muy apreciadas en casi todo el Oriente Medio y todo el mundo las trata con gran respeto.

Cuando nos marchamos, al final de la primera temporada, teníamos todo dispuesto para construir una casa de adobe en el mismo monte. Hicimos los ladrillos, los pusimos a secar y encargamos el tejado.

Cuando al año siguiente regresamos, estábamos muy orgullosos de nuestra casa. Tenía una cocina; a su lado, un trastero grande y un cuarto de estar y, contigua a éste, la oficina de recepción y la habitación para guardar los objetos hallados. Dormíamos en tiendas. Un año o dos después construimos dos habitaciones nuevas: una era una pequeña oficina con una ventana a través de la cual cobraban los obreros el día de pago y la otra era el despacho del epigrafista. Contiguas a éste estaban la oficina de recepción y el taller de reparación de objetos. Por último, más allá estaba el triste agujero de costumbre donde la desgraciada fotógrafo revelaba y cargaba la cámara. Muy a menudo había terribles tormentas de viento en todas las direcciones; inmediatamente corríamos a refugiarnos en las tiendas, mientras volaban todas las tapas de los cubos de basura. Casi siempre se venía abajo alguna tienda, enterrando a alguien debajo de sus pliegues.

Por fin, un año o dos después, pedí permiso para añadir a la casa una pequeña habitación para mí, que pagaría de mi dinero. Por cincuenta libras me hice un cuarto de adobe pequeño y cuadrado, y allí empecé a escribir este libro. La habitación tenía una ventana, una mesa, una silla en buenas condiciones y los restos de otra que en su día fue de estilo y que ahora estaba tan decrépita que era difícil sentarse en ella, aunque era aún bastante cómoda. En la pared tenía colgados dos cuadros de jóvenes artistas iraquíes. Uno representaba una vaca de aspecto triste al lado de un árbol y el otro un caleidoscopio de todos los colores imaginables que en un principio parecía un «patchwork», pero en el que de repente se aclaraban las figuras de dos burros y varios hombres guiándolos a través del Suq; siempre me pareció fascinante. Al final lo dejé allí porque a todo el mundo le gustaba y se colocó en el cuarto de estar principal. Pero creo que algún día lo recuperaré.

Donald Wiseman, uno de nuestros epigrafistas, colocó en la puerta una placa que en escritura cuneiforme anuncia que ésta es: «Beit Agatha», es decir, la casa de Agatha; y en la casa de Agatha hacía yo cada día un poquito de mi trabajo; no obstante, la mayor parte del tiempo me dedicaba a la fotografía o a restaurar o limpiar figurillas de marfil.

Tuvimos una espléndida colección de cocineros, uno detrás de otro. Uno de ellos estaba loco; era indio portugués. Guisaba bien,

pero según avanzaba la temporada se hizo más y más reservado. Al final los chicos de la cocina me dijeron que estaban preocupados por Joseph: se estaba volviendo muy extraño. Un día desapareció. Le buscamos y lo notificamos a la policía, pero fueron los hombres del Sheikh quienes nos lo trajeron. Nos explicó que había recibido un mandato del Señor y tenía que obedecer, pero que ahora se le había ordenado regresar e indagar de nuevo sobre los designios del Señor. Creo que en su cerebro había cierta confusión entre el Todopoderoso y Max. Dio una vuelta a la casa a grandes zancadas y después se postró de rodillas ante Max, que estaba explicando algo a unos obreros y, para vergüenza de éste, le besó el bajo de los pantalones.

—¡Levántate, Joseph! —le dijo Max.

—Haré lo que tú me ordenes, señor. Dime dónde tengo que ir y allí iré. Mándame ir a Basra e iré a Basra. Dime que visite Bagdad y lo visitaré, que vaya a las nieves del Norte y allí iré.

—Te digo —contestó Max, aceptando el papel del Todopoderoso — que vayas inmediatamente a la cocina y nos hagas la comida.

—Voy, señor —dijo Joseph.

Seguidamente le besó una vez más el bajo de los pantalones y se fue a la cocina. Pero por desgracia le llegaban otras órdenes que interferían con las de mi marido y de vez en cuando desaparecía. Al final le enviamos a Bagdad. Le cosimos el dinero a un bolsillo, y mandamos un telegrama a sus familiares.

A partir de entonces nuestro segundo sirviente, Daniel, que dijo tener algunos conocimientos de cocina, se encargaría de las comidas durante las tres últimas semanas que quedaban de la temporada. Como consecuencia tuvimos indigestión permanente. Nos alimentaba sólo de lo que él llamaba «huevos a la escocesa», extremadamente indigestos y con una salsa muy extraña. Daniel se deshonró a sí mismo antes de despedirse. A raíz de una discusión con nuestro chófer, éste nos informó que tenía guardados en su equipaje veinticuatro latas de sardinas y varios manjares más. Le armamos un escándalo; se le dijo que había caído muy bajo como cristiano y como sirviente a los ojos de los árabes y que no le contrataríamos nunca más. Fue el peor sirviente que jamás hemos tenido. En cierta ocasión le dijo a Harry Saggs, uno de nuestros epigrafistas:

—Usted es el único hombre bueno en la excavación; lee la Biblia, yo lo he visto. Puesto que es usted un hombre bueno, deme su mejor par de pantalones.

—Ni te lo pienses —le dijo Harry.

—Sea buen cristiano y deme sus mejores pantalones.

—Ni los mejores ni los peores —le contestó—. Necesito los dos. Daniel se marchó a mendigar a otra parte. Era tremendamente perezoso y siempre se las arreglaba para limpiar los zapatos cuando ya había oscurecido, de forma que nadie viera que lo único que hacía era estar sentado, refunfuñando y fumando.

Nuestro mejor criado fue Michael, que había servido en el consulado británico en Mosul. Parecía una figura de El Greco, con la cara alargada y melancólica y los ojos enormes. Andaba siempre con problemas con su mujer. En una ocasión ella intentó matarlo con un cuchillo. Al final el médico le convenció para que la llevara a Bagdad.

—El médico me ha escrito —dijo un día Michael—; y me dice que es sólo cuestión de dinero. Si le doy doscientas libras quizá la cure.

Max le insistió para que la llevara al mismo hospital donde había tenido un niño y que no se dejara engañar por charlatanes.

—No —contestó Michael—, es un gran hombre, vive en una casa muy grande, en una calle muy grande. Tiene que ser el mejor.

La vida en Nimrud durante los tres o cuatro primeros años fue relativamente sencilla. El mal tiempo impedía que nos visitaran muchas personas, porque estábamos separados de la llamada carretera. Hasta que un año, a causa de nuestra creciente importancia, hicieron una especie de camino para unirnos a la carretera principal y asfaltaron esta última.

Fue una suerte para nosotros. Por primera vez en tres años pudimos emplear a una persona que enseñara el lugar a los visitantes, les hiciera los honores, ofreciera té, café y cosas por el estilo. Venían a vernos autocares llenos de colegiales. Éste era uno de nuestros mayores quebraderos de cabeza, porque había por todas partes peligro de hundimientos, a menos que se supiera dónde se pisaba. Les rogábamos a los profesores que mantuvieran a los niños

alejados de las excavaciones propiamente dichas, pero como era de esperar, casi siempre adoptaban la actitud de «Inshallah, no pasará nada». Con el tiempo vinieron muchísimos niños pequeños acompañados de sus padres.

—¡Este lugar —dijo Robert Hamilton con desesperación, mirando al cuarto de recepción donde estaban tres bebés berreando en sus cochecitos—, este lugar es una guardería!, —y suspirando añadió—: Me voy a medir esos niveles.

Todos protestamos, metiéndonos con él:

—Pero Robert, tú eres padre de cinco. Eres la persona más indicada para encargarse de la guardería. ¡No puedes dejar a esos jovencitos al cuidado de los niños!

Robert nos miró fríamente y se marchó.

Eran buenos tiempos. Cada año teníamos nuestro entretenimiento, aunque, con el tiempo, la vida se hacía más complicada, más sofisticada, más urbana.

En cuanto al monte, acabó perdiendo su belleza, a causa de los innumerables agujeros. Su inocente simplicidad, con todas aquellas piedras que sobresalían de la hierba verde salpicada de tallos rojos, había desaparecido. Las bandadas de devoradores de abejas —preciosos pajaritos de color dorado, verde y anaranjado que gorjeaban y revoloteaban por encima del monte—, venían aún todas las primaveras; un poco más adelante venían los rodadores, pájaros azules y anaranjados de mayor tamaño, que tenían una curiosa manera de descender torpe y repentinamente, de donde les viene el nombre. Existe la leyenda de que Ishtar los castigó a que les hirieran las alas, porque la habían ofendido de alguna manera.

Ahora Nimrud duerme.

La hemos dejado marcada por nuestras excavadoras. Los boquetes que hemos abierto los han rellenado con arena. Algún día sus heridas sanarán y dará vida otra vez a nuevas flores tempranas de primavera.

Aquí estuvo emplazada en su tiempo la ciudad de Calah, la gran ciudad. Y Calah estaba dormida …

Hasta que llegó Layard a turbar su descanso. De nuevo Calah-Nimrud estaba dormida…

Hasta que llegaron Max Mallowan y su mujer. Ahora, de nuevo Callah duerme…

¿Quién será el próximo que venga a molestarla? No lo sabemos.

No he hablado aún de nuestra casa de Bagdad. Teníamos una vieja casa turca en la orilla oeste del Tigris. La gente pensaba que teníamos gustos muy extraños por tenerle tanto cariño y no vivir en una de esas casas modernas; pero la nuestra era acogedora y deliciosa, con su patio y, sus palmeras que llegaban hasta la barandilla del balcón. Detrás de nosotros había un palmeral cuidado y una caseta del Ayuntamiento hecha de *tutti* (bidones de petróleo). Los niños jugaban alegremente allí; las mujeres iban y venían al río para lavar las cacerolas y las sartenes. El rico y el pobre viven codo con codo en Bagdad.

Hay que ver lo que ha crecido desde la primera vez que la vi. La mayoría de las edificaciones modernas son feas y completamente inadecuadas al clima. Están copiadas de revistas modernas: francesas, alemanas e italianas. Ya no se puede ir a un fresco *sirdab* en las horas de más calor; las ventanas ya no son aquellas ventanitas en lo alto de las paredes que resguardaban la casa del fuego del sol. Quizá la fontanería haya mejorado —difícilmente sería peor—, aunque lo dudo. La fontanería moderna tiene buen aspecto y se ven lavabos exóticos de color lila, pero el alcantarillado deja mucho que desear. Las aguas residuales van a parar al Tigris como antiguamente, y el caudal que mana de los grifos es aún miserablemente escaso. Hay algo en los preciosos cuartos de baño modernos, cuando la grifería no funciona como debiera y carece del caudal de agua suficiente, que me resulta insoportable.

He de comentar la primera visita que hicimos a Arpachiyah después de un intervalo de diez años. Nos reconocieron inmediatamente. El pueblo entero salió a recibirnos. Hubo voces, gritos y saludos de bienvenida.

—¿Se acuerdan de mí, Hawajah? —decía un hombre—; yo era un niño de los que llevaban los canastos cuando ustedes se marcharon. Ahora tengo veinticuatro años, tengo mujer y un hijo crecido; un niño muy grande, tengo que enseñárselo.

Se asombraban de que Max no recordara todas las caras y todos los nombres. Recordaron la famosa carrera, que ha pasado a la historia. Vimos otra vez a los amigos de quince años atrás.

Un día que conducía yo el camión por Mosul, el policía que dirigía el tráfico paró de repente a todos los automóviles levantando el bastón, y gritó:

—¡Mamá!, ¡Mamá!

Mientras avanzaba hacia el camión, me cogió la mano y me la estrechó fuertemente.

—¡Qué alegría verla, Mamá! ¡Soy Alí! ¡Soy Alí, el ayudante del mesonero! ¿Se acuerda? ¿No? ¡Ahora soy policía!

A partir de entonces cada vez que conducía por Mosul me encontraba con Alí y, en cuanto nos reconocía, detenía el tráfico de toda la calle, intercambiábamos saludos y a continuación proseguíamos la marcha con entera prioridad. ¡Qué bueno es tener amigos así! Cariñosos, sencillos, encantados de la vida y por consiguiente dispuestos a reírse por todo. Los árabes son la gente que más se ríe; la más hospitalaria también. Siempre que pasábamos por el pueblo de uno de nuestros obreros, inmediatamente salía a recibirnos y nos insistía para que bebiéramos en su casa leche fermentada. Algunos de los *efendis* de la ciudad, que visten traje púrpura, son antipáticos, pero los hombres sencillos del país son bellísimas personas y excelentes amigos.

¡Cuánto he amado esta parte del mundo! La amo y nunca dejaré de amarla.

EPÍLOGO

El deseo de escribir mi autobiografía me asaltó de repente en mi casa de Nimrud, «Beit Agatha».

He leído otra vez lo que escribí entonces y estoy satisfecha. Lo he hecho tal como quería. Ha sido como un viaje; no tanto de vuelta a través del pasado como hacia delante, empezando de nuevo en el comienzo de todo, volviendo hacia mi «yo» que se embarcaba en un recorrido hacia delante a través del tiempo. No me he atado al tiempo ni al espacio. Me he detenido donde he querido y he saltado a voluntad, hacia delante y atrás.

Supongo que he recordado sólo lo que me interesaba y entre ello muchas cosas ridículas sin motivo coherente. Así somos las criaturas humanas.

Y ahora que he alcanzado los setenta y cinco años, creo que es el momento adecuado de parar. Porque, en lo que se refiere a la vida, nada queda por decir.

Ahora vivo un tiempo prestado, esperando en la antecámara del juicio que inevitablemente ha de llegar. Y después entraré en el nuevo estado, comoquiera que sea. Afortunadamente, no hay por qué preocuparse.

Estoy preparada para aceptar la muerte. He sido extraordinariamente afortunada. Están conmigo mi marido, mi hija, mi nieto, mi amable yerno: las personas que componen mi mundo. Además, no ha llegado el momento aún en que me convierta en un completo estorbo para ellos.

Siempre he admirado a los esquimales. Un buen día, se prepara una deliciosa comida para la querida madre anciana, y luego ella se va caminando por el hielo hasta que desaparece, y *no regresa jamás*… ¡Qué honra dejar la vida así: con decisión y dignidad!

Por supuesto, es muy sencillo escribir estas hermosas palabras. Lo que ocurrirá es que seguramente viviré hasta cumplir los noventa y tres, volveré a todo el mundo loco por ser incapaz de oír lo que me dicen, me quejaré amargamente de los últimos adelantos en aparatos auditivos, haré infinitas preguntas, olvidaré inmediatamente las respuestas y preguntaré lo mismo una y otra vez. Discutiré violentamente con alguna paciente enfermera y la acusaré de intentar envenenarme, o me fugaré de la residencia de simpáticas ancianitas, causando infinitas molestias a mi sufrida familia. Y cuando por fin me venza la bronquitis se oirá un murmullo a mi alrededor: «Es inevitable un sentimiento de alivio piadoso…»

Y desde luego *será* un alivio piadoso (para ellos) y, con mucho, lo mejor que puede suceder.

Hasta entonces, mientras espero cómodamente en la antecámara de la muerte, me estoy divirtiendo. Aunque cada año que pasa tengo que borrar una cosa nueva de la lista de placeres.

Los largos paseos se me acabaron y, desgraciadamente, los baños en el mar también; los filetes, las manzanas y las moras crudas (por trastornos en la dentadura), y la lectura de letra menuda. Pero me queda mucho aún: óperas, conciertos, lecturas, el enorme placer de dejarme caer en la cama y dormir, una enorme variedad de sueños y las frecuentes visitas de jóvenes que vienen a verme y son extremadamente encantadores conmigo. Y lo mejor de todo, sentarme al sol, suavemente adormecida… Y de nuevo yo, recordando. «*Recuerdo, recuerdo, la casa donde nací*».

Regreso a mi nunca olvidado Ashfield.

> *¡O! ma chère madison; mon nid, mon gîte*
> *Le passé l'habite… O! ma chère maison*[63].

¡Cuánto significa para mí! En mis sueños, casi nunca aparecen Greenway o Winterbrook; es siempre Ashfield, el viejo hogar de mi familia, donde vi la luz por vez primera, aunque las personas que vea sean de hoy. ¡Qué bien conozco cada detalle!: la desgastada cortina roja en el paso a la cocina, el guardafuegos dorado en forma de girasol en la rejilla de la entrada, la alfombra turca de la

escalera, el inmenso y destartalado cuarto de los niños con su papel pintado en relieve azul oscuro y dorado.

Hace un año o dos fui a ver no Ashfield, sino el lugar donde estuvo Ashfield. Sabía que tarde o temprano iría. Aunque me entristeciera, tenía que ir.

Hace ahora tres años, alguien me escribió para preguntarme si sabía que iban a tirar la casa y a edificar otra nueva en el solar. Se preguntaban si podría hacer algo para salvarla —una casa tan preciosa— ya que habían oído que había vivido allí.

Fui a ver a mi abogado. Le pregunté si la podía comprar y luego donarla para una residencia de ancianos, quizá. Pero era imposible. Se habían vendido en bloque cuatro o cinco villas con sus jardines para ser demolidos y edificar en su lugar una nueva «finca». Por consiguiente, no se podía hacer nada por el querido Ashfield.

Esto ocurría un año y medio antes de que me decidiera a visitar Barton Road…

No quedaba nada que me trajera ningún recuerdo a la memoria. Eran las casitas más vulgares y peor construidas que he visto. No quedaba ni uno sólo de los árboles grandes. Habían desaparecido los fresnos del bosque y lo que quedaba de la gran haya, el wellingtonia, los pinos, los olmos que bordeaban el jardín de la cocina y el oscuro roble; ni siquiera podía determinar en mi mente el lugar que ocupaba la casa. Y de repente vi el único vestigio: los restos desafiantes de lo qué había sido un rompecabezas, luchando por sobrevivir en un destartalado patio trasero. No se veían por ninguna parte restos de jardín. Todo era asfalto. No quedaba ni una sola brizna de hierba.

Dije: «Bien, rompecabezas», dirigiéndome a él, di media vuelta y me marché.

Pero, después de ver lo que habían hecho, me importó menos. Ashfield existió una vez, pero sus días habían terminado. Y además, todo lo que ha existido, existe todavía en la eternidad. Ashfield es aún Ashfield y ya no me causa dolor pensar en él.

Quizás un día una niña, chupando un juguete de plástico y aporreando la tapa del cubo de la basura, se quede mirando a otra niña pálida de rizos dorados y cara solemne. La niña solemne estará de pie con un aro en la mano sobre un campo verde irreal, con un rompecabezas a su lado. Se quedará mirando a la nave espacial de

plástico que chupa la otra niña y ésta mirará el aro. No sabrá qué es un aro ni sabrá que ha visto a un fantasma…

Adiós, querido Ashfield.

Muchas otras cosas para el recuerdo; caminar por una alfombra de flores hasta el santuario de los Yezidis en Sheikh Adi… la belleza de las mezquitas de amplios tejados de Isfahan: una ciudad de cuento de hadas… un atardecer rojo fuera de nuestra casa en Nimrud… bajar del tren en las Puertas Cilicias en la quietud del anochecer… los árboles de New Forest en otoño… nadar en el mar en Torbay con Rosalind… Mathew jugando en el encuentro entre los equipos de Eton y Harrow… el regreso de Max a casa después de la guerra y los arenques de la cena de aquella noche… Tantas cosas: algunas tontas, algunas graciosas, algunas hermosas. Dos ilusiones hechas realidad: cenar con la reina de Inglaterra (¡cómo le hubiera gustado a Nursie! «Gatito, gatito, ¿dónde has estado?»); y el orgullo de ser propietaria de un Morris de morro achatado: ¡un coche para mí sola! La experiencia más punzante: Doradín, el canario, tirándose de lo alto de la barra de la cortina, después de un día entero de total desesperación.

Los niños dicen: «Gracias, Señor, por los alimentos que hemos recibido».

¿Qué puedo decir yo a los setenta y cinco años?: «Gracias, Señor, por la hermosa vida que me has dado y por todo el amor que he recibido».

Wallingford, 11 de octubre de 1965.

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el*

Nilo (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] Se refiere, como aclara la autora posteriormente, a iglesias con grandes y bonitos edificios. (N. del T.) < <

[2] Cartón piedra. (N. del T.) < <

[3] O sea: «Sé ahorrativa, a menos que te interese». (N. del T.) <<

[4] Especie de galería. (N. del T.) < <

[5] Complement = complemento; compliment = cumplido. De ahí la confusión de la autora. (N. del T.) <<

[6] Hace referencia a la celebración del 75 aniversario de la reina Victoria. (N. del T.) < <

[7] Un perro, una casa, un guardia, el panadero. (N. del T.) <<

[8] ¡Oh, qué maja eres; qué amable es esta niña! ¡Oh, qué maja es! Ya verás qué clases más divertidas vamos a tener. (N. del T.) <<

[9] ¡Oh, mi pobre niña, mi pobre hijita! (N. del T.) <<

[10] Las mesas. (N. del T.) < <

[11] Caramelo en forma de bastón elegante. (N. del T.) <<

[12] Puede ser, pero es demasiado joven. (N. del T.) < <

[13] Chico serio. (N. del T.) < <

[14] Indicando cobardía. (N. del T.) <<

[15] «No comer moras», «Os vais a envenenar». (N del T.) < <

[16] ¡Escupe! (N. del T.) < <

[17] Pero ¿por qué no, Marie? (*N. del T.*) <<

[18] Gran señor. (N. del T.) < <

[19] «Señor Tony, al baño» (N. del T.) < <

[20] ¡A vuestra señora madre no le gustaría! (N. del T.) < <

[21] Mi señora madre. (N. del T.) < <

[22] «Pero, mi pobre niña, si no sabes que las vías…». (N. del T.) <<

[23] Gentil; de buena educación. (N del T.) < <

[24] «Mi último cajón». (N. del T.) < <

[25] Está muy enamorado. (*N. del T.*) < <

[26] Es un muchacho muy serio. (*N. del T.*) < <

[27] George Stephenson inventó la máquina de vapor. (N. del T.) <<

[28] Pequeño panecillo de bizcocho. (N. del T.) < <

[29] Canción fúnebre irlandesa acompañada por lamentos: On Wallers. La autora juega con el apellido del actor: Waller. (N. del T.) < <

[30] Sustancia vomitiva. (N. del T.) < <

[31] Es increíble. Habla usted el francés perfectamente y sin embargo tiene veinticinco faltas en el dictado. ¡Veinticinco! (N. del T.) < <

[32] ¿Pero qué estás tocando, pequeña? ¡Es horrible! (N. del T.) <<

[33] Conveniente para chicas jóvenes. (N. del T.) < <

[34] Como es debido. (N. del T.) < <

[35] Pero, es que tú no ves nada. (N. del T.) < <

[36] Señor, sus grandezas no me impresionan en absoluto. (N. del T.)
< <

[37] Para salvar a mi hija, he matado a mi madre. (N. del T.) < <

[38] Pero qué tocas, querida. Es espantoso. (N. del T.) < <

[39] Está bien, está bien. (N. del T.) <<

[40] La voz de falsete (N. del T.) < <

[41] Registro intermedio de la voz (N. del T.) < <

[42] Tipo duro, vividor. (N. del T.) < <

[43] País de la ternura. (N. del T.) < <

[44] Gretchen = Margarita, chica alemana. (N. del T.) < <

[45] En inglés, «stab» significa «puñalada». (N. del T.) < <

[46] Se tituló finalmente *El hombre del traje color castaño (N. del T.)*
< <

[47] *El hombre del traje color castaño (N. del T.)* < <

[48] Personaje del «Candid» de Voltaire. (N. del T.) < <

[49] En ruta. (N. del T.) <<

[50] Un hombre, un individuo lo arreglará. (N. del T.) < <

[51] Persona muy importante. (N. del T.) < <

[52] Campo sagrado. (N. del T.) < <

[53] A voluntad. (N del T.) <<

[54] ¡Cuántas emociones habrá vivido! (N. del T.) < <

[55] Muy fresco. (N. del T.) < <

[56] ¡Es imposible! ¡Es imposible sobre todo por la señora! El barco de Resht a Baku es un barco infecto. ¡Infecto, señora! (N. del T.) <<

[57] Como es debido. (N. del T.) < <

[58] Es muy fría; de una frialdad excesiva. Puede que sea la flema británica. (N. del T.) < <

[59] Masajista. (N. del T.) < <

[60] Ejército territorial inglés. (N del T.) < <

[61] Desenlace de la obra. (N. del T.) < <

[62] Colina; resto arqueológico. (N. del T.) < <

[63] ¡Oh!, mi querida casa; mi nido, mi madriguera.

El pasado te llena… ¡Oh!, mi querida casa. (N. del T.) < <